

LAMARTINE

HIST. DE L'ÉP.  
GIROUDET

5

DC179  
L3  
v. 5

R. C.



1020025047



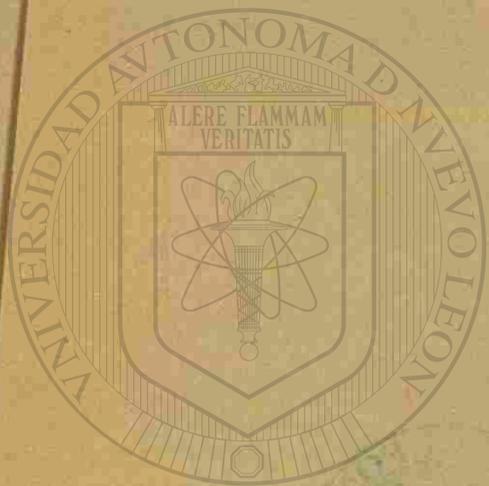
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



HISTORIA

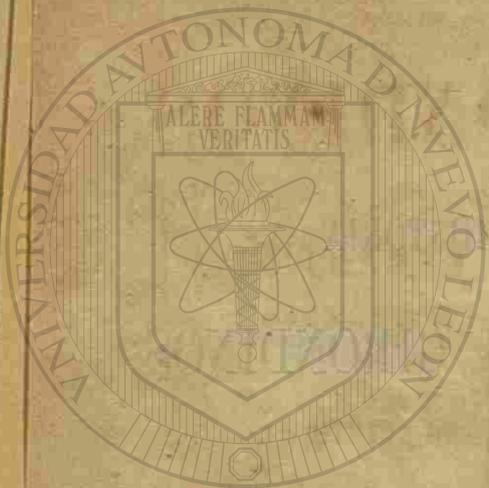
DE LOS GIRONDINOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

173 Biblioteca popular.

T. V. 1



HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS,

A. DE LAMARTINE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

ESTABLEC. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADG.

CALLE DE STA. TERESA NÚM. 8.

1852.

099486  
17210

946  
L.

Dc179  
L3  
v.5



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

61371

# HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

## LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convencion decreta la destruccion de esta ciudad.—Couthon.—Collot de Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucciones.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Tolon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman a los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Tolon por el ejército republicano.—Napoleon Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses a Tolon despues de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

I.

Lo que hace triste la historia en la relacion de las guerras civiles, es que despues de las campañas es necesario hablar de cadalsos.

El ejército republicano entró en Lyon con una apariencia de moderantismo y de fraternidad que daba a esta ocupacion el aspecto de una reconciliacion mas bien que de una conquista. Couthon mismo mandó en los primeros momentos el respeto a las personas y a las propie-

946  
L.

Dc179  
L3  
v.5



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

61371

# HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

## LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convencion decreta la destruccion de esta ciudad.—Couthon.—Collot de Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucciones.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Tolon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman a los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Tolon por el ejército republicano.—Napoleon Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses a Tolon despues de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

I.

Lo que hace triste la historia en la relacion de las guerras civiles, es que despues de las campañas es necesario hablar de cadalsos.

El ejército republicano entró en Lyon con una apariencia de moderantismo y de fraternidad que daba a esta ocupacion el aspecto de una reconciliacion mas bien que de una conquista. Couthon mismo mandó en los primeros momentos el respeto a los personas y a las propie-

dades: ningun desórden, ninguna violencia fué tolerada. Los paisanos de la Auvernia, que habian acudido allí con carros, con mulas y con sacos para trasportar los despojos de la mas opulenta ciudad de Francia prometidos á su rapacidad, fueron despedidos con las manos vacias y se volvieron murmurando á sus montañas. Los republicanos, se condujeron como vencedores afligidos por su victoria, y no como bandas salvages é indisciplinadas. La generosidad natural del soldado francés precedió á la venganza. Los representantes no la proclamaron sino algunos dias despues, y á petición de la comision de salud pública, y Lyon fué escogido para ejemplo de la severidad de la república. No eran bastantes los suplicios individuales, el terror queria ofrecer el suplicio de una ciudad como ejemplo y como amenaza á sus enemigos.

Los jacobinos, amigos de Chalier, comprimidos por tanto tiempo por los realistas y por los girondinos de Lyon, salieron de sus guaridas clamando venganza á los representantes, é intimando á la Convencion que les entregase en fin sus enemigos. Los representantes trataron por algun tiempo en contener esta rabia, pero concluyeron por complacerla, limitándose solo á regularizarla, por medio de la instalacion de tribunales revolucionarios, y dando decretos de esterminio.

## II.

Alli, como en todos los actos del terror, se ha atribuido á un solo hombre el horror de la sangre derramada. La confusion del momento, la desesperacion de los que mueren, y el resentimiento de los que sobreviven, no saben distinguir los culpables, y hacen á veces caer la execracion de la posteridad sobre el menos criminal. La historia tiene sus contingencias como los campos de ba-

talla, absuelve ó sacrifica reputaciones sin discernimiento y sin compasion. Al tiempo toca esclusivamente dar á cada uno lo que le pertenece. Sin debilitar la reprobacion que va unida á las grandes ejecuciones de las guerras civiles, pertenece á él señalar á cada partido y sobre cada hombre, la parte exacta de responsabilidad que le corresponde. Las preocupaciones de la calumnia no se legitiman con el tiempo: la justicia es debida á todos los nombres aun á los mas odiosos. No se prescribe contra la memoria de los hombres.

Todos los crímenes cometidos por la república en Lion, han sido atribuidos á Couthon, porque este era el amigo y el confidente de Robespierre en la represion del federalismo, y en la victoria de los republicanos unitarios contra la anarquía civil. Las fechas, los hechos y las palabras imparcialmente estudiadas, desmienten estas preocupaciones. Couthon entró en Lyon como pacificador mas bien que como verdugo; combatiendo con toda la energía que le permitia su representacion los excesos y las venganzas de los jacobinos, luchando contra Dubois-Grancé, Collot de Herbois y Dorfeuille para moderar la reaccion de aquellos arrebatos del terror. Por esto fué denunciado á la Montaña y á los jacobinos, como indulgente y prevaricador, y se retiró, en fin, antes de las primeras ejecuciones, para no ser testigo y cómplice de la sangre vertida por los representantes del partido implacable de la Convencion.

## III.

Couthon, Laporte, Maignet, y Chateauf-Randon, entraron en triunfo en Lyon á la cabeza de las tropas, y se constituyeron en la casa de ayuntamiento, escoltados por todos los jacobinos y por una muchedumbre de pue-

blo que les pedía á grandes gritos los despojos de los ricos y las cabezas de los federalistas. Couthon arengó á la multitud prometiéndoles la venganza, pero recomendó el orden y reivindicó para solo la república el derecho de escoger, de juzgar y de herir á sus enemigos. Los representantes fueron desde allí al palacio del Arzobispo, que estaba vacío. Las devastadas habitaciones de este edificio, las paredes y los techos derruidos por las bombas, daban á su residencia el aspecto de un campamento situado entre escombros. Dubois-Crancé, segundo general del ejército sitiador y miembro también de la Convención, se presentó la misma noche en aquel sitio con la concubina que lo seguía hasta en los campamentos, no pudiendo hallar otro albergue en aquel desmantelado palacio, que un desvan fétido, cuyo techo amenazaba ruina. El vencedor de Lyon, tuvo que dormir en una miserable cama, indignado por el desprecio que de él hacían sus colegas alojándole en aquel granero. En cuanto amaneció, salió de palacio murmurando contra la insolencia de Couthon, y se fué á alojar en una fonda de la ciudad. Los jacobinos ofendidos por las dilaciones de Couthon se agruparon alrededor de Dubois-Crancé. Este general los reunió por la noche en el teatro. Los palcos y las decoraciones se habían quemado, y los techos abiertos por cien partes, recordaban la resistencia y el castigo. Dubois-Crancé, reformó el club central y arengó á los jacobinos como cómplice mas bien que como general. El pueblo salió gritando *Viva Dubois-Crancé!* desbordándose por las calles cantando canciones feroces. En los parages públicos se firmó una súplica á la Convención, pidiéndola que confiase el mando del ejército á aquel general.

Couthon y sus colegas viendo á los jacobinos y á Dubois-Crancé dispuestos á arrastrar la tropa de grado ó fuerza á su causa, y al ejército mimado por los clubistas, escribieron á la comision de salud pública pidiéndole que llamase

en seguida al general jacobino, dirigiendo entretanto continuas proclamas á las tropas y al pueblo invitándoles á la disciplina, al orden y á la clemencia. «Valientes soldados, decía Couthon antes de entrar en la ciudad, habeis jurado respetar la vida y los bienes de los ciudadanos. Este solemne juramento no será porque os lo ha dictado el sentimiento de vuestra propia gloria. Podrá haber fuera del ejército hombres que se dejen llevar á los excesos ó á las venganzas, á fin de atribuirles su infancia á los valientes republicanos: denunciadlos y prendedlos para que nosotros hagamos pronta justicia. Soldados franceses: decian en otra parte, guardaos de perder todo el mérito de la guerra que acabais de hacer con tanta magnanimidad. Sed siempre lo que habeis sido. Dejar á las leyes el derecho de castigar á los culpables. Los enemigos del pueblo adoptan la máscara del patriotismo para estraviar á algunos de vosotros, tratando de haceros ultrajar por actos injustos, opresivos y arbitrarios el honor del ejército y de la república.»

Couthon mandó que se abriesen las manufacturas y que las relaciones comerciales volviesen á seguir su curso. Los jacobinos temblaron. El ejército obedeció. Dubois-Crancé intimidado y llamado por la Convención tembló ante Couthon y se humilló ante Robespierre. Couthon cerró los clubs inconsideradamente abiertos por Dubois-Crancé. «Considerando, decía, que por consecuencia del sitio que acaba de sufrir Lyon, las pasiones individuales de los ciudadanos deban fermentar aun, y que los mal intencionados podrán aprovecharse de estas circunstancias para atizar el fuego de la discordia civil... se prohibe á los ciudadanos reunirse en secciones ó comisiones. —¿Qué harán los ciudadanos, escribía Couthon á la comision de salud pública, cuando vean que los diputados son los primeros en escitarlos á la violacion de las leyes? El se ciñó en virtud de las leyes existentes á enviar ante una comision militar á los lioneses fugitivos

presos con las armas en la mano despues de la capitulacion. Instituyó algunos dias despues de órden de la comision de salud pública, otro tribunal que recibió el nombre de *comision de justicia popular*. Este tribunal, debía juzgar á todos los ciudadanos que sin ser militares, hubiesen tomado parte en sublevacion armada de Lion, contra la república. Las formas jurídicas y lentas de este tribunal daban, si no garantías á la inocencia al menos el tiempo necesario para la reflexion. Couthon tardó diez dias en dar el decreto que institua aquel tribunal para dar á los ciudadanos comprometidos y á los que habian firmado actas que se reputaban criminales, ocasion y tiempo de evadirse. Veinte mil ciudadanos á quienes halló medio de avisar del peligro que les amenazaba, salieron de la ciudad y se refugiaron en Suiza ó en las montañas del Forez.

## IV.

Sin embargo, la Montaña y los jacobinos de Paris sublevados contra la apatia de Couthon por las acusaciones de Dubois-Crancé, instaban á la comision de salud pública para que diese un memorable ejemplo á las insurrecciones venideras y vengase á la república en la segunda ciudad de la república. Robespierre y Saint-Just, aunque amigos particulares de Couthon y satisfechos de haber vencido, se reconocian impotentes contra el arrebato de la Montaña, y fingieron participar de él. Barrere, siempre dispuesto á servir indiferentemente al furor ó á la sabiduria de los partidos, subió el 12 de noviembre á la tribuna y leyó á la Convencion en nombre de la comision de salud pública un decreto, ó por mejor decir, un *plebiscito* contra la desdichada ciudad. «Sepúltese Lyon en sus propias ruinas! dijo. El arado

debe pasar por todos sus edificios esceptuando sobre la morada de los indigentes, los talleres, los hospicios, ó las casas consagradas á la instruccion pública. Es necesario que el nombre mismo de esta ciudad, perezca bajo sus ruinas. En lo sucesivo se la llamará *ciudad libre*. Sobre los restos de esta infame poblacion se elevará un monumento que honre á la Convencion, que atestigüe el crimen y el castigo de los enemigos de la libertad. Esta sola inscripcion lo dirá todo: *Lyon hizo la guerra á la libertad, Lyon no existe!*» Prescribábase en este decreto que una comision extraordinaria, compuesta de cinco miembros hiciese castigar militarmente á los contra-revolucionarios de Lyon: que los habitantes fuesen desarmados, que las armas de los ricos se entregasen á los pobres, que la ciudad fuese demolida y especialmente las habitaciones de los ricos; que el nombre de la ciudad fuese borrado del padron de las poblaciones de la república; y que los bienes de los ricos y de los contra-revolucionarios se distribuyesen por via de indemnizacion entre los patriotas.

Este decreto hizo temblar á todo Lyon. El fanatismo de la libertad no habia estallado aun hasta el suicidio: la propiedad no habia sido todavia imputada á crimen; y la espoliacion no habia aun trasferido los bienes del rico al indingete, de la victima al delator. Aquella ciudad, idólatra de la propiedad, era la primera que se veia castigada en lo que mas apreciaba. Couthon al paso que fingia la mayor admiracion hácia la sabiduria de aquel decreto, lo creia impracticable y tardó aun doce dias en ponerlo en ejecucion. Estas dilaciones daban lugar para huir en masa á los habitantes amenazados. El representante abria la puerta á las victimas para dar en vago los golpes ordenados por los jacobinos. «Este decreto, ciudadanos colegas, escribia á los jacobinos, nos ha llenado de admiracion. De todas las medidas grandes y vigorosas que habeis tomado, solo una confesamos que no estaba á nuestro alcance; esta es la de la destruccion

total; pero ya habíamos destruido las murallas y parapetos.» La Montaña hubiera querido que Lyon hubiera sido destruido tan pronto como Barrere había pronunciado el decreto de su destrucción.

Un hombre infausto para la ciudad de Lyon, Collot de Herbois, declamaba furiosamente en la comisión de salud pública y en los jacobinos de Paris, contra la blandura de los representantes del pueblo comisionados en aquella ciudad. Se hubiera creído que un odio personal le animaba contra Lyon. Se decía que había empezado su carrera de cómico en aquella ciudad donde había sido silvado por su escaso mérito por los espectadores, que su resentimiento como actor existía y fermentaba aun en el alma del representante, y que queriendo vengar á la república vengaba su orgullo ultrajado: Dubois-Crancé apoyaba la elocuencia de Collot de Herbois con su testimonio; un día llevó á la tribuna de los jacobinos la cabeza de Chalier, mostrando con el dedo puesto sobre el cráneo de aquel infeliz las señales de los cinco golpes de la cuchilla de la guillotina que había mutilado antes de matar al ídolo de los revolucionarios lioneses. Guillard, amigo de Chalier, levantó los brazos hácia el cielo, al ver aquel espectáculo y exclamó: «En nombre de la patria y de los hermanos de Chalier, pido venganza de los crímenes de Lyon.»

Couthon y sus colegas se determinaron, en fin, á ceder á las instancias de la Montaña y reorganizaron las comisiones revolucionarias. Couthon los invistió del derecho de pesquisa, vigilancia y denuncia contra los federalistas y realistas: ordenó visitas domiciliarias y de imposición de sellos en las casas de los sospechosos; pero acompañó

á todas estas medidas de condiciones y prescripciones que neutralizaban en parte su efecto. En fin, Couthon cumplió, pero solo en la apariencia, el decreto de la Convención que determinaba la demolición de los edificios. Fué con grande aparato acompañado de sus colegas y de la municipalidad á la plaza de Bellecour, mas particularmente designada á ser demolida por la opinión de sus habitantes y por el lujo de sus edificios, conducido en un sillón como sobre el trono de las ruinas por cuatro hombres del pueblo; Couthon golpeó con un martillo de plata la piedra angular de una de las casas de la plaza, pronunciando estas palabras: «Yo te destruyo en nombre de la ley.»

Una porción de indigentes cubiertos de harapos y multitud de jornaleros y albañiles, llevando azadas, palas, palancas y hachas, formaban la comitiva de los representantes. Estos hombres aplaudieron anticipadamente el derribo de aquellas moradas, cuyas ruinas iban á remediar su necesidad: pero Couthon, satisfecho de haber dado esta señal de obediencia á la Convención, impuso silencio á aquella turba y la despachó. Las demoliciones fueron diferidas hasta que los habitantes de la plaza hubiesen trasportado á otra parte sus muebles y demás efectos.

Después de la ceremonia los representantes dieron un decreto, intimando á las secciones que alistasen cada una treinta demolidores, proveyéndolos de las herramientas, carros y carretones necesarios para el transporte de los escombros. Las mugeres, los muchachos y los viejos fueron admitidos según sus fuerzas para esta obra, y se les señaló un jornal á espensas de los propietarios espoliados: pero aun no se empezó á demoler, Couthon reprendido de nuevo por la comisión de salud pública, por la lentitud de sus ejecuciones y culpable á los ojos de los jacobinos de la sangre que no quería derramar, advertido además de la próxima llegada de otros representan-

tes, encargados de acelerar las venganzas, escribió á Robespierre y á Saint-Just, suplicando á sus amigos que le librasen del peso de una misión que angustiaba su alma y que le envasen á la parte del Mediodía. Robespierre llamó á Couthon, y su partida fué la señal de las calamidades de Lyon. La sangre, cuyo derrame, detenía se desbordó. Los representantes Albitte y Javogues llegaron. Dorfeuille, presidente de la comisión de justicia popular, hizo colocar la guillotina en la plaza de Terreaux y en el pueblo de Feurs, otro de los focos de las venganzas nacionales, en el corazón de las montañas insurreccionadas.

Dorfeuille presidió á la cabeza del club central, una fiesta fúnebre consagrada á los manes de Chalier: «Ha muerto, dijo Dorfeuille, ha muerto por la patria, juremos imitarle y castigar á sus asesinos. ¡Ciudad impura, no ha sido bastante para tí el haber infestado durante dos siglos con tu lujo y tus vicios á la Francia y á la Europa! ¡Te era necesario degollar la virtud! ¡Monstruos! ¡Han cometido esta maldad y aun respiran! ¡Chalier, te debemos una completa venganza y la obtendrás! ¡Mártir de la libertad, la sangre de los malvados es el agua lustral que conviene á tus manes! ¡Aristócratas, fanáticos, serpientes de las cortes, negociantes, ávidos y egoístas; mujeres perdidas de lujuria, de adulterios y de prostitución! ¡Qué le teniais que echar en cara? ¡La exageración, el patriotismo exaltado y una popularidad peligrosa! ¡Miserables, así os abrogais el derecho de señalar los límites á donde deben detenerse el amor á la patria y el reconocimiento hácia el pueblo? ¿Así anunciabais que el Eterno había puesto en vuestras manos la escuadra y el compás de las virtudes humanas? ¡Ah! si no podiais comprenderlas debierais al menos no haberlas asesinado! Ellos cantaron en su suplicio, ¡oh pueblo! llora tú hoy en su triunfo. ¡Oh, vosotros ciudadanos, que formais aquí en grupo á mi derecha, en esta misma plaza fué en donde Chalier dejó de existir, aquí es, en donde murió con la

muerte de los criminales, el mas inocente de los hombres! ¡Oh, vosotros ciudadanos, que formais grupo á mi derecha, vosotros estais pisando su sangre! ¡Escuchad sus últimos acentos! ¡Por mi conducto va á hablaros por última vez! ¡Ciudadanos, escuchad!»

Dorfeuille leyó entonces en medio de los llantos y de las imprecaciones de la multitud una carta escrita por Chalier en el instante de subir al cadalso. La despedida á sus amigos y á la muger que amaba, estaba llena de lágrimas; la despedida de sus hermanos los jacobinos solo respiraba entusiasmo. La libertad, la democracia y la religion se confundian en una confusa invocacion de Chalier, al pueblo, á Dios y á la inmortalidad. La muerte solemnizaba aquellas palabras, y el pueblo las recogió como un legado del patriota.

## VI.

Al día siguiente, Dorfeuille presidió por primera vez el tribunal. Los suplicios comenzaron con los juicios. Albitte y sus colegas que acababan de suceder á Couthon, llamaron al ejército de Ronsin, y formaron otro semejante en cada uno de los seis departamentos vecinos. La misión de estos ejércitos, reclutados entre la hez del pueblo, era generalizar en toda la superficie de aquellos departamentos, las medidas de inquisición, de espoliación, de prision y de asesinatos jurídicos, cuyo centro iba á ser Lyon. Dentro y fuera de sus muros los fugitivos no encontraban sino asechanzas, los sospechosos delatores y los acusados verdugos. Millares de presos de todas condiciones, nobles, sacerdotes, propietarios, negociantes y labradores, llenaron en pocos días las cárceles de aquellos departamentos, saliendo de ellas en columnas y á carretadas para Lyon. Allí, cinco vastos depósitos los recibían

por algunos días, para lanzarlos en seguida al cadalso. El vacío se formaba y volvía á llenarse sin interrupción. La muerte mantenía este nivel.

En el número de aquellas víctimas suplicidas en sus cuerpos ó en sus almas, antes de la edad del crimen, se hizo notable una huérfana niña aun, llamada la señorita Alejandrina de Echerolles, privada de su madre por la muerte, y de su padre por la fuga; todos los días iba á la puerta de la cárcel de las reclusas, á solicitar con lágrimas el permiso de ver á una tía que la había servido de madre, y que estaba en un calabozo. Bien pronto la vió conducir al suplicio y la siguió hasta el pie del cadalso, pidiendo en vano morir con ella. Despues se han debido á esta niña algunas páginas de los sucesos mas dramáticos y mas patéticos de aquel sitio. Semejante á la jóven Juana de la Force, historiadora de las guerras de religion de 1662, y á la heroica y sencilla madama de la Rochejaquelein, escribió con la sangre de su familia y con sus propias lágrimas, la relacion de las catástrofes que había presenciado. Las mugeres son los verdaderos historiadores de las guerras civiles, porque no tienen mas causa que la de su corazon y porque los recuerdos conservan en ellas todo el calor de su pasion.

Juzgado Albitte de demasiado indulgente, se retiró como Couthon á la llegada de Collot de Herbois y de Fouché, nuevos prócónsules designados por la Montaña. Ya era conocido allí Collot de Herbois, vanidad feroz que no veía la gloria mas que en los excesos y cuyos arrebatos nunca eran moderados por la razon. A Fouché no se le conocía, y se le tenía por fanático, pero no era sino un hombre muy astuto. Mas cómico de carácter que lo era Collot de Herbois por su profesion, representaba el papel de Bruto unido al alma de Sejan. Criado en las costumbres del claustro, Fouché había contraído aquella flexibilidad servil que la humildad monacal imprime á los caracteres, para hacerles tan á propósito para obedecer

como para mandar segun las circunstancias. No había visto en la revolucion sino una potencia que adular ó explotar. Se adhería á la tiranía del pueblo esperando el momento de adherirse á la tiranía de cualquier César. Este hombre olfateaba el tiempo. Entonces buscaba Fouché el modo de engañar á Robespierre aparentando amar á la hermana del diputado por Arrás, y que deseaba casarse con ella; pero Robespierre aborrecía á Fouché á pesar de sus caricias. Fouché hacía gala de su incredulidad revolucionaria y de su ateísmo, pero Robespierre quería seides de su fé y no aduladores de su persona. Así es que apartaba á Fouché de su corazon y de su familia como si fuese un lazo. Fouché, afectando mucha exageracion de principios, se había ligado con Chaumette y con Hebert. Chaumette era de Nevers y había hecho enviar á Fouché á aquella ciudad para propagar el terror. Los actos y las cartas de Fouché, sobrepujaron en Nevers el idioma de los demagogos de Paris, borrando en pocos meses en aquellos departamentos la impresion de los siglos, en las costumbres, en las leyes, en las fortunas y en las clases. Sin embargo, más ambicioso de republicanismo que sanguinario, había encarcelado mas gente que la que había sacrificado. Amenazaba mas que hería. Los despojos de los ricos, de los emigrados, de los palacios, de las iglesias, los rescates de los sospechosos, los productos de sus exacciones, enviados por él á la Convencion y al ayuntamiento de Paris, atestiguaron la energia de sus medidas ó hicieron cerrar los ojos sobre su tolerancia de opinion. Hería sobre todo á los ídolos mudos del antiguo culto que había repudiado. Su impiedad se tenía por patristismo. «El pueblo francés, escribía, no reconoce otro dogma que el de su soberanía y el de su poder.» Proscribía todo signo religioso hasta en los sepulcros, haciendo grabar la imágen del sueño en el frontispicio de los cementerios, ordenando que no se pudiese en ellos mas inscripcion que esta. *La muerte es un sueño eterno!* Su ateísmo profesaba la nada.

## VII.

Tales eran los dos hombres que la Montaña envió para presidir los suplicios de Lyon. Robespierre quiso que les acompañase Montaut, republicano inflexible pero probo. Montaut, instruido por la suerte de Couthon de lo que podía esperar para sí mismo, se negó á marchar á su destino. Los dos representantes, empezaron por acusar á Couthon, por la dilacion de las demoliciones y de los suplicios. «Los acusadores públicos van á marchar, escribieron, el tribunal va á juzgar por tres en un dia. Las minas van á acelerar las demoliciones.»

Collot habia llevado consigo de Paris una colonia de jacobinos escogidos entre los mas furibundos de aquella sociedad. Fouché llevó otra de la Nièvre, hombres todos ejercitados en las delaciones, endurecidos á las lágrimas y aguerridos al suplicio. Los representantes se habian hecho seguir de una porcion de carceleros estrangeros, con el objeto de que las relaciones de vecindad con los presos, y la piedad natural entre compatriotas, no corrompiesen la inflexibilidad de los carceleros de Lyon. Encargaron guillotinas como si fuesen armas, para ir al combate, y pasaron por la ciudad para enardecer al pueblo, la urna cineraria de Chalier. Al llegar al altar que habia erigido á sus manes se arrodillaron delante de aquellos restos, Chalier, exclamó Fouché, la sangre de los aristócratas será tu incienso.

Los signos del cristianismo, el Evangelio y el crucifijo, seguran detrás de la procesion, atados á la cola de un animal inmundo, luego fueron arrojados en una hoguera que ardia en el altar de Chalier. Además, hicieron beber á un borrico en el cáliz del sacrificio, pisoteando despues las hostias. Los templos que se habian reservado hasta entonces para el culto constitucional,

fueron profanados con cánticos, bailes y ceremonias irónicas.

«Hemos fundado ayer la religion del patriotismo, escribió Collot, se han vertido lágrimas á la vista de la paloma que consolaba á Chalier en su prision y que parecia gemir al lado del simulacro. ¡Venganza! ¡venganza! gritaban en todas partes. Lo juramos, el pueblo quedara vengado, el suelo será trastornado, ¡todo lo que el vicio y el crimen habian construido, será demolido! ¡El viagero no verá ya los restos de esta ciudad rebelde y soberbia, sino algunas chozas habitadas por los partidarios de la igualdad!»

## VIII.

Al dia siguiente cayeron las cabezas de diez miembros del ayuntamiento. La mina hizo saltar los mas hermosos edificios de la ciudad. Una instruccion patriótica, firmada por Fouché y por Collot á los clubistas de Lyon y de los departamentos del Loire y del Ródano, para estimular su energia reasumia de este modo sus derechos y sus deberes. «Todo les es permitido á los que obran en el sentido de la revolucion. El deseo de una venganza legitima, se convierte en una necesidad imperiosa. Ciudadanos, es menester que todos los que han concurrido directa ó indirectamente á la rebellion, lleven su cabeza al cadalso. Si sois patriotas, sabreis distinguir vuestros amigos, y os apoderareis de todos los demas. Ninguna consideracion debe deteneros, ni la edad, ni el sexo, ni el parentesco. Tomad como un impuesto forzoso, todo cuanto tenga un ciudadano de inútil; todo hombre que posee mas de lo que necesita para sus necesidades, no puede menos de abusar de lo que tiene. Hay personas que tienen repuestos de paños, de lienzos, de camisas y

de zapatos. Apoderaos de todo esto. ¿Con qué derecho guarda un hombre en sus armarios los muebles ó los vestidos superfluos? ¡El oro, la plata y todos los metales preciosos, deben pasar al tesoro nacional! Estirpad los cultos, porque el republicano no tiene mas Dios que su patria. Todos los pueblos de la república no tardarán en imitar al de París, que sobre las ruinas de un culto gótico acaba de erigir un templo á la razon. ¡Ayudadnos á herir con grandes golpes, ó de lo contrario, sereis heridos por nosotros!»

Estas proclamas de la venganza, del pillage y del ateísmo, eran otros tantos vituperios indirectos dirigidos á Couthon, que habia usado un lenguaje tan distinto pocos dias antes de la reunion popular. «Nuestra moral, habia dicho Couthon hablando de Robespierre y de su partido, no es la moral de esos falsos filosofos del día, que no sabiendo leer en el gran libro de la naturaleza, creen en la casualidad y en la nada. Nosotros creemos en una Providencia, nosotros creemos en un Ser supremo, poderoso, justo y bueno por excelencia. Nosotros no le ultrajamos con ceremonias ridiculas y forzadas: el homenaje que le tributamos es puro y libre.»

Conforme al espíritu de aquella proclama, Fouché y Collot, crearon comisionados de confiscacion y de delacion, señalándoles treinta francos por cada denuncia. Esta suma era duplicada cuando se trataba de las cabezas principales, como las de los nobles, las de los sacerdotes, y las de los religiosos y religiosas. No se entregaba el precio de la sangre sino al que dirigia en persona las pesquisas del ejército revolucionario, y entregaba el sospechoso al tribunal. Una multitud de miserables vivian de este infame tráfico, con la vida de los ciudadanos. Los sótanos, los graneros, las chozas, los bosques, las emigraciones nocturnas á las montañas vecinas, los disfraces de todo género eran inútiles para ocultar á los hombres comprometidos y á las trémulas mugeres á la

inquisicion, siempre vigilante de los delatores. El hambre, el frio, las fatigas, las enfermedades, las visitas domiciliarias y la traicion, los entregaban al cabo de algunos dias á los sicarios de la comision temporal.

Los calabozos estaban atestados de presos. Al paso que los propietarios y los negociantes perecian, las casas caian á tierra á los golpes de los demolidores. Tan pronto como un delator indicaba una casa confiscada á la comision de secuestros, la demolicion lanzaba sus bandas de jornaleros contra sus paredes. Los mercaderes, los vecinos y las familias espulsadas de estas casas proscriptas, apenas tenian tiempo para evácuar su domicilio y para llevarse á los viejos, los enfermos y los niños á otra parte. Se veian todos los dias los picos empleados en derribar las escaleras ó á los albañiles ocupados en destear los edificios. Mientras que los habitantes sorprendidos arrojaban sus muebles por las ventanas y las madres llevaban las cunas de sus hijos por medio de los escombros de sus habitaciones, veinte mil trabajadores de la Auvernia y de los Bajos Alpes se empleaba en arrasar el suelo. La pólvora minaban los sótanos y los cimientos. El sueldo de los demolidores subia á cuatrocientos mil francos por década. Las demoliciones costaron quince millones de francos, y el daño causado por ellas representaba un capital de mas de trescientos millones de valor en edificios.

Centenares de trabajadores perecieron envueltos bajo los trozos de paredes imprudentemente minadas. El dique de Saint-Clair, las dos fachadas de la plaza de Bellecour, los muelles del Saona, las calles habitadas por la aristocracia mercantil, los arsenales, los hospitales, las monasterios, las iglesias, las fortificaciones y las casas de campo de las colinas de los dos rios no ofrecian ya sino el aspecto de una ciudad destruida por el bombardeo despues de repetidos asaltos. Lyon casi desierto enmudecia en medio de sus ruinas. Los obreros sin talleres y sin pan, alistados y pagados por los representantes á

espensas de los ricos, parecían encarnizarse con el hacha en la mano sobre el cadáver de la ciudad que los había alimentado. El estruendo de las paredes que caían, el polvo de las demoliciones que cubría la ciudad, el estampido de los cañonazos y del fuego por mitades que fusilaban ó metrallaban á los habitantes, el chirrido de las carretas, que desde las cinco cárceles de la ciudad conducían á los acusados al tribunal y á los sentenciados á la guillotina, eran las únicas señales de vida de la población: el cadalso era su único espectáculo, y las aclamaciones de un pueblo andrajoso á cada cabeza que rodaba á sus pies, era su única fiesta.

## IX.

La comision de justicia popular, instituida por Couthon, se trasformó á la llegada de Ronsin y de su ejército en tribunal revolucionario. A los dos dias de la llegada de aquellos cuerpos, compuestos mas bien de lictores que de soldados de la república, las ejecuciones comenzaron y continuaron sin interrupcion durante noventa dias. Ocho ó diez sentenciados por sesion morian al salir del tribunal sobre el cadalso, colocado constantemente frente á las gradas de la casa de ayuntamiento. El agua y la arena, esparcidas todas las tardes despues de las ejecuciones alrededor de este sumidero de sangre, no bastaban á quitar las manchas de la sangre. Un fango rojo y fétido, pisoteado sin cesar por un pueblo ávido de ver matar, cubría la plaza é infestaba el aire. En torno de este verdadero matadero de hombres solo se respiraba muertes. Las paredes exteriores del palacio de San Pedro y de la fachada de la casa de la ciudad sudaban sangre. En las mañanas de las jornadas de noviembre, diciembre y enero, que fueron los mas fecundos en suplicios,

los habitantes de aquel barrio veían elevarse del suelo, empapado en sangre, una nube: esta era la sangre de sus compatriotas inmolados el dia anterior, la sombra de la ciudad, que se evaporaba al sol. Dorfeuille, en vista de las reclamaciones de los vecinos de aquel distrito, se vió obligado á trasportar la guillotina algunos pasos mas lejos, situándola sobre un sumidero que estaba al descubierto. La sangre corría por medio de las tablas á un foso de diez pies de hondo, que la llevaba al Ródano con las inmundicias del barrio. Las mugeres que iban á lavar al rio se vieron precisadas á cambiar de sitio para evitar que tanto sus ropas como sus brazos se tiñesen en una agua ensangrentada. En fin, cuando las ejecuciones se seguían con tanta velocidad como las pulsaciones de un hombre irritado, se elevaron á veinte, á treinta y cuarenta por dia, se colocó el instrumento mortífero en medio del puente Mórard, sobre el rio. Se limpiaba la sangre y se arrojaban las cabezas y los troncos desde los pretiles á lo mas rápido de la corriente del Ródano. Los marineros y los labradores de los islotes y de las playas bajas que cortan el curso del rio, entre Lyon y el mar, encontraron por mucho tiempo cabezas y cuerpos de hombres encallados en aquellos islotes, atravesados entre los juncos y mimbreras de las orillas.

Aquellos suplicios eran casi todos de la flor de la juventud de Lyon y de las comarcas vecinas. Su edad era su crimen, y lo que les hacía sospechosos de haber combatido. Marcharon á la muerte con el ánimo de la juventud, como si marchasen al combate. En las cárceles, así como en los vivacs, la vispera de las batallas, no había mas que un poco de paja sobre los ladrillos para que los presos reposasen algunos ratos. El peligro de comprometerse interesándose por su suerte ó de morir con ellos, no intimidó ni á sus padres, ni á sus amigos, ni á sus sirvientes. El oro y las lágrimas que caían en las manos de los carceleros arrancaban entrevistas, conversa-

ciones y despedidas supremas. Las evasiones eran frecuentes. La religion y la caridad, tan activas y tan valientes en Lyon, no retrocedian ni ante la sospecha ni ante el asco para penetrar en aquellos subterráneos y para cuidar á los enfermos, alimentar á los necesitados y consolar á los moribundos. Algunas mugeres piadosas compraban de los administradores y de los carceleros el permiso de entrar de criadas en los calabozos, llevando mensajes ó introduciendo sacerdotes para auxiliar las almas y santificar el martirio. Purificaban los dormitorios, barrían las salas, limpiaban los vestidos de la miseria y enterraban los cadáveres: providencias visibles que se interponian hasta el último momento entre el alma de los presos y la muerte. Mas de seis mil presos estuvieron á la vez en estos depósitos de la guillotina.

## X.

Allí se hundió toda una generacion. Allí se reconcentraron todos los hombres de condicion, de nacimiento, de fortuna y de opiniones distintas, que desde el principio de la revolucion habian abrazado partidos opuestos y á los cuales la sublevacion comun contra la opresion reunió al fin en un mismo delito y en la misma muerte. Clero, nobleza, clase media, comercio, pueblo, todo se confundió allí. Ningun ciudadano contra quien pudiese elevarse un delator, un envidioso ó un enemigo, escapó de la cautividad. Pocos cautivos se libraron de la muerte. Todo el que tenia un nombre, una fortuna, una profesion, una fábrica, una casa en la ciudad ó en el campo, todo el que era sospechoso de participar de cualquier modo de los bienes del rico, era preso, acusado, sentenciado y ejecutado con antelacion en el pensamiento de los próconsules y de sus proveedores. Lo más escogido de una

capital y de muchas provincias como Bresse, Dombes, Forez, Beaujolais, Vivarais y el Delfinado, pasó por aquellas cárceles y por aquellos cadalsos. Los palacios, las casas de lujo, las manufacturas, las mismas habitaciones de los labradores tal cual acomodados, estaban cerradas en un radio de veinte leguas alrededor de Lyon. El secuestro pesaba sobre millares de propiedades. Los sellos tapiaban las puertas y las ventanas. La naturaleza parecia atacada del mismo terror que los hombres. La ira de la revolucion habia llegado á convertirse en azote de la cólera divina. Las pestes de la edad media no hubieran hecho mas horroroso el aspecto de una provincia. En los caminos de Lyon á las poblaciones vecinas y hasta en los de las aldeas y cabañas, no se encontraba sino á los destacamentos del ejército revolucionario forzando las puertas en nombre de la ley, visitando los sótanos, los graneros, las camas del ganado, sondeando las paredes con las culatas de los fusiles ó llevando encadenados de dos en dos, en carretas, á los fugitivos, arrancados de sus asilos y seguidos de sus desconsoladas familias.

Así fueron conducidos á Lyon todos los ciudadanos mas notables ó ilustres que Couthon habia dejado escapar en los primeros momentos; tales como los regidores, alcaldes, municipales, administradores, jueces, magistrados, abogados, médicos, arquitectos, escultores, cirujanos, empleados en los hospitales, establecimientos de beneficencia, acusados de haber combatido ó socorrido á los combatientes, curado á los heridos, ó mantenido al pueblo insurrecto ó hecho votos secretos por el triunfo de los defensores de Lyon. A estos, se añadian los padres, hijos, mugeres, hijas, amigos y criados, presuntos cómplices de sus esposos, de sus hermanos, y de sus amos, culpables por haber nacido en aquel suelo y por haber respirado el aire de la insurreccion.

Cada dia el escribano de la cárcel leia en alta voz en el patio la lista de los presos llamados al tribunal. La

respiracion parecia detenerse durante estos momentos. Los designados abrazaban por la última vez á sus amigos y distribuian sus camas, sus ropas, sus vestidos y su dinero á los que los sobrevivian. Formábanlos en una larga fila de sesenta á ochenta en el patio de la cárcel y los llevaban asi por medio de la multitud hasta el tribunal. El espacio del pretorio y las fuerzas del verdugo eran los únicos límites del número de presos que debian sacrificar diariamente. Los jueces eran casi todos forasteros para que sentenciasen sin compasion y sin temor á una responsabilidad futura. Aquellos cinco jueces de corazón humano cada uno en particular, obraban reunidos como si fuesen un instrumento mecánico de asesinatos. Observados por una multitud recelosa temblaban ellos mismos, dominados por el terror con que herian á los demas. Su actividad, sin embargo, no bastaba á Fouché y Collot de Herbois. Estos representantes habian prometido á los jacobinos de París prodigios de rigor. La lentitud del juicio y del suplicio los acusaba de haber tomado medidas á medias. Las jornadas de setiembre se presentaban á su vista como un ejemplo de imitacion, y querian sobrepujarlas regularizándolas al mismo tiempo. Dorfeuille escribió á los representantes del pueblo. «Se prepara un gran acto de justicia nacional, será de naturaleza que espante á los siglos venideros. Para dar á este acto la magestad que debe caracterizarle para que sea grande como la historia, es necesario que los administradores, los cuerpos del ejército, los magistrados del pueblo y los funcionarios públicos asistan á él, cuando menos por medio de una diputacion que los represente. Quiero que este dia de justicia sea un dia de fiesta, y he dicho de fiesta, porque este es el nombre mas adecuado que puede dársele. Cuando el crimen baja al sepulcro, la humanidad respira y esta es la fiesta de la virtud.

## XI.

Los representantes ratificaron los planes de Dorfeuille, y el suplicio en masa reemplazó al suplicio individual. Al siguiente dia de esta proclama, sesenta y cuatro jóvenes de las primeras familias de la ciudad, fueron estraidos de las cárceles y se les condujo con una solemnidad inusitada á la casa de la ciudad en la que un breve interrogatorio los confundió á todos en pocos momentos en una misma sentencia: desde allí marcharon procesionalmente hácia las orillas del Ródano, haciéndoles atravesar el puente y dejando atrás la guillotina como una arma mellada.

Al otro lado del puente en la llanura baja de Brotteaux habian escabado en el suelo fangoso una trinchera doble, ó por mejor decir, un doble foso entre dos filas de álamos. Los sesenta y cuatro sentenerados inmanecillados fueron colocados en columna en esta alameda al lado de su sepulcro, que estaba ya abierto. A la derecha y á la izquierda unos destacamentos de dragones con sable en mano, parecia que esperaban la señal de dar una carga. Sobre los montones de la tierra estraída de los fosos, estaban agrupados como en las gradas de un anfiteatro los miembros mas exaltados de la municipalidad, los presidentes y los oradores de los clubs, los funcionarios públicos, las autoridades militares, el estado mayor del ejército revolucionario, Dorfeuille y los jueces. En un balcón de uno de los palacios confiscados en el muelle del Ródano, Collot de Herbois y Fouché, con el anteojo en la mano parecian que estaban presidiendo aquella solemnidad del esterminio.

Las víctimas cantaban en coro el himno que antes les habia animado al combate y parecia que buscaban

en la letra de este canto supremo, el aturdimiento del golpe que iba á terminar su existencia.

¡Morir por la patria,  
Es la suerte mas hermosa y digna de envidia!

Los artilleros escuchaban con las mechas encendidas á aquellos moribundos que cantaban su propia muerte. Dorfeuille dejó que las voces acabasen lentamente las graves modulaciones del último verso y despues levantando la mano y haciendo la señal convenida con los gefes de las piezas, se oyeron tres detonaciones á la vez. El humo envolvió las piezas y ocultó por un momento la calzada. Los tambores ahogaron los alaridos de las victimas con un prolongado redoble; la multitud se precipitó para contemplar el efecto de la carnicería. Se habian engañado los artilleros. La ondulacion de la fila de los sentenciados habian dejado huecos por donde pasaron las balas. Veinte y tres presos solamente habian caido muertos por los disparos arrastrando en su caída con el peso de sus cuerpos á sus compañeros aun vivos, asociándolos á sus convulsiones é inundándolos con su sangre. Millares de gritos, de alaridos y de contorsiones espantosas, se elevaban de aquel monton confuso de miembros mutilados, de cadáveres y de vivos. Los artilleros volvieron á cargar y tiraron á metralla. La carnicería no se completó aun. Un grito desgarrador que se oyó hasta en la ciudad al través del Ródano, se elevó de este campo de agonía. Algunos miembros palpitantes todavía, algunas manos se dirigían ensangrentadas hácia los espectadores implorando el último golpe. ¡Los soldados se estremecieron! Adelante, dragones, exclamó Dorfeuille, cargad ahora! A esta órden los dragones lanzaron sus caballos al galope sobre la calzada, y acabaron horrorizados con la punta de sus sables y á pistoletazos á los moribundos. Estos soldados bisonos aun y por consiguiente poco dies-

tros en el manejo de los caballos y de las armas, y á quienes repugnaban por otra parte el infame oficio de verdugos que se les obligó á desempeñar, prolongaron por mas de dos horas involuntariamente las escenas lúgubres de aquellos asesinatos y de aquellas agonías.

## XII.

Un sordo murmullo de indignacion acogió en la ciudad la relacion de este suplicio. El pueblo se creia deshonrado y se comparaba él mismo á los tiranos mas nefastos de Roma, y á los verdugos del dia de San Bartolomé. Los representantes sofocaron aquellas murmuraciones con una proclama, en la que se mandaba aplaudir el hecho y mirar la compasion como una complicidad con los sentenciados. Todos los ciudadanos, y hasta las mugeres mas elegantes, afectaron entonces el rigorismo revolucionario para ocultar el horror con la máscara de la adulacion. La guillotina, instrumento del suplicio, se hizo por algunas semanas un adorno civico y un ornato de los festines. El lujo que renacia alrededor de los representantes, hizo de esta máquina en miniatura, un díge repugnante del mueblage ó del adorno de los jacobinos. Sus esposas, sus hijas ó sus queridas, llevaban unas guillotinas pequeñitas de oro, en los alfileres del pecho y en los pendientes.

Fouché, Collot de Herbois y Dorfeuille quisieron sofocar los remordimientos con el mas audáz desafío al sentimiento público. Doseientos nueve líoneses encarcelados, esperaban su juicio en la sombría cárcel llamada de Roanón. El estampido del cañon que habia despedazado á sus hermanos, resonó hasta en los calabozos de estos presos, que se prepararon á morir, pasando la noche, unos en rezar, otros en confesarse con algunos sacerdotes disfra-

zados, y los mas jóvenes, en dar el último adios á su juventud y á la vida en libaciones y en cánticos en desprecio de la muerte. Collot de Herbois, fué á visitar por la noche el archivo de aquella cárcel, y oyendo las voces «¿De qué temple es esta juventud, dijo, que canta así su agonía?»

A las diez de la mañana, se formó un batallón delante de la puerta de la cárcel de Roanne, en el muelle del Saona. Aquella puerta de hierro se abrió y dejó libre el paso á los doscientos nueve ciudadanos. El escribano los contaba con la mano al pasar, como si fuesen un rebaño de corderos destinados al consumo del día. Iban atados de dos en dos. Esta larga columna, en la que cada cual reconocía un hijo, un hermano, un pariente, un amigo, ó un vecino, se adelantó con paso firme hacia la casa de ayuntamiento. Los últimos saludos, los abrazos simulados, las miradas afligidas y tiernas y las despedidas mudas, les fueron dirigidas desde las ventanas, desde las puertas y á través de la fila de bayonetas. Algunos jacobinos y varias hordas de mugeres inmundas, apostrofaban á las víctimas y las llenaban de ultrajes, respondiéndoles las víctimas con el acento del desprecio. Varios diálogos salvajes se entablaron durante la marcha entre los presos y el pueblo: «Si hubiésemos hecho justicia el 29 de mayo, decían los presos, de todos los picaros que merecían la suerte de Chalier, no nos insultaríais ahora,» y á los que se les mostraban compadecidos y con los ojos llenos de lágrimas: ¡No lloreis por nosotros, les decían, por los mártires no se llora!»

La sala de las sesiones era demasiado pequeña para contenerlos, y se les juzgó á cielo descubierto bajo las ventanas de la casa de la ciudad. Los cinco jueces con el traje y con el aparato de sus funciones, aparecieron en un balcón, se hicieron leer la lista de los nombres de los acusados, aparentaron deliberar y pronunciaron la sentencia general: formalidad de muerte que cubría al ase-

sinato en masa, con la hipocresía de un juicio. En vano se oyeron reclamaciones individuales y protestas de patriotismo entre aquellas doscientas víctimas, que ora se dirigían hacia los jueces, ora hacia el pueblo; los jueces inflexibles y sordo el pueblo, no respondieron sino con silencio ó con el desprecio. La columna empujada por los soldados volvió á ponerse en marcha hacia el puente Morand. A la entrada del puente, el oficial que mandaba la escolta, contó los presos para cerciorarse de que ninguno se habia escapado en la marcha, en lugar de doscientos nueve, halló doscientos diez. Eran, segun esto, mas los que habia presentes, que los que habian sido sentenciados. ¿Cuál era el inocente? ¿cuáles eran los culpables? ¿quién iba á morir sin ser juzgado? El oficial conoció el horror de su situación, mandó hacer alto á la columna y dió parte de sus dudas á Collot de Herbois. La solución de aquel escrúpulo exigía un nuevo exámen. Este hubiera dilatado la muerte de los doscientos nueve, el pueblo estaba impaciente y la muerte esperaba. «¿Qué importa una mas? respondió Collot de Herbois, mas vale uno demas, que uno de menos.» Por otra parte, añadió para lavarse las manos de este asesinato, «el que muera hoy, no morirá mañana. ¡Que concluyan!»

El supernumerario del suplicio, era un jacobino acérrimo que lanzaba gritos horribles, protestando en vano contra aquel error.

## XIII.

La columna volvió á emprender su marcha cantando:

¡Morir por la patria! etc.

Las estrofas cantadas con voz marcial por aquellos jóvenes, hacían marchar á la columna á compás. Al llegar á los sauces de la calzada estrecha, regada aun con

zados, y los mas jóvenes, en dar el último adios á su juventud y á la vida en libaciones y en cánticos en desprecio de la muerte. Collot de Herbois, fué á visitar por la noche el archivo de aquella cárcel, y oyendo las voces «¿De qué temple es esta juventud, dijo, que canta así su agonía?»

A las diez de la mañana, se formó un batallón delante de la puerta de la cárcel de Roanne, en el muelle del Saona. Aquella puerta de hierro se abrió y dejó libre el paso á los doscientos nueve ciudadanos. El escribano los contaba con la mano al pasar, como si fuesen un rebaño de corderos destinados al consumo del día. Iban atados de dos en dos. Esta larga columna, en la que cada cual reconocía un hijo, un hermano, un pariente, un amigo, ó un vecino, se adelantó con paso firme hacia la casa de ayuntamiento. Los últimos saludos, los abrazos simulados, las miradas afligidas y tiernas y las despedidas mudas, les fueron dirigidas desde las ventanas, desde las puertas y á través de la fila de bayonetas. Algunos jacobinos y varias hordas de mugeres inmundas, apostrofaban á las víctimas y las llenaban de ultrajes, respondiéndoles las víctimas con el acento del desprecio. Varios diálogos salvajes se entablaron durante la marcha entre los presos y el pueblo: «Si hubiésemos hecho justicia el 29 de mayo, decían los presos, de todos los picaros que merecían la suerte de Chalier, no nos insultaríais ahora,» y á los que se les mostraban compadecidos y con los ojos llenos de lágrimas: ¡No lloreis por nosotros, les decían, por los mártires no se llora!»

La sala de las sesiones era demasiado pequeña para contenerlos, y se les juzgó á cielo descubierto bajo las ventanas de la casa de la ciudad. Los cinco jueces con el traje y con el aparato de sus funciones, aparecieron en un balcón, se hicieron leer la lista de los nombres de los acusados, aparentaron deliberar y pronunciaron la sentencia general: formalidad de muerte que cubría al ase-

sinato en masa, con la hipocresía de un juicio. En vano se oyeron reclamaciones individuales y protestas de patriotismo entre aquellas doscientas víctimas, que ora se dirigían hacia los jueces, ora hacia el pueblo; los jueces inflexibles y sordo el pueblo, no respondieron sino con silencio ó con el desprecio. La columna empujada por los soldados volvió á ponerse en marcha hacia el puente Morand. A la entrada del puente, el oficial que mandaba la escolta, contó los presos para cerciorarse de que ninguno se habia escapado en la marcha, en lugar de doscientos nueve, halló doscientos diez. Eran, segun esto, mas los que habia presentes, que los que habian sido sentenciados. ¿Cuál era el inocente? ¿cuáles eran los culpables? ¿quién iba á morir sin ser juzgado? El oficial conoció el horror de su situación, mandó hacer alto á la columna y dió parte de sus dudas á Collot de Herbois. La solución de aquel escrúpulo exigía un nuevo exámen. Este hubiera dilatado la muerte de los doscientos nueve, el pueblo estaba impaciente y la muerte esperaba. «¿Qué importa una mas? respondió Collot de Herbois, mas vale uno demas, que uno de menos.» Por otra parte, añadió para lavarse las manos de este asesinato, «el que muera hoy, no morirá mañana. ¡Que concluyan!»

El supernumerario del suplicio, era un jacobino acérrimo que lanzaba gritos horribos, protestando en vano contra aquel error.

## XIII.

La columna volvió á emprender su marcha cantando:

¡Morir por la patria! etc.

Las estrofas cantadas con voz marcial por aquellos jóvenes, hacían marchar á la columna á compás. Al llegar á los sauces de la calzada estrecha, regada aun con

la sangre del día anterior, se detuvo la columna. Las zaujas menos profundas y cubiertas de tierra recientemente removida, atestiguaban que estaban esperando aun nuevos cadáveres. Amarrado á dos sauces habia un cable, y á él fueron atados uno á uno los sentenciados por la cuerda que sujetaba los brazos á la espalda. La tropa estaba situada á cuatro pasos de distancia, habiendo tres soldados frente á cada uno de aquellos infelices, y la caballería en pelotones á retaguardia. A la voz de ¡fuego! los novecientos treinta soldados dispararon á la vez tres tiros sobre cada condenado. Una nube de humo envolvió por un momento aquella escena, pero disipándose en seguida, dejó ver al lado de los cadáveres tendidos en el suelo ó suspendidos de la cuerda, mas de cien jóvenes que aun se sostenian en pié: los unos con la vista estraviada, parecian petrificados por el terror, los otros, heridos, suplicaban á sus verdugos que los acabasen de matar, algunos desatados por haber pegado el tiro en la cuerda que los sujetaba al cable, se arrastraban por el suelo ó huían cayendo y tropezando por entre los árboles. Consternados los espectadores, y enternecidos los soldados, miraban á otro lado para dejarlos escapar. Grand-maison, que presidia en aquel día la ejecución, mandó á la caballería que persiguiese á los heridos. Alcanzados por los dragones y despedazados á sablazos, cayeron todos á los pies de los caballos. Uno solo llamado Merle, corregidor de Macon, patriota, pero adicto á la Gironda, consiguió arrastrarse, aunque perdiendo mucha sangre, hasta los cañaverales del pantano. Los dragones que lo perseguian, cambiaron de direccion conmovidos y fingiendo que no le habian visto. El fugitivo siguió corriendo hacia el rio, y al ir á arrojarle en un bote, para entrar sin ser notado en la ciudad, un grupo de jacobinos inhumanos, lo reconoció por la sangre que vertía de sus heridas, y lo arrojó vivo en el Ródano: este desgraciado sufrió la doble muerte del agua y del fuego.

Los soldados acabaron con repugnancia á culatazos y con las bayonetas las víctimas espirantes que estaban en la calzada. La noche que iba acercándose ahogó sus últimos gemidos. A la mañana siguiente fueron á enterrar los cadáveres, y aun ballaron vivos á algunos de aquellos hombres. Varios sobrevivieron á los golpes que habian recibido, y los trabajadores concluyeron de matarlos con las azadas antes de cubrirlos con el barro sangriento del foso. «Hemos reanimado, escribia aquella tarde Collot de Herbois á la Convencion, la accion de una justicia republicana, es decir, pronta y terrible como la voluntad del pueblo: esta debe herir como el rayo y no dejar mas que cenizas.» La revolucion habia encontrado sus Atilas.

## XIV.

Montbrison, Saint-Etienne y Saint Chamond, todas estas colonias lionesas, eran teatro de iguales atrocidades, y no les faltaban víctimas que sacrificar. El representante del pueblo Javogues, habia establecido la guillotina en Feurs. Un tribunal revolucionario dirigido por él, imprimía al instrumento del suplicio la misma actividad que en Lyon. Las provincias riberanas del Alto Loira, se habian deshecho de toda la sangre aristócrata, federalista ó realista que en ellas habia y que la guillotina hacia correr á torrentes. Esta como en Lyon pareció demasiado lenta. El fuego del rayo reemplazó al arma blanca del suplicio. El magnifico paseo de Tilos de la avenida del castillo del Rosal, sitio de recreo en todas las fiestas de la ciudad de Feurs, se convirtió en lugar de ejecución como los sauces fúnebres de Brotteaux. Se llegó á fusilar allí hasta veinte y dos personas por día. La misma impaciencia de muerte parecia poseer á los verdugos y las víctimas: los unos tenían el frenesí del

asesinato y los otros un entusiasmo indefinible por morir. El horror de vivir había estinguido el que causa naturalmente la muerte. Los jóvenes y los niños pedían que se les permitiese acompañar á sus padres ó á sus parientes al sepulcro y ser fusilados con ellos. Todos los días tenían que negar los jueces aquellas peticiones de la desesperacion que imploraban el suplicio, para evitar otra mas cruel, cual era el vivir en medio de tantos horrores. La barbarie de los procónsules no aguardaba á que hubiese crimen, lo prejuizaba por el nombre, por la educacion ó por el rango. Hería por los crímenes futuros, adelantándose á los años, sacrificaba á la infancia por las ocupaciones que pudiera tener con el tiempo, á la vejez por sus opiniones anteriores, y á las mugeres por el delito de su ternura ó de sus lágrimas. El luto estaba prohibido como en tiempo de Tiberio; muchos fueron supliciados por haber manifestado tristeza en su semblante ó por haberse vestido de negro. Los sentimientos de la naturaleza, llegaron á ser un motivo de acusacion. Para ser puro era necesario haberla repudiado; todas las virtudes estaban en sentido inverso de como las había comprendido hasta entonces la humanidad. El jacobinismo de los procónsules de Lyon habia trastornado los instintos de los hombres; el falso patriotismo habia destruido la humanidad. Varios rasgos sublimes y patéticos brillaron, sin embargo, en aquellas saturnales de la venganza. El alma se elevó á la altura de aquellos dramas y el heroísmo resplandeció en todas las edades y en todos los sexos. El amor desafió á los verdugos y reveló tesoros de ternura y de magnanimidad.

El jóven Dutailon, de edad de quince años, conducido á la muerte con su familia, se regocijó al pie del

cadalso al considerar que con solo un hachazo iba á reunirse con su padre. «¡Me guarda un sitio allá arriba, no le hagamos esperar!» dijo este niño al verdugo para que se apresurase á concluir con su vida.

Un hijo de Mr. de Rochefort fué conducido con su padre y tres parientes mas al paseo del Rosal en Feurs para ser fusilado. El piquete hizo fuego y solo tres sentenciados cayeron. El niño quedó ileso, porque enternecidos los soldados no dirigieron hácia él la puntería. «¡Perdon! ¡perdon! exclamaron conmovidos los espectadores, no tiene aun diez y seis años y podrá ser un buen ciudadano.» Los ejecutores dudaban y Javogues prometió salvarlo. «No, no, no quiero vuestro perdon; ni tener que deberos la vida á vosotros, exclamó el niño abrazando el cuerpo sangriento de su padre. ¡Yo quiero morir! ¡Yo soy realista! ¡Viva el rey!»

La hija de un menestral, jóven de una belleza estremada, fué acusada de no haber querido ponerse la escarapela republicana. «¿Por qué te obstinas, la dijo el presidente, en no querer llevar el signo redentor del pueblo?—Porque vos lo llevais,» respondió la jóven. El presidente Parrain, admirando tanto valor y avergonzado de enviar una hermosa criatura al cadalso, hizo señas á un carcelero que estaba detrás de la acusada, para que pudiese una escarapela en su cabeza; pero ella habiendo visto la seña se arrancó la escarapela con indignacion, la pisoteó y marchó á la muerte.

Otra jóven que á impulsos de la metralla habia perdido el dia anterior todo lo que le apegaba á la vida, atravesó la multitud para ir á arrodillarse al pie del tribunal y suplicó á los jueces que la condenasen. «Habeis muerto á mi padre, á mis hermanos y á mi prometido, exclamó, no tengo ya familia, ni amor, ni destino en la tierra, ¡quiero morir! ¡La religion me prohibe darme la muerte por mi mano, matadme!»

Un preso jóven llamado Couchoux, sentenciado á mo-

rir al día siguiente con su padre, de edad de ochenta años y privado del uso de las piernas, fué arrojado para esperar la hora del cadalso en los sótanos de la casa de la ciudad. Durante la noche descubrió el medio de poderse escapar por una cloaca que iba á desaguar en el albeo del río. Seguro de la salida, se volvió á buscar á su padre. El anciano hizo inútiles esfuerzos para sostenerse, pero sucumbió á mitad de camino y suplicó á su hijo que se salvase, abandonándolo á su suerte. «¡No, dijo el jóven, viviremos ó moriremos juntos!» Cargóse entonces con su padre, y arrastrándose por el subterráneo huyó á favor de la oscuridad, hasta dar con un bote á la orilla del Ródano, y consiguió salvarse en él á una con el autor de sus días.

Una muger de veinte y siete años, á quien el amor había exaltado hasta el heroísmo durante el sitio, y que había combatido con la intrepidez de un soldado, llamada madama Cochet, arengó al pueblo desde la carreta que la conducía al suplicio: «¡Sois unos cobardes, les dijo, en matar á una muger que ha cumplido con su deber combatiendo por defenderos de la opresion! No es la vida la que siento, sino el hijo que llevo en mi seno, ¡el inocente participará de mi suplicio! ¡Monstruos, añadió, mostrando con la mano su seno que atestiguaba su estado de preñada, no habeis querido esperar algunos dias temiendo que yo pudiese un vengador de la libertad!» El pueblo conmovido tanto por el estado en que se hallaba aquella heroína, como por su juventud y su belleza, la seguía en silencio. Un grito unánime de ¡perdon! salió de la multitud, pero el chirrido de la cuchilla que cortaba dos vidas á la vez interrumpió el tardío clamor del pueblo. Cuarenta y cinco cabezas fueron aquel dia trasportadas en el carretón del ejecutor. Para sofocar aquellos movimientos compasivos de la multitud, los procónsules habían reclutado algunos hombres asalariados, que colocados en las ventanas de la plaza aplaudían cada vez

que caía la cuchilla, del mismo modo que puede aplaudirse en un teatro un buen actor.

## XVI.

Una jóven de diez y siete años, de una hermosura varonil, y que recordaba á Carlota Corday, había combatido con sus hermanos y con su prometido en las filas de los artilleros lioneses. La ciudad entera admiró su intrepidez, y Precy la citaba como ejemplo á sus soldados. Tan valiente como modesta, no manifestaba esteriormente su heroísmo sino en el fuego. Era soltera, y se llamaba Maria Adrian. «¿Cuál es tu nombre? la preguntó el juez admirado de su juventud y ofuscado por sus encantos. — Maria, respondió la jóven acusada, el nombre de la Madre de Dios, por quien voy á morir. — ¿Tú edad? — Diez y siete años, la edad de Carlota Corday. — ¿Cómo has podido á tu edad manejar el cañon contra tu patria? — Para defenderla. — ¡Ciudadana, la dijo uno de los jueces, admiramos tu valor! ¿Qué harías si te concediésemos la vida? — Os atravesaria con un puñal por verdugos de mi patria, respondió irguiendo la cabeza.» En seguida subió en silencio y con los ojos bajos los escalones del cadalso, mas intimidada por las miradas de la multitud que por la muerte. Rehusó la mano que la ofrecía el verdugo para que no tropezase al subir y gritó dos veces: «¡Viva el rey!» Al despojarla de sus vestidos el verdugo encontró en su pecho, un billete escrito con sangre; era la despedida de su prometido ametrallado algunos dias antes en Lyon. «*Broteaur*: Mañana á esta misma hora, le decía á su prometida, no existirá. No quiero morir sin decirte por última vez, que te amo: aunque me ofreciesen el perdon por decir lo contrario, lo rehusaría. No tengo tinta y me he abierto una vena para escribirte con mi sangre: qui-

siera confundirla con la tuya por toda una eternidad. Adios mi amada María. No flores para que los ángeles te encuentren tan hermosa como yo en el cielo. Voy á esperarte: ¡no tardes mucho!» Los dos amantes no estuvieron separados sino algunas horas. El pueblo supó admirar, pero no quiso conceder el perdón.

Los suplicios en masa no cesaron hasta que se conoció el disgusto de los soldados, indignados de verse convertidos en verdugos. Los suplicios individuales se multiplicaron hasta el extremo de mellar las cuchillas y cansar á los ejecutores. «¿Tienes necesidad de un verdugo mas activo? escribia el jacobino Achard á Collot de Herbois, yo me ofrezco á serlo.» Los cuerpos insepultos apilados en las orillas del Ródano, les infestaban é infundían temores de peste. Las ciudades y las poblaciones del litoral se quejaron á la Convención de la fetidez del ambiente y de la suciedad del agua que bajaba de Lyon. Los jacobinos y los representantes estaban sordos, y reanimaban su furor en los banquetes patrióticos. Dorsfeuille, Achard, Grandmaison, los jueces, los administradores y sus satélites, brindaban por la rapidez de la muerte y por la energía del verdugo. Parodiando la cena de Jesucristo, se pasaban de mano en mano una copa llena de vino, animándose mutuamente á apurarla. «Esta es la copa de la igualdad, dijo Grandmaison, hé aquí la sangre de los reyes, tomad y bebed.—¡Republicanos, repuso Dorsfeuille, este banquete es digno del pueblo soberano. Reunámonos, administradores, estado mayor, miembros de los tribunales y honorarios públicos, cada década para beber juntos en un mismo cáliz la sangre de los reyes!»

Llamado á París Collot de Herbois por los primeros rumores de la indignación del pueblo contra estos asesinatos en masa, se justificó en los Jacobinos: «Se nos llama antropófagos, les decia, los aristócratas son los que hablan así. ¡Se examina con cuidado el modo de morir

de los contrarrevolucionarios! ¡Se esparce la voz que no mueren del primer golpe! Pregunto yo ahora, ¿cuántos recibió Chaliér? La gota mas pequeña de la sangre de un patriota cae sobre el corazón, pero no tengo compasión de los conspiradores. Hemos cañoneado doscientos á la vez, y de esto se nos ha hecho un crimen, ¿Ignoran los que esto dicen, que no es sino una prueba de insensibilidad? ¡El rayo popular los hirió, sin dejar de ellos mas que la nada y las cenizas!» Los jacobinos le aplaudieron este feroz discurso.

Fouché, que permaneció en Lyon, para continuar la epuración del Mediodía, escribia á Collot de Herbois, para felicitarse con él de su comun triunfo. «Y nosotros tambien combatimos á los enemigos de la república de Tolon, ofreciendo á sus miradas miles de cadáveres de sus cómplices. Aniquilemos de un solo golpe en nuestra ira á todos los rebeldes, á todos los conspiradores y á todos los traidores. ¡Ejercemos la justicia á ejemplo de la naturaleza! ¡Venguémosnos como pueblo! Hiramós como el rayo, y que la ceniza misma de nuestros enemigos, desaparezca del suelo de la libertad! ¡Que la república no sea mas que un volcan! Adios, amigo mio: lágrimas de alegría corren por mis ojos é inundan mi alma. No tenemos mas que un modo de celebrar nuestras victorias; esta tarde embiaremos doscientos trece rebeldes á que sufran el fuego del rayo.»

Sin embargo, aun en el mismo Lyon, algunas almas republicanas osaron respirar libremente la humanidad, deshonrar el crimen y acusar á los verdugos. Varios ciudadanos, nada sospechosos, se dirigieron á Robespierre, como al moderador de la república. Se sabia por la correspondencia de Couthon con algunos patriotas de Lyon, que Robespierre se indignaba en la comision de salud pública, de las proscripciones de Collot de Herbois y de Fouché, y de la destruccion de la segunda ciudad de Francia. «Estos Marios de teatro, decia en su intimidad en

casa de Duplay aludiendo al oficio de procónsul, no reinarán dentro de poco, sino sobre ruinas.» Fouché en sus cartas á Duplay, se esforzaba por engañar á Robespierre, y le presentaba á Lyon como una contrarrevolucion permanente. En toda la república se conocian las discusiones secretas que fermentaban ya en la comision de salud pública, entre el partido de Robespierre y Collot de Herbois; y que los unos buscaban en la revolucion un orden social bajo las ruinas, y los otros no buscaban en ellas sino rapiñas y venganzas. Algunos republicanos del partido de Robespierre, se reunieron misteriosamente en Lyon, esperando el menor sintoma de variacion en la opinion pública. Uno de ellos, llamado Gillet, se atrevió á firmar una carta escrita con consentimiento de todos. «Ciudadano representante, decia en esta carta dirigida á Robespierre, he habitado los sótanos y las catacumbas, he sufrido el hambre y la sed durante el sitio de mi patria; si este hubiese durado uno ó dos dias mas, hubiera perecido víctima de mi adhesion á la causa de la Convencion, que es, á mi modo de ver, el centro de union de todos los buenos ciudadanos. Por lo tanto, tengo derecho de hablar en el dia de justicia y de moderacion en favor de mis enemigos. Los que aqui intentan la libertad de cultos, son ahora los verdaderos culpables. Apresúrate, ciudadano, á hacer expedir un decreto que los condene á muerte, y que purguen de este modo la tierra de la libertad. El mal es grande, la llaga profunda; es necesario una mano violenta y pronta. Nuestros campos son víctimas del estupor. Los labradores siembran con la certeza de no coger el fruto de sus afanes. El rico oculta su oro, y no se atreve á hacer trabajar al indigente. Todo el comercio está paralizado. Las mugeres ahogan el instinto de la naturaleza, maldiciendo el dia en que van á ser madres. El moribundo llama á su pastor para oír de su boca una palabra de consuelo y de esperanza, y el pastor se ve amenazado con la guillotina

si va á confesar á su hermano. Las iglesias, han sido devastadas, los altares destruidos por unos malvados que pretenden marchar en nombre de la ley, cuando en realidad no marchan sino por orden de otros tan malvados como ellos. ¡Gran Dios, á qué tiempo hemos llegado! Todos los buenos ciudadanos, ó casi todos, bendicen la revolucion, y todos maldicen y lloran la tirania. La crisis es tal, que estamos en visperas de las más grandes desgracias. La explosion de la mina que se carga en estas comarcas, esterminará acaso la Convencion entera, si no te apresuras á inutilizarla!... Medita, Robespierre, estas verdades que me atrevo á firmar, aunque me cueste la vida el haberlas escrito.»

## XVII.

Aquellos remordimientos de los republicanos puros se ahogaban en Paris por los gritos dementes del partido de Hebert, de Chaumette y de Collot de Herbois. Robespierre, Couthon y Saint-Just, que no se atrevian á atacar aun á aquel partido, callaban esperando que la indignacion pública estuviese bastante sublevada, para arrojarla sobre los terroristas. Pero mientras que las cenizas de Lyon se anegaban en torrentes de sangre, el incendio de la guerra civil prendió en Tolon.

Tolon, puerto el mas importante de la república y ciudad ardiente y móvil como el sol, y el mar de Mediodia, habia pasado rápidamente desde el exceso del jacobinismo al abatimiento y al disgusto por la revolucion. Imitando los movimientos de Marsella cuando los sucesos del 10 de agosto, Tolon habia lanzado contra Paris la flor de su juventud mezclada con la hez de su poblacion. La Provenza habia llevado su ardimiento á Paris, pero la misma fogosidad que habia hecho tan terribles á los pro-

venzales contra el trono de Luis XVI, los hacia incapaces de someterse por mucho tiempo al yugo de una república central y uniforme, como lo que Robespierre, Danton, los franciscanos y los jacobinos querían fundar. Aquellas antiguas colonias fundadas por los focios y griegos en las playas de la Provenza, habían conservado algo de la perpétua agitación y de la insubordinación de las playas de donde eran originarias. El espectáculo del mar hacia á los hombres mas libres y mas indomables, porque ver continuamente la imagen de la libertad en sus olas y su alma contrae la independencia de aquel elemento.

Los toloneses, así como los de Burdeos y Marsella, propendían hacia el federalismo de la Gironda. El trato frecuente con los oficiales de la armada, casi todos realistas, el dominio del clero, casi omnipotente sobre las imaginaciones del Mediodía, los ultrajes y los martirios que sufría la religion bajo el reinado de los jacobinos, la indignación contra los excesos revolucionarios que el ejército de Carteaux había cometido en Marsella, y aquella gran escisión, en fin, de una república que se deshacía en facciones y que degollaba á sus fundadores, todo esto provocaba á Tolon á insurreccionarse.

## XVIII.

La escuadra inglesa al mando del almirante Hood, cruzaba en el Mediterráneo, y mantenía aquellas disposiciones hostiles por medio de correspondencias secretas con los realistas de Tolon. La escuadra se componía de veinte navios de línea y veinte y cinco fragatas. El almirante Hood se presentó á los toloneses como aliado y como libertador, mas bien que como enemigo, prometiéndoles conservar la ciudad, el puerto y la escuadra, no

como conquista sino como un depósito que entregaria al sucesor de Luis XVI, tan pronto como la Francia hubiese ahogado á los tiranos que la oprimian. La opinion de los toloneses pasó, con la rapidez del viento, del jacobinismo al federalismo, de éste al realismo, y del realismo á la defección. Ocho mil fugitivos de Marsella, apinados en Tolon por el terror de las venganzas de la república, lo inespugnable de sus muros, las baterias de sus buques, la presencia de las escuadras española é inglesa combinadas y dispuestas á proteger la insurrección, hicieron concebir á los toloneses, la idea de aquel crimen contra la patria.

De los dos almirantes que mandaban la escuadra francesa en el puerto de Tolon, el uno, que era el almirante Trogoff, conspiraba con los realistas, y el otro, llamado Saint-Julien, se esforzaba por inspirar el republicanismo en sus tripulaciones. Dividida de este modo la opinion, la escuadra se neutralizaba por la contrariedad de sus tendencias y no podia hacer otra cosa fraccionandose, que seguir el movimiento que la imprimiese el partido vencedor. Situada entre una ciudad sublevada y un mar bloqueado, debia quedar forzosamente destrozada, ó por el cañon de los fuertes, ó por el de los ingleses, ó por ambos á la vez. La poblacion de Tolon, en que fermentaban á la vez tantos elementos combinados, se sublevó á la aproximación de la vanguardia de Carteaux con una unanimidad que excluía hasta la idea del remordimiento. Hizo cerrar el club de los jacobinos, sacrificó á sus gefes, encarceló á los representantes del pueblo, Bayle y Beauvais, comisionados en aquel punto, y llamó en su ayuda á los ingleses, á los españoles y á los napolitanos.

Al aspecto de las escuadras enemigas, el representante Beauvais se suicidó en la cárcel. La escuadra francesa, á escepción de algunos navios que el almirante Saint-Julien mantuvo algunos dias en su deber, arboló bandera blanca. Los toloneses, los ingleses y los napolitanos

tanos, reunidos en número de quince mil hombres, artillaron los fuertes y las avenidas de la plaza contra las tropas de la república. Carteaux, saliendo de Marsella á la cabeza de cuatro mil hombres, rechazó á la vanguardia enemiga de las gargantas de Ollioules, y el general Lapoype, que se destacó del ejército de Niza con siete mil hombres, embistió á Tolon por el lado opuesto. Los representantes del pueblo, Freron, Barrás, Ricord, Salicetti, Robespierre el joven, y Gasparin, vigilaron y dirigieron las operaciones, y combatieron todo á la vez. El escaso número de republicanos, el espacio inmenso que tenían que ocupar para circunvalar las montañas que están tocando con Tolon, los fuegos de los fuertes que protegían desde lo alto aquel anfiteatro y la inesperancia de los generales, dilataron por mucho tiempo los ataques é hicieron temblar á la Convencion, que se contempló perdida si dejaba aquella traicion impune. Tan pronto como Lyon dejó tropas á disposicion de la comision de salud pública, Carnot se apresuró á lanzarlas sobre Tolon al mando del general Dopet, vencedor de Lyon. Freron y Barrás estaban resueltos á arruinar á Tolon aunque tuviesen que destruir la marina y los arsenales.

Un capitán de artillería, enviado por Carnot al ejército de los Alpes, fué detenido á su paso para reemplazar en el ejército sitiador al comandante de artillería Dommartin, que habia sido herido en el ataque de Ollioules. Aquel joven oficial era Napoleon Bonaparte. La fortuna le salió allí al encuentro. En pocas palabras y en pocos dias hizo brillar su genio y fué el alma de las operaciones. Predestinado á hacer prevalecer la fuerza sobre la opinion y el ejército sobre el pueblo, se le vió aparecer por primera vez envuelto en el humo de una batería, peleando á un mismo tiempo contra la anarquía en Tolon y contra los enemigos en el puerto. Su porvenir estaba en aquella actitud: ¡genio militar que despuntó en el fuego de una guerra civil para apoderar-

se del soldado, ilustrar la espada, ahogar la palabra, extinguir la revolucion y hacer retrogradar á la libertad un siglo! ¡Gloria inmensa, pero funesta, que la posteridad no juzgará como lo han hecho los contemporáneos!

## XIX.

Dugommier habia reemplazado á Carteaux. Aquel reunió un consejo de guerra al cual asistió Bonaparte: este joven capitán, que habia sido promovido al grado de comandante de batallón, reorganizó la artillería, aproximó las baterías á la plaza, conoció de una ojeada el punto vulnerable de la posicion que debía batir, y marchó al objeto principal sin hacer caso de todo lo demas. El general inglés O'Hara hizo una salida desde el fuerte Malbosquet con seis mil hombres, pero cayó en una emboscada dirigida por Bonaparte, y fué herido y hecho prisionero. El fuerte Mulgrave fué atacado por dos columnas, á pesar de las órdenes de los representantes. Bonaparte y Dugommier entraron los primeros por la brecha, y la victoria les justificó. «General, dijo Bonaparte á Dugommier, que estaba cargado de años y de fatigas, idos á descansar, porque acabamos de tomar á Tolon.» El almirante Hood vió al amanecer las baterías francesas, apuntadas contra todas las cuevas y dispuestas á batir el puerto. El viento del otoño rugía, el cielo se nublaba, el mar estaba alborotado, y todo anunciaba que los próximos temporales del invierno iban á cerrar la salida del puerto á los ingleses. ®

Á la caída del dia, algunas chalupas enemigas remolcaron al brulote *Vulcano* hasta el centro de la escuadra francesa. Una cantidad inmensa de materias combustibles fueron amontonadas en los almacenes, en los astilleros y en los arsenales. Varios oficiales ingleses espe-

raban la señal del incendio con el lanza-fuego en la mano. Dan las diez en el reloj del puerto y del centro de la ciudad sale un cohete que se eleva y cae echando chispas, esta era la señal: y los lanza-fuegos se dirigen á los regueros de pólvora. El arsenal, los establecimientos, los repuestos marítimos, las maderas de construcción, el alquitran, los cañamos, los armamentos de aquella escuadra y de aquel depósito naval, son consumidos en pocas horas. Aquel horno inmenso en donde quedó reducida á cenizas la mitad de la marina francesa, alumbró por toda una noche las olas del Mediterráneo, las faldas de las montañas, los campamentos de los representantes y los navios ingleses. Los habitantes de Tolon, que iban á ser abandonados dentro de pocas horas á la venganza de los republicanos erraban por los muelles. El silencio que el horror del incendio causó en los dos campos, no fué interrumpido sino por la esplosion de los almacenes de pólvora y la de diez navios y quince fragatas, que lanzaban sus cascós y sus cañones al aire antes de hundirse en las aguas. Los rumores de la salida de las escuadras combinadas y de la rendicion de la plaza, se habian esperecido por la poblacion. Doce mil personas, entre toloneses y marselleses refugiados, hombres, mugeres, niños, ancianos, heridos y enfermos, salieron de sus moradas y se apiñaron en la playa, disputándose el sitio en las embarcaciones, que los trasportaban á los navios ingleses, españoles y napolitanos. Un mar alborotado y las llamas que corrían entre las olas, hacian el transporte de los fugitivos mas peligroso y mas lento. A cada instante los peligros de un bote que se iba á pique y los cadáveres que el oleage arrojaba á la costa, desanimaba á los marineros. Los restos incendiados del arsenal y de la escuadra, llovían sobre aquella multitud y aplastaban filas enteras. Una batería del ejército sitiador barría con sus balas y granadas el puerto y el muelle. Separados en aquella confusion los individuos de

una misma familia se buscaban, se llamaban á gritos en medio de aquel laberinto de voces y de aquel oleage de la multitud. Las mugeres perdían á sus maridos, las hijas á sus madres, y las madres á sus hijos. Algunos cuyos parientes estaban ya embarcados, pero que los erian aun en la ciudad, rehusaban entrar en los botes, se arrastraban por el suelo desesperados, en la playa, ó se venían á tierra, no queriendo huir sin los seres que amaban, otros se sacrificaban y se precipitaban á la mar para aligerar las chalupas, demasiado cargadas, salvando con un suicidio á sus hijos, madres ó mugeres. Dramas patéticos y terribles tuvieron lugar en el horror de esta noche fatal, que recordaba aquellas generaciones de las poblaciones antiguas del Asia menor ó de la Grecia, abandonando en masa su patria, llevando consigo sus riquezas y sus dioses á la luz del incendio de sus ciudades. Cerca de siete mil habitantes de Tolon, sin contar los oficiales y tripulaciones de la escuadra, recibieron un asilo en los buques ingleses y españoles. El crimen de haber entregado las playas y las armas de la Francia á los extranjeros y el de haber arbolado el pabellon real, era imperdonable. Desde el medio de las olas dieron el último adios á las colinas de la Provenza, iluminadas por las llamas que devoraban sus hogares y sus olivos. En este momento terrible la esplosion de dos fragatas que contenían miles de barriles de pólvora y que los españoles se habian olvidado de echar á pique, fué á caer como un volcán sobre la ciudad y sobre el mar. Formidable despedida en la cual la guerra civil hizo llover fuego sobre los vencidos y sobre los vencedores.

Al siguiente dia los ingleses levaron anclas, llevándose los navios que no pudieron incendiar, y se hicieron á la vela. Los refugiados de Tolon fueron trasportados casi todos á Liorna, y la mayor parte se establecieron en Toscana; sus familias aun subsisten allí, como lo atestiguan los muchos apellidos franceses que se encuentran

entre los naturales de las colinas de Liorna, de Florencia y de Pisa.

## XX.

El 20 de diciembre de 1793, los representantes entraron en Tolon á la cabeza del ejército republicano. Dugommier, mostrando la ciudad reducida á cenizas y las casas casi vacías de habitantes, suplicó á los convencionales que se contentasen con la venganza tomada, y que supusiesen generosamente que todos los culpables se habían desterrado, librando á los demas. Los representantes no tuvieron en cuenta la magnanimidad del auciario general, porque no estaban encargados únicamente de vencer, sino tambien de infundir terror. La guillotina entró en Tolon con la artillería del ejército, derramándose aquí tanta sangre como se había derramado en Lyon. La Convencion decretó que el nombre de aquella ciudad de traidores fuese borrado del padron general de la Francia. «¡Que las bombas y la mina, dijo Barrere, destruyan las habitaciones de todos los comerciantes de Tolon, y que sobre el sitio que ocupaba no quede mas que un puerto militar, habitado solamente por los defensores de la republica!»

## LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris. — Madama Roland en la cárcel. — Escribe sus memorias. — Su carta á Robespierre. — Su causa. — Su sentencia. — Su muerte. — Suicidio de Roland.

Aquellos combates, igualmente heróicos y atroces entre la republica y sus enemigos, en los campos de batalla y en el suplicio, no habían interrumpido las ejecuciones en Paris ni en las provincias. Desde la muerte de los girondinos parecia que la guillotina se había elevado al rango de una institucion que no cesaba de devorar víctimas; estas víctimas las tomaba en todos los partidos que la revolucion dejaba en pos de sí ó que encontraba en su marcha. Algunos demagogos sanguinarios, de la municipalidad y de la Montaña, pidieron que se construyese el instrumento de muerte de piedra labrada, y se colocase en la plaza de la Concordia frente á las Tullerías. Según ellos, debía ser la guillotina un edificio público y nacional que atestiguase á todos y siempre, que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

Atento el tribunal revolucionario á la menor señal de

entre los naturales de las colinas de Liorna, de Florencia y de Pisa.

## XX.

El 20 de diciembre de 1793, los representantes entraron en Tolon á la cabeza del ejército republicano. Dugommier, mostrando la ciudad reducida á cenizas y las casas casi vacías de habitantes, suplicó á los convencionales que se contentasen con la venganza tomada, y que supusiesen generosamente que todos los culpables se habían desterrado, librando á los demas. Los representantes no tuvieron en cuenta la magnanimidad del auciario general, porque no estaban encargados únicamente de vencer, sino tambien de infundir terror. La guillotina entró en Tolon con la artillería del ejército, derramándose aquí tanta sangre como se había derramado en Lyon. La Convencion decretó que el nombre de aquella ciudad de traidores fuese borrado del padron general de la Francia. «¡Que las bombas y la mina, dijo Barrere, destruyan las habitaciones de todos los comerciantes de Tolon, y que sobre el sitio que ocupaba no quede mas que un puerto militar, habitado solamente por los defensores de la republica!»

## LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris. — Madama Roland en la cárcel. — Escribe sus memorias. — Su carta á Robespierre. — Su causa. — Su sentencia. — Su muerte. — Suicidio de Roland.

Aquellos combates, igualmente heroicos y atroces entre la republica y sus enemigos, en los campos de batalla y en el suplicio, no habían interrumpido las ejecuciones en Paris ni en las provincias. Desde la muerte de los girondinos parecia que la guillotina se había elevado al rango de una institucion que no cesaba de devorar víctimas; estas víctimas las tomaba en todos los partidos que la revolucion dejaba en pos de sí ó que encontraba en su marcha. Algunos demagogos sanguinarios, de la municipalidad y de la Montaña, pidieron que se construyese el instrumento de muerte de piedra labrada, y se colocase en la plaza de la Concordia frente á las Tullerías. Según ellos, debía ser la guillotina un edificio público y nacional que atestiguase á todos y siempre, que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

Atento el tribunal revolucionario á la menor señal de

la comision de salud pública, se apresuraba á enviar á la muerte á todos los que se le designaban. El juicio no era mas que una breve é inútil formalidad.

El nombre de Mad. Roland no podia escapar por mucho tiempo al resentimiento del pueblo, porque este nombre significaba todo un partido. Aquella muger, alma de la Gironda, podia ser una Nemesís si se la dejaba sobrevivir á los amigos ilustres que le habian precedido en el sepulcro. Otros vivian aun, y era necesario intimidarlos hiriendo á su ídolo; otros habian muerto, y era necesario humillar su memoria asociándola á la execración popular que inspiraba una muger odiosa al pueblo y sospechosa á la libertad. Tales fueron los motivos que hicieron pedir por la municipalidad y por los Jacobinos el juicio de Mad. Roland.

## H.

La comision de salud pública, ejecutora que, aunque se alligiese de serlo algunas veces, era siempre complaciente con las voluntades del populacho, inscribió el nombre de Mad. Roland en las listas que remitía todas las noches á Fouquier-Tinville. Robespierre firmó la lista con un remordimiento visible que no pudo evitar que se conociese en su semblante.

En los primeros tiempos de la residencia en Paris del diputado por Arras, cuando era aun desconocido, habia frecuentado la casa de aquella muger. En la época en que la Asamblea constituyente humillaba el orgullo y despreciaba la palabra de Robespierre, Mad. Roland adivinó su genio, honró su obstinacion y animó su desconocida elocuencia. Este recuerdo pesaba sobre la mano del miembro de la comision de salud pública en el momento en que firmaba aquella lista en la cual sabia muy bien que no ha-

bia sido inserto nadie que no fuese desde el tribunal al cadalso. Mad. Roland y Robespierre habian principiado juntos la revolucion, y la revolucion los habia conducido al uno á la cima del poder y á la otra al colmo de la adversidad. Robespierre debia tal vez al estímulo de esta muger el imperio que tenia sobre la opinion, imperio que le daba el derecho de salvarla ó de perderla. Todo hombre generoso se hubiera conmovido con estas relaciones y con este recuerdo. Robespierre era estoico, tomaba la inflexibilidad por una fuerza y la obstinacion por firmeza de voluntad. Se hubiera arrancado él mismo su corazon si éste hubiera sido capaz de aconsejarle una debilidad; el espíritu de sistema habia muerto en él la naturaleza; se creia ser superior al hombre inmolando la humanidad. Cuanto mas sufría por esta violencia, tanto mas justo se creia y habia llegado á un extremo de sofismo y á una exageracion tal de una falsa virtud, que rechazaba de sí reputándolos á crímenes, todos sus buenos sentimientos.

Mad. Roland estaba encerrada en la cárcel de la Abadía desde el 31 de mayo. Hay almas á quienes la posteridad contempla con mas curiosidad y con mas interés que á todo un imperio, porque ellas reasumen en su situacion, en su sensibilidad, en su elevacion y en su caída, todas las vicisitudes, todas las catástrofes, toda la gloria y todo el infortunio de su época. Mad. Roland era una de estas almas. En su vehemencia, en su pasion, en sus ilusiones, en su martirio, en su abatimiento actual y tambien en su inmortal esperanza, personificaba desde el interior de su calabozo toda la revolucion. Aislada del resto del universo, arrancada á un padre, á un esposo y á una hija, inundaba con torrentes de lágrimas interiores el fuego de una imaginacion ardiente, unida como una llama á los restos de un buque incendiado.

Los carceleros de la Abadía, ensalzaron cuanto la tristeza de las paredes de una cárcel lo permitían, el cautiverio de aquella célebre muger. Hay seres á quienes no se les puede perseguir sino de lejos. La hermosura ablanda todos los corazones que á ella se aproximan. A madama Roland se la dió, sin que lo supiesen los agentes de la municipalidad, una habitacion alumbrada por los rayos del sol, y la permitieron tener flores. Cuando aquella muger era diebosa, gustaba mucho de ellas mirándolas como el lujo mas divino y menos caro. Las rejas de su calabozo cubiertas de frondosas enredaderas, al menos la hacían formarse la ilusion de que se hallaba en completa libertad; permitiósela que hablase con algunos amigos y muy particularmente con los libros, desco favorito de aquella alma poética que, al recorrer sus páginas, creía conversar con las grandes almas de la antigüedad. Tranquila por la suerte de su marido que sabia estaba refugiado en Prusia en casa de un amigo de confianza; tranquila por el porvenir de su hija que su amigo Bose, administrador del Jardín botánico, habia confiado á madama Cruzé de la Touche, su madre adoptiva, orgullosa de sufrir por la libertad y feliz en padecer por sus amigos, esperiméntó una especie de sosiego voluptuoso de sus sensaciones en el silencio y en la soledad de su calabozo. La naturaleza ha puesto la calma en el fondo de un abismo, como una cama mullida en el fondo de un abismo, para endulzar la sensacion de la caída á los desgraciados. La certeza de no poder caer mas abajo, el desafío á los hombres de llevar mas lejos su venganza, y el goce interior de su propio valor hacen al paciente superior al verdugo. Estos tres sentimientos sostenian á la vez á madam

Roland, haciendo de sus sufrimientos un glorioso espectáculo para ella, en cuyo drama era á un mismo tiempo, la protagonista y el espectador.

Separóse con el pensamiento del mundo, del tiempo y de sí misma, y quiso vivir anticipadamente en la posteridad. Ni los goces del mundo, ni la moral del cristianismo, tuvieron influencia sobre el alma de aquella muger, para hacerla resignarse con su suerte. Su aversion á todo lo que creía supersticion habia debilitado en ella, hasta la fé en un Dios presente y en una inmortalidad segura. Muger de la antigüedad pagánica en los dias del cristianismo, su virtud era romana como sus opiniones. Su providencia consistia en la opinion de los hombres, y su cielo era la posteridad. De todos los dioses ella no invocaba mas que el porvenir. Una especie de deber abstracto y estóico que se juzga á sí mismo, y que halla en este juicio su propia recompensa, la servia de esperanza de consuelo y de piedad; pero su alma era tan fuerte y tan pura, que aquella virtud sin recompensa y sin pruebas, le bastaba para mantenerse en pie en la adversidad y firme á la vista del cadalso.

No pudiendo, pues, obrar, se recogió dentro de su propio pensamiento. Se procuró por la complicidad de sus guardias, algunos pliegos de papel, tinta y una pluma, y escribió en fragmentos su vida pública y privada. Cada dia ocultaba una de estas páginas á la vigilancia de sus guardias, confiándolas á Bose, que las ocultaba cuidadosamente guardándolas para otros tiempos mejores. Con esto le parecia á madama Roland que habia robado un año de su vida á la muerte, y que ocultaba á la nada lo que consideraba como la mejor parte de sí misma: su recuerdo. En aquellas páginas mezclaba con el desorden y con la precipitacion de un pensamiento que no tiene un mañana, los sueños mas femeniles de su infancia y las preocupaciones mas lúgubres de su prision. En el mismo libro se ve á la jóven en la bohardilla de la calle de los Plateros

aspirando amor y gloria, y un paso mas adelante la cautiva aislada de su calabozo, separada de su hija, de su esposo y de sus amigos, deshojando una á una todas sus ternuras, todas sus ilusiones, todas sus esperanzas y á quien aguarda el cadalso.

## IV.

Sin embargo, aunque este libro esté dedicado segun las apariencias á la posteridad, se conoce en ciertas senales de inteligencia que se hallan en él, que se dirige sobre todo al alma de un confidente desconocido. Madama Roland esperaba que despues de su muerte, el ojo perspicaz de un amigo tierno, traduciría los pensamientos de su alma y vería con toda claridad en aquellas páginas, las alusiones, los suspiros, y las revelaciones de su corazón. Estas memorias son una especie de conversacion en voz baja, de la que el público pierde una gran parte; son una conversacion suprema, ó la despedida del mundo de un alma grande. Se teme á cada palabra que se va leyendo, que la confianza sea interrumpida por la llegada del verdugo, y se cree que la cuchilla está suspensa sobre el escritor, pronta á cortar el pensamiento á una con la cabeza.

Estos solaces de su cautiverio, endulzaron las sensaciones de su tristeza, disipándolas. La palabra es en estos casos una venganza; la indignacion que se exhala nos consuela. La cautiva tenia algunos momentos de esperanza y aun llegó á verse en libertad por espacio de algunas horas. Ebria de alegría se apresuró á ir á su casa para abrazar á su hija y para volver á ver el hogar doméstico; pero aquella libertad de un día, no era mas que un lazo de sus perseguidores. Los satélites de la municipalidad espíaban su gozo para envenenarlo y aguardándola á la

entrada de su casa, no la dejaron tocar á la puerta, ni pisar sus umbrales, ni oír la voz de su hija, ni ver las lágrimas de sus criados. A pesar de sus súplicas la detuvieron, y la arrojaron apenas se creyó libre, á la cárcel de Santa Pelagia, sentina de vicios en donde se recogia á las prostitutas de las calles de París. Tratose de envilecerla con su contacto y de martirizarla en su pudor. Sus costumbres, sus conversaciones y su lepra moral, ofendieron sus ojos, sus oídos y su pureza. Había aceptado la muerte y la condenaban á la infamia.

La compasion de sus carceleros, la sacó de aquel cenagal, dándole un cuarto, una mala cama y una mesa. Allí continuó sus memorias y vió algunas veces á sus amigos Bose y Champagneaux. El cobarde Lanthenas, confidente asiduo de su hogar en los dias de su poder, y el ingrato Pache, elevado por ella y por su marido al poder, estaban el uno en la cima de la Montaña, y el otro en la cima de la municipalidad, pero ambos afectaron no conocerla. Danton á pesar de estar ausente, volvió la vista hácia otro lado, y Robespierre no osaba ocultar una cabeza al pueblo. Sin embargo, la antigua amistad que habia existido entre él y madama Roland dió á la cautiva un instante de esperanza y casi de debilidad. Estaba indispueta en la enfermeria de la cárcel; un médico que se decía amigo de Robespierre fué á visitarla y le habló así: «Le he conocido, dijo, y le he estimado mucho, creyéndolo un amigo sincero de la libertad, pero temo que en el día, ame el despotismo y quizá la venganza. Lo creo susceptible de prevencion, fácil en apasionarse, lento en abandonar sus juicios, juzgando culpables con demasiada ligereza á todos los que no participan de sus opiniones. Yo le he visto mucho, y pido que ponga la mano sobre su conciencia, y que os diga si piensa mal de mí.» Esta conversacion la sugirió la idea de dirigirse á Robespierre, y habiendo cedido á ella le escribió.

«Robespierre, le decia en aquella carta á la vez patética y provocativa, voy á probaros: os repito lo que he dicho al amigo que os dara este billete. Ya podéis pensar que no voy á suplicaros nada, jamás me he bajado á nadie y no sería desde el interior de una cárcel desde donde yo dirigiera una súplica al hombre que tiene poder para abrimela. El ruego se ha hecho para los culpables y para los esclavos. La inocencia se justifica y es bastante. La queja tampoco me conviene, porque sé sufrir. También sé que en el nacimiento de las repúblicas, las revoluciones escogen por víctimas á los mismos que las han llevado á cabo: esta es su suerte, solo la historia las vengará. Pero por qué singularidad, yo, muger, estoy espuesta á las tempestades que no caen ordinariamente sino sobre los grandes actores de las revoluciones....? Robespierre, os desafío á que creais con fundamento que Roland no es un hombre honrado; vos lo habeis conocido, tiene la rudeza de la virtud como Caton tenia su aspereza. Estaba disgustado de los negocios, irritado de las persecuciones, fastidiado del mundo y causado por los años y por los trabajos, no queria mas que lamentarse en un retiro ignorado, y oscurecerse allí en el silencio para evitar un crimen á su siglo. Mi pretendida complicidad sería graciosa, si no fuese atroz. ¿De dónde procede sino, esa animosidad contra mí, que jamás he hecho mal á nadie y que no sé ni aun deseárla á los que lo hacen? Educada en el retiro, nutrida de estudios serios, que han desarrollado en mí algun tanto de carácter, entregada á gustos sencillos, entusiasta por la revolucion, extraña á los negocios por mi sexo, pero hablando de ellos con calor, he despreciado las primeras calumnias lanzadas contra mí, creyéndolas un tributo forzoso pagado á la envidia por una situacion

que el vulgo tenia la simpleza de mirar como elevada, y á la que yo preferia el estado pacífico en que habia pasado tan dichosos dias....

«Sin embargo, ¡me veo presa hace cinco meses, y arrancada de los brazos de mi hija, que no puede tampoco reposar en el seno que la he criado! Alejada de todo lo que me es mas querido, objeto de las invectivas de un pueblo engañado, oyendo bajo mis ventanas á los centinelas que me vigilan hablar de mi proximo suplicio, leyendo las asquerosas diatribas que vomitan contra mi escritores que nunca me han visto.... Nada he dicho, nada he perdido, ni he fatigado á nadie con mis reclamaciones: orgullosa de luchar con mi mala fortuna y de tenerla sujeta bajo mis pies....»

«Robespierre, no es para escitar en vos una compasion á la cual soy superior y que tal vez me ofenderia; por lo que os presento este cuadro es únicamente para vuestra instruccion. La fortuna es voluble é igualmente lo son los favores populares. Ved la suerte de los que agitaron al pueblo, lo complacieron ó lo gobernaron desde Vitelio hasta César y desde Hippon arengador de Siracusa, hasta nuestros oradores parisienses..... Mario y Sila proscribieron millares de patricios; un gran número de senadores y á una infinidad de desgraciados. ¿Han ahogado acaso á la historia que los denuncia á la execracion? ¿Fueron por ventura dichosos? Cualquiera que sea la suerte que me esté reservada, deseen sufrirla de una manera digna de mí, ó evitarla si me conviene. Despues de los horrores de la persecucion, ¿debo temer el del martirio? Hablad: siempre vale algo el saber uno su suerte, y en una alma como la mia se es capaz hasta de mirarla sin temor. Si queréis ser justo y me leéis con recogimiento, mi carta no os será inútil, y solo con esto tampoco lo será para mi país. En todo caso, Robespierre, él y vos no podéis ignorar que cualquiera que me conozca no podrá perseguirme sin remordimientos.»

## VI.

Bajo el estoicismo aparente de esta carta, se traslucía sin embargo una sorda llamada á la piedad, ó á lo menos que era una puerta que madama Roland abría para una reconciliación. Una respuesta favorable de Robespierre la hubiera impuesto el reconocimiento hácia el hombre que persiguió y envió á la muerte á los que ella adoraba, pero le pareció mas honroso perder la vida que debérsela á Robespierre. Despues de escribir la carta la hizo pedazos.

No obstante, los guardó como testimonio de un pensamiento de libertad personal, sacrificado á su dignidad de muger de partido, y á sus sentimientos de esposa y de amigo. La cautiva se resignó á la muerte.

Entretenia su ocio con la música, la conversacion y la lectura. Con la música adquiria la melancolia y con los libros la fuerza que requería su situacion; sobre todo, estudiaba en Tácito, este sublime anatómico de muertos célebres, que les señalaba con la mano sobre los cadáveres de tantas victimas, las últimas pulsaciones del dolor y del heroismo. Se representaba á menudo el suplicio con el objeto de aprenderlo bien, para representarlo con dignidad en el terrible momento. Tuvo tambien la idea de prevenirlo procurándose un veneno. En el momento de tomarlo, escribió á su marido para disculparse de morir antes que él: «Perdóname, hombre digno del respeto del porvenir, por haber dispuesto de una vida que te habia consagrado! Tus desgracias me habrían detenido si me hubiese sido permitido aligerarlas; No pierdes sino un objeto inútil, de inquietudes lastimosas!» Despues volviendo al recuerdo de su hija: «Tú, cuya dulce imagen penetra mi maternal corazon y debilita mis resoluciones. ¡Ah! sin

duda no te hubiera dejado sin guia, si ellos hubieran podido dejártela. ¡Crueles! no tienen lástima de la inocencia. Vosotros, amigos míos, dirigir vuestras miradas y vuestros cuidados hácia mi huérfana. No lloréis por una resolución que pone fin á mis pruebas. Me conocéis y no creereis que la debilidad ó el espanto me dictan el partido que tomo. Si hubiera quien me asegurase que ante el tribunal á donde han comparecido tantos inocentes, tendria yo la libertad de señalar á los tiranos yo quisiera comparecer en él en este mismo instante.»

Un grito vago, semejante á una invocacion, salió en este momento de su alma como la religion del último suspiro; que sin saber á donde iba á perderse, trataba de elevarse á una esfera mas alta que la nada. «¡Divinidad! ¡Ser Supremo! ¡Alma del mundo! principio de lo que yo siento de bueno, de grande y de inmortal en mí, en cuya existencia creo porque es necesario que yo proceda de alguna cosa superior á todo cuanto veo. ¡Voy á unirme á tu esencia!»

Hizo su testamento y distribuyó entre su hija, sus amigos y sus criados, su piano, su arpa, dos sortijas que la quedaban, sus libros y algunos muebles de su calabozo, que eran los únicos bienes que poseia. Recordaba sus primeras pasiones, por la naturaleza, por el campo y por el cielo. «Adios, escribia, adios, sol de mi ventana, cuyos rayos traian la serenidad á mi alma, llamándola á los cielos! Adios, campos solitarios de las orillas del Saone, cuyo espectáculo me ha conmovido tantas veces; y vosotros antiguos habitantes de Thizy cuyo sudor he enjugado, cuya miseria he socorrido y cuyas enfermedades he endulzado en mis cuidados. ¡Adios para siempre! ¡Adios, gabinetes pacíficos en donde yo nutria mi espíritu de verdad, cultivaba mi imaginacion por el estudio ó aprendia en el silencio de la meditacion á dominar mis sentidos y á despreciar la vanidad! Adios, hija mia, acuérdate de tu madre! ¡Tú no estarás sin duda reservada á pasar por

pruebas tan crueles como las mias! ¡Adios amada niña que he criado con mi sangre y á quien quisiera penetrar de todos mis sentimientos!»

Este pensamiento dió al traste con su resolucion y la imágen de su hija bastó á contenerla: tiró el veneno, quiso dejar algunas horas mas á la prueba y alarrepentimiento; y se decidió á esperar la muerte.

El suplicio de los girondinos fué para Mad. Roland una señal infalible de la suerte que la aguardaba. Vergniaud y Brissot no existian ya. ¿Quién sabe cual habia sido la suerte de Buzot, Barbaroux, y Louvel? Tal vez habrian dejado de existir.

La trasportaron á la Consergeria, en donde permaneció muy poco. Esta muger era mas grande cuanto mas se aproximaba á la muerte. Su alma, su lenguaje y sus facciones adquirieron allí la solemnidad de los grandes destinos. En los pocos dias que estuvo en aquella cárcel, escitó entre los numerosos presos que en ella habia, un entusiasmo y un desprecio á la muerte que divinizaron á las almas mas abatidas. La sombra del cadalso parecia realzar su hermosura. Los prolongados dolores de su cautiverio, el sentimiento desesperado, pero tranquilo, de su situacion, las lágrimas contenidas, pero que se revelaban en sus palabras, daban á su voz un acento en el que se conocia la fermentacion de los sentimientos que se removian sin cesar en el fondo de su gran corazon.

En la reja hablaba con los hombres principales de su partido, que poblaban la Consergeria. Subida sobre un banco de piedra que la elevaba un poco sobre el suelo del patio, asida á las barras de hierro que formaban la clárbaya, entre el claustro y el patio, habia encontrado una tri-

buna y un auditorio en todos sus compañeros de muerte. Hablaba con la fecundidad y con la elocuencia de Vergniaud, pero con aquella amargura de ira y áspero desprecio que la pasión de una muger añade siempre á la elocuencia del razonamiento. Su vengativa memoria sacaba de la historia de la antigüedad imagenes, analogías, y nombres dignos de compararse con los de los tiranos de la época. Mientas que sus enemigos preparaban el acta de su acusacion á pocos pasos de ella, su voz, como si fuera la de la posteridad, resonaba en aquellos subterráneos de la Consergeria. Se vengaba antes de su muerte legando su odio, y arrancaba, no lágrimas, porqué no las queria para ella, sino exclamaciones de admiracion á los presos. Horas enteras la escuchaban separándose de ella á los gritos de ¡Viva la república! No calumniaban á la libertad, sino que la adoraban en los calabozos abiertos en su nombre.

Pero esta muger tan magnánima y tan superior á su suerte, cedia como toda naturaleza humana en la soledad y en el silencio del calabozo. Su alma heroica parecia esconderse entoces y dejaba á su corazon de muger debilitarse y partirse de dolor, cayendo del entusiasmo á la realidad. Tanto se habia elevado, que hizo mas dura su caída. Pasaba algunas veces toda la mañana recostada en la ventana, con la cabeza apoyada en las rejas, mirando al cielo y florando á mares sobre las maeelas de flores con que la habia guarnecido el portero. ¿En qué pensaba? Algunas palabras sueltas de sus últimas páginas lo revelan; en su hija, en su marido, anciano acostumbrado á su apoyo, é incapaz de dar un paso en la vida sin ella; en su juventud, vanamente sedienta de amor y consumida en el fuego de las ambiciones políticas, y en sus amigos, cuya imágen la perseguia y la habia sentir la pérdida de la vida, caso que viviesen aun, y aspirar á la muerte si la hubiesen precedido en la eternidad. Ella lo ignoraba y este era su tormento.

No sentía el resto de las miserias de su cautividad; su calabozo era húmedo, infecto, oscuro, y estaba próximo al que había ocupado la reina; esta proximidad era muy á propósito para inspirar en ella el remordimiento. Las dos habiau llegado en pocos mes y por caminos diferentes al mismo subterráneo, para dirigirse desde allí al cadalso. La una precipitada del trono por las sugerencias de la otra, y esta ascendida á los primeros honores de la república, y precipitada á su vez al lado de su propia víctima. Estas venganzas de la suerte parecen casualidades, y las mas de las veces no son sino justicias.

## VIII.

El interrogatorio y el juicio de Mad. Roland no fueron mas que la repetición de las acusaciones que hemos visto en los discursos de los jacobinos y en los procesos de sus enemigos contra la Gironda. La echaron en cara el ser esposa de Roland y enemiga de sus cómplices, y ella confesó estos crímenes gloriándose de ellos, hablando con ternura de su marido, con respeto de sus amigos, y con orgullosa modestia de sí misma. Interrumpida por los clamores de la ira cada vez que quiso espresar su indignación, enmudeció á vista de las injectivas del auditorio. El pueblo tomaba entonces una parte terrible y dominante en los diálogos de los jueces y acusados, dando ó retirando á su gusto la palabra. El pueblo era á la sazón el verdadero presidente del tribunal.

Mad. Roland oyó su sentencia como quien recibe en el decreto de muerte un título de la inmortalidad; se levantó, é inclinando ligeramente la cabeza, dijo á sus jueces con un acento marcado de ironía: «Os doy gracias por haberme hallado digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habeis asesinado.» Bajó las escale-

ras de la Consergería con una precipitación y un paso tan ligero que parecia al afán que muestra un niño hacia el objeto que quiere conseguir. Este objeto era la muerte. Al pasar por el corredor, delante de los presos que estaban apiñados por verla, los miró sonriéndose, y llevando su mano derecha transversalmente á su cuello, hizo la acción de la cuchilla que corta una cabeza. Esta fué su despedida, trágica como su destino y alegre como su libertad. Aquellos hombres la comprendieron, y los que no lloraban por su propia suerte, lloraron por la de aquella heroína.

En estos dias eran muchas las carretas que conducian los desventurados al cadalso. Se la hizo subir en la última al lado de un anciano enfermo y débil llamado Lamarche, director que habia sido de la fábrica de asignados. Iba vestida de blanco, protesta elocuente de su inocencia, que queria echar en cara al pueblo. Sus hermosos cabellos negros, cortados por detrás, caian por delante en rizados sobre su cuello. Su tez que la prision habia vuelto pálida, adquirió un color sonrosado con el viento áspero y glacial de noviembre y tenia la frescura de la de los niños. Sus ojos hablaban y su fisonomía radiaba de gloria. Sus labios manifestaban un sentimiento medio compasivo, medio de desprecio hacia un pueblo tan ingrato. La multitud la insultaba con palabras groseras: ¡a la guillotina, a la guillotina! gritaban las mugeres. «Ya voy, les dijo, estaré en ella dentro de un momento, pero los que me envian, no tardarán mucho en seguirme. Yo soy inocente y ellos irán manchados de sangre, y vosotras que ahora aplaudís tambien lo hareis entonces.» Volvia de cuando en cuando la cabeza al oír aquellos insultos y se dirigia cariñosamente hacia su compañero de suplicio. El anciano lloraba y ella trató de distraerle en aquel fúnebre tránsito y aun consiguió hacerle sonreír.

Una estatua colosal de la libertad, que por ser de barro era tan frágil como lo que se llamaba así en aquella

época, estaba colocada en medio de la plaza, en el mismo sitio donde hoy se halla el Obelisco: el cadalso estaba al lado de aquella estatua. Al llegar allí, madama Roland se bajó de la carreta, en seguida el ejecutor la cogió del brazo para hacerla subir al patíbulo y ella tuvo el suficiente valor para hacer uno de esos sacrificios, que solo el corazón de una muger es capaz de hacer en semejantes momentos. «Os pido un solo favor, no para mí, dijo desasíendose al mismo tiempo del verdugo, concedédmelo, y volviendo al anciano, subid primero, le dijo, mi sangre derramada á vuestra vista os haria sentir dos veces la muerte y no hay necesidad de que tengais el sentimiento de ver caer mi cabeza.» El verdugo consintió. ¡Delicadeza de una tierna sensibilidad que se olvida y se sacrifica á sí misma, para ahorrar un minuto de agonia á un anciano desconocido y que atestigua la sangre fria del corazón, en el heroísmo de la muerte! ¡De cuánto precio debe ser una abnegacion semejante tanto á los ojos de Dios, como á los de la posteridad!

Después de la ejecución de Lamarche, que ella vió y oyó sin inmudarse, subió lijeramente los escalones del cadalso y saludando á la estatua de la libertad, como para confesarla, aun muriendo por ella «¡Oh libertad, exclamó, oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Púsose á disposicion del verdugo y un instante después su hermosa cabeza estaba ya separada del tronco.

## IX.

Así desapareció aquella muger que habia soñado la republica en su imaginacion de quince años, que habia inspirado en el espíritu de un anciano su aborrecimiento al trono: que habia animado á todo un partido de jóvenes entusiastas, elocuentes, aficionados á las teorías antiguas

y embriagados por un bello ideal cuyo manantial inagotable estaba para ellos en los labios y en las miradas de aquella muger. El amor casto é involuntario que su hermosura y su genio les inspiraba, era el círculo mágico que retenia alrededor de ella á tantos hombres superiores separados frecuentemente por disentimientos de opinion, reteniéndolos ella por su brillo. Como partido de imaginacion era su oráculo la imaginacion de una muger, que los arrastró unos tras otros á la muerte, pero que supo seguirlos después al cadalso. El alma de la Gironda se exaló en su último suspiro. Madama Roland se parecia en aquellos momentos y se asemejará siempre en la posteridad á la republica prematura é ideal que habia concebido: ¡bella, elocuente, metida de pies en la sangre de sus amigos y con la cabeza cortada por su propia cuchilla, en medio de un pueblo que no la conocia!

Su cuerpo, idolo de tantos corazones, fué arrojado á los fosos de Clamart.

## X.

Al saber Roland el suplicio de su muger quiso morir. Vivir después de ella era vivir muriendo. Roland salió sin decir nada de la casa en donde habia hallado hospitalidad hacia ya seis meses. Anduvo errante parte de la noche, sin otra intencion que la de alejarse del lugar de su asilo, para borrar sus huellas y no perder á los que lo habian salvado. Al amanecer el cielo y la tierra le causaron horror.

Sacó un estoque que llevaba en el baston y apoyando el puño en un árbol que estaba á la orilla del camino, se atravesó el corazón. En aquella misma mañana, unos pastores encontraron su cadáver tendido al lado del foso. Un billete prendido en su casaca con un alfiler, contenia

CAPITULO ALFONSO  
BIBLIOTECA POPULAR

estas palabras: « Cualquiera que tú seas, respeta estos restos, que son los de un hombre virtuoso. Al saber la muerte de mi muger no he querido permanecer un día mas en una tierra manchada de crímenes. »

Así la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud se confundían hasta en el epitafio que Roland escribió y compuso para sí mismo. Elevado á demasiada altura por el movimiento de una tempestad cívica, colocado por cima de su nivel natural, por las inspiraciones del genio de una muger ebria de amor por la libertad, tomó la probidad por virtud, cuando aquella no es mas que su base. Sin embargo, disputó con un valor digno de la antigüedad, la república á la anarquía y las víctimas al cadalso. Tuvo por recompensa una muerte que parece un pájina arrancada de la historia de los grandes suicidios antiguos, muriendo como Catón y Séneca á la vez. Como Catón por la libertad de su patria: como Séneca por el amor de una muger. Hay una lágrima del corazón sobre el puñal republicano con que se hirió. Este amor mezclado con su patriotismo dió á la desgracia de Roland cierto sabor romano y patético á la vez. Si la muerte es el acto mas grande de la vida, aquel hombre ordinario al principio, fué grande al fin. Roland no vivió en vano para la libertad y para la gloria puesto que debia llegar á una muerte digna de la antigüedad.

## LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convencion Isabeau y Tallien en Burdeos. — Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec de Ambes. — Estos buscan un asilo en San Emilion. — Madame Bouquet los recibe. — Su separacion. — Valady tomó el camino de los Pirineos. — Louvet vuelve á Paris. — Grangeneuve y Biroleau ejecutados en Burdeos. — Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados. — Barbaroux se tira un pistoletazo. — Lo llevan moribundo á Burdeos y lo esponen en el cadalso. — Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion. — Baruave, Dupart y Bailly. — Su sentencia. — Su muerte. — Prolongado suplicio de Bailly. — Ejecuciones de madama Dubarry y de Birot. — Mr. y madama Angrand de Allary. — La municipalidad se adelanta á la Convencion. — Notas positivas de Robespierre. — Medidas filantropicas. — Calendario republicano. — El obispo Gouel. — Apostasias. — Hebert y Chaumette. — Profanacion del culto católico. — Inauguracion del culto de la razon. — Destruccion de los sepulcros de San Dionisio. — Exhumacion de los restos mortales de los reyes.

1.

¿Qué hacian entretanto que morían Roland y su esposa sus mas queridos amigos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Guadet y Salles, á quienes hemos dejado embarcados y fugitivos en la Gironda?

Los comisionados de la Montaña, Isabeau y Tallien, se les habian adelantado en Burdeos. Aquellos representantes, manejando con energia al jacobinismo, y desplegando el terror, habian en pocos dias ahogado el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad,

estas palabras: « Cualquiera que tú seas, respeta estos restos, que son los de un hombre virtuoso. Al saber la muerte de mi muger no he querido permanecer un día mas en una tierra manchada de crímenes. »

Así la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud se confundían hasta en el epitafio que Roland escribió y compuso para sí mismo. Elevado á demasiada altura por el movimiento de una tempestad cívica, colocado por cima de su nivel natural, por las inspiraciones del genio de una muger ebria de amor por la libertad, tomó la probidad por virtud, cuando aquella no es mas que su base. Sin embargo, disputó con un valor digno de la antigüedad, la república á la anarquía y las víctimas al cadalso. Tuvo por recompensa una muerte que parece un página arrancada de la historia de los grandes suicidios antiguos, muriendo como Catón y Séneca á la vez. Como Catón por la libertad de su patria: como Séneca por el amor de una muger. Hay una lágrima del corazón sobre el puñal republicano con que se hirió. Este amor mezclado con su patriotismo dió á la desgracia de Roland cierto sabor romano y patético á la vez. Si la muerte es el acto mas grande de la vida, aquel hombre ordinario al principio, fué grande al fin. Roland no vivió en vano para la libertad y para la gloria puesto que debía llegar á una muerte digna de la antigüedad.

## LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convencion Isabeau y Tallien en Burdeos. — Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec de Ambes. — Estos buscan un asilo en San Emilion. — Madame Bouquet los recibe. — Su separacion. — Valady tomó el camino de los Pirineos. — Louvet vuelve á Paris. — Grangeneuve y Biroleau ejecutados en Burdeos. — Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados. — Barbaroux se tira un pistoletazo. — Lo llevan moribundo á Burdeos y lo esponen en el cadalso. — Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion. — Baruave, Dupart y Bailly. — Su sentencia. — Su muerte. — Prolongado suplicio de Bailly. — Ejecuciones de madama Dubarry y de Birot. — Mr. y madama Angrand de Allary. — La municipalidad se adelanta á la Convencion. — Notas positivas de Robespierre. — Medidas filantropicas. — Calendario republicano. — El obispo Govel. — Apostasias. — Hebert y Chaumette. — Profanacion del culto católico. — Inauguración del culto de la razón. — Destruccion de los sepulcros de San Dionisio. — Exhumacion de los restos mortales de los reyes.

1.

¿Qué hacian entretanto que morían Roland y su esposa sus mas queridos amigos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Guadet y Salles, á quienes hemos dejado embarcados y fugitivos en la Gironda?

Los comisionados de la Montaña, Isabeau y Tallien, se les habian adelantado en Burdeos. Aquellos representantes, manejando con energia al jacobinismo, y desplegando el terror, habian en pocos días ahogado el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad,

encarcelado á los negociantes, dado el poder al pueblo, inaugurado la guillotina, reclutado los clubs y vuelto su propia patria contra los girondinos. La sumision de Lyon, el estermio de Tolon, el suplicio de Vergniaud y de sus amigos, habia conseruado, y en la apariencia convertido á la Gironda, á la unidad republicana. En ninguna parte se afectó un patriotismo mas sombrío; en ninguna parte se temió tanto la sospecha de complicidad con los representantes proscriptos; porque en ninguna parte habia mas peligro de hacerse sospechosa. En ninguna parte era el terror mas vigilante que en Burdeos. Cada choza de la Gironda tenia su comision de salud pública, su ejército revolucionario, sus delatores y sus verdugos.

## II.

Al llegar al Bec de Ambés, Guadet habia dejado á sus colegas ocultos en casa de su abuelo; este asilo era precario, y Guadet habia ido á prepararles otro mas seguro en la pequeña poblacion de San Emilion, su pais natal. Pero ni aun en San Emilion habia encontrado asilo seguro mas que para dos de ellos, y eran siete. El mensajero que le llevaba esta triste noticia al Bec de Ambés, encontró á los fugitivos cercados ya por algunos batallones enviados desde Burdeos y fortificados en suscasas y armados con algunos pares de pistolas y con trabucos, armas que eran suficientes para vengarse, pero no para defenderse. La noche favoreció su fuga, se fueron á San Emilion, no para librarse sino á perderse. Los satélites de Tallien que forzaron la casa donde se habian refugiado, momentos despues de haberse fugado, escribieron á la Convencion que habian encontrado sus camas aun calientes.

El padre de Guadet, anciano de setenta y dos años, les franqueó generosamente su casa, los amigos de su hijo

le parecian otros tantos hijos suyos, y se hubiera avergonzado de no esponer los pocos dias que le faltaban de vida por salvarlos. Apenas hacia dos ó tres horas que se habian refugiado en aquella casa sospechosa, cuando les comunicaron la proximidad de cincuenta caballos que habian seguido sus huellas por medio de los campos. El mismo Tallien habia acudido con los sabuesos mas listos de la policia de Burdeos. Los diputados girondinos tuvieron tiempo de escaparse. Tallien puso al padre de Guadet bajo la vigilancia de dos hombres armados encargados de espiar sus pasos, sus palabras y sus miradas, é hizo confiscar los bienes de su hijo. Además organizó un club de terroristas en el mismo pueblo en que se habian refugiado los girondinos contra el terror.

Una muger solamente se sacrificó por salvarles, que fué una cuñada de Guadet, llamada Mad. Bouquey.

Habiendo sido informada del peligro en que estaban su cuñado y sus amigos, se apresuró á salir de París en donde vivia tranquila para dar acogida á algunos de aquellos hombres, desconocidos para ella en su mayor parte.

La piedad, esa debilidad de la muger, se convierte en fuerza en las grandes ocasiones, y consuela de los excesos de la revolucion con el heroismo de su sacrificio. Guadet, Barbaroux, Buzot, Petion, Valady, Louvet y Sallés, entraron secretamente una noche en el angosto subterráneo que Mad. Bouquey tenia preparado para ellos. Unicamente el centro de la tierra era bastante profundo y bastante mudo para enterrar vivos á los girondinos. Este asilo era una catacumba. Por un lado daba á un pozo de treinta pies de profundidad, y por otro á un subterráneo de la casa. No habia pesquisa domiciliaria capaz de dar con aquel asilo. La generosa protectora de los girondinos no tenia otro temor que el de ser presa con ellos. ¿Qué sería de sus huéspedes enterrados en aquel sepulcro cuya losa solo ella levantaba? Tambien temia que los descubriesen al verla comprar tantas provisiones diariamen-

te. El hambre tenía exhaustos los mercados, y á nadie se le vendía mas pan que el que se habia calculado que necesitaba cada familia, y eso con órden de la municipalidad. Mad. Bouquey no tenía derecho mas que á una libra diaria, y se privaba de ello por repartirlo entre los ocho proscriptos. Algunas legumbres, frutas secas, y algunas aves compradas furtivamente, componían las comidas de aquellos hombres que disimulaban sus hambres, y sin embargo, la alegría que es la salsa del infortunio, reinaba en aquellos banquetes de esparcidas.

Quando no eran tan rigurosas las pesquisas, Mad. Bouquey sacaba á sus amigos del subterráneo, haciéndolos sentar á su mesa, respirar el aire libre, ver el cielo por la noche, y proporcionándoles libros y papel. Barbaroux escribió sus memorias y Buzot su defensa. Louvet anotaba sus relaciones con la lijera pluma con que habia escrito sus novelas, haciéndose el héroe de sus propias aventuras. Petion también escribió, pero con estilo mas severo. Los misterios de su popularidad tan indignamente conquistada y tan animosamente abdicada, se traslucian en sus escritos. Estas confidencias nos habrían dado á conocer á aquel hombre, pequeño en el poder, pero grande en la adversidad.

El 21 de noviembre, día en que murió madama Roland en París, se esparció un rumor sordo en San Emilion de que los girondinos estaban en casa de madama Bouquey. Por consecuencia les fué preciso dispersarse en grupos y buscar varios asilos. Esta separacion la tuvieron todos por el adios postrero: ninguno sabia á donde ir: Valady solo tomó el camino de los Pirineos en donde le esperaba la muerte, marchando á ciegas al encuentro de su destino. Barbaroux, Petion y Buzot uniendo sus vidas ó su muerte en una indisoluble amistad, se dirigieron por medio de los campos hácia las landas de Burdeos, esperando que se perderian sus huellas en aquel desierto; Guadet, Salles y Louvet pasaron el primer día en una cantera. Un amigo

de Guadet debia ir por la noche á buscarlos para conducirlos á seis leguas de allí á casa de una muger rica á quien Guadet habia defendido en un pleito, que habia ganado, y del cual pendia su fortuna. El amigo no tuvo valor y no fué á la cita. Guadet y sus amigos partieron solos y á la ventura. El frío, la nieve y la lluvia helaron sus desabrigados miembros. Por fin á las cuatro de la mañana llegaron á la puerta de su cliente; Guadet llamó, se dió á conocer y fué rechazado, volviéndose desesperado á donde habia dejado á sus amigos. Allí encontró á Louvet desmayado de hambre y de frío al pie de un árbol; Guadet volvió á la casa é imploró en vano primero una cama, luego un poco de fuego y despues un vaso de vino para un amigo moribundo. La ingratitud deja llorar y hasta morir á las gentes sin volverlos respuesta. Guadet se presentó en aquella casa por tercera vez. Sus cuidados y los de Salles hicieron volver en sí á Louvet. Este tomó una resolución desesperada que lo salvó.

Perseguido por la imagen de una amiga que habia dejado en París, se decidió á volverla á ver ó á morir: abrazó á Salles y á Guadet, repartió con ellos algunos asignados que le quedaban, y tomó solo y como pudo el camino de París.

## III.

Guadet, Salles, Petion, Barbaroux y Buzot se reunieron á la noche siguiente en San Emilion, por los cuidados de su bienhechora, en casa de un honrado y pobre artesano. Allí supieron el fin trágico de Vergniaud y de sus amigos, y calcularon estoicamente cuantos golpes le restaban que dar á la guillotina para que todos los girondinos hubieran dejado de existir. Sus almas estaban á la altura del cadalso; pero cuando los anunciaron algunos días

después el suplicio de madama Roland se enternecieron y lloraron. Buzot sacó un puñal para herirse, y se vió acometido de un largo acceso de delirio, durante el cual prorumpió en gritos que daban á conocer una esplosion y un agudo dolor en el corazón. Sus amigos le arrancaron el arma de las manos, calmaron aquel arrebato y le hicieron jurar que soportaría la vida en memoria de la que tan dignamente había soportado la muerte. Buzot cayó desde aquel día en una melancolía y en un silencio que solamente interrumpían algunos suspiros ó invocaciones mal articuladas. El golpe que se había descargado sobre la cabeza de madama Roland á nadie afectó tanto como á Buzot.

Los cinco proscritos respiraron aun algunas semanas en aquel nuevo asilo. Las oscilaciones de la comision de salud pública hacian inclinár á la Convencion tan pronto hácia la clemencia como hácia el terror. En Burdeos continuaban los asesinatos en la guillotina: Grangeneuve y Biroteau acababan de sucumbir; pero no dejaban por eso los sicarios de buscar con el mismo afán á las victimas. El fiel Troquart, huésped de los refugiados en San Emilion, los halagaba con alguna esperanza, pero esta calma fué corta. Algunos comisionados mas implacables enviados de Paris, reanimaron la sed de venganza que iba á menos en la Gironda. La mayor parte de estos comisionados éran franciscanos y jacobinos, jóvenes de Paris aun imberbes, á quienes el partido de Hebert lanzó á Nantes, á Troyes y á Burdeos para acostumarlos á la sangre.

Estos reavivaron los suplicios, enviando á la Convencion los boletines de la guillotina, comparables solo á los de Collot de Herbois en Lyon, de Fouché en Tolon y de Maignet en Marsella. La llegada de aquellos proconsules comprimió la indulgencia en las almas y quitó todo asilo á los proscritos. Enviaron desde Burdeos á San Emilion muchos destacamentos del ejército revolucionario dirigidos por un sabueso llamado Marcou que habia enseñado á

otros perros, á conocer la pista de los federalistas. Marcou suponía á los girondinos fugitivos en las canteras de San Emilion á donde llegó de noche cuando menos le esperaban, seguido de su tropa. Cercó en silencio las casas del padre, de los amigos y de los parientes de Guadet; lanzó sus perros por aquellas cavernas como podrían lanzarse sobre unos animales dañinos y dió humo á la entrada de algunas cuevas. Los perros volvieron sin haber hecho presa, pero otro de los sabuesos de Tallien llamado Favereau, penetró con sus satélites en la casa del padre de Guadet. Aquellos hombres habian ya recorrido en vano toda la casa y bajaban de ella con las manos vacías, cuando uno de los gendarmes que se habian quedado atrás creyó advertir que el granero era mas estrecho por el lado esterior de la casa, que por el interior, y llamando á sus compañeros golpearon las paredes con las culatas de sus fusiles, aplicando al mismo tiempo el oido. De repente se oyó preparar un arma. Era Salles, que viéndose descubierto montó una pistola para matarse ó para defenderse; al ruido los gendarmes intimaron á los proscritos que se rindieran: la pared cayó á culatazos, y Guadet y Salles salieron á rastra de aquel escondrijo. Entonces los asieron, los encadenaron y los llevaron en triunfo á Burdeos. Los dos estaban fuera de la ley. Un juicio era superfluo. Su nombre era su único crimen y su sentencia. Salles condenado á muerte en el mismo dia, pidió permiso para escribir á su esposa y sus hijos. Su alma se desahogó en adioses tan tiernos que la historia los ha recogido.

«Cuando recibas esta carta, escribió Salles á su esposa, ya no vivirá sino en la memoria de los hombres que me quieran. ¡Qué carga te dejó! Tres hijos y nada para criarlos! Sin embargo, consuelate; no moriré sin acompañarte y sin tener esperanza en tu valor; y es un consuelo para mí, el pensar que tú no atentarás á tu vida, pensando en tu inocente familia. Amiga mia, conozco tu sensibilidad y me complazco en creer que llorarás amargamente la

memoria de un hombre que ha querido hacerte dichosa y cuyo principal placer fue el dar educación á sus dos hijos y á su amada hija. ¡ Pero, como podrias olvidarte de que solo debes pensar en ellos en lo sucesivo! Van á quedarse sin padre y pueden al menos suplir con sus inocentes caricias las que yo no podré ya hacerte. Carlota, he hecho todo lo que he podido para conservarme. Creia que debia hacerlo, por tí, y sobre todo por mi país; me parecia que el pueblo estaba fascinado respecto á los sentimientos de tu desgraciado esposo; que abriria los ojos algun día y que entonces, sabria por mi boca cuán caros me eran sus intereses. He creído deber vivir también, para recoger respecto á mis amigos todos los documentos que pudieran ser útiles á su memoria. En fin, yo debia vivir para tí, para mi familia y para mis hijos. El cielo lo ha dispuesto de otro modo y muero tranquilo. Habia prometido en mi declaración, cuando los acontecimientos del 31 de mayo, que sabria morir al pié del cadalso y creo poder afirmar que cumpliré mi promesa. Amiga mía, no me compadezcas. La muerte á lo que me parece no tendrá para mí angustias muy dolorosas. He hecho ya un ensayo de ella. He sufrido por espacio de un año entero mil trabajos de toda especie, y no he murmurado. En el momento de cogermé, me he apuntado dos veces con una pistola á la frente, pero esta arma traidora ha burlado mis esperanzas. No, queria ser cogido vivo. He tenido la ventaja de haber bebido con anticipacion todo lo que el caliz tiene de amargo, y me parece que este momento no es tan penoso. Carlota, modera tu dolor y no inspires á nuestros hijos sino virtudes modestas. ¡ Es tan difícil hacer el bien de la patria! Bruto hiriendo á un tirano y Caton atravesándose el pecho para libertarse de él, no pudieron evitar que Roma fuese oprimida. Creo que me he sacrificado por el pueblo. Si en recompensa recibo la muerte tengo la conciencia de mis buenas intenciones. Es muy dulce pensar que llevo al sepulcro mi propia estimacion y que

tal vez algun día el público reconozca la infame correspondencia que ha tenido conmigo. ¡ Amiga mía, te dejo en la miseria! ¡ Qué sentimiento para mí! Pero aun cuando te dejase todo lo que poseia no tendrias ni aun pan; por que tú sabes que digan lo que quieran, yo no tenia nada. Sin embargo, Carlota, no te desesperes al pensar en tu infelicidad. Trabaja, amiga mía, aun puedes hacerlo. Enseña á tus hijos á trabajar cuando tengan edad para ello. Oh, querida mía, ¡ si tú pudieras con esto no tener necesidad de acudir á los extraños! Sé orgullosa como yo. Espera aun, espera, en el que todo lo puede: él es mi consuelo en el último momento. El género humano reconoce su existencia hace mucho tiempo y yo que necesito pensar en que el orden ha de existir en alguna parte, no pudo dejar de creer en la inmortalidad de mi alma.

«Ese Dios, á cuyo tribunal voy á comparecer, es grande, justo y bueno. Voy á presentarle un corazón, si no exento de debilidad al menos exento de crímenes y de intenciones puras, y como ha dicho muy bien Rousseau: el que se duerme en el seno de un padre, no pasa miedo de lo que le sucederá al despertarse.»

«Besa á mis hijos, amalos, rialos, consuélate, consuela á mi madre y á mi familia. ¡ Adios; adios para siempre! Tú amigo

SALLES.»

## IV.

## ROMA DE NUEVO LEÓN.

«¿Y tú quién eres?» le preguntaron á Guadet. «Yo soy Guadet... verdugo, continuó el Esquino de la Gironda. Haced vuestro oficio. Id con mi cabeza en la mano á pedir vuestro salario á los tiranos de mi patria. Nunca la vieron sin palidecer; cuando la vean ahora, palidecerán todavía.» Al ir á la guillotina se dirigió al pueblo, y dijo:

«Miradme bien; ved al último de vuestros representantes.» Cuando hubo subido al tablado, quiso hablar pero los tambores ahogaron su voz. «Pueblo, exclamó indignado; he aquí la elocuencia de los tiranos; ahogan los acentos del hombre libre, para que el silencio cubra sus maldades.»

Barbaroux, Pelion y Buzot, supieron en San Emilion la prision y la muerte de sus colegas. La tierra, minada para ellos en todas partes, no podía tardar en tragárselos. Por la noche salieron de su refugio, llevando por toda provision un pan, en el que la provision de su huésped habia metido un pedazo de carne fiambre, y además tenían algunos puñados de guisantes verdes en los bolsillos de sus vestidos. Marcharon á la ventura una gran parte de la noche. El largo descanso de sus miembros en los asilos en donde languidecian hacia ya ocho meses, habia enervado sus fuerzas, y sobre todas las de Barbaroux. Su estatura hercúlea y una obesidad precoz, le inutilizaban para andar.

Al amanecer, los tres amigos se encontraron á las inmediaciones de Castillon, aldea cuyo nombre y posicion ignoraban. Era el dia de la fiesta del pueblo; el pito y el tamboril recorrían los senderos, convocando antes de la aurora á los habitantes á los banquetes y á los bailes. Algunos voluntarios con su fusil al hombro, pasaban cantando por el camino. Los fugitivos asustados y aterrorizados por su situación, turbados por el insomnio y por la calentura, creyeron que tocaban llamada y que se esparcian por los campos para cogerles. Se detuvieron y se agruparon al abrigo de una alameda para deliberar lo que debían de hacer. Algunos pastores que los observaban de lejos, vieron de pronto salir un foganazo, oyendo á poco la detonacion de un arma de fuego. Uno de los tres hombres sospechosos cayó contra el suelo, y los otros huýeron á todo correr, y se perdieron en un bosque inmediato; los voluntarios acudieron al tiro y encontraron á un

jóven de talla elevada, de aspecto noble, con la mirada aun fija en su propia sangre; se habia roto la quijada de un pistoletazo. Como tenia la lengua partida, no podia espresarse sino por signos. Le llevaron á Castillon; su ropa estaba marcada con una R y una B. Le preguntaron si era Buzot, y dijo que no con la cabeza. Preguntado en seguida si era Barbaroux, hizo un signo afirmativo. Conducido á Burdeos en un carreton, y regando el suelo con su sangre, fué reconocido por la belleza de sus formas, y la cuchilla de la guillotina acabó de separar su hermosa cabeza del tronco.

## V.

Nadie sabe lo que los bosques y las tinieblas ocultaron durante muchos dias y muchas noches de la suerte de Pelion y de Buzot. El suicidio de su jóven compañero ¿fué á sus ojos una debilidad ó un ejemplo? ¿Se tiraron cada uno un pistoletazo á la aproximacion de algun animal montaráz que tomaron por el ruido de los pasos de los hombres que los perseguian? ¿Se abrieron las venas al pie de algun árbol? ¿Murieron de hambre, de cansancio ó de frio? ¿Sobrevivió el uno al otro? El que quedó el último zespizó sobre el cadáver de su compañero? y en fin: ¿murieron en algun lúgubre y nocturno combate contra los animales carnívoros que los seguían para devorarlos? El misterio, esta que es la mas terrible de las narraciones, cubre aun los últimos momentos de Buzot y de Pelion. Solo se sabe que unos escardadores encontraron algunos dias despues de la muerte de Barbaroux, esparcidos en un campo de trigo y á orillas de un bosque, dos sombreros rotos, dos pares de zapatos y algunos trozos de vestidos que cubrian dos montones de huesos humanos despedaza-

dos por los lobos. ¿Estos vestidos, estos zapatos y esta osamenta eran los restos de Petion y de Buzot?

El suelo de la república no tenía ni aun una sepultura para los hombres que la habían fundado. Toda la Gironda había desaparecido con estos dos tribunns. Dejaron al tiempo que adivinase el enigma de su popularidad. El uno, que había sido llamado el *Rey Petion*, y el otro, á quien por irrisión llamaban también el *Rey Buzot*, habían venido desde París y desde Caen á buscar su destino en un surco de los campos de la Gironda. ¡La tierra del federalismo devoraba á aquellos hombres, á aquellos culpables de un sueño contra la unidad de la patria! ¿Debemos juzgarlos? ¿Se juzgan acaso unas osamentas descarnadas y dislocadas por las bestias feroces en un campo de muerte? No; lo que se hace es compadecerlas, darlas tierra, y pasar de largo.

## VI.

La revolución, en los últimos meses de 1793 y en los primeros de 1794, parecía volver hácia atrás, como un vencedor despues de la victoria, para herir uno á uno á los hombres que habían intentado moderarla ó detenerla, principiando por los que estaban mas cerca y acabando por los que estaban mas distantes: empezó por los girondinos y sus partidarios, siguió con los constitucionales, y finalizó con el esterminio de los realistas. Los primeros rencores de los partidos dominantes descargan sobre los que mas se les aproximan en doctrinas y en pasiones. En la revolución, como en la guerra, se detesta mas á los que desertan de nuestro campo que á los que son enemigos declarados. Los suplicios habían principiado por los moderados. La república no pensó en sus enemigos hasta despues de haber inmolado á sus fundadores.

Los grandes nombres de la Asamblea constituyente parecían ser unas protestas palpitantes contra las teorías de la república. La libertad legal que habían mostrado en perspectiva, contrastaba con la dictadura de la Montaña. No se podía dejar con vida á estos testigos, á estos acusadores, aun que fuesen mudos. Mirabeau no existía; el Panteon le había sustraido del cadalso. La Fayette espía en los calabozos de Olmutz el crimen de su moderacion. Clermont Tonnerre había muerto degollado el 10 de agosto; Cazales y Maury estaban desterrados; los Lameth andaban errantes por el extranjero; Siéyes callaba ó dormitaba al pie de la Montaña; el lado derecho gemía en las cárceles; pero Barnave, Duport, Bailly y los constitucionales vivían aun, y se pensó en ellos. Un recuerdo de los jacobinos era sentencia de muerte. Desgraciado del nombre que se pronunciase en alta voz. El de Barnave resonaba aun en la memoria de los reformadores de la monarquía.

## VII.

Desde el 10 de agosto, Barnave, inútil ya para aconsejar á la reina, se había retirado á Grenoble, su ciudad natal, en donde le habían recibido como á un hombre que había ilustrado su patria con el brillo de su talento y con la probidad de su vida, no afeándole que se separase del movimiento republicano, que iba mas adelante de sus opiniones. Se le consideró como uno de esos instrumentos que los pueblos arrojan á un rincón cuando no les hacen falta, pero que no inutilizan. Barnave, sin aplaudir á la república, pero sin protestar contra ella, se limitó á cumplir con sus deberes de ciudadano. No quiso recurrir á la emigracion, cuyo camino tenía abierto á pocos pasos de la casa de su padre, continuando en el goce de aquella estimacion popular, que sigue siempre por algun tiempo á

los que han perdido una brillante posición. En París le habían implicado en las sospechas que se hacían correr en 1791, á propósito de un pretendido comité austriaco. Fauchet le había hecho incluir, así como á los Lameth, Duport y Montmorin, en una acta de acusación que remitía á aquellos consejeros secretos de Luis XVI, ante el tribunal superior de Orleans.

Barnave supo el crimen que se le imputaba por el acta de su acusación, y fué preso en su casa de campo de San Roberto en las cercanías de Grenoble. Conducido á la cárcel de esta ciudad, su madre consiguió verle disfrazada de muger del pueblo. Desde el interior de la cárcel Barnave seguía las fases de la revolución y los infortunios del rey. No sentía su prisión sino porque su voz no podría defender en la Convención la cabeza de aquel príncipe.

La república no se detenía á escuchar estos arrepentimientos. Barnave permaneció seis meses en el castillo de Barreaux, situado en los Alpes, en medio de las altas montañas que limitan la Francia y la Saboya. La frontera estaba á su vista, las ventanas de su habitación no tenían rejas, la vigilancia era escasa, pudo fugarse y no quiso hacerlo. «Hombre oscuro, decía, yo buscaría en donde ocultarme; célebre y responsable de los grandes actos de la revolución, debo permanecer á la vista de todo el mundo, para responder con mi cabeza de mis opiniones.»

## VIII.

Empleó Barnave todo el tiempo que vivió en aquella incertidumbre en estender sus ideas y completar sus estudios políticos, profundizando el espíritu de las revoluciones humanas al estruendo de las revoluciones de su país, y escribió unas meditaciones sociales é históricas que le han sobrevivido, y en donde se encuentra mas sabiduría que

genio. Barnave aparece allí como el representante fiel de aquel buen sentido general de una nación, que aunque señalada los abismos no hace progresos materiales ni abre ninguna nueva senda al espíritu humano. Hasta el estilo es frío y descolorido en aquel escrito, como la expresión de verdades un poco comunes. La inspiración tampoco hace palpitar ninguna de las fibras del corazón; se admira la honradez del escritor, pero no se conoce su grandeza. Parece imposible que aquella voz haya podido ponerse en parangón ni aun por un momento con la de Mirabeau. No puede uno explicarse aquella pretendida rivalidad entre estos dos oradores sino por un error óptico de todos los tiempos y de todos los pueblos que nivela mirándolos con la pasión de las circunstancias presentes, á hombres entre quienes el porvenir mas despreocupado ya, no ve nivel posible.

Barnave no merecía ni la gloria ni el ultraje de esta comparación. Hombre de inteligencia limitada y de palabra fácil, era uno de tantos como se hallan en el foro, cuya elocuencia es un arte del espíritu, y no una expresión del alma. Su verdadero honor fué haber sido digno de ser derrotado por Mirabeau. El deseo de sobrepujar en popularidad al que estaba tan lejos de igualar en genio, le hizo adelantar por espacio de algunos meses ciertas proposiciones que fueron fatales á la monarquía y á su propia gloria. Como hombre honrado, adquirió por la pureza de su vida pública, y por un generoso reconocimiento á su desgraciado rey, cierto derecho á los aplausos arrancados antes por malos medios á la multitud. Abdicó su popularidad desde que conoció que no podía conservarla sino á costa de un crimen.

## IX.

En cuanto Barnave llegó á París, la comisión de salud pública no supo qué hacer de él. Danton, que había re-

gresado de Arcis-sur-Aube quiso salvarlo y así se lo prometió á su madre y á su hermana. Estas señoras habian seguido á su hijo y á su hermano como dos suplicantes, sin apartarse en todo el camino de las ruedas del coche que lo condujo á Paris. Danton no se atrevió á cumplir lo prometido. La única gracia que obtuvo Barnave fué la de abrazar á su madre y á su hermana por última vez. La defensa que hizo de su propia causa ante el tribunal es de una elocuencia esquisita y abunda en ideas brillantes. Pero en donde la poderosa voz de Vergniaud no habia hallado eco, ¿cómo podia hallarlo la fría argumentacion de Barnave? Volvió á su calabozo, sentenciado. El animoso Baillet, su colega en la Asamblea constituyente, fué á consolarle en sus últimas horas. Barnave que estaba abatido se quejó á Baillet de que se le privase del alimento necesario por el cálculo de sus verdugos. «Querrán, le decía, deshourar mi muerte atribuyendo á mi alma una debilidad que solo está en el exausto; por no darle todo el alimento que es indispensable para mantenerle en todo su vigor.

Este cálculo no es verosímil. Poco le importaba al pueblo el modo, con tal que las victimas muriesen.

Duport Dutertre, ministro que habia sido de Justicia fué asociado á Barnave en el juicio y en el cadalso. Después de su sentencia se contentó con decir desdenosamente á sus jueces: «En resumen, el pueblo mata á los hombres, pero la posteridad los juzga.» Duport mostró en la carreta mas firmeza que su compañero. Se le vió con frecuencia dirigirse á él y reanimarle. La actitud de Barnave revelaba un cuerpo enfermo y un alma, mas á propósito para la tribuna que para el suplicio. Su gran nombre pronunciado por mil bocas á la vez, infundía un religioso silencio á la multitud. Parecía que el pueblo reflexionaba sobre aquel monstruoso cambio de popularidad. No insultó al orador pero dejó que pereciese en el cadalso.

Quedaba únicamente Bailly. Parecía que el pueblo queria desquitarse con sus ultrajes del aprecio que poco tiempo antes habia manifestado al antiguo corregidor de Paris. Los pueblos suelen tomar estas venganzas. Es casi tan peligroso ser muy apreciado de ellos, como agraviarlos, porque castigan á sus ídolos por haberlos seducido.

Bailly, hombre honrado, filósofo sábio, astrónomo ilustrado, apasionado por la libertad porque esta era una nueva verdad conquistada en beneficio del hombre, alimentaba en su espíritu la religion del género humano. Su culto ilustrado por una razon madura, se elevaba hasta la fé, pero no hasta el fanatismo. Quería que las ideas y hasta las revoluciones giraran como los astros en el espacio, con el poder, la magestad y la regularidad de un plan divino. Creía que los pueblos debian ser conducidos ordenadamente hácia un progreso nacional por mano de sus mejores ciudadanos, y no por las sediciones convulsivas de la multitud. Reechazaba la monarquía absoluta, como una mentira social, pero lo único que se proponía era conservarla sin destruirla, aliviando poco á poco á la nacion de sus cadenas temiendo que obrando de otro modo el pueblo mal preparado aun se precipitase á la par del trono en el abismo, y cayese á impulsos de la anarquía en otra esclavitud mas terrible que la primera.

Presidente de la Asamblea nacional fué el primero que prestó el juramento en el Juego de Pelota, y la conducta que observó desde entonces estuvo constantemente en armonía con estas dos ideas: quitar el poder despótico á la corte y restituir parte de este poder al rey para conservar cierta gradacion en la conquista y cierto orden en el movimiento. Este hombre era un especie de La Fayette civil:

uno de aquellos á quienes las nuevas ideas impulsan hácia delante y á quienes colman de estimacion y de honores, para acreditarse en su nombre. El de Bailly era una inscripcion en el frontispicio de la revolucion. Si Bailly no estaba al nivel de este destino por su genio, lo estaba por su carácter. Su administracion habia sido una série de triunfos del pueblo sobre la corte. Cuando las agitaciones sangrientas principiaron á manchar las victorias del pueblo, Bailly habló como sábio y obró como magistrado. En un dia perdió la popularidad de toda su vida política. Este dia fué aquel en que unidos los girondinos á los jacobinos fomentaron la insurreccion del Campo de Marte.

De acuerdo Bailly con La Fayette, desplegó la bandera roja, marchó á la cabeza de la clase medio armada contra la sediccion, y batió el motin alrededor del altar de la patria. En cuanto se vertió aquella sangre Bailly sintió su amargura. Se atrajo la execracion de los jacobinos, significando su nombre en boca de estos el asesinato del pueblo, y no pudo gobernar ya una ciudad en donde la sangre derramada clamaba venganza contra él. Abdicó entonces en manos de Petion y estuvo dos años retirado en una soledad á las inmediaciones de Nantes.

La laxitud del descanso que es el suplicio de los hombres acostumbrados á los negocios, le acomete bien pronto: quiso volverse á Paris para estar mas cerca de los movimientos de los republicanos, pero habiendo sido conocido por el pueblo costó mucho trabajo salvar su vida del furor de los amotinados, y fué preso en la Conserjería y enviado al tribunal revolucionario. Su nombre le condenaba y marchó á la muerte por medio de las oleadas de la multitud. Su suplicio no fué mas que un prolongado asesinato. Atravesó lentamente los barrios de la capital con la cabeza desnuda, cortado el cabello, atadas las manos á la espalda con una enorme sogá y sin mas abrigo que la camisa, en medio de un frio inaguantable por lo mucho que nevaba. La hez y la escoria de toda la poblacion de Paris, á la que

por mucho tiempo habia contenido como magistrado, se agrupaba dando feroces aullidos alrededor de la carreta. Indignados los mismos verdugos de aquella ferocidad, reprehendieron al pueblo sus insultos. El populacho estaba implacable. Aquellas hordas habian exigido que la guillotina, situada ordinariamente en la plaza de la Concordia, se trasportase aquel dia al Campo de Marte, para que la sangre quedase lavada con sangre, en el mismo suelo en donde se habia derramado. Algunos hombres que se decian parientes, amigos ó vengadores de las victimas del Campo de Marte, llevaban una bandera roja en la punta de un palo como un signo irrisorio, é iban constantemente al lado de la carreta. De cuando en cuando la metian en el lodo del arroyo y azotaban con fuerza en la cara de Bailly con aquel asqueroso trapo. Sus facciones llenas de heridas y manchadas de barro y de sangre no tenian forma humana. Estos horrores eran recibidos con aplausos y risotadas. Esta marcha llena de estaciones como la del Calvario, duró tres horas.

Al llegar al sitio del suplicio, aquellos hombres de corazon ferino hicieron bajar á Bailly de la carreta y le obligaron á dar la vuelta al Campo de Marte, á pie, haciéndole lamer con la lengua el terreno en donde habia corrido la sangre del pueblo. Esta espacion no les sació aun. La guillotina se habia levantado en el mismo recinto del Campo de Marte. El terreno de la federacion parecia al pueblo demasiado sagrado para mancharlo con un suplicio, y mandaron á los verdugos que lo deshiciesen pieza por pieza para reconstruirlo en la orilla del Sena, sobre un monton de inmundicias procedentes de todos los muladares de Paris. Los ejecutores se vieron precisados á obedecer; la máquina se desmontó y como para parodiar el suplicio de Jesucristo con la cruz á cuestas, aquellos monstruos cargaron sobre las espaldas del anciano los gruesos maderos que sostenian el tablado de la guillotina, y á golpes le obligaron á arrastrarse agobiado con aquel

peso. Desmayóse y cayó varias veces no pudiendo soportar aquella fatiga, pero apenas volvía en sí se levantaba, escitando las risotadas de aquel populacho que se burlaba de su vejez y de su debilidad. Una hora le hicieron asistir á la lenta reconstrucción del cadalso donde iba á perecer.

Una lluvia mezclada de nieve inundaba su cabeza y helaba todos sus miembros. Su cuerpo temblaba, pero su alma se mantenía firme. Su aspecto, aunque grave, conservaba toda su serenidad. Su razon impasible, no hacia alto en aquel populacho, porque veía mas allá á la humanidad: sufría el martirio y no lo encontraba tan fuerte como la esperanza que se lo hacia sufrir. Hablaba con los espectadores sin manifestar turbacion; y habiéndole dicho uno de ellos: «¿Tiemblos Bailly?»—Si, amigo mio, le contestó, pero no creas que de miedo, sino de frio. En fin, la cuchilla terminó aquel suplicio que habia durado cinco horas. Bailly tuvo compasion de aquel pueblo, dió gracias al ejecutor y confió en la inmortalidad.

Pocas víctimas han encontrado verdugos mas viles, y pocos verdugos tan altas víctimas. ¡Vergüenza al pie del cadalso, gloria encima de él, compasion en todas partes! Vergüenza dá el ser uno hombre al contemplar aquel pueblo, pero se gloria uno de este título, contemplando á Bailly! Cuanto mas feroz es el hombre tanta mayor necesidad hay de amarlo para reducirle. Los crímenes de los pueblos no son mas que sus degradaciones; las lecciones de los sabios no son bastante para instruirlo, es preciso que haya mártires para rescatarlo. Bailly fué uno de ellos, porque aunque moría á manos de la libertad, moría al propio tiempo por ella. Creyó en el pueblo á pesar del pueblo y le echó en cara su angustia pero no su sangre.

## XI.

Aquella noche al oír Robespierre la relacion de esta muerte, se compadeció de Bailly. «Del mismo modo, dijo

cenando en casa de Duplay, nos martirizarán á nosotros.» Su huésped, que era juez del tribunal revolucionario, quiso esplicar á Robespierre por qué no habia absuelto á este gran acusado. «No me habéis nunca de eso, le dijo Robespierre, yo no os pido cuenta de vuestros juicios, pero la republica os la pedirá de vuestra conciencia.» Duplay no habló mas á Robespierre de sentencias ni de ejecuciones. Robespierre mandó cerrar su puerta, en señal de luto. ¿Era esto dolor ó presentimiento?

La cuchilla no escogía ya sus víctimas; todos los rangos se mezclaban en el cadalso. Al lado de un sábio moría una cortesana y el pueblo aplaudia igualmente ambas ejecuciones. Ya no sabia discernir la virtud del vicio.

Madama Dubarry, querida de Luis XV, murió á poco tiempo de Bailly. Aquella muger habia principiado desde niña á traficar con sus gracias. Su maravillosa hermosura habia cautivado á los proveedores de placeres del rey, que lo sacaron del vicio oscuro, para ofrecerla el vicio coronado. Luis XV habia hecho del rango de sus queridas una especie de institucion de la corte. La señorita Lange Vau-bernier, conocida con el título de condesa Dubarry, habia sucedido á madama de Pompadour. Luis XV necesitaba usar la sal del escándalo para sazonar sus estragados placeres: le gustaba rebajarse así como á otros les gusta elevarse. Hacia reinar el escándalo y consistió en el su magestad. El único respeto que imponía á su corte era el de sus vicios. Madama Dubarry habia reinado en su nombre, y es forzoso confesar que la nacion habia doblado la cerviz ante la favorita. Nobleza, ministros, clero, filósofos, todos habian incensado el ídolo del rey. Luis XV habia preparado las almas á tan baja esclaviud, haciendo adorar por sus cortesanos, el despotismo de sus amores.

Madama Dubarry, joven aun á la muerte de Luis XV, se habia encerrado por algunos meses en un convento por decoro, que era el carácter del nuevo reinado. Libre bien pronto de aquel encierro, habia vivido en un espléndido retiro cerca de París en el palacio de Luciennes, inmediato á los bosques de San German. Sus inmensas riquezas debidas á la prodigalidad de Luis XV, hacian su destierro tan brillante como lo fué su reinado. El anciano duque de Brissac se habia unido á la favorita, á quien amaba ya por su belleza en aquellos tiempos en que otros la amaban por su rango. Madama Dubarry aborrecia á la revolucion, aquel reinado del pueblo, que despreciaba á las cortesanas y hablaba de virtud. A pesar de haber sido rechazada de la corte por Luis XVI y por Maria Antonieta, habia compadecido su desgracia, llorado su caída y adheridose á la causa del trono y de la emigracion.

Después del 10 de agosto habia hecho un viage á Inglaterra. En Londres llevó luto por Luis XVI, y consagró su inmensa fortuna á aliviar la miseria de los emigrados. Pero la mayor parte de sus riquezas habian sido enterradas por ella y por el duque de Brissac, al pie de un árbol de su parque de Luciennes. Después de la muerte del duque, asesinado en Versalles, madama Dubarry no quiso confiar á nadie el secreto de su tesoro y resolvió volver á Francia para desenterrar sus diamantes y llevarselos á Londres.

En su ausencia habia confiado la guarda y la administracion de Luciennes, á un joven llamado Zamora. La Dubarry habia criado aquel niño, por un capricho de muger, así como se cria á un animal doméstico. Se hizo retratar al lado del negrito para asemejarse por el contraste de las facciones y del color, á las cortesanas de Venecia,

pintadas por el Ticioano. Habia tenido con él la ternura de una madre, y Zamora fué ingrato y cruel, porque ébrio de libertad revolucionaria habia adquirido la fiebre popular. La ingratitud le parecia ser la virtud del oprimido é hizo traición á su bienhechora denunciando sus tesoros, y la entregó á la comision revolucionaria de Luciennes, de la cual era miembro.

Madama Dubarry engrandecida y poderosa por el favoritismo pereció por un favorito. Juzgada y sentenciada sin discusion, mostrada al pueblo como una de las manchas del trono de que es necesario purificar la atmosfera republicana, fué á la muerte en medio de los silbidos del populacho y del desprecio de los indiferentes. Aun estaba en el brillo apenas maduro de sus años. Su belleza entregada al verdugo era su delito á los ojos de la multitud. Iba vestida de blanco. Sus cabellos rubios cortados por detrás por la mano del verdugo, dejaban ver su cuello; los rizos de delante cubrian sus ojos y sus mejillas, y ella los apartaba de cuando en cuando y se los echaba hácia atrás para que su rostro enterneciese al pueblo. No cesaba de implorar el perdon en los términos mas humillantes. Un torrente inagotable de lágrimas regaba su lindisimo seno. Sus gritos lastimeros sofocaban el ruido de las ruedas del carruaje y los murmullos de la multitud. Parecia que la cuchilla heria con anticipacion á aquella infeliz muger arrancándola mil veces la vida. «¡La vida, la vida, esclamaba; la vida por un arrepentimiento! ¡La vida por toda mi adhesion á la republica! ¡La vida por todas mis riquezas para la nacion!» El pueblo se reia y se encogia de hombros, mostrándole con la accion la almohada de la guillotina, sobre la cual iba á dormirse para siempre aquella encantada cabeza. Todo el tiempo que tardó la cortesana en llegar al patibulo no fué sino un grito continuo, y atada á la guillotina todavia gritaba. La corte habia debilitado á aquella alma. Entre todas las mugeres que fueron guillotinas solo ella murió cobardemente,

porque no murió ni por opinion ni por virtud, ni por amor, sino en horror al vicio. Deshonró el cadalso, lo mismo que había deshonrado el trono.

## XIII.

El general Biron, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzun, murió al mismo tiempo, pero como un soldado.

El duque de Lauzun había llevado la lijereza en su juventud hasta la provocacion. Su valor, su talento y sus gracias hacian brillantes á sus faltas. El escándalo se convertia en fama para él. Pretendia haber sido amado por la reina. Sus memorias no son mas que unos apuntes de sus amores. Arruinado bien pronto por sus prodigalidades buscó otra gloria en la guerra, siguiendo á La Fayette á América, y se entusiasmó por la libertad: no por virtud sino por moda. Como amigo del duque de Orleans, siguió á este príncipe en todas sus rebeliones. Los partidos lo perdonan todo á los que les sirven; el duque de Lauzun se precipitó desde el favor de la corte al favor del pueblo, y no hizo mas que cambiar de teatro. Sirvió con valor en el ejército del Norte, del Rhin, de los Alpes y al fin en la Vendée. Lanzado una vez en la revolucion conoció que no había mas remedio que seguirla hasta el cabo. Detenerse en otra parte era imposible, porque la corriente era demasiado rápida; no sabia á donde iba á parar, pero marchaba siempre hácia adelante. El aturdimiento era su norte. Daba á la república alegremente su nombre, su brazo y su sangre. Los soldados le adoraban y los generales plebeyos tenían celos de su ascendiente y no sufrían con paciencia á aquel antiguo aristócrata. Algunas querellas estallaron en la Vendée, entre

Rossignol, general jacobino y Biron. Biron fué el sacrificado.

Llevado á París, encerrado en la Consergeria y sentenciado á muerte, entró en la cárcel como si hubiese entrado en su tienda de campaña la víspera de una accion. Miró la muerte con indiferencia y quiso saborear hasta el último instante los únicos gozes que les quedaban á los presos, que eran los placeres de la mesa, en la que tenía por convidados á los carceleros y á las guardias, á falta de otros compañeros de alegría. Se hizo llevar ostras y vino blanco y bebía largamente al llegar los criados del ejecutor: «Dejadme acabar las ostras, les dijo Biron. Para el oficio que teneis debereis necesitar fuerzas: ¡bebed conmigo!»

Aquella muerte, que imita la muerte irreflexiva de un jóven epicureo, en un hombre de edad madura, tiene mas apariencia que dignidad. La sonrisa no tiene cabida en los umbrales de la eternidad. La indiferencia en aquella hora terrible, no es la actitud de los verdaderos héroes, sino el sofisma de la muerte. El pueblo aplaudió en sus últimos momentos á Biron, por la irreflexion con que despreciaba el suplicio. Aquel hombre murió como había querido vivir, valiente, orgulloso y aplaudido.

Esto acaeció el último día del año de 1793. Otros debían morir al siguiente 1.º de enero. La muerte no conocia calendario. Los años se confundían en el suplicio. La sangre no se detenía por eso.

## XIV.

Cuatro mil seiscientos presos aguardaban á ser juzgados, solo en las cárceles de París. Fouquier-Tinville no podia dar abasto á las acusaciones que dirigía en masa y casi á la casualidad. Abrumado por el número

porque no murió ni por opinion ni por virtud, ni por amor, sino en horror al vicio. Deshonró el cadalso, lo mismo que había deshonrado el trono.

## XIII.

El general Biron, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzun, murió al mismo tiempo, pero como un soldado.

El duque de Lauzun había llevado la lijereza en su juventud hasta la provocacion. Su valor, su talento y sus gracias hacian brillantes á sus faltas. El escándalo se convertia en fama para él. Pretendia haber sido amado por la reina. Sus memorias no son mas que unos apuntes de sus amores. Arruinado bien pronto por sus prodigalidades buscó otra gloria en la guerra, siguiendo á La Fayette á América, y se entusiasmó por la libertad: no por virtud sino por moda. Como amigo del duque de Orleans, siguió á este príncipe en todas sus rebeliones. Los partidos lo perdonan todo á los que les sirven; el duque de Lauzun se precipitó desde el favor de la corte al favor del pueblo, y no hizo mas que cambiar de teatro. Sirvió con valor en el ejército del Norte, del Rhin, de los Alpes y al fin en la Vendée. Lanzado una vez en la revolucion conoció que no había mas remedio que seguirla hasta el cabo. Detenerse en otra parte era imposible, porque la corriente era demasiado rápida; no sabia á donde iba á parar, pero marchaba siempre hácia adelante. El aturdimiento era su norte. Daba á la república alegremente su nombre, su brazo y su sangre. Los soldados le adoraban y los generales plebeyos tenían celos de su ascendiente y no sufrían con paciencia á aquel antiguo aristócrata. Algunas querellas estallaron en la Vendée, entre

Rossignol, general jacobino y Biron. Biron fué el sacrificado.

Llevado á París, encerrado en la Consergeria y sentenciado á muerte, entró en la cárcel como si hubiese entrado en su tienda de campaña la víspera de una accion. Miró la muerte con indiferencia y quiso saborear hasta el último instante los únicos gozes que les quedaban á los presos, que eran los placeres de la mesa, en la que tenía por convidados á los carceleros y á las guardias, á falta de otros compañeros de alegría. Se hizo llevar ostras y vino blanco y bebía largamente al llegar los criados del ejecutor: «Dejadme acabar las ostras, les dijo Biron. Para el oficio que teneis debereis necesitar fuerzas: ¡bebed conmigo!»

Aquella muerte, que imita la muerte irreflexiva de un jóven epicureo, en un hombre de edad madura, tiene mas apariencia que dignidad. La sonrisa no tiene cabida en los umbrales de la eternidad. La indiferencia en aquella hora terrible, no es la actitud de los verdaderos héroes, sino el sofisma de la muerte. El pueblo aplaudió en sus últimos momentos á Biron, por la irreflexion con que despreciaba el suplicio. Aquel hombre murió como había querido vivir, valiente, orgulloso y aplaudido.

Esto acaeció el último día del año de 1793. Otros debían morir al siguiente 1.º de enero. La muerte no conocia calendario. Los años se confundían en el suplicio. La sangre no se detenía por eso.

## XIV.

Cuatro mil seiscientos presos aguardaban á ser juzgados, solo en las cárceles de París. Fouquier-Tinville no podia dar abasto á las acusaciones que dirigía en masa y casi á la casualidad. Abrumado por el número

de acusados y ostigado por la impaciencia del pueblo, Fouquier-Tinville, no se separaba del gabinete del palacio de justicia en donde estendía las acusaciones. Comía precipitadamente en la misma mesa en que firmaba las sentencias de muerte, y se acostaba en un colchon en el mismo tribunal. Trabajaba incesantemente y se quejaba de no tener tiempo para abrazar á su muger y á sus hijos. El celo por la republica le consumia: olvidaba que este celo era el del esterminio, atreviéndose á llamarle un deber! El se creyó ser el brazo de la revolucion. Liberar una vida, olvidar á un culpable, absolver á un acusado eran cosas que le pesaban. Extraña perversion del corazon humano por el fanatismo. Fouquier recibia todas las tardes de la comision de seguridad pública, la lista de los sospechosos que habia que encarcelar ó juzgar. El mecanismo del terror era por decirlo así, material. Fouquier-Tinville, aunque cegado por la sangre que hacia derramar, se aturdia, sin embargo, algunas veces del número prodigioso de ejecuciones que se le habian pedido, y de los nombres de las victimas que habia sentenciado. Le sucedió, si bien solo una ó dos veces, abrir á los acusados una puerta de salvacion, sugiriéndoles respuestas que pudieran disculparlos. Así salvó en la magistratura á algunos hombres á quienes habia conocido y respetado en otros tiempos.

Alguna vez, la austera virtud de aquellas victimas rehusó la vida que se les ofrecia á costa de una mentira. La religion de la verdad, hizo mártires voluntarios. Hé aquí uno de estos ejemplos, atestiguado por uno de los jueces y digno de pasar á la posteridad.

## XV.

Casi todos los antiguos miembros de los parlamentos y los principales magistrados del reino murieron sucesi-

vamente en el cadalso. Mr. Angrand de Alleray, teniente civil en el Chatelet, anciano integro, estimado de todo el mundo y cargado de años, fué conducido con su muger al tribunal revolucionario, por haber mantenido correspondencia con un hijo que estaba emigrado, y haberle mandado socorros á su destierro. Fouquier-Tinville informó, é hizo un signo de inteligencia para dictar al acusado la respuesta que podia libertarle. «Mira, le dijo en alta voz, la carta que te acusa: pero yo conozco tu letra porque he visto muchos documentos escritos por tí cuando estabas en el parlamento. Esta carta no es tuya; han falsificado visiblemente tu letra.—Enseñádmela, dijo el anciano á Fouquier-Tinville.» En seguida, despues de haberla mirado con escrupulosa intencion, «Te engañas, respondió al acusador público, esta carta es de mi propio puño.» Confundido Fouquier con aquella sinceridad que inutilizaba su indulgencia, no se desanimó aun, y ofreció otro pretexto al acusado para que se salvase. «Hay una ley, le dijo, que prohibe á los parientes de los emigrados tener correspondencia con ellos y enviarles socorros, bajo pena de muerte ¿Sin duda tú no conoces esta ley?—Tambien te engañas, respondió Mr. Alleray, conocia esta ley, pero tambien conozco otra, interior y superior grabada por la naturaleza en el corazon de todos los padres y las madres, que les manda sacrificarse por socorrer á sus hijos.»

El acusador obstinado en su designio, no se desanimó por esta segunda repulsa, y ofreció al acusado hasta cinco ó seis del mismo género. Mr. Alleray las escuchó con su teson en no alterar ni ocultar la verdad. En fin, conociendo la intencion de Fouquier-Tinville. «Te agradezco, le dijo, los esfuerzos que haces por salvarme, pero es menester mentir para rescatar nuestras vidas, y mi muger y yo preferimos morir antes que faltar á la verdad. Hemos envejecido juntos sin haber mentido, y no mentiremos para salvar lo poco que nos queda de vida. Haz

tu deber como nosotros hacemos el nuestro; no te acusaremos por nuestra muerte; solo se acusará á la ley.» Los jurados lloraron de compasion, pero enviaron al virtuoso suicida al cadalso.

## XVI.

De esta suerte se inauguraba el año de 1794. Parecía que la guillotina era la única institución de la Francia. Danton y Saint-Just hicieron proclamar la supresion de la constitucion y el gobierno revolucionario. La administracion se reducía á la arbitrariedad de los comisionados de la Convencion; la justicia era la sospecha ó la venganza; la garantía la delacion, y el gobierno el cadalso. La Convencion no podia dejar de herir ni un momento sin herirse á sí misma. La Francia fusilada en Tolón, metrallada en Lyon, sumergida en Nantes, guillotínada en Paris, encarcelada, secuestrada y aterrada en todas partes, parecía á una nacion conquistada y saqueada por una de esas grandes irrupciones de los pueblos que destruyán la antigua civilizacion á la caída del imperio romano, trayendo consigo otros dioses, otros dueños, otras leyes, y otras costumbres á Europa. Era esta invasion la de una nueva idea á la cual la resistencia habia armado con el fuego y el hierro. La Convencion no era ya un gobierno sino un campamento. La república no era tampoco una sociedad sino una carniceria ejecutada sobre los vencidos en un campo de sangre. El furor de las ideas es mas implacable que el de los hombres, por que estos tienen un corazon, y aquellas carecen de él. Los sistemas son unas fuerzas brutales, que no compadecen ni aun á los que destruyen; asi como las balas de cañon en el campo de batalla hieren sin eleccion y sin justicia, derrihando el objeto contra que han sido dirigi-

das. La revolucion desmentía sus doctrinas con su tiranía, manchando su derecho con continuas violencias y deshonrando los combates con sus ejecuciones. De esta suerte se ensangrientan las causas mas puras; no decimos esto para disculpar á los pueblos, sino para manifestar la compasion que nos causan. Nada hay mas hermoso que ver brillar una idea nueva sobre el horizonte de la inteligencia humana, nada es tan legítimo como ayudarla á que combata y venza las preocupaciones, los hábitos y las instituciones viciosas que se la resisten, pero nada hay mas horroroso que verle martirizar á sus enemigos. El combate entonces se convierte en suplicio, el libertador en opresor y el apóstol en verdugo. Tal era, involuntariamente en algunos, teóricamente en otros, el papel de los miembros de la Montaña y de la comision de salud pública. Sus teorías protestaban, pero el movimiento general los arrastraba. Dejaban correr impunemente las venganzas del pueblo, los furors de la anarquía y las crueldades de los proconsules, hasta las espoliaciones y los asesinatos de Roma degenerada. El partido del ayuntamiento, compuesto de Hebert, de Chaumette, Momoro, Ronsin, Vincent y demás furiosos demagogos, iban cada dia mas adelante, arrastrando en pos de sí á la Convencion.

## XVII.

Durante estos suplicios, el partido de los legisladores ensayaba de cuando en cuando el formular los grandes principios y las grandes innovaciones como los oráculos al estruendo de los rayos. Robespierre dominando ya á la comision de salud pública, bosquejaba ya en algunas notas reveladas despues, algunos vagos lineamientos de un gobierno de justicia, de igualdad y de libertad, al cual

creía ya tocar. Como en todo lo que ha escrito, dicho ó hecho, se ve en él mas bien el filósofo que el hombre político.

«Es menester una voluntad unánime, dice una de estas notas póstumas.

«Es necesario que esta voluntad sea republicana ó realista.

«Para que sea republicana es necesario ministros republicanos, periódicos republicanos, diputados republicanos y un poder republicano.

«La guerra estrangera es un azote mortal.

«Los peligros interiores proceden de la clase media; para triunfar de esta es menester reunir el pueblo bajo una sola bandera.

«Es preciso que el pueblo haga alianza con la Convencion y que la Convencion se sirva del pueblo.

«En cuanto á la diplomacia exterior, conviene aliarse con las pequeñas potencias, pero es imposible toda diplomacia en tanto que nosotros no tengamos unidad en el poder.

«Después de los medios, he aquí el objeto.

«¿Cuál es este? la ejecucion de la constitucion en favor del pueblo.

«¿Cuáles son nuestros enemigos? los ricos y los viciosos.

«¿De qué medios se valen? De la hipoeresia y de la calumnia.

«¿Qué es necesario hacer? Ilustrar al pueblo. ¿Y cuáles son los obstáculos para la instruccion del pueblo? Los escritores mercenarios que la estravian con imposturas diarias ó imprudentes.

«¿Qué se saca en conclusion de esto? Que es necesario proibir á los malos escritores como á los mas peligrosos enemigos de la patria, y esparcir con profusion los buenos escritos.

«¿Cuáles son los otros dos obstáculos para el estableci-

miento de la libertad? La guerra estrangera y la guerra civil.

«¿Cuáles son los medios de terminar la guerra estrangera? Poner generales republicanos á la cabeza de nuestros ejércitos y castigar á los traidores.

«¿Cuáles son los medios de terminar la guerra civil? Castigar á los conspiradores, y sobre todo á los diputados y á los administradores culpables: hacer ejemplares terribles con todos los malvados que han insultado á la libertad y vertido la sangre de los patriotas.

«En fin, debe atenderse á que no falten las subsistencias, y confeccionar buenas leyes populares.

«¿Qué otro obstáculo hay para la instruccion del pueblo? La miseria.

«¿Cuándo estará el pueblo ilustrado? Cuando tenga pan, y cuando los ricos y el gobierno cesen de pagar plumas y lenguas perdidas para engañarle: cuando el interés de los ricos y el del gobierno se confunda con el del pueblo.

«¿Cuándo se confundirán estos intereses con los del pueblo? Nunca.»

A esta terrible palabra estampada al fin de este diálogo interesante de Robespierre, consigo mismo, la pluma habia dejado de escribir.

La duda ó el desaliento habian dictado aquella última espresion.

Conócese por ella que en un alma obstinada en la esperanza, esta palabra queria decir: Es menester que cedan á la fuerza, y que se pongan á un mismo nivel de justicia y de igualdad todos aquellos cuyos intereses no se puedan confundir con el interés del pueblo. La lógica del terror se derivaba de esta palabra. ¡Palabra de sangre!

En todas las sesiones de la Convencion y de los Jacobinos de noviembre y diciembre de 1793 y hasta en 1794 se hallan un sin número de discusiones, de discursos ó de decretos, en los que respira el alma de un gobierno pagano.

El egoísmo desaparece ante el principio de adhesión á la patria. Las clases pobres que no poseen otra cosa que ella misma, nada más tienen que darla que su sangre. En aquellas sesiones legislativas parece que la Convencion está escribiendo un capítulo de la constitucion evangélica del porvenir. Las cuotas son proporcionadas á las riquezas: los indigentes son un sagrado: los enfermos reciben auxilios: los niños huérfanos son adoptados por la república: la maternidad mérita se ve libre de la vergüenza que mata el hijo deshonrando á la madre: proclámase la libertad de conciencia, escógese por tipo en las leyes la moral universal; la esclavitud y el comercio de negros quedan abolidos, y se invoca como ley suprema la conciencia del género humano. Una série de medidas filantrópicas y populares instituye la práctica de la caridad política como un tratado de alianza entre el pobre y el rico: el poder social se reparte igualmente entre todos los ciudadanos. Las enseñanzas elementales costeadas por el Estado, esperecen como una luz divina la ilustración por todas las clases del pueblo, hasta las más ínfimas. El amor al pueblo resalta en todo el resorte de la administración. Se conoce que la revolucion no se ha hecho para usurpar, sino para dar poder, moralidad, igualdad, justicia, y bienestar á las masas. En esto consiste la divinidad del espíritu de la revolucion. Espíritu de luz y de caridad en las deliberaciones de la Conven-

cion; espíritu esterminador en sus actos políticos. Al ver esto se pregunta uno involuntariamente cuál puede ser la causa de aquel contraste entre las leyes sociales de la Convencion y sus medidas políticas; entre tanta caridad y tantos verdugos y entre aquella filantropía y aquel continuo derramamiento de sangre. Esto consistia en que las leyes sociales de la Convencion emanaban de sus dogmas, y sus actos políticos eran hijos de su ira. Aquellas eran sus principios; estos últimos sus pasiones.

Orgullosa la Convencion de la nueva era que inauguraba para el mundo, quiso que la república francesa se convirtiese en una de las épocas célebres de la historia humana. Instituyó el *Calendario republicano* como para recordar siempre á los hombres que no habían podido llamarse tales, hasta el día en que se proclamaron libres. También lo hizo para borrar con la nueva denominación de meses y días en que se dividía el tiempo, las huellas de la religion del calendario gregoriano, y además para que la division de los días en décadas y no en semanas confundiese por mas tiempo el día inicial del periodo, con el de fiesta y descanso, exclusivamente consagrado al catolicismo: no quiso que la Iglesia continuase señalando al pueblo los momentos de trabajo y de reposo queriendo reconquistar hasta el tiempo al sacerdocio cristiano que todo lo había marcado con su sello desde que se había apoderado del imperio.

En aquel sistema, los nombres de los días eran significativos por su lugar en el orden numerario de la década republicana, esplicando su orden en el periodo de días por títulos derivados del latin. Estos eran: *primidi, duodi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi, decadi*. Estas significaciones puramente numéricas tenían la ventaja de presentar cifras á la memoria, pero también tenían el inconveniente de no presentar imágenes al espíritu. Solo las imágenes dan colorido á imprimen los nombres en la imaginación del pueblo.

Al contrario, la denominacion de los meses tomada del carácter de las estaciones y de los trabajos agricolas, era significativa como una pintura y sonora como la vida rural. Los comprendidos en el otoño, se llamaban vendimiario por ser la época de la recoleccion de la uva; brumario, por encapotarse el cielo comunmente en aquella estacion; frimario, porque en ella suelen cubrirse de escarcha las montañas. Los del invierno eran nivoso, pluvioso y ventoso, por ser la época en que reinan las nieves, las lluvias y los vientos; los de la primavera se distinguian con los nombres de germinal, floreal y prairial, por germinar, florecer y segarse las flores, las plantas y las yerbas, llamabase los del estio mesidor, termidor y fructidor, por la estacion del año en que se doran, siegan y maduran los frutos.

De este modo todo se referia á la agricultura, primera y última entre todas las artes. Las fases de los imperios ó las religiones de los pueblos no eran ya el tipo del tiempo, de esta medida de la naturaleza, todo se remontaba á ella esclusivamente. Lo mismo sucedia en la administracion, en la hacienda, en la justicia criminal, en el código civil y en el código rural. Los hombres especiales de la Convencion prepararon los planes de aquellas legislaciones sobre las bases de la filosofia, de la ciencia y de la igualdad, que eran las determinadas por la Asamblea constituyente. Aquellas ideas de que despues se apoderó el despotismo organizador de Napoleon, y á las cuales no dió sino su nombre, se habian concebido, escrito ó promulgado por la Convencion. Napoleon la privó injustamente de esta gloria, y la historia no puede sancionar semejantes latrocinios. Deber suyo es dar á cada uno lo que le pertenece. Los frutos de la libertad y de la filosofia no pertenecen nunca al despotismo.

Los hombres que Napoleon llamó á sus consejos para preparar sus proyectos, los Cambaceres, los Sieyes, los Carnot, los Thibaudeau y los Merlin salieron de las comi-

siones. Como obreros infieles llevaron á aquellos talleres de esclavitud los útiles y las obras maestras de la libertad.

## XIX.

Mientras que la comision de salud pública, cubria las fronteras, sofocaba la guerra civil y meditaba legislaciones humanas y morales, Paris y los departamentos presentaban el espectáculo de las saturnales de la libertad.

El delirio y el furor parecian haberse apoderado del pueblo. La embriaguez de la verdad es mas terrible que la embriaguez del error en los hombres, porque dura mas y profana causas mas santas. Aquella embriaguez impulsaba á las masas á cometer los mas horribles excesos contra los templos, los altares y las imágenes del culto antiguo y aun contra los sepuleros de los reyes.

De tres instituciones que la revolucion queria modificar ó destruir, que eran el trono, la nobleza y la religion del Estado, no quedaba ya mas que esta última, porque gnarecida en la conciencia y confundiendo con el mismo pensamiento, les era imposible á los perseguidores el seguirla hasta aquel asilo. La constitucion civil del clero y el juramento impuesto al mismo declarado cismático por la corte de Roma, las retractaciones que la inmensa mayoría de los eclesiásticos habia hecho de este juramento para permanecer unidos al centro católico, la espulsion de aquellos mismos sacerdotes refractarios de sus curatos y de sus iglesias, la instalacion de un clero nacional y republicano en lugar de aquellos ministros fieles á Roma, la persecucion contra estos eclesiásticos rebeldes á la ley por ser obedientes á la fé, su encarcelamiento, su proscripcion en masa sobre los buques de la república en Rochefort; todas las querellas, las vio-

lencias, las ejecuciones, los destierros y los martirios de estos sacerdotes católicos, habían desterrado en la apariencia el antiguo culto de la superficie de la república. El culto constitucional, inconsecuencia palpable de los sacerdotes juramentados que ejercían un pretendido catolicismo, a pesar de su jefe espiritual, no era hacia ya mucho tiempo sino un juguete sagrado que la Convención había dejado a los campesinos para no destruir de golpe sus hábitos. Pero los filósofos impacientes de la Convención, de los Jacobinos y de la municipalidad, se indignaron de aquel simulacro de religión que sobrevivía a los ojos del pueblo a la misma religión.

Deseaban ardentemente inaugurar en su lugar la adoración abstracta de un Dios sin forma, sin dogma y sin culto. La mayor parte proclamaban abiertamente el ateísmo como la sola doctrina digna de los espíritus intrépidos en la lógica materialista de la época. Hablaban de la virtud y negaban a Dios, cuya existencia solamente puede dar sentido a la palabra virtud. Hablaban de libertad y negaban la justicia eterna, única que puede vengar a la inocencia y castigar la opresión. La multitud grosera se embriagaba de aquellas teorías de ateísmo y se creía libre de todo deber al verse libre de Dios. Así van siempre las deplorables oscilaciones del espíritu humano, de la superstición a la nada de las creencias, sin poder detenerse jamás en el equilibrio de la razón y de la verdad.

## XX.

Los directores secretos de la municipalidad, y sobre todo Chaumette y Hebert, fomentaban en el pueblo aquellos accesos de impiedad y aquellas sediciones contra todo culto. El pueblo, se decían, no volverá nunca a en-

trar en los templos que haya demolido por sus propias manos, ni se arrodillará nunca delante de los altares que haya profanado, ni adorará los símbolos y las imágenes que haya pisoteado en el pavimento de las iglesias: el sacrilegio nacional se interpondrá entre él y su antiguo Dios. Aquel resto de catolicismo que se ejercía públicamente en los templos cristianos les importunaba y lo quisieron hacer desaparecer. Exigieron públicas apostasias de los sacerdotes y obtuvieron bastantes. Algunos eclesiásticos, unos por miedo y otros por incredulidad real, subieron a los pulpitos para declarar que habían sido hasta entonces unos impostores, y siempre eran acogidos con aclamaciones estos tráfugas del altar. Se parodiaron irrisoriamente las ceremonias tenidas antes por sagradas y se llegó hasta el extremo de revestir a un buey o a un asno con los ornamentos pontificales, paseando aquellos escándalos por las calles, bebiendo vino en los cálices y cerrando las iglesias. Escribieron en la puerta de los cementerios: *Sueño eterno*. Llevaban a los representantes comisionados o a las capitales de los distritos, los tesoros de las iglesias, o hacían ofrendas patrióticas con ellas a la nación. Los clubs se instalaron en los santuarios, convirtiéndose la cátedra evangélica en tribuna de los oradores. En pocos meses, el inmenso material del culto católico, catedrales, iglesias, monasterios, rectorías, torres, campanas, ministros y ceremonias, habían desaparecido.

Los representantes comisionados se aturdiran según escribían a la Convención, al ver la facilidad con que desaparecía todo el aparato de las instituciones antiguas. Las religiones de donde se retiran el poder del Estado y la riqueza de las dotaciones, se borran prontamente de los espíritus. Los filósofos de la municipalidad resolvieron a mediados de noviembre acelerar aquel movimiento en París. Sabían que si el pueblo renegaba fácilmente del espíritu de su culto, no renunciaba tan pronto

á los espectáculos y á las ceremonias que divertian su vista. Quisieron apoderarse de sus templos para ofrecerle un nuevo culto, especie de paganismo disfrazado, cuyo dogma no era sino imágenes, el culto un ceremonial y la divinidad suprema la Razon convertida en su propio Dios y adorándose en sus atributos. Las leyes de la Convencion que continuaba en mantener el culto católico nacional, se oponian á esta invasion violenta de la religion filosófica de Chaumette, en la catedral y en las iglesias de Paris. Era necesario hacer evacuar aquellos monumentos por una renuncia voluntaria del obispo constitucional y de su clero. Los gritos de muerte que perseguian en todas partes á los sacerdotes, su sangre que corría en abundancia sobre todos los cadalsos de la república, los insultos del pueblo por su traje, las cárceles llenas de ellos y la presencia de la guillotina, impulsaron á hacer esta renuncia al clero republicano que temblaba todos los dias al verse sacrificado en el ejercicio de sus funciones. El principal móvil que retenia aun á una parte de aquellos sacerdotes era el sueldo anejo á sus funciones, pero se aseguró á los principales de entre ellos un sueldo equivalente al de los destinos más lucrativos en las administraciones civiles y militares de la república, y la esperanza ó las amenazas les arrancaron su consentimiento á lo que de ellos se exigía.

El obispo Gobel, hombre débil de carácter, pero sincero en su fe, fué el único que se resistió. Le intimidaron por un lado y le tranquilizaron por otro: le dijeron que la renuncia del ejercicio público de su culto no era sino un sacrificio á la necesidad del momento: que esta abdicacion no implicaba una renuncia del carácter sacerdotal: que no era sino una abdicacion de sus funciones públicas, y que despues de deponer su episcopado continuaria, lo mismo que su clero, en el ejercicio individual y libre de su religion. Chaumette, Hebert, Momoro, Anacharsis Cloutz y Bourdon del Oise, impor-

tunaron á aquel anciano, hasta que obtuvieron de él lo que deseaban. Se llamó á este acto de Gobel una apostasia. Investigaciones ciertas atestiguan el error de los historiadores con respecto á este asunto. Gobel se presentó en la Convencion acompañado de sus vicarios. Momoro lo presentó y arengó á la asamblea en nombre de la municipalidad. «Ved aquí delante de vosotros, dijo, á estos hombres que vienen á despojarse del carácter de la supersticion. Este gran ejemplo será imitado. Bien pronto la república no tendrá otro culto que el de la libertad y la igualdad, culto tomado de la naturaleza, y que se convertirá en una religion universal.» Gobel, cuya conciencia sorprendian y violentaban las palabras de Momoro, se estremeció, pero no se atrevió á desmentirlo. Las tribunas le hacian temblar. «Ciudadanos (dijo leyendo una declaracion meditada y convenida con la municipalidad), como plebeyo, he alimentado desde muy joven en mi alma los principios de la igualdad. Llamado á la Asamblea nacional, he reconocido uno de los primeros la soberania del pueblo. Su voluntad me llamó á la silla episcopal de Paris. No he empleado el ascendiente que podia darme mi título y mi destino sino en aumentar su adhesion á los eternos principios de la libertad, de la igualdad y de la moral, base necesaria de toda constitucion verdaderamente republicana. En el dia, que la voluntad del pueblo no admite otro culto público y nacional que el de la santa igualdad, porque como soberano lo quiere así, renuncio á ejercer mis funciones de ministro del culto católico.» Los vicarios de Gobel firmaron la misma declaracion. Unánimes aclamaciones escritas ó verbales en este mismo sentido, siguieron á las del obispo y sus vicarios. Tomás Lindet abdicó en otros terminos: «La moral que he predicado, decia, es de todos los tiempos. La causa de Dios no debe ser ocasion de guerra entre los hombres. Cada ciudadano debe mirarse como sacerdote

de su familia. La destrucción de las fiestas abrirá, sin embargo, un vacío inmenso en los hábitos de la población: medid este vacío y reemplazad estas fiestas con otras fiestas puramente nacionales, que sirvan de transición entre el reinado de la razón y el del fanatismo.»

Los obispos Gayvernon y Lalande y muchos curas, hicieron otras declaraciones de la misma naturaleza. La Asamblea aplaudió como en la noche del 4 de agosto, en que la nobleza abdicó sus derechos. En medio de estos aplausos, entró en el salón Gregorio, obispo constitucional de Blois. Lo informaron de la causa de aquellas manifestaciones, y le obligaron á imitar el ejemplo de sus colegas llevándolo á la tribuna. «Ciudadanos, dijo, acabo de llegar y no tengo sino nociones muy vagas de lo que sucede en este momento. ¿Se habla de sacrificios por la patria? Estoy acostumbrado á hacerlos. ¿De adhesión á la revolución? Tengo hechas mis pruebas. ¿De las rentas anejas á las funciones de obispos? Las dejo sin sentimiento. ¿Se trata de religion? Este artículo está fuera de vuestro dominio; no teneis derecho para atacarlo. Como católico por convicción y por sentimientos, sacerdote por elección y obispo nombrado por el pueblo, no es de él ni de vosotros de quien tengo mi mision. Se me ha atormentado para que aceptara la carga del episcopado, y se me atormenta ahora para obtener de mí una abdicación que no se me arrancará nunca. Obrando segun los principios sagrados que me son tan queridos y que yo os desafío á que me arrebatéis, he procurado hacer todo el bien posible en mi diócesis, y yo permanezco obispo para hacerlo aun. Invoco la libertad de cultos.»

Murmullos y sonrisas acogieron aquel animoso acto de conciencia. Acusaron á Gregorio de querer cristianizar la libertad. Los silbidos de las tribunas le acompañaron hasta su asiento. Sin embargo, la estimación de los hombres cuya filosofía se remontaba hasta Dios, le vengó de aquellos desprecios. Robespierre y Danton dieron se-

ñales de aprobación á lo que había dicho, indignándose en secreto de las violencias del partido de Hebert contra la conciencia; pero la corriente era demasiado rápida para detenerla en aquel momento. Ella arrastraba en su furia todos los cultos en la proscripción del catolicismo.

Sieyès salió de su silencio para abdicar, no sus funciones, que nunca había ejercido, sino su carácter sacerdotal. Filósofo de todos los tiempos, le era permitido confesar su filosofía cuando esta triunfaba, así como la había confesado antes de su victoria sobre el catolicismo: «Ciudadanos, dijo, hace mucho tiempo que mis votos eran por el triunfo de la razón, sobre la superstición y el fanatismo. Este día, ansiado para mí, ha llegado y me regocijo, viendo en él el beneficio mas grande para la republica. He vivido víctima de la superstición, pero jamás he sido su apóstol ni su instrumento. He sufrido por los errores de los demas, pero nadie ha sufrido por los míos. Nadie hay en el mundo que pueda decir que ha sido engañado por mí, y muchos me deben el haber abierto los ojos á la luz. Si he permanecido ligado con las cadenas sacerdotales, ha sido por la misma fuerza que sujetaba muchas almas libres en las cadenas reales. El día de la revolución las he roto todas. No tengo títulos eclesiásticos que ofreceros, ha mucho tiempo que renuncié á ellos. Pero cedo en beneficio de la nación la indemnización que se me ha señalado en cambio de las rentas eclesiásticas que poseía antiguamente.»

Chaumette dijo entonces que el día en que la razón volvía á recobrar su imperio, merecia un lugar aparte en las épocas de la revolución. En consecuencia, pidió que la comision de instruccion pública señalase en el nuevo calendario un sitio para el día de la razón.

«Ciudadanos, dijo el presidente de la Convencion, entre los derechos naturales del hombre hemos colocado la libertad en el ejercicio de cultos. Ademas de esta garantia que os debiamos, acabais de elevaros á la altura en que os esperaba la filosofia. No os hagais ilusiones: esas pantomimas sacerdotales, insultaban al Ser Supremo, porque él no quiere otro culto que el de la razon. ¡En adelante esta será la religion nacional!»

A estas palabras el presidente abrazó al obispo de París. Los sacerdotes de su comitiva, adernados con el gorro encarnado, simbolo de la libertad que reconquistaban, salieron en triunfo de la sala y se dispersaron en medio de los aplausos de la multitud por las Tullerías. Aquella abdicacion del catolicismo exterior, por los sacerdotes de una nacion en que brillaba hacia tantos siglos el poder del sacerdocio católico, es uno de los actos mas característicos del espíritu de la revolucion. Si el ateismo no hubiera sido el provocador de aquel despojo de los sacerdotes asariados, si el terror no hubiera hecho violencia á la fé, si la libertad de cultos hubiera sido proclamada por el presidente de la Convencion como una verdad en la república: si las religiones se hubiesen emancipado del poder del Estado para volver al dominio de la conciencia individual y libre, el orden religioso se hubiera fundado. Pero cuando la persecucion proclama la libertad, cuando se interroga á la conciencia frente al instrumento del suplicio, la conciencia no es libre y la libertad se convierte en tiranía. El ateismo habia mandado este acto y se apoderó de él. Hizo que su triunfo fuese escandaloso, cuando debia ser el triunfo de la razon y de la libertad.

Chaumette, Hebert y su faccion animaron mas y mas desde aquel dia las profanaciones y devastaciones de los templos, la dispersion de los fieles, el encarcelamiento y el martirio de los sacerdotes que preferian la muerte á la apostasia. Los satélites de la municipalidad querian desterrar del suelo y del corazon de los franceses todo lo que pudiese recordar la religion y el culto del Crucificado. Las campanas, esa sonora voz de los templos cristianos, se fundian para acuñar moneda ó hacer cañones; las urnas y los relicarios, apoteosis populares de los apóstoles y de los santos, fueron despojados de sus adornos y arrojados á los muladares. El representante Ruhl rompió en la plaza pública de Reims la *Santa ampolla*, que una antigua leyenda pretendia que era bajada del cielo, para unguir á los reyes con un óleo celestial. Algunos de los directores de los departamentos prohibieron á los maestros que pronunciasen el nombre de Dios en la enseñanza de los niños del pueblo. Andrés Dumont comisionado en los departamentos del Norte escribia á la Convencion: «Pongo presos á todos los clérigos que se atreven á celebrar las fiestas y los domingos. He hecho desaparecer las cruces y los crucifijos. El gozo me enajena; en todas partes se cierran las iglesias, se queman los confesionarios y los santos, y se hacen *cartuchos* de cañon con los misales y demas liturgias sagradas. Todos los ciudadanos esclaman: ¡Fuera los clérigos! ¡Igualdad y razon!»

En la Vendée, los representantes Lequinio y Laiguelot, perseguían hasta á los revendedores de cera que proveian á las iglesias. «Se desbautizan á bandadas, decian, los clérigos quemando sus títulos de órdenes. El cuadro de los derechos del hombre reemplaza en los altares á los tabernáculos de misterios ridiculos.» En Nantes se hicieron hogueras en la plaza pública, en donde se quemaron las estatuas, las imágenes y los libros sagrados. Algunas diputaciones de patriotas iban diariamente á la Convencion á llevarla en tributo los despojos de los alta-

res. Las ciudades y los pueblos inmediatos á Paris fueron procesionalmente á llevar también á la Convencion en carros, los relicarios de oro, las mitras, los cálices, los incensarios, las patenas y los candeleros de sus iglesias. En unas banderas plantadas sobre montones de despojos llevaban la inscripcion siguiente: *Destruccion del fanatismo*. El pueblo se vengaba con insultos de lo que por tanto tiempo habia adorado, confundiendo á Dios con sus resentimientos contra el culto que se le habia tributado.

La municipalidad quiso reemplazar con otros espectáculos las ceremonias de la religion, y el pueblo asistió á ellos como asistia á todas las novedades. La profanacion de los lugares sagrados, la parodia de los misterios y el brillo pagano de los ritos, le atraian hácia aquellas pompas. Creia que con esto desterraba las *nieblas* que despues de tantos siglos reinaban en aquellas sagradas bóvedas y que hacia entrar en ellas la luz, la libertad y la razon. Pero faltaba sinceridad en estas fiestas, adoracion á sus actos y alma á sus ceremonias. Las religiones no nacen en la plaza pública á la voz de los legisladores ó de los demagogos. La religion de Chaumette y de la municipalidad, no era sino una operacion popular trasladada de la escena al tabernáculo.

La inauguracion de aquel culto tuvo lugar en la Convencion el 9 de noviembre. Chaumette acompañado de los miembros de la municipalidad y escoltado de una multitud inmensa al son de la música y de las canciones patrióticas, entró en el salon, llevando por la mano á una de las mas bellas cortesanas de Paris. Un largo velo azul cubria á medias al ídolo. Un grupo de prostitutas compañeras suyas seguian detrás, y otro grupo de hombres sediciosos las escoltaban. Aquella banda impura se esparció confusamente por el recinto é invadió los bancos de los diputados. Lalo presidia la sesion. Chaumette se adelantó hácia él y quitando el velo que cubria á la cortesana,

hizo brillar su belleza á los ojos de la Asamblea. «Mortales, esclamó, no reconocais otra divinidad que la Razon, vengo á ofreceros su mas hermosa y pura imágen.» A estas palabras Chaumette se inclinó en ademán de adorarla. El presidente, la Convencion y el pueblo, afectaron imitar aquella señal de adoracion. Se decretó una fiesta en honor de la Razon en la catedral de Paris. Los cánticos y las danzas acogieron aquel decreto. Los diputados de la Convencion, Armonville, Drouet y Lecarpentier, tomaron parte en aquellos bailes. Una gran parte de la Asamblea, se mostró fría y desdenosa, satisfecha por haber volado aquellas saturnales, las abandonaba al pueblo avergonzándose de tomar parte en ellas. Robespierre sentado al lado de Saint-Just aparentó estar distraido é indiferente. Su severo semblante no llegó á desarrugarse. Dirigió una mirada sobre el desorden del salon, tomó varias apuntaciones, y habló constantemente con el que estaba á su lado. El envilecimiento de la revolucion le parecia el mas grande de los crímenes. Meditaba ya á sus solas el modo de reprimirlo. En el momento en que la orgia popular recibia mas aplausos, se levantó con una indignacion mal contenida y se retiró con Saint-Just. No queria sancionar con su presencia aquellas profanaciones. La salida de Robespierre desconcertó á Chaumette, el presidente levantó la sesion devolviendo á la decencia el templo de las leyes.

El 20 de diciembre, dia que se habia fijado para la instalacion del nuevo culto, el ayuntamiento, la Convencion y las autoridades de Paris, fueron en corporacion á la catedral. Chaumette, ayudado por el actor de la ópera Lais, habia ordenado el plan de la fiesta. La jóven Mai-

Hard, actriz llena de belleza y de talento, favorita de la reina poco antes, querida siempre del público, se había visto obligada por las amenazas de Chaumette á desempeñar el papel de la divinidad del pueblo. Entró en la iglesia en un palanquín cubierto con un dosel formado de ramas de encina, precedida de algunas mugeres vestidas de blanco y con cinturones tricolores. Las sociedades populares, las fraternales de mugeres, las comisiones revolucionarias, las secciones y los grupos de coristas, cantores y bailarines de la ópera, rodeaban aquel trono. Llevaba en los pies el coturno teatral, el cabello adornado con un gorro frigio, y el cuerpo apenas cubierto con una túnica blanca, y encima una clámide flotante de color celeste. La sacerdotisa fué llevada al son de los instrumentos hasta el pie del altar, y se sentó en el lugar en que poco antes la adoracion de los fieles buscaba el pan místico transformado en Dios. Detras tenía una inmensa antorcha que significaba la llama de la filosofía, destinada a alumbrar sola en adelante el recinto de los templos. La actriz encendió la antorcha; Chaumette recibiendo el incensario donde ardian los perfumes, de manos de dos acólitos, se arrodilló é incensó. Una imagen mutilada de la Virgen estaba á sus pies y Chaumette apostrofó aquel mármol desafiándolo á volver á ocupar su antiguo lugar en el respeto del pueblo. Los bailes y los himnos distraían la vista y los oídos de los espectadores. Ninguna profanacion faltó al antiguo templo, cuyos fundamentos se confundían con los de la religion y de la monarquía. El obispo Gobel, obligado por el terror, asistió en una tribuna á la parodia de los misterios que había celebrado hacia tres días en aquel mismo altar. Encadenado por el miedo, lágrimas de vergüenza corrían de los ojos del obispo. El mismo culto se propagó por imitacion en todas las iglesias de los departamentos. La ligera superficie de la Francia cedió á todos los vientos de París. Solo había la diferencia de que en la-

gar de escoger sus divinidades en los teatros, los representantes comisionados obligaron á castas esposas é inocentes doncellas á darse en espectáculo á la adoracion del pueblo. Muchas rescataron á este precio la vida de un marido ó de un padre. El sacrificio santificaba la impiedad á sus ojos. Algunos maridos patriotas prostituyeron á sus mugeres á las miradas de todos. Momoro, miembro de la municipalidad, y seide de Hebert, condujo él mismo la comitiva de su jóven y hermosa esposa á San Sulpicio. Aquella muger, cuyo pudor y piedad igualaban á su hermosura, lloraba y se desmayó de vergüenza en el altar. Una jóven de diez y seis años, hija de un encuadernador nombrado Loiselet entregada por su padre á la admiracion del pueblo, murió de desesperacion, arrancándose los adornos y las flores de su papel.

Las familias ocultaban la belleza de sus hijas ó de sus mugeres, para evitar los escándalos de aquellas adoraciones públicas.

## XXIII.

La devastacion de los santuarios, y la dispersion de las reliquias siguieron á la inauguracion del culto alegórico de Chaumette. En la plaza de Greve, lugar consagrado á los suplicios, quemaron los restos de Santa Geneveva, patrona popular de París, arrojando las cenizas al viento. Persiguéronse hasta en los sepuleros las tradiciones de la religion, así como se habían perseguido ya las memorias, el respeto y las supersticiones de la patria. Ni aun la tumba fué un asilo inviolable para los restos de los reyes. Un decreto de la Convencion había ordenado en odio al trono, la destruccion de los sepuleros de San Dionisio. La municipalidad, exagerando la medida política, cambió el decreto en atentado contra el sepulcro, contra

Hard, actriz llena de belleza y de talento, favorita de la reina poco antes, querida siempre del público, se había visto obligada por las amenazas de Chaumette á desempeñar el papel de la divinidad del pueblo. Entró en la iglesia en un palanquín cubierto con un dosel formado de ramas de encina, precedida de algunas mugeres vestidas de blanco y con cinturones tricolores. Las sociedades populares, las fraternales de mugeres, las comisiones revolucionarias, las secciones y los grupos de coristas, cantores y bailarines de la ópera, rodeaban aquel trono. Llevaba en los pies el coturno teatral, el cabello adornado con un gorro frigio, y el cuerpo apenas cubierto con una túnica blanca, y encima una clámide flotante de color celeste. La sacerdotisa fué llevada al son de los instrumentos hasta el pie del altar, y se sentó en el lugar en que poco antes la adoracion de los fieles buscaba el pan místico transformado en Dios. Detras tenía una inmensa antorcha que significaba la llama de la filosofía, destinada a alumbrar sola en adelante el recinto de los templos. La actriz encendió la antorcha; Chaumette recibiendo el incensario donde ardian los perfumes, de manos de dos acólitos, se arrodilló é incensó. Una imagen mutilada de la Virgen estaba á sus pies y Chaumette apostrofó aquel mármol desafiándolo á volver á ocupar su antiguo lugar en el respeto del pueblo. Los bailes y los himnos distraían la vista y los oídos de los espectadores. Ninguna profanacion faltó al antiguo templo, cuyos fundamentos se confundían con los de la religion y de la monarquía. El obispo Gobel, obligado por el terror, asistió en una tribuna á la parodia de los misterios que había celebrado hacia tres días en aquel mismo altar. Encadenado por el miedo, lágrimas de vergüenza corrían de los ojos del obispo. El mismo culto se propagó por imitacion en todas las iglesias de los departamentos. La ligera superficie de la Francia cedió á todos los vientos de París. Solo había la diferencia de que en la-

gar de escoger sus divinidades en los teatros, los representantes comisionados obligaron á castas esposas é inocentes doncellas á darse en espectáculo á la adoracion del pueblo. Muchas rescataron á este precio la vida de un marido ó de un padre. El sacrificio santificaba la impiedad á sus ojos. Algunos maridos patriotas prostituyeron á sus mugeres á las miradas de todos. Momoro, miembro de la municipalidad, y seide de Hebert, condujo él mismo la comitiva de su jóven y hermosa esposa á San Sulpicio. Aquella muger, cuyo pudor y piedad igualaban á su hermosura, lloraba y se desmayó de vergüenza en el altar. Una jóven de diez y seis años, hija de un encuadernador nombrado Loiselet entregada por su padre á la admiracion del pueblo, murió de desesperacion, arrancándose los adornos y las flores de su papel.

Las familias ocultaban la belleza de sus hijas ó de sus mugeres, para evitar los escándalos de aquellas adoraciones públicas.

## XXIII.

La devastacion de los santuarios, y la dispersion de las reliquias siguieron á la inauguracion del culto alegórico de Chaumette. En la plaza de Greve, lugar consagrado á los suplicios, quemaron los restos de Santa Geneveva, patrona popular de París, arrojando las cenizas al viento. Persiguéronse hasta en los sepuleros las tradiciones de la religion, así como se habían perseguido ya las memorias, el respeto y las supersticiones de la patria. Ni aun la tumba fué un asilo inviolable para los restos de los reyes. Un decreto de la Convencion había ordenado en odio al trono, la destruccion de los sepuleros de San Dionisio. La municipalidad, exagerando la medida política, cambió el decreto en atentado contra el sepulcro, contra

la historia y contra la humanidad, ordenando la exhumación de los huesos, la espoliación de las mortajas, y la fundición de las cajas de plomo para hacer balas.

Esta orden fué ejecutada por los individuos de la municipalidad, con todas las circunstancias y con toda la irrisión mas á propósito para aumentar el horror de semejante acto. Aquel pueblo enconado contra aquellos sepulcros, parecía exhumar su propia historia y arrojarla al viento. El hacha rompió las puertas de bronce que había regalado Carlo-Magno á la basílica de San Dionisio. Verjas, artesonados, estatuas, todo cayó hecho pedazos por el martillo. Levantaron las piedras, violaron los sepulcros y deshicieron las urnas. Con una curiosidad burlesca registraron los cuerpos embalsamados, las carnes consumidas, los huesos calcinados y los cráneos de los reyes, de las reinas, de los príncipes, de los ministros, y de los obispos, cuyo nombre resuena en los fastos de la Francia. Pepin, fundador de la dinastía carlovingia, y padre de Carlo-Magno, no era mas que un montón de ceniza negraza que se disipó en cuanto la dió el aire. Las cabezas mutiladas de Turena, de Duguesclin, de Luis XII, de Francisco I, rodaron por el suelo. Se andaba sobre un montón de cetros, de coronas, de báculos y de atributos históricos ó religiosos. Abrióse una inmensa zanja cuyo interior estaba cubierto de cal viva, en uno de los cementerios interiores llamado de los Valois. Los perfumes exalaban sus aromas en los subterráneos para perfumar el aire. Despues de cada hachazo se oían las aclamaciones de los enterradores cuando descubrían los restos de un rey ó jugaban con sus huesos.

Debajo del coro estaban enterrados los príncipes y princesas de la primera raza y algunos de la tercera. Hugo Capeto, Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso. Les quitaron los restos de sus trages de seda y los arrojaron en una capa de cal.

Enrique IV que estaba embalsamado por el método

italiano, conservaba su fisonomía histórica. En su pecho se descubrían aun las dos heridas que le causaron la muerte. Su barba perfumada y en figura de abanico, como se ve en sus retratos, mostraba el cuidado que aquel rey voluptuoso tenia con su cara. Su memoria querida del pueblo le protegió por un momento de su profanación. La multitud desfiló en silencio por dos dias delante de aquel cadáver aun popular, puesto en el coro al pie del altar, y recibió despues de muerto el homenaje respetuoso de los mutiladores del trono. Pero Javogues, representante del pueblo, se indignó de aquella superscripción póstuma, y en pocas palabras se esforzó en demostrar al pueblo que aquel rey valiente y enamorado había sido mas seductor que servidor del pueblo. «Egaño, dijo Javogues, á Dios, á sus queridas y á su pueblo; que no engañe mas á la posteridad y á vuestra justicia!» y arrojaron el cadáver al foso comun.

Sus hijos y sus nietos, Luis XIII y Luis XIV, le siguieron. Luis XIII estaba hecho aun momia. Luis XIV era un montón de drogas aromáticas. En su muerte había desaparecido entre los perfumes, así como en vida entre su orgullo. También franqueó sus sepulturas el panteon de los Borbones. Las reinas, los delfines y las princesas, fueron arrancados de sus ataúdes, y sus huesos llevados á brazadas por los trabajadores y arrojados á la zanja. El último que sacaron fué Luis XV. La infección de su reinado parecía salir de su sepulcro. Se vieron obligados á quemar una porción de pólvora para disipar el olor melítico del cadáver de aquel príncipe cuyos escándalos habían envilecido el trono.

El panteon de los Valois estaba vacío. La justa ira del pueblo buseó allí á Luis XI. Este rey había mandado que lo enterrasén en uno de los santuarios de la Virgen, á quien tantas veces había invocado hasta para que le asistiese en sus crímenes.

El cuerpo de Turena, mutilado por una bala de ca-

ñon, fué respetado por el pueblo. Lo ocultaron á la inhumacion y se conservó nueve años en uno de los desvanes del gabinete de historia natural del jardín botánico, entre varios restos de animales disecados. El sepulcro militar de los Inválidos fué el sitio destinado despues á este héroe por mano de un soldado como él. Duguesclin, Suger y Vendome, héroes, abades y ministros de la monarquía, fueron arrojados sin distincion al foso que cubria aquellos recuerdos de gloria con los recuerdos de la esclavitud.

Dagoberto I, y su muger Nantilde, descansaban en un mismo sepulcro hacia doce siglos. Al esqueleto de Nantilde le faltaba la cabeza, así como á los de muchas reinas. El rey Juan cerró esta lúgubre procesion de muertos: los sepulcros estaban vacíos. Entonces se notó que faltaba un despojo, que era el de una joven princesa hija de Luis XV, que habia huido á un convento de los escándalos del trono, y que murió con el hábito de carmelita. La venganza de la revolucion fué á buscar el cuerpo de aquella virgen al sepulcro del claustro, á donde habia ido huyendo de las grandezas, y llevaron su féretro á San Dionisio para hacerle sufrir el sacrificio de la exhumacion y del muladar. Ningun despojo mortal se libró de esta suerte: nada de lo que habia sido real fué reputado inocente. Aquel instinto brutal de la revolucion revelaba en la Francia el deseo de repudiar su largo pasado, así como su voluntad de que todas las páginas de su historia datasen solo de la república.

## LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á París.—José L. bon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre (el joven) en Vesoul.

### I.

Paris no era el único teatro de devastacion y de horror. Los representantes de la Convencion y los agentes de la municipalidad lo llevaban por toda la superficie de la Francia. Carrier en Nantes se esforzó por esceder en número y ferocidad de asesinatos á los de Collot de Herbois en Lyon. Buscando en el martirologio de los primeros cristianos, y en las depravaciones del imperio romano suplicios que imitar y refinamientos de crueldad, inventaba torturas y obscenidades para saciar la sed de sangre que le atormentaba. La Convencion no fijaba la vista en estos excesos. Nantes era un campo de carnicería en donde todo era permitido como en el furor de un combate. El paso del Loira por los vendeanos, la insurreccion de los nobles, de los sacerdotes y de los labra-

ñon, fué respetado por el pueblo. Lo ocultaron á la inhumacion y se conservó nueve años en uno de los desvanes del gabinete de historia natural del jardín botánico, entre varios restos de animales disecados. El sepulcro militar de los Inválidos fué el sitio destinado despues á este héroe por mano de un soldado como él. Duguesclin, Suger y Vendome, héroes, abades y ministros de la monarquía, fueron arrojados sin distincion al foso que cubria aquellos recuerdos de gloria con los recuerdos de la esclavitud.

Dagoberto I, y su muger Nantilde, descansaban en un mismo sepulcro hacia doce siglos. Al esqueleto de Nantilde le faltaba la cabeza, así como á los de muchas reinas. El rey Juan cerró esta lúgubre procesion de muertos: los sepulcros estaban vacíos. Entonces se notó que faltaba un despojo, que era el de una joven princesa hija de Luis XV, que habia huido á un convento de los escándalos del trono, y que murió con el hábito de carmelita. La venganza de la revolucion fué á buscar el cuerpo de aquella virgen al sepulcro del claustro, á donde habia ido huyendo de las grandezas, y llevaron su féretro á San Dionisio para hacerle sufrir el sacrificio de la exhumacion y del muladar. Ningun despojo mortal se libró de esta suerte: nada de lo que habia sido real fué reputado inocente. Aquel instinto brutal de la revolucion revelaba en la Francia el deseo de repudiar su largo pasado, así como su voluntad de que todas las páginas de su historia datasen solo de la república.

## LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á París.—José L. bon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre (el joven) en Vesoul.

### I.

Paris no era el único teatro de devastacion y de horror. Los representantes de la Convencion y los agentes de la municipalidad lo llevaban por toda la superficie de la Francia. Carrier en Nantes se esforzó por esceder en número y ferocidad de asesinatos á los de Collot de Herbois en Lyon. Buscando en el martirologio de los primeros cristianos, y en las depravaciones del imperio romano suplicios que imitar y refinamientos de crueldad, inventaba torturas y obscenidades para saciar la sed de sangre que le atormentaba. La Convencion no fijaba la vista en estos excesos. Nantes era un campo de carnicería en donde todo era permitido como en el furor de un combate. El paso del Loira por los vendeanos, la insurreccion de los nobles, de los sacerdotes y de los labra-

dores, y la pretendida complicidad de los habitantes de Nantes en estos sucesos habian dado á Carrier un pueblo entero que llevar al suplicio.

Aquel hombre no tenia opinion, sino un instinto depravado: no conocia mas ideas que el furor. El asesinato era su única filosofia, y la sangre su única sensualidad. En todas las épocas de la historia ha habido de estos hombres carnívoros, tanto en el trono como en el pueblo, y aun en el altar. Poco les importan las cosas porque matan, con tal que maten. El crimen tiene una parte en todas las grandes comuniones humanas, y estos son los representantes del crimen de todos los partidos. Carrier era natural de las montañas de la Auvernia, en donde los hombres son fuertes, duros y ásperos, como su clima. Poblacion que está aislada en medio de la Francia por sus razas y por sus costumbres, que parece tener en sus fibras alguna parte del fuego y del hierro de sus minas y de sus volcanes. Nacido Carrier en una aldea y llevado despues á Aurillac al estudio de un abogado, se avezó á la práctica de las trampas mezquinas que estinguen los sentimientos del corazon, y de los hombres de foro, convirtiéndose muy pronto el nuevo curial en declamador y agitador de su pais: por la energía de sus conversaciones y por la ferocidad de su alma lo escogieron para enviarlo á la Convencion, creyendo ver en él un soldado invencible de la revolucion, cuando no era mas que un verdugo. Entonces tenia mas de cuarenta años. Sin talento para la tribuna, sus discursos no eran sino vociferaciones. Las medidas mas estremadas, y entre otras el establecimiento del tribunal revolucionario, le habian merecido algunos aplausos. La Montaña lo habia creído á propósito para establecer el terror en las provincias sublevadas, y lo habian mandado á Nantes para animar al ejército republicano con su patriotismo. Era cobarde en el combate y cruel en la venganza. Despues de la derrota del ejército realista habia establecido en Nantes, no

su tribunal, sino su carniceria. Mas de ocho mil victimas habian sido ya fusiladas en los depósitos de prisioneros, enfermos, las mugeres y niños que el ejército fugitivo dejaba rezagados. Esto era poco para Carrier. Se presentó con sable en mano á la sociedad popular de Nantes, arengó al club, reprendió su lentitud, les señaló á los negociantes y á los ricos como la peor especie de aristócratas, y les pidió quinientas cabezas de ciudadanos. Escribió ademas al general Haxo que la idea de la Convencion era despoblar é incendiar el pais. Formó con el título de compania de Marat una banda de asesinos, á quienes se daban diez francos diarios, con el doble objeto de que fuesen los guardias de su persona y los ejecutores de sus órdenes, encerrándose como Tiberio en Caprea, en una casa de campo de uno de los arrabales de Nantes, haciéndose inaccesible para aumentar el espanto con el misterio, sin dejar que nadie se le acercase sino sus siervos. Escogió entre los hombres mas abyectos y mas miserables de la bez de Nantes, los miembros de la comision revolucionaria y de la comision militar encargada de legalizar sus maldades con una apariencia de juicio. Impacientándose por los escrúpulos de aquellos hombres, los injuriaba, los amenazaba con el sable, los heria, los despedia, volvía á admitirlos á su servicio y á despacharlos nuevamente, concluyendo por matar sin otra formalidad que su palabra y su accion. Un tal Lambertye, á quien nombró su ayudante general, era su instrumento. Lambertye llevaba sus órdenes á la comision militar, mandaba las tropas, admitía á los verdugos, ejecutaba los asesinatos en masa y heredaba los despojos de las victimas. No contento con haber hecho fusilar sin juicio, hasta ochenta victimas á la vez, Carrier dió orden al presidente de la comision militar para que entregase las cárceles y los depósitos á Lambertye para que ejecutase allí sin forma de proceso sus asesinatos internos. La compania de Marat y los destacamentos

de tropas de la guarnicion de Nantes, dirigidas por Lambertye, vaciaban las cárceles, en tanto que los agentes civiles del próconsul las llenaban de nuevo con sus delaciones.

## II.

La ciudad y el departamento se dividian únicamente en asesinos y victimas. El pillage servia de incentivo al asesinato, y este absolvía al pillage. Habia cesado todo movimiento de vida. El comercio estaba suprimido, los negociantes encarcelados y los propietarios secuestrados. La residencia allí, era un continuo peligro, la huida un crimen, la riqueza un motivo de denuncia. Todos los principales ciudadanos, fuesen republicanos ó realistas, estaban aglomerados en los calabozos. Los podencos de Carrier y los satélites de Lambertye traian a cientos los sospechosos de las poblaciones y de los campos vecinos, á los depositos de Nantes. Uno solo de estos contenia mil y quinientas mugeres y niños, sin camas, sin paja, sin fuego y sin abrigo, sumidos en la infeccion y sin comer algunas veces en dos dias. No se desocupaban aquellos sumideros humanos sino para los fusilamientos. Los ciudadanos no rescataban su vida sino á costa de sus riquezas, y las mugeres por medio de su prostitucion. Las que se negaban á estas infames complacencias eran enviadas al suplicio aunque estuviesen embarazadas. Un gran número de mugerés vendeanas que habian seguido á sus maridos al otro lado del Loira, y que habian sido presas en el campo, fueron fusiladas con el hijo que iban á dar á luz. Los verdugos llamaban á esto, herir el realismo en su gérmen.

Selecciones sacerdotes sufrieron el martirio, los unos por su fé, los otros por su opinion y todos por su trage.

Los simulacros de juicio eran demasiado lentos y demasiado multiplicados á los ojos de Carrier. Habia el riesgo de que estos gustasen la complacencia ó moviesen á compasion aun á la misma comision militar. Este tribunal, empezaba ya á murmurar de su propio servilismo. Carrier llamó á su casa á los miembros sospechosos de la comision, los llenó de insultos, blandió el sable á su vista y les exigió las cabezas pedidas ó las suyas. Los verdugos temblaban y se indignaban en secreto contra él, que conociendo que el instrumento de sus asesinatos se iba gastando, inventó otro nuevo.

El parricida Neron, ahogando á Agripina en una galera sumergida, para imputar este crimen al mar, sugirió á uno de los seides de Carrier, una idea que éste adoptó como una providencia del erimen. La muerte á hierro y á fuego metia ruido, derramaba sangre y dejaba cadáveres que enterrar y que contar. Las aguas silenciosas del Loira eran mudas, y no contando nada, solo el fondo del mar sabia el número de las victimas. Carrier hizo venir unos marineros tan implacables como él, á quienes mandó, sin hacer gran misterio de ello, que abriesen cierto número de barcas, de suerte, que quando les acomodase pudiesen echar al agua, levantando unas trampas, las victimas de que fuesen cargadas.

El pretesto para poder llevar á cabo este diabólico plan, consistía en la necesidad de trasportar los presos de un depósito á otro.

Uno de aquellos marineros le pidió la orden por escrito: «¿No soy representante? le respondió Carrier. ¿No debes ejecutar con confianza los trabajos que yo te mando? Fuera tanto misterio, añadió: es necesario que arrojes al agua á esos cincuenta clérigos que tenemos presos, cuando estés en medio de la corriente.»

Estas órdenes se ejecutaron en un principio secretamente y bajo el colorido de ser por accidentes de navegación: pero bien pronto aquellas ejecuciones de nuevo género, de que las aguas del Loira daban testimonio hasta desembocar en el mar, se convirtieron en un espectáculo para Carrier y para sus aduladores. Compró un barco de lujo que regaló á Lambertye su cómplice, só pretexto de que vigilase las orillas del río. Este barco adornoado con toda delicadeza en sus muebles, provisto de todos los vinos y de todo lo necesario para los festines, se convirtió en el teatro habitual de sus ejecuciones. Carrier se embarcaba alguna vez en él, con sus sicarios y sus cortesanas para dar paseos por el río. Mientras que se entregaba en la cubierta á los goces del vino y del amor, las víctimas encerradas en la quilla veían á una señal dada abrirse las válvulas quedando sumergidas en las aguas del Loira. Un gemido ronco anunciaba á la tripulación que centenas de vidas acababan de exhalar-se bajo sus pies: pero se continuaban las orgías sobre aquel sepulcro flotante.

Algunas veces, Carrier, Lambertye y sus cómplices, con refinamiento de cruel voluptuosidad, gozaban del espectáculo de la agonía. Hacían subir sobre cubierta parejas de víctimas de distinto sexo. Se les despojaba de sus vestidos y los ataban dando frente uno á otro; un sacerdote con una feligiosa, ó un jóven con una muchacha; se les suspendía desnudos como estaban y entrelazados por una cuerda que les pasaba por bajo de los sobacos, á una polea del buque gozándose con horrorosas sarcasmos, en aquella parodia del matrimonio en la muerte, precipitándolos por fin en el río. A esto se le daba el nombre de *casamientos republicanos*.

Muchos meses duraron en Nantes estos suplicios en el río. Poblaciones enteras perecieron en su totalidad en aquellas ejecuciones militares cuyos mismos autores y ejecutores relatan del modo siguiente aquellas carnicerías: «Hemos visto á los voluntarios, obedeciendo las órdenes de sus gefe, tirarse los niños de mano en mano, hacerles volar de bayoneta en bayoneta, incendiar las casas, abrir el vientre á las mugeres embarazadas y quemar vivos á los niños de catorce años.» Estos degüellos no satisfacian aun á Carrier. La demencia estraviaba su razon, sus palabras y sus maneras; pero esta demencia era toda sanguinaria. Los nanteses, testigos y víctimas de aquellos furores, veían muda á la Convencion y no se atrevían á acusar la locura de unos actos, que los satélites del prócónsul llamaban patriotismo. La murmuracion mas insignificante se miraba como un crimen. Habiendo sabido Carrier que se habian dirigido varias denuncias secretas á la comision de salud pública, hizo prender á doscientos de los principales negociantes de Nantes y sumirlos en los calabozos. Despues los envió atados de dos en dos á París. Un jóven empleado de instruccion pública, hijo de un representante llamado Julian, fué enviado á Nantes por Robespierre, para aclarar los crímenes de Carrier. Este jóven puso en conocimiento de su mandatario los excesos de Carrier, diciéndole que deshonoraban hasta al mismo terror. Carrier fué llamado, pero la Montaña no se atrevió á desaprobar sus excesos, ni á castigarlos. Una de las cobardías justamente imputadas á Robespierre, fué la de dejar impune á Carrier. No vengar la inhumanidad de aquellos atentados era declararse ó muy débiles para castigarlos ó suficientemente cómplices en ellos para aceptarlos.

José Lebon, diezmaba en Arras y en Cambrai á los departamentos del Norte y del Paso de Calais. Aquel hombre fué un ejemplo del vértigo que se apodera de las cabezas débiles en las grandes oscilaciones de la opinion. Los tiempos tienen sus crímenes como los hombres. La sangre es contagiosa como el aire. La fiebre de las revoluciones tiene sus delirios. Lebon comprobó y manifestó todo su acceso en las cortas fases de una vida de treinta años. En tiempo tranquilo hubiera dejado fama de hombre de bien, pero en días aciagos dejó el renombre de un exterminador sin piedad.

Lebon nació en Arras, y por consiguiente era compatriota de Robespierre. Había entrado en la orden del Oratorio, semillero de los hombres que se destinaban á la enseñanza pública. Cansado de la austeridad de esta orden, fué despues cura de Vernois, pueblo inmediato á Beaune, al principio de la revolucion. Su piedad, sus costumbres, su alma sensible á las miserias humanas, hacían de Lebon en aquella época el modelo de los pastores. Las doctrinas filantrópicas de la revolucion, se confundían en su corazón con el espíritu de libertad, de igualdad y de caridad del cristianismo; creyó ver al siglo encendiendo la antorcha de las verdades políticas en las llamas de la fé divina. Se apasionó celoso y lleno de esperanzas por aquella religion del pueblo que le parecia semejante á la religion de Jesucristo. Su fé misma le hizo ir contra la fé. Se separó de Roma para unirse á la iglesia constitucional. Cuando la filosofia repudió aquella iglesia cismática, Lebon la repudió á su vez, casándose. Volvióse entonces á su patria. Las prendas que había dado á la revolucion lo hicieron elevar á los empleos pú-

blicos, y el ascendiente de Robespierre y de Saint-Just, en Arras, lo llevaron á la Convencion. La comision de salud pública no creyó poder confiar á un hombre mas seguro, la mision de vigilar y cortar las tramas contrarrevolucionarias de aquellos departamentos inmediatos á la frontera, dominados por los sacerdotes y trabajados por la conspiracion de Dumouriez. Lebon se mostró desde luego indulgente, paciente y justo. Empleó su poder en cempimir sin herirlos á los enemigos de la revolucion y á los sospechosos. Denunciado por los jacobinos á causa de su moderacion, la comision de salud pública lo llamó á París para reprenderle por su tibieza.

Sea que el tono de aquella repension hubiese hecho penetrar en el alma de Lebon el terror que le ordenaban desplegar en Arras, sea que el fuego del furor civico hubiese prendido en él, ello es, que volvió al Norte enteramente cambiado. Todas las cárceles se llenaron á su vez. Nombró jueces y jurados á los mas feroces republicanos de los clubs. Mandó abrir juicios y paseó la guillotina de pueblo en pueblo, honrando al verdugo como si fuese el primer magistrado de la libertad, y haciéndole sentar á su mesa como para rehabilitar la muerte. Nobles, sacerdotes, parientes de emigrados, artesanos, labradores, criados, mugeres, ancianos, niños que aun no tenían la edad del crimen, y estrangeros que no sabían leer las leyes de la patria, todo lo confundió en los decretos que dictaba á sus sicarios vigilando por si mismo la ejecucion.

La sangre de que había tenido horror en un principio se convirtió en agua á sus ojos. Asistía desde un balcón enfrente de la guillotina á los suplicios de los sentenciados, esforzándose en acostumbrar á su muger á que presenciase la muerte de los enemigos del pueblo. Parecía arrepentirse de su antigua humanidad, como de un delito. El único crimen á sus ojos era la indulgencia con los contra-revolucionarios, y sobre todo, con los sacerdotes compañeros de su primitiva fé. Hacia su entrada triunfal

en las poblaciones, precedido del instrumento del suplicio y acompañado de los jueces, de los delatores y de los verdugos. Insultaba y destituía á las autoridades reemplazándolas con los mas viles denunciadores, é hizo inscribir las siguientes palabras en la puerta de su habitación: «Los que entren aquí para solicitar la libertad de los presos, no saldrán sino para ocupar su lugar.» Despojaba á los sospechosos de sus bienes, á las mugeres sentenciadas de sus joyas, confiscando aquellos legados del suplicio en provecho de la república. Arrojava de las sociedades populares á las mugeres á quienes su pudor impedía tomar parte en los bailes patrióticos, mandados bajo pena de prisión, y las esponía en un tablado á los insultos y á los silbidos del pueblo; presentando en aquella silla de infamia, entre otras, á una jóven de diez y siete años, prima suya, porque se habia negado á bailar en los coros cívicos, insultándola por sí mismo y amenazándola con hacerla espiar su repugnancia en un calabozo. Registraba y golpeaba con su propia mano á las jóvenes y á las mugeres que leían libros aristocráticos. Hizo sentenciar y guillotinar familias enteras, cortando veinte cabezas á la vez y proseguir la venganza hasta mas allá del suplicio.

El marqués de Vielfort, arrancado de su casa por haberle encontrado una carta de un sobrino emigrado estaba ya en el cadalso. Lebon recibió un impreso de la comision de salud pública que le anunciaba una victoria de las tropas de la república, y ordenó al verdugo que suspendiese la cuchilla. Se asomó al balcón y leyó al pueblo y al sentenciado el boletín triunfal para añadir al suplicio del anciano el martirio del dolor por las victorias de la república.

Otra vez renovó esta bárbara prolongacion de tormentos en dos jóvenes inglesas que iban á ser guillotinas á su vista. Dirigió un largo discurso al pueblo, y apostrofando á las dos victimas: «Es necesario, les dijo,

que las aristócratas como vosotras oigan en sus últimos momentos el triunfo de nuestros ejércitos.» Una de las sentenciadas llamada madama Plunket, se volvió indignada hácia Lebon: «Monstruo, le dijo, crees hacernos con eso mas amarga la muerte, pero te engañas: aunque mugeres, moriremos animosamente, pero tú morirás como un cobarde.»

Lebon temblaba aun, creyendo que no hacia lo bastante para llevar las miras de la Convencion. «¡Dulzura de la amistad! exclamaba tratando de justificarse á sí mismo por aquellas atrocidades, ¡sentimientos deliciosos de la naturaleza! ¡Espectáculo encantador de una familia naciente bajo los auspicios del amor mas tierno y de la union mas perfecta! ¡Yo os aplazo para la época de la paz! El deber, el odioso deber, el inflexible deber, hé aqui lo que tengo presente sin cesar. ¡Oh muger, oh hijos míos! ¡Yo estoy perdido si la república perece, y me espongo aunque ella triunfe á mil resentimientos particulares!» En aquella perplegidad, escribía á la comision de salud pública y esta le respondia: «Continuad en vuestra actitud revolucionaria. Vuestros poderes son ilimitados. Tomad en vuestra energia todas las medidas dictadas por la salud de la causa pública. La amnistia es un crimen. Las maldades cometidas contra una república solo se espian con la cuchilla. Sacudid el hacha y la tea sobre los traidores. Marchad siempre adelante, ciudadano colega, en la línea que describís con energia. La comision aplaude vuestros trabajos.»

## V.

En el Mediodía, el procónsul Maignet, natural como Carrier de las montañas de Auvernia, cedia á la corriente sanguinaria de los asesinos de Aviñon. Incendió por órden

de la comision de salud pública, la pequeña ciudad de Bedouin, que se le habia señalado como un foco de realismo, despues de haber espulsado á los habitantes. Provocó asimismo la creacion de una comision popular en Orange, para depurar el Mediodia. Diez mil victimas cayeron en poco tiempo mas bien por venganzas personales que por orden de la república. En aquel clima de fuego todas las ideas son pasiones y todas las pasiones crímenes. Maignet escribiendo á su colega Couthon, mezclaba detalles familiares y domésticos á los cuadros siniestros en que le pintaba su mision, en el departamento de Vaucluse: «Tengo mas de quince mil ciudadanos en las cárceles, le decia, sería necesario pasar una revista á fin de escoger á todos los que deben pagar sus crímenes con la cabeza, y como esta eleccion no puede hacerse sino por medio de un juicio, sería preciso mandarlos todos á París. Ya ves los peligros, los gastos y la imposibilidad de semejante viage. Por otra parte, es menester espantar, y el golpe no será verdaderamente imponente, si no se dá á la vista de los que han vivido con los culpables.... Tu azúcar, tu café y tu aceite, añade en seguida, están en camino. Saluda en mi nombre á tu muger y dá un beso á tu pequeño Hipólito.»

## VI.

La sangre parecia mas roja puesta en contraste con aquella sensibilidad de familia, y con aquellos pormenores domésticos. El sistema que servian aquellos hombres les habia degradado, hasta la impasibilidad. Los crímenes apresuraban las reacciones en aquellos departamentos. Realistas, moderados y patriotas, todos se servian de las mismas armas. Las opiniones se convertian para todos en odios personales y en asesinatos. Algunos hombres

enmascarados se introdujeron en la casa de campo de uno de los principales republicanos de Avinion, ataron á sus criados, á su muger y á sus hijas, lo llevaron á la bodega y lo fusilaron delante del mas pequeño de sus hijos, al cual le obligaron á tener la luz en la mano y alumbrarles para cometer esta maldad. Maignet se aprovechó de esta ocasion para encarcelar á todos los parientes de los emigrados y á todas las mugeres sospechosas de tener relaciones con los proscritos. Comprimido el Mediodia por una colonia de montañeses y por la comision revolucionaria de Orange, no se atrevia á respirar bajo el dominio de la Convencion.

En Burdeos habian ya rodado setecientas cincuenta cabezas de federalistas, bajo el hierro de la guillotina. El triunvirato de Isabeau, de Baudot y de Tallien, pacificaba la Gironda. Isabeau, antiguo sacerdote del Oratorio, como Fauché era hombre de vigor y no de carniceria; Baudot, diputado por Saone y Loire, llevaba el calor republicano hasta el delirio, pero no hasta la crueldad; Tallien, joven de buena presencia, envanecido por su credito y orgulloso con la amistad de Danton, tan pronto terrible como indulgente, hacia esperar la vengauza á los unos y la piedad á los otros. Tallien tenia el presentimiento de los grandes destinos. Gobernaba en Burdeos como soberano de una provincia conquistada, mas bien que como delegado de una democracia popular, queriendo hacerse temer y adorar á la vez, como hijo de un padre criado en la domesticidad de una familia ilustre y educado el mismo á espensas de esta familia. Tallien llevó á la república el gusto, la elegancia, el orgullo y tambien la corrupcion de la aristocracia.

En los momentos en que Tallien llegaba á Burdeos, una jóven española de una brillante belleza, de un alma tierna y de una imaginacion apasionada, se encontraba detenida en su camino para España por la prision de su marido. Entonces se llamaba madama Fontenay y era hija del conde de Cabarrús. El conde de Cabarrús francés de origen y establecido en España, habia ascendido por su instruccion en hacienda á los más altos empleos de la monarquía en el reinado de Carlos III. Su hija apenas tenia quince años, y habia nacido en Madrid de una valenciana que Cabarrús habia seducido; el fuego del Mediodía, la languidez del Norte, la gracia de la Francia reunidas en su persona, la convertian en la estatua animada de la belleza de todos los climas. Era una de aquellas mugeres cuyos encantos son un poder y de los que la naturaleza se sirve como con Cleopatra ó Teodora, para avasallar á los que avasallan al mundo y para tiranizar el alma de los tiranos. La persecucion que su padre habia sufrido en Madrid, por premio de sus servicios, habian enseñado desde la infancia á la jóven española á detestar el despotismo y adorar la libertad. Francesa de origen, lo era de corazon por patriotismo. La república la parecia como la Némesis de los reyes, la Providencia de los pueblos y la restauracion de la naturaleza y de la verdad.

En los teatros, en las paradas, en las sociedades populares, en las fiestas y en las ceremonias republicanas, el pueblo de Burdeos la veia manifestar su entusiasmo con su presencia, con su traje y con sus aplausos. Creia ver en ella el genio femenino de la república.

Pero Mad. de Fontenay tenia horror á la sangre, no resistia á una lágrima, y creia que la generosidad era la escusa del poder. La necesidad de conquistar mayor popularidad para convertirla en favor de la misericordia la hizo comparecer algunas veces en los clubs y á tomar la palabra. Vestida de amazona y con el cabello cubierto con un sombrero con penacho tricolor, pronunció muchos discursos republicanos. La embriaguez del pueblo se asemejaba mucho al amor.

El nombre de Tallien hacia temblar entonces á Burdeos. Se hablaba del representante del pueblo como de un hombre implacable. Mad. Fontenay se reconocia bastante animosa para desafiarle, y harto seductora para enternecerle. Perseguida por la imagen de las mugeres antiguas que habian domado á los perseguidores para arrancarlos las victimas, concibió un vivo deseo de imitarlas. La ambicion de dominar á uno de los hombres que dominaban en aquel momento á la república, la embriago.

A la primera mirada conquistó al representante Tallien; ante quien se arrastró como todo el mundo se arrastraba. Muy pronto ocupó en su alma el lugar que hasta entonces habia ocupado la república, no deseando ya el poder sino para compartirle con ella, la grandeza para elevarla á la par de él, y la gloria para que recayese sobre ella toda. Como todos los hombres cuyas pasiones llegan hasta el delirio, se envaneció de aquella debilidad, gozando en la publicidad de sus amores, haciendo gala de ellos con orgullo delante del pueblo, y con insolencia delante de sus colegas. Mientras que las cárceles rebosaban en presos, mientras que los emisarios de los representantes cercaban á los sospechosos en los campos, mientras la sangre corria á torrentes en el cadalso, Tallien, ébrio de pasion por doña Teresa, la paseaba en lujosos carruages por los parages más públicos de Burdeos. Revestida con los lijeros ropages de las estatuas griegas, que dejaban ver la belleza de sus formas, con

una pica en una mano y apoyada con la otra con gracia en el hombro del proconsul, *doña Teresa* tenia toda la actitud de la diosa de la libertad.

Pero ella gozaba mas con ser en secreto la divinidad del perdón. Aquella muger tenia en su mano el corazón del que disponia de vidas y haciendas, y era mirada y adorada como la Providencia de los perseguidos. Muy en breve no subieron ya al cadalso sino aquellos hombres señalados por la comision de salud pública como sospechosos á la república. Los jueces seguian el ejemplo del representante. El amor de una muger trasformó el terror, y Burdeos olvidó sus setecientas victimas. El carácter entusiasta de los bordeleses se sonreia ante el proconsulado de Tallien. Robespierre desconfiaba de él, pero no insistió en llamarle á París, porque preferia ver al sátrapa en Burdeos, á ver al conspirador en la Convencion. Aquel hombre hablaba siempre con desprecio de Tallien. «Estos hombres, decía, no son buenos sino para reproducir los vicios. Inoculan en el pueblo las malas costumbres de la aristocracia, pero paciencia; ya libertaremos al pueblo de sus corruptores, así como le hemos libertado de sus tiranos.»

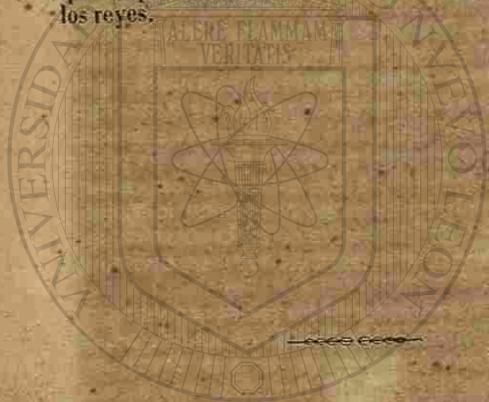
## VIII.

Robespierre no perdía de vista á aquellos proconsules. A la vuelta de Fouché de su comision en el Mediodia prorumpió en reprensiones contra las crueldades del convencional. «Gree, decía hablando de Fouché, que la cuchilla de la república es un cetro, y que no se volverá contra los que lo tienen.» Fouché hizo inútiles esfuerzos para unirse con Robespierre. Este envió á su hermano en comision á Vesoul y á Besançon. Aquel jóven no se sirvió de la omnipotencia que le daba su nombre

sino para moderar á sus colegas, disminuir los suplicios y abrir las cárceles. Despues de un discurso muy humano que pronunció en la sociedad popular de Vesoul, puso en libertad á ochenta presos. Aquella indulgencia no tardó en escandalizar á su colega Bernard de Saintes. El jóven representante siguió no obstante su mision de clemencia. El presidente del club de Besançon, que era noble de nacimiento, le hablaba en una sesion del esplendor de su familia llamada á los mas altos destinos. «Los servicios que mi hermano ha prestado á la revolucion, respondió el jóven Robespierre, son personales, y el amor del pueblo ha sido su recompensa. No tengo nada que reivindicar para mí.... Tú hablas ahora el lenguaje de la aristocracia. Aquel tiempo ha pasado. No presidas tú esta sociedad; tú que has nacido de una sangre aristocrática y que cuentas un hermano entre los traidores de la patria. Si el nombre de mi hermano me diese aquí un privilegio, el nombre del tuyo te enviaria al cadalso.»

Rodeado de los parientes de los presos que le representaban las injusticias y las tiranias de sus colegas, pero sin poderes fuera de los límites del Alto Saona, Robespierre el jóven, les prometió llevar sus quejas á la Convencion. «Yo volveré aquí con el ramo de olivo, ó moriré por vosotros, les dijo, porque voy á defender á la vez mi cabeza y la de vuestros parientes.» Aquel jóven exaltado recibia con el respeto de un hijo los oráculos y las confidencias de su hermano. Fanático por los principios de la revolucion, pero avergonzándose de sus rigores y repugnándole los crímenes, llevaba en sus facciones el sello debilitado del carácter de su hermano mayor. Su elocuencia era monotona, fria, sin calor y sin imágenes. Se veia que tomaba sus inspiraciones mas bien en un sistema que en sus sentimientos. Cierta tintura mistica se esparcia por su exterior y se traslucia en sus palabras. Iba acompañado en sus misiones, y hasta en

las sociedades populares, de una joven que pasaba por su querida, y que sus confidentes decían que estaba dotada de un don de inspiración y de profecía. Los republicanos, cansados del ateísmo, pensaban ya en el fondo de sus corazones, en transformar el principio democrático en religión, y en divinizar á la libertad con mas derecho que el que habia tenido la edad media para divinizar á los reyes.

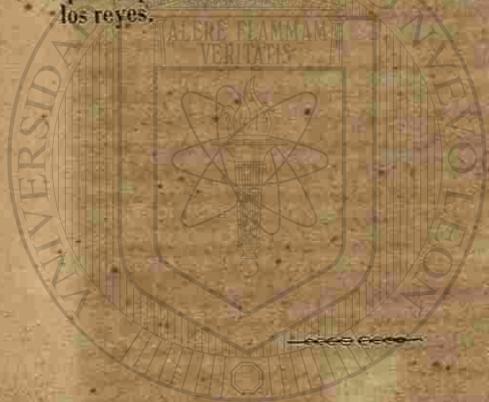


## LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Saint-Just y Lebas comisionados de la Convención en los ejércitos. — Saint-Just reprime el terror en Estrasburgo — Carta íntima de Lebas. — El poder de Robespierre equilibrado por Danton. — Chaumette y Hebert — *El Padre Duchesne*. — Club de mugeres. — Las calceteras de Robespierre — *La sociedad fraternal*. — *La sociedad revolucionaria*. — Rosa Lacombe. — El club de las mugeres se cierra por orden de la Convención. — Facción de Hebert. — *El Padre Duchesne* y *El Viejo franciscano*. — Camilo Desmoulins. — Origen de *El Viejo franciscano*. — Robespierre defiende la libertad religiosa en los Jacobinos. — Depuración de los Jacobinos. — Danton da cuenta de su proceder. — Robespierre le defiende protegiéndolo. — Ataca á Anacharsis Klootz. — Escusa á Camilo Desmoulins. — Informe de Robespierre en la Convención. — Danton adivinado por Robespierre. — Fragmento de *El Viejo franciscano*. — Tentativa de union entre Hebert y Robespierre. — Proposición rechazada de un triunvirato. — Política de la comision de salud pública. — Danton se engaña. — Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convención. — Tentativa de insurrección de Hebert. — Aborto. — Informe de Saint-Just á la Convención. — Prisión de Hebert y sus cómplices. — Son sentenciados á muerte. — Prisión de los amigos de Danton.

Durante los primeros meses del año de 1794, Saint-Just y Lebas, unas veces unidos y otras separados, pero confidentes íntimos de Robespierre, corrían desde el ejército del Norte al del Rhin, de Lila á Estrasburgo, para reorganizar los ejércitos, vigilar á los generales y avivar ó moderar el espíritu público en los departamentos ame-<sup>®</sup>

las sociedades populares, de una joven que pasaba por su querida, y que sus confidentes decían que estaba dotada de un don de inspiración y de profecía. Los republicanos, cansados del ateísmo, pensaban ya en el fondo de sus corazones, en transformar el principio democrático en religión, y en divinizar á la libertad con mas derecho que el que habia tenido la edad media para divinizar á los reyes.



## LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Saint-Just y Lebas comisionados de la Convención en los ejércitos. — Saint-Just reprime el terror en Estrasburgo — Carta íntima de Lebas. — El poder de Robespierre equilibrado por Danton. — Chaumette y Hebert — *El Padre Duchesne*. — Club de mugeres. — Las calceteras de Robespierre — *La sociedad fraternal*. — *La sociedad revolucionaria*. — Rosa Lacombe. — El club de las mugeres se cierra por orden de la Convención. — Facción de Hebert. — *El Padre Duchesne* y *El Viejo franciscano*. — Camilo Desmoulins. — Origen de *El Viejo franciscano*. — Robespierre defiende la libertad religiosa en los Jacobinos. — Depuración de los Jacobinos. — Danton da cuenta de su proceder. — Robespierre le defiende protegiéndolo. — Ataca á Anácharsis Klootz. — Escusa á Camilo Desmoulins. — Informe de Robespierre en la Convención. — Danton adivinado por Robespierre. — Fragmento de *El Viejo franciscano*. — Tentativa de union entre Hebert y Robespierre. — Proposición rechazada de un triunvirato. — Política de la comision de salud pública. — Danton se engaña. — Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convención. — Tentativa de insurrección de Hebert. — Aborto. — Informe de Saint-Just á la Convención. — Prisión de Hebert y sus cómplices. — Son sentenciados á muerte. — Prisión de los amigos de Danton.

1.  
Durante los primeros meses del año de 1794, Saint-Just y Lebas, unas veces unidos y otras separados, pero confidentes íntimos de Robespierre, corrían desde el ejército del Norte al del Rhin, de Lila á Estrasburgo, para reorganizar los ejércitos, vigilar á los generales y avivar ó moderar el espíritu público en los departamentos ame-

nazados. Saint-Just no tan solo llevaba á los tribunales el nervio de una voluntad inflexible, sino que llevaba al campo de batalla el ánimo de su juventud y el ejemplo de una intrepidez que asombraba al soldado. El no prodigaba menos su sangre que su concepto. «Saint-Just decía su colega Baudot á su vuelta de los ejércitos, ceñido con la faja de representante y adornado el sombrero con el penacho tricolor, carga á la cabeza de los escuadrones republicanos y se arroja al combate en medio de la metralla y del arma blanca con la confianza y el entusiasmo de un húsar.»

El joven representante tuvo muchos caballos muertos debajo de sí. No prescindía de su belico entusiasmo, sino para entregarse á los asiduos trabajos del organizador, no permitiéndose ninguna distraccion de las que su juventud podía ambicionar, pareciendo no conocer otro placer que el triunfo de su causa. Este proconsul de veinte y cuatro años, dueño de la vida de miles de ciudadanos y de la fortuna de tantas familias, que veía á sus pies á las mugeres y á las hijas de los presos, mostraba la austeridad de Escipion. Las cartas que escribía desde el campamento á la hermana de Lebas respiran el mas casto afecto. Terrible en el combate, desapiadado en el consejo, respetaba interiormente á la revolucion como á un dogma del cual no le era permitido sacrificar nada á los sentimientos humanos. Igualmente implacable con los que manchaban la república, que con los que la hacian traicion, envió á la guillotina al presidente del tribunal revolucionario de Estrasburgo, que habia imitado é igualado en la Alsacia las atrocidades de Lebon. La mision de Saint-Just en Estrasburgo salvó millares de cabezas. Disgustado del terror, al contemplarlo de cerca escribía á Robespierre: «El uso del terror ha estragado el erimen, asi como los licores fuertes estragan el paladar. Sin duda aun no es tiempo de hacer el bien; el bien particular que se hace no es mas que un paliativo. Es menester esperar un

mal general bastante grande para que las opiniones experimenten una reaccion. La revolucion debe detenerse en la perfeccion de la dicha y de la libertad pública por las leyes. Sus convulsiones no tienen otro objeto y deben derrihar á todo lo que se les oponga.—Se habla de altura de la revolucion (escribia en otra parte de sus Meditaciones intimas) ¿Quién la fijará? Es movable. ¿Pueblos ha habido que han caido de mas alto!»

## II.

Lebas, su amigo, y casi en todas partes su colega, habia sido un discípulo de Robespierre. Adictó á Robespierre por su identidad de principios como revolucionario la amistad le habia hecho adherirse muy particularmente á su persona. Nació en Frevent en las cercanías de Arras, y sus disposiciones oratorias manifestadas en las causas populares le habian llevado á la Convencion. Seguía en un todo las ideas de Robespierre, estrella polar de sus opiniones. Probo, modesto, silencioso, y sin otra ambicion que la de seguir las ideas de su maestro, creía en su virtud y en su infalibilidad, poniendo en sus manos su conciencia y sus votos. Ciertas relaciones de familiaridad y casi de parentesco, estrechaban aun mas la intimidad de sus opiniones. Lebas, introducido por Robespierre en casa de Duplay, se habia convertido en micubro de aquella familia casándose despues con la mas jóven de las hijas de su huésped. La misma mano que blandida el sable á la cabeza de nuestros batallones, y que firmaba la prision ó la libertad de tantos proscriptos, escribía á aquella jóven soñando en la felicidad domestica bajo el mismo techo, bajo el cual soñaba Robespierre sus teorías manchadas de sangre. «Cuando yo pueda poner el sello á una union de la cual pende la dicha de mi vida. ¡Oh! qué dulce será

el momento en que te vea. ¡Cuán crueles sacrificios me impone la patria con estas ausencias! Pero las cosas van mal, y aquí son necesarios diputados verdaderamente patriotas. Ayer hice arrestar á dos generales. En tributando á París todos los servicios de que soy capaz, gozaré la dicha de estar cerca de tí. Entonces estaremos unidos. Di á Robespierre, que mi salud no podrá sufrir mucho tiempo el rudo oficio en que me ejercito. Perdóname la brevedad de mis cartas, es la una de la noche y vuelvo agobiado de fatiga y me voy á dormir para soñar en tí... Cuando mi colega Duquesnoy y yo vamos en nuestro carruaje y que él agobiado por el trabajo permanece silencioso ó se duerme, yo no pienso sino en tí. Cualquiera otra idea indiferente me es importuna. Tú y los negocios políticos ocupas exclusivamente mi pensamiento; estos por mi deber, tú, solo por mi amor. Ahora que mi presencia no es tan necesaria, ¿tendrá Couthon algún miramiento con su joven colega? ¿Considerará Robespierre que yo he hecho ya bastante, para abreviar el término de mi sacrificio? Ocupate querida Isabel, del arreglo de nuestra futura casa... Ayer he escrito de prisa á Robespierre. Estoy contento con Saint-Just, tiene talento y excelentes cualidades. Abraza á toda la familia sin olvidar á Robespierre que es un segundo hermano tuyo y mio. Saint-Just también está impaciente por volver á París; tú sabes por qué... Hemos ido esta mañana él y yo á visitar una de las mas altas de estas montañas, en cuya cima hay un antiguo castillo arruinado sobre una roca escarpada. Allí los dos experimentamos, dirigiendo la vista en derredor nuestro, una impresion deliciosa. Este ha sido el unico dia en que hemos tenido un momento de descanso. Hubiera querido tenerte á mi lado para participar contigo la emocion que yo sentia, pero tú estás á cien leguas... Saint-Just y yo no hemos cesado de tomar medidas para asegurar el triunfo de nuestros ejércitos. Corremos dia y noche y ejercemos la mas infatigable vigilancia. En el instante en que

menos nos espera un general nos ve llegar y pedirle cuenta de su conducta. Me tengo por dichoso porque no tengas prevencion alguna contra Saint-Just. Le he prometido una comida hecha por tu mano. Es un excelente hombre y yo lo quiero y lo estimo cada dia mas. La república no tiene otro defensor mas ardiente é inteligente. Estamos perfectamente de acuerdo en todo. Lo que hace que lo quiera mas, es que continuamente me habla de tí y me consuela todo lo que puede. A lo que me parece da una gran importancia á nuestra amistad. Algunas veces me dice cosas que me prueban un cariño verdadero. Voy á escribir á Enriqueta. Presumo que continuais amándoos como siempre. »

## III.

Estos detalles interiores atestiguan la sencillez de las pasiones y de los intereses que se agitaban en torno del dueño de la república. Robespierre el joven, Saint-Just, Couthon, el italiano Buonarroti, Lebas y algunos jóvenes sencillos en su patriotismo, varios artesanos pobres y honrados, y algunos sectarios fanatizados por las doctrinas democráticas, formaban toda la corte de Robespierre. La casa de un trabajador continuaba siendo su palacio, mas parecido á la escuela de un filósofo que al círculo de un dictador. Pero este filósofo, tenia un pueblo indócil por discípulo y aquel pueblo tenia la cuchilla en la mano. Robespierre en esta época conocia que no tenia aun suficiente fuerza para imponer á la Convencion. Danton vivia y podia equilibrarla en la Montaña, Hebert, Pache, Chaumette, Vincent y Ronsin, lo despreciaban en la municipalidad. La comision de salud pública no estaba aun dominada por él; el tribunal revolucionario era un instrumento dócil á todos los partidos; el populacho de

París estaba desencadenado é intimidaba al verdadero pueblo, cuya hez era. La libertad era el escándalo hasta de los mismos republicanos. Esta época no era la del reinado, sino la de las saturnales de la república.

Hebert y Chaumette, fomentaban todos los días mas y mas estos escésos; el uno con su periódico *El Padre Duchesne* y el otro con sus discursos. Aquellos dos hombres, discípulos de la escuela de Diderot, removian la erápula del corazón humano. Profesaban el ateismo. El perpétuo diálogo que tenían con el pueblo, estaba salpicado de juramentos y de aquellas palabras impuras que son á la lengua de los hombres lo que las inmundicias á la vista y al olfato. Estas palabras soeces infestaban el vocabulario de la libertad. El cinismo y la ferocidad se comprenden. La ferocidad es el cinismo del corazón. El bajo pueblo estaba orgulloso al ver elevarse su trivialidad á la altura de un lenguaje político. Aquel disraz le hacía reir como si fuese la mascarata de las palabras. La lengua había perdido su pudor. Su desnudez no la hacía avergonzarse y se adornaba como una prostituta.

## IV.

Las mugeres del pueblo habían sido las primeras en aplaudir la desvergüenza de Hebert. Mirabeau las había incitado con una palabra pronunciada en Versalles el día anterior á las jornadas del 5 y 6 de octubre: «Si las mugeres no toman parte en esto, dijo á media voz á los emisarios de la insurrección parisiense, no se habrá hecho nada.» Sabía que una vez inflamado el furor de las mugeres, se convierte en accesos y profanaciones que esceden á la audacia de los hombres. La inspiración antigua, este furor sagrado hervía sobre todo en las sibilas. Los demagogos sabían demasiado que las bayonetas se

émbotan delante del pecho de las mugeres, y que las manos inertes son las que mas pronto desarmian á los mejores soldados. Las mugeres de París acudieron á la cabeza de las bandas de la capital, y en efecto, habían violado las primeras el palacio del rey, blandido el puñal sobre el lecho de la reina y paseado en París en las puntas de sus picas, las cabezas de los guardias de corps asesinados. Albertina de Mericourt y sus bandas habían marchado al asalto de las Tullerías el 20 de junio y el 10 de agosto. Terribles durante el combate, y crueles despues, habían asesinado á los vencidos, mutilado los cadáveres y chupado su sangre. La revolución con sus agitaciones, sus jornadas, sus juicios y sus cadalsos, se había convertido para aquellas mugeres en un espectáculo tan necesario para ellas como los combates de los gladiadores lo habían sido para las patricias corrompidas de Roma. Avergonzadas de verse escluidas de los clubs de los hombres, aquellas mugeres habían fundado al principio bajo el nombre de *sociedades fraternales* y despues con el de *sociedades de mugeres republicanas y revolucionarias*, algunos clubs de su sexo. Había tambien al lado del lugar de su reunion, hasta unos clubs de muchachos de doce á quince años, llamados *Los Niños Rojos*, nombre con que se había bautizado á aquellos prececes republicanos. Aquellas sociedades de mugeres tenían tambien sus oradores. La municipalidad de París, en vista del informe de Chaumette, había decretado que las heroínas de las grandes jornadas de la revolución, tuvieran reservado un puesto distinguido en las ceremonias cívicas y que fuesen precedidas de una bandera con esta inscripcion: «*Han barrido á los tiranos delante de ellas!*» Asistirán á las fiestas nacionales, decía el decreto de la municipalidad, con sus maridos y sus hijos, y allí harán calceta.» De ahí les vino el nombre de *calceteras de Robespierre*, nombre que cubrió de oprobio aquel signo del trabajo manual y del hogar doméstico. Todos

los días algunos destacamentos de aquellas mercenarias pagadas por la municipalidad, se distribuían en las cercanías del tribunal, en la carrera que habían de seguir las carretas y sobre los escalones de la guillotina para aplaudir á la muerte, insultar á las víctimas y saciar sus ojos de sangre. La antigüedad tenía sus planideras pagadas, y la municipalidad sus *furias* asalariadas.

La *Sociedad fraternal de mugeres* tenía sus sesiones en una sala inmediata á la de los Jacobinos. Aquella reunion se componia de mugeres literatas; discutian con mas decencia las cuestiones sociales análogas á su sexo, tales como el matrimonio, la maternidad, la educacion de los niños, las instituciones de socorros y de consuelos á la humanidad. Eran estas las filósofas de su sexo. Robespierre era su oráculo y su idolo. El carácter utópico y vago de sus instituciones era conforme al genio de las mugeres, mas á propósito para soñar la dicha social que para formular el mecanismo de las sociedades.

La *Sociedad revolucionaria* estaba en San Eustaquio, y se componia de mugeres perdidas, aventureras de su sexo, reclutadas en el vicio ó en la miseria.

El escándalo de sus sesiones, el tumulto de sus proposiciones, la bizarria de su elocuencia y la audacia de sus peticiones importunaban á la comision de salud pública. Aquellas mugeres iban á dictar leyes, so pretexto de dar consejos á la Convencion, y era evidente que sus actos eran inspirados por los agitadores de la municipalidad y de los Franciscanos. Aquellas mugeres eran la vanguardia de un nuevo 31 de mayo. Afiliadas particularmente al club de los Franciscanos, abandonado despues del eclipse de Danton á los mas frenéticos demagogos,

ellas calcaban sus doctrinas agrarias sobre el club de los *Rabiosos*. Aquellos tres clubs, eran á la municipalidad, lo que el de los Jacobinos era á la Convencion; tan pronto su azote, tan pronto su freno, y algunas veces su cuchilla. Hebert era su Robespierre y Chaumette su Danton.

## VI.

Una muger jóven, bella y elocuente, si se puede dar este título á la inspiracion desordenada del alma, presidia este último club. Se llamaba Rosa Lacombe. Hija sin madre conocida, nació entre los bastidores de uno de los teatros de provincia, y se crió en los teatros subalternos. Para ella la vida no habia sido sino un mal papel, y la palabra una perpétua declamacion. De naturaleza móvil y turbulenta, el entusiasmo revolucionario la habia arrastrado en su torbellino. Señalada, admirada y aplaudida en las primeras agitaciones de París, aquella grande escena del pueblo la habia hecho disgustarse de cualquiera otra escena. Asi como Collot de Herbois, que habia pasado á pie llano del teatro á la tribuna, como él, llevaba á las tragedias reales de la república los acentos y la accion de su primitiva profesion. El pueblo ama naturalmente las naturalezas declamatorias. Lo gigantesco le parece sublime. Mas sensible al ruido que á la verdad, todo lo que contrasta á la naturaleza le parece superior á ella.

Las mugeres del club revolucionario estaban orgullosas con aquella muger que hablaba como un hombre, que gesticulaba como una aciriz y que deslumbraba por su belleza. Aquella muger era la Pýtia de los arrabales. Las almas perdidas que fermentaban aquellos clubs, se envaneían de tener á su cabeza un ser que el vicio ha-

ha marcado desde muy temprano con el mismo sello que á ellas. Una muger pura las hubiera humillado, y Rosa Lacombe les parecia rehabilitar su profesion por el exceso de su republicanismo. Tenia un ascendiente poderoso sobre la municipalidad; reprendia á los diputados, y Bazire y Marat se contemian delante de ella. Solo Robespierre, entre los dueños de la opinion, la cerraba su puerta; pero se hacia abrir la de las prisiones; sentenciaba ó absolvía; obtenia encarcelamientos ó perdones. Fácilmente conmovida por las lágrimas, intercedia con frecuencia por los acusados.

El amor la habia sorprendido en uno de los calabozos que visitara. La belleza de un jóven preso, sobrino del corregidor de Tolosa y aprisionado con su tio, la habia herido. Rosa Lacombe lo habia intentado todo para salvar á su protegido, por lo cual injurió á la Convencion. Bazire y Marat la denunciaron en los Franciscanos como una intrigante que queria sobornar á los patriotas. «Esa muger es peligrosa, porque es elocuente y bella», dijo Bazire. — Me ha amenazado si no hago poner en libertad al corregidor de Tolosa, dijo Marat; me ha confesado que no era este magistrado, sino su sobrino, el que interesaba á su corazon. A mí, á quien se me acusa de dejarme dominar por las mugeres, he resistido á sus importunaciones, porque yo quiero á las mugeres que no corrompen ni calumnian á la virtud. Estas mugeres han osado atacar hasta á Robespierre.» A estas palabras Rosa Lacombe se levantó en la tribuna y pidió que la dejase responder. El club se agitó, los espectadores se dividieron, los unos queriendo que se la oyese; los otros pidiendo que se la espulsase. El presidente se puso el sombrero y el club decidió que se hiciese una petición á la comision de seguridad general para la depuracion de la sociedad de las mugeres revolucionarias. La Convencion no se atrevió aun á disolverla.

## VII.

Robespierre se indignó altamente de aquellas orgias de la opinion, en donde so pretesto de animar al patriotismo se pervertia la naturaleza. Chaumette temia la ira de Robespierre y quiso conjurarla preparando una escena teatral, en la que afectaria la austeridad del tribuno de las costumbres, contra los excesos que él mismo habia provocado. Hacia el fin de enero, una columna de mugeres revolucionarias, reclutadas y guiadas por Rosa Lacombe, adornadas con el gorro encarnado y ostentando desnudez en su traje, forzó la entrada del consejo de la municipalidad, é interrumpió la sesion con sus peticiones y con gritos. Algunos murmullos de indignacion concertados de antemano se levantaron en el seno de la asamblea. «Ciudadanos, esclamó Chaumette, haceis un gran acto de razon con esos murmullos. La entrada en el recinto en donde deliberan los magistrados del pueblo, debe ser prohibida á los que insultan á la nacion. — No, dijo un miembro del consejo, la ley permite entrar aqui á las mugeres. — Que se lea la ley, replicó Chaumette; la ley ordena que se respeten las costumbres y que se hagan respetar: aqui las veo despreciadas. Además, ¿cuándo ha sido permitido á las mugeres abjurar su sexo, abandonar los cuidados piadosos del matrimonio, la cuna de sus hijos, para venir á la plaza pública, á la tribuna de los oradores, á la barra del senado y á las filas de nuestros ejércitos, á usurpar los derechos que la naturaleza ha dado á los hombres? ¿A quién ha confiado aquella los cuidados domésticos? ¿Nos ha dado pechos para criar á nuestros hijos? ¿Ha hecho delicados nuestros miembros para hacernos mas propios para los cuidados de la casa y de la familia? No; ha

dicho á los hombres, sed hombres; y á la muger, ¡tú serás la divinidad del santuario interior! ¡Mugeres imprudentes que quereis convertirnos en hombres! ¿No estais contentas con haberos cabido en suerte el dominar nuestros sentidos? Vuestro despotismo es el del amor, y por consecuencia el de la naturaleza.» (A estas palabras las mugeres se quitaron de la cabeza el gorro encarnado.) «Acordaos, continuó Chaumette, de aquellas mugeres perversas que escitaron tantas turbaciones en la república; de aquella muger altanera de un esposo perdido, la ciudadana Roland, que se creyó capaz de gobernar á la nacion y que corrió á su pérdida; de aquella muger-hombre, la imprudente Olimpia de Gouges, que fué la primera que fundó sociedades de mugeres, y que murió por sus crímenes! Las mugeres no son algo, sino cuando los hombres no son nada; testigo Juana de Arco, que no fué grande sino porque Carlos VII no era tan hombre como debía serlo.»

Las mugeres se retiraron convencidas en la apariencia por la elocuencia de Chaumette. Pero Rosa Lacombe continuó, por instigacion de Hebert, agitando la hez de su sexo. Varios grupos de mugeres, vestidas con un pantalón rojo y adornado el cabello con la escarapela nacional, insultaron y dieron sendos latigazos en los parages públicos á inocentes jóvenes sorprendidas por ellas sin llevar el signo del patriotismo.

Amar, provocado por Robespierre, tomó la palabra con este motivo en la Convencion. «Os denunció, dijo, una reunion de mas de seis mil mugeres que se titolan jacobinas y miembros de una pretendida sociedad revolucionaria. La naturaleza por la diferencia de fuerza y de conformacion les ha impuesto otros deberes. El pudor que les impide la publicidad, les hace un deber de permanecer en el interior de las familias.» La Convencion adoptó estos principios y cerró los clubs de mugeres. Rosa Lacombe volvió á la oscuridad y á la abyeccion de donde

la sacó la pasion revolucionaria. Hebert y su partido perdieron aquellas bandas amaestradas por ellos en la sedicion, primero suplicantes y despues imperiosas contra la representacion nacional.

## VIII.

El partido de Hebert en la municipalidad, aspiraba abiertamente á continuar y aun á traspasar al partido de Marat, comenzando ya á inquietar á la comision de salud pública y á cansar á Robespierre y á Danton: Hebert, dueño de la municipalidad por Pache, Payan y Chaumette; del pueblo por los gefes subalternos de los motines; del ejército revolucionario por Ronsin; del club de los Franciscanos por sus nuevos oradores, en cuyo número se señalaba el joven Vincent, secretario general del ministerio de la Guerra, dueño en fin, de las sublevaciones mas tumultuosas de la multitud por su periódico *El padre Duchesne*, en el cual agitaba el fuego de una perpétua sedicion, atacaba tímidamente á Robespierre y abiertamente á Danton. Minadas aquellas dos grandes popularidades, contaba Hebert con imponer fácilmente su demagogia á la Convencion. El ideal de aquel partido no era ni la libertad ni la patria; era la subversion total de todas las ideas, de todas las religiones, de todo pudor, y de todas las instituciones en donde habia estado basado hasta entonces el orden social: la tirania absoluta y sanguinaria del pueblo de Paris sobre el resto de la nacion; la decapitacion en masa de todas las clases nobles, ricas, literatas y morales que habian dominado por su rango, por sus luces y por sus preocupaciones; la supresion de la representacion nacional, y en fin, el establecimiento por todo gobierno, de una dictadura absoluta como el pueblo, é irresponsable como el destino.

Cada uno de los miembros principales de aquella facción, Hebert, Chaumette, Vincent, Momoro y Ronsin, se abrogaba en su pensamiento aquella magistratura suprema. Entretanto, se le había confiado al corregidor Pache, carácter abstracto, misterioso y taciturno y cuyo exterior tenía una analogía terrible, con el poder vengativo, implacable y mudo que se tratara de personificar con él.

La sed insaciable de sangre que hacia cinco meses que no se veía harta de suplicios, las sublevaciones continuas contra los ricos y los negociantes, los gritos contra los monopolistas, las locuras del *maximum* impuestas á la Convencion, las demoliciones, las exhumaciones y las violaciones de las sepulturas, las apostasias impuestas á Gobel y á su clero bajo pena de muerte, la proscripción de cien mil sacerdotes perseguidos, encarcelados y martirizados por su fé, la profanacion de las iglesias, las parodias de cultos, la promulgacion del ateismo, los honores tributados á la inmoralidad, y en fin, el catecismo crapuloso y sanguinario que *El Padre Duchesne* publicaba todas las mañanas en sus columnas al pueblo, eran los sintomas que revelaban á Robespierre y Danton los planes ó los delirios de aquella facción. Pero escudada por la municipalidad todo lo podia despreciar. Danton, retirado casi siempre en una casa de campo que acababa de comprar en Sevres, abandonaba la tribuna de los Franciscanos á sus enemigos y su popularidad á si misma. Rara vez comparecia en los Jacobinos, y aun esto lo hacia, no como en otras ocasiones para destruirlo ó para arrastrarlo todo, sino para justificarse y quejarse. Rodeado de una pequeña corte de hombres sospechosos que su buena fortuna le había atraído, parecia estar espiando en su inacción que desmayase el gobierno para apoderarse de él. Afectaba no hacer caso del poder y desdeñar altamente los partidos. El triunvirato subalterno de Hebert, Chaumette y Ronsin, le parecia demasiado imperceptible para merecer

una mirada suya. Por otra parte veía con secreta alegría en aquel triunvirato, un modo de equilibrar, cuando lo necesitase, la fortuna ascendiente de Robespierre. Danton se limitaba á defenderse de las mordeduras de Hebert y de su jauría que no cesaban de vociferar contra él.

Aquel impolitico encarnizamiento del partido de Hebert contra Danton, en el momento en que este partido queria despopularizar á Robespierre y domar á la comision de salud pública, tenía su origen en una rivalidad de periodistas entre Hebert y Camilo Desmoulins. Este respondió á Hebert con folletos en que la injuria se grababa como un hierro hecho asuca, en la frente de sus enemigos.

## IX.

Desde la muerte de los girondinos habia callado Camilo Desmoulins, pero en la época á que nos referimos, acababa de tomar de nuevo la pluma y de publicar algunas hojas sueltas, dignas á la vez de Tácito y de Aristófanés, contra los excesos del terror y contra las doctrinas de Hebert. Trataba de poner en ridiculo el crimen, pero la muerte no se rie. La publicacion de aquellas hojas sueltas, habia sido á la vez como todos los actos de Camilo Desmoulins, un arrebató de cólera y una caricia secreta á dos grandes popularidades. Hé aqui su origen.

Una de las últimas noches del mes de enero, Danton, el jurado del tribunal revolucionario Souberbielle y Camilo Desmoulins, salieron juntos del palacio de justicia. El día habia sido sangriento: quince cabezas habian rodado por la mañana en la plaza de la Revolucion y veinte y siete habian sido sentenciados á muerte en la sesion, comprendiéndose en este número á lo mas selecto de la antigua magistratura de Paris. Aquellos tres hombres con la cabeza baja y el corazon angustiado por las siniestras

impresiones del espectáculo que acababan de presenciar, marchaban en silencio. La noche, que da mas fuerza á las reflexiones, y que abre paso á los secretos del alma, era sombría y fría. Al llegar al Puente nuevo, Danton se volvió de pronto hacia Souberbelle: «¿Sabes, le dijo, que al paso que se va no habrá seguridad para nadie? Los mejores patriotas se confunden sin exámen con los traidores. La sangre que los generales vierten en los campos de batalla no les dispensa de derramar la que les queda en el cadalso. Estoy cansado de vivir. Mira, el río parece que lleva sangre.—Es verdad, dijo Souberbelle, el cielo tiene el color rojo y vaticina una gran lluvia de sangre detrás de esas nubes. Estos hombres habian pedido jueces inflexibles y no quieren ya sino verdugos complacientes. Cuando yo les niego una cabeza inocente, me dicen que soy demasiado escrupuloso. ¿Pero qué puedo hacer yo? continuó Souberbelle con abatimiento. Yo no soy mas que un patriota oscuro, ¡ah! si yo fuese Danton.—Danton duerme, cállate, respondió el rival de Robespierre á Souberbelle. El se despertará cuando sea tiempo. Todo esto empieza á horrorizarme. Soy un hombre de revolucion, pero no un hombre amigo de la carnicería. Pero tú, prosiguió Danton dirigiéndose á Camilo Desmoulins, ¿por qué guardas silencio?—Estoy cansado ya de callar, respondió Camilo; la mano me pesa, he tenido grandes deseos no hace mucho tiempo de aguzar la pluma como un puñal y herir á esos miserables. ¡Que se guarden de mí! Mi tinta es mas indeleble que su sangre. ¡Mancha eternamente!—Bravo, Camilo, repuso Danton. Empieza, pues, desde mañana. Tú que eres quien mas ha impulsado á la revolucion debes también sujetarla. Tranquilízate, continuó Danton, bajando la voz, esta mano te ayudará. ¡tú sabes que es fuerte!» Los tres amigos se separaron en la puerta de la casa de Danton.

Al día siguiente, Camilo Desmoulins escribió el primer número del *Viejo franciscano*. Despues de haber-

selo leído á Danton, Camilo se lo llevó á Robespierre, seguro de que un ataque á los *Rabiosos* no disgustaria mucho al dueño de los Jacobinos que secretamente aborrecia á Hebert. Había mucha prudencia oculta en la temeridad de Camilo Desmoulins, y una gran dosis de adulacion hasta en su valor. Indeciso aun Robespierre sobre las disposiciones de los Jacobinos y de la Montaña, ni aprobó ni rechazó á Camilo Desmoulins, guardando en sus palabras la misma libertad que queria tener en sus actos: pero el escritor entrevió el pensamiento de Robespierre en su reserva, y comprendió que si no animaba su audacia, al menos le sería perdonada.

## X.

Pero si Robespierre titubeaba en atacar al terror temeroso de herir y desarmar á la comision de salud pública, no dudaba en combatir solo cuerpo á cuerpo, á los que depravaban la revolucion y querian convertir los cultos en ateismo. Mas asiduo que nunca á los Jacobinos, á pesar de la calentura lenta que lo consumia, los contenia solo sobre la pendiente en que la municipalidad y los Franciscanos querian precipitarlos. Esperaba hacia mucho tiempo, una ocasion para lavar sus manos de las inmundicias y de la impiedad de Chaumette y Hebert. Este, animado por la complicidad de una parte de la Montaña, no tardó mucho en ofrecérsela á Robespierre. Habia hecho desfilár por el recinto de la Convencion una de esas procesiones de hombres y mugeres revestidos con los despojos de las iglesias. Al siguiente dia se presentó en los Jacobinos para renovar las mismas escenas y arrastrarlos en pos de sí, atreviéndose á dirigir algunas alusiones mal encubiertas contra su gefe: «La política de todos los tiranos, dijo Hebert, es dividir para reinar. La

de los patriotas como nosotros es la de unirnos para acabar con los tiranos. Ya os he advertido que hay intrigantes que tratan de introducir la discordia entre nosotros. Se han citado varias espresiones de Robespierre contra mí. Todos los días se me pregunta cómo es que no he sido preso, á lo que yo respondo: ¿Existe la comision de los Doce? Sin embargo, no desprecio estos rumores. Algunas veces, antes de oprimir se quiere conocer la opinion publica. Robespierre, es el que se dice que debia denunciarme á la Convencion, y ponerme preso con Pache; tambien decian que Danton habia emigrado cargado con los despojos del pueblo y que estaba en Suiza. Esta mañana lo he encontrado en las Tullerías, y puesto que está en Paris, es preciso que venga á esplicarse fraternalmente á los Jacobinos. Todos los patriotas deben desmentir por sí mismos, los rumores injuriosos que corren de ellos. Es necesario seguir rigorosamente la causa de los cómplices de Brissot. Cuando se ha juzgado al malvado era indispensable haber juzgado á sus cómplices: ¿habiendo juzgado á Capeto no podia menos de juzgarse á toda raza! Momoro pidió el esterminio de los sacerdotes.

A esta mocion, Robespierre que espiaba el momento de tener una esplicacion con Hebert, y que veia que se retrasaba por aquella especie de llamada á la concordia del gefe de la municipalidad, no quiso dejar pasar la ocasion favorable que se le ofrecia. «Yo habia creido, dijo levantándose, que Momoro trataria la cuestion presentada por Hebert á la atencion de la asamblea, pero ni siquiera la ha abordado. Nos queda pues, investigar las verdaderas causas de los males que afligen á la patria. ¿Es cierto que nuestros mas peligrosos enemigos son los restos impuros de la raza de nuestros tiranos; esos cautivos cuyos nombres sirven aun de pretesto á los rebeldes y á las potencias extranjeras? Voto en mi corazon porque la raza de los tiranos desaparezca de la tierra; ¿pero

puedo cegarme sobre la situacion de mi pais hasta el punto de creer que la muerte de la hermana de Capeto, baste para extinguir el foco de las conspiraciones que nos destrazan? ¿Es verdad que la principal causa de nuestros males está en el fanatismo? El fanatismo espira, podria decirse que ya ha muerto! ¡Temeis segun decís á los sacerdotes, cuando estos se apresuran á abdicar sus titulos, para cambiarlos por los de municipales, administradores y aun presidentes de las sociedades populares! No, no es el fanatismo el que debe ser hoy dia el objeto de nuestras inquietudes. Cinco años de una revolucion que ha descargado sobre los sacerdotes deponen de su impotencia. No veo mas que un solo medio de que salgan de ella, y este medio es el espresar que se cree en su fuerza. El fanatismo es un animal feroz y caprichoso. Huye ante la razon; si le perseguís dando alaridos, pronto se revolverá contra vosotros!

«¿Y qué otro efecto puede producir ese celo exagerado y fastuoso, que tan encarnizado se muestra contra él, de poco tiempo acá? ¿Con qué derecho, unos hombres desconocidos hasta aqui en la carrera de la revolucion, vienen á buscar en estas persecuciones los medios de usurpar una falsa popularidad, de arrastrar á los patriotas á falsas medidas y de arrojar entre nosotros la fatal tea de la discordia? ¿Con qué derecho vienen á perturbar la libertad de cultos en nombre de la misma libertad y á atacar al fanatismo por medio de otro nuevo fanatismo? ¿Con qué derecho harian degenerar en farsas ridiculas los solemnes homenajes tributados á la mas pura verdad? ¿Por qué ha de permitirseles que jueguen así con la dignidad del pueblo y que aten al centro mismo de la filosofia los cascabeles de la locura? ¿Han querido suponer que acogiendo la Convencion las ofrendas cívicas de las iglesias, habia proscripto el culto católico! No, la Convencion no lo hará nunca. Su intencion es mantener la libertad de cultos que ha proclamado y reprimir al mis-

mo tiempo á todos los que abusen de ella para turbar el órden público: no permitirá, pues, que se persiga á los ministros públicos del culto. Se ha denunciado á algunos sacerdotes por haber dicho misa, pero la dirán por mucho tiempo si se les impide decir la. El que impide decir la misa, es más fanático que el que la dice.

«Hay hombres que quieren mas lejos, que so pretexto de destruir la supersticion tratan de hacer del ateismo una religion. La Convencion nacional aborrece semejante sistema. La Convencion no es un componedor de libros, ni un autor de sistemas metafísicos; es un cuerpo político y popular encargado de hacer respetar, no solamente los derechos sino tambien el caracter del pueblo francés. ¡No en vano ha proclamado la declaracion de los derechos del hombre en presencia del Ser Supremo! El ateismo es aristocrático. La idea de un gran Ser que vigila sobre la inocencia oprimida y que castiga al crimen triunfante, es popular.»

Los jacobinos de la clase indigente aplauden este discurso: Robespierre continuó: «El pueblo, los desgraciados me aplauden; si yo encontrase censores aquí, sería entre los ricos y entre los culpables. Yo no he cesado un día desde mi infancia, de abundar en las ideas morales y políticas que acabo de esponeros. Si Dios no existiese era preciso inventar uno... Hablo en una tribuna, continuo, en donde un impudente girondino osó calificarme de criminal por haber pronunciado la palabra Providencia, y en qué tiempo? Cuando con el carazon ulcerado por todos los crímenes de que éramos testigos y víctimas, cuando vertiendo lágrimas amargas por el pueblo eternamente engañado, eternamente oprimido, trataba de elevarme por cima de la turba de conspiradores de que estaba rodeado, invocando contra ellos la venganza celeste en defecto del rayo popular. ¡Ah! en tanto que exista la tiranía, ¿cuál será el alma enérgica y virtuosa que no apele en secreto de su triunfo sacrilego á esa justicia

eterna que parece haber escrito en todos los corazones el decreto de muerte de todos los tiranos? A mí me parece que el último mártir de la libertad exalaria su alma con un sentimiento mas dulce descansando en esta idea consoladora. ¡Este sentimiento es el de Europa, el del universo y el del pueblo francés! ¿No veis el lazo que os tienden los enemigos ocultos de la república y los emisarios de los tiranos estrangeros? Los miserables quieren justificar de este modo las groseras calumnias cuyo desdoro reconoce toda Europa, y hacer se separen de vosotros por las preveniciones y por las opiniones irreligiosas aquellos á quienes la moral y el interés comun unen á la sublime y santa causa que defendemos.»

Robespierre pidió la espulsion de Proly, de Dubuisson y de Pereyra. La separacion fué decretada. Robespierre, oido al principio con admiracion y despues con frialdad, habia batido á Hebert y Chaumette, batiendo el ateismo. Sacó este hombre sus fuerzas de su grande valor y sus rayos de aquel instinto eterno del alma humana que atestigua la presencia de un Dios. Al poner á Dios de manifiesto, Robespierre se creaba á sí mismo y á la revolucion una conciencia y un juez. Si hubiera sido un malvado vulgar, habria buscado el modo de ocultar al pueblo la luz divina en lugar de hacerla revivir en él. En su discurso jugó su popularidad contra su profesion de fé.

Vencido aquel día el partido de Hebert en los Jacobinos, se vengó en la municipalidad, ejerciendo actos atroces de intolerancia contra la libertad de cultos. Danton habló en la Convencion contra aquellos perseguidores, pero como un hombre político que quiere se respete un hábito sagrado del pueblo, y no como filósofo que es el primero en adivinar la mas alta idea del espíritu humano. Aquella identidad, sin embargo, de animadversion comun contra Hebert y Chaumette, unió por un momento á Robespierre y á Danton.

El primero continuó reuniendo á los Jacobinos contra los enérgicos de la municipalidad, y denunciando á los intrigantes y á los exagerados. «En el movimiento súbito y extraordinario en que nos hallamos, dijo, tomaremos todo lo que el pueblo puede confesar, y rechazaremos todos los excesos, por los cuales nuestros enemigos quieren deshonor nuestra causa. Se trata de agitarlos y dividirlos so color de las querellas religiosas, y nosotros los ahogaremos. Confundiremos al ateísmo y respetaremos las creencias sinceras.» Intimidado Hebert por el valor de Robespierre se desmintió á sí mismo, y fingió reprobar por un momento las persecuciones y los escándalos que el mismo había promovido. La comisión de salud pública aprovechó aquel terror de los hebertistas para proclamar por boca de Robespierre los principios del gobierno en una respuesta á los manifiestos de los reyes coaligados contra la república.

## XI.

Las depuraciones continuaron en los Jacobinos como se había decidido en la sesión precedente. Todos los miembros fueron citados uno después de otro, y tuvieron que sufrir un examen público de sus opiniones y de su vida.

Al momento en que Danton compareció para dar cuenta de sus acciones, un murmullo de animadversión corrió por la sala. Danton se turbó un momento, pero después, armándose de la imperturbabilidad de una virtud que no tenía, «He oído rumores, dijo, y ya sé que han circulado denuncias graves contra mí. Pido, en fin, justificarme ante el pueblo. Intimo á todos los que han podido concebir sospechas en contra mía, á que precisen sus acusaciones, porque quiero responder en público. He

experimentado una especie de disfavor al presentarme á la tribuna ¿He perdido acaso los rasgos que caracterizan las facciones de un hombre libre? ¿No soy el mismo Danton que se encontró á vuestro lado en todos los momentos de crisis? ¿No soy el mismo á quien habeis abrazado con frecuencia como á vuestro amigo y el que debe morir con vosotros? ¿He sido uno de los mas intrépidos defensores de Marat, ó invoqué la sombra del *Amigo del pueblo!* Os aturdireis cuando yo os haga conocer mi conducta privada, al ver que la colosal fortuna que mis enemigos me suponen, se reduce á una pequeña porción de bienes que siempre he poseído. Desafío á los mal intencionados á que me prueben ni un crimen. Todos sus esfuerzos no podrán conmoverme. Quiero estar en pie confundido entre el pueblo, y vosotros, me juzgareis en su presencia. Yo no rasgaré ni una página de mi historia, así como vosotros no rasgareis las de la vuestra, que debe immortalizar los fastos de la libertad.»

Después de este exordio, que rompía por decirlo así el sello que hacía mucho tiempo que había puesto á su alma, Danton se abandonó á una improvisación tan acumulada y tan rápida, que la pluma fué impotente para seguirla y notarla. Pasó revista á su vida, y se hizo un pedestal con sus actos revolucionarios, desde el cual desafió á sus calumniadores, y concluyó por pedir que se nombrasen doce comisionados para examinar su conducta. Un religioso silencio acogió esta súplica. Se veía que el pueblo conmovido por su elocuencia, creía mas en su genio que en su conciencia.

Robespierre podía con una sola palabra precipitar ó elevar á Danton; conoció que se necesitaba de este hombre para equilibrar la popularidad de Hebert. Salvándole quiso mostrarle que podía perderle. Subió á la tribuna, no con la lentitud reflexiva que acostumbraba usar ordinariamente cuando quería tomar la palabra, sino con la precipitación de un hombre que va á parar un gol-

pe próximo ya á descargar. «Danton, le dijo apostrofándole con voz severa, ¿pides que se precisen las quejas que hay contra ti? Nadie levanta la voz y yo lo voy á hacer. Danton, de lo que te se acusa, es de haber emigrado; se ha dicho que habias ido á Suiza, que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga. Se ha dicho que tu ambicion era ser regente de Luis XVII; que en cierta época todo estaba preparado para proclamar tu dictadura; que eras el jefe de la conspiracion; que ni Pitt, ni Cobourg, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia eran nuestros mas peligrosos enemigos, que tú eras á quien mas debia temerse; que la Montaña estaba llena de cómplices tuyos, y en una palabra, que era necesario degollarte.

«La Convencion, prosiguió Robespierre, sabe que no estoy de acuerdo con las ideas de Danton; que en el tiempo de las traiciones de Dumouriez mis sospechas se habian adelantado á las suyas. Entonces yo le eché en cara el no haber perseguido á Brissot y á sus cómplices con mas vehemencia. Juró que estos fueron los únicos cargos que le hice.... Danton, ¿no sabes, prosiguió el orador con una voz casi enternecida, que cuanto mas valor y patriotismo tiene un hombre, tanto mas se encarnizan en su pérdida los enemigos de la causa pública? Los enemigos de la patria parecen que me colman de elogios exclusivamente, pero yo los rechazo. Detras de estos elogios, yo no veo sino el puñal con que se ha querido degollar á mi patria. La causa de los patriotas es solidaria. Tal vez me engaño respecto á Danton, pero visto en familia no merece sino elogios. Le he observado tambien bajo el aspecto político. Una diferencia de opinion entre él y yo, me le ha hecho espíar con cuidado, y algunas veces hasta con ira. Danton quiere que se le juzgue, tiene razon; pero yo pido que se me juzgue á mí tambien. Que se presenten esos hombres que pretenden ser mas patriotas que nosotros.»

Este testimonio salvó á Danton, pero no le hizo recobrar su perdido crédito. Esto era lo que quería Robespierre. Le hacia falta Danton como protegido, no como igual, porque tenia necesidad de aquella voz en la Montaña para batir á la municipalidad. Sometida esta y reducido Danton á un papel subalterno en los Jacobinos, se veria obligado á servir ó á temer. Robespierre no usó de los mismos miramientos ni de los mismos artificios, con los demas miembros exagerados ó corrompidos de la Convencion, que dominaban en los Jacobinos ó en los Franciscanos. Habiéndole llegado el turno á Anacharsis Klootz, *el orador del género humano*; «¿Podemos mirar como patriota, esclamo Robespierre, á un haron alemán? ¿Como democrata á un hombre que tiene cien mil libras de renta? ¿Como republicano á un hombre que solo trata con los banqueros extranjeros y con los contrarrevolucionarios enemigos de la Francia? ¿Klootz! pasas tu vida con los agentes y los espías de las potencias extranjeras (Proly, Duboisson y Pereyra), eres un traidor como ellos y es menester vigilarle. ¡Ciudadanos! Vosotros le habeis visto tan pronto á los pies del tirano y de su corte, como de rodillas ante el pueblo. Ha hecho la corte á Brissot, á Dumouriez y á la Gironda; ¿Quería que la Francia atacase al universo? Ha publicado un folleto titulado *Ni Marat ni Roland*. Ha dado un bofetón á Roland, pero ha dado otro mas ultrajante á la Montaña. Sus extravagantes opiniones, su obstinacion en hablar de una república universal para inspirarnos el fuor de las conquistas, son otros tantos lazos tendidos á la república para darla por enemigos á todos los pueblos y á todos los elementos. Tambien ha fomentado el movimiento contra el

pe próximo ya á descargar. «Danton, le dijo apostrofándole con voz severa, ¿pides que se precisen las quejas que hay contra ti? Nadie levanta la voz y yo lo voy á hacer. Danton, de lo que te se acusa, es de haber emigrado; se ha dicho que habias ido á Suiza, que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga. Se ha dicho que tu ambicion era ser regente de Luis XVII; que en cierta época todo estaba preparado para proclamar tu dictadura; que eras el jefe de la conspiracion; que ni Pitt, ni Cobourg, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia eran nuestros mas peligrosos enemigos, que tú eras á quien mas debia temerse; que la Montaña estaba llena de cómplices tuyos, y en una palabra, que era necesario degollarte.

«La Convencion, prosiguió Robespierre, sabe que no estoy de acuerdo con las ideas de Danton; que en el tiempo de las traiciones de Dumouriez mis sospechas se habian adelantado á las suyas. Entonces yo le eché en cara el no haber perseguido á Brissot y á sus cómplices con mas vehemencia. Juró que estos fueron los únicos cargos que le hice.... Danton, ¿no sabes, prosiguió el orador con una voz casi enternecida, que cuanto mas valor y patriotismo tiene un hombre, tanto mas se encarnizan en su pérdida los enemigos de la causa pública? Los enemigos de la patria parecen que me colman de elogios exclusivamente, pero yo los rechazo. Detras de estos elogios, yo no veo sino el puñal con que se ha querido degollar á mi patria. La causa de los patriotas es solidaria. Tal vez me engaño respecto á Danton, pero visto en familia no merece sino elogios. Le he observado tambien bajo el aspecto político. Una diferencia de opinion entre él y yo, me le ha hecho espigar con cuidado, y algunas veces hasta con ira. Danton quiere que se le juzgue, tiene razon; pero yo pido que se me juzgue á mí tambien. Que se presenten esos hombres que pretenden ser mas patriotas que nosotros.»

Este testimonio salvó á Danton, pero no le hizo recobrar su perdido crédito. Esto era lo que quería Robespierre. Le hacia falta Danton como protegido, no como igual, porque tenia necesidad de aquella voz en la Montaña para batir á la municipalidad. Sometida esta y reducido Danton á un papel subalterno en los Jacobinos, se veria obligado á servir ó á temer. Robespierre no usó de los mismos miramientos ni de los mismos artificios, con los demas miembros exagerados ó corrompidos de la Convencion, que dominaban en los Jacobinos ó en los Franciscanos. Habiéndole llegado el turno á Anacharsis Klootz, el orador del género humano; «¿Podemos mirar como patriota, esclamo Robespierre, á un haron alemán? ¿Como democrata á un hombre que tiene cien mil libras de renta? ¿Como republicano á un hombre que solo trata con los banqueros extranjeros y con los contrarevolucionarios enemigos de la Francia? ¿Klootz! pasas tu vida con los agentes y los espías de las potencias extranjeras (Proly, Duboisson y Pereyra), eres un traidor como ellos y es menester vigilarle. ¡Ciudadanos! Vosotros le habeis visto tan pronto á los pies del tirano y de su corte, como de rodillas ante el pueblo. Ha hecho la corte á Brissot, á Dumouriez y á la Gironda; ¿Quería que la Francia atacase al universo? Ha publicado un folleto titulado *Ni Marat ni Roland*. Ha dado un bofetón á Roland, pero ha dado otro mas ultrajante á la Montaña. Sus extravagantes opiniones, su obstinacion en hablar de una república universal para inspirarnos el fuor de las conquistas, son otros tantos lazos tendidos á la república para darla por enemigos á todos los pueblos y á todos los elementos. Tambien ha fomentado el movimiento contra el

culto. Sin embargo, Klotz, ¿te conocemos perfectamente! Todos nosotros sabemos las visitas nocturnas que has hecho á Gobel, obispo de París. Sabemos tambien que cubierto con las sombras de la noche, has preparado allí en union de Gobel aquella mascarada filosófica. ¡Ciudadanos! ¡mirareis como patriota á un estrangero que quiere ser mas democrata que los franceses, y á quien se ha visto tan pronto encima como debajo de la Montaña? ¡Porque jamás Klotz estuvo con ella! ¡Ay de mí! ¿qué podemos hacer nosotros estando rodeados de enemigos que se introducen en nuestras filas para combatirnos? Ellos se cubren con una máscara y nos destrozan, y nosotros sentimos el golpe sin ver la mano que lo ha dado. ¡Estamos perdidos; nuestra mision ha concluido! Nuestros enemigos, fingiendo colocarse mas allá de la cúspide de la Montaña, nos cogen por la espalda para asestarnos golpes mas mortales!...» En seguida, enterneciéndose hasta verter lágrimas, y parodiando las palabras de Jernucristo en su agonía, «¡Veamos, dijo, porque la muerte de la patria no está lejana!»

El infortunado Klotz, cabizbajo al pie de la tribuna y agobiado bajo el peso de la acusacion de Robespierre, no se atrevió siquiera á decir una palabra para apartar de sí la animadversion general. Fanático sincero y adicto á la república, Klotz no era, sin embargo, culpable sino por sus relaciones con los hombres corrompidos de la Convencion, tales como Fabre y Marat, y con los demagogos materialistas del partido de Hebert. Sobre todo lo era á los ojos de Robespierre por la proclamacion de la república universal, que amenazaba á todos los tronos y á todas las nacionalidades. Robespierre, que siempre habia querido paz con los estrangeros, continuaba queriéndola, sacrificando á Klotz como á un insensato y como á un ateo; queria quitar la piedra de escándalo entre la Europa y la república francesa. Robespierre no queria mas conquistas que las de las ideas.

La indulgencia política con que habia cubierto á Danton, se estendió á Fabre de Eglantine, poeta y cortesano del pueblo, y cuya súbita fortuna hacia sospechar de su probidad.

Camilo Desmoulin, otro de los clientes de Danton, tuvo necesidad tambien de que se le escusase por la compasion que habia mostrado en el tribunal revolucionario, cuando la condenacion de los girondinos. «Es verdad, dijo Camilo Desmoulin, que tuve un movimiento de sensibilidad en el juicio de los veinte y uno. Pero los que me molejan están muy lejos de encontrarse en la misma posición que yo. Quiero á la república, pero me he engañado respecto á muchos de sus hombres, tales como Mirabeau y Lameth, á quienes yo creía unos verdaderos defensores del pueblo y que han concluido por engañarlo. Una fatalidad estraña ha hecho que de sesenta personas que han firmado mi contrato matrimonial, no me queden mas que dos amigos vivos. ¡Robespierre y Danton! Los demas, ó están fugitivos ó guillotinado. De este número eran siete de los veinte y uno. Siempre he sido el primero á denunciar á mis propios amigos cuantas veces he visto que obraban mal. Yo he ahogado la voz de la amistad que me habian inspirado algunos grandes talentos.»

Esta excusa tartamudeada timidamente por Camilo Desmoulin, no calmó los rumores de los Jacobinos. Robespierre se levantó para apaciguarlos. Amaba y menospreciaba á aquel jóven arrebatado como una muger, y voluble como un niño.

«Es necesario, dijo Robespierre, considerar á Camilo Desmoulin, en sus virtudes y en sus debilidades. Algunas veces tímido y confiado; con frecuencia animoso y siempre republicano, se le ha visto sucesivamente ser amigo de Mirabeau, de Lameth y de Dillon; pero tambien se le ha visto romper los idolos que habia incensado. Yo le invito á proseguir en su carrera, pero tambien

le exorto á no ser tan versátil y á que procure no engañarse en lo sucesivo, respecto á los hombres que figurarán en la escena política.» Esta amnistia de Robespierre cerró la boca á los amigos de Hebert, que querian herir á Camilo Desmoulins. Nadie se atrevió á proscribir al que Robespierre escusaba.

## XIII.

Entretanto Vincent, Héron, Ronsin y Maillard, principales gefes de los Franciscanos, fueron presos por orden de la comision de salud pública, por una denuncia de Fabre de Eglantine, y puestos al poco tiempo en libertad por un informe de Robespierre. Unicamente ocupado en la apariencia en asegurar el predominio del gobierno sobre todos los partidos, Robespierre leyó en la Convencion un informe sobre los principios del gobierno revolucionario. Este informe arrojaba mucha luz respecto á sus planes y á los de la comision. «La teoria del gobierno revolucionario, decía en aquel escrito, es tan nueva como la revolucion que la ha engendrado. El objeto del gobierno constitucional es conservar la república; el del gobierno revolucionario es fundirla.

«La revolucion es la guerra de la libertad contra sus enemigos. La constitucion es el régimen de la libertad victoriosa y pasible.

«El gobierno revolucionario debe á los buenos ciudadanos toda la proteccion nacional; á los enemigos del pueblo, la muerte!

«Debe bogar entre estos dos escollos: la debilidad y la temeridad; la moderacion y el exceso.

«Su poder debe ser inmenso. El dia que caiga en manos impuras ó pérdidas, se pierde la libertad.

«La fundacion de la república francesa no es un juego

de niños. ¡Desgraciados de nosotros si rompemos el haz en lugar de apretarlo! Sacrifiquemos á esta obra nuestro amor propio. Escipion despues de haber vencido á Anibal en Cartago, tuvo á gloria servir á las órdenes de su enemigo. Si entre nosotros las funciones del gobierno revolucionario son objeto de ambiciones en lugar de ser unos deberes penosos, la república está perdida.

«Apenas hemos reprimidos los excesos de una falsa filosofia contra los cultos, apenas hemos pronunciado aqui el nombre de *ultra-revolucionario*, cuando los partidarios del trono han querido aplicárselo á los patriotas ardientes que habian cometido de buena fé algunos errores hijos de su celo. Ellos buscan gefes en medio de vosotros. Su esperanza consiste en dividirnos y hacer que desconfiemos unos de otros. Esta funesta lucha vengaria á los aristócratas y á los girondinos. Es necesario confundir sus esperanzas haciendo juzgar á sus cómplices.»

Este informe de dos filos dirigido evidentemente contra los hebertistas que acusaban á la comision de salud pública de debilidad, y contra los dantonistas que la acusaban de excesivo rigor, terminaba por un decreto ordenando el pronto juicio de Dietrich, corregidor de Estrasburgo, de Custine, hijo del general, y de cierto número de generales acusados de complicidad con el extranjero. Estas eran unas victimas, casi todas inocentes, inmoladas á la reconciliacion entre los tres partidos: sangre arrojada á la Convencion para apaciguarla, pero este sacrificio no apaciguó nada.

## XIV.

Las querellas de Camilo Desmoulins y de Hebert en sus periódicos, mantenian la discordia. Sintomas mudos revelaban á los ojos de Robespierre y de la comision las

sordas murmuraciones de Danton. La abdicacion y el silencio de este orador, inquietaban á la comision de salud pública. Desde su regreso de Arcis-sur-Aube, su reposo no era na ural y su humanidad era sospechosa. La sangre de setiembre que aun manchaba sus manos, no habia hecho verosimil tanta piedad en el alma de Danton. Se veia en su indulgencia afectada, un calculo mas bien que un sentimiento. Este calculo era una amenaza contra los hombres que manejaban el arma de los suplicios. Danton afectando separarse de ellos, parecia espiar la hora de un retroceso en la opinion pública, para volver aquella arma contra ellos, imputarles la sangre derramada, echarles en cara las victimas, aprovechar los resentimientos que habrian encendido, y apoderarse de la revolucion que era su alma, entregándolos despues á la venganza del pueblo. Estas sospechas de Robespierre y de la comision contra Danton, estaban justificadas por su naturaleza, por su situacion y por su profunda politica. Tambien lo estaban por el temple de su alma, que pasaba con la inconsecuencia de una sensacion, del arrebatado del terrorista á la generosidad y á la compasion. Los crímenes y las virtudes de Danton se reunian en aquel momento para perderle. El fausto de su vida ociosa y llena de placeres en Sevres, cuando la república estaba ardiendo y cuando la sangre salia de todas sus venas; en fin, la fortuna inesplicable que se le atribuia, comparada con la indigencia de Robespierre, todo contribuia á hacerle sospechoso. Las temeridades de la pluma de Camilo Desmoulins recitan sobre Danton. No se creia que este jóven y ligero folletista fuese capaz de atreverse á tanto si no estuviera persuadido de que le cubria la sombra de un coloso. La audacia de su estilo pasaba por ser inspiracion de su protector.

Camilo Desmoulins habia querido adular á Robespierre, dirigiendo *El Viejo franciscano* contra Hebert y su partido; pero se encontró con que ofendió al rival

sombrio de Danton. Estraño error de una adulacion es-  
temporánea que hiere en lugar de acariciar. Todo el nudo del drama que vá á desarrollarse estuvo en esta mala inteligencia de un folletista. Su inconsiderada pluma queriendo matar á sus enemigos anticipó la hora fatal para sus amigos y para si propio. La impaciencia que tenia por darse importancia y fama le precipitó á su perdicion. Su muerte fué un aturdimiento como lo habia sido su vida; pero al menos fué un aturdimiento honrado, á veces sublime y que horra en la apariencia muchas prostituciones y bajezas.

## XV.

Camilo Desmoulins empezó en su primer número de *El Viejo franciscano* por adular á Robespierre.

«La victoria ha quedado por los Jacobinos, escribia relatando la justificacion de Danton, porque en medio de la ruina de tantas reputaciones colosales de civismo, la de Robespierre ha quedado intacta. Fuerte ya en el terreno ganado durante la enfermedad de Danton, el partido de sus acusadores en medio de los pasages mas patéticos y mas convincentes de su justificacion, silbaba, movia la cabeza y se sonreia, manifestando compadecerse como si aquel discurso fuese el de un hombre condenado por todos los sufragios. Hemos vencido, sin embargo, porque despues de los discursos ardientes de Robespierre, en los cuales parece que el talento se aumenta á proporcion que van en aumento los peligros de la república, y viendo la impresion profunda que habian dejado en los ánimos, era imposible atreverse á levantar la voz contra Danton, sin dar, por decirlo así, un finiquito público de las guineas de Pitt.»

Afectaba en otro de los párrafos posteriores la adora-

ción á Marat para cubrirse con aquella fama póstuma contra los que le echaban en cara su debilidad.

«Después de la muerte de aquel patriota tan esclarecido á quien yo me atreví hace tres años á llamar el divino Marat, esta es la única marcha que pueden seguir los enemigos de la república. ¡ Cuántas veces, y lo atestiguo con sesenta de mis colegas, he llorado en su seno las funestas consecuencias de esta marcha! En fin, Robespierre en un discurso que la Convención ha decretado que se envíe á toda Europa, ha levantado el velo. Convenía á su valor y á su popularidad deslizar diestramente como lo ha hecho, la gran palabra, la saludable palabra, de que Pitt ha cambiado de baterías; que ha tratado de hacer por medio de la exageración lo que no había podido por el moderantismo, y que hay hombres políticamente contra-revolucionarios que trabajan en formar como Roland el espíritu público y en falsear la opinión en sentido contrario, pero encaminándola á un terreno igualmente fatal para la libertad. Después en dos discursos no menos elocuentes, Robespierre se ha pronunciado en los Jacobinos con mas vehemencia contra los intrigantes que con alabanzas públicas y exclusivas, se lisonjean de desunirle de todos sus antiguos compañeros de armas y del batallón sagrado de los franciscanos, con el cual había batido tantas veces al ejército real; ¡ Para vergüenza de los sacerdotes, él ha defendido el Dios que ellos abandonaban cobardemente!»

Aquí Camilo Desmoulins, hacia rellejar el talento de Tácito al hablar de las maldades modernas: el francés en su pluma, era conciso y enérgico como el latín.

«Después del sitio de Perusa (dicen los historiadores) á pesar de la capitulación, la respuesta de Augusto fué: ¡Es necesario que todo perezca! Trescientos de los principales ciudadanos fueron conducidos al altar de Julio César y degollados en el día de los idus de marzo; en seguida el resto de los habitantes fué pasado al filo de la es-

pada y la ciudad, que era una de las mas hermosas de Italia, reducida á cenizas y arrasada como el Herculano de la superficie de la tierra. Había antiguamente en Roma, dice Tácito, una ley que esplicaba los crímenes de Estado y los de lesa magestad, que merecian pena capital. Estos crímenes de lesa magestad en la república se reducian á cuatro: si un ejército había sido abandonado en un país enemigo; si se habían escitado sediciones; si los miembros de los cuerpos constituidos administraban mal los negocios ó los caudales públicos; y si se había envilecido la magestad del pueblo romano. No tuvieron necesidad los emperadores sino de algunos artículos adicionales á esta ley para envolver á los ciudadanos y á las ciudades enteras en la proscripción. Desde que las intenciones se convirtieron en crímenes de Estado, no hubo mas que dar un paso para cambiar en crímenes las simples miradas; la tristeza, la compasión, los suspiros y aun hasta el silencio. Bien pronto se achacó á un crimen de lesa magestad ó de contrarrevolución á la ciudad de Murcia el haber erigido un monumento á sus habitantes muertos en el sitio de Módena combatiendo bajo Augusto; pero porque entonces Augusto combatía con Bruto, Murcia tuvo la suerte de Perusa.

«Crimen fué de contrarrevolución en Libon Druso el haber pedido á los agoreros que le dijese si poseería algun día grandes riquezas. Crimen de contrarrevolución en el periodista Cremilio Cordo el haber llamado á Bruto y á Casio los últimos romanos. Crimen de contrarrevolución en uno de los descendientes de Casio, el tener en su poder un retrato de su bisabuelo. Crimen de contrarrevolución en Mamerio Eseauro, el haber compuesto una tragedia en que había versos de dos sentidos. Crimen de contrarrevolución en Tarcato Silano, el gastar demasiado. Crimen de contrarrevolución en Petreyo, el haber soñado en Claudio. Crimen de contrarrevolución en Pomponio el que un amigo de Seyano fué á refugiarse á su casa de

campo. Crimen de contrarrevolucion el quejarse de las desgracias de la época, porque esto era acusar al gobierno. Crimen de contrarrevolucion el no invocar el genio de Caligula: por haber faltado á esto gran número de ciudadanos fueron despedazados, conducidos á las minas, echados á las fieras, y algunos aserrados por medio del cuerpo. Crimen de contrarrevolucion en la madre del cónsul Fabio Gemino el haber llorado la muerte funesta de su hijo.

«Era necesario manifestar alegría por la muerte de un amigo ó de un pariente sino se quería sufrir igual suerte. Bajo el imperio de Nerón muchos de los que habían perdido sus padres por orden del tirano, fueron á dar gracias á los dioses. Por lo menos era necesario aparentar un aire alegre y tranquilo. Se tenía miedo del mismo miedo. Todo era sombrío para el tirano. Si un ciudadano tenía popularidad, era mirado como un rival del príncipe que podía suscitar la guerra civil.

«El infeliz, era declarado ¡sospechoso!

«Al contrario, si huía de la popularidad ó si se mantenía apartado de los negocios; si aquella vida retirada le valía cierta consideración ¡Sospechoso!

«Si uno era pobre, era menester vigilarle mas de cerca, porque nadie es mas emprendedor que el que nada tiene. ¡Sospechoso!

«Si érais de un carácter sombrío y melancólico; si vestíais con descuido, era porque estábais afligido por lo bien que iban los negocios públicos. ... ¡Sospechoso!

«Si érais virtuoso y de costumbres austeras, se os tenía por un nuevo Bruto, que pretendía con su palidez, censurar á una corte galante y obsequiosa. ¡Sospechoso!

«Si érais filósofo, orador ó poeta, era porque os convenía tener mas favor que los que gobernaban. ¡Podía permitirse que se hiciese mas caso de un autor, que del emperador encerrado en su palco? ¡Sospechoso!

«En fin, el que había adquirido reputación en la guer-

ra, era mas peligroso á causa de su talento. Con un general inepto, puede hacerse lo que se quiere. Si es traidor, no puede entregar un ejército al enemigo sin que se trasluzca su traición. Pero si un oficial del mérito de Agrícola ó de Corbulon llega á ser infiel, nadie se escapa de sus tramas. Lo mejor es deshacerse de ellos, ó cuando menos tenerlos separados del mundo por.... ¡Sospechosos! Fácil es concebir que aun era peor ser nieto ó aliado de Augusto: el que reunía estas circunstancias, podía aspirar al trono... ¡Sospechoso!

«Así es que no era posible tener ninguna cualidad, á menos de hacer de ella un instrumento de la tiranía, sin despertar los celos del despota, y sin esponerse á una pérdida cierta. Era un crimen tener un gran empleo ó dimitirlo. Pero el mayor de todos los crímenes era el ser incorruptible.

«Uno era perseguido á causa de su nombre ó del de sus antepasados. Otro á causa de su hermosa casa de Alba: Valerio Asiático, porque sus jardines habían agradado á la emperatriz. Italico porque la desagradaba su cara: y una multitud sin que supiesen la causa por qué eran perseguidos. Toranio el tutor, y el antiguo amigo de Augusto, fué proscrito por su pupilo sin otra causa que ser hombre de probidad y amar á su patria. Ni la pretura, ni su inocencia pudieron librar á Quinto Galio de las manos sangrientas del ejecutor: aquel Augusto, cuya clemencia se ha alabado tanto, le arrancó los ojos por su propia mano. Cualquiera era engañado ó herido por sus esclavos ó por sus enemigos, y si no había enemigos nunca faltaban asesinos. Estos eran un huésped, un amigo ó un hijo. En una palabra, bajo aquellos reinados, la muerte natural de un hombre célebre, ó que estuviese constituido en dignidad, era tan estraña, que se ponía en los periódicos como un acontecimiento, y se trasmítia por el historiador á la memoria de los siglos venideros.—Bajo aquel consulado, dice nuestro analista, el pontífice Pison murió en

su cama, lo que pareció á todo el mundo un prodigio.

«A tales acusadores tales jueces. Los tribunales protectores de la vida y de la propiedad de los ciudadanos se habian convertido en carnicerías, en donde lo que se llamaba suplicio y confiscacion no era sino un robo y un asesinato. Si no habia medio de llevar á un hombre al tribunal, se tenia el recurso de asesinarlo ó envenenarlo. Celer Elio, la famosa Locusta y el médico Aniceto, eran unos envenenadores de profesion con privilegio esclusivo, y una especie de grandes oficiales de la corona, que siempre iban donde iba la corte. Cuando aquellas medidas no bastaban, el tirano recurría á una proscripcion general. Asi fué como Caracalla, despues de haber muerto por su mano á Geta, declaró enemigos de la republica á todos sus amigos y parientes, en número de veinte mil; y Tiberio, enemigo de la republica, mató á todos los amigos y partidarios de Seyano en número de treinta mil. Asi fué como Sila en un solo día prohibió el fuego y el agua á setenta mil romanos. Si un emperador hubiera tenido una guardia pretoriana de tigres y panteras no hubiera destrozado mas personas que las destrozadas por los deiatores, los libertos y los envenenadores de César, porque la crueldad causada por el hambre cesa con el hambre, en vez de que la que es causada por el temor, la concupiscencia y las sospechas de los tiranos, no tiene límites. ¡Hasta qué grado de envilecimiento y baja se habria descendido la especie humana cuando vemos que Roma sufrió el gobierno de un monstruo que se quejaba de que su reinado no se señalase por alguna calamidad, peste, hambre, ó temblor de tierra; por un hombre que envidiaba á Augusto el haber tenido en el suyo un ejército destrozado, y al de Tiberio los desastres del anfiteatro de Videnas, en donde habian perecido cincuenta mil personas, y para decirlo en una palabra, que deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza para poder colgarla en una ventana de su habitacion.»

Aquí se elevaba Camilo Desmoulins hasta la filosofía de Fenelon, para dar á la revolucion el colorido de una religion politica.

«Algunos piensan sin duda, que la libertad, asi como la infancia, necesita pasar por los llantos y los gemidos para llegar á la edad madura. Pero con la libertad sucede todo lo contrario, y basta desecharla para obtenerla. Un pueblo es libre en el mismo momento en que quiere serlo. La libertad no tiene ni infancia ni vejez; no tiene mas edad que la de la fuerza y el vigor; de otra suerte, los que se hacen matar por la republica, serian tan estúpidos como esos fanáticos de la Vendée que se hacen matar por las delicias del paraíso de que no gozarán nunca. Cuando hayamos perecido en el combate, resucitaremos á los tres dias como creen esos imbéciles paisanos? No, esta libertad que yo adoro, no es el Dios desconocido. Combatimos por defender unos bienes de que estamos en posesion desde que se invocan. Estos bienes son la declaracion de los derechos, la dulzura de las maximas republicanas, la fraternidad, la santa igualdad, y la inviolabilidad de los principios: ved aquí la huella de los pasos de la diosa.

«¡Oh queridos ciudadanos! ¿estariamos envilecidos hasta el punto de tener que prosternarnos ante tales divinidades? No; la libertad que ha bajado del cielo no es una niña de la Opera, no es un gorro encarnado, no es una camisa sucia ni unos harapos; la libertad es la dicha, es la razon, es la igualdad, es la justicia, es vuestra sublime constitucion. ¿Queréis que la reconozca, que me arroje á sus pies, y que vierta mi sangre por ella? Abrid las cárceles á los doscientos mil ciudadanos que llamais

sospechosos, porque en la declaracion de derechos no hay casas para los sospechosos sino prisiones para los delinquentes.

«La sospecha no tiene mas cárcel que el acusador público. No debe haber hombres sospechosos, sino hombres acusados de delitos previstos por la ley, y no creais que esta medida sería funesta á la república; esta sería la medida mas revolucionaria que podiais tomar. ¿Queréis esterminar á todos vuestros enemigos con la guillotina? Pero ¿puede darse mayor locura? ¿Podeis hacer perecer á uno en el cadalso sin atraeros el odio de toda su familia y de sus amigos? ¿Creéis que sean peligrosas esas mugeres, esos viejos, esos valedurnarios, esos egoistas y esos rezagados de la revolucion á quienes encerrais con tanto afán? De todos vuestros enemigos no quedan ya sino los enfermos y los cobardes; los valientes y los fuertes, ó han emigrado, ó han perecido en Lyon y en la Vendée. El resto no merece vuestra ira. Esa multitud de faldenses, de arrendadores, de tenderos que encarcelais en medio de la lucha de la república contra la monarquía, no ha reunido en su favor sino á aquel pueblo de Roma cuya indiferencia describe Tácito en el combate entre Vitelio y Vespasiano.»

## XVII.

La palabra *comision de clemencia* que Camilo habia arrojado á la opinion, lisonjaba por otra parte la generosidad de los vencedores consolando la miseria y la debilidad de los vencidos.

«¿Cuántas beneficencias se elevarian entonces de todas partes! Pienso muy diferentemente de los que os dicen que es menester poner al terror en la órden del dia; estoy seguro al contrario, de que la libertad se consolidaria, y

de que Europa quedaria vencida si tuviérais una comision de clemencia. Esta comision que concluiria la revolucion, es una medida revolucionaria, y la mas eficaz de todas cuando se distribuye con sabiduria. Llamenme enhorabuena moderado los imbéciles y los picaros. No me avergüenzo de no ser mas rabioso que Marco Bruto, y ved aquí lo que éste escribia: *Hareis mejor, mi querido Ciceron, en tener vigor para cortar las guerras civiles, que en ejercer vuestra ira en perseguir tenazmente á los vencidos.* Sabido es que Trasibulo despues de apoderarse de Atenas á la cabeza de los desterrados, y despues de haber condenado á muerte á aquellos de los treinta tiranos que no habian perecido con las armas en la mano, usó de una indulgencia estrema con respecto al resto de los ciudadanos, y que además hizo proclamar una amnistia general. ¿Dirán acaso que Trasibulo y Bruto eran faldenses y brissotistas? Consiento gustoso en pasar por tan moderado como aquellos grandes hombres.»

Despues, volviendo á hablar de la comision de clemencia:

«A la palabra de comision de clemencia, ¿qué patriota oo sentirá conmovidas sus entrañas? porque el patriotismo es la plenitud de todas las virtudes, y no puede por consecuencia, existir en donde no haya humanidad ni filosofia, sino en un alma árida y desecada por el egoismo. ¡Oh, mi querido Robespierre! á tí dirijo mi palabra, porque he visto el momento en que Pául no tenia que vencer mas que á tí; y en el que el navio Argos perecia, la república entraba en el caos, y la sociedad de los Jacobinos y la Montaña se convertian en la torre de Babel si tú no lo hubieses salvado todo. ¡Robespierre! Tú, cuyos elocuentes discursos leera la posteridad con avidez, acuerdate de estas lecciones de la historia y de la filosofia, de que el amor es mas fuerte, y mas duradero que el temor, de que la admiracion y la religion atraen beneficios, y de que los actos de clemen-

cia son la escala de la mentira, según la espresion de Tertuliano; escala, sin embargo, por la cual los miembros de la comision de salud pública, han tratado de subir hasta el cielo, al cual no se sube nunca por escalones ensangrentados. Tú acabas de aproximarte mucho á esta idea con la medida que has hecho decretar hoy en la sesion del decadi 30 de frimario. Es verdad que mas bien es una comision de justicia lo que ha sido propuesto, y sin embargo, ¿por qué ha de ser reputada la clemencia como crimen en una república?»

En fin, se atrevió á dirigirse á Barrere, secretario de la comision de salud pública, con las siguientes palabras:

«No se encuentran ya los moderados y los aristócratas, dice Barrere, sin preguntarse: ¿Habeis visto El Viejo franciscano? ¿Yo protector de los aristócratas! ¿Yo patrono de los moderados! Que la nave de la república que corre entre dos escollos de que ya he hablado, se acerque mucho al del moderantismo, y se verá si yo ayudé á la maniobra, y si soy ó no moderado. He sido revolucionario antes que todos vosotros; he sido mas, he sido un bandido, y me he gloriado de serlo cuando en la noche del 12 al 13 de julio de 1789, el general Danican y yo hicimos abrir las tiendas de los armeros para armar al primer batallon de *sans culottes*. Entonces tenia yo toda la audacia de la revolucion: en el dia, que soy diputado de la Asamblea nacional, solo tengo la que me conviene, que es la de la razon y la de decir mi opinion con franqueza.

«Pero ¡oh queridos colegas! yo os diré como Bruto á Ciceron: Nosotros tememos demasiado á la muerte, al destierro y á la pobreza. *Nimum timeamus mortem et exilium et paupertatem*. Esta vida, ¿merece acaso que un representante la prolongue á costa del honor? No hay ninguno de nosotros que no haya llegado á la cima de la vida y no nos quede mas que descender por medio de mil recipientes inevitables, aun para el hombre mas oscuro.

Esta bajada no nos abrirá ningun paso, ningun sitio que no se haya ofrecido mil veces mas delicioso á aquel Salomon que decia en medio de sus setecientas mugeres, pisando todo aquel aparato de felicidad: «He encontrado que los muertos son mas felices que los vivos, y que el mas dichoso es aquel que no ha nacido!»

## XVIII.

Maltratado Hebert en aquel periódico, exhaló gritos de dolor y de rabia, herido por el puñal de Camilo Desmoulins, y no cesaba de provocar su espulsion de los Jacobinos, denunciandole como un asalariado de la supersticion y de la aristocracia. Por su lado Barrere fulminaba maldiciones contra Camilo Desmoulins en la comision de salud pública y en la tribuna de la Convencion, acusandole de que amortiguaba el patriotismo y de que comparaba la energia sensible de los fundadores de la república, con la crueldad de los tiranos. Desaprobado Camilo por Danton y reprendido por Robespierre, empezó á conocer que se habia colocado entre dos colosos que iban á aplastarle al chocar uno con otro. Pero avergonzándose de tener que retroceder ante la opinion pública, que recibia gustosa aquella primera indicacion de clemencia, agravó su crimen en nuevos articulos, que á la vez abundaban en nuevas ideas de clemencia y en inectivas contra los Jacobinos.

Hebert, Ronsin, Vincent, Momoro y Chaumette, faltos de resolucion en el momento de la lucha, se esforzaban como Camilo Desmoulins en desapasionar á Robespierre ó en desarmarle con sus adulaciones. La muger de Hebert, religiosa exclaustrada por la revolucion, pero digna de otro esposo, frecuentaba la casa de Duplay. Robespierre tenia hácia aquella muger la estimacion y

el respeto que negaba á Hebert. Aquella muger trató de reconciliar á Robespierre con su marido. Convidada á comer en casa de Duplay, se esforzó por disipar las sospechas que Robespierre alimentaba contra la facción de los Franciscanos. Por la noche Robespierre, confiándose á medias con Hebert, le insinuó que la concentración del poder en un triunvirato, compuesto de Danton, de Hebert y de él, reuniría tal vez la acción de la república que estaba próxima á romperse. Hebert respondió que se consideraba incapaz de otro papel que el de Aristófanes del pueblo. Robespierre lo miró con desconfianza. Al salir de casa de Duplay, la muger de Hebert le dijo á su marido que semejante insinuación recibida y luego rechazada, era un peligro mortal para él. «Tranquilízate, dijo Hebert; no temo ni á Robespierre ni á Danton. ¿Si se atreven, que vengan á buscarme á la municipalidad!»

Hebert, ya acobardado, ya temerario, no hablaba en sentido menos provocativo de Danton y de sus amigos, en su periódico y en la tribuna de los Franciscanos. Los aplausos del populacho, la audacia de Vincent, las armas de Ronsin y las bandas desencadenadas de Maillard le aseguraban. Infamaba abiertamente á la comision de salud pública, y el gobierno no tenia mas arbitrio que herir á aquel faccioso ó ser herido por él. La Convencion estaba amenazada de un nuevo 31 de mayo, porque Hebert pedía la prision y el suplicio de los setenta y tres diputados cómplices de los girondinos. Vincent fijó en los Franciscanos unos carteles en que decia que era necesario reducir á mil y quinientas almas las cincuenta mil que habia en Lyon, encargando al Ródano que enterase los cadáveres. Chaumette hacía afliir á la municipalidad los peticionarios de las secciones, pidiendo abiertamente la expulsión de la parte gangrenada de la Convencion. La comision de salud pública conocía por sus agentes secretos las tramadas anárquicas de Ronsin, y que era ya tiempo de cortarlas, aprovechando el momento en

que aquellos mismos conspiradores amenazaban á Danton. Tal fué el motivo de los miramientos y de la indulgencia de Robespierre en los Jacobinos con respecto á Danton y á Camilo Desmoulins. Resuelto á perder á las dos facciones, la comision de salud pública se guardaba de atacarlas en el mismo dia: era necesario dar esperanza á la una para destruir mas fácilmente la otra. Danton, á pesar de su perspicacia, se engañó tambien tomando la longanimidad de Robespierre por una alianza; pero no era sino un lazo y cayó en él. Esto fué lo que reveló algunos dias despues con esta exclamacion de su orgullo humillado: «¡La muerte no es nada; lo que siento es morir por un engaño de Robespierre!»

## XIX.

Los Jacobinos eran para la comision de salud pública el instrumento de la derrota ó de la victoria. Robespierre se encargó de reunirlos á la Convencion, multiplicándose y consumiendo sus fuerzas para ocupar sin descanso la tribuna y ejercer sobre ellos la fascinacion de su nombre. Esta tribuna se convirtió en el unico punto sonoro de la república. La Convencion afectaba hablar poco, desde que ejercia el poder supremo. La soberania no tenia necesidad de hablar, sino de obrar. La Convencion temia ademas el dividirse disintiendo mucho delante de sus enemigos. Su dignidad y su fuerza consistian en el silencio. La opinion no amenazaba ó no estallaba sino en los Jacobinos. Robespierre no desperdiciaba ninguna ocasion de infamar ó de amenazar á los hebertistas: «Que los que descaren, esclamó un dia mirando el grupo que formaban Ronsin, Vincent y los Franciscanos, que la

Convencion quede degradada, vean en esto el principio de su ruina! ¡Que oigan el oráculo de su muerte cierta! ¡Serán esterminados!»

Camilo Desmoullins había sido citado para justificar sus insinuaciones sangrientas contra el terror. Presentóse ya vencido y tartamudeó sus excusas. «Esperad, ciudadanos, dijo, yo no sé en donde estoy. De todas partes me acusan ó me calumnian. Por mucho tiempo he creído de buena fé las acusaciones en contra de la comision de salud pública. Collot de Herbois me ha asegurado que estas acusaciones eran una novela. Yo pierdo la cabeza. ¿Es un crimen á vuestros ojos el haber sido engañado? —Explicad sobre *El Viejo franciscano!*» le gritó una voz. Camilo tartamudea y Robespierre le dirige una mirada severa. «Hace algun tiempo, dijo, que tomé la defensa de Camilo Desmoullins, acusado por los Jacobinos. La amistad me permitió hacer algunas reflexiones atenuantes sobre su carácter; pero en el día me veo obligado á usar un lenguaje diferente. El había prometido abjurar las heregias políticas de que están llenas las páginas de *El Viejo franciscano*. Enorgullecido por el despacho prodigioso de su folleto, y por los pèrfidos elogios que los aristócratas le prodigan, no ha abandonado la senda que le trazó el error. Sus escritos son peligrosos: alimentan la esperanza de nuestros enemigos y fomentan la malignidad pública. Camilo es un ciego admirador de los antiguos. Los escritos inmortales de Ciceron y de Demóstenes hacen sus delicias. Le gustan las filípicas y es un niño extraviado por las malas compañías. Es necesario tratar con rigor sus escritos, que el mismo Brissot no hubiera desechado, y conservar su persona. Pido que se quemen todos esos números.

—Quemar no es responder, exclamó el imprudente foletista.

—¿Cómo te atreves, replicó Robespierre, á justificar unas páginas que forman las delicias de la aristocracia!

Sabe, que si no fueses Camilo podria tal vez no tenerse tanta indulgencia contigo.

—Tú me condenas aqui, repuso Camilo Desmoullins ¿pero no he ido yo á tu casa? ¿No te he leído mis páginas suplicándote en nombre de la amistad, que me ilustrases con tus consejos y que me trazases el camino que debía seguir?

—No me has mostrado mas que una parte de ellas, le respondió severamente Robespierre, como yo no me caso con ninguna querrela, no he querido leer las otras. Se hubiera dicho que yo las había dictado.

—Ciudadanos, dijo entonces Danton, Camilo Desmoullins no debe asustarse de las lecciones un poco severas que Robespierre le dá. ¡Que la justicia y la sangre fria presidan siempre á vuestras decisiones! Antes de condenar á Camilo, mirad bien lo que haceis, no sea que con este golpe, echéis por tierra la libertad de la imprenta!

## XX.

Estas luchas, preludio de otras mas terribles, no impidieron á Robespierre el que dictase sus doctrinas á la Convencion. «Iniciemos al universo entero en nuestros secretos políticos, dijo en un informe sobre el espíritu del gobierno republicano. ¿Cuál es nuestro objeto? El reinado de la justicia eterna cuyas leyes están escritas no en el mármol ni en la piedra, sino en el corazón de todos los hombres, aun en el del esclavo que las ovida y en el del tirano que las niega. Queremos sustituir en nuestro país la moral al egoísmo, la probidad al honor, los deberes á las comodidades, la razon á las preocupaciones, es decir, todas las virtudes y todos los prodigios de la república á todos los vicios y á todas las mentiras de la monarquía. El gobierno democrático y republicano, es el

único que puede realizar estos prodigios; pero la democracia no es un estado en el que el pueblo continuamente reunido, arregla por sí mismo todos los negocios públicos y mucho menos aquel en que cien mil fracciones del pueblo, con medidas prontas, aisladas y contradictorias, deciden de la suerte de la sociedad entera. Tal gobierno si es que ha existido, no podrá vivir sino para conducir al pueblo al despotismo. La democracia es un estado en que el pueblo soberano sometido á leyes que él mismo ha confeccionado, hace por medio de sus delegados todo lo que no podría hacer por sí mismo.

«No solamente la virtud es el alma de la democracia, sino que no puede existir mas que en esta clase de gobierno. En la monarquía no conozco mas que un individuo que pueda amar á la patria, y es el monarca: porque él es el único que tiene una patria. ¿No está él en lugar del pueblo? Los franceses son el primer pueblo del mundo que haya establecido la verdadera monarquía, llamando á todos los hombres á la igualdad y á la plenitud del derecho de ciudadanía, y por esto triunfará de todos los tiranos. Nosotros no pretendemos, pues, modelar la república francesa sobre la de Esparta. Pero las tempestades rugen y nos amenazan aun. Si el resorte del gobierno popular es la calma de la virtud, en las revoluciones es á un mismo tiempo la virtud y el terror. El terror no es otra cosa que una justicia pronta, severa é inflexible. Por lo tanto es una emanación de la virtud. El gobierno actual, es el despotismo de la libertad contra la tiranía para fundar la república. La naturaleza impone á todo ser físico y moral la ley de su propia conservación. ¡Que la tiranía reine un solo día y al siguiente no existirá ningun patriota! ¡Perdon para los realistas! nos gritan. No, ¡perdon para la inocencia, perdon para los débiles, perdon para los desgraciados, perdon para la humanidad! Los conspiradores no son ciudadanos sino enemigos. Algunos se quejan de la detención en las cár-

celes de los enemigos de la república; se buscan ejemplos en la historia de los tiranos; tambien se nos acusa de precipitar los juicios y de violar las formas. En Roma cuando el cónsul descubrió la conjuración y la ahogó en el mismo instante con la muerte de los cómplices de Catilina, fué acusado de haber violado las formas... ¿por quien? Por el ambicioso César que queria engrosar su partido con las hordas de los conjurados!»

Esta alusión á Danton y á sus cómplices, hizo estremecer á la Convencion y palidecer al mismo Danton.

«Dos facciones nos combaten, prosiguió Robespierre, la una nos lleva á la debilidad, la otra al exceso; la una quiere convertir la libertad en una bacante, y la otra en una prostituta. Algunos intrigantes subalternos y aun tambien algunos buenos ciudadanos engañados, se unen al uno ó al otro partido, pero los gefes pertenecen á la causa de los reyes. Los unos se llaman moderados, los otros son los falsos revolucionarios. ¿Quereis contener á los sediciosos? ¡Los primeros os recuerdan la clemencia de César y manifiestan que este ó el otro individuo era noble cuando servia á la república, y no se acuerdan ya de cuando la han hecho traición. Los otros intentan y quieren exceder la locura de los Heliogábalos y de los Calígulas: pero la espuma impura que el Océano arroja á la playa no por eso le hace menos imponente!»

## XXI.

Este informe fué el toque de rebato de la Convencion contra los hebertistas y dantonistas. La comision de salud pública hizo enareclar á Grammont, Duret y Lapa-lus, amigos de Vincent y de Ronsin, acusados por Couthon de haber deshonrado al terror con espoliaciones y suplicios que convertian el patriotismo en latrocinio, y la justicia nacional en degüello.

Los hebertistas temblaron. Robespierre atacándolos cuerpo á cuerpo en los Jacobinos, pulverizó todas sus mociones y espulsó á todos sus agentes. Refugiados en los Franciscanos, pasaron de la ira á las quejas, y de las amenazas á las súplicas. Saint-Just, encargado por Robespierre de comentar sus principios de gobierno en unos informes en los cuales la palabra hería como un cuchillo y era concisa como la voz de mando, leyó á la Convención estos oráculos. El primer informe concernia á los detenidos: «Habeis querido una república, decia Saint-Just, y si no quereis al mismo tiempo lo que la constituye, esta envolverá al pueblo en sus ruinas.»

Estas demostraciones de severidad por parte de Saint-Just, hicieron creer á los partidarios de Hebert que la comision de salud pública temblaba ante ellos y que afectaba su lenguaje para amortiguar su oposicion. Conthon se hallaba en cama, por haberse agravado sus achaques. Robespierre tambien se hallaba enfermo hacia unos cuantos dias, y no podia asistir á la comision; motivo por el cual sus enemigos podian intentar todo impunemente.

Provocado Hebert por Ronsin y Vincent, proclamó en los Franciscanos la necesidad de una insurreccion. A esta palabra palidecieron todos los semblantes y los clubistas se salieron del salon uno tras otro. Vincent hizo vanos esfuerzos por tranquilizar á los débiles y por contener á los tráfugas; y en vano tambien cubrió con un crespon negro la estatua de la libertad. Solo la seccion de la Unidad, en donde dominaba Vincent, fué á fraternizar con ellos. La mayor parte de la seccion permaneció inmóvil. El mayor número, sabiendo la enfermedad de Robespierre, manifestó su inquietud y su alarma por una vida que era á sus ojos la vida de la república. Las secciones nombraron unos comisionados para que fuesen á informarse de la salud de Robespierre y les diesen parte del estado de su enfermedad. Esta afluencia espontá-

nea del pueblo á la puerta de un simple ciudadano, dió á conocer á Robespierre su omnipotencia política.

Danton era á no dudarlo admirado por el pueblo, pero este no le honraba como á Robespierre.

«Yo soy un ejemplo de la justicia del pueblo, propia para animar á sus verdaderos servidores, dijo Robespierre á Duplay cuando le anunció la visita de los comisionados, hace cinco años que él no me ha abandonado ni un solo dia á mis enemigos; irá á buscarme en todos sus peligros hasta en la misma muerte. ¡Ojalá que algun dia no sea yo un funesto ejemplo de su veleidad!»

## XXII.

Encargado Collot de Herbois por la comision de salud pública de reemplazar á Robespierre en la sesion de los Jacobinos, habló vagamente de las agitaciones del pueblo suplicando á los buenos ciudadanos que permaneciesen tranquilos y unidos al centro del gobierno. Como cómplice del movimiento de Hebert si este movimiento hubiera tomado mayores proporciones, Collot de Herbois lo sofocó porque habia abortado. Fouquier Tinville fué llamado por la Convención para dar cuenta de las disposiciones del pueblo. Saint-Just dió su informe fulminante contra las supuestas facciones del extranjero, implicando en ellas á Chabot, Fabre de Eglantine, Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Dueroquet, el coronel Saumur y algunos otros intrigantes oscuros de la faccion de los franciscanos, y fingió confundirlos con los realistas. «¿En dónde está, dijo, la roca Tarpeya! Se engañan los que esperan de la revolucion el privilegio de ser con el tiempo tan perversos como la nobleza y como los ricos de la monarquia. Un arado, un campo, una cabaña al abrigo del fisco y una familia libre de la lubricidad de un malvado, he aquí la

Los hebertistas temblaron. Robespierre atacándolos cuerpo á cuerpo en los Jacobinos, pulverizó todas sus mociones y espulsó á todos sus agentes. Refugiados en los Franciscanos, pasaron de la ira á las quejas, y de las amenazas á las súplicas. Saint-Just, encargado por Robespierre de comentar sus principios de gobierno en unos informes en los cuales la palabra hería como un cuchillo y era concisa como la voz de mando, leyó á la Convención estos oráculos. El primer informe concernia á los detenidos: «Habeis querido una república, decia Saint-Just, y si no quereis al mismo tiempo lo que la constituye, esta envolverá al pueblo en sus ruinas.»

Estas demostraciones de severidad por parte de Saint-Just, hicieron creer á los partidarios de Hebert que la comision de salud pública temblaba ante ellos y que afectaba su lenguaje para amortiguar su oposicion. Conthon se hallaba en cama, por haberse agravado sus achaques. Robespierre tambien se hallaba enfermo hacia unos cuantos dias, y no podia asistir á la comision; motivo por el cual sus enemigos podian intentar todo impunemente.

Provocado Hebert por Ronsin y Vincent, proclamó en los Franciscanos la necesidad de una insurreccion. A esta palabra palidecieron todos los semblantes y los clubistas se salieron del salon uno tras otro. Vincent hizo vanos esfuerzos por tranquilizar á los débiles y por contener á los tráfugas; y en vano tambien cubrió con un crespon negro la estatua de la libertad. Solo la seccion de la Unidad, en donde dominaba Vincent, fué á fraternizar con ellos. La mayor parte de la seccion permaneció inmóvil. El mayor número, sabiendo la enfermedad de Robespierre, manifestó su inquietud y su alarma por una vida que era á sus ojos la vida de la república. Las secciones nombraron unos comisionados para que fuesen á informarse de la salud de Robespierre y les diesen parte del estado de su enfermedad. Esta afluencia espontá-

nea del pueblo á la puerta de un simple ciudadano, dió á conocer á Robespierre su omnipotencia política.

Danton era á no dudarlo admirado por el pueblo, pero este no le honraba como á Robespierre.

«Yo soy un ejemplo de la justicia del pueblo, propia para animar á sus verdaderos servidores, dijo Robespierre á Duplay cuando le anunció la visita de los comisionados, hace cinco años que él no me ha abandonado ni un solo dia á mis enemigos; irá á buscarme en todos sus peligros hasta en la misma muerte. ¡Ojalá que algun dia no sea yo un funesto ejemplo de su veledad!»

## XXII.

Encargado Collot de Herbois por la comision de salud pública de reemplazar á Robespierre en la sesion de los Jacobinos, habló vagamente de las agitaciones del pueblo suplicando á los buenos ciudadanos que permaneciesen tranquilos y unidos al centro del gobierno. Como cómplice del movimiento de Hebert si este movimiento hubiera tomado mayores proporciones, Collot de Herbois lo sofocó porque habia abortado. Fouquier Tinville fué llamado por la Convención para dar cuenta de las disposiciones del pueblo. Saint-Just dió su informe fulminante contra las supuestas facciones del extranjero, implicando en ellas á Chabot, Fabre de Eglantine, Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Dueroquet, el coronel Saumur y algunos otros intrigantes oscuros de la faccion de los franciscanos, y fingió confundirlos con los realistas. «¿En dónde está, dijo, la roca Tarpeya! Se engañan los que esperan de la revolucion el privilegio de ser con el tiempo tan perversos como la nobleza y como los ricos de la monarquia. Un arado, un campo, una cabaña al abrigo del fisco y una familia libre de la lubricidad de un malvado, he aquí la

verdadera felicidad. ¿Qué queréis vosotros los que correis por las plazas públicas para haceros mirar y para que digan de vosotros, ¡ved á fulano que habla; ved á zutano que pasa? ¿Queréis dejar el oficio de vuestro padre para convertirnos en hombres de influencia y en insolentes al pormenor? ¿Sabéis cuál es el último partido de la monarquía? La clase que no hace nada, que piensa mal y que pasea por todas partes su fastidio, su ánsia de goces y su disgusto de la vida común y cuyos individuos se preguntan mutuamente: ¿Qué hay de nuevo? La que hace suposiciones, la que pretende adivinar lo que hará el gobierno, la que siempre está pronta á cambiar de partido por curiosidad. Estos son los hombres á quienes es necesario reprimir. Otra clase hay también corrompida, que son los funcionarios. Al siguiente día al en que un hombre de estos obtiene un empleo público, anda á caza de un palacio, recibe servidumbre, y á su mujer se la vé cargada de joyas; el que ayer no era nada, sube desde el patio á los palcos mas lujosos del teatro; y para saciar la ambición de ambos consortes y sostener su lujo, es necesario mover cada día una nueva revolución.

«El deseo de adquirir renombre, hace tantos mártires como el de adquirir riquezas. Hombre hay que como Erostrato quemaría el templo de la libertad con tal que se hablase de él. De aquí las tempestades formadas con tanta frecuencia. Otro, que se erige ser el mejor y el mas útil de todos los patriotas, pretende que la revolución está concluida y que es necesario dar una amnistia á todos los malvados. Esta proposición oficial es acogida por todos los interesados, y he aquí un héroe. Estableced límites á la autoridad, prosiguió Saint-Just, porque el espíritu humano los tiene, y el mundo reconoce también los suyos, mas allá de los cuales están la muerte y la nada; la sabiduría los tiene asimismo. Mas allá de la libertad, está la esclavitud, como mas allá de la naturaleza está el caos. Estos tiempos difíciles pasarán. ¿No estais viendo

el sepulcro de los que conspiraron ayer? Se han tomado medidas para asegurar á los culpables, y ya están cercados.»

El momento supremo se aproximaba. Por la noche Ronsin, general del ejército revolucionario, Hebert, Vincent, Momoro, Ducroquet, Cook, banquero holandés; Saurmur, coronel de infantería y gobernador de Pondichery; Leclerc, Pereyra, Anacharsis Klotz, Desieux, Dubuisson, y Prolý, fueron presos y conducidos á la Conserjería. Cayeron como unos criminales ordinarios y no como unos conjurados políticos. Acogidos con aplausos irónicos y con silbidos de desprecio en las cárceles que habían llenado de víctimas, no tuvieron ni los consuelos de la piedad, ni el decoro de la desgracia. Estos hombres se lamentaban y lloraban como niños. Un espía de Robespierre encarcelado con ellos como si fuera cómplice suyo á fin de que revelase sus confidencias, relata así su actitud en los partes secretos de la comisión de salud pública. «Solo Ronsin, dice, ha demostrado firmeza; como viese escribir á Momoro:—¿Qué escribes? le dijo, todo eso es inútil. Este es un proceso político. Habeis hablado mucho en los Franciscanos cuando era necesario obrar. Sin embargo, tranquilizaos, añadió dirigiéndose á Hebert y á Vincent, el pueblo y el tiempo nos vengarán. Tengo un hijo que he adoptado y al cual he inculcado los principios de una libertad ilimitada. Cuando sea grande no olvidará la muerte injusta de su padre. El será quien dé de puñaladas á los que nos han hecho morir; para esto no se necesita mas que un puñal. Es necesario morir.»

## XXIII.

Los hebertistas fueron al cadalso en la mañana del 24 de marzo de 1794 en cinco carretas. La multitud no los honró siquiera con su atención. Solamente cuando vie-

ron pasar la última carreta que conducía á Anacharsis Kloutz, á Vincent, Ronsin y á Hebert, algunos hombres apostados, que llevaban en la punta de un palo unos hornillos encendidos, símbolos parlantes de los hornillos del carbonero de *El padre Duchesne*, los aproximaron á la cara de Hebert insultándole con las mismas burlas, con que él había insultado á tantas víctimas. Hebert parecía insensible, Vincent lloraba, y Anacharsis Kloutz conservaba en sus facciones la calma imperturbable de su sistema. Sin hacer caso de la bulla de la multitud, predicó el materialismo á sus compañeros de cadalso, hasta el borde de la nada.

Así concluyó este partido, mas digno del nombre de banda que del de facción. El aprecio que tenía Robespierre á Pache lo salvó de esta proscripción. Robespierre no encontró al corregidor de París tan perverso ni tan audaz, que pudiese inquietar al gobierno. Diezmado el consejo del ayuntamiento, Pache no era en la casa de la ciudad sino un ídolo sin brazos, muy á propósito para asegurar la obediencia del pueblo á la Convencion. Poco despues fueron presos Chaumette, el obispo Gobel, Herault de Sechelles, y Simon su colega en la mision de Saboya. Así desaparecian uno á uno todos los apoyos que podian quedarle á Danton. Este nada veía, ó en la imposibilidad de impedirlo, afectaba no ver nada.

Encerrado Robespierre en su retiro despues de su victoria sobre los hebertistas, proseguía su plan de depuración de la república. Por su propia mano escribió un proyecto de informe sobre el asunto de Chabot, que despues se encontró sin concluir entre sus papeles. Este informe que pintaba unas miserables intrigas, como atroces conspiraciones, hacia de Chabot un conjurado, cuando no era mas que un alma vulgar. La sombría imaginación de Robespierre todo lo agrandaba; su política, de acuerdo con sus sospechas, creía en la necesidad de mantener en gran terror á la Convencion, para disponerla á grandes

sacrificios y para arrancarla al mismo Danton, favorito de la Montaña.

«Los representantes del pueblo, decía Robespierre en el informe, no pueden hallar la paz sino en el sepulcro; los traidores mueren, pero las traiciones sobreviven.» Despues de esta esclamacion de desaliento, sondeaba las miserias de la patria, las debilidades de la Convencion, y la corrupcion de muchos de sus miembros, atribuyéndolas todas á un plan inspirado por los estrangeros para seducir y estraviar á la república, para conducirla por medio de los vicios, de los desórdenes y de la traicion, hasta la monarquía. Refería en seguida, de que modo Chabot, seducido ó cómplice, se habia casado con la hermana del banquero austriaco Frey, y recibido en dote doscientos mil francos; cómo habia sido encargado de corromper á precio de oro al diputado que debia informar sobre la compañía de las Indias, para favorecer los intereses de especuladores estrangeros, y en fin, cómo habia venido Chabot cuando ya no era tiempo, á denunciar esta manobra en la que él tomaba mucha parte, á la comisión de seguridad general. Este informe fué interrumpido por la indisposicion de Robespierre; pero Fabre de Eglantine, Bazire y Chabot, presos por orden de la comisión como sobornados ó como seductores, entraron en los calabozos. Los nombres de aquellos tres diputados que sabian estaban unidos intimamente con Danton, parecian indicar á la opinion pública que los satélites de aquel personaje no eran muy puros, que sus amigos no eran inviolables, y que las conspiraciones tal vez remontaban hasta él.

## LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Robespierre y Danton.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inacción de Danton.—Sesión secreta de las tres comisiones.—Discurso de Saint-Just.—Pide la prisión de Danton y de sus cómplices.—Prisión de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Westermann.—Su llegada al Luxembourg.—Sesión de la Convención.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Danton y sus cómplices.—Voto unánime.—Danton en la cárcel.—Camilo Desmoulins.—Su esposa.—Proceso de los acusados.—Su condenación.—Su ejecución.—Juicio sobre Danton.

## I.

Sin embargo, Robespierre vacilaba aun en herir á Danton. Su indecision y la de Saint-Just y Couthon, á quien él dominaba, hacía que se meciese la muerte sobre la cabeza de aquel antiguo rival. Robespierre no le estimaba, pero tampoco le aborrecía, y había dejado de temerle. Si aquel hombre hubiera sido mas incorruptible, de buena gana lo hubiera asociado Robespierre á su imperio. Aquel Antonio hubiera completado este Lépido. Danton estaba naturalmente dotado por la naturaleza de unas facultades de que carecía Robespierre, que era la precision del golpe de vista y la vehemencia de las ins-

piraciones. El uno era el pensamiento y el otro el brazo de una revolucion. El valor civico era mas obstinado en Robespierre, y el fisico, mas pronto y mas instintivo en Danton. Estos dos hombres reunidos hubieran sido el alma y el cuerpo de la república. Pero el pensamiento de Robespierre, no admitía la impura mezcla del materialismo de Danton. «Unir una buena idea á una mala no es fortificarla, decia, sino corromperla. La virtud vencida pero sin mancha, es mas fuerte que el reino triunfante.»

Una viva ansiedad le agitó durante los días y las noches que precedieron á su resolucion. Se le oyó muchas veces esclamar: «¡Ah, si Danton fuese hombre de bien! ¡Si fuese verdaderamente republicano!... ¡Yo quisiera tener la linterna del filósofo griego, decia en otra ocasion, para leer en el corazon de Danton y saber si es mas amigo que enemigo de la república!»

Los Jacobinos dudaban menos en sus sospechas. Danton no era á sus ojos mas que la estatua de barro del pueblo que se desharia á las primeras lluvias: «Es necesario, decían, quitar á la multitud este falso dios, para hacerle adorar la pura virtud revolucionaria. Este Pericles de la corrompida Atenas no convenia á Esparta.»

Robespierre lo conocia, pero no se atrevia á deducir su última consecuencia. Se preguntaba interiormente si la poderosa popularidad de Danton sobre la Montaña, se repartiria despues de su muerte sobre otras cabezas subalternas, tan viciosas pero menos fuertes y mas pérdidas que la de Danton, y si valia mas equilibrar con él el ascendiente sobre la Convención que entregar este mismo ascendiente á la casualidad de otras popularidades; si muerto el vicioso, moriría el vicio con él en la república; si en los grandes ataques que el gobierno tendria que sostener contra las facciones que se multiplicaban, la presencia, la voz y la energia de Danton, harian falta á la patria y aun á él mismo: y en fin, si la sangre del segundo de los revolucionarios que se iba á derramar, daría á algun

atrevido la sed de sangre del primero; si el sepulcro de su colega sacrificado, estaria sin cesar como una asechanza al pie de la tribuna en donde se hallaba ya el de Vergniaud, y si era un buen ejemplo para el porvenir y un buen augurio para su propia fortuna, el escavar así un sepulcro en medio de la Convencion y hacerse un escalon con los cadáveres de sus rivales.

En fin, la naturaleza que estaba vencida pero no sofocada en el corazon de Robespierre, se sublevaba interiormente en él contra las crueles exigencias del hombre político. Es verdad que Danton era su rival, pero tambien era el mas antiguo y el mas ilustre compañero de su carrera revolucionaria. En cinco años de luchas, de derrotas y de victorias, no habian cesado de combatir juntos para destruir el trono, salvar la integridad del territorio y fundar la república. Sus almas, sus palabras, sus vigili-  
 UNIV. DE ALICANTE

as y sus sudores se habian confundido en los trabajos, en los peligros y en todos los contratiempos consiguientes para llevar á cabo la revolucion. Se sentaban en los mismos bancos, se encontraban en los mismos clubs, jamás habian tenido un choque, siempre, ó al menos en la apariencia, se habian manifestado uno á otro la estimacion y el aprecio que conmueven el corazon, y se habian defendido mutuamente contra sus enemigos comunes. Habia suficiente espacio en la república para dar cabida á estas dos ambiciones distintas.

Ademas Danton era joven, padre de unos niños que pronto quedarían huérfanos, y estaba enamorado de una nueva esposa que preferia al poder y que amortiguaba su ambicion.

Couthon, Lebas y Saint Just, eran los testigos y los confidentes de la irresolucion de Robespierre, que parecia querer que la violencia moral le arrancase un consentimiento que no podia salir de su boca. Una noche entró en su casa con el rostro radiante y viéndose en él la serenidad de un hombre que ha tomado una resolucion

magnánima. «Les he arrancado una gran presa, dijo á Souberbielle, y tal vez un gran criminal; pero soy jurado del pueblo como tú y mi conciencia no estaba suficientemente iluminada. «Souberbielle comprendió en lo sucesivo que se trataba de Danton.

## II.

Como se ha visto, Danton se habia retirado voluntariamente de la comision de salud pública, no para amortiguar la envidia que empezaba á encontrarle demasiado grande, sino para disfrutar en paz de unos gozes que le eran mas queridos que la ambicion. El amor, el estudio, la amistad, algunos trabajos para la Convencion, algunas intrigas lánguidas y algunas esperanzas demasiado manifiestas de volver al poder, ocupaban sus días. Renná con frecuencia en Sevres á sus amigos Philippeaux, Legendre, Lacroix, Fabre de Eglantine, Camilo Desmoulins, Bazire, Westermann y algunos políticos de la Montaña. Aquellos hombres, que no eran mas que alegres convidados, pasaban por conspiradores. Danton, poco sobrio en palabras, se desahogaba en críticas amargas y sangrientas contra el gobierno. Danton era demasiado tímido para derribar una dictadura, y demasiado atrevido para no querer aun atacarla. Afectaba el tono de un conspirador sufrido que tiene en su mano la fuerza para destruirlo todo, y que no quiere usar de ella. Aparentaba que dejaba obrar á la comision de salud pública, solamente para hacer prueba de su insuficiencia hasta el momento en que le conviniese detenerla. «La Francia cree poder pasar sin mí, veremos!» decia con frecuencia.

No contemplaba á Robespierre, que siempre le habia parecido un metafísico envuelto en su virtud, embara-

zados en sus sistemas, y entonces *encenagado en sangre*. «Danton, le decía un día Fabre de Eglantine, ¿sabes de que te acusan? Dicen que no has lanzado el carro de la revolución sino para enriquecerte, al paso que Robespierre ha quedado pobre en medio de los tesoros de la monarquía derribada por él. — Bien, le respondió Danton, ¿sabes tú lo que eso prueba? ¡que yo amo el oro y Robespierre la sangre! Robespierre, añadió, tiene miedo al dinero porque ensucia las manos.»

Se decía también que Danton había hecho votar fondos considerables á la Convencion con destino á la comision de salud pública, á fin de empañar la incorruptibilidad de Robespierre en las sospechas que pesaban sobre él. Lacroix y Danton habían sacado, según se decía, grandes riquezas de sus comisiones en Bélgica. Añadiase que no queriendo poseerlas en su nombre, se las había prestado á la antigua directora de los teatros de la corte, Mad. Montansier. Esta las había empleado en su nombre, pero en provecho de ellos, en construir el teatro de la Opera. Se creía también, que algunos de los diamantes robados del guarda-joyas de la corona, estaban en poder de un agente de Danton. Desde que la comision de salud pública gobernaba por mano del verdugo, Danton afectaba horror á la sangre y se esforzaba en dar á su partido el título de partido de la clemencia. Despues de buscar la popularidad en el rigor, la proseguia con la magnanimidad. Hacia señales de inteligencia á las victimas y se constituia en vengador suyo para lo sucesivo. Inspiraba á Camilo Desmoulins sus filipicas contra el terror y sus alusiones contra Robespierre, haciendo de la humanidad una faccion. Aquella faccion era un cargo permanente contra la comision de salud pública, y sobre todo contra Collot de Herbois, Billand Varennes y Barrere, instigadores ó instrumentos del terrorismo. En el momento en que un régimen semejante tuvo por acusador á un hombre como Danton, aquel régimen se vio

amenazado. Bajo un gobierno cuya única fuerza era su implacabilidad, toda llamada á la compasion era una convocatoria á la insurreccion.

## III.

La inminencia de un choque entre Robespierre y Danton, era evidente á los ojos de los montañeses inteligentes. Obligados á decidirse entre aquellos dos hombres, su corazon estaba por Danton y su lógica por Robespierre. Adoraban al primero, cuya voz habia electrizado muy ameno su patriotismo, y temian al segundo mas de lo que le apreciaban. Su concentrado carácter, su frio exterior y su imperiosa palabra, rechazaban la familiaridad y desconcertaban el afecto. Era este un hombre á quien debian mirarle en perspectiva y á cierta distancia para temerlo y aborrecerlo menos. Solo el pueblo en masa podia apasionarse por aquel ídolo. Sus colegas no se atrevian á acusarlo. Pero á los dipulados patriotas de la Montaña no se les escapaba que si Danton era el patriota según su corazon, Robespierre era el legislador según sus miras, y que sin Robespierre la república seria una dictadura sin unidad y una tempestad sin direccion. Solo él tenia los secretos del rumbo y marcaba á la democracia el puerto siempre lejano al cual esperaban llegar bogando por aquel mar de sangre. Los montañeses no podian decidirse á perder á aquellos dos hombres; pero si era necesario escoger, seguirian á Robespierre, llorando por Danton. Todavía esperaban conservar á los dos.

Algunos negociadores oliciosos se esforzaron por conseguir una esplicacion entre ellos. Robespierre no se negó á ello; deseaba sinceramente hallar á Danton bastante inocente para no perderlo. Se convino en una entrevista por los dos gefes, y esta tuvo lugar en una co-

mida en Charenton, en casa de Panis, su amigo común. Los convidados, que eran en pequeño número, animados de un deseo ardiente de prevenir aquel rompimiento de la república, apartaron cuidadosamente del principio de la conversacion todos los motivos de division capaces de despertar los resentimientos. Lo consiguieron; el principio de la comida fué cordial. Danton se manifestó franco y Robespierre sereno. Se auguraba bien de esta union sin choques entre dos hombres cuyas disposiciones personales podian amortiguar el combate entre los dos partidos.

No obstante, al fin de la comida, sea porque el presuntuoso Danton viese en la presencia de Robespierre un sintoma de debilidad, sea porque la indiscrecion del vino soltase su lengua, ó sea en fin, porque su orgullo no pudiese ocultar el desprecio que hacia de Robespierre y de sus amigos, ello es que todo cambió de aspecto. Se entabló un diálogo al principio penoso, despues amargo, y por último amenazador, entre los dos interlocutores: «Temos entre los dos la paz ó la guerra para la república, dijo Danton, ¡desgraciado del que la declare! Yo estoy por la paz, deseo la concordia, pero no daré mi cabeza á los treinta tiranos.—¿Qué es lo que llamais tiranos? dijo Robespierre. En la república no hay otra tiranía que la de la patria.—¡La patria, exclamó Danton, está en un conciliábulo de dictadores, de los cuales unos tienen sed de mi sangre y los otros no tienen fuerza para rehusarla!—Os engañais, respondió Robespierre, la comision no tiene sed sino de justicia y no vigila sino á los malos ciudadanos. Pero, ¿son buenos ciudadanos los que quieren desarmar la república en medio del combate y los que se adornan con las gracias de la indulgencia cuando nosotros aceptamos por ellos la odiosidad y la responsabilidad del rigor?—¿Es esa alusion? dijo Danton.—No, es una acusacion, repuso Robespierre.—Vuestros amigos quieren mi muerte.—Los vuestros quieren la de la repú-

blica.» Los convidados interpusieron entonces su mediacion, hicieron que se moderasen y casi los reconciliaron. «No solamente, dijo Robespierre, la comision de salud pública no quiere vuestra cabeza, sino que desea ardentemente fortificar al gobierno con el mayor ascendiente de la Montaña. ¿Estaria yo aqui si quisiese vuestra cabeza? ¿Ofreceria mi mano á quien yo tratase de asesinar? ¿Se siembra la calumnia entre nosotros! ¡Danton, andad con cuidado! Cuando uno toma por enemigos á sus amigos, se espone á que lo sean de veras. ¡Veamos!... ¿No podremos entendernos? ¿El poder, tiene ó no necesidad de ser terrible cuando los peligros son estremos?—Si, dijo Danton, pero nó debe ser implacable. La ira del pueblo es un movimiento. Vuestros cadalsos son un sistema. El tribunal revolucionario que yo inventé era digno, y vosotros lo habeis convertido en una carniceria. ¡Herís sin eleccion!—¿Setiembre eligió? dijo Robespierre burlándose.—Setiembre, repuso Danton, fué un instinto irreflexivo, un crimen anónimo que nadie absuelve, pero que nadie puede castigar en el pueblo. La comision de salud pública, vierte la sangre gota á gota como para mantener el horror y el hábito de los suplicios.—Hay gentes, respondió Robespierre, á quienes les gusta más verterla á torrentes.—¿Haceis morir tantos inocentes como culpables.—¿Ha muerto un solo hombre sin juzgarlo? ¿Se ha cortado una sola cabeza que no fuese proscripta por la ley?» A estas palabras Danton dejó escapar de sus labios una sonrisa amarga y provocativa: «¡Inocentes! ¡inocentes! exclamó, delante de esas comisiones que han dicho á las balas que escogiesen en Lyon y al Loira que escogiese en Nantes! ¡Tú te chanceas, Robespierre! Tomais por crimen el odio que se os tiene! ¡Declarais culpables á todos vuestros enemigos!—No, dijo Robespierre, y la prueba es, que tú vivés!»

A estas palabras Robespierre se levantó y se fué con señales visibles de impaciencia y de ira. Por el camino

desde Charenton á la calle de San Honorato, guardó un profundo silencio: al llegar á la puerta de su casa, «Tú lo has visto, dijo al amigo que le acompañaba, no hay medio posible de que ese hombre vuelva al gobierno. Quiere hacerse popular á espensas de la república, corrompiéndola por dentro y amenazándola por fuera. No somos muy fuertes para despreciar á Danton, pero somos demasiado animosos para no temerle; queremos la paz, él quiere la guerra y la tendrá.»

Apenas entró en su habitación, Robespierre envió á buscar á Saint-Just, quedando los dos encerrados una parte de la noche y muchas horas del día, en los dos que siguieron á aquel laconferencia. Se cree que prepararon y combinaron en aquellas largas encerronas los informes y los discursos que fulminaron contra Danton y sus amigos.

## IV.

Danton pasó aquellos dos días en Sevres, sin preveer ó sin querer conjurar la tempestad que le amenazaba. En vano Legendre, Lacroix, el joven Rousselin, Camilo Desmoulins y Westermann le suplicaron que mirase por sí, y que burlase á la comision de salud pública con la fuga ó con la audacia. «La Montaña es tuya, le dijo Legendre.—Las tropas estan por tí, le dijo Westermann.—El sentimiento pública está por nosotros, le decía Rousselin. La compasion pública se convertirá en indignacion á tu voz.» Danton se sonreia con indiferencia y orgullo. «Aun no es tiempo, les respondió, y además será necesario derramar sangre y ya estoy cansado de ella. He vivido bastante y no quisiera comprar la vida á este precio. Quiero más ser guillotinado que guillotinar. Además, no se atreverán á atacarme porque soy mas fuerte que ellos.»

Les dijo con esto mas de lo que pensaba decir tal vez. Afectaba confianza para justificar su inaccion. Pero en el fondo no obraba porque no podía obrar. Danton era una fuerza inmensa, pero aquella fuerza no tenia ya en donde apoyar la palanca que habia de levantar á la república. ¿Estaba esta en los Jacobinos? Los habia entregado á Robespierre. ¿Estaba en los Franciscanos? Los habia abandonado á Hebert. ¿Estaba en la Convencion? La habia avasallado retirándose de ella, á la comision de salud pública. Por lo tanto se hallaba cercado y desarmado por todas partes. No tenia apoyo sino en los dos mas libios é inactivos entre los sentimientos públicos: la compasion y el miedo. No podia recurrir sino á un resto vago de popularidad, y el ascendiente que conservaba sobre la opinion pública era casi nulo. Además, ¿cómo podía hablar de clemencia el hombre de setiembre? ¿Una revolucion en nombre de la humanidad, ¿podia personificarse en un Mario? ¿Tendria el derecho de sublevar la conciencia pública con las manos teñidas aun en sangre? ¿No se estrellaria contra sus antecedentes si queria intentarlo? ¿No se le convenceria de engañoso y falaz? El lo conocia así sin confesarlo y se dormia en una seguridad engañosa, envolviéndose en su popularidad desvanecida, como en una inviolabilidad para molivar su apatia.

Saint-Just, Robespierre, Barrere y la comision no se engañaban: sabian que una sorpresa de la elocuencia de Danton podía atraerse á la Convencion y hacerle reconquistar un ascendiente mal apagado aun en la Montaña. Querian desarmar al gigante antes de combatir, y la lucha de una sesión les parecia demasiado espuesta para arrostrarla. Entonces, ninguna voz ni acento, inclusa la de Robespierre, no tenian aun la influencia que la voz y el acento de Danton. El silencio era mas prudente y el misterio mas seguro. Obraron como el senado de Venecia y no como los comicios de Roma: el calabozo les ofreció mas seguridad que la tribuna.

La comision de salud pública convocó por la noche á sesion secreta á los miembros de la comision de salud general y á los de la comision de legislacion. Ninguno sospechaba el terrible complot á que se asociaba sin saberlo. Danton contaba con amigos en aquellas dos comisiones, pero amigos débiles que temian declarar inocente al que Robespierre hallaba culpable. Los semblantes estaban taciturnos, evitaban el mirarse unos á otros y no se hablaron ni una palabra antes de deliberar. Saint-Just con acento incisivo y con una voz mas metálica que de ordinario, principió por pedir que un silencio de Estado cubriese la deliberacion que se iba abrir y la resolucion que se tomase. En seguida dijo sin aparentar comoverse por la grandeza de su proposicion: «Que la república estaba minada dentro de la misma Convencion; que un hombre que habia sido útil por mucho tiempo, pero que entonces era peligroso y siempre egoísta, habia afectado separarse de las comisiones del gobierno, á fin de separar su causa de la de sus colegas, é imputarles en seguida á erimen la salvacion de la patria; que este hombre, educado en la escuela de los complots, rebosando en riquezas, convencido de traicion, primero entrando en las miras de la corte, despues unido á Dumouriez y á la Gironda, y finalmente á los enemigos de la revolucion, tramaba ahora la mas peligrosa de todas, ¡la traicion de la clemencia! El hombre que con la hipocresia de la humanidad, pervertia la opinion, aumentaba las murmuraciones, agriaba los espíritus, fomentaba la division en la representacion nacional, entretenia las esperanzas de la Vendée, y tal vez mantenia correspondencia con los tiranos destruidos; el que reunia alrededor de sí en una aparente

macion á todos los hombres viciosos, débiles ó versátiles de la república: el que les dictaba su papel y les inspiraba sus invectivas contra los saludables rigores de las comisiones: el que concluiria con la revolucion si los servicios anteriores y dudosos de este hombre lo cubriesen á los ojos de los patriotas puros, contra sus crímenes presentes, y sobre todo contra sus crímenes futuros: el que seria el peor de los contrarevolucionarios porque tendria la perfidia de ejecutar la contrarevolucion en nombre del pueblo: el que estableceria el peor de los gobiernos que seria una república que cayese en las manos de los hombres mas corrompidos de entre los falsos demagogos: el hombre que seria por sí solo una contrarevolucion para el pueblo!... este hombre, á quien todos habeis conocido sin que yo le nombre.... (dijo despues de un momento de silencio) ¡es Danton! ¡Sus crímenes están consignados en el mismo silencio que guardais al oír su nombre! Si fuese puro, vuestros murmullos me habrian confundido. Nadie le cree inocente, todos lo creen peligroso. Tengamos el valor de nuestras convicciones y la inflexibilidad de nuestros deberes. ¡Pido que á Danton y á sus principales cómplices Lacroix, Philippeaux y Camilo Desmoulins, se les ponga presos esta noche y que sean entregados al tribunal revolucionario!»

Todos dirigieron sus miradas á Robespierre. Este, que se habia indignado la primera vez que Billaud Varennes, habia propuesto la prision de Danton, guardaba entonces el mas profundo silencio. Todo el mundo conoció que Saint-Just, habia hablado en nombre de los dos.

Ninguno queria aparentar indecision cuando Robespierre se habia decidido. Barrere y sus colegas firmaron la orden. El silencio se prescribia por sí mismo; la indiscrecion hubiera sido mirada como complicidad, y la complicidad era la muerte.

No obstante, un empleado subalterno de las oficinas de la comision llamado Paris, oyó lo que se habia resuel-

to, á través de las rendijas de la puerta del salón, y corrió á casa de Danton, le dijo que su nombre se había pronunciado muchas veces en la reunión de los tres consejos, que debía temer una resolución siniestra contra él y le ofrecía un asilo seguro en donde pudiese dejar pasar la tempestad. La jóven esposa de Danton instruida de esto por su ternura, se arrojó vertiendo lágrimas á los pies de su marido suplicándole por su amor y por el de sus hijos, que escuchase aquella advertencia del destino y que se ocultase por algunos días de sus enemigos. Sea incredulidad hácia este aviso, sea tuviese á humillación el tratar de evitar la muerte, sea cansancio de vivir en aquellos trances, que César encontraba peores que la misma muerte, ello es, que Danton no consintió en esconderse. «Deliberarán mucho tiempo antes de herir á un hombre como yo, dijo, deliberarán siempre y yo seré quien los sorprenda.» Despidió á Paris, leyó un rato y se durmió.

A las seis de la mañana llamaron á su puerta los gendarmes y le presentaron la orden de la comisión. «¿Con que se atreven? dijo refregando la orden entre sus manos. ¡Y bien! ¡Son mas atrevidos de lo que yo suponía!» Se vistió. Abrazó convulsivamente á su muger, la tranquilizó sobre su suerte futura, la exortó á que viviese tranquila y siguió á los gendarmes que lo condujeron al Luxemburgo.

A la misma hora arrancaron á Camilo Desmoulins de los brazos de Lucila. «Voy al calabozo, dijo al salir, por haber compadecido á las víctimas; si muero mi sentimiento será no haber podido salvarlas.»

Philippeaux, Lacroix y Westermann entraron al mismo tiempo en el Luxemburgo. Herault de Sechelles, Fa-bre de Eglantine, Chabot y Launay estaban ya allí.

El nombre de Danton aturdió á los detenidos. Los presos de todas las facciones, y sobre todo, los realistas, se apiñaron para contemplar aquella gran irrisión de la repu-

blica. Aquella burla de la suerte era el sentimiento que parecía humillar mas á Danton, y que él se esforzaba por apartar de sí con afán. «¡Y bien, sí, dijo levantando la cabeza y afectando una risa que contrastaba con su situación, ¡es Danton en persona! ¡Miradlo bien! La jugada ha sido buena; lo confieso. No hubiera creído nunca que Robespierre me escamotease de este modo. ¡Es necesario aplaudirán á sus mismos enemigos cuando se conducen como hombres de Estado! Por lo demás, ha hecho bien, añadió dirigiéndose á los realistas que le rodeaban: dentro de algunos días os hubiera libertado á todos. Entro aquí por haber querido concluir vuestras miserias y vuestro cautiverio.» Con estas palabras trataba de disminuir el horror que inspiraba su nombre y de atraerse el interés de sus víctimas. Su fingida bondad sedujo los corazones. Los realistas estaban reducidos á no tener mas elección ni preferencia que entre sus enemigos.

## VI.

Posieron á Danton y á su amigo Lacroix en un mismo calabozo: «¡Presos nosotros! exclamó Lacroix, ¿quién lo hubiera podido preveer?—Yo, le dijo Danton.—¿Cómo! ¿Tú lo sabías y no has obrado? replicó Lacroix.—Su cobardía me aseguraba, replicó Danton. He sido engañado por sus anteriores bajezas.» Hácia el medio día, pidió que le dejasen pasear como á los demás presos por los corredores. Los carceleros no se atrevieron á negarse á que diese algunos pasos por la cárcel al hombre que mandaba el día antes á la Convención. Herault de Sechelles, le salió presuroso al encuentro y lo abrazó. Danton afectó indolencia y alegría. «Cuan lo los hombres cometen sim-plicezas, dijo á Herault de Sechelles encogiendo los hombros, es menester que sepan reírse de ellas.» En seguida

viendo á Tomás Payne se acercó á él y le dijo con tristeza. «Lo que tú has hecho por tu patria adoptiva he tratado yo de hacerlo por la mía. He sido menos dichoso que tú, pero no más culpable.» Después se volvió hácia un grupo de sus amigos que se lamentaban de su suerte, y dirigiéndose á Camilo Desmoulins que se golpeaba la cabeza contra la pared: «¿A qué vienen esas lágrimas? le dijo, ya que nos envían al cadalso marchemos á él alegremente.»

No dejaron á los acusados por mucho tiempo el consuelo de hablar juntos. Llegó al poco rato una orden para encerrarlos en calabozos separados: el de Danton estaba próximo á los de Lacroix y de Camilo Desmoulins. Danton estaba constantemente asomado á la reja de su ventana, no cesando de hablar con su amigo en alta voz, para que lo oyesen los presos que habitaban en los pisos superiores y los que se paseaban en el patio. Su valortenia necesidad de espectadores. La ventana fué su tribuna y estuvo en escena hasta en el calabozo. La fiebre de su alma se revelaba en las pulsaciones de su pensamiento y en la agitación de su discurso. Hombre de tumulto, no era de esas naturalezas que recogen su fuerza en el silencio y que no necesitan otros testigos que su conciencia. Este necesitaba un infortunio ruidoso y cierta popularidad en medio de la desgracia. Su locuacidad llegó á importunar á los presos.

## VII.

El rumor de la prision de Danton y de sus cómplices se esparció con el día en París. Nadie quería creer en este exceso de temeridad de la comisión de salud pública. La prision de Danton parecía ser el sacrificio de la revolucion. Sin embargo, aquella misma temeridad daba

el sentimiento de una fuerza inmensa en los que la habían manifestado. No se sabía si se debía murmurar ó aplaudir. Todo el mundo callaba aguardando mas esplicaciones.

La Convencion se reunió con lentitud. Algunos sordos cuchicheos anunciaban que los diputados se comunicaban en voz baja la relacion, las conjeturas y las impresiones de los acontecimientos de aquella noche. La meditacion estaba impresa en todas las frentes; pero ninguno se preguntaba interiormente si quedaba alguna seguridad y alguna independencia ante un poder oculto que se atrevia á hacer desaparecer á Danton. Los miembros de la comision de salud pública no estaban aun en sus bancos, y como los soberanos que se hacen esperar, dejaban disipar la impresion antes de arrostrarla.

Legendre fué el primero que compareció. Este era el amigo mas poderoso de Danton. El mismo, como otro Danton subalterno, tan pronto agitador, tan pronto moderador del pueblo de donde habia salido, se creía ser el genio de su modelo porque tenia su turbulencia, y pensaba tener su mismo valor porque como él era arrebatado é impetuoso. Al rumor de la prision de su amigo, Legendre se sintió amenazado, y no se atrevió á concebir un pensamiento generoso, como el de citar á la tiranía á la barra de la Convencion. Su rostro pálido y desfigurado daba á entender la lucha que pasaba en su alma entre el valor y el temor, entre la amistad que le incitaba á hablar y el servilismo que callaba en torno suyo. Legendre subió precipitadamente las gradas de la tribuna.

«Ciudadanos, dijo, cuatro miembros de esta asamblea han sido presos esta noche. Danton es uno de ellos. Ignoro el nombre de los demas. Los nombres no importan si son culpables, pero vengo á pedir que sean oidos, condenados ó absueltos por vosotros. Ciudadanos, yo no soy sino el fruto del genio de la libertad; yo no soy sino su obra, y no trataré sino de desenvolver con grande sen-

cillez mi proposicion. No esperéis de mí sino la esplosion de un sentimiento. Ciudadanos, lo declaro, creo á Danton tan puro como yo, y nadie ha sospechado jamás aquí de mi probidad. » A estas palabras, un murmullo desfavorable reveló la mala fama de Danton. Legendre empezó á turbarse, y á pesar de esto el silencio se restableció á la voz del presidente. Legendre continuó:

«No apostrofaré á ninguno de los miembros de la comision de salud pública, pero tengo derecho para temer que los odios personales arranquen á la libertad los hombres que la han prestado los mayores y mas útiles servicios. No creo inoportuno decirlos esto del hombre que en 1792 hizo levantar á la Francia entera con las medidas enérgicas de que se sirvió para connover al pueblo, del hombre que hizo decretar la pena de muerte contra el que no entregase sus armas ó no las volviese contra el enemigo. No; confieso que yo no puedo creerlo culpable, y aquí os quiero recordar el juramento reciproco que prestamos los dos en 1790, juramento por el cual nos comprometimos á que el que de los dos viese al otro debilitarse ó sobrevivir á su adhesion á la causa del pueblo pudiese darle de puñaladas en el acto; este juramento tengo placer en recordarlo en el dia de hoy. Lo repito; creo á Danton tan puro como yo. Desde la noche anterior está preso. Se teme sin duda que su voz confunda á sus acusadores. Pido en consecuencia, que antes que oigais ningun informe, los presos sean traídos aquí para que nosotros oigamos sus descargos.»

## VIII.

Robespierre se perdía sin remedio al ejecutar el primer acto de su tiranía, si no hubiese llegado á la sesion en el momento en que Legendre hablaba. Cambiándose

el estapor de la asamblea en indignacion á la voz de Legendre estaba ya pronta á citar á Danton como un testigo vivo de la audacia de la comision.

El alma de Danton, rebosando ira por haberse visto en un calabozo, podia valerse de una de aquellas esplosiones que derriban las tiranías. La asamblea tampoco hubiera podido resistir al espectáculo de Danton preso, enseñando sus brazos encadenados á sus colegas, renegando de sus amigos y confundiendo á sus acusadores. Robespierre conoció el peligro con el instinto momentáneo que da la práctica de las asambleas populares y la voluntad de vencer. Se lanzó á la tribuna haciendo resonar fuertemente sus pisadas sobre sus escalones, como un hombre que asegura su base.

«Ciudadanos, dijo, en la turbacion desconocida que hace mucho tiempo reina en esta asamblea, en la agitacion que han producido las primeras palabras del que ha hablado antes del último preopinante, es fácil notar que aquí se discuten grandes intereses, que se trata de saber si algunos hombres deben hoy ser mas poderosos sobre vuestros ánimos que la misma salvacion de la patria. ¿En qué consiste ese cambio que parece manifestarse en los principios de los miembros de esta asamblea, sobre todo en los de los que se sientan en el lado que se honra de haber sido el asilo de los mas intrépidos defensores de la libertad? ¿Y por qué? Porque se trata hoy de saber si el interés de algunos ambiciosos hipócritas debe sobreponerse á los intereses de todo el pueblo francés. (Aplausos.) ¿Y qué! ¿habremos hecho tantos heroicos sacrificios, entre los cuales es menester contar estos actos de una dolorosa severidad; habremos hecho estos sacrificios, repito, solo para volver á someternos bajo el yugo de algunos intrigantes que pretenden dominarnos? ¿Qué me importan los bellas discursos, los elogios que se dan á sí mismos y á sus amigos? Una larga y penosa esperiencia nos ha enseñado el caso que debemos hacer de se-

mejantes formas oratorias. No se pregunte ya lo que un hombre y sus amigos se precian de haber hecho en tal ó cual circunstancia particular de la revolución, se pregunta lo que han hecho en toda su carrera política. (Aplausos.) Legendre parece que ignora los nombres de los que han sido presos, toda la Convención los sabe. Su amigo Laeroix es del número de los detenidos; ¿Por qué frange ignorarlo? porque sabe muy bien que no se puede sin faltar al pudor defender á Laeroix. No; nosotros no queremos privilegios. No; nosotros no queremos ídolos. (repetidos aplausos) y nosotros vemos hoy si la Convención sabrá romper un pretendido ídolo podrido hace mucho tiempo, ó si él aplastará en su caída la Convención y al pueblo francés. Lo que se ha dicho de Danton, ¿no se podía decir de Brissot, de Pétion, de Chabot, del mismo Hebert y de tantos otros que han llenado la Francia con el estruendo fastuoso de su mentido patriotismo? ¿Qué privilegio tienen? ¿En qué ha sido Danton superior á sus colegas, á Chabot y Fabre de Eglantine, su amigo y confidente, y de quien ha sido su ardiente defensor? ¿En qué es superior á sus conciudadanos? ¿Lo es acaso porque algunos individuos engañados y otros que no lo han sido se han agrupado alrededor de él para seguirle á la fortuna y al poder? ¿Cuanto mas ha engañado á los patriotas que tenían confianza en él, tanto mas acreedor es á sufrir la severidad de los amigos de la libertad.

«Ciudadanos, este es el momento de decir la verdad; yo no reconozco en todo lo que se ha dicho, sino el presagio siniestro de la ruina de la libertad y de la decadencia de los principios. ¿Cuáles son, en efecto esos hombres que sacrifican á sus relaciones personales, y tal vez al temor, los intereses de la patria? ¿Quiénes los que en el momento en que triunfa la igualdad se atreven á destruirla en este recinto? ¿Qué habeis hecho vosotros que no haya sido libremente, que no haya salvado á la re-

pública, y que no haya sido aprobado por la Francia entera? Se quiere hacerme temer que el pueblo perezca víctima de las comisiones que han obtenido la confianza pública; que han emanado de la Convención nacional, y á las que se quiere suprimir, porque todos los que defienden su dignidad son sacrificados á la calumnia. ¡Temiendo que los presos sean oprimidos, se desconfía de la justicia nacional, se desconfía de los hombres que han obtenido la confianza de la Convención! ¡Se desconfía de la Convención misma que les ha dado esta confianza, y de la opinion pública que la ha sancionado! Digo que cualquiera que tiemble en este momento es culpable, porque la inocencia no teme jamás la vigilancia pública. (Aplausos.)

«Tambien á mí se me ha tratado de inspirar terror; se ha querido hacerme creer que llegando el peligro á Danton podía alcanzar hasta mí. Me lo han representado como un hombre de quien yo debía hacerme un escudo que pudiese defenderme sirviéndome de él como de un muro, que una vez destruido me dejaría espuesto á los tiros de mis enemigos. Todo esto se me ha escrito, y los amigos de Danton han hecho que me llegasen estas cartas, atormentándome ademas de palabra, creyendo sin duda que el recuerdo de nuestra antigua amistad, que la fe que yo tenia en sus falsas virtudes me determinarían á moderar mi celo y mi pasión por la libertad. ¡Y bien! declaro que ninguno de estos motivos ha causado en mi alma la mas ligera impresion; declaro que si fuese verdad que los peligros de Danton se convirtiesen en peligros para mí, que si hiciesen dar á la aristocracia un paso mas para que me hiriese, no miraría esta circunstancia como una calamidad pública. ¿Qué me importa el peligro? Mi vida es de mi patria, mi corazon está exento de temor, y si yo muero será sin mancha y sin ignominia. (Repetidos aplausos.) Yo no he visto en las adulaciones que se me han prodigado, y en las

caricias engañosas de los que rodean á Danton, sino las señales ciertas del terror que habían concebido aun antes que fuesen amenazados.

«Tambien he sido yo amigo de Petion; desde que se quitó la máscara le abandoné. Tambien he tenido relaciones con Roland; fué traidor y le denuncié. Danton quiere ocupar su puesto, que no es mas, á mi modo de ver, que el que corresponde á un enemigo de la patria. (Aplausos.) Así es, que sin duda nos hacen falta algun valor y alguna grandeza de alma. Las almas vulgares ó los hombres culpables, temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ya delante de si una barrera de culpables, quedan espuestos al llegar el dia de la verdad. Pero si existen almas vulgares, existen igualmente otras heroicas en esta asamblea, puesto que ella dirige los destinos de la tierra y que ha anquilado todas las facciones.

«El número de los culpables no es muy grande.»

## IX.

Este discurso tema al menos la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera afectado la hipocresia de que se le acusaba, podría haberse ocultado, callar y dejar á una comision anónima la responsabilidad, la odiosidad y el peligro del acto. Se presentó solo para cubrir á la comision y para luchar cuerpo á cuerpo con la poderosa fama de Danton. Su discurso sofocó los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Conocieron todos su superioridad y fingieron conviccion. Legendre, cuyo valor habia desaparecido con las interpelaciones y con las miradas amenazadoras de Robespierre, temblaba á cada palabra que la conclusion del orador fuese una acusacion contra él mismo, apresurándose en

aplacar al hombre á quien acababa de atacar de frente; balbuceó algunas palabras entrecortadas por el espanto, y suplicó á Robespierre que no le creyese capaz de sacrificar la libertad á un hombre. Jamás un verdadero amigo tuvo menos corazon, ni un orador menos palabras. Legendre se hundió ante la asamblea, y la tentativa de los amigos de Danton se hundió con Legendre.

Saint-Just apareció despues en la tribuna. Su aspecto sereno é impávido, al menos en lo exterior, daba á la arbitrariedad la apariencia de una justicia intrépida. Saint-Just pronunció con voz grave y monótona, como una reflexion hablada, el informe premeditado entre Robespierre y él, sobre las conspiraciones que asediaban á la república. Relató la pretendida conspiracion de Danton, teniendo cuidado de establecer correlacion entre todos los conspiradores, á fin de que el realismo de los enigrados, la anarquía de Hebert, la venalidad de Cha-bot, la corrupcion de Fabre y el moderantismo de Herault de Sechelles, reflejasen sobre Danton. Bien se veia que el acusador mismo no creia en la acusacion, que Danton no era en su pensamiento sino la victima responsable de todos los males de la república; y que en el fondo el informe de Saint-Just se limitaba por toda prueba á decir á la Convencion: Entregadme á este hombre, porque es el gran sospechoso de la libertad.

«Ciudadanos, dijo Saint-Just, la revolucion está en el pueblo y no en la fama de algunos personajes. Hay algo de terrible en el amor sagrado á la patria, y es tan esclusivo, que todo lo sacrifica sin piedad, sin sobresalto y sin respeto humano al interés publico. Precipita á Manlio, arrastra á Régulo, á Cartago, arroja á un romano en un abismo y coloca á Marat en el Panteon.

«Vuestras comisiones de salud pública y seguridad general, llenas de este sentimiento, me han encargado que os pida justicia en nombre de la patria contra algu-

caricias engañosas de los que rodean á Danton, sino las señales ciertas del terror que habían concebido aun antes que fuesen amenazados.

«Tambien he sido yo amigo de Petion; desde que se quitó la máscara le abandoné. Tambien he tenido relaciones con Roland; fué traidor y le denuncié. Danton quiere ocupar su puesto, que no es mas, á mi modo de ver, que el que corresponde á un enemigo de la patria. (Aplausos.) Así es, que sin duda nos hacen falta algun valor y alguna grandeza de alma. Las almas vulgares ó los hombres culpables, temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ya delante de si una barrera de culpables, quedan espuestos al llegar el dia de la verdad. Pero si existen almas vulgares, existen igualmente otras heroicas en esta asamblea, puesto que ella dirige los destinos de la tierra y que ha anquilado todas las facciones.

«El número de los culpables no es muy grande.»

## IX.

Este discurso tema al menos la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera afectado la hipocresia de que se le acusaba, podría haberse ocultado, callar y dejar á una comision anónima la responsabilidad, la odiosidad y el peligro del acto. Se presentó solo para cubrir á la comision y para luchar cuerpo á cuerpo con la poderosa fama de Danton. Su discurso sofocó los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Conocieron todos su superioridad y fingieron conviccion. Legendre, cuyo valor habia desaparecido con las interpelaciones y con las miradas amenazadoras de Robespierre, temblaba á cada palabra que la conclusion del orador fuese una acusacion contra él mismo, apresurándose en

aplacar al hombre á quien acababa de atacar de frente; balbuceó algunas palabras entrecortadas por el espanto, y suplicó á Robespierre que no le creyese capaz de sacrificar la libertad á un hombre. Jamás un verdadero amigo tuvo menos corazon, ni un orador menos palabras. Legendre se hundió ante la asamblea, y la tentativa de los amigos de Danton se hundió con Legendre.

Saint-Just apareció despues en la tribuna. Su aspecto sereno é impávido, al menos en lo exterior, daba á la arbitrariedad la apariencia de una justicia intrépida. Saint-Just pronunció con voz grave y monótona, como una reflexion hablada, el informe premeditado entre Robespierre y él, sobre las conspiraciones que asediaban á la república. Relató la pretendida conspiracion de Danton, teniendo cuidado de establecer correlacion entre todos los conspiradores, á fin de que el realismo de los enigrados, la anarquía de Hebert, la venalidad de Cha-bot, la corrupcion de Fabre y el moderantismo de Herault de Sechelles, reflejasen sobre Danton. Bien se veia que el acusador mismo no creia en la acusacion, que Danton no era en su pensamiento sino la victima responsable de todos los males de la república; y que en el fondo el informe de Saint-Just se limitaba por toda prueba á decir á la Convencion: Entregadme á este hombre, porque es el gran sospechoso de la libertad.

«Ciudadanos, dijo Saint-Just, la revolucion está en el pueblo y no en la fama de algunos personajes. Hay algo de terrible en el amor sagrado á la patria, y es tan esclusivo, que todo lo sacrifica sin piedad, sin sobresalto y sin respeto humano al interés publico. Precipita á Manlio, arrastra á Régulo, á Cartago, arroja á un romano en un abismo y coloca á Marat en el Panteon.

«Vuestras comisiones de salud pública y seguridad general, llenas de este sentimiento, me han encargado que os pida justicia en nombre de la patria contra algu-

nos hombres que hacen traición hace ya mucho tiempo á la causa pública.

«¡Ojalá que este ejemplo sea el último que deis de vuestra inflexibilidad con respecto á vosotros mismos!

«Hemos pasado por todas las tempestades que acompañan ordinariamente á los vastos designios. Una revolución es una empresa heroica cuyos autores marchan siempre entre el suplicio y la inmortalidad.»

Pasando revista en seguida á todos los partidos, desde Mirabeau hasta Chabot, Saint-Just esclamó: «¡Danton, tú responderás á la justicia inevitable é inflexible! Veamos tu conducta anterior, y mostremos que cómplice desde el primer día de todos los atentados, fuistes siempre contrario al partido de la libertad, y que conspirastes con Mirabeau y Dumouriez, con Hebert y con Herault de Sechelles!»

«Danton, tú has servido á la tiranía; cierto es, que te opusiste á La Fayette: pero Mirabeau, Orleans y Dumouriez también se le opusieron. ¿Te atreverás á negar haberte vendido á los tres hombres que con mas afán han conspirado contra la libertad? Por la protección de Mirabeau, fuiste nombrado administrador del departamento de Paris en el tiempo en que la asamblea electoral era decididamente realista. Todos los amigos de Mirabeau se gloraban en alta voz de que te habían cerrado la boca. Así es, que mientras vivió aquel detestable personaje, tú has permanecido mudo.

«En los primeros crepúsculos de la revolución, mostrastes á la corte un aspecto amenazador y hablaste contra ella con vehemencia. Mirabeau que meditaba un cambio de dinastía, conoció el precio de tu audacia y se apoderó de ti. Tú te apartaste desde entonces de los principios severos, y no se oyó hablar de ti hasta los asesinatos del Campo de Marte. Entonces apoyaste en los Jacobinos la mocion de Lacroix, que fué un pretexto fúnesto y pagado por la corte para desplegar la bandera

roja y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en aquel complot, combatieron inútilmente tu sanguinaria opinion. Tú contribuiste á redactar con Brissot la petición del Campo de Marte, y los dos os escapásteis del furor de La Fayette que hizo asesinar á dos mil patriotas. Brissot anduvo errante despues por Paris sin que nadie le persiguiese, y tú te fuistes á pasar unos cuantos dias alegres á Arcis-sur-Aube, si es que el que ha conspirado contra su patria puede ser dichoso.

«¿Se concibe la calma de tu retiro en Arcis-sur-Aube, siendo tú uno de los autores de la petición? Mientras los que la habian firmado los unos estaban cargados de hierros, los otros habian sido asesinados, Brissot y tú érais objetos de reconocimiento para la tiranía, puesto que no érais para ella objetos de odio y de terror.

«¿Qué diré de tu cobarde y constante descuido por la causa pública en medio de la crisis, en donde siempre tomabas el partido de la retirada?

«Muerto Mirabeau, tú conspirastes con los Lameth y los sostuvistes. Tú permanecistes neutral durante la Asamblea legislativa y quedaste en silencio en la penosa lucha de los Jacobinos con Brissot y la faccion de la Gironda. Tú apoyastes desde luego su opinion sobre la guerra. Hostigado en seguida por las reprensiones de los mejores ciudadanos, declaraste que observarias á los dos partidos y te encerraste en el silencio.

«Danton, tú tuvistes despues del 10 de agosto una conferencia con Dumouriez en donde os jurásteis una amistad á toda prueba y unisteis vuestra fortuna.

«Tú fuiste quien al regresar de Bélgica te atrevistes á hablar de los vicios y de los crímenes de Dumouriez, con la misma admiración que si hubieses hablado de las virtudes de Caton.

«¿Qué conducta has observado en la comision de defensa general? Tú recibiste allí á los cómplices de Guadet y Brissot. Tú le dijiste á éste: Teneis talento, pero

también tenéis pretensiones.—He aquí tu indignación contra los enemigos de la patria.

«Por aquel mismo tiempo, te declarabas por los principios moderados y tus formas robustas parecían ocultar la debilidad de tus consejos. Tú decías entonces que las máximas severas harían demasiados enemigos á la república. Conciliador vulgar, todos tus exordios en la tribuna, empezaban con el trueno y concluían por hacer transigir á la verdad con la mentira.

«Tú te aventas á todo. Brissot y sus cómplices salían siempre contentos de tí. En la tribuna, cuando aquellos hombres acusaban tu silencio, les dabas consejos saludables para que disimulasen mejor. Tú les amenazabas sin indignación y con una bondad paternal, y les dabas mejores consejos para corromper la libertad y para que se salvarsen, para engañarnos con mas seguridad, que los que dabas al partido republicano para perderlo.—El odio, decías tú, es insopórtable á mi corazón.—¡Pero no eres criminal por no haber odiado á los enemigos de la patria!

«Tú viste con horror la revolución del 31 de mayo.

«Mal ciudadano, has conspirado; amigo falso, hace dos días que hablabas mal de Camilo Desmoulins, instrumento tuyo á quien has perdido y á quien imputaste los vicios mas vergonzosos. Como hombre perverso, has comparado la opinión pública á una muger de mala vida; has dicho que el honor era una ridiculez, y que la gloria y la posteridad eran una simpleza. Estas máximas debían reconciliarte con la aristocracia. Estas eran las de Catilina. Si Fabre es inocente, si Orleans y Dumouriez lo fueron, tú lo serás sin duda. He dicho lo bastante: tú responderás á la justicia.»

Pasando Saint-Just de Danton á sus cómplices, los designó en masa á la severidad de la Convencion:

«Estoy convencido, dijo, de que esta facción de los indulgentes, está ligada con todas las demas: de que ha

sido hipócrita en todos tiempos, y de que ha hecho todo lo posible por destruir la república debilitando las ideas de libertad.

«Camilo Desmoulins que en su principio fué engañado concluyó por ser cómplice; fué como Philippeaux, un instrumento de Fabre y de Danton. Este contó como una prueba de la honradez sencilla de Fabre, que encontrándose en casa de Desmoulins en el momento que éste leía á no sé quién el escrito en que pedía una comision de clemencia para la aristocracia y llamaba á la Convencion la corte de Tiberio, Fabre se echó á llorar. ¡El cocodrilo también llora....!

«Todas las reputaciones que se han hundido eran mas reputaciones usurpadas. Los que reprenden vuestra severidad preferirían que fuésemos injustos. Poco importa que el tiempo haya llevado algunas vanidades al cadalso, al cementerio y á la nada, con tal de que quede la libertad; así se aprenderá á ser modesto, así los hombres se lanzaran hácia la sólida gloria y hácia el sólido bien, que es una probidad oscura.

«Han pasado los días del crimen. ¡Desgraciados de los que sostengan su causa! ¡Perezca todo lo que sea criminal! No se constituyen las repúblicas con miramientos, sino con el feroz rigor, con el inflexible rigor hácia todos los que sean traidores. Denúnciense enhorabuena los cómplices pasándose al partido de los malvados. Lo que hemos dicho, no será perdido para el mundo. Puede privarse de la vida á los hombres que como nosotros se han atrevido á todo por la verdad, pero no se les puede arrancar el corazón, ni negarles el sepulcro hospitalario bajo el cual se ocultan á la esclavitud y á la vergüenza de ver triunfar á los malvados.

«Ved aquí el proyecto de decreto:

«La Convencion nacional, despues de haber oido el informe de la comision de seguridad general y de salud pública, decreta la acusación de Camilo Desmoulins,

Herauld, Danton, Philippeaux y Lacroix, iniciados de complicidad con Orleans, Dumouriez, Fabre de Eglantine y los enemigos de la república; así como por haberse mezclado en la conspiración que tendía á restablecer la monarquía, á destruir la representación nacional y el gobierno republicano. En consecuencia, ordena que sean juzgados con Fabre de Eglantine.»

Ninguna voz se levantó contra estas conclusiones. El voto fué tan unánime como el espanto. La fama, la libertad, la vida y la muerte de aquellos representantes fueron entregadas por aclamación á la comisión de salud pública.

Fouquier-Tinville fué llamado á la comisión y encargado de hacer comparecer á los dantonistas en el tribunal revolucionario. Agudo y afilado como la hoja de una espada, Fouquier no tuvo más que hacer que redactar en forma de acta de acusación, el informe de Saint-Just.

Danton, sin embargo, aparecía tranquilo en su prisión fingiendo el desinterés de su propia suerte. Chancocándose á través de la reja con los demás presos hacia en términos grotescos el retrato de los miembros de la comisión. «La república los aplastará», decía. Si yo pudiera dejar mis piernas al paralítico Couthon y mi virilidad al impotente Robespierre, esto podría marchar aun por algún tiempo. En cuanto á mí, añadió, no echo de menos el poder, porque en las revoluciones queda la victoria por los pícaros.»

Por estas palabras se conoce que las revoluciones no habían sido nunca para él, sino unas luchas de ambición y nunca triunfos de las ideas.

Otras veces, arrepiñtiéndose filosóficamente de las

agitaciones de su vida y de la vanidad de la ambición: «¡Valdría más, decía, ser un pobre pescador que gobernar á los hombres!» Recordando con placer los dichosos días que había pasado en su última retirada en Arcis-sur-Aube, hablaba de los espectáculos y de las distracciones del campo, de la serenidad que el contacto con la naturaleza esparce en el corazón del hombre, de la felicidad doméstica y del ardiente amor de su corazón hacia una mujer que le hacía olvidarse hasta de su patria. Se enternecía al pensar en el cautiverio de tantas madres, esposas é hijos inocentes encerradas en el Luxemburgo, fingiendo que ignoraba aquel abuso y aquel exceso del sombrío poder de la Convención. «¡Cómo! dijo una de las presas á Lacroix que se paseaba con Danton, ¿no sabiais que millares de presas poblaban las cárceles, y no habeis encontrado nunca las carretadas de sentenciados dirigiéndose al suplicio?—No, contestó Lacroix, yo no me he hallado nunca con las carretas, no he visto jamás correr la sangre porque me hubiera horrorizado. Danton y yo queríamos una república sin ilotas.»

## XI.

Así se pasaron los días que precedieron al juicio. Se respetaba á Danton, y se compadecía á Lacroix, á Bazire y á Camilo Desmoulins. Herauld Sechelles tenía la serenidad de un justo que ha pesado su vida y su muerte, y que se glorifica del martirio por la libertad. Joven, rico, elocuente, aristócrata de nacimiento y uno de los más hermosos hombres de su tiempo, Herauld de Sechelles dejaba, sin embargo, detrás de sí, un amor que debía aumentar el dolor de su alma. Durante su misión en Saboya, se había relacionado con una joven de nacimiento ilustre y de rara belleza. Esta había sido para Herauld de

Sechelles en Chambéry, lo que Teresa Cabarrús había sido para Tallien en Burdeos. La infeliz lloraba y se desmayaba en las puertas de la cárcel sin poder ablandar á Robespierre.

Fabre de Eglantine, consolado algunas veces con las visitas de su mujer, estaba bastante enfermo.

Chabot, solo, abandonado de todos, cubierto de ridiculo y de desprecio por los demás presos, no podía soportar este suplicio de la infancia. No tuvo ni la gloria que tanto había ambicionado en la muerte. Su cabeza cayó en medio de los silbidos. Se procuró un veneno, lo bebió y no pudo soportar los dolores de la agonía. Sus gemidos atrajeron á los carceleros á su calabozo, y estos le volvieron á la vida conservándolo así para el suplicio.

## XII.

Camilo Desmoulins inspiraba el sentimiento de compasión que se experimenta hacia la debilidad. Lijero y caprichoso aun en sus iras, la sonrisa había estado siempre al lado de la imprecación en sus labios. Los odios que había inspirado eran tan lijeros como él, y no resistían á sus lágrimas. Camilo no cesaba de invocar en altas voces, el nombre de su mujer, la bella Lucila. Desesperada esta jóven, y privada hacia cinco dias de su padre y de su marido, estaba todo el dia alrededor del Luxemburgo para ver á este último, ó al menos para ser vista de él, aunque fuese de lejos. Las señales eran los únicos medios que tenían de hablarse, á través del espacio. Su separación había sido tan patética como imprevista.

Lucila era hija de Mad. Duplessis, una de las más hermosas mugeres de su tiempo, y de Mr. Duplessis antiguo empleado en hacienda y celoso patriota. Una larga pasión y una dolorosa esperanza de muchos años habían precedido á la union de los dos jóvenes esposos. Aquel jardín del Luxemburgo en donde lloraban ahora los dos

amantes, había sido precisamente el lugar de su primer encuentro, de sus entrevistas y de sus amores. Brissot, Danton y Robespierre visitaban entonces la casa de Duplessis, y habían firmado como testigos y amigos de la casa el contrato matrimonial. De estos hombres, separados á la sazón por las fracciones y por el cadalso, el uno era la ocasión y el otro el instrumento de las desgracias y de la viudez próxima de la jóven esposa.

La noche del 30 al 31 de marzo, en el momento en que Camilo descansaba en los brazos de su esposa, el ruido de la culata de un fusil junto al dintel de la puerta de su habitación, le hizo despertarse sobresaltado. «Vienen á prenderme exclamó; se desprendió de los brazos de su mujer y fué á abrir á los soldados que le presentaron la orden de darse á prision; y restregándola entre las manos: «Esta es la recompensa, dijo, de la primera voz de la revolución.» Estrechó á su mujer contra su corazón y á su hijo que estaba dormido en la cuna, y siguió á los gendarmes al Luxemburgo, sin saber aun nada de su crimen ni de sus cómplices. Arrojado en medio de la noche á un calabozo oyó por las grietas de la pared una voz conocida que exalaba dolorosos gemidos. «¿Erestú, Fabre? le dijo.—Si, le respondió el enfermo. ¿Pero eres tú Camilo? ¿Tú aqui siendo amigo de Danton y de Robespierre? ¿Pues qué, se ha consumado la contrarrevolución?» Fabre de Eglantine y Camilo Desmoulins estuvieron hablando hasta el dia, sin poder adivinar el enigma de su situación. El alma débil del folletista no tenía el temple necesario para resistir las sacudidas violentas de las revoluciones. En lugar de tener firmeza se enternecía. Dejaba demasiado amor y demasiada felicidad detras de si para no sentir la pérdida de la vida. Su mujer no podía creer en una separación eterna: «Ay de mí! exclamaba con los que fueron á consolarla, lloro como muger por que él sufre, porque dejen que le falte todo, porque Camilo no nos verá mas; pero yo tendré el valor de un

hombre y le salvaré. ¿Por qué me han dejado á mi libre? ¿Creen que no levantaré la voz? ¿Han contado con mi silencio? Yo iré á los Jacobinos, é iré á casa de Robespierre. Fué nuestro huésped, nuestro amigo, y el confidente de nuestros sentimientos republicanos. Su mano ha unido las nuestras; ¡habiéndonos servido de padre como puede ser nuestro asesino!

Cuando supo que Danton habia sido preso con su marido, corrió llorando á casa de Mad. Danton. Esta, de edad entonces de diez y siete años, llevaba en su seno el primer fruto de su matrimonio, que dió á luz un mes despues de la muerte de su marido. Lucila Desmoullins se precipitó en los brazos de su jóven amiga y la suplicó que la acompañase á casa de Robespierre para echarse á sus pies y conseguir el perdon de sus esposos. Mad. Danton lloró con Lucila, pero se negó á todo paso que envileciese el nombre que llevaba. «Seguiré á Danton al cadalso, dijo, pero no humillaré su memoria delante de su enemigo. Si debiese la vida al perdon de Robespierre, no me lo perdonaria en este mundo ni en el otro. Me ha legado al partir su honor y yo debo conservarlo intacto.»

Desesperada Lucila corrió sola á la puerta de la comision de salud pública, de donde fué rechazada. No pudiendo ver por mas que hizo á Robespierre, le escribió. He aquí su carta:

«Eres tú el que nos acusas de proyectos de traicion hácia la patria; tú, que tantote has aprovechado de los esfuerzos que hemos hecho únicamente por ella? Camilo ha visto nacer tu orgullo y ha presentado la marcha que querias seguir; pero él se ha acordado de vuestra antigua amistad y ha retrocedido ante la idea de acusar á un amigo y un compañero de trabajos. ¡Aquella mano que ha estrechado tantas veces la tuya, ha dejado la pluma tan pronto como no pudo trazar tu elogio, y tú lo envias á la muerte! ¿Has comprendido su silencio? ¡Camilo debe estar agradecido!

«Pero Robespierre, ¿podrás llevar á cabo los funestos proyectos que sin duda te han inspirado las almas viles que te rodean? ¿Has olvidado aquellas relaciones que Camilo no recuerda sino con estremecimiento; tú, que hiciste votos por nuestra union, que uniste tus manos á las nuestras; tú, que te has sonreido viendo á mi hijo cuyas tiernas manecitas te han acariciado tantas veces? ¿Podrás negarte á mi súplica, despreciar mis lágrimas y hollar la justicia? Porque bien sabes que no merecemos la suerte que nos preparan y que está en tu mano evitar. Si nos hacen sucumbir, será porque tú lo mandes. ¿Pero cuáles el crimen de mi Camilo? No poseo su pluma para defenderle. Mas la voz de los buenos ciudadanos y tu corazon, si es sensible, estarán en mi favor. ¿Crees tú que los demás ciudadanos tendrán confianza en tí, viendo que sacrificas á tus amigos? ¿Crees tú que bendicirán al que desprecia las lágrimas de la viuda y la suerte del huérfano? Si yo fuese muger de Saint-Just, le diria: La causa de Camilo es la tuya y la de todos los amigos de Robespierre. ¡El pobre Camilo en la sencillez de su corazon, estaba muy distante de pensar la suerte que le espera hoy! ¡Creia trabajar por tu gloria haciendote ver lo que le falta aun á nuestra república! ¡Le han calumniado cerca de tí, Robespierre porque tú no podias crearle culpable! Acuérdate que jamás te ha pedido la muerte de nadie, que no ha querido dirigir sus tiros contra tu poder, y acuérdate, en fin, de que tú eres su mas antiguo y mejor amigo! ¡Ay! tú vas á matarnos á los dos. ¡Por que herirle á él, es matarme á mí!»

Esta carta se quedó sin concluir, y aunque se la envió á su madre, no llegó á poder de Robespierre.

Camilo Desmoulins había obtenido por su parte, de la complacencia de un visitador de las cárceles, los medios raros y secretos de comunicar con su mujer. Aprovechándose de ellos, la escribió la siguiente carta en el tiempo que medió entre dos interrogatorios.

«El destino ha presentado á mi vista en esta cárcel, el jardín en donde he pasado ocho años viéndote; la vista de un rincón del Luxemburgo me recuerda una infinidad de detalles de nuestro amor. Estoy incomunicado, pero nunca he estado con el pensamiento, con la imaginación, casi con el tacto, mas cerca de tí, de tu madre y de mi pequeño Horacio. No te escribo este primer billete sino para pedirte algunas cosas de primera necesidad: voy á pasar el tiempo de mi prision escribiéndote, porque no tengo necesidad de tomar la pluma para otra cosa que para esto y para mi defensa. Mi justificacion está en los ocho volúmenes republicanos que tengo escritos, y es una buena almohada sobre la que mi conciencia puede descansar esperando en el tribunal y en la posteridad. ¡Me arrodillo á tus pies, estiendo los brazos para estrecharte en ellos y no te encuentro!... (aquí se nota la señal de una lágrima.) Envíame el vaso en que hay una C y una L, iniciales de nuestros nombres, y un libro que compré hace pocos días, en el que hay algunas páginas en blanco, puestas á propósito para escribir notas. Este libro trata sobre la inmortalidad del alma. Necesito persuadirme de que hay un Dios mas justo que los hombres, y que no puedo dejar de volver á verte. No te afectes mucho por lo que digo, querida mía: no desespero aun de los hombres: si, amada mía, aun nos veremos en el jardín del Luxemburgo; pero envíame ese libro. ¡Adios, Lucila!

¡Adios, Horacio! (este era su hijo.) No puedo abrazaros, pero por las lágrimas que vierto me parece que os tengo contra mi corazón. (Aquí se encuentra la señal de otra lágrima.)

«TU CAMILO.»

Una hora despues, el preso volvió á tomar la pluma.

«El cielo ha tenido compasion de mi inocencia; me ha enviado un ángel y os he visto á todos en sueños. Enviame un rizo tuyo y tu retrato, ¡oh! no dejes de enviármelo; porque únicamente pienso en tí y nunca en el motivo que me ha traído á este sitio, y que yo no puedo adicionar.»

Entre tanto, la comision vencedora en la Convencion por medio de Robespierre y de Saint-Just, se aturdia de la popularidad alarmante que seguia á Danton hasta la cárcel. Ella queria sorprender al pueblo con la magnitud de la victoria y con la prontitud del golpe. Por la noche trasladaron los acusados á la Consergeria: Danton al entrar en aquel pórtico del cadalso, sintió debilitarse algun tanto la indiferencia por su suerte de que habia hecho gala desde que le prendieron. Sus facciones se pusieron tan sombrías como aquella mansion, y por una casualidad ó por una burla de la suerte, pusieron á los dantonistas en los mismos calabozos que tuvieron los girondinos. Esto á la vez, fué una venganza y una profecía. Danton vió en esto el dedo de una justicia divina que sus desgracias empezaba á hacerle conocer. «En tal dia como hoy, esclamo, hice instituir el tribunal revolucionario; yo pido perdón de ello á Dios y á los hombres. Mi objeto era prevenir otro nuevo setiembre y no desencadenar esta plaga sobre la humanidad.»

dos de haber falsificado un decreto sobre hacienda. El joven y desgraciado Bazire, no tenía otro delito, que su amistad con Chabot y el silencio que guardaba para no perder á su amigo. Confidente involuntario Bazire, murió por no haber consentido en hacerse delator.

## XIV.

Dieron principio los debates. Todos los jurados escogidos por Fouquier Tinville, y presididos por Hermann, era conocidos de los acusados. Fouquier Tinville era pariente de Camilo Desmoulins y debía al crédito de éste su empleo de acusador público. Pero el ojo de la comisión, vigilaba á todos aquellos hombres y dominaba hasta en sus conciencias. No se les exigía que obrasen con justicia, sino que sentenciasen á muerte.

Sin embargo, el pueblo que adoraba aun á Danton se agrupaba á las puertas de la Audiencia. La multitud llegaba hasta los prefiles de las inmediaciones para asistir al triunfo del gran patriota. Danton compareció en el tribunal con una dignidad un poco teatral y como despreciando á sus jueces. El presidente le preguntó su nombre, edad y domicilio: «Yo soy Danton, le respondió éste, nombre bastante conocido en la revolución y tengo treinta y cinco años. Mi morada será bien pronto la nada y mi nombre vivirá en el panteón de la historia.»

«Y yo, dijo Camilo Desmoulins, tengo treinta y tres años, edad fatal para los revolucionarios; la misma que tenía el sans-culotte Jesús cuando murió.»

Habiendo hecho Fouquier que se sentasen en los mismos bancos, Chabot, Fabre de Eglantine y los intrigantes sus cómplices, Danton y sus amigos se levantaron y se apartaron de ellos, indignados de que se les confundiese en la misma causa con unos hombres notados de infamia. Dióse principio á la acusación por estos; Fabre de Eglantine se defendió con la habilidad de un hombre consumado en el arte de la palabra. El testimonio de Cambon hombre de reconocida probidad, no dejó ninguna duda sobre el hecho que se les imputaba á los acusa-

## XV.

Herault de Sechelles fué interrogado antes que Danton, y respondió como hombre que desprecia la vida tanto como la acusación y que apela al juicio del porvenir. Hermann llamó en seguida á Danton. Le echó en cara sus relaciones con Dumouriez y sus ocultas complicidades para establecer la monarquía, corrompiendo al ejército y trayéndolo contra París. El acusado se levantó con fingida indignación. «Los cobardes me calumnian, respondió dando á su voz una fuerza que llamó la atención hasta en la comisión de salud pública. ¿Se atreverán á atacarme de frente? ¿Que se muestren, y bien pronto les cubriré de la ignominia que les caracteriza! Por lo demás, prosiguió con un desorden y una precipitación en las palabras que manifestaban la fermentación de sus ideas, ya lo he dicho y lo repito: mi domicilio será bien pronto la nada y mi nombre estará en el Panteón. Mi cabeza está aquí; ella responde de todo.... La vida me pesa y estoy impaciente por libertarme de ella.... Los hombres de mi temple no tienen precio.... Sobre su frente está impreso en caracteres indelebles el sello de la libertad, el genio republicano.... ¿Y es á mí á quien se acusa de haberme arrastrado á los pies de la corte! ¿De haber conspirado con Mirabeau y con Dumouriez! Saint-Just, ¡tú responderás de las calumnias lanzadas contra el mejor amigo del pueblo! Al leer esta lista de horrores, siento estremecerse toda mi existencia.» Estas frases, evidentemente prepara-

das de antemano y halladas en retazos sueltos, en una memoria y en una conciencia intranquilas, revelaban mas orgullo que inocencia. El presidente advirtió al acusado que Marat, al hallarse en el mismo caso que él, se habia defendido de otra manera refutando con pruebas friamente discutidas la acusacion.

«Y bien, replicó Danton, voy á descender á mi justificacion, pero separándose inmediatamente con nuevas esplosiones de ira de una defensa razonada. ¡Yo, esclamo, vendido á Mirabeau, á Orleans y á Dumouriez!... ¡Todo el mundo sabe que he combatido á Mirabeau, y que he defendido á Marat! ¿No me he presentado el primero cuando se nos quiso arrebatar el tirano para llevarlo á Saint-Cloud? ¿No hice fijar en los Franciscanos un escrito haciendo ver que era preciso comprometerse?... ¡Estoy en mi cabal juicio, cuando provocho á mis acusadores, cuando pido que se me deje medirme con ellos! ¿Que se me presente y yo los sumergiré en la nada, de donde no debian haber salido nunca! ¡Viles impostores, salid y yo os arrancaré la máscara que os oculta á la vindicta pública!...»

El presidente volvió á recordarle otra vez la decencia y la moderacion que debe guardar el acusado.

«Un reo como yo, replicó Danton, que conoce las palabras y las cosas, responde ante el jurado, pero no le habla nunca. Se me acusa de haberme retirado á Arcis-sur-Aube. Respondo á esto, que ya he declarado en aquella época que el pueblo francés venceria ó ya dejaria de existir. Necesito, aadi tambien entonces, ó los laureles ó la muerte. ¿En dónde estan los hombres que han comunicado á Danton su energía? ¿Hace acaso dos dias que el tribunal conoce á Danton? ¿Manana espero dormir en el seno de la gloria!... Petion, repuso en seguida como un hombre que se extravía y que vuelve hacia atras, Petion, al salir de la municipalidad fué á los Franciscanos y nos dijo que el toque de rebato debia dar-

se á media noche, y que por la mañana habia de abrirse el sepulcro de la tiranía. Confieso que se depositaron en mis manos cuando ese ministro cincuenta millones. Ofrezco dar de ellos una cuenta fiel y exacta. Este dinero sirvió para dar impulso á la revolucion. Es verdad que Dumouriez trató de atraerme á su partido y que quise lisongear mi ambicion proponiéndome el ministerio; pero tambien lo es que yo le declaré que no queria ocupar semejante puesto sino al estampido del cañon. Tambien se me habla de Westermann; pero nunca he tenido nada de comun con él. Sé que en la jornada del 10 de agosto, Westermann salió de las Tullerías manchado con la sangre de los realistas; y yo dije que con diez y siete mil hombres tales como yo hubiese determinado, hubiera podido salvarse la patria....»

Las palabras de Danton chocaban tan confusamente unas con otras en sus labios, que parecian ahogarle bajo su peso y bajo la incoherencia de sus ideas. Faltábale la verdadera elocuencia del acusado, que es la sangre fria de la verdad y el acento de conciencia. Quería suplirla con un continuo movimiento y metiendo mucho ruido. Elevóse alguna vez hasta la fiebre del delirio, nunca hasta la verdadera indignacion. Los movimientos convulsivos de su rostro, la sequedad de su palabra, su accion teatral, la espuma que cubria sus labios y el aire que faltaba á sus pulmones, atestiguaban la impotencia en que estaba de hablar por mucho tiempo. Espantados los jueces, ó enternecidos, manifestaron interesarse por él, y le dijeron que tenia necesidad de descansar. Danton se calló de repente al oír esto.

Se pasó al interrogatorio de Camilo Desmoullins, acusado de haber criticado la justicia del pueblo comparándola á los crímenes de los tiranos. «Yo no he podido, dijo, defenderme sino con un arma bien afilada de mis enemigos, y he probado mas de una vez la adhesion de toda mi vida á la revolucion.»

Interrogado Lacroix sobre su comision en Bélgica, y sobre la desaparicion de un coche que contenia valor de 400,000 libras en objetos preciosos: «Danton y yo, contestó, compramos con ese dinero ropa blanca para el uso de los representantes del pueblo. Ademas teniamos una vajilla de plata, que nos fué robada en una aldea. La mayor parte de esta vajilla se rescató en la jornada del 31 de mayo.»

Philippeaux demostró su inocencia con la energia y con la dignidad de un hombre puro. «Os es permitido, dijo, hacerme perecer, pero os prohibo que me insulteis.» Westermann respondió como un soldado que no disputa su vida, pero que quiere preservar su honor.

## XVI.

Al dia siguiente continuaron los debates. Camilo Desmoulins escribió el dia antes la última carta á su esposa. Esta fué el testamento de su corazon, que se daba al amor antes de extinguirse bajo la mano del verdugo. Hé aquí la carta.

«Duodi, germinal, á las cinco de la mañana.

«Un sueño reparador ha suspendido por un momento mis males. Cuando uno duerme es libre: el hombre no sabe entonces que se halla preso. El cielo ha tenido piedad de mí. Hace un instante que yo te veia en sueños y os abrazaba á tu madre, á Horacio, á todos... de repente he notado que me hallaba en mi calabozo. Empezaba á amanecer. No pudiendo verte ni oír tus respuestas, porque tú y tu madre me hablabais, me he levantado al momento para hablarle y escribirte; pero al abrir las ventanas, la idea de mi soledad, las horrosas rejas, los cerrojos

que me separan de ti, han vencido toda la firmeza de mi alma. Me he deshecho en lágrimas, ó por mejor decir, he gemido, exclamando desde mi sepulcro: ¡Lucila! ¡Lucila! ¡amada Lucila! ¿dónde estás?... (Aquí se conoce la señal de una lágrima).

«Ayer tarde he tenido un momento semejante á este, y mi corazon se ha partido de dolor cuando he visto á tu madre en el jardín. Un movimiento maquinal me hizo arrodillarme junto á la reja y he juntado las manos como implorando su piedad. Estoy seguro de que ella ha llorado tambien en tu seno. He conocido ayer su dolor al verla llevar su pañuelo á los ojos y echarse el velo por no poder resistir aquel espectáculo. Cuando vengais, que se siente contigo un poco mas cerca á fin que yo os pueda ver mejor; no creo que haya peligro; pero sobre todo, te suplico por nuestro eterno amor, que me envíes tu retrato: que el pintor tenga compasion de mí, que no sufro sino por haber tenido demasiada compasion de los otros; que vaya dos veces al dia á trabajar en tu retrato. En el horror de mi prision será para mí una fiesta, un dia de delirio y de enagenamiento cuando yo lo reciba. Entretanto, envíame un rizo tuyo para ponerlo sobre mi corazon. Amada Lucila mia: he vuelto al tiempo de nuestros primeros amores, en que cualquiera me interesaba solo por salir de tu casa. Ayer, cuando el ciudadano que te ha llevado mi carta ha estado de vuelta: — ¡Y bien! ¿la habeis visto? le dije, y me quedé absorto mirándole, como si en su traje ó en su persona hubiese quedado alguna cosa de tu presencia, alguna cosa de ti. Es una alma caritativa, pues que te ha entregado mi carta sin tardanza. Yo lo veré, segun parece, dos veces al dia, por la mañana y por la tarde. Este mensajero de mis dolores es tan amado de mí, como lo fué en otro tiempo el de mis placeres.

«He descubierto una rendija en mi aposento, he aplicado el oído y he oido quejarse; he aventurado algunas

palabras y he percibido la voz de un enfermo que se quejaba; me ha preguntado mi nombre y yo se lo he dicho. — ¡Oh Dios mío! ha exclamado al oírle, y dejándose caer sobre su cama en donde se había incorporado. He reconocido distintamente la voz de Fabre de Eglantine. — Sí, yo soy, me ha dicho, ¿pero tú aquí? ¿Con que se ha verificado la contrarrevolución?

«Sin embargo, no nos atrevimos á hablar, temerosos de que el odio nos quitase este débil consuelo, y de que si nos oían nos separasen y encerrasen con más rigor, porque él tiene un cuarto con chimenea, y el mío es tan hermoso como puede serlo un calabozo. ¡Tú no puedes imaginarte lo que es estar incomunicado sin saber por qué, sin haber sido interrogado y sin recibir un periódico! ¡Es vivir y estar muerto á la vez! ¡Es existir solo para conocer que se está en un sepulcro! ¡Y es Robespierre el que ha firmado la orden de mi encarcelamiento! ¡Y es la república la que me tiene aquí, despues de todo lo que he hecho por ella! ¡Es este el premio que recibo por tantas virtudes y tantos sacrificios! ¡Yo, que me he sacrificado hace cinco años á tantos odios y á tantos peligros por la república! ¡Yo, que he conservado mi pobreza en medio de la revolución; yo que no tengo que pedir perdón sino á ti sola en el mundo, y á quien tú se lo has concedido porque sabes que mi corazón á pesar de sus debilidades no es indigno de ti; yo, á quien unos hombres que se llaman mis amigos, que se titulan republicanos, me veo sumido por ellos en un calabozo como si fuese un conspirador! ¡Sócrates bebió la cicuta, pero al menos veía en su prisión á sus amigos y á su muger!

«¿Qué duro es el estar separado de ti! El criminal mayor sería demasiado castigado si lo arrancasen de los brazos de una Lucila, á no ser por la muerte, que al menos no dura sino un momento. Aquel dolor no puede compararse con el de esta separación..... Me llaman.....

«En este momento los comisionados del tribunal revo-

lucionario han venido para interrogarme..... No se me ha hecho mas que esta pregunta: que si yo había conspirado contra la república. ¡Qué irrisión! ¡Y es posible que se insulte de este modo el republicanismo mas puro? Veo la suerte que me espera. Adios Lucila, di adios á mi padre. Mis últimos momentos, no te deshonraran. Muero á los treinta y tres años. Veo que el poder embriaga á casi todos los hombres, que todos dicen como Dionisio de Siracusa: La tiranía es un bello epitafio: pero consuélate, el epitafio de tu pobre Camilo es mas glorioso; es el de los *Brutos* y el de *Caton*. ¡Oh mi amada Lucila! Yo había nacido para hacer versos, para defender á los desgraciados, para hacerte dichosa y para componer con tu madre, mi padre, y algunas otras personas segun nuestro corazón, un *Otaiti*. Yo había soñado una república en que todo el mundo hubiese adorado: no podía creer que los hombres fuesen tan feroces y tan injustos. No se me oculta que muero víctima de mi amistad con *Danton*. Doy gracias á mis asesinos por hacerme morir con él y con *Philippeaux*. ¡Perdóname, amada mía, mi verdadera vida, vida que yo he perdido en el momento que nos han separado! ¡Me ocupo de mi memoria y debía mas bien ocuparme en hacértela olvidar, Lucila mía! Te suplico que no me llares á gritos, porque estos despedazarían mi corazón hasta en el sepulcro. Vive para nuestro hijo: háblale de mí, y dile lo que aun no puede entender; ¡dile que yo lo hubiera amado mucho! A pesar de mi suplicio creo que hay un Dios. Mi sangre borrará mis fallas, las debilidades de la humanidad; y lo que he tenido de bueno, mis virtudes, mi amor por la libertad, Dios me lo recompensará. Volveré á verte algun dia, Lucila. Sensible como yo lo era, la muerte que me liberta de la vista de tantos crimenes no es una gran desgracia. ¡Adios, vida mía, alma mía, mi única divinidad sobre la tierra! ¡Adios, Lucila; Lucila mía, amada Lucila mía! ¡Adios, Horacio, Anita, Adela, adios padre mío! Las pla-

yas de la vida se escapan ya á mi vista. ¡ Todavía veo á Lucila! ¡ Si, te veo, amada mía! ¡ Lucila mía! Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada del tronco fija aun en ti sus moribundos ojos próximos á cerrarse por toda una eternidad.»

## XVII.

Danton, tranquilo por el interés que el pueblo le demostraba, parecía menos un acusado que un faccioso que dá á la multitud la señal de la insurrección.

Las ventanas del tribunal estaban abiertas; Danton oyó el rumor sordo de la multitud que estaba apiñada alrededor de las paredes, y hablaba en un tono tan alto que se le oía fuera del recinto, dando por momentos tales rugidos que su voz llegaba hasta el otro lado del Sena á los curiosos que llenaban el muelle de la Ferraille, circulando de boca en boca las palabras que pronunciaba: «Pueblo, dijo Danton al público que murmuraba alrededor suyo, callad, me juzgareis cuando lo haya dicho todo. Mi voz no debe hacerse oír solo de vosotros sino de toda la Francia.» La campana de la insurrección parecía sonar en su pecho, su ademán aterraba á los jueces, á los jurados y al auditorio: la campanilla del presidente Hermann no cesaba de agitarse para imponer silencio. «¿No oyes la campanilla?» le dijo éste al fin. — «Presidente, le respondió Danton, la voz de un hombre que defiende su vida debe sofocar el ruido de tu campanilla.»

Por una claraboya de la imprenta del tribunal que daba al lugar donde tenían las sesiones, muchos miembros de las comisiones asistieron sin ser vistos á la representación de aquel drama. Hermann y Fouquier Tinville parecía desconcertados; el público se volvía en favor de Danton, éste lo conocía y redoblaba su insolencia. Los

membros de la comisión hicieron señal al presidente para cerrar aquel peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente rehusó la palabra á Camilo Desmoulins que se había levantado para leer la defensa que tenía preparada. Indignado Camilo se sentó, y rompiendo el escrito que tenía en la mano, arrojó los pedazos sobre el estrado. Pero de pronto como si lo hubiese pensado mejor, los recogió y haciéndolos bolitas con los dedos las fue tirando á la cabeza á Fouquier Tinville. Danton se bajó é hizo otro tanto, no como se ha creído hasta ahora por un juego cínico, pueril, é indigno del hombre y del momento, sino con la acción significativa y trágica de un acusado á quien se quitan los medios de probar su inocencia y que arroja en un acceso de indignación, con los restos deshechos de su defensa, su sangre y la de sus acusados á la cara de sus jueces como una venganza y una maldición.

Los fragmentos de la defensa de Camilo Desmoulins, recogidos después de la sesión en el estrado del tribunal por uno de los amigos de Danton, se remitieron á madama Duplessis, madre política de Camilo, y fueron reunidos por aquella señora para pedir venganza ó compasión á la posteridad.

Los acusados volvieron á sus calabozos. Alarmada la comisión de salud pública, no se atrevía ni á soportar un debate mas largo ni á interrumpirlo. La ley exigía que los debates durasen á lo menos tres días. La sesión del día siguiente podía dar la libertad y el triunfo á los dantonistas. Una circunstancia fatal iba á servir á la impaciencia de la comisión.

Los presos del Luxemburgo, llenos de confianza en la popularidad de Danton, resolvieron aprovechar la emoción causada por su proceso, para excitar un movimiento en el pueblo, abatir la tiranía y libertarse de la muerte. Celebróse una conferencia nocturna en la habitación del general Dillon, entre Chaumette y algunos de los principales presos, de concierto con algunos individuos

yas de la vida se escapan ya á mi vista. ¡ Todavía veo á Lucila! ¡ Si, te veo, amada mía! ¡ Lucila mía! Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada del tronco fija aun en ti sus moribundos ojos próximos á cerrarse por toda una eternidad.»

## XVII.

Danton, tranquilo por el interés que el pueblo le demostraba, parecía menos un acusado que un faccioso que dá á la multitud la señal de la insurrección.

Las ventanas del tribunal estaban abiertas; Danton oyó el rumor sordo de la multitud que estaba apiñada alrededor de las paredes, y hablaba en un tono tan alto que se le oía fuera del recinto, dando por momentos tales rugidos que su voz llegaba hasta el otro lado del Sena á los curiosos que llenaban el muelle de la Ferraille, circulando de boca en boca las palabras que pronunciaba: «Pueblo, dijo Danton al público que murmuraba alrededor suyo, callad, me juzgareis cuando lo haya dicho todo. Mi voz no debe hacerse oír solo de vosotros sino de toda la Francia.» La campana de la insurrección parecía sonar en su pecho, su ademán aterraba á los jueces, á los jurados y al auditorio: la campanilla del presidente Hermann no cesaba de agitarse para imponer silencio. «¿No oyes la campanilla?» le dijo éste al fin. — «Presidente, le respondió Danton, la voz de un hombre que defiende su vida debe sofocar el ruido de tu campanilla.»

Por una claraboya de la imprenta del tribunal que daba al lugar donde tenían las sesiones, muchos miembros de las comisiones asistieron sin ser vistos á la representación de aquel drama. Hermann y Fouquier Tinville parecía desconcertados; el público se volvía en favor de Danton, éste lo conocía y redoblabá su insolencia. Los

membros de la comisión hicieron señal al presidente para cerrar aquel peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente rehusó la palabra á Camilo Desmoulins que se había levantado para leer la defensa que tenía preparada. Indignado Camilo se sentó, y rompiendo el escrito que tenía en la mano, arrojó los pedazos sobre el estrado. Pero de pronto como si lo hubiese pensado mejor, los recogió y haciéndolos bolitas con los dedos las fue tirando á la cabeza á Fouquier Tinville. Danton se bajó é hizo otro tanto, no como se ha creído hasta ahora por un juego cínico, pueril, é indigno del hombre y del momento, sino con la acción significativa y trágica de un acusado á quien se quitan los medios de probar su inocencia y que arroja en un acceso de indignación, con los restos deshechos de su defensa, su sangre y la de sus acusados á la cara de sus jueces como una venganza y una maldición.

Los fragmentos de la defensa de Camilo Desmoulins, recogidos después de la sesión en el estrado del tribunal por uno de los amigos de Danton, se remitieron á madama Duplessis, madre política de Camilo, y fueron reunidos por aquella señora para pedir venganza ó compasión á la posteridad.

Los acusados volvieron á sus calabozos. Alarmada la comisión de salud pública, no se atrevía ni á soportar un debate mas largo ni á interrumpirlo. La ley exigía que los debates durasen á lo menos tres días. La sesión del día siguiente podía dar la libertad y el triunfo á los dantonistas. Una circunstancia fatal iba á servir á la impaciencia de la comisión.

Los presos del Luxemburgo, llenos de confianza en la popularidad de Danton, resolvieron aprovechar la emoción causada por su proceso, para excitar un movimiento en el pueblo, abatir la tiranía y libertarse de la muerte. Celebróse una conferencia nocturna en la habitación del general Dillon, entre Chaumette y algunos de los principales presos, de concierto con algunos individuos

de fuera de la cárcel. La muger de Camilo Desmoulins debía arrojarse en medio del pueblo, sublevar á la multitud con su belleza, su dolor y sus clamores, y arrastrarla contra la Convencion. El antiguo presidente del tribunal revolucionario, Antonelle, tuvo noticia de aquel complot.

Un preso llamado Lallotte lo rebeló. Saint-Just se apresuró entonces á convocar la Convencion, Billaud Varennes leyó allí la carta de Lallotte; la Convencion decretó que todo indiciado de conspiracion fuese puesto en seguida fuera de los debates y privado del derecho de defensa. Vadier, Amar y Vouland, miembros de la comision, fueron á toda prisa á llevar á Fouquier Tinville el decreto, ó por mejor decir la sentencia de muerte de los acusados. Fouquier leyó aquel decreto delante de los jueces; Danton se levantó y dijo: «Tomo por testigo al auditorio de que nosotros no hemos insultado al tribunal.» El auditorio confirmó con sus aplausos el aserto de Danton, la multitud indignada se agitó y se estrechó como para arrebatár á los acusados. Si á la muger de Camilo Desmoulins no la hubiesen puesto presa por la noche, si hubiera podido dar con su presencia una voz y una passion mas á aquel tumulto, los acusados se salvarían y la comision queda vencida.

Pero todo fracasó por falta de impulso. Danton trató en vano de protestar aun: «Un dia, exclamó, un dia llegará en que la verdad sea conocida: veo caer grandes desgracias sobre la Francia ¡Ved ahí la dictadura!» Reparando en lo interior de un corredor en Amar y Vouland confidentes de Robespierre que acechaban lo que pasaba: «Mirad, dijo señalándolos con la mano. Mirad á esos cobardes asesinos, no nos dejarán en paz hasta despues de muertos.—¡Malvados, exclamó Camilo Desmoulins, no contentos con degollarme, quieren degollar tambien á mi muger!»

El tribunal levantó la sesion. Al otro dia, habiendo pasado los tres que exigia la ley, se declaró cerrado el

debate. Camilo se agarró al banco en que estaba sentado y fué preciso sacarle de allí á viva fuerza.

Los jurados se reunieron y deliberaron mucho tiempo, habiendo comunicado durante la conferencia con los enemigos de los acusados. Una ansiedad terrible pesaba sobre sus conciencias. Ninguno de ellos creia en los crímenes de Danton. Todos creian en sus vicios y en su poder. La mayoría estaba al parecer indecisa. Acalorados los miembros del tribunal, y divididos en opinion, trataban de arrancarse unos á otros la vida ó la muerte de aquellos hombres. Souberbielle, antiguo amigo de los acusados, era el que mas habia vacilado entre todos; amaba á Danton y temia á Robespierre, pero sobre todo adoraba la república. En la agitacion de sus reflexiones se paseaba con paso incierto en un corredor que precedia á la sala de las deliberaciones. Uno de los colegas de Souberbielle, Topino Lebrun, se le acercó: «Y bien, Souberbielle, le dijo, ¿qué haces aquí?—Estoy meditando sobre el acto terrible que quieren obtener de nosotros, respondió Souberbielle.—Yo ya he meditado, repuso el jurado.—¿Y qué has decidido? le preguntó Souberbielle.—Me he dicho, replicó el otro, esto no es un proceso sino una medida. Las circunstancias nos han traído á una altura en que la justicia desaparece para dejar que domine sola la política. No somos jurados sino hombres de Estado.—Pero, repuso Souberbielle, ¿hay acaso dos justicias, una para el comun de los acusados y otra para los hombres superiores? ¿La inocencia de los hombres vulgares se convierte en crimen cuando no lo son?—Bah, dijo el jurado; aquí no se trata de esas argucias sino de buen sentido y de patriotismo. Estamos como estamos, y esto basta. La república se encuentra en una de esas situaciones apuradas en las que un juicio no es una justicia sino una eleccion. Danton y Robespierre no pueden estar de acuerdo. Es menester para salvar la patria que perezca uno de ellos. In-

terrógate como buen patriota, y responde á tu conciencia. ¿Cuál crees tú mas indispensable en este momento á la república, Danton ó Robespierre?—Robespierre; respondió sin titubear Souberbielle. —Pues ya has juzgado, repuso Topino alejándose.»

## XVIII.

Vueltos á sus calabozos para esperar la hora del suplicio, los sentenciados prescindiéron de la serenidad que habiau mostrado en público descubriéndose tal como eran delante de la muerte. Herault de Sechelles estuvo impasible como aquellos romanos cuya imagen tenia impresa en el corazón. Como discípulo de Juan Jacobo Rousseau, sacó del bolsillo un libro de aquel filósofo, leyó algunas páginas, y se felicitó por salir de un mundo cuyas preocupaciones y supersticiones habia combatido para haer prevalecer la naturaleza y la razón. «¡Oh, maestro mió! esclamó cerrando el libro, tú tambien has sufrido por la verdad, y yo voy á morir por ella. A ti te ha tocado ser su genio, y á mi su mártir. Tú eres un grande hombre, pero ¿cual es mas filósofo de nosotros dos?» Este era el mismo pensamiento que el jóven representante del pueblo habia hecho grabar en algunos versos encima de la pequeña casa que habitó Juan Jacobo Rousseau y Mad. de Warens en el valle de Chaumettes cerca de Chambéry, y que aun se leen allí.

Aquella imagen de la naturaleza, de la soledad y del amor, fué la última que se presentó al espíritu de Herault de Sechelles en el momento de dejar la vida. Ni una sola lágrima ablandó su constancia, y su firmeza no tuvo nada de afectada.

Westermann se mostró intrepido. Philippeaux se sonreía como una conciencia que confia en sus buenas acciones.

Camilo Desmoulins quiso leer á Young y á Hervey, los dos famosos poetas de la agonía. «Tú quieres morir dos veces,» le dijo chanceándose Westermann. Pero el libro caía á cada momento de las manos de Camilo, que volvía sin cesar á la imagen de su esposa adorada y presa, de su hijo, huérfano, y de su madre política, abandonada. «¡Oh Lucila mia! esclamaba; ¡oh Horacio mió! esclamaba deshaciéndose en lágrimas ¿qué será de vosotros?»

Danton aparentaba indiferencia lanzando palabras con profusion para que sirviesen de medallas con su busto, arrojadas desde la orilla de su sepulcro á la posteridad. «Creer que pueden pasar sin mí, decia, y se engañan. Yo soy el hombre de Estado de Europa. No conocen el vacío que va á dejar esta cabeza, decia apretándose las mejillas con las palmas de sus grandes manos. En cuanto á mí, me río, anadia en términos cínicos. He gozado bien del momento de mi existencia. He metido mucho ruido sobre la tierra y he saboreado á placer los goces de la vida. ¡Vamos á dormir!» Y hacia con la cabeza y con el brazo la accion de un hombre que reposa la cabeza sobre una almohada.

## XIX.

A las cuatro, los criados del verdugo fueron á atar los manos á los sentenciados, y á cortarles el cabello, á lo que se prestaron sin resistencia, sazonando con sarcasmos aquel tocado fúnebre. «Esto es muy bueno para esos imbéciles que nos van á ver en las calles, dijo Danton. En la posteridad apareceremos de otro modo.» No demostró mas culto que el de la fama, y no aparentó otro deseo que el de sobrevivir á la memoria de las gentes. Su inmortalidad la hacia consistir en el ruido de su nombre.

Camilo Desmoulins no podía creer que Robespierre dejase ejecutar á un hombre como él, confiando hasta el último momento en su antigua amistad. Hablaba de él con miramiento, y hasta con respeto, desde que estaba preso, dirigiéndole súplicas, en vez de aquellas injurias que el orgullo no perdona jamás. Cuando los ejecutores quisieron asir á Camilo para atarlo como los demás, luchó desesperadamente contra aquellos preparativos que no le dejaban ninguna duda sobre su muerte. Sus imprecaciones y su furor convirtieron por un momento aquel calabozo en una especie de matadero; fué necesario arrojarlo al suelo para maniatarle y cortar el cabello. Sujeto ya y atado, suplicó á Danton que le pudiese en la mano un rizo de Lucila que llevaba encima, á fin de estrechar contra su corazón alguna cosa de ella al tiempo de morir. Danton le hizo aquel piadoso obsequio, y se dejó atar sin resistencia.

En una sola carreta fueron los catorce sentenciados. El pueblo señalaba á Danton respetándose á sí mismo en su víctima. Aquel suplicio se parecía algún tanto á un suicidio del pueblo. Un pequeño número de hombres andrajosos y de mugeres pagadas, seguía la carreta, llenando á los sentenciados de imprecaciones y de silbidos. Camilo Desmoulins no cesaba de vocear y de hablar á aquella multitud: «Pueblo generoso, pueblo desgraciado, esclamaba, te engañan, te pierden, y sacrifican á tus mayores amigos! ¡Reconocedme, salvadme! ¡Yo soy Camilo Desmoulins! ¡Yo soy el que os llamó á las armas el 14 de julio! ¡Yo soy el que os dió esa escarapela nacional!» Al mismo tiempo hacía esfuerzos desesperados con los hombros para romper sus ligaduras, con lo cual hizo añicos de tal modo sus vestidos y su camisa, que su cuerpo delgado y huesoso, aparecía casi desnudo encima de la carreta. Desde el día que guillotinaron á Mad. Dubarry no se habían oído tales gritos ni contemplado semejantes convulsiones en la agonía. La multitud respondía con insultos á aquellos gemidos.

Sentado Danton al lado del joven Camilo, le hacia volver á sentarse y le afeaba aquella inútil explosión de súplicas y de desesperación. «Permanece tranquilo, le decía en voz baja, y no hagas caso de esa vil canalla.» En cuanto á él, imponía á la multitud, no con palabras, sino con su indiferencia y su desprecio. Al pasar por debajo de las ventanas de la casa que habitaba Robespierre el gentío redobló su clamoreo como para tributar homenaje á su ídolo por el suplicio de su rival. Las ventanas de la casa de Duplay se cerraron á la hora en que habitualmente pasaban las carretas por la calle. Aquellos gritos hicieron mudar de color á Robespierre y se alejó de los aposentos desde donde podía oírlos.

Confuso por tanta implacabilidad, humillado al contemplar la sangre que caía con tanta frecuencia y tan justamente sobre él, sintió dolor ó vergüenza. «Este pobre Camilo, dijo, á quien no he podido salvar! Pero él ha querido perderse. En cuanto á Danton, añadió, se muy bien que me abre el camino, pero es indispensable que inocentes ó culpables demos todos nuestras cabezas á la república. La revolución reconocerá á los suyos al otro lado del cadalso.» Este malvado fingió enternecerse por lo que él llamaba las crueles exigencias de la patria.

## XX.

Herauld de Sechelles bajó el primero de la carreta, y con el arranque y la sangre fría de una amistad que dirige el corazón hacia el corazón, aproximó su cara á la de Danton para abrazarlo. El verdugo les separó. «Barbaro, dijo Danton á éste, ¿podrás impedir á nuestras cabezas que se besen dentro de un momento en el cesto?» Camilo Desmoulins subió en seguida. Había vuelto á

recobrar su calma en el último momento. Movía entre sus dedos el rizo de su muger, como si su mano hubiese querido desatarse para llevar aquella reliquia á sus labios. Se aproximó al instrumento de la muerte, miró con frialdad la cuchilla teñida en la sangre de su amigo, y despues volviéndose hácia el pueblo y levantando los ojos al cielo: «¡He aquí, esclamó, el fin del primer apóstol de la libertad! Los monstruos que me asesinan no me sobrevivirán mucho tiempo. Haz llegar estos cabellos á mi madre, dijo en seguida al ejecutor.» Estas fueron sus últimas palabras: ¡Su cabeza cayó al cesto!

Danton subió el último á la guillotina. Jamás se había mostrado mas soberbio ni mas imponente en la tribuna. Se cuadró en el cadalso, pareciendo que tomaba la medida de su pedestal. Dirigió á derecha é izquierda una mirada de compasion hácia el pueblo pareciendo decirle con su actitud: «¡Mírame bien: tú no verás á muchos que se me parezcan!» La naturaleza confundió por un instante aquel orgullo: una esclamacion se le escapó al recordar á su jóven esposa. «¡Oh amada mía: dijo con los ojos humedecidos en llanto, ya no te veré mas!» Despues como reprendiéndose esta especie de apego á la existencia: «¡Vamos, Danton, dijo en alta voz, nada de debilidad!» Y volviéndose al verdugo: «¡Muestra mi cabeza al pueblo, le dijo con autoridad, bien vale la pena de que lo hagas. Su cabeza cayó: el ejecutor obedeciendo su última voluntad, la recogió del cesto y la paseó alrededor del cadalso. La multitud aplaudió. Así concluyen sus favoritos!

Así murió en escena delante del pueblo aquel hombre para quien el cadalso era un teatro y que había querido morir aplaudido al fin del drama trágico de su vida como lo había sido en el principio y en el medio de él. Nada le faltó para ser un grande hombre sino la virtud. Tuvo su naturaleza, su causa, su genio, su esterior, su destino y su muerte, pero no tuvo su conciencia. Jugó al hombre grande sin serlo. No hay grandeza en repre-

sentar un papel; esta solo existe en la fé con que se desempeña. Danton tuvo el sentimiento y con frecuencia la passion de la libertad, y no su fé, porque no profesaba interiormente otro culto que el de la fama.

La revolucion era en él un instinto y no una religion. Sirviola como el viento sirve á la tempestad que agita la espuma y juega con las olas: no comprendió de ella mas que su movimiento y no su direccion, tuvo su embriaguez pero no su amor. Danton representa las masas, y no las capacidades de la época; mostrando en sí alternativamente la agitacion, la fuerza, la ferocidad y la generosidad de aquellas. Hombre de temperamento mas que de ideas, mas elemental que inteligente, fué sin embargo mas hombre de Estado que ninguno de los que intentaron manejar las cosas y los hombres de aquellos tiempos de utopias. Mas que el mismo Mirabeau, si se entiende por hombre de Estado á uno que comprende el mecanismo del gobierno independientemente de su ideal, tenia su instinto político. Había bebido en Maquiavelo las máximas que enseñan todo lo que se puede hacer soportar de poder ó de tirania á los Estados. Conocía las debilidades y los vicios de los pueblos y no sus virtudes; no sospechando lo que hace la santidad de los gobiernos, porque no veía á Dios en los hombres sino la casualidad. Era uno de aquellos admiradores de la *fortuna antigua* que no adoraba en ella sino la divinidad del éxito. Conocía su valor como hombre de Estado, con tanta mas complacencia cuanto la democracia era mas inferior á él: se le admiraba como si fuese un gigante en medio de los enanos del pueblo: estableció su superioridad como un aparecido del genio, aturdiéndose de sí mismo, aplastando á los otros y proclamándose la cabeza de la republica. Despues de haber acariñado á la popularidad, la despreció como si fuese una bestia feroz á la que desafió á que lo devorase. Tuvo el vicio tan audaz como su frente. Llevó el desafio político hasta el crimen en las jornadas de setiem-

bre: retó a los remordimientos, pero fué vencido por ellos, lo denunciaron y aquella sangre le seguía continuamente. Un secreto horror se mezclaba a la admiración que inspiraba, sintiendo en sí mismo aquel horror que hubiera querido separar de su pasado. Como naturaleza inculta, tuvo accesos de humanidad, como los tuvo de furor, vicios bajos y pasiones generosas. En una palabra; era hombre que tenía un corazón. Este corazón hacía el fin se volvía al bien por la sensibilidad, por la piedad y por el amor, mereciendo a la vez ser maldecido y sentido. Fué el coloso de la revolución, tuvo la cabeza de oro, el pecho de carne, el cuerpo de bronce y los pies de barro. Abatiéndole la cima de la Montaña pareció menos elevada. El era su nublado, su relámpago y su rayo. Al perderle la Montaña, perdió también su nombre.

## LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Desmoulins.—Carta de madama Duplessis a Robespierre.—Dominación de la comisión de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coaligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marecán.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observación.—Se resuelve la invasión de Holanda.—Indecisión de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austríacos el Rhin.—Los prusianos se retiran a Maguncia.—Prisión de Hoche.—Se le traslada a París.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serurier.—Bonaparte.—Angereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinación.—El almirante Motard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.º de junio de 1794.—El navío *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El canto de partida.—Redoblan el terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condernación y ejecución de los hijos de Custine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su mujer.—Ejecución de Lamourette obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prisión.—Se envenena.—Louvet.—Larevelle.—Lepeaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duxal-Deprenail, y el mayor número de los grandes miembros de la monarquía, son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se transporta la guillotina desde la plaza de Luis XV a la barrera del Troño.—El abate de Fenelon ejecutado a los 89 años.—Palabras de Collot de Herbois y de Fouquier Tinville.

## I.

Apenas había muerto Danton, cuando pareció que el terror se reanimó con los esfuerzos que éste había hecho para dulcificarlo. Veinte y siete acusados de todos rangos, opiniones y sexos, encerrados sin distinción en la

bre: retó a los remordimientos, pero fué vencido por ellos, lo denunciaron y aquella sangre le seguía continuamente. Un secreto horror se mezclaba a la admiración que inspiraba, sintiendo en sí mismo aquel horror que hubiera querido separar de su pasado. Como naturaleza inculta, tuvo accesos de humanidad, como los tuvo de furor, vicios bajos y pasiones generosas. En una palabra; era hombre que tenía un corazón. Este corazón hacía el fin se volvía al bien por la sensibilidad, por la piedad y por el amor, mereciendo a la vez ser maldecido y sentido. Fué el coloso de la revolución, tuvo la cabeza de oro, el pecho de carne, el cuerpo de bronce y los pies de barro. Abatiéndole la cima de la Montaña pareció menos elevada. El era su nublado, su relámpago y su rayo. Al perderle la Montaña, perdió también su nombre.

## LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Desmoulins.—Carta de madama Duplessis a Robespierre.—Dominación de la comisión de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coaligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marecán.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observación.—Se resuelve la invasión de Holanda.—Indecisión de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austriacos el Rhin.—Los prusianos se retiran a Maguncia.—Prisión de Hoche.—Se le traslada a Paris.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serurier.—Bonaparte.—Angereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinación.—El almirante Motard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.º de junio de 1794.—El navío *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El canto de partida.—Redoblan el terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condernación y ejecución de los hijos de Custine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su mujer.—Ejecución de Lamourette obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prisión.—Se envenena.—Louvet.—Larevelle.—Lepeaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duxal-Deprenail, y el mayor número de los grandes miembros de la monarquía, son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se transporta la guillotina desde la plaza de Luis XV a la barrera del Troño.—El abate de Fenelon ejecutado a los 89 años.—Palabras de Collot de Herbois y de Fouquier-Tinville.

I.

Apenas había muerto Danton, cuando pareció que el terror se reanimó con los esfuerzos que éste había hecho para dulcificarlo. Veinte y siete acusados de todos rangos, opiniones y sexos, encerrados sin distinción en la

cárcel del Luxemburgo, so pretexto de conspiración, fueron conducidos al tribunal revolucionario. Entre ellos se veía al general Arturo, á Dillon, Chaumette, á los ayudantes de campo de Ronsin, al general Beysser, el obispo de Paris Gobel, á los cómicos Gammont, padre é hijo, á Lapalus, á la viuda de Hebert, y en fin, á la esposa de Camilo Desmoulins. Su crimen común se limitaba á algunas aspiraciones imprudentes por su libertad ó por la de sus interesados, y su crimen efectivo era la inquietud que la emoción del pueblo á la voz de Danton había dado el día anterior á los dueños de la Convención. Se quería únicamente arrojár corrientes de sangre sobre las cenizas del tribuno para extinguirlas.

Casi todos fueron condenados. A la jóven religiosa que llevaba el nombre de Hebert, no se la ocultó la suerte que la esperaba. No deseaba ésta prolongar una vida ahogada desde su infancia en el claustro, manchada en el mundo por el nombre que llevaba, y que luchando entre el horror y el amor á la memoria de su marido era desgraciada bajo todos estos aspectos. «No he debido á la revolución mas que un rayo de libertad y de dicha, le decía á su compañera de dolor Lucila Desmoulins, y es terrible cosa amar á un hombre que todo el mundo aborrece. Su memoria no me será perdonada y yo moriré tal vez para espiar los excesos que yo misma deploro mas que nadie. Vos señora, añadió, sois dichosa; ningún cargo hay contra vos y no seréis arrebatada á vuestros hijos; ¡vos vivireis!» Lucila Desmoulins no aceptaba aquella esperanza. Había aprendido con la muerte de su marido lo que valía la amistad de Robespierre. «¡Los cobardes me matarán como á él, respondió á su compañera de cadálsa, pero no sabéis que la sangre de una muger crea la indignación en el alma de un pueblo! ¿No fué la sangre de una muger la que arrojó para siempre á los Tarquinos y á los decemvros de Roma? ¿Que me maten y que la tiranía caiga conmigo!»

Aquellas viudas de dos hombres que se destrozaban pocos días antes y cuyo encarnizamiento mútuo había atraído la pérdida común, ofrecían una de las mas crueles irrisiones del destino. Habían aplaudido algunos meses antes el sacrificio de la reina y de madama Roland y ahora comprendían por esperiencia propia lo que habrían sufrido aquellas dos mugeres. Las faltas y las venganzas se tocaban en aquellas catástrofes del terror en donde los días hacían veces de años.

Inútilmente la madre de Lucila, la bella y desgraciada madama Duplessis se dirigió á todos los amigos de Robespierre para despertar en él un recuerdo de sus antiguas relaciones. Todas las puertas se cerraban al nombre de los parientes de Camilo y de Danton. «Robespierre, le escribió al fin aquella señora; ¿no es ya bastante haber asesinado á tu mejor amigo sino que quietes aun la sangre de su muger, de mi hija?... El monstruo de Fouquier Tinville acaba de ordenar que la lleven al cadalso. Dentro de dos horas ya no existirá. Robespierre, si tú no eres un tigre en forma humana, si la sangre de Camilo no te ha embriagado hasta el punto de hacerte perder la razón, si te acuerdas aun de nuestras reuniones íntimas, si te acuerdas de las caricias que prodigabas al pequeño Horacio que gustabas poner en tus rodillas, si te acuerdas que debiste ser mi yerno, perdona una víctima inocente! Pero si tu furor es el del leon, ven á prendernos también á mi, á Adela, (otra hija suya), y á Horacio: ven á destrozarnos con tus manos humeantes con la sangre de Camilo: ¡ven! ¡ven, y que un solo sepulcro encierre las cenizas de todos nosotros!....»

## II.

Esta carta quedó sin respuesta. Robespierre, á quien sus concesiones, fatales á una popularidad que debió rechazar á este precio, no le dejaban ya el derecho de te-

ner ni memoria, ni indulgencia, ni compasion, ó no la recibió ó fingió no haberla recibido y calló. Lucila, sentada al lado de madama Hebert en la carreta de los sentenciados, fué conducida al cadalso. Mas dichosa que su compañera, que iba anonadada de humillacion y bajando la frente al oír el nombre de Hebert, madama Desmoulins podia al menos levantar la cabeza y decir al pueblo que moria por haber inspirado á su marido la indulgencia. Su esbelta estatura, su cara animada, la palidez luchando en sus mejillas con la frescura de la juventud, la memoria que invocaba de su marido, de su madre y de su hijo, el sentimiento de la vida interrumpida por el deseo de una muerte que iba á reunirle á su Camilo, enternecieron á todos los circunstantes. Menos severa que madama Roland, inspiraba mas interes que aquella. No moria por la gloria sino por su amor. No era á la opinion, era á la naturaleza á quien la muerte heria en ella. Fue llorada y tal vez la víctima mas vengada algunos meses despues. Aquella sangre femenina hacia olvidar la otra. Reanó á todo un sexo en contra de los asesinos de la juventud, de la inocencia y del amor. La muerte de Lucila fué la página mas elocuente de *El Viejo franciscano*.

## III.

Las comisiones temblaron y temian en París y en los departamentos una reaccion ocasionada por la muerte de Danton. Su suplicio era un golpe de Estado. ¿Cómo se recibia? Las comisiones no conocian bastante el servilismo del miedo, y el éxito excedió á sus esperanzas. Un solo grito de admiracion pareció elevarse hacia ellas de todos los clubs de la república. El mismo Legendre rescató con sus excesivas bajezas la veleidad de independencia que se habia atrevido á mostrar fatigando á Ro-

bespierre con demostraciones de arrepentimiento. «He sido amigo de Danton mientras que lo he creído puro, decía, pero ahora no hay en toda la república hombre mas convencido que yo de sus crímenes.»

La comision de salud pública dominando ya en el interior, llevó toda su atencion hácia las fronteras.

Saint-Just, que era el brazo derecho de Robespierre, regresó al ejército. La apertura de la campaña de 1794 reclamaba el ojo y la mano de la Convencion. Los coaligados mirándose entre sí con envidia y contando con las divisiones intestinas de la Francia, no habian intentado nada durante el invierno, contentándose con conservar sus posiciones y acumular sus fuerzas. Su plan consistia en marchar en masa sobre Landrecies y de allí á París por Laon. Sus ejércitos se componian en el mes de marzo de sesenta mil austriacos ó emigrados sobre el Rhin, al mando del duque de Sajonia-Teschén; de sesenta y cinco mil prusianos alrededor de Maguncia, en el Luxemburgo y sobre el Sambre, mandados por Beaulieu, Blankeinstein y el príncipe de Kaunitz; y en fin de ciento veinte mil hombres de los diversos contingentes de la coalicion, bajo las órdenes del príncipe de Coburgo y de Clairfayt, maniobrando entre el Quesnoy y el Escalda.

El ejército francés se dividia en ejército del Alto Rhin, con sesenta mil hombres; ejército de la Mosela con cincuenta mil; ejército de los Ardenes con treinta mil, y ejército del Norte con ciento cincuenta mil. Las hostilidades empezaron por una marcha de los aliados sobre Landrecies. Este movimiento hizo retroceder al ejército republicano. El enemigo cercó á Landrecies. Rechazado nuestro centro de este modo, dejaba descubiertas sus dos alas é incomunicadas con el cuerpo principal. No habiendo podido Pichegru restablecer su centro en el primer ataque y convencido de que no lo conseguiria sino por una accion directa para levantar el bloqueo de Landrecies, resolvió ejecutar un movimiento temerario inva-

diendo la Flandes marítima llamando hácia sí las fuerzas principales del enemigo. Su genio reflexivo asociado al genio de Carnot veía la guerra en grande, y seguía así sobre el vasto horizonte de una carta de Europa el efecto de una operacion sobre otra. Además, tenía dentro de sí mismo el ardor necesario para iluminar en un momento premeditado, la resolución friamente calculada, antes de que llegara aquel instante decisivo.

Ocultó su movimiento por medio de un ataque general en toda la línea francesa, propio para llamar las fuerzas de los coaligados lejos de las orillas del mar á donde él quería dirigirse pasando por su retaguardia. Aquellos brillantes ataques sin resultados no impidieron á los coaligados el bombardear á Landrecies y el apoderarse de aquella llave de nuestras provincias.

Durante estos combates, los generales Souham y Moreau pasaron el Lys y el canal de Loo con cincuenta mil combatientes, sorprendieron á Clairfayt y le tomaron á Courtray y Manin. Prevaliéndose Pichegru de estas primeras ventajas, no temió descubrir enteramente el camino de París, lanzando todos sus cuerpos de ejército en apoyo de Moreau y de Souham. Si Coburgo se atreve á penetrar en Francia, pensaba Pichegru, se encontrará entre París y un ejército francés de ciento veinte mil hombres que lo cortará por la parte de Flandes y por la de Alemania.

Aquella temeridad surtió efecto. El reto no fué aceptado por el príncipe de Coburgo que hizo dar media vuelta á su ejército para seguir á Pichegru y envolverlo en sus conquistas.

## IV.

Un solo consejo de guerra celebrado en Tournay y al que asistió el emperador, determinó un nuevo plan de campaña que llamaron el plan de la destruccion del ejér-

cito francés. Una vez envuelto y destruido el ejército, los coaligados se lisonjaban de que el suelo de la Francia, agotado ya el patriotismo y cubierto de sangre, no tendría otro que oponerles, y que cortados los brazos á la revolucion podrian herirle en el pecho. Avanzaron en consecuencia en seis columnas contra el ejército del Norte, que debian encontrar entre Menin y Courtray. Pichegru estaba ausente visitando en aquel momento sus cuerpos del Sambre. Moreau y Souham destruyeron los planes de los coaligados y balieron reunidos á las diferentes columnas separadas, cuya reunion evitaron, consiguiendo la victoria de Turcoing, y convirtiendo en una derrota en Waterloo la marcha del ejército inglés. El duque de York, que mandaba aquel ejército, debió su libertad á la ligereza de su caballo. Tres mil prisioneros y sesenta cañones enemigos quedaron en poder de los republicanos. La gloria de la Francia brillaba bajo Moreau y Pichegru en Waterloo; ella debia palidecer despues de haber adquirido mayor brillo bajo Napoleon en otro Waterloo. Este nombre va siempre acompañado de triunfos y de reveses en los fastos de nuestros destinos. Aquella victoria conseguida sobre el enemigo á pesar de nuestra inferioridad numérica, redobló por el entusiasmo el valor de nuestros soldados. Pichegru llegó al dia siguiente para recoger los frutos de ella, frutos que le fueron disputados con encarnizamiento en un combate de quince horas en donde el nombre de Macdonald comenzó á figurar con gloria entre los de Moreau, Hoche, Pichegru, Moreau y de Vandamme. Encargado Moreau del sitio de Iprés, rechazó á Clairfayt que iba á socorrer la plaza á la cabeza de treinta mil soldados. Por fin, la tomó despues de varios asaltos obstinados é hizo en ella seis mil prisioneros.

Durante estas operaciones, Carnot tenía la vista fija sobre el Sambre, tantas veces pasado y repasado y que parecía ser el límite fatal disputado entre la coalición y la república. Carnot había enviado allí á Jourdan que fué injustamente destituido del mando del ejército del Norte y nombrado entonces por aquel representante general del ejército del Sambre y Mosa. Jourdan no tomó otra venganza de la ingratitud de su patria que cubrirla con su espada y con su genio. Saint-Just y Lebas, que estaban presentes en medio de los débiles cuerpos que cubrían aquel río, no cesaban de arrojarlos al otro lado, para lanzar la guerra á terreno enemigo. Llegando Jourdan con cincuenta mil hombres del ejército de los Ardenes, resolvió pasar el Sambre á la voz de estos representantes. Marceau y Duhesme habían rechazado á los austriacos sobre Thuin y Lobbes, facilitando así el paso del Sambre al ejército que les seguía; pero abandonados por las tropas del general Desjardins á quien detuvieron algunas disposiciones mal combinadas, repusieron el río para reunirse al cuerpo principal. El imponente Saint-Just mostró de nuevo el Sambre ó la muerte á los generales Charbonnier y Desjardins. El 20 de junio, estos generales se lanzaron al otro lado del río. Campados en las playas extranjeras á la inmediación del Sambre, Charbonnier y Desjardins destacaron á Kleber y Marceau para que fuesen á proveer de víveres al ejército por el lado de Frasnes. Durante aquella imprudente desmembración de fuerzas atacados por los austriacos, los franceses fueron rechazados hasta el río, debiendo su salvación á la vuelta de Kleber y al valor de Bernadotte, que acudieron al ruido del ca-

ñon. Teñido el Sambre de sangre francesa, volvió á quedar entre los enemigos y nosotros.

Jourdan iba avanzando hacia allí con sus fuerzas, pero el ardor de Saint-Just no le permitió esperarlos. «Charleroi! Charleroi! (repelía sin cesar á los generales como Catón á los romanos en el consejo de guerra), arregladlo como queráis, pero es necesario dar una victoria á la república.»

Kleber repasó el río el 26 de mayo, y esperó tres horas bajo la metralla de veinte piezas, á las columnas que debían seguirle. Deshecho en fin, por nuevas baterías que destrozaban los flancos de su vanguardia, le fué preciso replegarse. El 29 Saint-Just hizo pasar el río á Marceau y á Duhesme. Las cabezas de sus columnas chocaron contra treinta y cinco mil hombres del príncipe de Orange y volvieron á pasar el río en derrota. En fin, llegó Jourdan en medio de aquellos inútiles asaltos. Saint-Just le proclamó en seguida general del ejército del Sambre y Mosa y del Norte á la vez, adjudicándole todos los generales y todos los cuerpos, y dándole la dictadura de la campaña. Jourdan reune al instante militar de Saint-Just la ciencia del general y el número de los batallones. Por sexta vez pasó el Sambre y marchó sobre Charleroi, seguido de ochenta mil combatientes.

Empezaba el nuevo generalísimo á bombardear á la ciudad y á situar los cuerpos de ejército previendo una batalla próxima, cuando atacado de improviso y hallándose sin municiones, sin baterías, sin apoyo, sin haberse podido poner aun en contacto con el resto del ejército, y batido por tres formidables masas enemigas, se vió obligado, á pesar de los prodigios de inteligencia y de valor de Kleber, de Marceau, de Duhesme, de Lefebvre y de Macdonald á replegarse precipitadamente al valle del Sambre y cubrirse de nuevo con su corriente. Irritado Saint-Just, aunque testigo de la intrepidez de las tropas y de la obediencia de los generales, temblaba que la no-

tecia de aquel revés despopularizase á la comision y á Robespierre. El mismo habia combatido como un héroe, pero la gloria no era nada sin el triunfo. Para Saint-Just la victoria era su política, su campo de batalla estaba en París, y no encontraba nada imposible con tal que fuese necesario á la salvacion de la república. Carnot no cesaba de escribirle. «Una victoria en el Sambre ó la anarquía en París.»

En fin, el 18 de junio, habiendo reunido en dos dias sus parques de artillería, sus refuerzos y sus municiones, se aprovechó de la confianza que habia infundido al príncipe de Coburgo aquel triunfo para repasar el Sambre y avanzar sobre Charleroi. El príncipe de Coburgo habia destacado la mayor parte de sus batallones y de su caballería para reforzar á Clairfayt contra Pichegru. Jourdan bloqueó á Charleroi y atrincheró los pueblos que cubrian su frente, y principalmente á Fleurus. En el centro de su línea construyó un reduto armado con diez y ocho piezas de grueso calibre, y apagó los fuegos de Charleroi. Aquella plaza se rindió en el mismo día, y Saint-Just se mostró generoso con la guarnicion, dejándola salir con armas y equipages. En el momento en que esta evacuaba la plaza y desfilaba delante del representante del pueblo, el estampido del cañon que resonaba á lo lejos, anunciaba á Charleroi un socorro tardío y á Jourdan una nueva batalla que no podia menos de estar muy próxima.

## VI.

El príncipe de Coburgo era el que se aproximaba, y él que al verificar su reunion con el príncipe de Orange, empezaba á cañonear las avanzadas del ejército francés. Jourdan dispuso sus tropas en semicírculo, apoyando las

alas en el Sambre que no podían repasar, y no dejando la otra alternativa que la victoria ó la muerte. Marceau, Lefebvre, Championnet y Kleber mandaban los diferentes cuerpos, y de esta batalla data la primera gloria que rotó sus nombres; algunos retrincheramientos enlazados por fuertes redutos y defendidos por tropas escogidas, cubrieron las dos estremidades avanzadas de nuestras alas y tolo el centro de la division.

El príncipe de Coburgo renovó en aquella ocasion la eterna rutina de la antigua escuela, diseminando sus fuerzas y sus ataques. Dividió sus ochenta mil hombres en cinco columnas que avanzaron en semicírculo para acometer al ejército francés por todos los puntos y á un mismo tiempo. El príncipe de Orange, el general Quasnodowich, el príncipe de Kaunitz, el archiduque Carlos, hermano del emperador, y el general Beaulieu, mandaban estas columnas de ataque. Las columnas avanzaron todas entre reveses y triunfos momentáneos contra las tropas republicanas. Championnet, arrollado por un instante, se retiró detrás de los retrincheramientos. El espacio que dejó vacío se inundó al instante con la numerosa caballería austriaca, convirtiéndose por esta evolucion en el centro del campo de batalla.

La suerte del combate que sostenian contra aquellas masas Lefebvre y Championnet, se le ocultaba á Jourdan por una nube de humo. En este momento se vió por cima de aquella humareda un globo que llevaba algunos oficiales del estado mayor francés. Carnot quiso aplicar al arte de la guerra la invencion hasta entonces estéril de la aerostática. Este punto móvil de observacion, cerniéndose por cima de los campos y despreciando las balas, debía ilustrar al genio del general en jefe. Los austriacos dirigieron algunos proyectiles contra el globo, y le obligaron á elevarse para evitarlos á una grande altura. Los oficiales que iban en él reconocieron, no obstante, la situacion peligrosa de Championnet, y bajaron precipi-

tadamente para informar de ella á Jourdan. Este general marchó en seguida con sus reservas, compuestas de seis batallones y otros tantos escuadrones, al socorro de Championnet y penetró con él al paso de earga y sobre montones de cadáveres en las posiciones abandonadas. El gran reducto fué reconquistado y empezó á arrojar balas sobre las líneas austriacas, en las que abrió grandes claros. La caballería francesa se lanzó al galope en aquellas brechas y las hizo mayores á sablazos tomando cincuenta piezas. Pero en el momento que Jourdan cortara el centro enemigo, el príncipe Lambesc á la cabeza de los carabineros y caraceros imperiales reunidos, cayó sobre la caballería francesa y la arrebató su victoria y sus despojos. Empezábamos ya á replegarnos cuando el príncipe de Coburgo, viendo la bandera tricolor que ondeaba sobre las murallas de Charleroi, conoció que el fruto de la jornada y de la campaña habia sido arrebatado al ejército coaligado, é hizo tocar retirada: entregando de este modo el campo de batalla á Jourdan, le entregó tambien con él el nombre de Fleurus y el honor de la victoria.

## VII.

Veinte mil cadáveres cubrieron el campo de batalla. Aquella victoria hundió de nuevo la Bélgica y no tardó en hacer entrar bajo las leyes de la Convencion á las ciudades francesas que momentáneamente habian sido invadidas por el estrangero. Carnot y Saint-Just resolvieron reunir el ejército del Norte al ejército del Sambre y Mosa, lanzar á Pichegru á la conquista de la Holanda, separar á Clairfayt del duque de York, cortando de esta modo en trozos el ejército grande de la coalición, hacer sublevar las provincias del Rhin y de los Países Bajos, aprovechar la vacilacion de la Prusia, separar al Austria

del lado de nuestros enemigos y escuchar las proposiciones pacíficas que el emperador empezaba á hacer á Robespierre. El carácter sufrido de éste habia herido, en efecto, vivamente la imaginacion de los hombres de Estado de la corte de Viena. Causado de inútiles esfuerzos, asustado por la preponderancia de la Prusia, inquieto por la inaccion de la Rusia, é impaciente por las exigencias de Pitt, el gabinete austriaco meditaba una defeccion.

Solo la anarquía y la inestabilidad del gobierno revolucionario, impedian al emperador el entrar en tratos, esperando para descubrirse que el advenimiento de Robespierre á la dictadura diese unidad á la republica, un centro á las negociaciones y una garantía á la paz.

## VIII.

El solo peligro real de la republica en los últimos meses de la campaña precedente, habia sido el bloqueo de Landau y la ocupacion de las líneas de Weissenbourg, estas dos puertas de nuestros valles del Rhin y de los Vosges. La comision de salud pública resolvió entonces hacer los mas desesperados esfuerzos para reconquistar aquella posicion y hacer levantar el bloqueo de Landau. Landau ó la muerte, fué la contraseña de los tres ejércitos del Rhin, de los Ardenas y del Mosela. Los levantamientos en masa y el fervor unánime de las poblaciones belicosas de la Alsacia, de los Vosges y del Jura, reforzaron rápidamente aquellos tres ejércitos. Pichegru mandaba el del Rhin. Su carácter rudo y su esterior republicano, habian conquistado á este general la confianza de Robespierre, de Saint-Just y de Lebas. Estos hombres sombríos veian en Pichegru un hombre de una virtud y de una modestia antiguas, capaces de salvar á la republica é incapaces de pensar en dominarla. El alma ambi-

ciosa de Pichegru ocultaba bajo un profundo disimulo, el pensamiento de dominio que germinaba ya en su mente.

El mando del ejército del Mosela destinado á verificar su union con el de Pichegru, fué dado por Carnot al jóven general Hoche, á quien sus hazañas en el ejército del Norte habian señalado á la consideracion de la republica. A los veinte y seis años. Hoche, unida al ardor de la edad, poseia ya la madurez de los generales antiguos. El fuego de la revolucion ardia en su alma, y no veia en la gloria mas que el esplendor de la libertad. Aceptó el mando como se acepta un deber, dando de buen corazon su vida á la republica en pago del honor que le tributaba. Los soldados que veian en él hasta donde podian estender su ambicion, raticaron con sus aclamaciones la eleccion de la comision. En pocos dias comunicó á su ejército el fuego que abrasaba á su alma. Con treinta mil hombres se lanzó á la cima de los Vosges, combatiendo al principio con fortuna y despues con desgracia á Kaiserslautern; se replegó honrado hasta en su derrota, por los representantes, testigos de su juventud y de su valor, reunió algunos refuerzos de los Ardenas, volvió á probar fortuna, se arrojó sobre Werdt para atacar y destruir á Wurmser, aturdió á este general austriaco, rechazó su ala derecha, tomó sus posiciones, hizo prisionero un cuerpo considerable, y verificó su reunion con el ejército del Rhin.

Admirados Baudot y Lebas de la decision y de la fortuna de los movimientos de Hoche, le destinaron con perjuicio de Pichegru, al mando de los dos ejércitos reunidos. Hoche atacó á la vez á los prusianos que estaban en masa alrededor de Weissembourg, y á los austriacos acampados frente del Lauter entre Weissembourg y el Rhin. Desaix y Michaud, sus tenientes, se precipitaron sobre aquellas lineas, las destruyeron y entraron victoriosos en Weissembourg. Levantóse el bloqueo de Landau.

Los austriacos repasaron el Rhin, y los prusianos se retiraron á Maguncia. El anciano duque de Brunswick que los mandaba, dejó el mando, humillado de verse derrotado por un general de veinte y seis años.

## IX.

Pero despues de aquellas hazañas que habian purgado al suelo de la republica, y puesto dos ejércitos en manos de un adolescente, la envidia se habia cebado en el general Hoche. Celosos Saint-Just y Robespierre por su ascendiente sobre las tropas, y cediendo á las insinuaciones de Pichegru, le habian arrebatado como á Custine, del medio de su campamento. Enviado desde allí al ejército de los Alpes, Hoche fué preso de nuevo á su llegada á Niza. Lo llevaron á Paris y fué encerrado en los Carmelitas. Algunos dias despues, una orden mas severa le hizo trasportar á la Consergeria con las manos atadas como si fuese un vil criminal. Hacía ya cinco meses que yacia preso en la época de que vamos hablando. El hombre que habia salvado á la republica, y que no tenia mas crimen que su gloria, esperaba cada dia el suplicio por premio de los servicios tributados á su patria. Hoche se habia casado algunos meses antes con una jóven de diez y seis años, que no tenia mas dote que su amor, y estaba en correspondencia con ella por medio de billetes lacónicos que la hacia pasar burlando la vigilancia de sus carceleros. Vivía con la racion de la cárcel, y se vió precisado á vender su caballo de batalla para mantenerse. Soportaba las privaciones, la indigencia, y hasta la perspectiva del suplicio, sin blasfemar ni aun interiormente de la republica. «En estos gobiernos, escribió á su esposa, un general demasiado querido de los soldados que manda, es justamente sospechoso á los que gobier-

nan, como sabes; es cierto que la libertad podría correr peligro por la ambición de semejantes hombres si fuesen ambiciosos. Pero yo... No importa; mi ejemplo podrá ser útil á la causa pública. Despues de haber salvado á Roma, Cincinato volvió á arar su campo; como él amo á mi patria, y yo no puedo sino volver á las filas de donde la casualidad y mi trabajo me han hecho salir, demasiado pronto para mi tranquilidad.

«Si tú lees, la decía en otra carta, la historia de las repúblicas antiguas, verás que la maldad de los hombres atormenta á todos los que como yo han servido bien á la patria.»

Estas cartas confidenciales de Hoche respiran el sentimiento de la antigüedad. En un tiempo en que la impiedad filosófica unida á la ligereza soldadesca, borraba de la lengua y del corazón los sentimientos religiosos, admira el ver á un jóven héroe de la república elevar sin cesar su pensamiento al cielo, invocar á la Providencia, y bablar con un acento profundo á su muger y á sus amigos de aquel gran Ser que le protege en los peligros y al cual rendia su heroísmo como á origen de todo beneficio.

Estos meses de prisión y aquella sombra del cadalso hicieron de Hoche el héroe que debía dentro de poco ahogar la guerra civil, tanto por la generosidad como por la fuerza.

Despues de los cuarteles de invierno de 1793 á 1794 nuestras fronteras presentaban la misma seguridad que las del Rhin. En Saboya el general Dumas se apoderó de las alturas de los Alpes, y amenazó desde la cumbre del San Bernardo y del Mont-Cenis á los piemonteses aliados del Austria. La comision de salud pública meditaba

la invasion de Italia: Massena y Serrurier nos abrian paso á paso el acceso por el lado de Niza. Bonaparte, que no era todavia mas que comandante de un batallon en aquel ejército, enviaba los planes á Carnot y Barrere. Aquellos planes revelaban en el jóven y desconocido oficial el genio futuro de la guerra de invasion.

En la Vendée, las columnas incendiarias de los republicanos llevaban por todas partes las llamas y la muerte. El general en gefe Elbée, cayó en su poder y murió fusilado en Nantes.

En los Pirineos, el ejército español privado por la muerte de sus dos generales Ricardos y O'Reilly, se cubria con el rio Ter de los ataques de Augereau, de Pérignon y de Dugommier. El viejo general Dagobert impaciente por la inaccion á que estaba reducido en la Cerdaña, invadió Cataluña, triunfó en Montelló, y espiró de fatiga en la Seo de Urgel á la edad de setenta y ocho años. Despues de haber impuesto sobre sus conquistas ricas contribuciones que habia entregado fielmente en la caja del ejército, Dagobert murió sin otra riqueza que su uniforme y su sueldo. Los oficiales y soldados de su ejército se vieron obligados á escotar para subvenir á sus humildes pero gloriosos funerales. El general español, conde de la Union, arrojado de posicion en posicion hasta la cumbre de los Pirineos, abandonó todos los valles y se retiró bajo el cañon de Figueras.

El rey de España proponia la paz, no poniendo mas condiciones que la libertad de Luis XVI y un modesto establecimiento para el delfin en las provincias limitrofes de España. La comision de salud pública escribió al representante del pueblo que le habia comunicado estas condiciones: «El cañon es el que debe responder; avanzad y herid.» Dugommier obedeciendo á aquella orden, cayó vencedor, habiéndole deshecho la cabeza una granada. «Ocultad mi muerte á los soldados, dijo á sus dos hijos y á los oficiales que le levantaron, á fin de que la victo-

ria consuele al menos mi último suspiro.» Perignon, nombrado general en jefe en lugar de Dugommier acabó de conseguir la victoria.

Los generales Bon, Verdier, y Chabert, deshicieron las columnas y cargaron á la bayoneta el campo enemigo. La muerte del general en jefe del ejército español en la toma del reducto y la de otros tres generales; vengaron la de Dugommier, y produjeron la derrota del ejército enemigo. Diez mil españoles fueron hechos prisioneros y Figueras cayó en poder de Augereau y de Victor. La frontera quedaba libre y el enemigo se retiraba en todas partes ante la constancia y el valor de nuestros batallones. La obstinacion de Robespierre, el genio de Carnot y la inflexibilidad de Saint-Just, habian llevado la guerra al extranjero.

## XI.

En el Océano, la república mantenía si no su poder, al menos su heroísmo. Sobre la mar, la guerra no es solamente de valor y de número: el hombre no es bastante; son necesarios la madera, el bronce, los aparejos, la maniobra y la disciplina; se improvisa un ejército pero se crean lentamente las escuadras y los hombres capaces de manejarlas. Nuestra marina exhausta de oficiales por la emigracion y de buques por el desastre de Tolon, acababa de ser victima de los insurrectos. La escuadra de Brest, mandada por el almirante Morard de Gales, que cruzaba en las costas de Bretaña, falta de viveres, de municiones y de confianza se habia sublevado contra sus oficiales y les habia obligado á volver á Brest, so pretexto de que se la tenia alejada de este puerto para entregarla á los ingleses, como en Tolon.

La comision de salud publica envió tres comisionados á Brest: Prieur de la-Marne, Treillard y Juan Bon Saint-Andre. Estos aparentaron dar la razon á las tripulaciones y buscar en los gefes de la escuadra imaginarias conspiraciones, estableciendo el terror en el agua asi como se habia establecido en la tierra. Las destituciones, la prision y la muerte diezmaron los oficiales de nuestra marina: Morard de Gales fué reemplazado por Villaret-Joyeuse, simple capitán de navío, elevado por la insubordinacion al rango de jefe de escuadra.

Los buques sublevados tuvieron nuevos gefes, y hasta nuevos nombres tomados de los grandes acontecimientos de la revolucion.

Mientras tanto se esperaban de América en las costas del Océano doscientos buques cargados de granos. Villaret-Joyeuse recibió orden para hacer salir de nuevo la escuadra y tenerla en cierta altura en la mar, para proteger la entrada en las aguas francesas de aquellas doscientas velas y para ejercitar entretanto las tripulaciones en grandes maniobras. Nuestra escuadra contaba veinte y ocho navios de guerra, restos imponentes de nuestros armamentos de América y de las Indias. Villaret-Joyeuse y Juan Bon Saint-Andre montaron el navío de ciento treinta cañones llamado *La Montaña*. Apenas la escuadra, magestuosa por su número, por su entusiasmo y por su patriotismo se habia alejado en el mar formada en tres columnas, cuando fué descubierta por el almirante Howe, que cruzaba con treinta y tres navios ingleses en las costas de Normandia y Bretaña.

El almirante francés queria evitar el combate, con arreglo á las ordenes que habia recibido, para proteger ante todo el desembarque de los granos sobre nuestro hambriento litoral. El entusiasmo de los marineros, exaltado por la vehemencia revolucionaria de Juan Bon Saint-Andre, forzó á Villaret-Joyeuse á hacer lo que no queria. La escuadra bogó por si misma hácia el combate,

moyida por aquel impulso popular que arrastraba entonces á nuestros batallones.

Los ingleses fingieron evitarlo en un principio, cebando de este modo la impericia de nuestros representantes. Villaret-Joyeuse por su parte no quería para su escuadra sino el honor de batirse sin el peligro de un combate naval, esperando satisfacer disparando unas cuantas audanzas, la sed de gloria de Juan Bon Saint-André. Solo las dos retaguardias se empeñaron. El navio francés *El Revolucionario* medio hecho pedazos y casi sumergido, pudo escaparse de tres navios ingleses y entró desarbolado en Rochefort. La noche separó las dos escuadras, que volvieron á verse en cuanto se hizo de día. Tres navios ingleses lanzados contra el centro de la línea francesa se aferraron como unos brulotes al navio *El Vengador* e incendiaron su aparejo. Se iba ya á empeñar el combate general cuando una espesa niebla cayó sobre el Océano y envolvió por espacio de dos dias á las dos escuadras en una oscuridad que hacia imposible toda maniobra: pero durante esta oscuridad maniobró inapercibido el almirante Howe, poniéndose á barlovento con la escuadra francesa, ventaja inmensa que permitia á la escuadra favorecida aumentar su fuerza y su movilidad con el apoyo que le daba todo un elemento.

Esto era al amanecer del 1.º de junio de 1794. El cielo estaba despejado, las olas agitadas pero manejables, y el valor era igual por ambas partes, pero mas desesperado por parte de los franceses y mas confiado y tranquilo en los enemigos. Algunas voces de *viva la república!* *viva la Gran Bretaña!* salieron de las dos escuadras. El viento se agitaba entre ambas á la par de las

olas, apagando con su fuerza el eco de las canciones patrióticas de ambas naciones.

El almirante inglés en vez de abordar de frente á la línea francesa, oblicuó sobre ella cortándola en dos trozos, separó nuestra izquierda y la batió con toda su artillería, mientras que nuestra derecha teniendo el viento contrario, presenció inmóvil el incendio de sus navios. Jamás otro ardor semejante llevó unos contra otros los buques de dos pueblos rivales.

La madera y las velas parecían arder en la misma impaciencia que ardian los marineros de ambas naciones. Cuatro mil bocas de fuego se respondian mutuamente á tiro de pistola, vomitando una nube de metralla. Las arboladuras estaban destrozadas, las velas ardiendo y los entrepuentes sembrados de miembros y de los restos de las jarcias. Hoye á bordo del navio *Reina Carlota*, combatia en persona como en un gran desalio, al navio almirante *La Montaña*. El *Jacobino* por una falsa maniobra habia dejado un claro en nuestra línea y al descubierto á aquel buque. La izquierda francesa estaba deshecha sin ser vencida. En sus banderas habia escrito: *victoria ó la muerte*. El centro habia sufrido poco y la noche ocultó aquella carnicería que cesó con la venida de sus sombríos velos.

Seis navios republicanos estaban separados del resto de la escuadra y cercados por los de Howe; el dia debía alumbrar su rendicion ó su incendio, y el almirante quería salvarlos ó volar con ellos. La reflexion habia moderado al representante del pueblo Juan Bon Saint-André, y la escuadra habia hecho bastante por la gloria. Solo el disputar la victoria era ya un triunfo para la república. El representante mandó tocar retirada. Le acusaron de cobardía y quisieron arrojarlo al agua. El navio *La Montaña* no era ya sino un volcan apagado, habia recibido en su costado trescientas balas; todos sus oficiales estaban heridos ó muertos, y solo un tercio de su tri-

pulacion habia sobrevivido al combate. El almirante perdió su banco de cuarto estando sentado en él. Todos los artilleros yacian al pie de las piezas y lo mismo sucedió en todos los navios que habian tomado parte en la accion.

*El Vengador* rodeado por tres navios enemigos, combatia aun á pesar de tener á su capitan partido por medio del cuerpo, mutilados todos sus oficiales, diezmada la tripulacion, caidos sus palos y sus velas hechas cenizas. Los navios ingleses se separaban de él como de un cadáver cuyas últimas convulsiones pueden ser peligrosas, pero que no pueden menos de ser mortales. La tripulacion embriagada de sangre y de pólvora llevó el orgullo del pabellon hasta suicidarse en masa. Clavó su bandera en el trozo de un palo, se negó á capitular y esperó á que el agua que invadia el buque por instantes le hiciera irse á pique.

A medida que el navio se sumergia de puente en puente, la intrépida tripulacion disparaba la batería que la mar iba á cubrir. Apagada aquella la tripulacion subia á la de la parte superior y descargaba otra andanada sobre el enemigo: en fin, cuando las aguas estaban ya sobre cubierta, estalló la última á nivel del mar, y la tripulacion se hundió con el navio, al grito de ¡viva la república!

Consternados de admiracion los ingleses, arrojaron al mar todos sus lanchones y salvaron aun bastante gente. El hijo del ilustre presidente Dupaty que servia en *El Vengador*, fué recogido y salvado de este modo. La escuadra volvió á Brest como un herido victorioso. La Convencion decretó que habia merecido bien de la patria, y ordenó que se colocase en las bóvedas del Panteon un modelo de *El Vengador*, estátua naval del buque que habia preferido irse á pique á rendirse al enemigo.

Los poetas José Chenier y Lebrun, le immortalizaron en sus estrofas. El heroico naufragio de *El Vengador* se

convirtió en una de las canciones populares de la patria, y fué pare nuestras marineros la *Marsellesa* de la mar.

## XIII.

De este modo triunfaba ó se ilustraba en todas partes la república. La Convencion convidaba á todas las artes y á todos los ingenios para celebrar los primeros triunfos de la libertad. Como los peligros de 1793 habian tenido su Tírteo en Rouget de Lisle, las victorias de 1794 tuvieron los suyos en J. Chenier y en Lebrun. Entonces fué cuando Chenier compuso el Canto de partida, cuyas notas respiran el triunfo, así como las de la Marsella respiraban el furor. Hé aquí el canto.

## UN DIPUTADO DEL PUEBLO.

*La victoria con sus cánticos nos abre la barrera,  
y la libertad guía nuestros pasos;  
desde el Norte al Mediodía, la trompa guerrera  
ha anunciado la hora del combate.  
¡Tiemblen los enemigos de la Francia!*

*¡La república nos llama!  
¡Sepamos morir ó vencer por ella!  
¡Un francés sabe vivir solo por ella!  
¡Por ella solo debe morir!*

## CORO DE GUERREROS.

*La república etc.*

## UNA MADRE DE FAMILIA.

*¡No temais ver salir las lágrimas de nuestras ojos maternales  
lejos de nosotros un dolor cobarde!*

*¡Nosotras debemos triunfar cuando vosotros toméis las armas!*

*Nosotras os hemos dado la vida;  
guerreros, esa vida no es ya vuestra;  
todos vuestros días son de la patria;  
ella es vuestra madre, antes que nosotras.*

CORO DE MADRES DE FAMILIA.

*La república etc.*

El horizonte se aclaraba en todas nuestras fronteras mientras que se oscurecía mas cada día en París. La sangre de las víctimas se mezclaba con la sangre de los defensores de la patria.

XIV.

Cuanto mas terrible se habia mostrado la comision de salud pública con el partido de Hebert y de Danton, tanto mas obligada se creia á mostrarse implacable con los sospechosos de todas las opiniones. Solo el terror podía, según sus ideas, servir de excusa al terror. Después de haber descargado sobre los mas ilustres fundadores de la república, era necesario que se la creyese inexorable con sus enemigos. El único resorte del gobierno era la guillotina. No se le dejaba el poder á la comision sino á trueque de conceder al pueblo todas las víctimas que quisiese pedirle. Entre los miembros de aquella, unos como Billaud Varennes, Collot de Herbois y Barrere erigian aquella ferocidad en sistema, y se cubrian con su impasibilidad; los otros, como Couthon, Saint-Just y Robespierre, cerraban los ojos y concedian la sangre al pueblo para aficionarle á la república halagando sus malos instintos, haciéndose á si mismos una gran fuerza hasta persuadirse que impedirian á la revolución que degenerase en la anarquía apoyando la repu-

blica en el cadalso. Se lisonjeaban quiméricamente estos hombres de sacar de la misma sangre la fuerza necesaria para restañar la sangre; porque quizá ninguno de ellos queria por sistema empapar en ella su mano ni manchar su nombre. Pero una vez lanzado el terror, pensaban que debia arrebatarse todo el que fuese el primero que intentase detenerlo en su carrera.

El ejemplo de los girondinos, de Danton y de Camilo Desmoulins, era demasiado reciente para ser olvidado con facilidad. Robespierre y sus amigos espianaban la hora de poder contener aquella carnicería; los Jacobinos los espianaban tambien, y la hora propicia no se presentaba nunca. Era necesario, decian estos, deshacerse de tales ó tales hombres, sospechosos, peligrosos ó feroces. Couthon, Saint-Just y Robespierre, daban largas á la clemencia, se cubrian con el velo de la justicia y transigian con el cadalso. Su crimen no consistia tanto en sufrir el terror como en haberlo creado. Entre tanto, este sacrificaba sin eleccion, sin justicia y sin piedad, las cabezas mas cultas al par de las mas oscuras. La guillotina estaba al nivel de todos los cuellos y segaba indistintamente todos los rangos. La filosofia de Robespierre se convertia en un asesinato permanente. El abismo le arrastraba al abismo. ¡Lección terrible para quien da el primer paso mas allá de su conciencia y de la justicia!

La comision de salud pública no se habia reservado en la distribucion de los juicios y de los suplicios, sino una especie de función mecánica reducida á una siniestra formalidad: denunciaba rara vez por si misma, á no ser en aquellas circunstancias solemnes en que los procesos adquirian el color y la gravedad de los crímenes de Estado. La comision recibia las denuncias en París, las de los representantes comisionados en los clubs, y las de los departamentos: pasaba una simple ojeada por ellas ó se fiaba del informe de sus miembros y enviaba á los acusados al tribunal revolucionario. De este modo, no

*¡Nosotras debemos triunfar cuando vosotros toméis las armas!*

*Nosotras os hemos dado la vida;  
guerreros, esa vida no es ya vuestra;  
todos vuestros días son de la patria;  
ella es vuestra madre, antes que nosotras.*

CORO DE MADRES DE FAMILIA.

*La república etc.*

El horizonte se aclaraba en todas nuestras fronteras mientras que se oscurecía mas cada día en París. La sangre de las víctimas se mezclaba con la sangre de los defensores de la patria.

XIV.

Cuanto mas terrible se había mostrado la comision de salud pública con el partido de Hebert y de Danton, tanto mas obligada se creía á mostrarse implacable con los sospechosos de todas las opiniones. Solo el terror podía, según sus ideas, servir de excusa al terror. Después de haber descargado sobre los mas ilustres fundadores de la república, era necesario que se la creyese inexorable con sus enemigos. El único resorte del gobierno era la guillotina. No se le dejaba el poder á la comision sino á trueque de conceder al pueblo todas las víctimas que quisiese pedirle. Entre los miembros de aquella, unos como Billaud Varennes, Collot de Herbois y Barrere erigian aquella ferocidad en sistema, y se cubrian con su impasibilidad; los otros, como Couthon, Saint-Just y Robespierre, cerraban los ojos y concedían la sangre al pueblo para aficionarle á la república halagando sus malos instintos, haciéndose á sí mismos una gran fuerza hasta persuadirse que impedirían á la revolución que degenerase en la anarquía apoyando la repu-

blica en el cadalso. Se lisonjeaban quiméricamente estos hombres de sacar de la misma sangre la fuerza necesaria para restañar la sangre; porque quizá ninguno de ellos quería por sistema empapar en ella su mano ni manchar su nombre. Pero una vez lanzado el terror, pensaban que debía arrebatarse todo el que fuese el primero que intentase detenerlo en su carrera.

El ejemplo de los girondinos, de Danton y de Camilo Desmoulins, era demasiado reciente para ser olvidado con facilidad. Robespierre y sus amigos espían la hora de poder contener aquella carnicería; los Jacobinos los espían tambien, y la hora propicia no se presentaba nunca. Era necesario, decían estos, deshacerse de tales ó tales hombres, sospechosos, peligrosos ó feroces. Couthon, Saint-Just y Robespierre, daban largas á la clemencia, se cubrían con el velo de la justicia y transigían con el cadalso. Su crimen no consistía tanto en sufrir el terror como en haberlo creado. Entre tanto, este sacrificaba sin eleccion, sin justicia y sin piedad, las cabezas mas cultas al par de las mas oscuras. La guillotina estaba al nivel de todos los cuellos y segaba indistintamente todos los rangos. La filosofia de Robespierre se convertía en un asesinato permanente. El abismo le arrastraba al abismo. ¡Lección terrible para quien da el primer paso mas allá de su conciencia y de la justicia!

La comision de salud pública no se habia reservado en la distribucion de los juicios y de los suplicios, sino una especie de función mecánica reducida á una siniestra formalidad: denunciaba rara vez por sí misma, á no ser en aquellas circunstancias solemnes en que los procesos adquirían el color y la gravedad de los crímenes de Estado. La comision recibía las denuncias en París, las de los representantes comisionados en los clubs, y las de los departamentos: pasaba una simple ojeada por ellas ó se fiaba del informe de sus miembros y enviaba á los acusados al tribunal revolucionario. De este modo, no

cabian ya los presos en las diez y ocho cárceles de París. Los nombres, los documentos y las declaraciones de estos llenaban el archivo de *Fabrizio* y los cartapacios de *Fouquier Tinville*. Cada tarde el acusador público se presentaba en la comisión á recibir órdenes. Si esta quería una ejecución urgente, remitía á *Fouquier Tinville* la lista de los acusados cuyo juicio necesitaba apresurar. Si la comisión no tenía ninguna cabeza de importancia que cortar, dejaba á *Fouquier Tinville* que agotase, bien por el orden de la lista, ó bien á la casualidad, los innumerables nombres que contenía, entendiéndose el acusador público con el presidente del tribunal, asociando en masa ó por analogía de hacinación, los presos, las mas de las veces extraños los unos á los otros. El redactaba y sostenía la acusación y disponía la ejecución inmediata en los sentenciados.

Este mecanismo de asesinato marchaba por sí solo. Se buscaban las carretas en proporcion al número de los que se calculaba serian sentenciados, y á una hora marcada esperaban en el patio del palacio de justicia. Las *insultadoras* públicas rodeaban á las carretas; los ejecutores bebían en las cantinas; el pueblo se apiñaba en las calles y la guillotina esperaba. La muerte tenía trazada su marcha como una costumbre, convirtiéndose en uno de los negocios del día.

Desde los últimos dias de noviembre de 1793, hasta julio de 1794, el calendario de Francia daba razon de las muchas cabezas que caían por día. El número de estas crecía todas las semanas, y á fines de mayo ya no se llevaba cuenta de ellas.

## XV.

El hijo de *Costine*, de edad de veinte y cuatro años, preso por haber llorado á su padre, esperaba en un ca-

labozo su sentencia. Su juventud, su belleza y las lágrimas de su esposa que le visitaba libremente, habían enternecido á la hija de un carcelero. Aquella jóven cómplice, había proporcionado á *Costine* vestidos de muger, con los cuales podía evadirse á la caída de la tarde. *Madama Costine* la había entregado treinta mil francos en oro para los preparativos de la fuga; tenía preparado un coche y un asilo seguro donde ocultarse despues de su evasión. El día y la hora señalada habían llegado; *Costine* supo que un decreto de la Convencion condenaba á muerte á los que favoreciesen la fuga de un preso; se quitó el traje que debía salvarlo y resistió á los ruegos de su esposa y á las súplicas de la jóven, que le había jurado seguirle ó entregarse á la muerte por él si era necesario. Nada pudo vencerlo; se quedó y fué juzgado. La última noche de su vida la pasó en el calabozo común de los presos, tiernamente ocupado en enjugar las lágrimas de su esposa y en exortarla á que no atentase contra su vida, para que pudiera educar el fruto de sus amores. Los primeros albos del día hicieron que se desmayase la pobre señora, aprovechándose de su estado para sacarla de allí. *Costine* marchó al suplicio, donde espiró victima de su amor filial, de su generosidad y de su nombre.

Informado *Claviere* en su calabozo del suicidio de su amigo *Roland*, habló filosóficamente por la noche con sus compañeros de cautiverio á la luz de una lámpara, de las conjeturas ó certidumbre de la inmortalidad. En seguida enumeró todos los medios mas seguros y prestos de escapar voluntariamente de la muerte de los sentenciados, á fin de conservar una herencia á sus hijos. Con la punta de un cuchillo buscó en el pecho el sitio en donde palpitaba su corazón para no engañarse, y se volvió tranquilo á su cuarto. Al día siguiente los carceleros lo encontraron dormido nadaudo en su sangre, con la mano en el puñal que le atravesaba el corazón. Su muger, que

era genovesa como él, al saber la muerte de su marido se envenenó, despues de haber puesto en salvo lo que le restaba de sus bienes y de haber buscado una familia de confianza que cuidase de sus hijos.

El obispo de Lyon, Lamourette, acusado por los realistas por haber esperado el bien de los hombres; proscripito por los revolucionarios por haber querido conservar á la revolución su conciencia, convertia en la cárcel á los impíos, é infundia esperanza á los desgraciados. «No, amigos míos, esclamaba la vispera de su suplicio golpeándose en la frente, no se puede matar al pensamiento, y el pensamiento es todo el hombre! ¿Qué es la guillotina? decía burlándose del cadalso, ¡un caprotazo en el cuello!» El último suspiro de aquel hombre de bien, fué un suspiro de paz.

No quedaban mas que dos girondinos ilustres, que habian escapado por espacio de seis meses á las proscripciones de la Montaña: estos eran, Louvet y Condorcet.

## XVI.

Condorcet esperaba el 1.º de junio por la mañana á los gendarmes que debian guardarlo en su casa. Los montañeses titubearon un momento ante aquel gran nombre, temerosos de deshorrar la revolución proscribiendo al filósofo. Los jacobinos echaron en cara á los montañeses su debilidad. Cuanto mas grande es el hombre tanto mas temible es el conspirador; el respeto es una preocupación y las cabezas mas altas deben caer las primeras. Condorcet movido por las lágrimas de su muger, y arrastrado por Mr. Pinel, buscó asilo seguro en la calle de Servandou, en uno de esos cuartos oscuros de París, ocultos con la sombra de las altas paredes y de las torres de San Sulpicio. Allí una pobre viuda, adicta á los

desgraciados, madama Vernet, poseia una pequeña casa, cuyas habitaciones alquilaba á algunos vecinos pacíficos y desconocidos como ella. Mr. Pinel condujo á Condorcet á ocultarse á aquel asilo: quiso decir á madama Vernet el nombre del amigo que confiaba á su hospitalidad. «No, respondió aquella muger generosa á Mr. Pinel, no quiero saber su nombre, sé que es, desgraciado y basta. Yo le salvaré por amor á Dios, por vuestra amistad y no por su nombre. Su asilo será así mas seguro, y mi adhesion mas desinteresada.»

Condorcet se encerró con algunos libros y con sus pensamientos, en un cuarto del último piso, tomó un nombre supuesto, no salía ni abria la ventana de su habitacion sino por la noche, y no bajaba de ella sino para comer como un convidado en la mesa de su huésped. Un dia creyó conocer en la escalera á un convencional del partido de la Montaña llamado Mareos. «Soy perdido, la dijo á madama Vernet, hay un montañés alojado en vuestra casa. Dejádme que me vaya, porque soy Condorcet.—Estaos quieto, le respondió la intrépida muger. Conozco á Mareos y respondo de él: Voy á comprometerlo por mi propia salvacion y voy á decirle: Condorcet está aqui, sé que se halla proscripito y le he dado asilo: si es descubierto yo pereceré con él. Un solo hombre sabe este secreto, si se descubre, si Condorcet es guillotinado, su sangre y la mia caerá sobre vuestra cabeza.» El convencional fué discreto, y el proscripito y el proscripito se encontraban todos los dias en la escalera; pasaban uno al lado del otro fingiendo no conocerse.

Condorcet permaneció en aquel asilo ignorado todo el invierno de 1793, y los primeros meses de la primavera de 1794. Allí escribió en medio del estruendo de las denuncias y de los furoras de la libertad, su libro *De la perfectibilidad del género humano*. La esperanza del filósofo, sobrevivía en él á la desesperacion del ciudadano. Sabia que las pasiones son pasajeras y eterna

la razon, y la confesaba como el astrónomo confiesa al astro hasta en su eclipse. En su soledad se consolaba con el trabajo y con las asiduas visitas de su jóven esposa, cuya brillante hermosura y cuya alma elocuente habian causado la embriaguez de su juventud y hecho el atractivo de su casa. Pertenecía esta señora á la familia de Grouchy. Trocado su lujo despues de la pérdida de su familia y de la proscripcion de su marido, en indigencia, aquella jóven ganaba su vida haciendo los retratos de los personajes célebres del terror. Aquellos advenedizos de la libertad, se gozaban en hacer reproducir su imagen por la mano de una aristócrata. Por la noche madama de Condorcet, se deslizaba inapercibida por las sombrías callejuelas que conducian á la casa de su marido proporcionándole misteriosamente algunas horas de consuelo y de felicidad. Horas tanto mas dulces, cuanto que eran robadas á la muerte.

Condorcet habria sido dichoso y se hubiera salvado si hubiera sabido esperar. Pero la impaciencia de su ardiente imaginacion le consumia, y fué la que le perdió. Asaltado á la vuelta de la primavera; y de la reverberacion del sol de abril en las paredes de su cuarto, por la idea de respirar con libertad y salir de aquel encierro, y por un deseo vehemente de volver á ver la naturaleza y el cielo, madama Vernet se vió precisada á guardarlo como á un verdadero preso, temerosa de que se evadiese á su bienhechora vigilancia. No cesaba de hablar de la dicha de recorrer los campos, de sentarse á la sombra de un árbol, de escuchar el canto de los pájaros, el ruido de las hojas y el murmullo de las aguas. El primer verdor de los árboles del Luxemburgo que entrevia desde su ventana exaltó aquella sed de aire y de movimiento hasta el delirio. La puerta de la casa estaba siempre cerrada y vigilada para que Condorcet no pudiera escaparse.

En fin, el 6 de abril de 1794 á las diez de la mañana, estando el dia hermosísimo y mas provocativo que de ordinario, Condorcet bajó so pretexto de almorzar en la sala comun. Esta se hallaba próxima á la puerta de la calle, y apenas se sentó fingió haber olvidado un libro en su cuarto. Madama Vernet se ofreció sin sospechar nada á ir á buscarlo. Condorcet acepta y aprovechó la ausencia de su huésped para escaparse de la casa.

A pocos pasos de ella, Condorcet encontró en la calle de Vaugirard á un comensal de su huésped llamado Serret. Este jóven, temblando por el fugitivo, le acompañó, y despues de haber pasado juntos la barrera se abrazaron y se separaron. Por la noche Condorcet fue á llamar á la puerta de la casa de campo donde Mr. y madama Suard, sus amigos, vivian retirados, en la aldea de Fontenay. Le abrieron la puerta sin dificultad, y nadie sabe lo que pasó en aquella entrevista nocturna, entre el proscrito mendigando un asilo y unos amigos temblando de átrac sobre sus cabezas la cuchilla de la guillotina, por haber ocultado á un reo prófugo. Unos dicen que la amistad fué tímida; otros, que Condorcet se negó generosamente á aceptar las ofertas que le hicieron temeroso de arrastrar en pos de sí la desgracia y el crimen y de que sus amigos fuesen víctimas inocentes de su mala estrella.

Sea como quiera, despues de una corta conversacion en voz baja, salió de la casa por una puerta secreta hácia la media noche.

Se asegura que volvió algunas horas despues, y que encontró cerrada con cerrojo aquella misma puerta que debia haber ballado franca. Conjeturas que rechazan ó autorizan igualmente el carácter generoso de Suard y la

ternura de una esposa alarmada que temblaba por su marido. Calumnia de la amistad quizá que contristó hasta el fin de su vida á aquellos á quienes se achacó la responsabilidad del suceso del día siguiente.

## XVIII.

La noche cubría con su negro velo los pasos y la irresolución de Condorcet. Al día siguiente por la tarde se vió á un hombre fatigado, con los pies llenos de barro, pálido y con la vista estraviada y una larga barba, entrar en un ventorrillo de Clamart. Su traje de obrero, su gorro de lana y sus zapatos herrados, contrastaban con la delicadeza de sus manos y con la blancura de su cutis. Pidió huevos y pan, y los comió con un ansia que atestiguaba una larga abstinencia. Preguntado por el dueño del ventorrillo sobre su profesion respondió que era criado de un señor que acababa de morir: para confirmar esta aseerion sacó del bolsillo una cartera que contenía unos papeles falsos. La elegancia de esta, que chocaba con la pretendida domesticidad del desconocido y con la mala ropa que llevaba, denunció á Condorcet. Algunos miembros de la comisión revolucionaria que comían en la misma sala, le arrestaron como sospechoso y quisieron conducirlo á la cárcel de Bourg-le-Reine con los pies llagados por las largas marchas del día anterior y noche precedente. Condorcet se desmayaba con frecuencia: los paisanos que le escoltaban se vieron precisados á subirlo en un caballo de un pobre labrador que pasaba por el camino. Arrojado á la cárcel de Bourg-le-Reine, el filósofo trago un veneno que llevaba siempre consigo; arma secreta contra los excesos de la tiranía. Condorcet se durmió: aquel sueño le ocultó su propia muerte, y sustrajo una cabeza al bacho del verdugo. Las guardias nacionales que vigilaban á la

puerta y que no oyeron ningun ruido en el calabozo, se encontraron por la mañana con un cadáver en lugar del preso que habían encerrado el día antes. Así murió aquel Séneca de la escuela moderna. Puesto entre los dos campos para combatir el mundo antiguo y moderar el nuevo, Condorcet pereció en su choque sin aturdirse y sin quejarse: sabía que las verdades no se dan gratuitamente á la humanidad, sino que se compran, y que la vida de los filósofos es el rescate de la verdad. El tiempo del reconocimiento no ha venido aun para él, pero vendrá y amnistiará la memoria del filósofo, de los cargos hechos á la juventud y al ardor del patriota.

## XIX.

El mismo día que Condorcet espiraba en Bourg-le-Reine, Louvet entraba en Paris. Despues de haberse separado en San Emilion en medio de la noche, de Barba-roux, de Buzot y de Petion, en la puerta de aquella cruel muger que habia rehusado una gota de agua á un moribundo, Louvet marchó toda la noche. Al despuntar el día y antes de despertarse los habitantes, habia dejado atrás la aldea de Monpont, en el limite estremo de la Gironda. Fuera ya del departamento sospechoso, la vigilancia era menos activa. Vestido con el uniforme de voluntario, fingiendo jacobinismo en sus modales y en sus conversaciones, herido en una pierna, y subiendo en el camino á los carros cargados de paja ó de yerba que llevaban las requisiciones á las ciudades, consiguió Louvet á fuerza de disfraces y de astucias, aproximarse á Paris, en donde entró al fin gracias á la adhesion de un guia fiel, y despreció en el seno del misterio y del amor, los resentimientos de Robespierre. Cada dia al noticiarle la muerte de uno de sus últimos amigos, le hacian gozar de

la vida como se goza de una felicidad que va á concluirse.

Lareveillere-Lepeaux, diputado girondino como Louvet, fué del escaso número de los que se libertaron á la sombra de la guillotina. La revolucion habia encontrado á Lareveillere, simple abogado de Mortagne, su patria en el bajo Poitou. Los nuevos principios habian sido para él no un furor sino una religion. Como discípulo de los filósofos soñaba en el advenimiento de la razon humana, así en los cultos, como en las leyes; pero esta razon no era como Diderot, una burla amarga contra las instituciones y los dogmas, sino un ardiente amor de las luces y una aspiracion apasionada de la humanidad hácia Dios. Estas doctrinas habian unido á Lareveillere-Lepeaux á los girondinos, no porque fuesen menos incrédulos, sino porque eran menos sanguinarios que los montañeses.

Denunciado al otro dia de su caída, como su cómplice, una voz habia esclamando con desprecio desde lo alto de la Montaña: «*Dejadle morir solo, no tiene ni dos dias de vida.*» En efecto, estaba agonizando y aquella voz lo salvó. Pero proscripto al poco tiempo con los setenta y tres diputados sospechosos de haber sentido la caída de la Gironda, habia huido disfrazado de mil maneras por parages desconocidos. Bose, amigo de madama Roland, y Lareveillere, se habian refugiado, en un principio, en una choza abandonada del bosque de Montmurency, en donde pasaron el invierno. Ni el uno ni el otro tenían dinero y se mantuvieron con patatas y caracoles. Una gallina y un gallo eran toda su riqueza. Cansados ya de privaciones, estenuados de hambre, resolvieron un dia matar la gallina, pero un ave de rapiña mas hambrienta que ellos se tiró sobre ella la mató, y se la llevó.

Quando los administradores del Sena y Oise iban á cazar al bosque, Lareveillere y Bose se escondian bajo las pilas de yerba, ó bajo los montones de hojas secas. Pero habiendo sospechado algo los guardas, tuvieron que separarse, yendo cada uno á mendigar un asilo á la ca-

sualidad. Lareveillere se dirigió hácia el Norte, allí un amigo fiel le habia ofrecido en otros tiempos darle hospitalidad. Vestido de andrajos, con los pies descalzos y desfigurado por el insomnio y la fatiga, el proscripto encontró en el camino real al representante del pueblo Bouchotte, en un coche tirado por cuatro caballos, cubierto éste de laureles y de banderas tricolores, y el representante con el gorro frigio. Lareveillere temió ser conocido, y se apartó del camino real andando errante por aquellos campos algunos dias. Un pastor repartió con él sus provisiones y su cabaña. Al dia siguiente un pobre paisano le dió un pan que llevaba para su hijo. A las puertas de la pequeña ciudad de Roye inmediato á Buire, el fugitivo encontró una porcion de pueblo reunido, que llevaba á la ciudad sobre unas parihuelas á un proscripto como él, que se habia suicidado en el campo. Este encuentro heló todo su valor. Lareveillere anduvo errante noche y dia en los bosques, hasta que llegó moribundo á la puerta de su amigo. Este lo recibió como á un hermano, y oculto, cuidado y restablecido por la atencion de una familia generosa, pasó los malos dias de la revolucion bajo un nombre supuesto, entregándose en paz á su pasion favorita, que era el estudio de las plantas. Allí fué donde inspirado por aquella divinidad que se descubre y que habla en las maravillas de la naturaleza, Lareveillere entrevió la religion simple y pastoral de que mas tarde fué no el inventor, sino el apóstol, y á la que se dió el nombre de *teofilantropia*. Aquella piadosa filosofia compuesta de los dos dogmas elementales sacados del Evangelio, el amor de Dios y el de los hombres, fué predicada desde luego por H. Haüy, hermano del abate de este nombre y célebre naturalista.

Lareveillere, cuyo nombre lleva esta religion, no tomó mas parte en ella que la de ser el protector de sus inocentes ceremonias y de su moral, cuando la fortuna le elevó á la primera magistratura de la república. La lije-

reza burlona de la opinion atribuyó aquella tentativa de culto á Lareveillere-Lepeaux cubriendo su nombre de ridiculo. Proclamar la divinidad en medio del materialismo, la moral al pie de los cadalsos y el amor en el seno de las discordias civiles, no eran cosas que mereciesen aquel desprecio. Nada de lo que se dirige á elevar la humanidad hácia Dios debe ser rebatido por la irrision. Todas las ideas religiosas, aun cuando aborten, con el tiempo tienen su inmortalidad en la naturaleza. El nombre de Lareveillere-Lepeaux, quedó honrado por el pensamiento que elevó hácia Dios desde el seno de las teorías de la nada.

## XX.

Otro filósofo, Mr. de Malesherbes, tuvo las mismas desgracias y mayor gloria, sellando su vida con su muerte. Su grande y modesta virtud fué coronada por el suplicio. Desde el acto de fidelidad sublime que habia cumplido defendiendo á Luis XVI delante de la Convencion, Mr. de Malesherbes se habia retirado al campo, reviviendo como un verdadero patriarca, enemigo de sus hijos y de sus nietos. Se supuso que su virtud era una conspiracion contra la época. Le pusieron preso con Mr. de Rosambo, su yerno, sus dos nietas, y los maridos de éstas. Uno de ellos era Mr. de Chateaubriand, hermano mayor del que debia dar á su apellido mas lustre con su pluma que éste con su sangre. Todos fueron encerrados en la cárcel de Port-Libre y conducidos en grupos al tribunal. Mr. de Malesherbes habia aprendido á morir en el Temple, y murió sin indignarse contra sus asesinos, sufriendo el tiempo y la justicia de los hombres con paciencia y con esperanza. Pronto á subir al tribunal dió un tropezón á la puerta de la cárcel; «Ma-

agüero, dijo, un romano se volveria á su casa. «Los presos de la Consergeria le pidieron su bendicion como si fuese la del honor antiguo que se iba al cielo con él. Se la dió sonriendo. «Sobre todo, no me compadezcáis, les dijo. He sido desgraciado por haber querido adelantarme á la revolucion por medio de reformas populares. Voy á morir por haber sido fiel á la amistad y á mi rey; muero en paz con el pasado y con el porvenir.» Su familia entera le siguió en pocos dias al suplicio.

Mientras que el generoso anciano iba á la muerte por haber defendido á su señor, Clery se consumia preso en la Fuerza por haberle servido y consolado en su cautiverio, desmintiendo de este modo por el largo suplicio que habia aceptado en el Temple y por la cruel detencion que sufría como realista, las dudas que algunos habian concebido sobre su fidelidad al trono, dudas contra las cuales protesta la vida entera de este modelo de servidores de reyes destronados, y que siempre su familia ha rechazado enérgicamente de su memoria y de su nombre.

El viejo Luckner, olvidado hácia mucho tiempo en los calabozos; el diputado Mazuyer, acusado del crimen de haber proporcionado fugarse á Petion y á Lanjuinais; Duval-Depreminil, uno de los primeros tribunales del parlamento; Chapelier, y Thouret, el uno relator de la primera constitucion, y el otro uno de los reformadores mas esclarecidos de nuestro código, siguieron al poco tiempo á Mr. de Malesherbes. Al subir á la carreta que iba á conducirlos á la guillotina: «Este pueblo va á ofrecernos en seguida un problema difícil de resolver, dijo Chapelier á Depreminil. —¿Y cuál, dijo éste?—El de saber á cual de nosotros se dirigirán sus maldiciones y sus silbidos.—A los dos», dijo Depreminil. Ya no se juzgaba sino en masa, por clases, por gerarquías, por rangos, por generaciones ó por familias. Todos los miembros del parlamento de París, todos los recibidores generales de hacienda, toda la nobleza de Francia, toda la magis-

tratura, todo el clero, todos los hombres notables, en fin, habian sido arrancados de sus palacios, de sus altares y de sus retiros, y acumulados en las cárceles de París, estraidos sucesivamente de los calabozos, juzgados por categorías en el tribunal y arrastrados desde allí al cadalso.

Mas de ocho mil sospechosos llenaban las cárceles de París un mes antes de la muerte de Danton; en una sola noche fueron presas treinta familias del arrabal de San German. Todos los grandes nombres de la Francia histórica, militar, parlamentaria y episcopal, sufrieron igual suerte. No se daban siquiera la pena de inventarles un crimen. Su nombre bastaba, sus riquezas los denunciaban, y su rango los entregaba á la cuchilla. Eran culpables por cuarteles, por rango, por fortuna, por parentesco, por familia, por religion, por opiniones, por sentimientos que se premian, ó por mejor decir, no habia ni inocentes ni culpables, solo habia proscriptores y proscritos. Ni la edad, ni el sexo, ni la ancianidad, ni la infancia, ni las enfermedades que hacian toda la criminalidad materialmente imposible, eran suficientes á liberrar de la acusacion y de la sentencia. Los viejos paralíticos seguian á sus hijos, los niños á sus padres, las mugeres á sus maridos, las hijas á sus madres. Este moria por su nombre, aquel por su fortuna, uno por haber manifestado su opinion, otro por su silencio, tal por haber servido al trono, por haber abrazado con ostentacion á la república, por haber adorado á Marat, por haber sentido la suerte de los girondinos, por haber aplaudido con exceso á Hebert, por haber sonreido á la clemencia de Danton, por haber emigrado, por haberse quedado en su casa, por haber causado el hambre del pueblo no gastando sus rentas, por haber gastado en un lujo que insultaba la miseria pública, razones sospechosas, pretextos contradictorios, todo era bueno para llevar gente al patíbulo. Bastaba encontrar delatores en la seccion respec-

tiva, y la ley inducia á muchos á serlo, porque les daba una parte de los bienes confiscados. El pueblo denunciador, juez y heredero á la vez de las víctimas, creia enriquecerse con estos bienes. Cuando les faltaba pretexto de muerte á los proscriptores, andaban en acecho de conspiraciones verdaderas ó supuestas en las cárceles. Algunos espías disfrazados se introducian entre los presos como si lo fuesen, provocaban las conferencias, los suspiros por adquirir la libertad y los planes de evasion, y otras veces los inventaban y los denunciaban á Fouquier Tinville. En las listas de proscripcion constaban centenares de nombres de sospechosos que no sabian sus crímenes hasta que oian las acusaciones en el tribunal. A esto fué á lo que se dió el nombre de hornadas de la guillotina. Con ellas dejaban vacíos los calabozos y daban al pueblo la emocion falsa de una gran maldad castigada, de un gran peligro evitado por la vigilancia y por la severidad de la república. Entretenian estas hornadas el terror, é imponian silencio á la murmuracion. Cada día se aumentaba el número de carretas empleadas en conducir los sentenciados al cadalso. A las cuatro iban mas ó menos cargadas por el puente de los Cambios y por la calle de San Honorato, hácia la plaza de la Revolucion.

Aquellos carros fúnebres conducian con frecuencia al marido y á la muger, al padre y al hijo, á las hijas y á sus madres. Aquellos semblantes desconsolados que se contemplaban mutuamente con la ternura suprema de la última mirada; aquellas cabezas de doncellas apoyadas en las rodillas de sus madres; aquellas frentes de mugeres apoyadas como para buscar la fuerza que les faltaba en los hombres de sus maridos; aquellos corazones que se estrechaban contra otros que iban á dejar de latir; aquellos cabellos blancos ó rubios cortados por la misma tijera; aquellas cabezas venerables ó hermosas segadas por la misma cuchilla; la marcha lenta del fúnebre cortejo; el chirrido monótono de las ruedas; los

sables de los gendarmes que formaban una calle de hierro en torno de las carretas; los suspiros ahogados, los silbidos del pueblo, aquella venganza fría y periódica que se encendía y se apagaba en una hora fija en las calles por donde pasaba la comitiva, imprimía á aquellos sacrificios alguna cosa más siniestra aun que el asesinato, porque era el asesinato dado en espectáculo y como una diversión á todo un pueblo.

Así pereció diezmada la flor de todas las clases de la población; nobleza, estado eclesiástico, clase media, magistratura, comercio y plebe: así murieron todos los ciudadanos grandes y oscuros, que representaban en Francia los rangos, las profesiones, las luces, las situaciones, las riquezas, las industrias, las opiniones y los sentimientos proscriptos por la sangrienta regeneración del terror. Así cayeron una á una cuatro mil cabezas en pocos meses, entre las cuales hay que contar los Montmorency, los Noailles, los La Rochefoucauld, los Mailly, los Mouchy, los Lavoisier, los Nicolai, los Sombreuil, los Brancas, los Broglie, los Boisgelin, los Beauvillers, los Maille, los Montalembert, los Roquelaure, los Rueher, los Chénier, los Gramont, los Duchâtelet, los Clermont-Tonnerre, los Thiard, los Monerif, los Molé-Champlatreux. La democracia se abrió paso con el hierro; pero al hacerlo horrorizaba á la humanidad.

## XXI.

El paso regular de aquellas procesiones del cadalso, después de haber sido por mucho tiempo un espectáculo y una especie de ilustración siniestra para las calles por donde pasaba, y sobre todo para la de San Honorato, se había convertido en un suplicio y en una especie de infamia para aquellos cuarteles. Los transeuntes evitaban

encontrarse con ella, y las ventanas, los almacenes y las tiendas, se cerraban á la aproximación de las carretas. Las vociferaciones de la multitud iban á amenazar hasta en sus hogares á los ciudadanos que habitaban aquellas calles, y á asustar á los niños en los brazos de sus madres. Los vecinos abandonaban sus domicilios, y los propietarios empezaban á quejarse al ayuntamiento porque habían convertido sus casas en palcos privilegiados del suplicio. La sangre de dos ó tres mil víctimas corría desde el principio de la primavera por el pavimento de la plaza de la Revolución, como si esta fuese un matadero de hombres, enrojeciendo el piso é infestando el aire. Las Tullerías y los Campos Eliseos estaban desiertos; nadie paseaba ya en aquellos sitios, y los miasmas de la muerte corrompían la sombra de los árboles.

Dos ejecuciones más siniestras y más solemnes que las otras, acabaron de escitar la indignación de aquellos barrios contra los que habían situado en ellos la guillotina. Cuando el rey de Prusia tomó á Verdun en 1791, la ciudad había festejado la entrada de los libertadores de Luis XVI. Los habitantes de la ciudad llevaron á sus hijas á un baile que se dió con este motivo; los unos por opinión y los otros por miedo. Después de haberse rescatado Verdun, la república se acordó de los festejos cuyo adorno habían sido aquellas jóvenes inocentemente. Llevadas á París y presentadas ante el tribunal, su edad, su hermosura, su obediencia á sus padres, la antigüedad de la ofensa hecha á la república, dáto caso que tal pudiera llamarse á una diversión á que aquellas jóvenes asistieron solo por dar gusto á sus padres, nada de todo esto fué suficiente para ablandar el corazón de los tirres que las enviaron en masa al cadalso. Iban todas vestidas de blanco, y la de más edad tenía diez y ocho años. La carreta que las condujo parecía un cesto de azucenas; sus cabezas la corola de una flor, nacida ayer y

marchita por el soplo del ábrego. Los verdugos se estremecieron y lloraron con ellas, al ver que iba á desaparecer tanta hermosura y tanta juventud al filo de la infame cuchilla.

## XXII.

El pueblo estaba aturdido de su mismo rigor. Al día siguiente las carretas, en mayor número, condujeron al suplicio á todas las religiosas de la abadía de Montmartre. La abadesa era Mad. de Montmorency. Aquellas pobres mugeres de todas edades, desde la mas tierna juventud hasta la encanecida vejez, criadas desde niñas en el monasterio, no tenían otro crimen que haber obedecido á la voluntad de sus padres y haber sido fieles á sus votos. Agrupadas alrededor de la abadesa entonaron con sus voces femeniles los cánticos sagrados al subir á las carretas y fueron cantando salmos hasta el cadalso. Asi como los girondinos habian cantado el himno de su propia muerte, aquellas jóvenes, esposas del Crucificado, cantaron hasta extinguirse la última voz el himno de su martirio. Aquellas voces resonaron como el eco del remordimiento en el corazón del pueblo. La infancia, la belleza y la religion sacrificadas á la vez en aquellas dos ejecuciones, obligaron á la multitud á cerrar los ojos por no ver tanta barbarie.

La municipalidad temia entibiar con sus crueldades el patriotismo de aquellos opulentos cuarteles, y confiando hallar mas implacabilidad en los arrabales, escogió el de San Antonio, suelo natal de la revolucion del 14 de julio, é hizo levantar una guillotina en la barrera del Trono. Menos inquietos los concejales respecto á la compasion del pueblo de este arrabal, los proscriptores inauguraron aquel nuevo Calvario con eje-

ecuciones mas numerosas. La fila de las carretas iba aumentándose todos los dias. Una vez llevaban con cuarenta y cinco magistrados de Paris, treinta y tres miembros del parlamento de Tolosa. Otra veinte y siete negociantes de Sedan, y muchas sesenta y hasta ochenta sentenciados de todas clases.

En los últimos tiempos del terror, vióse un dia una carreta escoltada por unos pobres muchachos cubiertos de andrajos. Estos muchachos parecian bendecir y llorar á un padre. El anciano que iba sentado en la carreta era el abate Felclon, sobrino del autor del *Telémaco*, de aquel germen cristiano de una revolucion estraviada que habia la sangre de su familia. El abate Felclon habia fundado en Paris un hospicio en donde pudiesen abrigarse esos muchachos nomadas que vienen todos los inviernos desde las montañas de Saboya á ganar su vida á Francia desollinando chimeneas y limpiando botas en las grandes ciudades. Aquellos muchachos cuando supieron que iban á perder al anciano que hacia con ellos las veces de la Providencia, fueron en masa por la mañana á la Convencion para implorar la humanidad de los representantes y el perdon de la virtud. Su juventud, su lenguaje y sus lágrimas enternecieron á la Convencion. «¿Sois tambien unos niños, exclamó el implacable Billaud Varennes, para dejaros seducir por las lágrimas? ¡Transigid una vez con la justicia y mañana los aristócratas os asesinarán sin compasion!»

## XXIII.

Aquel mismo Billaud Varennes que se negaba á compadecerse de unos pobres huérfanos, tuvo necesidad mas tarde en su destierro de Cayenne de la compasion de una esclava negra. La Convencion no se atrevia á aflojar

en su rigor. El abate Fenelon marchó á la muerte escoltado por sus protegidos. Tenia ochenta y nueve años y fué necesario ayudarle á subir las gradas de la guillotina; de pie ya en el cadalso, pidió al verdugo que le desatase las manos para hacer la accion de abrazar por última vez á sus pobres huérfanos. El verdugo conmovido obedeció: el abate Fenelon estendió las manos; los saboyanos se pusieron de rodillas, inclinando sus cabezas para recibir la benedicion del moribundo: el pueblo aterrado los imitó; todos lloraron juntos y el suplicio fué tan santo como un sacrificio.

El arrabal de San Antonio se indignó á su vez de que se le hubiese escogido para ciudad de la muerte. El suelo rechazaba al verdugo, pero los prosriptores no encontraban la guillotina bastante ejecutiva.

## XXIV.

Una noche Fouquier Tinville fué llamado á la comision de salud pública: «El pueblo, le dijo Collot, empieza á estragarse; es necesario reavivar sus sensaciones por medio de espectáculos mas imponentes. Arréglate para que caigan ahora ciento cincuenta cabezas al dia. «Al regresar de allí, dijo en su interrogatorio el obediente Fouquier Tinville, mi espíritu estaba tan poseido de horror, que me parecía como á Danton, que el río llevaba sangre en vez de agua.»

En el cementerio de Mousseaux, había un vasto foso en cuyas orillas estaban amontonadas una porcion de cargas de cal, en las que se echaban revueltas todas las cabezas y los cuerpos decapitados. Verdadero sumidero de sangre á cuya entrada se había grabado la inscripcion de la nada: DORMIR: como si los verdugos hubiesen querido asegurarse á si mismos afirmando que las victimas no se despertarian jamás.

## LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones. —Roucher. —Andrés Chénier. —Los Carmelitas. —Madamas de Aiguillon, de Beauharnais y de Cabarrús. —El Temple. —Madama Isabel. —Madama Real. —El delfin. —Madama Isabel en el tribunal revolucionario. —Es sentenciada á muerte. —Su ejecucion. —Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion. —Sus dulas. —Sus amigos Saint-Just, Gouthon y Lebas. —Sus enemigos secretos. —Disension en las comisiones. —Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. —Decreto. —Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon.

## I.

El carácter de los pueblos sobrevive á sus revoluciones. La seguridad de morir no causaba horror en el interior de las cárceles de París. La sensacion de la muerte se embotaba en los ánimos en fuerza de la repeticion de actos. Cada dia de olvido era una fiesta de la vida que los presos se apresuraban á consagrar al placer. El descuido con que estos miraban su existencia, les daba todas las apariencias del verdadero estoicismo, y la ligereza de su carácter se parecía mucho á la intrepidez. Sociedades, amistades, amores, todo se contraia aunque no

en su rigor. El abate Fenelon marchó á la muerte escoltado por sus protegidos. Tenia ochenta y nueve años y fué necesario ayudarle á subir las gradas de la guillotina; de pie ya en el cadalso, pidió al verdugo que le desatase las manos para hacer la accion de abrazar por última vez á sus pobres huérfanos. El verdugo conmovido obedeció: el abate Fenelon estendió las manos; los saboyanos se pusieron de rodillas, inclinando sus cabezas para recibir la benedicion del moribundo: el pueblo aterrado los imitó; todos lloraron juntos y el suplicio fué tan santo como un sacrificio.

El arrabal de San Antonio se indignó á su vez de que se le hubiese escogido para ciudad de la muerte. El suelo rechazaba al verdugo, pero los prosriptores no encontraban la guillotina bastante ejecutiva.

## XXIV.

Una noche Fouquier Tinville fué llamado á la comision de salud pública: «El pueblo, le dijo Collot, empieza á estragarse; es necesario reavivar sus sensaciones por medio de espectáculos mas imponentes. Arréglate para que caigan ahora ciento cincuenta cabezas al dia. «Al regresar de allí, dijo en su interrogatorio el obediente Fouquier Tinville, mi espíritu estaba tan poseido de horror, que me parecía como á Danton, que el río llevaba sangre en vez de agua.»

En el cementerio de Mousseaux, había un vasto foso en cuyas orillas estaban amontonadas una porcion de cargas de cal, en las que se echaban revueltas todas las cabezas y los cuerpos decapitados. Verdadero sumidero de sangre á cuya entrada se había grabado la inscripcion de la nada: DORMIR: como si los verdugos hubiesen querido asegurarse á si mismos afirmando que las victimas no se despertarian jamás.

## LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones. —Roucher. —Andrés Chénier. —Los Carmelitas. —Madamas de Aiguillon, de Beauharnais y de Cabarrús. —El Temple. —Madama Isabel. —Madama Real. —El delfin. —Madama Isabel en el tribunal revolucionario. —Es sentenciada á muerte. —Su ejecucion. —Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion. —Sus dulas. —Sus amigos Saint-Just, Gouthon y Lebas. —Sus enemigos secretos. —Disension en las comisiones. —Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. —Decreto. —Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon.

## I.

El carácter de los pueblos sobrevive á sus revoluciones. La seguridad de morir no causaba horror en el interior de las cárceles de París. La sensacion de la muerte se embotaba en los ánimos en fuerza de la repeticion de actos. Cada dia de olvido era una fiesta de la vida que los presos se apresuraban á consagrar al placer. El descuido con que estos miraban su existencia, les daba todas las apariencias del verdadero estoicismo, y la ligereza de su carácter se parecía mucho á la intrepidez. Sociedades, amistades, amores, todo se contraia aunque no

fuese mas que por una hora entre los presos de ambos sexos, que prodigaban ó la distraccion y á unos afectos mas ó menos licitos unos momentos consagrados á la muerte. Las conversaciones, las citas, las misteriosas correspondencias, las comedias ejecutadas en los calabozos, la música, los versos y el baile, se continuaban hasta el último instante. Venian á arrancar de la prision para el cadalso á uno que estaba jugando y éste dejaba las cartas á otro; otro salia para el mismo destino desde la mesa en donde acababa de vaciar su vaso. El otro iba al suplicio desde los brazos de una esposa ó de una amante. Jamás el carácter intrépido y voluptuoso á la vez de la juventud francesa, habia jugado tan de cerca con el peligro. El suplicio hizo á aquella juventud sublime ya que no habia podido hacerla seria. Sin embargo, la religion, esta amiga de los desgraciados, consolaba á la mayor parte de los sentenciados. Algunos sacerdotes presos ó introducidos furtivamente y disfrazados en las cárceles, celebraban los misterios del culto, tanto mas patéticos cuanto mayor era su semejanza con el sacrificio. La poesia, que es el suspiro articulado del alma, trasmite á la posteridad las últimas palpitaciones del corazon de los poetas.

Mr. de Montjournain, comandante de batallon de la guardia nacional, escribió el dia antes de su muerte una porcion de versos á la jóven que iba á dejar viuda.

El autor del poema de los Meses, Roucher, estaba tratándose en el momento en que fueron á llevarle la orden de comparecer en el tribunal; semejante orden equivalia á una sentencia. Roucher no era culpable sino del mérito que habia adquirido por la moderacion de sus principios, á pesar de que sabia que la demagogia no perduraba ni aun á la aristocracia del talento. Suplicó á los carceleros que esperasen á que estuviese concluido el retrato que estaba destinado para su esposa y sus hijos: mientras que el pintor daba las últimas pinceladas, Rou-

cher escribió sobre sus rodillas la inscripcion siguiente para esplicar al porvenir la melancolia de sus facciones:

*No estraneis, queridos hijos míos, la melancolia que se advierte en mi rostro. Cuando se estaba haciendo este retrato se estaba levantando mi cadalso, y yo pensaba en vosotros.*

## II.

Andrés Chenier, alma romana, imaginacion ática, á quien su animoso patriotismo habia hecho abandonar la poesia para lanzarlo en la política, estaba preso como girondino. Los ensueños de su bella imaginacion, habian hallado su realidad en la señorita de Coigny, duquesa de Fleury, encerrada en la misma carcel. Andrés Chenier tributaba á la jóven cautiva un culto de entusiasmo y de respeto, que hacia mas tierna la sombra siniestra de la muerte precoz que cubria ya aquellas mansiones: en medio de tanta lobreguez, compuso para ella el canto mas melodioso que haya salido jamas de la tristeza de un calabozo. Este canto se tituló *La jóven cautiva*, y fué una imitacion del canto biblico de Jepte.

## III.

En los Carmelitas habia un calabozo estrecho y sombrío al cual se bajaba por dos escalones: tenia este calabozo una ventana enrejada que daba al jardin del antiguo monasterio, y en él se hallaban encerradas tres mugeres que habian caido en aquella sima desde el apogeo de la fortuna. Jamás habia reunido la escultura griega en un solo grupo semblantes, gracias y formas mas á propó-

sito para conmover á los verdugos. La una era madama de Aiguillon, muger de ilustre apellido; la sangre de toda su familia humeaba aun en el cadalso: la otra era Josefina Tasher, viuda del general Beauharnais, recientemente sacrificado por haber sido desgraciado en el ejército del Rhin: la última y la mas hermosa de todas, era Teresa Cabarrús, querida de Tallien, culpable únicamente por haber moderado el republicanismo del representante de Burdeos y por haber sustraído tantas víctimas á la proscripción. La comision de salud pública acababa de arrancarla á la proteccion del proconsul, sin compadecerse de su sentimiento, arrojándola en los calabozos como sospechosa por su influencia sobre Tallien. La mas tierna amistad unía á dos de aquellas mugeres entre sí, á pesar de haberse disputado con frecuencia la admiracion pública y la de los gefes del ejército ó de la Convencion. La una estaba predestinada al trono adonde el amor del jóven Bonaparte debia elevarla; y la otra á destruir la república, inspirando á Tallien valor suficiente para atacar á las comisiones en la persona de Robespierre.

Un solo colchon tendido en el suelo en un rincon del interior del calabozo, servia de cama á las tres cautivas, consumidas por los recuerdos, por la impaciencia y por el ansia de vivir. Con la punta de las tijeras ó con las púas de los peines escribieron en las paredes cifras, iniciales, nombres que lloraban ó imploraban, y amargas aspiraciones por la libertad perdida. Aun se ven en el dia estas inscripciones: ¡Libertad, cuando dejarás de ser una palabra vana!—¡Hoy hace cuarenta y siete dias que estamos encarceladas!—¡Nos han dicho que saldremos mañana!—¡Vana esperanza!—Ciudadana *Tallien*, ciudadana *Beauharnais*, ciudadana de *Aiguillon*.

La imagen de la muerte presente siempre á sus ojos, atormentaba sin cesar sus miradas y su imaginacion. El calabozo en que se hallaban era una de las celdas en

donde los asesinos de setiembre habian degollado mas sacerdotes. Dos de aquellos sicarios cansados de matar, se habian sentado un momento apeyando sus sabies en la pared mientras restauraban algun tanto sus fuerzas. El perfil de estos desde el puño hasta la estremidad de la hoja, se habia impreso con sangre en el yeso húmedo de la pared, dibujándose en ella como esas espadas de fuego que los ángeles esterminadores muestran en sus manos alrededor de los tabernáculos. Aun se divisaban sus contornos tan limpios y tan frescos como si aquella sangre no debiese secarse nunca. Jamás la juventud, la hermosura, el amor y la muerte, se habian agrupado en semejante cuadro de sangre.

## IV.

Habia una cárcel en París en donde no penetraban hacia ocho meses ni el ruido de fuera ni los consuelos de la amistad, ni las imágenes del amor, ni los últimos suspiros de la vida; era un sepulcro cerrado antes de la muerte. Esta prision era el Temple. Desde que sus puertas se abrieron para dejar pasar á la reina cuando se dirigia al cadalso, habian pasado ocho meses. El delfin estaba ya en aquella época en manos del feroz Simon. Aquel niño, profanado, pervertido y atontado por la rudeza y por el cinismo de Simon, no tenia comunicacion alguna con su hermana ni con su tia. Estas lo divisaban solamente de cuando en cuando desde las almenas de la torre cuando iban allí á respirar el aire libre, oyendo horrorizadas cantar al pobre niño sin comprender, las canciones impuras que Simon le enseñaba contra su propia madre y su familia.

Instruida Mad. Isabel por algunas palabras que habia oido, del proceso y de la muerte de Maria Antonie-

Couthon y Saint-Just aparentaron contra ellos el mismo rigorismo que habían mostrado pocos días antes con sus enemigos. Solo salvaron á la jóven princesa y á su hermano. La orden de juzgar á Mad. Isabel, fue un desafío de crueldad entre los hombres de la situación, sobre quienes serian mas culpables con la sangre de los Borbones.

## VI.

El 9 de mayo, en el momento en que las princesas medio vestidas oraban al pie de sus camas antes de acostarse, oyeron llamar á la puerta de su habitacion con golpes violentos y tan repetidos que las puertas se conmovieron como si fuesen á saltar de sus goznes. Madama Isabel se apresuró á vestirse y fué á abrir. «Baja al momento, ciudadana! la dijeron los llaveros.—¿Y mi sobrina? les respondió la princesa.—Mas tarde se pensará en ella.» La tia conoció la suerte que la aguardaba, dirigióse precipitadamente hácia donde estaba su sobrina y la estrechó en sus brazos como para disputar aquella separacion. Madama Real lloraba y temblaba. «Franguilizate, hija mia, la dijo su tia, seguramente volveré á subir muy pronto.—No, ciudadana, respondieron groseramente los carceleros, tú no subirás ya mas, toma tu sombrero y baja.» Como ella retardase cuanto la era posible el dar cumplimiento á aquella orden inicu, los carceleros empezaron á insultarla con invectivas y apostrofes injuriosos. En pocas palabras se despidió de su sobrina, haciéndola mil piadosos encargos, invocando para dar mas autoridad á lo que la decia, la memoria del rey y de la reina. Inundando de lágrimas el rostro de la jóven, salió volviéndose antes de atravesar el umbral del cuarto para bendecirla por última vez. En el postigo en-

contró á los comisarios que la registraron de nuevo, y haciéndola subir en un coche la condujeron á la Conserjería.

Era media noche. Se hubiera dicho que el dia no tenia bastantes horas para la impaciencia del tribunal. El vice-presidente esperaba á madama Isabel y la interrogó sin testigos. En seguida la dejaron descansar algunas horas en la misma cama en que Mar, a Antonieta habia pasado su agonía. A la mañana, la condujeron al tribunal acompañada de veinte y cuatro acusados, de todos sexos, escogidos para inspirar al pueblo recuerdos y resentimientos contra la corte. Entre las personas que acompañaban á madama Isabel, estaban las señoras de Senozan, de Montmorency, de Canisy, de Montmorin, el hijo de esta última de edad de diez y ocho años, Mr. de Lomenie, antiguo ministro de la guerra, y el viejo cortesano de Versalles, conde de Sourdeval. «¿De qué se queja? dijo el acusador público viendo aquella comitiva de mugeres de ilustre apellido alrededor de la hermana de Luis XVI, en viéndose al pie de la guillotina rodeada de esta fiel nobleza, podrá creerse todavía en Versalles.»

## VII.

Las acusaciones fueron irrisorias, y las respuestas desdeñosas. «Llamais á mi hermano un tirano, dijo la hermana de Luis XVI al acusador y á los jueces, si él hubiera sido lo que decís, no estariais en donde estais, ni yo en vuestra presencia.» Sin dolor y sin conmoverse oyó su sentencia, pidiendo por único favor un sacerdote fiel á su fé para sellar su muerte con el perdon divino. Este consuelo le fué negado, y Madama tuvo que suplirlo con la oracion y con el sacrificio de su vida. Mucho tiempo antes de la hora del suplicio, entró en el calabozo

comun para animar á sus compañeras, presidiendo con una tierna solicitud el tocado fúnebre de las mugeres que iban á morir con ella. Su último pensamiento fué un escrúpulo de pudor, dando la mitad de su pañuelo á una jóven sentenciada poniéndoselo con sus propias manos, para que la castidad no fuese profanada ni aun en la muerte.

En seguida cortaron sus largos cabellos rubios, que cayeron á sus pies como la corona de su juventud. Las mugeres de su comitiva fúnebre y los ejecutores se los repartieron. La ataron las manos y la hicieron subir en el último banco de la carreta que cerraba el convoy. Quisieron que su suplicio fuese mayor viendo y oyendo los veinte y dos golpes que cayeron sobre aquellas cabezas aristocráticas. El pueblo reunido para verla pasar permaneció mudo: la hermosura de la princesa transfigurada por la paz interior, su inocencia de todos los desordenes que habian despolarizado á la corte, su juventud sacrificada á la amistad que tenia á su hermano, su adhesión voluntaria al calabozo y al cadalso de su familia, hacian de ella la víctima mas pura del trono. Es muy glorioso para la familia real el ofrecer aquella víctima sin mancha, muy impio en el pueblo el haberla pedido. Un secreto remordimiento roía á todos los corazones. El verdugo iba á dar reliquias al trono y una santa á la monarquía. Sus compañeras la veneraban ya antes de que subiese al cielo. Orgullosas de morir con la inocencia, se aproximaron todas humildemente á la princesa antes de subir una á una sobre el cadalso y la pidieron que las diese el consuelo de abrazarla. Los ejecutores no se atrevieron á rehusar á las mugeres lo que habian negado á Hérault de Sechelles y á Danton. La princesa abrazó á todas las sentenciadas á medida que iban subiendo la escala. Despues de aquel fúnebre besamanos, entregó su cabeza á la cuchilla. Casta en medio de las seducciones de la belleza y de la juventud, piadosa y pura en una corte lijera, paciente en el calabozo, humilde en las

grandezas, y altiva delante del suplicio, madama Isabel fué tanto por su vida como por su muerte, un modelo de inocencia en las gradas del trono, un ejemplo de amistad fraternal y un objeto de admiracion para el mundo, y de oprobio eterno para la república.

## VIII.

El número y la barbarie de los suplicios, la inocencia de las víctimas, la reparticion de los despojos, la irrisión de los juicios, los torrentes de sangre y los montones de cadáveres trasformaban á la nacion en verdugo, y al gobierno en una máquina de asesinatos. Para saber gobernar bastaba con saber herir. La Francia presentaba el espectáculo de un pueblo que se diezaba á si mismo. El gobierno no se atrevia á desprenderse de la guillotina por temor de que no la volvieran en contra suya, no conservando el poder algunos dias sino escudándose con un perpetuo cadalso: semejante gobierno no podia durar mucho tiempo, porque no era sino un largo asesinato. El crimen no es duradero en la naturaleza; es imposible fundar un reinado de furor, de venganza, de espoliacion, de impiedad y de degüello. Semejantes épocas se atraviesan avergonzándose de ellas y sacudiendo despues el polvo de los zapatos cuando se han pasado. Tal es el orden divino de las sociedades humanas. La revolucion, armada para destruir antiguas y odiosas desigualdades y para marchar en orden á la fraternidad democrática, no podia desnaturalizarse impunemente á si misma, ni cambiarse en una opresion sanguinaria. Despues de haber destruido el trono debia en fin buscar otro poder regular en el pueblo, y organizarle con buenas instituciones y no por medio de degüellos. El terror no era el poder, sino la tiranía, y esta no podia ser el gobierno de la libertad

Estos pensamientos fermentaban en la cabeza de Robespierre, que se volvía loco por resolver el problema del poder que se debía establecer en la república.

Este problema, se planteaba por sí mismo á cada nuevo giro de la revolución ante todos los hombres reflexivos. Todos habían sucumbido tratando de resolverlo. Mirabeau, después de haber rebajado el trono al nivel de la nación y rotó el cetro, había muerto sonando en quiméricas y pueriles reconstrucciones. La Asamblea legislativa se había abogado en la constitución de 1791, imaginando un equilibrio imposible. Los girondinos se habían aplastado bajo el peso de una república mal asentada que quisieron sostener con leyes insuficientes. Hebert y Ronsin habían muerto por haber inventado á imitación de Marat una dictadura del pueblo personificada en un verdugo supremo. Danton había perecido por haber buscado el poder en los arrebatos y después en el vano arrepentimiento del pueblo; Robespierre, heredero á su vez de todas aquellas tentativas impotentes y de todas aquellas reputaciones destruidas, se preguntaba lo que iba á hacer de su omnipotencia de opinión y qué clase de gobierno daría á la democracia.

¿Tendría genio suficiente para inventarlo y poder para asegurarlo, ó sucumbiría como todos, tratando de transformar la anarquía en unidad y la violencia en ley? ¿Sería él, si no, el ídolo siniestro? ¿Sería el hombre de Estado de la revolución? Tal era la cuestión que la Europa entera se proponía mirándolo, y la que él mismo se proponía también. Tres meses iba á tardar en saber á qué atenerse.

## IX.

La muerte de Hebert había hecho á Robespierre dueño de la municipalidad. La de Danton le había hecho árbitro en la Convención. La perseverancia y el espíritu

lismo le daban el dominio sobre los Jacobinos. Su talento, engrandecido por el estudio obstinado y por cinco años pasados casi en la tribuna, daba á sus ideas y á sus palabras una fuerza y una actividad que nadie le disputaba. Ninguna elocuencia podía ya contrabalancear la saya; era la única voz grave de la república; y los Jacobinos y la Convención no escuchaban ya sino á él. Aunque no tuviese ni afectase aun un dominio absoluto en la comisión de salud pública, la opinión de la Francia le daba la superioridad, que es la dictadura de la naturaleza. Sus colegas se indignaban en secreto pero fingían dársela ellos mismos. La Convención simulaba el entusiasmo para disfrazar su servilismo; los Franciscanos estaban dispersos; la municipalidad subordinada enteramente á los agentes del partido de Robespierre: él respondía de las secciones, las secciones del pueblo, y Henriot de la guardia nacional. Robespierre no reinaba, pero reinaba su nombre. No le restaba otra cosa que hacer que realizar su reino y organizar su dictadura; pero vacilaba en dar este último paso.

Los motivos de estas dudas eran en el alma de Robespierre, una virtud y un vicio á la vez. «¿Por qué, respondía á sus confidentes, he sacrificado yo mi vida, mi pensamiento, mis vigiliat, mi palabra, mi nombre y mi sangre á la revolución? Para destronar á los reyes y á los aristócratas, para restituir el poder al pueblo y para hacerle capaz y digno de ejercer por sí mismo y solo su soberanía natural. ¿Y qué se me propone hoy en día, que los tiranos y los aristócratas están destruidos y que el pueblo reina por su representación nacional? Ponerme á mi mismo en lugar de esos tiranos que hemos destruido, y restablecer en mi persona en nombre del pueblo, la tiranía abolida.

«Convengo, añadió, en que yo no abuse del poder supremo, y en que mi dictadura no sea sino la dictadura de la razón y de la verdad sobre la república; pero al

tomarla ó aceptarla habré dado el ejemplo mas seductor á los ambiciosos, y el mas fatal á la libertad. Mi reinado será corto: sé que mi pecho es el blanco secreto de cien mil puñales. Despues de mi, ¿quién os responde de mi sucesor? El peligro de la dictadura no está tanto en el dictador como en la institucion. Esta magistratura es la de la desesperacion de las naciones. Fundada contra la tiranía se cambia involuntariamente en una tiranía permanente. Salva un dia para perder un siglo. ¡Perezca el dia presente con tal que se preserve al porvenir! Dejemos que el pueblo se estravie, vuelva en sí, caiga, se levante, se hiera á sí mismo, antes de darle esta humillante tutela que le encadenará só pretexto de guiarlo. Las naciones tienen su infancia y la libertad su cuna. Es menester vigilar esta infancia de la libertad pero no frenarla. Convengo en que la unidad es necesaria á la republica, poned esta unidad en una institucion y no en un hombre, y que muerto éste, la unidad reviva en otro á condicion que esta unidad no se perpetúe mucho tiempo en el poder, y que este primer magistrado descienda pronto al rango de simple ciudadano. Algunos hombres son útiles, ninguno es necesario; solo el pueblo es inmortal.»

Así hablaba Robespierre á sus confidentes. Sus manuscritos testifican que tambien se hablaba de este modo á sí mismo. Su repugnancia por el poder supremo era sincera por los motivos que alegaba. Pero habia otros que le hacian repugnar apoderarse solo del poder, que aun no los confesaba. Estos eran que habia llegado al objeto de sus pensamientos y que en realidad no sabia que forma le convenia dar á las instituciones revolucionarias. Hombre de ideas mas que de accion, Robespierre tenia el pensamiento de la revolucion mas que la formula política. El alma de las instituciones para el porvenir era en su sueño el mecanismo de un gobierno popular que le faltaba. Sus teorías, tomadas de los libros, eran brillan-

tes y vagas como perspectivas nebulosas en lontananza.

Las veia siempre desvanecerse y no las tocaba nunca con la mano firme y precisa de la práctica. Ignoraba que la libertad por sí misma debe protegerse por un poder fuerte, y que este poder tiene necesidad de una cabeza para querer y miembros para ejecutar: creia que las palabras continuamente repetidas de libertad, igualdad, desinterés, adhesion y virtud, eran por sí solas un gobierno: tomaba la filosofia por la politica, indignándose de sus errores: atribuía continuamente á los complots de la aristocracia ó de la demagogia sus decepciones: creia que en suprimiendo de la sociedad los aristócratas y los demagogos suprimiria los vicios de la humanidad y los obstáculos del juego de las instituciones: habia tomado al pueblo como una ilusion en lugar de tomarlo con seriedad: se irritaba por hallarlo con frecuencia tan débil, tan cobarde, tan cruel, tan ignorant, tan versátil y tan indigno del rango que la naturaleza le ha asignado: se encolerizaba, se agriaba y encargaba al cadalso que le allanase las dificultades, pero en seguida se indignaba por los excesos del cadalso y acudia á las palabras de humanidad y de justicia: volvía á apelar á los suplicios, é invocando la virtud suscitaba la muerte: vacilaba tan pronto en la incertidumbre y tan pronto en la sangre: desesperaba de los hombres y se asustaba de sí mismo. «¡La muerte! ¡siempre la muerte! esclamaba con frecuencia en el seno de la intimidad y los malvados la rechazau contra mí! ¡Qué memoria voy á dejar si esto dura! La vida me pesa.»

En fin, la verdad se hizo lugar una vez. Con la accion del desaliento desi mismo esclamó: «¡No! yo no soy á propósito para gobernar, sino para combatir á los enemigos del pueblo.»

Saint-Just, que era el único confidente, había tenido muchas conferencias secretas con Robespierre, en las que trató de persuadirlo á que tuviese una política menos vaga y designios mas determinados.

Saint-Just aunque jóven, tenía, si no en las ideas, al menos en el carácter, la madurez consumada del hombre de Estado. Había nacido tirano y tenía la insolencia del gobierno aun antes de tener la fuerza, no dando á la palabra sino la forma del mando: era lacónico como la voluntad. Sus comisiones en los campamentos y el uso imperioso que había hecho de su autoridad con los generales en medio de sus ejércitos, había enseñado á Saint-Just lo fácilmente que ceden los hombres bajo la mano de uno solo. Su valor y la costumbre que había adquirido del fuego, le habían dado la actitud de un tribuno militar tanto para ejecutar como para concebir un golpe de mano. Solo Robespierre era el único hombre ante el cual se inclinaba Saint-Just como ante el pensamiento superior y regulador de la república. Con todo, al acusar su lentitud, respetaba en él sus irresoluciones y se sacrificaba en su caída. Caer con Robespierre, le parecía caer por la misma causa de la revolución. Como discípulo impaciente, pero siempre discípulo, ostigaba al oráculo pero sin violentarlo nunca.

Couthon, Lebas, Coffinhal y Buonarotti, eran admitidos frecuentemente á aquellas conferencias. Todos eran republicanos sinceros, y sin embargo, conocían como Saint-Just que la hora de la crisis había llegado; y que si la república tenía horror por un tirano, tenía también necesidad de un poder menos vacilante y menos irresponsable que el de las comisiones. «La opinion se ha he-

cho hombre en ti, decía Buonarotti á Robespierre. Si tú te rehusas, no serás á quien engañes, sino al mismo pueblo. Si te detienes teniendo al pueblo detrás de ti despues de haberlo lanzado tú mismo pasará sobre tu cuerpo para ir á buscar por conductores á esos malvados que le precipitaron en una anarquía muy cercana á la tiranía.» Así en todas las crisis en que Robespierre se fiaba al tiempo y á la fortuna mas que á la resolución, tomaba el partido de que le hiciesen violencia por el momento creyendo que el oráculo estaba en la circunstancia, fiándose á la fatalidad, que es la superstición de los hombres por mucho tiempo dichosos.

Sin embargo, quedó convenido entre el y sus amigos que la república tenía necesidad de instituciones, que faltaba un director supremo superior á las comisiones que manejase los resortes del poder ejecutivo; y que si los Jacobinos, la Convencion y el pueblo se decidían á dar una cabeza al gobierno, Robespierre se sacrificaría á esta magistratura temporal. Se convino además en arrancar el poder á los miembros de las comisiones; vigilar y depurar á los Jacobinos, que eran el punto de apoyo indispensable para remover á la Convencion; apoderarse del consejo general de la municipalidad que disponia de la insurrección; hacerse dueños por medio de Henriot de la fuerza armada de Paris; de bisongear por Saint-Just y Lebas la opinion del ejército; de llamar sucesivamente de los departamentos á los diputados comisionados de que no estaban muy seguros; de alejar de la Convencion ó de perder en el espíritu del pueblo á los que sospechaban con ambiciosos designios; y en fin, preparar con anticipación á Robespierre un arma legal, tan arbitraria, tan

absoluta y tan terrible que nada tuviese que pedir de mas cuando fuese elevado á la suprema magistratura para hacer inclinár á todas las cabezas bajo la ley de la unidad y del nivel de la muerte. Robespierre se reservaba con todo no obrar sino por la fuerza de la opinion, de no recurrir á la insurreccion; respetar la soberanía nacional en su centro y no aceptar mas título ni poder que los que le fuesen impuestos por la representacion nacional. Coubron se encargó de preparar un decreto que diese la dictadura á las comisiones. Una vez votada aquella dictadura por la Convencion la arrancarian de manos de las comisiones y la volverian contra estas si fuese necesario. Este fué el decreto que llamaron algunos dias despues el decreto del 22 prairal. Saint-Just suspendió por algunos dias su marcha para el ejército del Rhin, á fin de lanzar ante la comision y ante la Convencion algunos de aquellos axiomas que caen desde lo alto en el pensamiento de una asamblea, que hacen presentir la profundidad de los designios y que preparan la imaginacion á lo desconocido.

## XII.

Las circunstancias eran estremas, y el terreno resbaladizo. La muerte de Danton habia decapitado á la Montaña. Los montañeses estaban admirados aun, de haberse dejado arrebatar por un golpe de mano tan súbito, tan atrevido y tan imprevisto, un hombre que se arraigaba en ellos y cuya ausencia los entregaba sin alma, sin voz y sin brazos á la prepotencia de las comisiones. Robespierre por este golpe de Estado habia conquistado una autoridad y un respeto que llegaba en los convencionales hasta el temor, pero tambien hasta el aborrecimiento. El hombre que habia muerto á Danton podia atreverse á in-

tentarlo todo. Hasta entonces se habia creído en el desinterés, pero ahora se creía en la ambicion de Robespierre. La sospecha solo de aquella ambicion era una fuerza para él. Hay vicios que la cobardía de los hombres respeta mas que la virtud. Desde el momento en que Robespierre se preparaba á reinar se preparaban ellos á obedecer. Los esclavos no fallan nunca para los tiranos ni estímulo á la tiranía. La Montaña fingia en masa la idolatría de Robespierre.

Sin embargo, aquel culto aparente estaba mezclado en el fondo de temor y de ira. Los numerosos amigos de Danton experimentaban una secreta vergüenza por haberlo abandonado. El nombre de Danton era un recordamiento para ellos. Su sitio permanecia vacío en la Montaña, y era una acusacion el no ocuparlo; pareciéndoles á cada instante que se iba á levantar de aquel banco para reprenderles su bajeza y su servilismo. Su recuerdo les era importuno hasta que lo hubiesen vengado.

Pero á escepcion de algunas miradas de inteligencia, y de algunas palabras sueltas nadie se atrevia á confiar en su vecino aquellas murmuraciones interiores. Robespierre estaba reducido á buscar en las fisonomías el favor ó el odio que le tenían. Para descubrir una oposicion era necesario interpretar los semblantes.

## XIII.

Entre estos aspectos significativos que inquietaban u ofendian las miradas de Robespierre, se notaba á Legendre, cubierto no obstante, con la máscara de la complacencia; Leonardo Bourdon, que ocultaba mal el sentimiento; Bourdon (del Oise), demasiado destemplado de palabras para la mudez de la servidumbre; Collot de Herbois, demasiado declamador para soportar la superio-

ridad del talento; Barrere, cuya fisonomía ambigua aun dejaba indelicada la sospecha; Barras, que aparentaba la imparcialidad; Freron, que ocultaba las lágrimas con que había fundado su corazón desde la muerte de Lucea Desmoulins; Tallien, ocultando mal una tristeza siniestra desde la prisión de Teresa Cabarrús, que había tomado su nombre en los calabozos de los Carmelitas; Carnot, cuya frente austera y marejal se desdenaba inclinarse; Vadier, tan pronto cariñoso como tan pronto agresivo; Luis (del Bajo Rhin), mostrando el valor de su violencia; Billaud Varennes, imagen de Bruto espiando un César; su semblante pálido y prolongado, su arrugada frente, sus delgados labios y su mirada penetrante y como tendiendo un lazo revelaban una naturaleza difícil de conocer, difícil á ceder, é imposible á dominar; en fin, Courtois, diputado del Aube, amigo de Danton, que jamás había aplaudido sus crímenes, pero que tampoco había hecho traición á su recuerdo, hombre honrado cuyo republicanismó probo y moral no le había endurecido el corazón.

Algunos amigos de Marat y de Hebert, diputados tales como Carrier, Fouché y otros convencionales llamados de sus comisiones para obedecer al clamor público contra sus atrocidades, se agrupaban ó se mostraban descontentos en las filas de la Montaña. El centro compuesto de los restos de los girondinos, más flexible y más servil que nunca desde que lo habían diezmado, se callaba, votaba y admiraba; pero en un tiempo en que el título solo de facción era un crimen, nadie se confesaba pertenecer á un partido; todos aquellos hombres jugaban al entusiasmo ó á la simulación del entusiasmo formando la unanimidad aparente; todos aspiraban á confundirse de modo que no se hiciese notar. El aislamiento se hubiera parecido á la oposición, y la oposición al complot.

c

## XIV.

En el interior de las dos grandes comisiones, los partidos se tocaban de cerca y se caracterizaban mejor sin confesarse mucho. Vadier, Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin), David, Lebas, Lavicomterie, Moysé Bayle, Elias Lacoste y Dubarran, componían la comisión de seguridad general. Hombres subalternos por su talento, no imprimían, pero seguían el movimiento; no rivalizando en las atribuciones de la comisión de salud pública, sino cuando las divisiones de esta comisión suprema forzaron tanto á Billaud Varennes y á sus amigos como á Robespierre y á los suyos, á provocar la reunión de los dos consejos para hacer que se pronunciase una mayoría. Casi todos aquellos miembros de la comisión de seguridad general manifestaron un respeto absoluto por las opiniones de Robespierre. Sin embargo, algunos se acordaron con amargura de Danton y otros de Hebert; y en fin, otros como Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin) y Vadier, trataron de darse alguna importancia personal y luchar con la comisión de salud pública. David y Lebas representaban allí únicamente las voluntades del dominador de los Jacobinos; el primero por servilismo, y el segundo por sentimiento y por convicción.

## XV.

La ausencia de muchos representantes que estaban en comisión de la de salud pública dejaban á las deliberaciones oscilar entre un pequeño número de miembros que reasumían la república. Estas eran entonces Robespier-

re, Couthon, Saint-Just, Billaud Varennes, Barrere, Collot de Herbois, Carnot, Prieur y Roberto Lindet.

Robespierre, Couthon y Saint-Just eran los hombres políticos; Billaud Varennes, Barrere y Collot de Herbois los revolucionarios. Carnot, Prieur y Roberto Lindet, eran los administradores de las comisiones. Los primeros gobernaban, los segundos herian y los terceros servian a la república.

Entre el partido de Robespierre y el de Billaud Varennes empezaban a manifestarse sordos pero profundos disonimientos. Carnot, Roberto Lindet y Prieur se esforzaban en ahogar aquellas disensiones en el misterio de las sesiones por temor de que animasen en el exterior facciones fatales a la libertad comun. Algunas veces aquellos tres decemviros se reunian a Robespierre, pero con mas frecuencia a Billaud Varennes y Barrere. El orgullo solitario de Robespierre, la aspereza de Couthon, y el dogmatismo de Saint-Just, ofendian a aquellos convencionales y los rechazaban involuntariamente por la repulsion de caracteres en una muda apatia que se asemejaba a la opinion. Cuando Robespierre estaba ausente se pronunciaba la palabra tirano. Decian que abusaba sucesivamente de la palabra y del silencio; que mandaba como un dueño ó se callaba como un superior que se desdena de discurrir; que dejaba a la comision la responsabilidad de sus actos despues de haberlos inspirado; que se reservaba criticar en los Jacobinos lo mismo que habia consentido en las Tullerias; que se burlaba de la moderacion blasonando la efemencia; que defendia a las victimas cuya sangre era lo mas indispensable para su propia grandeza; que rechazaba todo lo odioso del gobierno sobre sus colegas; que los difamaba por su aislamiento; que usurpaba para sí solo toda la popularidad; que dificultaba la guerra en las manos de Carnot; que se sonreia con desprecio en su banco de las fanfarronadas militares de Barrere; que no ocultaba las ocultas intenciones que tenia de

llevar mas lejos su influencia en la comision; que tomaba en las sesiones una actitud que parecia el desden ó la magnitud de un despota. Ninguna familiaridad ondulaba su autoridad, que llegaba tarde, entraba con un paso descuidado, se sentaba sin hablar, bajaba los ojos sobre la mesa, apoyaba la cabeza entre las manos, impedia a sus labios espresar ni aprobacion ni critica, fingiendo hábilmente la distraccion, y a veces la indiferencia ó la impasibilidad.

Tales eran las quejas que corrian en voz baja contra Robespierre en las comisiones.

## XVI.

En la municipalidad reinaba como soberano por Fleuriot-Lescot y por Payan, uno corregidor de Paris, y el otro agente nacional. El tribunal revolucionario le era adieto por Dumas, por Hermann, Souberbielle, Duplay, y por todos los jurados, que fueron escogidos en la clase del pueblo en que el nombre de Robespierre era divinizado.

## XVII.

En los Jacobinos, Robespierre reinaba por sí mismo. Desdenoso en la comision, descuidado en la Convencion, era asiduo, infatigable, elocuente, cariñoso y terrible cada noche en las sesiones de aquella sociedad. Allí estaba su imperio, que consolidaba ejerciéndolo acostumbriendo a la opinion a obedecerle para preparar la república a ponerse en sus manos. Pocos dias despues de la muerte de Danton, empezó a ejercer la soberania de su tribuna.

Dufourny, presidente habitual de los Jacobinos, hacia algunos años se habia atrevido á veces á interrumpir al orador ó á contradecirlo en medio de sus discursos. Además habia marmurado contra el informe de Saint-Just y contra la proscripción de los dantonistas. Atacado por Vadier, Dufourny trató de justificarse. Robespierre, dejando desbordar el torrente de resentimientos que acumulaba desde algun tiempo contra él: «¡Acuérdate, dijo á Dufourny, que Chabot y Ronsin fueron imprudentes un dia como tú, y que la imprudencia en la frente es el sello del crimen!—El mio es la calma, respondió Dufourny —¡La calma! replicó Robespierre. No, la calma no existe en tu alma. Notaré todas las palabras para descubrirte á los ojos del pueblo. ¡La calma! Los conspiradores la invocan siempre, pero nunca la tienen. ¡Qué! ¿se atreven á sentir á Danton, Lacroix y sus cómplices, cuando los crímenes de aquellos hombres están escritos con nuestra sangre, y cuando la Bélgica aun humea por sus traiciones? No lo conseguirás, tú fuistes enemigo de Fabre de Eglantine.» Después de este apóstrofe, Robespierre hizo de Dufourny el retrato de un intrigante, de un ambicioso, de un mendicante de popularidad, y pidió que fuese despedido. Dufourny confundido por una ira que entonces era el presentimiento del suplicio, se arrepintió de no haber adivinado antes el poder y el odio de Robespierre. Fué entregado á la comision de seguridad general.

## XVIII.

Saint-Just de dia en dia elevaba mas su papel en la Convencion. Se esforzaba por engrandecer el alma de la república á la proporcion de una completa regeneracion de la sociedad. Sus máximas tenían el dogmatismo y

casi la autoridad de un revelador. Se creía ver en aquel hombre tan jóven, tan bello y tan inspirado, el precursor de la edad nueva. «Es necesario, decia en un informe sobre la policia general, hacer una ciudad nueva. Es menester hacer comprender que el gobierno revolucionario no es ni el estado de conquista ni el estado de guerra, sino el tránsito del mal al bien, de la corrupcion á la probidad, de las malas máximas á las máximas honradas. Un revolucionario es inflexible; pero es sensible, dulce, político y frugal. Hiere en el combate y defiende la inocencia ante los jueces. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario, y no era ni insolente ni grosero sin duda. ¡Sed semejantes á él! No esperar otra recompensa que la inmortalidad. Yo sé que los que han querido el bien han perecido todos. Cordero murió precipitado en un abismo. A Licurgo le sacaron un ojo los picaros de Esparta y murió en el destierro. Focion y Sócrates bebieron la cicuta. La misma Atenas en aquellos dias se coronó de flores. No importa, habian hecho el bien. ¡Si aquel bien fué perdido para su pais, no ha estado oculto para la divinidad! Formar una buena conciencia pública, he aqui la policia. Esta conciencia, uniforme como el corazon humano, se compone de la inclinacion del pueblo al bien general. Habeis estado severos y habeis debido serlo. Ha sido necesario vengar á nuestros padres y ocultar bajo sus ruinas esta monarquia, inmenso sepulcro de tantas generaciones avasalladas. ¿En qué se convertiria una república indulgente contra enemigos encarnizados? ¡Hemos opuesto la cuchilla á la cuchilla, y se ha fundado la libertad! Ha salido del seno de las tempestades y de los dolores, como el mundo que sale del caos y como el hombre que llora al nacer.» (La Convencion aplaudió con entusiasmo.)

«Que los demas pueblos nos lean su historia. ¿Su nacimiento fué menos agitado? Han tenido siglos de locura y nosotros no llevamos mas que cinco años de resistencia

á la opresion, y de adversidad, que es la que hace los grandes hombres. Todo bajo del cielo tiene un principio.

«Amamos la vida oscura. ¡Ambiciosos, id á pasearos en el cementerio en donde duermen juntos los conjurados y los tiranos: decidios entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la verdadera gloria, que es la estimacion de sí mismo! Arrojad fuera de vuestro suelo á los que restrañan la tirania: el universo no es inhospitalario. Habria injusticia en sacrificarle todo un pueblo, ó inhumanidad en no distinguir los buenos de los malos. ¿Se acusa al gobierno de dictadura? ¿Desde cuándo los enemigos de la revolucion tienen tanta solieitud por el mantenimiento de la libertad? Nadie hubo en Roma tan desvergonzado para reprender la severidad que Cicerón desplegó contra Catilina. Solo César sintió á aquel traidor. ¡A vosotros toca imprimir al mundo el sello de vuestro genio! Formad instituciones civiles, en las cuales aun no se ha pensado. Y por esto proclamareis la perfeccion de vuestra democracia. No dudar. Todo lo que en el día de hoy existe á nuestro alrededor, debe acabar, porque todo lo que existe alrededor nuestro es injusto. La libertad llenará al mundo. ¡Que desaparezcan las facciones! ¡Que la Convencion solo domine sobre todos los poderes, y que los revolucionarios sean romanos y no bárbaros!»

## XIX.

Estas máximas líricas parecia que prometian en medio de los horrores de la época, la serenidad en el porvenir. La Convencion las aplaudia con delirio, porque estaba cansada del rigor, acogiendo los menores presentimientos de clemencia y aspirando á constituir.

Robespierre y sus amigos se adelantan á la Conve-

cion en aquellos sentimientos. Sabian que las palabras de Saint-Just, no eran sino las confidencias del señor llevadas á la tribuna para provocar el estado de la opinion. En Robespierre habia dos hombres: el enemigo del orden antiguo y el apóstol del nuevo. La muerte de Danton habia terminado el primero, y estaba impaciente por tomar el segundo. Cansado ya de suplicios, queria segun dijo, asentar al gobierno sobre la moral y la virtud, que son los dos fundamentos del alma. Para que la moral y la virtud no fuesen palabras sin sentido y no significasen el vacío, era necesario descubrir al pueblo la idea grande de Dios, que es el único que puede dar sentido á la virtud. La ley no es nada sino es la expresion de la voluntad humana; y es necesario para hacerla santa que sea la expresion de la voluntad divina. La obediencia á la ley no es mas que la *servitud*; lo que constituye el *deber*, es el sentimiento que hace remontar esta obediencia á Dios. Así, de tiranía que es á los ojos del ateo, la sociedad se convierte en religion á los ojos del deísta. Este título haciendo santa á la ley, la hace tambien mas fuerte porque por juez y por vengador tiene á Dios.

La idea de Dios, este tesoro comun á todas las religiones de la tierra, habia sido destruida y abatida en la ruina de las creencias; habia sido mutilada y reducida á polvo en el espíritu del pueblo por las proscripciones, y por las parodias del culto católico que Hebert y Chauvette habian provocado contra los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, habia creído que Dios era una preocupacion anti revolucionaria. La republica parecia haber quitado la inmortalidad del alma de su territorio y de su cielo. El ateísmo predicado abiertamente, era para los unos la venganza de su largo vasallage á un culto repudiado por ellos, y por los otros una teoría favorable para todos los crímenes. El pueblo al sacudir aquella cadena divina de la fé de Dios que retenia su conciencia,

á la opresion, y de adversidad, que es la que hace los grandes hombres. Todo bajo del cielo tiene un principio.

«Amamos la vida oscura. ¡Ambiciosos, id á pasearos en el cementerio en donde duermen juntos los conjurados y los tiranos: decidios entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la verdadera gloria, que es la estimacion de sí mismo! Arrojad fuera de vuestro suelo á los que restrañan la tiranía: el universo no es inhospitalario. Habria injusticia en sacrificarle todo un pueblo, ó inhumanidad en no distinguir los buenos de los malos. ¿Se acusa al gobierno de dictadura? ¿Desde cuándo los enemigos de la revolucion tienen tanta solieitud por el mantenimiento de la libertad? Nadie hubo en Roma tan desvergonzado para reprender la severidad que Cicerón desplegó contra Catilina. Solo César sintió á aquel traidor. ¡A vosotros toca imprimir al mundo el sello de vuestro genio! Formad instituciones civiles, en las cuales aun no se ha pensado. Y por esto proclamareis la perfeccion de vuestra democracia. No dudar. Todo lo que en el día de hoy existe á nuestro alrededor, debe acabar, porque todo lo que existe alrededor nuestro es injusto. La libertad llenará al mundo. ¡Que desaparezcan las facciones! ¡Que la Convencion solo domine sobre todos los poderes, y que los revolucionarios sean romanos y no bárbaros!»

## XIX.

Estas máximas líricas parecia que prometian en medio de los horrores de la época, la serenidad en el porvenir. La Convencion las aplaudia con delirio, porque estaba cansada del rigor, acogiendo los menores presenciamientos de clemencia y aspirando á constituir.

Robespierre y sus amigos se adelantan á la Conve-

cion en aquellos sentimientos. Sabian que las palabras de Saint-Just, no eran sino las confidencias del señor llevadas á la tribuna para provocar el estado de la opinion. En Robespierre habia dos hombres: el enemigo del orden antiguo y el apóstol del nuevo. La muerte de Danton habia terminado el primero, y estaba impaciente por tomar el segundo. Cansado ya de suplicios, queria segun dijo, asentar al gobierno sobre la moral y la virtud, que son los dos fundamentos del alma. Para que la moral y la virtud no fuesen palabras sin sentido y no significasen el vacío, era necesario descubrir al pueblo la idea grande de Dios, que es el único que puede dar sentido á la virtud. La ley no es nada sino es la expresion de la voluntad humana; y es necesario para hacerla santa que sea la expresion de la voluntad divina. La obediencia á la ley no es mas que la *servitud*; lo que constituye el *deber*, es el sentimiento que hace remontar esta obediencia á Dios. Así, de tiranía que es á los ojos del ateo, la sociedad se convierte en religion á los ojos del deista. Este título haciendo santa á la ley, la hace tambien mas fuerte porque por juez y por vengador tiene á Dios.

La idea de Dios, este tesoro comun á todas las religiones de la tierra, habia sido destruida y abatida en la ruina de las creencias; habia sido mutilada y reducida á polvo en el espíritu del pueblo por las proscripciones, y por las parodias del culto católico que Hebert y Chaumette habian provocado contra los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, habia creído que Dios era una preocupacion anti revolucionaria. La republica parecia haber quitado la inmortalidad del alma de su territorio y de su cielo. El ateísmo predicado abiertamente, era para los unos la venganza de su largo vasallage á un culto repudiado por ellos, y por los otros una teoría favorable para todos los crímenes. El pueblo al sacudir aquella cadena divina de la fé de Dios que retenia su conciencia,

estaba en la persuasión que saendia al mismo tiempo todos los lazos del deber. El terror sobre la tierra debía reemplazar la justicia en el cielo. Ahora que querian separar el cadalso é inaugurar instituciones, era necesario infundir al pueblo una conciencia. Una conciencia sin Dios es un tribunal sin juez. La luz de la conciencia no es otra cosa que la reverberacion de la idea de Dios en el alma del género humano. Estinguid la idea de Dios y dejáis sin luz al hombre, porque por casualidad puede tomar la virtud por el crimen y el crimen por la virtud.

## XX.

Robespierre conocia profundamente estas verdades. Es necesario decirlo aunque repugne el creerlo, no las conocia solamente como político que toma una cadena al cielo para sujetar con más seguridad á los hombres; las conocia como sectario que se inclina el primero ante la idea que pretende hacer adorar al pueblo. Hay algo de Mahoma en estas ideas. La hora de la reconstrucción empezaba; queria reconstruir ante todo el alma de la nacion. Con la misma mano con que él la daba todo el poder, era necesario darla toda la luz. Una república que no debía tener otra soberanía que la moral debía sostenerse enteramente sobre un principio divino.

En el estado de desorganizacion intelectual y de descrédito de las ideas religiosas en que los filósofos materialistas del siglo XVIII, los girondinos que fueron sus discípulos, y los ateos sus verdugos, habia hecho descender al espíritu público; en frente de Collot de Herbois, cómico feroz; de Barrere, escéptico burlesco; de Billaud Varennes, demotador implacable; de Lequinio materialista descarado; de los amigos de Hebert, de los comensales de Danton y de aquella turba de hombres indife-

rentes á todos los cultos que pertenecían á las comisiones y á la Convencion, no faltaba mas que el prestigio de Robespierre para arrostrar la risa ó la ira que semejante tentativa corria riesgo de hallar en la opinion. Tampoco queria detener el terror sino despues de aquel acto. Conocia que habia por cima de él una gran verdad, y en aquella verdad una gran fuerza. El se atrevió; pero se atrevió no obstante, no sin titubear y no sin valor. «Yo, se, dijo á uno de sus amigos, que puedo ser destruido por la idea que voy á hacer resaltar en la cabeza del público.» Muchos de sus amigos le aconsejaron que no intentara aquella empresa; pero él se obstinó. Al principio de abril fué á pasar algunos dias al bosque de Montmorency, y visitó con frecuencia la cabaña que Juan Jacobo Rousseau habia habitado. En aquella casa y en su jardín fué en donde concluyó sus informes, bajo aquellos mismos árboles en donde su maestro habia tan magníficamente escrito de Dios.

## XXI.

El 18 de orear subió á la tribuna con su informe en la mano. Jamás, dijeron los que sobrevivieron á aquel dia, su actitud habia manifestado tanta tension de voluntad. Jamás su voz habia salido de su alma con un acento de autoridad moral mas solemne. Parecia que hablaba, no como un tribuno que subleva ó acaricia á un pueblo, ni aun como el legislador que promulga leyes perocederas, sino el mensajero que anuncia á los hombres una verdad. El legislador que restaura en el corazón humano una idea oscurecida ó mutilada por los siglos parecia en aquel momento á Robespierre igual al filósofo que la concibe. La Convencion silenciosa y recogida, unos por te-

mor y otros por respeto, tenía el aspecto de la gravedad de la idea que iba á conocer.

«Ciudadanos, dijo Robespierre, despues de un exordio decorado con las circunstancias: toda doctrina que consuela y que eleva las almas debe ser acogida; rechazad todas las que tiendan á degradarlas y á corromperlas. Reasumid, exaltad todos los sentimientos generosos y todas las grandes ideas morales que se ha querido distinguir. ¿Quién te ha dado la misión de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe, ó tú que te apasionas por aquella árida doctrina y que no te apasionas por la patria? ¿Qué ventaja encuentras tú en persuadir al hombre que una fuerza ciega preside sus destinos y hierre por casualidad el crimen y la virtud? Qué, ¿su alma no es mas que un soplo ligero que se desvanece á la orilla del sepulcro?

«La idea de la nada le inspirará sentimientos mas puros y mas elevados que la de su inmortalidad? ¿Le inspirará mas respeto para sus semejantes y para si mismo, mas sacrificios por la patria, mas audacia para resistir á la tiranía y mas desprecio por la muerte? Vosotros que llorais la falta de un amigo verdadero, ¿pensais que la parte mas pura de si mismo no se ha librado de la muerte? Vosotros que suspirais al lado de la tumba de un hijo ó de una esposa ¿os consolais porque os digan que no queda de ellas mas que un vil polvo? Desgraciados que espirais á los golpes de un asesino, ¿vuestrós últimos suspiros ¿no son una súplica á la justicia eterna? La inocencia sobre el cadalso hace palidecer al tirano sobre su carro de triunfo. ¿Tendria este ascendiente, si el sepulcro igualase al opresor y al oprimido? Cuanto mas el hombre está dotado de sensibilidad y de genio, mas se apega á las ideas que engrandecen su ser y que elevan su corazón, y la doctrina de los hombres de este temple se convierte en la del universo.

«La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del

alma, es una llamada continua á la justicia: ¿esta idea es pues republicana! (Aplausos.) No sé que ningún legislador se haya empeñado en nacionalizar el ateísmo, sé que los mas sabios, aun entre si, han permitido mezclar con la verdad algunas ficciones, sea para berir la imaginación de los pueblos ignorantes, sea para unirlos mas fuertemente á sus instituciones. Licurgo y Solon recurrieron á la autoridad de los oráculos, y Sócrates mismo para acreditar la verdad entre sus conciudadanos, se creyó obligado á persuadirles que se las inspiraba un genio familiar.

«Vosotros no conclureis de esto, sin duda que será necesario enganar á los hombres para instruirlos, pero solamente que sois dichosos por vivir en un siglo y en un país cuyas luces no nos dejan otro deber que cumplir que llamar á los hombres á la naturaleza y á la verdad.

«Vosotros os guardareis bien de romper el nudo sagrado que los une al autor de su ser.

«¿Y qué es lo que los conjurados han puesto en lugar de lo que han destruido? Nada, sino es el caos, el vacío y la violencia. Desprecian demasiado al pueblo para tomarse la pena de persuadirlo: en lugar de ilustrarlo, no quieren sino irritarlo y depravarlo.

«Si los principios que ha desenvuelto hasta aquí son errores, al menos me engañan con todo lo que el mundo reconocía. Tomemos lecciones de la historia. Reparad, os ruego, como los hombres que han influido sobre los destinos de los Estados, se determinaron por el uno ó por el otro sistema opuesto por su carácter personal ó por la naturaleza misma de sus miras políticas. Ved con que profundo arte César arengando en el senado romano en favor de los cómplices de Catilina, se estravía en una digresión contra el dogma de la inmortalidad del alma: ¿tanto le parecían estas ideas propias á extinguir en el corazón de los jueces la energía de la virtud, y tanto la causa del crimen le parecía ligada á la del ateísmo! Por el con-

trario Ciceron, invocaba contra los traidores la cuchilla de la ley y el rayo de los dioses. Sócrates al morir hablaba á sus amigos de la inmortalidad del alma. Leonidas en las Termopilas, cuando con sus compañeros de armas se halla en el momento de ejecutar la empresa mas heroica que la virtud humana haya concebido jamás, los invita para que al otro dia asistan á un banquete en una nueva vida. Hay mucha distancia de Sócrates á Chaumette y de Leonidas al Padre Duchesne. (Aplausos.)

«Un hombre grande, un verdadero héroe, se estima demasiado á sí mismo para complacerse en la idea de la nada. Un malvado, despreciable á sus propios ojos y horrible á los de los demas, conoce que el mejor presente que le puede hacer la naturaleza es la nada. (Aplausos.)

«Una secta propaga con mucho celo la opinion del materialismo que prevalece entre los grandes y bellos espíritus: se les debe en gran parte esta especie de filosofía práctica, que erigiendo al egoismo en sistema, mira la sociedad humana como una guerra de arduos, el éxito como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un negocio de gusto y de comodidad y el mundo como el patrimonio de deseos picaros.

«Entre los que en el tiempo de que hablo se señalaron en la carrera de las letras y de la filosofía, un hombre, Rousseau, por la elevacion de su alma y por lo grande de su carácter, se mostró digno del ministerio de preceptor del género humano. Hablaba con entusiasmo de la divinidad, su elocuencia varonil y próbida, pintaba con rasgos de fuego los encantos de la virtud, defendiendo los dogmas consoladores que la razon dá por apoyo al corazón humano. La pureza de su doctrina sacada de la naturaleza y en el profundo aborrecimiento del vicio, tanto como de su invencible desprecio por los sofistas intrigantes que usurpaban el nombre de filósofos, le atrajo el odio y la persecucion de sus rivales y de sus falsos amigos. ¡Ah! ¡si hubiese sido testigo de esta revolucion

de que fué precursor y que lo ha llevado al Panteon, ¿quién podrá dudar que su generosa alma hubiese abrazado con trasporte la causa de la justicia y de la igualdad? Pero ¿qué han hecho por ella sus cobardes adversarios? Han combatido la revolucion desde el instante que han sabido que iba á elevarse el pueblo por cima de ellos.

«El traidor Guadet denunció á un ciudadano por haber pronunciado el nombre de la Providencia! ¡Hemos oido algun tiempo despues á Hebert acusar á otro por haber escrito contra el ateismo! ¿No han sido Vergniaud y Gensonné los que en vuestra misma presencia y en vuestra tribuna peroraron con calor para desterrar del preámbulo de la Constitución el nombre del Ser Supremo que vosotros pusisteis? Danton que sonreía de piedad á las palabras virtud, gloria y posteridad; Danton, cuyo sistema era envilecer todo lo que podía elevar al alma; Danton, que era frio y mudo en los mayores peligros de la libertad y hablaba despues con mucha vehemencia en favor de la misma opinion.

«Fanáticos, no esperéis nada de nosotros! Llamar á los hombres al culto puro del Ser Supremo es dar un golpe mortal al fanatismo. Todas las ficciones desaparecen ante la razon. Sin contradiccion, sin persecucion, todas las sectas deben confundirse por sí mismas en la religion universal de la naturaleza. (Aplausos.)

«Sacerdotes ambiciosos, no esperéis que trabajemos en restablecer vuestro imperio! Semejante empresa sería muy superior á nuestro poder. (Aplausos.)

«Os habéis asesinado á vosotros mismos, y no se vuelve mas á la vida moral, como tampoco á la existencia física.

«Y por otra parte ¿qué hay de comun entre los sacerdotes y Dios? ¿Cuán diferente no es el Dios de la naturaleza del Dios de los sacerdotes? (Repetidos aplausos.) No conozco cosa mas semejante al ateismo que las religiones que han creado: á fuerza de desfigurar al Ser Su-

premo, le han rebajado tanto como ellos han querido; tan pronto han hecho de él un globo de fuego, tan pronto un buoy, tan pronto un árbol, tan pronto un hombre, y tan pronto un rey. Los sacerdotes han creado un Dios á su imagen, ellos lo han hecho celoso, caprichoso, ávido, cruel, implacable; ellos lo han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio trataban á los descendientes de Clovis para reinar en su nombre y ponerse en su lugar; ellos lo han relegado al cielo como en un palacio y no lo han llamado á la tierra sino para pedir en su provecho las riquezas, los honores, los placeres y el poder. (Nivos aplausos.)

«El verdadero sacerdote del Ser Supremo es la naturaleza, su templo el universo, su culto la virtud, sus fiestas la alegría de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces nudos de la fraternidad universal, y presentarle el homenaje de corazones sensibles y puros.

«Dejemos los sacerdotes y volvamos á la Divinidad; (aplausos) establezcamos la moral en bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre un sentimiento profundo de sus deberes y que es la sola garantía de la felicidad social.

«¡Desgraciado el que busque estinguir este sublime entusiasmo y ahogar por desconsoladoras doctrinas el contento moral del pueblo, que es el principio de las grandes acciones! A vosotros toca, representantes del pueblo, á vosotros pertenece hacer triunfar las verdades que acabamos de desenvolver. Despreciad los clamores insensatos de la presuntuosa ignorancia ó de la perversidad hipócrita. ¿Cuál es, pues, la depravacion de que estamos rodeados si no hemos tenido valor para proclamarlas! ¿La posteridad podrá creer que vencidas las facciones tendrian la audacia hasta acusarnos de moderantismo y de aristocracia para haber llamado la idea de la Divinidad y de la moral? ¿Creerá que se ha atrevido á

decir hasta en este recinto que habíamos retrocedido la razon humana á muchos siglos?

«No nos admiremos, pues, si todos los malvados ligados contra nosotros os parece que nos preparan la cicuta, pero antes de beberla salvaremos á la patria. (Aplausos. La nave que lleva la fortuna de la republica, no está destinada á naufragar; boga bajo vuestros auspicios y las tempestades se verán forzadas á respetarla. (Nuevos aplausos.) Los enemigos de la república son todos los hombres corrompidos. (Aplausos.) El patriota no es otra cosa que un hombre probo y magnanimo en toda la fuerza de la espresion. (Aplausos.) Es poco destruir á los reyes, es menester hacer respetar á todos los pueblos, el carácter del pueblo francés. Será inútil que llevemos á los confines del universo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones destrozan impunemente el seno de la patria. Desconfiemos de la embriaguez misma del suceso. Seamos terribles en los revéses, modestos en los triunfos (aplausos); y afirmemos en medio de nosotros la paz y la dicha por la sabiduria y la moral. Ved el verdadero objeto de nuestros trabajos, ved la tarea mas heroica y mas difícil. Creemos concurrir á este objeto proponiéndonos el decreto siguiente:

«Artículo 1.º El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

«Artículo 2.º Reconoce al mismo tiempo que el culto mas digno del Ser Supremo es la práctica de los deberes del hombre.»

XXII.

Unánimes aplausos acogieron este regreso de la revolucion á la idea de Dios. Se decretaron fiestas para llamar al hombre á la idea de la inmortalidad y á sus con-

premo, le han rebajado tanto como ellos han querido; tan pronto han hecho de él un globo de fuego, tan pronto un buey, tan pronto un árbol, tan pronto un hombre, y tan pronto un rey. Los sacerdotes han creado un Dios á su imagen, ellos lo han hecho celoso, caprichoso, ávido, cruel, implacable; ellos lo han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio trataban á los descendientes de Clovis para reinar en su nombre y ponerse en su lugar; ellos lo han relegado al cielo como en un palacio y no lo han llamado á la tierra sino para pedir en su provecho las riquezas, los honores, los placeres y el poder. (Vivós aplausos.)

«El verdadero sacerdote del Ser Supremo es la naturaleza, su templo el universo, su culto la virtud, sus fiestas la alegría de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces nudos de la fraternidad universal, y presentarle el homenaje de corazones sensibles y puros.

«Dejemos los sacerdotes y volvamos á la Divinidad; (aplausos) establezcamos la moral en bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre un sentimiento profundo de sus deberes y que es la sola garantía de la felicidad social.

«¡Desgraciado el que busque extinguir este sublime entusiasmo y ahogar por desconsoladoras doctrinas el contento moral del pueblo, que es el principio de las grandes acciones! A vosotros toca, representantes del pueblo, á vosotros pertenece hacer triunfar las verdades que acabamos de desenvolver. Despreciad los clamores insensatos de la presuntuosa ignorancia ó de la perversidad hipócrita. ¡Cual es, pues, la depravacion de que estamos rodeados si no hemos tenido valor para proclamarlas! ¡La posteridad podrá creer que vencidas las facciones tendrían la audacia hasta acusarnos de moderantismo y de aristocracia para haber llamado la idea de la Divinidad y de la moral? ¿Creerá que se ha atrevido á

decir hasta en este recinto que habíamos retrocedido la razon humana á muchos siglos?

«No nos admiremos, pues, si todos los malvados ligados contra nosotros os parece que nos preparan la cicutá, pero antes de beberla salvaremos á la patria. (Aplausos.) La nave que lleva la fortuna de la república, no está destinada á naufragar; boga bajo vuestros auspicios y las tempestades se verán forzadas á respetarla. (Nuevos aplausos.) Los enemigos de la república son todos los hombres corrompidos. (Aplausos.) El patriota no es otra cosa que un hombre probo y magnanimo en toda la fuerza de la espresion. (Aplausos.) Es poco destruir á los reyes, es menester hacer respetar á todos los pueblos, el carácter del pueblo francés. Será inútil que llevemos á los confines del universo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones destrazan impunemente el seno de la patria. Desconfiemos de la embriaguez misma del sucesso. Seamos terribles en los reveses, modestos en los triunfos (aplausos), y afirmemos en medio de nosotros la paz y la dicha por la sabiduría y la moral. Ved el verdadero objeto de nuestros trabajos, ved la tarea mas heroica y mas difícil. Creemos concurrir á este objeto proponiéndonos el decreto siguiente:

«Artículo 1.º El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

«Artículo 2.º Reconoce al mismo tiempo que el culto mas digno del Ser Supremo es la practica de los deberes del hombre.»

Unánimes aplausos acogieron este regreso de la revolucion á la idea de Dios. Se decretaron fiestas para llamar al hombre á la idea de la inmortalidad y á sus con-

secuencias. La primera y la mas solemne se debia celebrar diez dias despues de aquella profesion de fé.

A algunas diputaciones de la sociedad de los Jacobinos felicitaron á la representacion por haber hecho remontar la justicia y la libertad á su origen. Cambon, cristiano integro y convencido, pidió que los templos fuesen vengados de las profanaciones del ateísmo; Couthon en un discurso entusiasta, desafió á los filósofos materialistas á que negasen al Soberano árbitro del universo ante la magestad de sus obras, y negar la Providencia ante la regeneracion del pueblo envilecido. El espectáculo de aquel hombre enfermo y moribundo, sostenido en la tribuna en brazos de dos de sus colegas y confesando en medio de la sangre vertida su juez en el cielo y la inmortalidad de su alma, atestiguaba en Couthon la fé fanática que le ocultaba á sí mismo la atrocidad de los medios por la santidad del objeto.

Cualquiera que fuese el contraste entre el renombre sanguinario de Robespierre y su papel de restaurador de la idea divina, salió de aquella sesion mas grande que cuando entró. Habia arrancado con una mano valiente el sello de la conciencia pública, y aquella conciencia le respondia en la nacion y en toda la Europa por un secreto aplauso. Se habia fortificado y habia, por decirlo así, intentado consagrarse á sí mismo, haciendo alianza con la mas alta idea de la humanidad. El que confesaba á Dios á la faz del pueblo, no tardaria mucho, decian, en desaprobar el crimen y la muerte. Todos los corazones fatigados de odio y de combates, deseaban interiormente en Robespierre el poder. Este deseo general de un gobierno de opinion, es ya el poder en efecto. Habia tomado la dictadura moral aquel dia sobre el altar de la idea que habia proclamado. La fuerza y la grandeza del dogma que acababa de restituir á la república, parecia rodear su nombre. Al dia siguiente se trasportaron al Panteon los restos morta-

les de Juan Jacobo Rousseau, para que el maestro participase del triunfo del discípulo. Robespierre inspiró aquel apoteosis, dando por aquel homenaje á la filosofía religiosa y casi cristiana de Juan Jacobo Rousseau, su verdadero sentido á la revolucion.

## LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

Ladmiral.—Tentativa de asesinato en Collot de Herbois.—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Se la pone presa.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—Fiesta del Ser Supremo.—Triunfo de Robespierre.—Irritacion de las comisiones.—Proyectos de los filántropos de la Convencion.—Decreto del 23 pradiar.—Altercacion de la comision de salud pública.—Robespierre se separa de sus colegas.—Sus apuntes secretos sobre algunos miembros de la Convencion.—Sorda conjuracion

### I.

La esperanza de volver á la justicia y la humanidad, concebida en la sesion que acabamos de relatar, fueron aplazadas por dos circunstancias accidentales, que impidieron á Robespierre poner de manifiesto sus proyectos y moderar el gobierno revolucionario, haciéndole superior á las comisiones. No se atrevia á intentar á la vez las dos empresas, porque una sola bastaria para comprometer su popularidad. Acababa de volverse contra el ateismo y meditaba volverse contra el terror; pero se creia obligado á acudir aun algunos dias á la dominacion de los terroristas, á fin de asegurarse de la fuerza de la opinion necesaria para hacer que cediesen todos sus colegas á su voluntad. Las comisiones estaban

llenas de sus enemigos secretos, y sabia que estaban prontos á abusar contra él del menor sintoma de moderacion y destruirlo por la mano de la Montaña bajo una acusacion de clemencia que habrian hecho aparecer como traicion. Aparentaba delante de Barrere, Billaud-Varenes, Collot de Herbois y Vadier, una inflexibilidad que desafiaba la de estos decemvros; no pudiendo en su pensamiento dominarlos sino con sus propias armas, y para volverse contra ellos era necesario en apariencia dejarlos atrás. De este modo el terror se redoblaba por la voluntad misma de desterrarlo, habiendo un desafio mútuo de sospechas, de proscripcion y crueldad. La sangre corria mas que nunca. Las víctimas odiosamente sacrificadas durante este aplazamiento, acusaban igualmente la barbarie de unos y la disimulacion de los otros. Dejar continuar las proscripciones sanguinarias para prevenirlas, siempre es proscibir.

Las comisiones sospechaban estas ideas de moderacion en Robespierre, y se complacian en confundirlas tomando su nombre por égida, y el temor de sus represiones servia de pretexto á sus ejecuciones. Fué uno de los momentos en que aquel hombre debió descender con mas remordimiento y con mas humillacion en su propio corazon, y arrepentirse mas dolorosamente por haber tomado una via de sangre para conducir al pueblo á su regeneracion. Los hombres que habia lanzado lo arrastraban á su vez; él los servia detestándolos.

### II.

Uno de aquellos aventureros que un destino vulgar arrastra en la miseria, y que se creen hombres de importancia por la casualidad de los acontecimientos, acababa de llegar á París con intencion de matar á Robes-

pierre. Se nombraba *Ladmiral* y era natural de las montañas de Puig de Dome, en que ciertas almas son tan rudas y tan calcinadas como el suelo que las vio nacer. Había pertenecido antes de la revolución á la servidumbre del antiguo ministro Bertin. Despues fué empleado por Dumouriez en Bruselas, en uno de esos empleos precarios que la guerra crea en las provincias conquistadas. Los sucesos de la guerra y de la revolución le habian quitado su empleo. Impacientándose por su caída y por su pobreza, tomando su descontento por una opinion, se indignaba contra los opresores de su patria, deseando morir arrastrando en su muerte alguno de los tiranos célebres cuyo nombre se une al de sus asesinos y los immortalizan.

Robespierre fué el que primero se ofreció á la idea de *Ladmiral*. El terror tomaba el nombre de Robespierre llevando la responsabilidad de su tiempo.

*Ladmiral* se habia alojado por casualidad al llegar á París en la misma casa que habitaba Collot de Herbois. Se proveyo de unas pistolas y un puñal; espíó á Robespierre esperándole dias enteros en los corredores de la comision de salud pública. La casualidad hizo que no encontrase á su victima. Cansado de esperarlo creyó que la fatalidad le designaba á otro. Esperó á Collot de Herbois en la escalera de su casa en el momento en que el autor de las proscripciones de Lyon entraba una noche de la sesion de los Jacobinos. Le tiró dos pistoletazos, faltándole el tiro en el primero. La bala que pudo evitar Collot fué á dar á la pared. Collot y su asesino se astieron cuerpo á cuerpo en la oscuridad, lucharon y rodaron la escalera. La detonacion, los gritos, y la lucha prolongada, atrajeron á los vecinos, á los que pasaban por la calle y á los soldados de una guardia inmediata. *Ladmiral* se refugió en su habitacion, en donde se hizo fuerte y amenazó hacer fuego á los que intentasen forzar la puerta. Un cerrajero llamado Ge-

ffroy despreció aquellas amenazas. *Ladmiral* tiró sobre este hombre y le hirió peligrosamente. Cogido y arrojado al suelo por los soldados, el asesino fué conducido á la presencia de Fouquier Tinville. Respondió que habia querido libertar á su pais.

## III.

Al mismo tiempo, una jóven de diez y siete años, de aspecto infantil, se presentó en casa de Robespierre pidiendo obstinadamente hablarle. Traia una cestita en la mano, y su edad, su continente, la candidez de su fisonomia no inspiraban desconfianza á los dueños de la casa. La hicieron entrar en la antesala del diputado en donde esperó mucho tiempo. Por fin, la inmovilidad y la obstinacion de la estrangera, despertaron alguna inquietud en las mugeres, que la intimaron que se retirase. Ella insistió en quedarse. «Un hombre pública, respondió, debe recibir á cualquier hora á todos los que tengan necesidad de hablarle.» Llamaron á la guardia, prendieron á la desconocida jóven y registraron su cesta. Encontraron algunos vestidos y dos cuchillos pequeños, armas insuficientes para dar la muerte por una mano de niña. Conducida á la comision revolucionaria de la calle de las Picas, la interrogaron con el aparato y solemnidad de un gran crimen: «¿Por qué habeis ido á casa de Robespierre? la preguntaron.—Para ver, respondió ella, cómo era un tirano.» En esta respuesta afectaron ver la confesion de un complot. Implicaren la prision de la jóven con la tentativa de *Ladmiral*, esparciendo que estaba armada con un puñal por el gobierno inglés. Se habló de un baile de máscaras tenido en Londres, en que una muger vestida como Carlota Corday y blandiendo un puñal, habia dicho: «Busco á Robespierre.» Otros pre-

tendieron que la comision de salud pública habia hecho perecer al amante de esta jóven y que el asesinato era una represalia de amor. Estas quimeras no tenían fundamento. El asesinato no existia sino en la imaginacion de una niña que tomaba un sueño por un pensamiento, y que iba á ver si la presencia de un hombre famoso le inspiraba el odio ó el amor. Reminiscencia de Carlota Corday, vaga en su objeto ó inocente como una puerilidad. Aquella jóven se llamaba Cecilia Renault, era hija de un pelero de la ciudad. El nombre de Robespierre, repetido continuamente delante de ella por parientes realistas, le habia sugerido una curiosidad mezclada de horror por el hombre del día. Sus respuestas manifestaban la ingenuidad y el candor del valor. «¿Por qué, le preguntaron, llevábais esos vestidos de muger?—Porque esperaba que me pusiesen presa.—¿Por qué teniais esos dos cuchillos, querias herir á Robespierre?—No; nunca he querido hacer daño á nadie.—¿Por qué queriais ver á Robespierre?—Para asegurarme por mis propios ojos si el hombre se parece á la imágen que yo me habia formado de él.—¿Por qué sois realista?—Porque quiero mas un rey que sesenta tiranos.» La encerraron así como á Ladmiral en un calabozo y todo el artificio de Fouquier Tinville se empleó en trasformar esta niñada en conjuracion y en imaginar cómplices.

## IV.

La noticia de estas dos tentativas de asesinato hizo estallar en la Convencion y en los Jacobinos una explosion de furor contra los realistas, de embriaguez para los diputados y de idolatria para Robespierre. Collot de Herbois se engrandeció á los ojos de sus colegas por el peligro que habia corrido. El puñal parecia que habia se-

ñalado por sí mismo al pueblo la importancia de aquellos dos gefes del gobierno escogiéndolos entre los demas. El asesinato burlado fué en todo tiempo la dichosa fortuna de los ambiciosos; convirtiéndose de este modo en vietimas ó en el escudo del pueblo, y que la cuchilla de los enemigos públicos tiene necesidad su corazon para llegar hasta el de la patria. Un puñal habia divinizado á Marat, la pistola de Ladmiral ilustró á Collot de Herbois, y el cuchillo de Cecilia Renault consagró á Robespierre.

La Convencion recibió á Collot de Herbois como el senado envilecido de Roma recibia á los tiranos protegidos por la clemencia de los dioses. Las secciones creyendo ver en todas partes bandas organizadas de *liberticidas*, tributaron acciones de gracias al genio de la república. Algunos propusieron que se diese una guardia á los miembros de la comision de salud pública. El temor de perder la libertad los precipitaba en todos los signos de la servidumbre. El 6, los Jacobinos se reunieron y se congratularon con el abrazo fraternal, como hombres que se encontraban despues de circunstancias desesperadas. Collot, llevado en brazos de la multitud, dió gracias al cielo por haberle conservado una vida que él queria consagrar solamente á su patria. «Los tiranos, exclamó, quieren deshacerse de nosotros por el asesinato; pero no saben que cuando espira un patriota los que le sobreviven juran sobre su cadáver la venganza del crimen y la eternidad de la libertad.»

Legendre quiso rescatar su imprudencia cuando la prision de Danton con mas servilidad. Renovó la mocion de dar una guardia á los miembros del gobierno. Couthon conoció el lazo bajo la adulacion y respondió que los miembros de la comision no querian mas guardia que la providencia divina que velaba por ellos, y que en caso necesario los republicanos sabian morir.

Robespierre compareció el último, subió á la tribuna y trató en vano de hacerse oír en medio del delirio

de entusiasmo y de amor que abogaba su voz. Lágrimas de enternecimiento arrojaron sus ojos y cortaron sus palabras. En fin, recobró la palabra.

«Soy, dijo en medio de un religioso silencio, uno de los que han sido menos seriamente amenazados. Sin embargo, no puedo dejar de hacer alguna reflexion. Que los defensores de la libertad son objeto de los puñales de la tiranía es necesario esperarlo. Ya os lo dije: si nosotros descubrimos las conjuraciones, si batimos á los enemigos, seremos asesinados. Lo que habia previsto ha sucedido. Los soldados del tirano han mordido el polvo, los traidores han perecido en el cadalso y los puñales se han afilado contra nosotros. Conozco que es mas cómodo asesinarnos que vencer nuestros principios y subyugar á nuestros ejércitos... Me he dicho á mí mismo que cuanto mas incierta es la vida de los defensores del pueblo, mas se deben apresurar á llenar sus últimos días de acciones útiles á la libertad. ¡Los crímenes de los tiranos y el hierro de los asesinos me han hecho mas libre y mas temible á los enemigos del pueblo!...» A estas palabras en que el vencedor se quiso convertir en mártir y hacerse superior á la muerte por la contemplacion de su gran designio, los corazones estallaron de admiracion y Robespierre se precipitó en los brazos de los Jacobinos. En seguida volvió á la tribuna y combatió con desden la proposicion de Legendre. Aquella mocion le parecia sospechosa de oculta intencion de hacer parecer á los defensores del pueblo á un triunvirato de tiranos. Tanto mas triunfaba Robespierre cuanto mas se humillaba. El delirio del pueblo le tributó en culto todo lo que su idolo rehusaba aceptar en magestad.

## V.

En la sesión de la Convencion del dia siguiente 7 de junio, Barrere exageró los peligros en dos informes en-

fáticos. Atribuyó á los gobiernos estrangeros, y sobre todo á Mr. Pitt, el haber suscitado la demencia de Ladmiral y la puerilidad de Cecilia Renault. La Convencion fingió creer en aquellos complots y cubrir la patria entera envolviendo á Robespierre con su égida y su adhesion. Barrere concluyó por la proposicion de un decreto atroz que mandaba el asesinato de todos los prisioneros ingleses ó hanoverianos que fuesen hechos en lo sucesivo por los ejércitos de la república.

Provocado Robespierre por todas las miradas y por todos los gestos, sucedió á Barrere. «Esto sera, dijo á sus colegas, un buen asunto de conversacion á la posteridad, y es un espectáculo digno de la tierra y del cielo ver á la asamblea de los representantes del pueblo francés situados sobre un volcan inextinguible de conspiraciones, con una mano llevar á los pies del Eterno, autor de todas las cosas, los homenajes de un gran pueblo, y con la otra lanzar el rayo sobre los tiranos conjurados en su contra, fundar la primera democracia del mundo y traer entre los mortales la libertad, la justicia y la virtud desterradas.» A este exordio que quitó á la Convencion una cuestion individual para trasportarla á la altura de una cuestion general, los aplausos interrumpieron por mucho tiempo á Robespierre. No veia en él un hombre, sino la personificacion de la patria. «¡Pereceran, volvió á decir con voz inesperada, pereceran los tiranos armados contra el pueblo francés! ¡Perecerán las facciones que se apoyen en las potencias para destruir nuestra libertad! ¡Vosotros no hareis la paz, vosotros la dareis al mundo, y la rehusareis al crimen! Sin duda que ellos no son tan insensatos para creer que la muerte de algunos representantes podria asegurar su triunfo. Si ellos han creído que haciéndonos bajar al sepulcro el genio de los Brissot, de los Hebert y de los Danton iba á salir triunfante para entregarnos por cuarta vez á la discordia, se engañan.»

A este insulto á la memoria de Danton, un movimien-

to de descontento se notó por alguna agitacion en la Montaña. Robespierre se apercibió y se detuvo. «¡Cuando hayamos caído sobre sus cuerpos, continuó con un acento de indiferencia que parecia elevarlo por cima de él mismo, querreis acabar vuestra sublime empresa ó participar de nuestra suerte! ¡Si, (entonces suspendiendo el aplauso que estalló, con la energia de su voz y de su accion) sino hay uno de vosotros que no quiera venir sobre nuestros sangrientos cuerpos á jurar esterminar á los últimos enemigos del pueblo!»

Todos los representantes se levantaron por un movimiento unánime haciendo la accion de jurar.

«¡Esperaban, continuó, quitar el alimento al pueblo francés! El pueblo francés vive todavía, y la naturaleza fiel á la libertad le promete la abundancia. ¿Qué les queda que hacer? ¡El asesinato! ¡Esperaban esterminar los unos por los otros y por revueltas pagadas! Este proyecto ha abortado. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han creído postrarnos bajo el esfuerzo de su liga armada, y sobre todo por la traicion! Los traidores tiemblan ó perecen, sus cañones caen en nuestro poder y sus satélites huyen delante de nosotros. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han buscado disolver la Convencion por la corrupcion! ¡La Convencion ha castigado á sus cómplices, pero les queda el asesinato! ¡Han tratado de depravar á la república y estinguir entre nosotros los sentimientos generosos de que se compone el amor á la patria y de la libertad destruyendo de la república el buen sentido, la virtud y la divinidad! ¡Hemos proclamado la divinidad y la inmortalidad del alma, hemos mandado la virtud en nombre de la república, pero á ellos les queda el asesinato!»

«¡Alegrémonos, pues, y demos gracias al cielo, pues que hemos sido dignos del puñal de la tiranía!»

La sala se conmovió por las exclamaciones que levantó aquella esplosion de magnanimidad antigua.

«¡Hay, pues, para nosotros gloriosos peligros que ar-

rostrar! (prosiguió.) La ciudad ofrece tantos como el campo de batalla. Nada tenemos que envidiar á nuestros valientes compañeros de armas. ¡Pagamos de mil maneras nuestra deuda con la patria! ¡Oh reyes! ¡No somos nosotros los que nos quejamos del género de guerra que nos haceis! Cuando las potencias de la tierra se ligan para matar á un débil individuo, sin duda no debe obstinarse en vivir. Asi es que no ha entrado en nuestros cálculos la ventaja de vivir mucho tiempo. No ha sido para vivir por lo que se declara la guerra á todos los tiranos y á todos los vicios. ¿Qué hombre ha defendido impunemente sobre la tierra á la humanidad?... ¡Rodeado de sus asesinos, continuó Robespierre con voz mas solemne, me he situado en el nuevo orden de cosas á donde me quieren enviar! ¡No aprecio esta vida pasajera sino por amor de la patria y por la sed de justicia, y desprendido mas que nunca de toda consideracion personal me siento mejor dispuesto á atacar con energia á todos los malvados que conspiran contra el género humano! Cuanto mas se apresuren á terminar mi carrera aqui abajo, tanto mas quiero apresurarme á llenarla de acciones útiles á la dicha de mis semejantes. ¡Al menos les dejaré un testamento cuya lectura hará temblar á los tiranos y á todos sus cómplices.»

A este apóstrofe que parecia situar la tribuna al otro lado del sepulcro, la Convencion respondió por una prolongada aclamacion.

Robespierre abandonando entonces su persona, dió como si estuviese ya en la otra vida, algunos consejos supremos á la república. «Lo que constituye la república, dijo, no es ni la victoria, ni la fortuna, ni la conquista, ni el entusiasmo pasajero; es la sabiduria de las leyes, y sobre todo la virtud pública. ¿Queréis saber cuáles son los ambiciosos? añadió aludiendo ocultamente pero dejándolo conocer, á sus enemigos de las comisiones, examinad cuáles son los que protegen á los picaros y corrompen la moral pública. ¡Hacer la guerra al crimen es el

camino del sepulcro y de la inmortalidad! Favorecer el crimen es el camino del trono y del cadalso. (Aplausos.) ¡Algunos seres perversos han conseguido sumir la república y la razón del pueblo en el caos. Se trata de volver á crear la armonía del mundo moral y del mundo político.»

Esta definición de la revolución fué acogida en todos los bancos por un asentimiento unánime.

«Si la Francia se hubiera gobernado durante algunos meses por una legislación estraviada ó corrompida, la libertad se habría perdido.»

Esta insinuación clara de la necesidad de una magistratura suprema para regularizar la Convención, atrajo á Robespierre las miradas irritadas de sus enemigos. El los desprecio.

«Diciendo estas cosas, repuso con orgullosa abnegación, aguzo en contra mía puñales, y por esto los digo. ¡He vivido bastante! He visto al pueblo francés lanzarse del seno de la corrupción y de la servidumbre á la senda de la gloria y de la virtud republicana. ¡He visto sus cadenas rotas y los tronos culpables que pesan sobre la tierra destruidos ó quebrantados bajo sus triunfantes manos! ¡He visto mas, he visto una asamblea, investida de todo el poder de la nación francesa, marchar con paso rápido y firme hácia la felicidad pública, dar el ejemplo de todo el valor y de todas las virtudes! ¡Acabad ciudadanos! ¡Acabad vuestro sublime destino! Vosotros nos habeis situado en la vanguardia para sostener el primer esfuerzo de los enemigos de la humanidad. ¡Merecemos este honor y os trazaremos con nuestra sangre la senda de la inmortalidad!»

## VI.

Semejantes palabras tal vez no habian resonado en ninguna asamblea deliberante. Era la política elevada á

la altura del tipo religioso del filósofo, el heroísmo en la elocuencia y la muerte en el apostolado.

La Convención dispuso que aquel discurso se imprimiese en todas las lenguas, para que preparase á los espíritus á la solemnidad del día siguiente. El ridículo que todo lo aja Francia, se vio obligado á aparentar el entusiasmo ante doctrinas que se atrevían á despreciar la muerte y alestigar á Dios.

Robespierre esperaba aquel día con la impaciencia de un hombre que concibe un gran designio y que teme que la muerte no se lo impida antes de haberlo cumplido.

De todas las misiones que creía sentir en él, la mas alta y la mas santa á sus ojos, era la regeneración del sentimiento religioso en el pueblo. Unir el cielo á la tierra por el lazo de una fé y de un culto racional que habia roto la república, era para él el complemento de la revolución. Desde el día en que la razón y la libertad se reuniesen á Dios en la conciencia, él las creía inmortales como Dios mismo. Consentía en morir despues de aquel día; la alegría exterior por ver completa su obra, traspiraba en sus facciones desde que dió su informe á la Convención. En su exterior se conocía el resplandor de sus ideas. Sus huéspedes y sus confidentes se admiraban por la serenidad que nunca manifestaba. Se estasiaba al aspecto de la naturaleza que se rejuvenecía en la primavera adornandose de flores como para el glorioso himeneo que él quería hacerla contraer con su autor. Divagaba con sus amigos en las arboledas del jardín de Mousseau. Su corazón rebotaba de esperanza; hablaba siempre del 8 de junio, compadeciéndose de las victimas que no viesen aquel hermoso día. Aspiraba decia á cerrar la era de los suplicios por la era de la fraternidad y de la elocuencia. Iba con Villate y el pintor David á examinar los preparativos, queriendo que aquella ceremonia hiriese el alma del pueblo por los ojos y que espresase las imágenes magestuosas y dulces como aquella potencia suprema

que no se manifiesta sino por sus beneficios. «Por qué, decía el día anterior á Souberbeille, es necesario que haya aun cadalsos en pie sobre la superficie de la Francia? ¡Solo la vida debería aparecer mañana delante del origen de toda vida!» Exigió que se suspendiesen los suplicios el día de la ceremonia.

## VII.

La Convencion habia nombrado por escepcion presidente á Robespierre, para que el autor del decreto fuese al mismo tiempo el actor principal. Desde el principio del día fué á las Tullerías para esperar allí la reunion de sus colegas y para dar las últimas órdenes á los que dirigian la pompa religiosa. Vestía por la primera vez de su vida al traje de representante comisionado. Una casaca azul mas claro que la de los miembros de la Convencion, un chaleco blanco, calzon de piel de gamo, botas de campana y sombrero redondo con un ramo de plumas tricolores atraian sobre él las miradas. En la mano llevaba un enorme ramillete de flores y espigas como primicias del año. En su trasporte se habia olvidado hasta de la condicion de la humanidad. La Convencion estaba ya reunida en la sala de las sesiones y la comitiva iba ya á salir, y él aun no habia tomado ningun alimento. Villate que habitaba en las Tullerías, le ofreció que entrase en su habitacion y que se sentase en su mesa para desayunarse. Robespierre lo aceptó.

El cielo estaba con una pureza oriental. El sol brillaba en los árboles de las Tullerías y en las bóvedas y paredes de los monumentos de Paris con tanta claridad y tanto esplendor como en los templos del Atica. La luz de la primavera daba la serenidad griega á las teorías de Paris.

Al entrar en casa de Villate, Robespierre arrojó el sombrero y el ramillete á una silla, y se asomó á una ventana, pareciendo estasiado del espectáculo de la muchedumbre innumerable que se apiñaba en los parterres y en las alamedas del jardín para asistir á aquellos misterios, presagio en lo desconocido. Las mugeres, vestidas con sus mejores galas, llevaban á sus hijos de la mano. Los semblantes radiaban de alegría. «Ved, dijo Robespierre, la mas tierna parte de la humanidad: el univerro está aqui reunido por sus testigos. ¡Qué elocuente y magestuosa es la naturaleza! ¡Una fiesta como esta debe hacer temblar á los tiranos y á los malvados!»

Comió poco y no dijo mas que estas palabras. Al fin de la mesa, y en el momento en que se iba á levantar para ir á situarse á la cabeza de la comitiva, una jóven de la familia de Villate, entró acompañada de un niño pequeño. El nombre de Robespierre intimidó desde luego á la jóven. Robespierre acarició al niño, y la madre tranquilizada jugueteó alrededor de la mesa y se apoderó del ramillete del presidente de la Convencion. Robespierre se olvidó involuntariamente ó de intento en casa de Villate. Sus colegas hacia mucho tiempo que estaban reunidos y murmuraban por su tardanza, y pareció que se gozaba en hacerlos esperar, esta señal de inferioridad. Por fin compareció.

## VIII.

Un inmenso anfiteatro, semejante á la gradería de un circo antiguo estaba á la inmediacion de las Tullerías. Aquel circo descendía de grada en grada hasta el parterre. La Convencion entró á pié llano por las ventanas del pabellon del centro como los Césares en sus coliseos. En el centro de aquel anfiteatro estaba reservada una

tribuna mas elevada que las gradas, y casi semejante á un trono, para Robespierre. En frente de su asiento un grupo colosal de figuras emblemáticas, única poesia de aquel tiempo imitador, representaba el Ateísmo, el Egoísmo, la Nada, los Crímenes y los Vicios. Estas figuras, construidas por David con materias combustibles, estaban destinadas á ser incendiadas como víctimas del sacrificio. Todos los diputados vestidos uniformemente con casacas azules con vueltas rojas y llevando en la mano un ramillete simbólico, tomaron asiento lentamente en las gradas. Robespierre apareció. Su aislamiento, su elevacion, su penacho y su ramillete mas voluminoso que los demas, le daban el aspecto de un señor. El pueblo que dominaba con su nombre, como su trono dominaba á la Convencion, creia que se iba á proclamar su dictadura. Algunos aclamaciones imperiales le saludaron solo y sombrearon las frentes de sus colegas. La multitud esperaba su palabra, los unos esperaban una amnistia, otros la organizacion de un poder fuerte y elemento. Suspendido el tribunal revolucionario, y demolido el cadalso por un dia, dejaban vagar las imaginaciones en una consoladora perspectiva. Jamás un pueblo pareció mejor dispuesto á recibir un salvador y leyes humanas.

## IX.

«Franceses, republicanos, dijo Robespierre, con voz que se esforzaba hacer oír del inmenso auditorio; en fin ha llegado este dia para siempre feliz en que el pueblo francés lo consagra al Ser Supremo. Jamás el mundo que él ha creado ha ofrecido á su autor un espectáculo tan digno de sus miradas. Ha visto reinar sobre la tierra la tiranía, el crimen y la impostura. El vé en este momento á una nacion entera en guerra con todos los opresores

del género humano, suspender el curso de sus heroicos trabajos para elevar su pensamiento y sus votos hácia el gran Ser que le dá la mision de emprenderlos y la fuerza para ejecutarlos... No ha creado á los reyes para que devoren á la especie humana, no ha creado á los sacerdotes para que nos unzan como viles animales al carro de los reyes ó para dar al mundo el ejemplo de la bajeza, del orgullo, de la perfidia, de la avaricia, de la relajacion y de la mentira; ha creado á los hombres para que se amen mutuamente, y para alcanzar la felicidad por la senda de la virtud. El ha puesto en el seno del opresor triunfante los remordimientos, y en el corazon del inocente oprimido la calma y la altivez. El es quien obligó al hombre justo á odiar al malvado. El el que adorna con el pudor la frente de la hermosura para hacerla mas bella. El el que hace palpar las entrañas maternales de ternura y de alegría. El el que baña de deliciosas lágrimas los ojos del hijo que abraza el seno de su madre. El el que acalla las pasiones mas imperiosas y mas tiernas ante el sublime amor de la patria. El el que ha cubierto la naturaleza de encantos, de riquezas y de magestad. Todo lo que es bueno es su obra; el mal pertenece al hombre depravado que oprime y que deja oprimir á sus semejantes. El autor de la naturaleza ha ligado á los mortales en una inmensa cadena de amor y fraternidad; perezcan los tiranos que se han atrevido á romperla. Ser de seres, nosotros no tenemos injustas súplicas que dirigirte; tú conoces las criaturas salidas de tus manos, sus necesidades no se ocultan á tus miradas como sus mas secretos pensamientos. El odio de la hipocresia y de la tiranía arde en nuestros corazones con el amor de la justicia y de la patria. Nuestra sangre se vierte por la causa de la humanidad. He aquí nuestra súplica; he aquí nuestros sacrificios; he aquí el culto que te ofrecemos.

El pueblo aplaudió mas al acto que á las palabras; los coros de música clavaron con el sonido de millares

de instrumentos las estrofas siguientes de Chenier hasta el cielo.

LOS ANCIANOS Y LOS ADOLESCENTES.

*Señor poderoso de un pueblo intrépido,  
tú eres quien defiende las murallas;  
la victoria con rápido vuelo  
ha seguido á nuestros estandartes.  
Los Alpes y los Pirineos  
han visto caer el orgullo de los reyes;  
nuestros campos del Norte  
son el sepulcro de sus conseruadas falanges.*

CORO.

*Antes de envainar nuestros triunfantes aceros,  
juremos acabar con el crimen y con los tiranos.*

LAS MUJERES.

*¡Autor de la fecundidad!  
oye á las vírgenes y á las madres:  
nuestras esposas y nuestros hermanos  
combaten por la libertad,  
si una mano criminal  
gostase tan bellos días,  
sus hijos irán á vengar sobre sus sepulcros  
las conizas paternales.*

CORO.

*Antes etc.*

HOMBRES Y MUJERES.

*Guerreros, ofreced vuestro valor;  
jóvenes, ofreced flores;  
madres, ancianos, ofreced en homenaje  
vuestras hijas vencedoras.  
Benedicid en este día de gloria  
el hierro consagrado por sus manos;  
sobre este hierro vengador  
ha grabado el Eterno la victoria.*

CORO.

*Antes etc.*

Robespierre en seguida bajó del anfiteatro y fué á dar fuego al grupo del Ateísmo. Las llamas y el humo se esparcieron en los aires á las aclamaciones de la multitud. Los miembros de la Convencion, siguiendo á su jefe con un grande intervalo, se dirigieron en dos columnas por medio de las oleadas del pueblo hácia los Campos Eliseos. Entre las dos columnas de la Convencion iban algunos carros rústicos, arados tirados por bueyes, y otros símbolos de la agricultura, de artes y de oficios. Una fila doble de jóvenes vestidas de blanco, enlazadas unas á otras con cintas tricolores, formaban la única guardia de la Convencion. Robespierre iba solo delante y se volvía con frecuencia para medir el intervalo que habia entre él y sus colegas, como para acostumbrar al pueblo á separarse de ellos por respeto como él se separaba por la distancia. Todas las miradas se dirigieron á él. Llevaba en la frente el orgullo, y en sus labios la sonrisa del poder.

X.

Una montaña simbólica se elevaba en el centro de los Campos Eliseos, en lugar del antiguo altar de la patria. El acceso era estrecho y dificultoso. Robespierre, Couthon que llevaban en una silla, Saint Just y Lebas se situaron solos en la cima: el resto de la Convencion se esparció confusamente en la falda de la montaña, y pareció humillada de estar dominada á la vista de la multitud por aquel grupo de trecevíros. Robespierre proclamó desde allí al estruendo de las salvas de artillería la profesion de fé del pueblo francés.

El pueblo estaba ébrio, la Convencion melancólica. La presidencia magestuosa de Robespierre; el entusias-

mo esclusivo del pueblo por su representante; el lugar subalterno que el presidente habia designado á sus colegas en la montaña, la distancia dictatorial que guardaba en la marcha; el afán de la multitud hácia las ideas religiosas desde donde aquel pueblo ligero podia naturalmente deleitarse en las supersticiones antiguas; el mismo nombre de Robespierre que se asociaba á la proclamacion del Ser Supremo, consagrandose así en el espíritu de la nacion por la divinidad del dogma que restituia á la república; en fin, la misma idea de aquella restauracion de la inmortalidad que repugnaba á aquellos aficionados á la nada, y por cima de todo el poderoso ascendiente de un hombre que plantaba su popularidad en el instinto fundamental de la especie humana, y que se apoderaba de la conciencia de la nacion como pontífice para apoderarse tal vez al siguiente día como César; todas estas ideas, todos estos deseos, todos estos temores, todas estas ambiciones, murmurados al principio sordamente de oído en oído, concluyeron por una murmuracion inmensa y un descontento manifiesto. Miradas amenazadoras, acciones sospechosas, palabras equívocas, máximas de doble sentido hirieron los ojos y oídos de Robespierre á su vuelta desde los Campos Eliseos á las Tullerías. «Desde el Capitolio á la roca Tarpeya no hay mas que un paso», le gritaba uno. «Aun hay *Briotas*» balbuceaba otro. «Ves ese hombre, decia un tercero, ya se cree Dios y quiere acostumbrar á la república á que adore alguno para hacerse adorar despues.— Ha inventado un Dios porque es el tirano supremo» añadia otro. «Quiere ser su sacrificador. También podrá ser su victima!»

Aquellas conversaciones en voz baja, y aquellos sordos apostrofes persiguieron á Robespierre hasta la Convencion. Fouché, Tallien, Barrere, Collot de Herbois, Leicóntre, Leonardo Bourdon, Billaud Varennas, Vadier y Amar aprovecharon aquella oposicion naciente para

agitar sus resentimientos y convertirla en sublevacion. Lloraban por la tiranía proxima de un hombre que disfracaba tan poco la insolencia con la Convencion, que lisongeaba las preocupaciones mas inveteradas del pueblo; que ponía la revolucion de rodillas, y que se situaba entre la nacion y Dios para situarse mejor entre la Convencion y el pueblo. Sus palabras entraban como dardos envenenados en todas las almas. Robespierre acababa de perder su prestigio y despojarse de su popularidad sobre el mismo altar en donde habia restituido el Ser Supremo. Aquel día lo engrandeció en el pueblo y lo arrojó en la Convencion. Tuvo el presentimiento de los odios que acababa de evocar contra si mismo, y entró pensativo en su morada. Todo el día fué acosado por felicitaciones anónimas. Veian en él el restaurador de la justicia, en él el restaurador de la verdad. Las aclamaciones prolongadas debajo de sus ventanas, le daban gracias por haber devuelto un alma al pueblo y un Dios á la república. Muchos de aquellos billetes no contenian mas que esta palabra: «*Atreveos!*»

En efecto, aquel era para Robespierre el momento de atreverse. Si á la vuelta de la ceremonia de la montaña hubiese provocado por algunas insinuaciones secretas la explosion del amor del pueblo que no pedía otra cosa sino que estallase; si las diputaciones de algunas secciones, arrastrando tras si la multitud flotante, hubiesen venido á la Convencion, el establecimiento de un poder unitario y regulador en la persona de su favorito, la dictadura ó la presidencia se habria votado por aclamacion en Robespierre; si él hubiese tenido la audacia de proclamar concluido el poder revolucionario, el poder popular empezado y abolidos los suplicios, habria reinado desde el siguiente día, arrojado sobre sus enemigos la sangre vertida, usurpado la popularidad de la clemencia y salvado la república que iba á perder por su indecision. Nada hizo. Se dejó acariciar por aque-

llos soplos vagos de favor público y no asieron sus manos mas que viento.

## XI.

Saint-Just queria mas. Viendo que no podia decidir á Robespierre á que tomase el mando supremo de manos del pueblo, resolvió hacerlo decretar por la comision de salud pública. Saint-Just tenia presente á César haciéndose ofrecer la corona, estaba dispuesto á negar á Antonio si el Circo murmuraba, y pronto á ceñirla si el pueblo aplaudía.

Saint-Just, en ausencia de Robespierre, manifestó en una sesion secreta un cuadro desesperado del estado de la república. «El mal está en su colmo, dijo el jóven representante, la anarquía nos despedaza, las leyes con que inundamos á la Francia no son sino armas de muerte que aguzamos entre las manos de todos las facciones. Cada representante del pueblo en los ejércitos ó en los departamentos, es un rey en su provincia; reinan, y nosotros aqui no somos sino vanos simulacros de la unidad. La sangre rebosa, el oro se oculta, las fronteras están descubiertas, la guerra se hace sin método, y nuestras mismas victorias no son mas que gloriosas casualidades que nos honran sin salvarnos. En el interior nos matamos entre nosotros mismos: cada faccion devorándose devora á la patria. ¿Podemos dejar así flotar de este modo de mano en mano la república sin que caiga al fin en horror del pueblo y en desprecio de los reyes? ¿Tantas convulsiones, no deben conducir al desfallecimiento ó á la fuerza? ¿Queremos vivir, ó queremos morir? La república vivirá ó morirá con nosotros! No hay mas que un remedio para todos, que es la concentracion de un poder incoherente, disperso y destrozado por tantas manos

como facciones ó ambiciones hay entre nosotros! Esta es la unidad del gobierno personificado en un hombre.

«¿Pero quién será, me direis, ese hombre tan elevado por cima de las debilidades y de las sospechas de la humanidad, para que la república se incorpore en él? Lo confieso; el papel es sobrehumano, la mision terrible y el peligro inminente, si nos engañamos en la eleccion. Es necesario que este hombre tenga el genio de la época en su cabeza, las virtudes de la república en sus costumbres, la inflexibilidad de la patria en su corazon, la pureza de los principios en su vida, y la incorruptibilidad de nuestros dogmas en su alma: es necesario que haya nacido para la vida pública el mismo día que la revolucion; que haya seguido paso á paso todas sus fases, engrandeciéndose siempre en patriotismo y en virtud. Es menester que tenga un hábito consumado de los hombres y las cosas que se agitan hace cinco años en la escena: es necesario, en fin, que haya conquistado una popularidad soberana, que haga decretar antes que nosotros por la voz pública la dictadura que nosotros no haremos mas que señalar sobre su frente. En el retrato de semejante hombre, ninguno de vosotros dejará de nombrar ¡Robespierre! Solo él reune por el genio, por las circunstancias y por la virtud, las condiciones que pueden legitimar la absoluta confianza de la Convencion y del pueblo! Reconozcamos nuestro remedio en él, sometámonos á la necesidad visible de él, nuestro amor propio, nuestros deseos y nuestras repugnancias. No he sido yo el que he nombrado á Robespierre, ha sido su virtud. ¡No somos nosotros los que nombramos un dictador es laprovidencia de la república!»

Tal fué el sentido de las palabras de Saint-Just.

A estas palabras todos los semblantes se contrajeron, nadie se atrevió á poner en discusion el genio ó la virtud de Robespierre. Todos apartaron respetuosamente la idea de Saint-Just, como un sueño de la fiebre del patriotismo,

que turba la razon mas firme y que hace buscar la salud en el suicidio. «Robespierre es grande y sábio, esclamaban, pero la república es mas grande y mas sábia que un hombre. La dictadura seria la señal del desaliento; ningun hombre la conseguirá en tanto que respiren los repub.icanos.» Saint-Just quiso en vano insistir; Lebas en vano quiso explicar el pensamiento de su colega; las comisiones se separaron inquietas, irritadas, pero advertidas; la imprudencia de Saint-Just se imputó por crimen á Robespierre. «No se pide el poder supremo, dijo Billaud á sus amigos; lo toman, que se apodere si se atreve.» Desde aquel día las comisiones alimentaban contra Robespierre sospechas que estallaban muchas veces en murmuraciones y violencias en el misterio de sus consejos.

## XII.

Sin embargo, al siguiente día de la fiesta del Ser Supremo, la Convencion, impulsada por Robespierre y sus amigos, empezó á dictar una porcion de decretos concebidos en el verdadero espíritu de la revolucion. La Convencion que se habia calmado por un momento parecia querer señalar por algunas leyes benéficas la inspiración de fraternidad que habia atraído de las ideas filosóficas sobre la república. Sus leyes, durante algunos días, participaban de la emociion como el corazón humano. Las presentamos reunidas para que á la vista se conozca mejor su tendencia. No pudiendo establecer violentamente la igualdad democrática por la destruccion y la nivelacion de la propiedad, propendia á crearla por medio de la caridad política, haciendo del Estado lo que debia ser; la Providencia visible del pueblo. Tomó prestado de lo supérfluo de la riqueza, lo que le faltaba

en los impuestos y subsidios para socorrer, alimentar ó instruir á la indigencia. Realizó en fraternidad práctica la fraternidad teorica de su principio, haciendo una sola familia de la nacion. Creó la escuela de Marte, una institucion á la vez democrática y militar, en donde el ejército debia á la vez reclutar sus oficiales entre todos los hijos de la nacion. Declaró que la mendicidad era una acusacion contra el egoismo de la propiedad y contra la imprevision del Estado. Honró al trabajo en sus decretos, recogió á la niñez, educó á la juventud y alimentó á la vejez. Curó á los enfermos á costa del tesoro; abolió la miseria y distribuyó las propiedades nacionales en lotes proporcionados á los pequeños capitales para impulsar á la propiedad á la cultura del suelo. Clasificó la poblacion, declaró sagrados á los desgraciados, abrió asilos para las mugeres embarazadas, señalando socorros á las que criaban á sus hijos, subsidios á las familias numerosas que el trabajo del padre no alcanzaba á alimentar. Regularizó el impuesto de los pobres haciéndolo un deber de la propiedad. Se esforzó en crear el unico comunismo verdadero y compatible con la propiedad, que es el instinto vital de la familia, sacando por medio del impuesto lo supérfluo del rico propietario, para distribuirlo en grandes salarios á los proletarios por mano del Estado. Creó talleres para los trabajadores á quienes faltase trabajo. Sustituyó á los hospitales verdaderas casernas de moribundos, visitas de médicos y entrega gratuita de medicamentos á domicilio para no contristar el espíritu de la familia y amor al hogar propio. Adoptó á los niños huérfanos, señaló pensiones y honores á las esposas, á las madres y á las hijas de los defensores de la patria muertos ó heridos en defensa de la nacion; ordenó roturaciones de los terrenos incultos, favoreciendo á los habitantes del campo á espensas de las poblaciones receptáculos de ociosidad, de lujo y de vicios, que queria reprimir. Animó las artes y ciencias útiles. Abrió el gran

libro de la beneficencia nacional, creando inscripciones productivas de rentas para distribuir entre los labradores imposibilitados. Cambió la beneficencia en deber y la caridad en institución.

Leyendo todos estos decretos el pueblo empezaba á creer que había conquistado con su sangre los principios democráticos, y que la filosofía, que por mucho tiempo había eclipsado la lucha revolucionaria, iba á dimitir de la victoria y transformarse en gobierno. Solo el cadalso contrastaba con aquellas aspiraciones.

## XIII.

Robespierre manifestaba siempre en secreto, el deseo de abolirlo, pero no podía, según decía, abolir el terror sino por un terror más grande. Instruido por las murmuraciones que habían estallado en torno de él en la festividad del Ser Supremo y por las confidencias de Saint-Just y de Lebas, del odio de las comisiones contra él, resolvió, en fin, aturdir á sus rivales por la audacia y adelantarse á ellos por la prontitud. El 22 pradiar, dos días después de la ceremonia del Ser Supremo, propuso inopinadamente á la Convención, de concierto con Couthon, un proyecto de decreto para la reorganización del tribunal revolucionario. Aquel proyecto draconiano no había sido comunicado sino en parte á las comisiones. Era el código de la arbitrariedad sancionado en cada disposición por la muerte y ejecutado por el verdugo.

En la categoría de los enemigos del pueblo, se comprendían á todos los ciudadanos, fuesen ó no miembros de la Convención que una sospecha pudiese alcanzar. No había inocencia en la nación ni inviolabilidad en los miembros del gobierno. Aquello era la omnipotencia de

los juicios y de las penalidades, y la dictadura, no de un hombre, sino del cadalso.

Ruamps, después de haber oído el proyecto de decreto exclamó: «Si este proyecto pasa sin aplazarse, me levanto la tapa de los sesos!» Barrere, que semejante audacia en la proposición del decreto del 22 pradiar había convencido de la fuerza de Robespierre, defendía la necesidad. Bourdon del Oise se atrevió á contestar. Robespierre insistió en que se discutiese en sesión permanente. «Desde que nos hemos desembarazado de las facciones, dijo con un movimiento de cabeza que indicaba el sitio que ocupaba Danton, votamos en el acto; estas peticiones de aplazamiento son fingidas en este momento.»

El aturdimiento hizo votar el decreto, pero la noche persuadió á la Convención que había votado su propia perdición. Algunos conciliábulos se tuvieron entre los principales adversarios de Robespierre; estos conciliábulos se tuvieron en casa de Courtois, diputado moderado que aborrecía á Robespierre por los recuerdos que conservaba de Danton, su compatriota y amigo.

A la apertura de la sesión del siguiente día, Bourdon del Oise se atrevió á subir á la tribuna; pidió que la Convención se explicase sobre lo que había entendido hacer el día antes y que se reservase solo á sí misma el derecho de acusar á sus miembros; Merlin apoyó á Bourdon del Oise. Se adoptó una explicación del decreto que desarmaba á Robespierre y á las comisiones.

En la sesión siguiente, Delbrel y Mallarmé pidieron otras explicaciones que enervaban más el decreto. El cobarde Legendre se apresuró á rechazar aquellas atenuaciones para complacer á los que él no se perdonaba haber inquietado. Couthon defendió enérgicamente su obra. Lisongé á la Convención, tranquilizó á las comisiones y atacó á Bourdon del Oise. «¿Qué más hubieran dicho Pitt y Coburgo?» exclamó. «Bourdon del Oise se escusó con or-

libro de la beneficencia nacional, creando inscripciones productivas de rentas para distribuir entre los labradores imposibilitados. Cambió la beneficencia en deber y la caridad en institución.

Leyendo todos estos decretos el pueblo empezaba á creer que había conquistado con su sangre los principios democráticos, y que la filosofía, que por mucho tiempo había eclipsado la lucha revolucionaria, iba á dimitir de la victoria y transformarse en gobierno. Solo el cadalso contrastaba con aquellas aspiraciones.

## XIII.

Robespierre manifestaba siempre en secreto, el deseo de abolirlo, pero no podía, según decía, abolir el terror sino por un terror más grande. Instruido por las murmuraciones que habían estallado en torno de él en la festividad del Ser Supremo y por las confidencias de Saint-Just y de Lebas, del odio de las comisiones contra él, resolvió, en fin, aturdir á sus rivales por la audacia y adelantarse á ellos por la prontitud. El 22 pradiar, dos días después de la ceremonia del Ser Supremo, propuso inopinadamente á la Convención, de concierto con Couthon, un proyecto de decreto para la reorganización del tribunal revolucionario. Aquel proyecto draconiano no había sido comunicado sino en parte á las comisiones. Era el código de la arbitrariedad sancionado en cada disposición por la muerte y ejecutado por el verdugo.

En la categoría de los enemigos del pueblo, se comprendían á todos los ciudadanos, fuesen ó no miembros de la Convención que una sospecha pudiese alcanzar. No había inocencia en la nación ni inviolabilidad en los miembros del gobierno. Aquello era la omnipotencia de

los juicios y de las penalidades, y la dictadura, no de un hombre, sino del cadalso.

Ruamps, después de haber oído el proyecto de decreto exclamó: «Si este proyecto pasa sin aplazarse, me levanto la tapa de los sesos!» Barrere, que semejante audacia en la proposición del decreto del 22 pradiar había convencido de la fuerza de Robespierre, defendía la necesidad. Bourdon del Oise se atrevió á contestar. Robespierre insistió en que se discutiese en sesión permanente. «Desde que nos hemos desembarazado de las facciones, dijo con un movimiento de cabeza que indicaba el sitio que ocupaba Danton, votamos en el acto; estas peticiones de aplazamiento son fingidas en este momento.»

El aturdimiento hizo votar el decreto, pero la noche persuadió á la Convención que había votado su propia perdición. Algunos conciliábulos se tuvieron entre los principales adversarios de Robespierre; estos conciliábulos se tuvieron en casa de Courtois, diputado moderado que aborrecía á Robespierre por los recuerdos que conservaba de Danton, su compatriota y amigo.

A la apertura de la sesión del siguiente día, Bourdon del Oise se atrevió á subir á la tribuna; pidió que la Convención se explicase sobre lo que había entendido hacer el día antes y que se reservase solo á sí misma el derecho de acusar á sus miembros; Merlin apoyó á Bourdon del Oise. Se adoptó una explicación del decreto que desarmaba á Robespierre y á las comisiones.

En la sesión siguiente, Delbrel y Mallarmé pidieron otras explicaciones que enervaban más el decreto. El cobarde Legendre se apresuró á rechazar aquellas atenuaciones para complacer á los que él no se perdonaba haber inquietado. Couthon defendió enérgicamente su obra. Lisongé á la Convención, tranquilizó á las comisiones y atacó á Bourdon del Oise. «¿Qué más hubieran dicho Pitt y Coburgo?» exclamó. «Bourdon del Oise se escusó con or-

gullo. «Sepan, dijo, los miembros de las comisiones, que si son patriotas nosotros lo somos tanto como ellos. Apremio á Couthon, estimo á la comision, pero estimo tambien á la firme Montaña que ha salvado á la libertad.»

Robespierre irritado se levantó: «Los discursos que acabais de oír prueban la necesidad de esplicarse mas claramente, dijo, Bourdon ha tratado de separar la comision de la Montaña. La Convencion, la comision y la Montaña es la misma cosa. (Aplausos.) ¡Ciudadanos! cuando los gefes de una faccion sacrilega, los Brissot, los Vergniaud, los Gensonné y demas malvados de quienes el pueblo francés no pronunciará nunca el nombre sin horror, se pusieron á la cabeza de una parte de esta augusta asamblea, fué sin duda el momento en que la parte pura de la Convencion debia reunirse para combatirlos. Entonces el nombre de la Montaña que les servia como de asilo en medio de aquella tempestad, fué sagrado por que designaba la porcion de los representantes del pueblo que luchaba contra la mentira; pero desde el momento que estos hombres han caido bajo la cuchilla de la ley, desde el momento en que la probidad, la justicia y las costumbres se han puesto al orden del día, no puede haber mas que dos partidos en la Convencion: los buenos y los malos. Si tengo el derecho de dirigir este lenguaje á la Convencion en general, creo tener tambien el de dirigirlo á esta Montaña célebre á la que no soy sin duda extraño. Creo que este lenguaje que sale de mi corazon, vale tanto como el que sale de la boca de otro.

«Si, montañeses, vosotros sereis siempre el baluarte de la libertad pública, pero nada teneis de comun con los intrigantes y los perversos cualesquiera que ellos sean. La Montaña no es otra cosa que la altura del patriotismo. Un montañés no es otra cosa que un patriota puro, razonable, sublime. Seria ultrajar á la Convencion sufrir que algunos intrigantes mas despreciables que los otros por que son mas hipócritas: se esforzasen en arrastrar á una

porcion de esta Montaña y hacerse gefes de partido.

—«Esto Seria el exceso del oprobio, repuso Robespierre con mas fuerza, que algunos de nuestros colegas extraviados por la calumnia sobre nuestras intenciones y sobre el objeto de nuestros trabajos...»

Bourdon del Oise interrumpiéndole: «Pido, dijo, que se pruebe lo que se está diciendo. Se acaba de decir claramente que yo soy un malvado.»

«Pido en nombre de la patria, repuso Robespierre, que se me conserve el uso de la palabra. Yo no he nombrado á Bourdon del Oise; desgraciado el que se nombre. Pero si él quiere reconocerse en el retrato general que el deber me ha obligado á trazar, no está en mi poder impedirlo. Si, continuó con un tono mas amenazador, la Montaña es pura, es sublime, pero los intrigantes no pertenecen á la Montaña.» Muchas voces exclamaron: «¡Nombradlos, nombradlos!»

«Yo los nombraré cuando sea necesario, replicó Robespierre, y continuó en trazar el cuadro de las intrigas que trabajaban á la Convencion.

«Venid en nuestro socorro, dijo al concluir, no permitir que se nos separe de vosotros, por que somos una parte de vosotros mismos y nada somos sin vosotros.

«Dadnos fuerza para sobrellevar la penosa carga que nos habeis impuesto. Permanezcamos siempre unidos á pesar de nuestros comunes enemigos...»

Los aplausos de la mayoría de la Convencion no le permitieron acabar. Se pidió que el decreto fuese puesto á votacion. Lacroix, Merlin y Tallien se retractaron. Robespierre desmintió á Tallien sobre un hecho de espionaje de las comisiones que éste acababa de denunciar á la Convencion. «El hecho es falso, dijo Robespierre, pero lo que es verdad es que Tallien es uno de los que hablan sin cesar con espanto de la guillotina, como cosa que les concierne, para inquietar y envilecer á la Convencion.— La impudencia de Tallien es extrema, añadió Billaud

Varenes, miente con increíble audacia; pero ciudadanos, nosotros permaneceremos unidos, los conspiradores perecerán y se salvará la patria.»

La comision y Robespierre, unidos por un peligro comun, se reunieron momentáneamente, en aquella sesion para arrancar de viva fuerza á la Convencion el arma que debia diezmarla. El triunfo de Robespierre fué completo. En aquella misma noche, Tallien que temblaba por su vida, escribió una carta confidencial á Robespierre en la que se le humillaba. Esta carta no se encontró entre los papeles de Robespierre sino despues de su muerte. En ella se manifiesta el poder del dictador y el servilismo del representante.

«Robespierre, le decia Tallien, las terribles é injustas palabras que has pronunciado resuenan aun en mi ulcerada alma. Vengo con la franqueza de un hombre de bien á darte algunas aclaraciones: algunos intrigantes que quieren ver divididos á los patriotas te rodean hace tiempo y te previenen contra muchos de tus colegas, y sobre todo contra mí.

«No ha sido la primera vez que se ha usado este medio. Debe recordarse mi conducta en un tiempo en que pude ejercer bastantes venganzas. Me refiero á tí mismo, Robespierre; no he cambiado ni de principios ni de conducta; constante amigo de la justicia, de la verdad y de la libertad, yo no me he desviado un solo momento de estos objetos. En cuanto á las intenciones que me suponen, las niego. Sé que se me ha pintado á los ojos de las comisiones y á los tuyos como un hombre inmoral. ¡pues bien! que vengán á mi casa y me encontrarán con mi anciana y respetable madre en la habitacion que ocupábamos antes de la revolucion. No tengo ningun lujo, y á escepcion de algunos libros, no se ha aumentado ni con mi sueldo lo que antes poseia. He podido cometer sin duda algunos errores, pero son involuntarios é inseparables de la debilidad humana. He aquí mi profesion de fé de la que nunca

me separaré: es un mal ciudadano el que detenga la marcha de la revolucion. Taleson, Robespierre, mis sentimientos. Viviendo solo y aislado, tengo pocos amigos, pero siempre lo seré de los verdaderos defensores del pueblo.» Robespierre despreció esta carta y no respondió á ella. No estimaba mucho á Tallien para creer que semejante pluma pudiese convertirse nunca en puñal. En revolucion no se desconfia bastante de los hombres serviles. Ellos solos son un peligro.

## XIV.

Algunos dias despues Robespierre en los Jacobinos no atacó con menor imprudencia á un hombre mas flexible y mas temible aunque Tallien: este era Fouché. Le hizo escluir de la sociedad por haber predicado el ateísmo en Nevers. «¿Teme este hombre aparecer entre vosotros? dijo. ¿Teme los ojos y los oidos del pueblo? ¿Teme que su triste figura presente el crimen en rasgos visibles? ¿Que seis mil miradas fijas sobre él no descubran en sus ojos su alma entera y que á pesar de la naturaleza que los ha ocultado se lean sus pensamientos?»

Los odios que se acumulaban de todas partes contra él, empezaban á fermentar mas descubiertamente en el seno de las comisiones. Robespierre, Couthon y Saint-Just, le pedían imperiosamente que se sirviese del decreto que habian obtenido para enviar al tribunal revolucionario los hombres que agitaban á la Convencion. Aquellos hombres eran principalmente: Fouché, Tallien, Bourdon del Oise, Freron, Thuriot, Rovere, Lecointre, Barras, Legendre, Cambon, Leonardo Bourdon, Duyal, Audouin, Carrier y Joseph Lebon. Indecisas las comisiones dudaban. Couthon apeló á los Jacobinos: «Las sombras de Danton, de Hebert y de Chaumette se pasean todavia entre

nosotros, les dijo en la sesion del 26. Buscan perpetuar los males que nos han hecho estos conspiradores. La república ha puesto toda su confianza en la Convencion y esta la merece, pero existen aun algunos espíritus perversos en su seno. Es tiempo ya que estos malvados sean descubiertos y castigados. Afortunadamente, añadió, su número es pequeño y puede que no lleguen á cuatro ó seis. ¡Que los malos caigan, que perezcan!

Frecuentemente estallaban altercados en la comision de salud pública entre Robespierre y sus colegas. Billaud Varennés no ocultaba sus sospechas sobre el uso que los triunviros se proponian hacer del decreto del 22 pradiar. «¿Tú quieres guillotinar á toda la Convencion?» dijo un día á Robespierre. «Carnot y el mismo Collot de Herbois, reprendian en términos injuriosos á Robespierre la opresion que hacia pesar sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just que afectaba desorganizar sus planes militares con el atrevimiento de un jóven inesperto. Vadier, presidente de la comision de seguridad general, participaba de la animosidad de sus colegas y las espresaba con mas rusticidad.

El día antes en que Elias Lacoste debía dar su informe sobre los cómplices de Ladmiral y Cecilia Renault, Vadier fué á la comision. «Mañana, dijo á Robespierre, daré tambien un informe sobre un negocio que tiene relacion con éste, y propondré la acusacion de la familia de Saint-Amarante.—Tú no harás nada, le dijo imperiosamente Robespierre.—Lo haré, repuso Vadier. Tengo todas las pruebas en mi poder y prueban la conspiracion; la descubriré toda entera.—Pruebas ó no, si te lo haces yo te atacaré, replicó Robespierre levantándose y reteniendo apenas las lágrimas de ira que caian de sus ojos. Pues bien, yo os liberto de mi tirania. Me retiro, ¡salvad la patria sin mi si podeis! En cuanto á mi, estoy resuelto; no quiero renovar el papel de Cromwell.» Y se retiró, en efecto, pronunciando estas últimas pala-

bras, y no volvió á entrar mas en la comision de salud pública.

Unos miraron aquella ausencia y abdicacion voluntaria como una debilidad, otros como habilidad. El valor que habia mostrado hasta entonces Robespierre en presencia de sus enemigos y que mostró despues ante la muerte, no permiten creer que fuese debilidad. Desde el momento en que Robespierre no pudo dominar á las comisiones por el ascendiente de su voluntad y de su popularidad, le pareció obrar sabiamente en separarse ostensiblemente de sus colegas. Se desprendió así de la responsabilidad de los crímenes que iban á señalar su ausencia, declarándose por aquella ausencia en oposicion de hecho con el gobierno, porque meditando derribar la comision no podia quedar á los ojos de la opinion cómplice de sus actos. Se va á ver á qué lado se inclinó la opinion pública y quien la atrajo, si un hombre ó la anarquía.

## XV.

Pero la retirada de Robespierre no le desarmaba completamente en el seno mismo de la comision. Conservaba una mano invisible en el centro del gobierno. Saint-Just acababa de volver al ejército del Rin. Su ausencia habia dejado vacante en la comision de salud pública la presidencia de la direccion de policia general. Robespierre se encargó de reemplazar á su jóven colega, teniendo de esta suerte el hilo de todas las tramas que se podian urdir contra él, y por medio de los numerosos espías de aquella policia podia envolver á sus enemigos en sus propias tramas. Los papeles secretos que se encontraron en su casa despues de su caida, manifiestan la vigilancia que ejercia sobre todos los miembros temibles

nosotros, les dijo en la sesión del 26. Busean perpetuar los males que nos han hecho estos conspiradores. La república ha puesto toda su confianza en la Convención y esta la merece, pero existen aun algunos espíritus perversos en su seno. Es tiempo ya que estos malvados sean descubiertos y castigados. Afortunadamente, añadió, su número es pequeño y puede que no lleguen á cuatro ó seis. ¡Que los malos caigan, que perezcan!»

Frecuentemente estallaban altercados en la comisión de salud pública entre Robespierre y sus colegas. Billaud Varennes no ocultaba sus sospechas sobre el uso que los triunviro se proponían hacer del decreto del 22 pradiar. «¿Tú quieres guillotinar á toda la Convención?» dijo un día á Robespierre. Carnot y el mismo Collot de Herbois, reprendían en términos injuriosos á Robespierre la opresión que hacía pesar sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just que afectaba desorganizar sus planes militares con el atrevimiento de un joven inesperto. Vadier, presidente de la comisión de seguridad general, participaba de la animosidad de sus colegas y las expresaba con mas rusticidad.

El día antes en que Elias Lacoste debía dar su informe sobre los cómplices de Ladmiral y Cecilia Renault, Vadier fué á la comisión. «Mañana, dijo á Robespierre, daré tambien un informe sobre un negocio que tiene relación con éste, y propondré la acusación de la familia de Saint-Amarante. —Tú no harás nada, le dijo imperiosamente Robespierre. —Lo haré, repuso Vadier. Tengo todas las pruebas en mi poder y prueban la conspiración; la descubriré toda entera. —Pruebas ó no, si te lo haces yo te atacaré, replicó Robespierre levantándose y reteniendo apenas las lágrimas de ira que caían de sus ojos. Pues bien, yo os liberto de mi tiranía. Me retiro, ¡salvad la patria sin mi si podeis! En cuanto á mí, estoy resuelto; no quiero renovar el papel de Cromwell.» Y se retiró, en efecto, pronunciando estas últimas pala-

bras, y no volvió á entrar mas en la comisión de salud pública.

Unos miraron aquella ausencia y abdicación voluntaria como una debilidad, otros como habilidad. El valor que habia mostrado hasta entonces Robespierre en presencia de sus enemigos y que mostró despues ante la muerte, no permiten creer que fuese debilidad. Desde el momento en que Robespierre no pudo dominar á las comisiones por el ascendiente de su voluntad y de su popularidad, le pareció obrar sábiamente en separarse ostensiblemente de sus colegas. Se desprendió así de la responsabilidad de los crímenes que iban á señalar su ausencia, declarándose por aquella ausencia en oposición de hecho con el gobierno, porque meditando detripar la comisión no podía quedar á los ojos de la opinion cómplice de sus actos. Se va á ver á qué lado se inclinó la opinion pública y quien la atrajo, si un hombre ó la avarquia.

## XV.

Pero la retirada de Robespierre no le desarmaba completamente en el seno mismo de la comisión. Conservaba una mano invisible en el centro del gobierno. Saint-Just acababa de volver al ejército del Rhin. Su ausencia habia dejado vacante en la comisión de salud pública la presidencia de la dirección de policía general. Robespierre se encargó de reemplazar á su joven colega, teniendo de esta suerte el hilo de todas las tramas que se podían urdir contra él, y por medio de los numerosos espías de aquella policía podía envolver á sus enemigos en sus propias tramas. Los papeles secretos que se encontraron en su casa despues de su caída, manifiestan la vigilancia que ejercía sobre todos los miembros temibles

de la Convencion y de las comisiones. Conservaba el principal resorte de un gobierno proscriptor que es la delacion. No era la mano, pero siempre el oido y la vista del gobierno revolucionario. Además, era la única voz que escuchaba el pueblo, y no dudaba en que el día en que él levantase aquella voz acusando á sus enemigos, destruiría el débil aparato de sus odios ó intrigas que fraguaban en su contra: pero quería dejarlos que se metiesen más en el lazo que les tendía por su ausencia para que se hiriesen de muerte á sí mismos con las armas que les dejaba. Acumulaba en silencio los informes confidentiales sobre sus opiniones, registraba sus negociaciones, contaba sus pasos, notaba sus palabras ó interpretaba sus pensamientos. He aquí los testimonios ó las sospechas que recogía y que consultaba para escoger en la hora de la venganza entre sus víctimas ó sus partidarios.

«Legendre, le escribían sus espías, ha sido visto ayer paseando con el general Perrin. La conversacion era animada y misteriosa. Se han separado á las once. Legendre entró al medio día en la Convencion y salió á la una. Se ha reparado que se paseaba en las Tullerías, que su aspecto indicaba el cuidado y el fastidio. Se reunió con él un desconocido y hablaron en voz baja.

«Thuriot ha salido á las siete con una muger de una casa desconocida. Ha llevado á esta muger al jardín del palacio Igualdad. Se han paseado bajo los árboles y han entrado en otra casa para cenar. A media noche aun no habian salido.

Tallien ha permanecido ayer en los Jacobinos hasta el fin de la sesion. Al salir ha esperado á un hombre armado con un grueso baston, que le acompaña ordinariamente. Se han cogido del brazo y han hablado en voz baja, alejándose hácia el lado del jardín Igualdad. Han estado hablando hasta media noche. Tallien ha ido en un coche de alquiler á la calle de la Bella-Perla. El hom-

bre del grueso baston se ha marchado sin que hayamos podido descubrir su casa ni su calle. Va vestido con casaca roja y blanca á anchas rayas, tiene rubio el cabello y es de la edad de Tallien.

«Tallien no ha salido de su casa ayer, hasta las tres de la tarde. Uno de sus confidentes nos ha dicho que habiéndole preguntado por qué no hacia hablar de él en la Convencion, Tallien le ha respondido que estaba disgustado desde que le habian echado en cara en la comision de no haber guillotinado mas en Burdeos. Hay agentes confidentiales que le instruyen de todo lo que pasa en las comisiones. Se hace escoltar cuando sale por cuatro ciudadanos que lo vigilan de lejos.

«Thurion, Charlier, Fouché, Bourdon del Oise, Gaston y Breard han tenido esta mañana conversaciones secretas en la Convencion.

«Bourdon del Oise se le ha visto ayer en la calle, inmóvil, reflexionando, indeciso por qué lado se dirigiria.

«Tallien ha estado ajustando libros esta mañana durante una hora en una librería del dique: miraba constantemente á un lado y otro con inquietud y con sospecha.»

## XVI.

Estos informes instruian de hora en hora á Robespierre de los pasos de sus enemigos. Couthon observaba por sí mismo el interior de la comision de salud pública, David y Lebas la de seguridad general, Coffinhal el tribunal revolucionario y Payan á la municipalidad. Ningun movimiento, ningun sintoma se le ocultaba. Las notas escritas por su propia mano revelan su continua meditacion sobre los caracteres y sobre los antecedentes de los hombres que se preparaba á destruir con las comisio-

nes ó á elevar al gobierno. En sus manuscritos secretos formaba el catálogo de sus sospechas ó de sus confianzas.

«Dubois Crancé, escribía, en el caso de la ley que destierra de París por haber usurpado títulos falsos de nobleza, y despedido como intrigante del ejército de Cherburgo. Ha dicho que era necesario esterminar hasta el último vendeano. Amigo de Danton, partidario de Orleans, con el que tuvo relaciones muy estrechas.

«Delmas ex-noble, intrigante vicioso, coaligado con la Gironda; amigo de Lacroix, confidente de Danton: tiene relaciones con Carnot.

«Thuriot no ha sido nunca mas que un partidario de Orleans. Su silencio desde la caída de Danton contrasta con su eterna locuacidad antes de esta época. Agita bajo mano á la Montaña y fomenta las facciones. Asistió á las comidas de Danton y de Lacroix en casa de Guzman y en otros parages sospechosos.

«Bourdon del Oise se ha cubierto de crímenes en la Vendée, en donde ha tenido el placer, en sus orgias con el traidor Tunk, de matar soldados con sus propias manos. Une á la perfidia el furor. Ha sido uno de los mas fogosos defensores del sistema del ateísmo. El día de la fiesta del Ser Supremo, se permitió con este motivo los mas groseros sarcasmos delante del pueblo. Hacía reparar con afectación á sus colegas las señales de favor que el pueblo le manifestaba. Hace diez días que estando en casa de Boulanger encontró á una joven sobrina de éste: tomó dos pistolas que estaban sobre la chimenea. La joven le advirtió que estaban cargadas. «Bien, le dijo, si yo me mato, se dirá que tú me has asesinado y serás guillotinado!» Tiró las pistolas á la joven, pero no se dispararon porque no estaban cebadas. Este hombre se pasea sin parar con aire de asesino que medita un crimen. Parece que lo persigue la imagen del cadalso y las furias.

«Leonardo Bourdon intrigante despreciable en todo tiempo, es uno de los cómplices inseparables de Hebert

amigo de Cloutz. Nada iguala la bajeza de sus intrigas para aumentar el número de sus pensionarios y para apoderarse de los ahijados de la patria. Fué uno de los primeros que introdujeron el uso en la Convencion de envilecerla por sus acciones indecentes, así como de hablar con el sombrero puesto y presentarse en un traje cínico.

«Medin, famoso por la capitulación de Maguncia, mas que sospechoso de haber recibido el precio.

«Montaut, antes marqués, busca vengar su humillada casta por sus denuncias eternas contra la comision de salud pública.»

## XVII.

En oposicion con estos hombres de que desconfiaba, escribía los nombres de los que se proponía llamar á los grandes destinos de la república. Estos eran Hermann para la administracion; Payan ó Julian para la instruccion pública; Fleuriot para el corregimiento de París; Buchot ó Fourcade para los negocios estrangeros; Albarade para la marina; Jaquier, cuñado de Saint-Just; Coffinhal, Subleyras, Arthur, Darthe y otra porcion de nombres oscuros, escogidos hasta entre los artesanos, pero notados de celo, patriotismo y virtudes cívicas.

Al lado de estos nombres salidos de su pluma para hallarlos en el día de su poder, llovian á centenares cartas anónimas ó firmadas que deseaban al mismo tiempo al tirano de la Convencion la apoteosis ó la muerte. Aquellas cartas manifestaban igualmente por el entusiasmo ó por la invectiva el inmenso alcance de aquel nombre que llenaba por sí solo tantas imaginaciones en la república.

«Tú que iluminas el universo con tus escritos, decia una de aquellas cartas, tú llenas al mundo con tu fama; tus principios son los de la naturaleza; tu lenguaje el de

la humanidad; tú conviertes á los hombres á su dignidad natural. Segundo creador, tú regeneras el género humano.»

«¡Robespierre! ¡Robespierre! dice otra carta, ya lo ves, tú aspiras á la dictadura, y quieres matar á la libertad. Tú has conseguido hacer perecer á los mas firmes apoyos de la republica. Asi fué como Richelieu consiguió reinar haciendo correr sobre los cadalsos la sangre de todos los enemigos de sus planes. Tú has sabido prevenir á Danton y Lacroix, ¿sabrás prevenir el golpe de mi mano y de veinte y dos *Brutos* como yo? Treinta veces he intentado clavarte en el seno un puñal envenenado. He querido compartir esta gloria con otros. Tú pereceras por la mano que no sospechas, y que estrecha la tuya.»

«Te he visto, dice otra, al lado de Petion y de Mirabeau, padres de la libertad, y ahora veo que has quedado sano en medio de la corrupcion y en pie entre ruinas. No confies sino á tí mismo la ejecucion de tus designios. ¡Tú serás mirado en los futuros siglos como la piedra angular de nuestra constitucion!»

«¡Tú vives aun, tigre sediento de la sangre de Francia, decian en otra, verdugo de tu pais! ¡Tú vives aun! Pero tu hora se acerca. Esta mano que tus estraviados ojos quieren descubrir, se levanta contra tí. Todos los dias estoy contigo; todos los dias, todas las horas busco lugar para herirte. ¡Adios, esta misma tarde mirándote voy á gozarme en tu terror!»

En otra parte. «¡Robespierre, columna de la republica, alma de los patriotas, genio incorruptible, montañés ilustrado, que todo lo ve, que todo lo prevee, verdadero orador, verdadero filósofo, á quien yo no conozco sino como á Dios por maravillas; la corona, el triunfo se os debe; entre tanto que el incienso civico perfuma ante el altar que nosotros elevaremos y que reverenciará la posteridad mientras que los hombres conozcan el precio de la libertad y de la virtud!»

«¡No podeis escoger momento mas favorable, le escribia Payan (su confidente mas ilustrado en la municipalidad) para herir á todos los conspiradores! ¡Haced, os lo repito, un vasto informe que abrace á todos los conspiradores, que muestre todas esas conspiraciones reunidas en el dia en una sola, que se veian á los fayetistas, los realistas, los federalistas, los hebertistas, dantonistas y los *bourdonistas*!... ¡Trabajad en grande! ¡Esta carta podria perderme, quemadla!»

## XVIII.

En medio de estas correspondencias públicas, otras domésticas distraian la atencion del hombre de Estado, llamándola sobre las divisiones de su familia. «Nuestra hermana, le escribia su hermano menor, no tiene una sola gota de sangre que se parezca á la nuestra. Si, y he visto en ella tales cosas que la miro como nuestra mas grande enemiga. Abusa de nuestra reputacion sin mancha para darnos la ley y para amenazarnos de dar un paso escandaloso que nos perderia. Es necesario tomar un partido decisivo con ella, hacerla ir á Arrás y alejar de este modo de nosotros una muger que hace nuestra comun desesperacion. ¡Quisiera darnos la fama de malos hermanos!»

«Importa para vuestra tranquilidad que me aleje de vosotros, (escribia á su vez la hermana). Importa tambien por lo que dice á la causa pública, que yo no viva mas en Paris. Debo libraros ante todo de un objeto odioso. Desde mañana podeis entrar en vuestro aposento sin temor de encontrarme. Mi permanencia en Paris no os inquietará mas. No cuido en asociar á mis amigos en mi desgracia. No necesito mas que algunos dias para calmar el desorden de mis ideas y decidirme sobre el lugar de

mi destierro. El cuartel que habita la ciudadana Laporte en cuya casa voy á refugiarme provisionalmente, es el sitio en toda la república en que puedo estar mas ignorada.»

Pero si Robespierre no se dejaba distraer de la vigilancia sobre sus enemigos, ni por sus cuidados domésticos, ni por su extrema indignación, ni por las adoraciones, ni por las amenazas de sus correspondientes, las comisiones no dejaban adormecer igualmente ni sus odios, ni sus alarmas, ni sus sordas conspiraciones contra él. Billaud Varennes, Collot de Herbois, Barrere, Vadier, Amar y Elías Lacoste, se esforzaban por un acrecentamiento del terror, en prepararse ante la Convención y ante los Jacobinos, contra las acusaciones de indulgencia que Robespierre hubiera podido dirigirles. Por otro lado afectaban rechazar en él solo las ejecuciones del tribunal revolucionario y representarlo en sus confidencias como un insaciable verdugo de sus colegas. «Que nos pida las cabezas de Tallien, de Bourdon y de Legendre, se puede discutir, decía Barrere, pero las cabezas de todos los gefes de la Convención que le inquietan, no se puede condescender á estas exigencias de sangre!»

Se hacia correr en los bancos las pretendidas listas de las cabezas pedidas por Robespierre, á fin de apasionar por el terror á los que no eran apasionados por deseos. Moisés Bayle, miembro influyente de la comision de seguridad general, confusó un dia la duplicidad de la comision en sus relaciones con Robespierre: «Tallien, decía Moisés Bayle, ha cometido tantos crímenes, que de quinientas mil cabezas no conservaria una si se le hiciese justicia. La comision tiene las pruebas y los documentos. Pero bastará que fuese atacado por Robespierre para que guardásemos silencio.»

Los hombres amenazados por Robespierre estaban advertidos por el cuidado de la comision. Advertía á los que él miraba con indiferencia. Algunos conciliábulos

nocturnos se tenian tanto en casa de Tallien como en la de Barras, (entre Locoindre, Freron, Barras, Tallien, Garnier del Aube, Rovere, Thirion, Guffroy y los dos Bourdon. Se concertaban los medios de despolarizar la fama, de detener ó prevenir los golpes de Robespierre, manifestar su ambicion y sellar su tiranía. El estremo peligro, el profundo misterio, el cadalso levantado y cercano, daban á aquella oposicion vaciante, el carácter, el secreto y la desesperacion de una conjuracion. Tallien, Barras y Freron eran el alma. Estos tres diputados, llamados de sus comisiones de Burdeos, Marsella y Tolon y amenazados por la severa cuenta que les pediria Robespierre, habian depuesto con sentimiento el poder de sus funciones. Procónsules absolutos por mucho tiempo: áribros soberanos de la vida y los despojos, les costaba trabajo volver á su estado de simples diputados y temblar ante un dueño. El poder dictatorial que habian ejercido en el ejército, la costumbre de los combates, los servicios hechos á la república, el uniforme que habian llevado á la cabeza de nuestras columnas daban alguna cosa mas marcial y mas precisa á sus resoluciones.

Los campamentos enseñan á despreciar las tribunas. Barras, Freron y Tallien formaban en medio de aquellos hombres de palabras el germen y el centro de un partido militar pronto á cortar con el sable el nudo de la trama que se urdia alrededor de ellos. Tallien imprimia la desesperacion, Freron la venganza, y Barras la confianza á los conjurados. Eran tres hombres de accion tanto mas á propósito á los golpes de mano, cuanto menos tenían la supersticion de las leyes y los escrúpulos de la libertad. Conspiradores á la manera de Danton, olvidaban en las revoluciones los principios para no ver mas que las circunstancias; mas aficionados de poderes y de goces que de constituciones, y queriendo salvar á cualquier precio sus cabezas en lugar de llevarlas con resignacion sobre el cadalso. Obrar, prevenir y herir era toda su táctica.

## LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

Los termidorianos.—Se acrecienta el terror.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Thecos.—Don Gerle.—Madama de Sainte-Amaranthe.—Mr. y madama de Sarlines.—La señorita Grandmaison.—Mr. de Quesvremont.—Trial—Robespierre en casa de madama de Sainte-Amaranthe.—Arresto de madama de Sainte-Amaranthe y de su familia.—Se la complica en la conspiración del extranjero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su sentencia.—Su ejecución.—Robespierre en los Jacobinos.—Tentativa de reconciliación entre los miembros de las comisiones.

## I.

Mientras que estos hombres llamados despues termidorianos, preparaban los medios de abatir por la fuerza la tiranía, las comisiones se ocupaban con mas atencion de los de comprometer y aislar á Robespierre en la opinion pública y en la Convencion. Para luchar con influencia contra él ante los Jacobinos, era necesario luchar con vigor y ferocidad en la aplicacion de la terrible ley de 22 pradial. De este modo nunca el terror había herido en masa mas culpables, mas sospechosos y mas inocentes que desde el dia en que Robespierre había resuelto ponerle un término. Fouquier Tinville, los jurados y los verdugos no podian bastar á la inmolacion cotidiana dis-

puesta por las comisiones. La de seguridad general sobre todo, que se había mantenido apartada y que no había jugado mas que un papel subalterno, mientras que Robespierre dominaba y oscurecía todo en la comision de salud pública, se había hecho insaciable de proscripciones desde la ausencia de este. Había una emulacion de rigor y de muerte entre las dos comisiones. Vadier, Amar, Jagot, Luis del bajo Rhin, Voulland y Elias Lacoste, miembros dominantes de la comision de seguridad general, igualaban en ardor á Collot de Herbois y Billaud Varennes. Sazonaban la muerte con sarcasmos. « Esto vá perfectamente, la cosecha es buena, las cestas sellenan, » decía uno al firmar las estensas listas de remision al tribunal revolucionario. « Te he visto en la plaza de la Revolucion en el espectáculo de la guillotina, decía otro. —Si, respondía éste.—He ido allí á reirme de la figura que hacen los malvados.—Querian estornudar en el saco, respondía otro. Asisto con frecuencia á los suplicios.—Vamos, mañana, replicaba uno mas sanguinario, habrá una gran degollina. » Aquellos hombres iban con efecto á contemplar algunas veces las ejecuciones desde las ventanas de una casa próxima. Pródigos de sangre eran sin embargo integros en los despojos. Billaud Varennes, muriendo de miseria en Cayena, no se reprendía por haber ocultado un óbolo á la república que había diezmado.

Vadier, en el último término de su avanzada edad, desterrado y mendigando en el extranjero decía al hijo de uno de los que había mandado al cadalso: « Tengo noventa y dos años, la fuerza de mis opiniones prolonga mi vida. No hay en toda ella un acto de que me pueda reprender, sino es de no haber conocido á Robespierre y de haber tomado por ciudadano á un tirano. » Levasseur, montañés exaltado, proscrito é indigente en Bruselas, exclamaba delante de uno de sus compatriotas que lo compadecía por su caducidad. « Id á decir á vuestros re-

publicanos de París, que habeis visto al viejo Levasseur, haciéndose la cama, para aliviar á su fiel compañero de ochenta años, y espumando con su propia mano su puchero de judías, único alimento de su miseria.—¿Y qué pensais en el día de Robespierre? le preguntó el jóven francés.—¡Robespierre! respondió Levasseur, no pronuncies su nombre, porque es nuestro único remordimiento: la Montaña estaba sin una nube, cuando él la sacrificó.» El viejo Souberbielle hablaba del mismo modo en su lecho de muerte. «Las revoluciones mas sangrientas, decia, son las revoluciones concienzudas. Robespierre era la conciencia de la revolucion, lo han inmolado por que no lo han comprendido.» De esta suerte la conciencia y la opinion se confundian en el alma de los hombres de aquel tiempo, que aun despues de largos años tomaban aun la una por la otra, y que mostrando sus manos vacias de rapiñas creian llevar á Dios y á la posteridad una vida pura de manchas y orgullosa por la constancia de una teoría fanática que ni aun la vejez pudo ilustrar ni disminuir.

## II.

Pero algunos de aquellos proscriptores se habian de tal modo habituado á la sangre, que mezclaban la muerte con la elegancia, con las delicias y con el desenfreno de su vida. Crueles por la mañana, voluptuosos por la tarde, salian de las comisiones del tribunal ó de la plaza del cadalso para ir á tomar parte en suntuosas mesas, deleitarse con la música y la poesía en los palcos de los teatros, ó respirar en los jardines de las cercanías de París con mugeres fáciles el olvido de los negocios públicos, la serenidad de la estacion, el descanso y la paz. Parecia que se apresuraban á dar á los gozes horas que no

tenian mañana y que las facciones podrian abreviar á cada instante. Blandian con indiferencia el hacha contra sus enemigos, que esperaban con resignacion para ellos mismos. Algunas casas de campo se convertian á veces en conciliabulos, como las de los dantonistas en Sevres.

## III.

Barrere y sus colegas se creian obligados á fingir un patriotismo de día en día mas sombrío para evitar las sospechas de moderantismo. No cesaban de impulsar á la Convención á los rigores mas implacables. Robespierre por su parte, para conservar su ascendiente en las comisiones ó intimidarlas con sus acusaciones, se creía forzado á exagerar en él el tipo del patriota inflexible. Los Jacobinos no parecian reconocer la pureza revolucionaria sino en el exceso de las sospechas. Cualquiera de los dos partidos que hubiera detenido el nervio del terror, estaba cierto de sucumbir al momento bajo la acusacion de debilidad ó complicidad con los enemigos de la república. Este es el secreto de los últimos tiempos de asesinatos politicos. La situacion era tan estrema que iba á romperse. El terror no era solamente un arrebato, sino una táctica. Cuanto menos lo querian, tanto mas lo fingian de las dos partes. La sangre de innumerables victimas no servia sino para mantener la máscara de aquella execrable hipocresia de patriotismo.

Se ha visto que despues de la tentativa de asesinato contra Collot de Herbois, y despues de la sombra de atentado contra Robespierre, los miembros exaltados de las comisiones de seguridad general, habian resuelto reunir en la acusacion de Ladmiral y Cecilia Renault una porcion de pretendidos cómplices enteramente es-

traños á los dos acusados. Disimulaban de este modo una cruel solicitud por la vida de Robespierre, y una venganza ruidosa de sus peligros. Elías Lacosté había terminado el informe; Vadier había concurrido. Se recordará que Vadier había complicado en la acusación á una porción de inocentes; que Robespierre se había opuesto con energía á aquella parte del informe; que Vadier había insistido con la aspereza de un inquisidor que retiene su presa, y que aquella alteración, degenerando en querrela y en violencia, había ocasionado la derrota de Robespierre; de sus lágrimas de ira y de su retirada definitiva de la comisión. He aquí las circunstancias, sus causas secretas y sus consecuencias sobre la doble conspiración que se tramaba por un lado en la intimidad de Robespierre, y por otro en los conciliábulos de las dos comisiones. El tiempo ha descubierto el encadenamiento de hechos que parecen extraños los unos á los otros.

## IV.

El alma humana tiene necesidad de lo sobrenatural. La razón sola no basta para explicar su triste condición en la tierra, le es necesario lo maravilloso y los misterios. Los misterios son la sombra traída del infinito sobre el espíritu humano: prueban lo infinito sin explicarlo.

El hombre busca eternamente penetrar estas tinieblas. Todos los pueblos, todas las edades, todas las civilizaciones han tenido sus misterios. Pueriles en el pueblo, sublimes en los filósofos, vienen desde las sibilas á Platon, y descienden de Platon á los mas abyectos titiriteros. Desde que la filosofía del siglo XVIII había minado las supersticiones de la edad media en el espíritu de la Europa, la pasión de lo sobrenatural había

cambiado, no de naturaleza y de credulidad, sino de objeto. Jamás mayor número de doctrinas ocultas, de filosofías quiméricas ó de teosofías trascendentales, habían fascinado al mundo intelectual. Swedemborg en Suecia; Weissaupt en el Rhin; el conde de San German, Bergasse y San Martín, en Francia; los franc-masones, los rosa-cruz, los iluminados y los teístas, en todas partes habían fundado escuelas, reclutado adeptos y soñado misterios. La credulidad mística sucedía en todas partes á las credulidades populares. La revolución, conmoviendo mas la imaginación de los hombres, no había desmentido este atractivo instintivo de la humanidad por lo maravilloso. Por el contrario, había exaltado hasta el delirio á ciertas almas, y aun á la masa. Cuanto mas grandes son los acontecimientos, las catástrofes son mas generales, mas trágicos los destinos y mas el hombre reconoce su insuficiencia y mas cree ver la mano de Dios mover por si misma los acontecimientos, los hombres y las cosas que se agitan, que se destruyen ó que surgen alrededor nuestro. De esta disposición del espíritu humano por lo sobrenatural, y de este vacío que la desaparición del culto antiguo dejaba en las almas, una secta religiosa y política nació en la sombra y reclutaba millares de sectarios en la población ávida de novedades.

## V.

Había entonces en un barrio retirado y sombrío de las estremidades de París, calle de la Contraescarpa, una muger vieja llamada Catalina Theos, ó la madre de Dios. Aquella muger, poseída toda su vida por su propia imaginación, y debilitada ahora por la caducidad de la inteligencia, se creía ó fingía creerse dotada de dones so-

sobrenaturales de vision y de profecía. Pitonisa añeja de otro Endor; había visto en Robespierre un nuevo Saul. Ella le proclamaba el elegido de Dios, le mostraba á sus adeptos como el salvador de Israel, el regenerador de la verdadera religion y el fundador del perfecto orden en la tierra. Un antiguo cartujo llamado don Gerle, que confundia en su estrecha y embarazada cabeza el misticismo de la primera edad con la pasion de una trasformacion religiosa del mundo, se habia relacionado con la profetisa de la calle de la Contraescarpa, por aquel atractivo que llama la credulidad hácia lo maravilloso. Don Gerle se habia hecho el primer discípulo de aquella inspirada, y recogia y declaraba sus oráculos. Habia fundado con ella una especie de iglesia en donde los fieles iban á recibir la iniciacion y las revelaciones del nuevo culto. Estrañas ceremonias en lenguaje metafísico, inspiraciones convulsivas, aserciones del Espíritu Santo, jóvenes de una belleza celestial, apariciones, cánticos, música, ósculos fraternales y el misterio que envolvía el santuario, daban á aquella naciente religion el prestigio del alma y de los sentidos. En todas las comunicaciones sobrenaturales de la sacerdotisa con los neófitos, la revolucion se señalaba como el advenimiento del espíritu divino en la cabeza del pueblo. Los sacerdotes y los reyes debian desaparecer de la superficie del universo. Robespierre se le representaba en términos encubiertos como el Mesías á la vez religioso y político, que debía regularizarlo todo y trasportarlo todo á Dios. El pueblo se iniciaba en muchedumbre en aquella fé.

## VI.

Don Gerle habia sido miembro de la Asamblea constituyente. Su propension por las credulidades piadosas se habia manifestado ya; habia llevado á la tribuna de

aquella Asamblea las pretendidas revelaciones de una joven llamada Susana Labrousse. La risa general habia acogido aquellas puerilidades. Rechazada Susana de Paris, se habia ido á profetizar á Roma: allí habia muerto victima inocente de su propia alucinacion en los calabozos del castillo de San Angelo. Don Gerle se obstinaba en sus visiones. Sentado al lado de Robespierre en la Asamblea, y participando de las teorías regeneradoras del diputado por Arrás no habia cesado desde aquella época de entretener relaciones con el familiares que llegaban hasta el entusiasmo y hasta el culto. Robespierre recibia á menudo al antiguo monge en casa de Duplay, teniendo para don Gerle la afeccion y la indulgencia que un genio superior tiene por la credulidad que admira. Justamente se perdona la supersticion de que uno es objeto.

Don Gerle hablaba con frecuencia á Robespierre de las profecías de Catalina Theos, sobre su futura grandeza. Robespierre no era supersticioso. Su religion no era mas que lógica. Creía la razon tan divina, que la proclamaba sin cesar el único dogma y la única Providencia del género humano, el objeto de sus trabajos y el espíritu de sus instituciones. Pero sea que su elevacion diese al fin cierta supersticion á Robespierre hácia sí mismo, sea que para afirmar su popularidad con un prestigio sobrenatural, sea mas bien que sintiese la falta de los antiguos templos y dejase esperar una reconstruccion del cristianismo, él toleraba si no favorecia las reuniones de Catalina Theos. Este era su punto de contacto con el catolicismo y con el espíritu religioso que queria unir en sí mismo como una de las fuerzas sociales. Recibia cartas de la profetisa y de sus adeptos, dictadas segun el espíritu revelador. Habia en la proclamacion del Ser Supremo, en los simbolos de aquella ceremonia, en los mismos nombres que habia dado á Dios y á la naturaleza, las ceremonias y los signos del culto secreto. La opinion bien ó mal fundada del público, era que él queria realizar en

su persona un pontífice supremo; que las tentativas de don Gerle, su confidente, eran un ensayo de organización religiosa, y que iniciarse era lisongear al dictador por su debilidad ó por su ambición. Estas preocupaciones proporcionaban al cenáculo de la calle de la Contraescarpa mas neófitos que la fé.

Ademas, habia al mismo tiempo en uno de los mas suntuosos palacios del centro de París recientemente construido por el opulento filósofo Helvecio, una muger jóven, de una incomparable hermosura, si no tuviese una hija de diez y seis años tan bella y tan seductora como su madre. Aquella muger se llamaba Mad. de Sainte-Amaranthe. A pesar de que decia que era viuda de un gentil-hombre sacrificado en las jornadas del 5 y 6 de octubre, defendiendo la puerta de la reina en Versalles, y que ella afectaba el exterior, el tono y el lujo de una grande existencia, reinaba en aquella muger, sobre su origen y sus hábitos un misterio y una duda que dejaban flotar la opinion entre la admiración de su belleza, el respeto por sus desgracias y la ambigüedad de su papel en la sociedad.

Su casa, atractiva por tantos títulos, habia reunido por el gusto de las artes, del juego y los placeres, desde el principio de la revolucion á los hombres eminentes de todas las facciones. A los realistas, á los constitucionales, á los orleanistas y á los girondines sucesivamente: Mirabeau, Sieyes, Petion, Chapelier, Buzot, Louvet, y Vergniaud, la habian frecuentado. Las gracias de Mad. de Sainte-Amaranthe, y la seducción de su espíritu habian borrado alrededor de ellas los males y colmado los abismos entre las opiniones.

Ella conservaba, no obstante, una adhesión ostensible á los recuerdos y á las esperanzas del trono. Estaba relacionada con los realistas de la antigua aristocracia y conservaba en sus salones, sin ningun misterio, los retratos del rey y de la reina: no disfracaba su veneración por estas imágenes proscriptas de un tiempo mejor. El prestigio de sus gracias parecia alejar de ella todo peligro. La naturaleza la defendía del cadalso.

Un jóven perteneciente á la antigua corte, hijo de Mr. de Sartines, ministro de la Policía de París, acababa de casarse con la hija de Mad. de Sainte-Amaranthe. Monsieur de Sartines antes de su matrimonio, habia tenido relaciones con la actriz del teatro Italiano Grandmaison. Aunque abandonada por su amante aquella jóven actriz, le escribia aun. Ella le informaba de los progresos ó de la disminucion del terror. Sartines, prendado de tanta constancia, iba de tiempo en tiempo á París á ver secretamente á su antigua amiga, y por ella sabia los secretos de la política. La señorita de Grandmaison los arrancaba á Trial, actor del mismo teatro, patriota fogoso y amigo de Robespierre.

Las esperanzas de clemencia concebidas por la proclamación del Ser Supremo, eran un lazo en el que los realistas, los sospechosos y los proscriptos, se dejaban coger. En todas partes se hablaba del poder del nuevo Cromwell ó del nuevo Monk: de sus tentativas para amortiguar las persecuciones religiosas; de sus votos para abolir el cadalso; de su genio para reconstruir el orden, y de sus pensamientos secretos de reinar ó de restauración del reino que se le suponía.

Los esparcidos restos del partido religioso y del partido realista, se consolaban en estos sueños. La popularidad de Robespierre era mas grande tal vez en estos momentos en el partido de las victimas que en el de los verdugos. Mad. de Sainte-Amaranthe fué olvidada; quiso volver á París y abrir su casa á las fiestas y á los plae-

res en medio del duelo general. Se fió al genio de Robespierre, y ardía en deseos de conocerlo, de seducirlo y de atraerlo á sus opiniones. En vano la señorita Grandmaison, temblando por su amante, escribía á Mr. de Sartines que el momento era siniestro, que las comisiones y Robespierre estaban en lucha, y que el hacha de la guillotina estaba suspendida entre un alivio esperado y un terror mas activo: Mad. de Sainte-Amaranthe no escuchó mas que sus ilusiones, arrastró á su hija, su yerno y un niño de quince años, hijo suyo, á Paris.

## VIII.

Allí se confirmó mas y mas por la conversacion de algunos amigos en las disposiciones que suponía al triunfo. Sin duda aun estas disposiciones le fueron insinuadas por agentes de Robespierre. Este buscaba en estos momentos unirlo todo á su nombre, hasta los realistas, por lo vago de sus esperanzas.

Mr. de Quesvremont, antiguamente familiar de la casa de Orleans, y entonces mendigando la familiaridad de Robespierre, hizo participar á Mad. de Sainte-Amaranthe del entusiasmo por el hombre predestinado que decía que solo esperaba la hora en que se madurasen sus designios, y que solo concedería al terror lo que no era posible aun quitarle. Como discípulo fanático de Catalina Theos, Mr. de Quesvremont, habló á Mad. de Sainte-Amaranthe del nuevo culto como una profunda concepcion del restaurador del orden; inspirándola como á su hija y á su yerno, el deseo de hacerse iniciár. Esto, les decía, es un acto que inspirará confianza á Robespierre. La llamada marquesa de Chastenay, ardiente realista, y mas ardiente adepta de la *Madre de Dios*, acabó de determinar á madama de Sainte-Amaranthe á aquella afiliacion. Sartines,

su madre política, y su esposa, fueron introducidas en el desvan de la *Madre de Dios*. Estas dos bellas realistas recibieron en su frente el ósculo de paz de la enferma sibila que debía ser pronto para ellas el beso de muerte.

Sea que la condescendencia de las dos jóvenes hubiera sido en efecto una prenda á los ojos de Robespierre; sea que hubiesan hecho concebir en su espíritu el deseo y la vanidad de ver á las dos mas célebres bellezas de Paris inclinarse ante su genio; sea mas bien que el quisiese tender por ellas un cebo á los partidos proscriptos para atraerlos al orden regular que meditaba, consintió en tener una entrevista con sus dos admiradoras. Trial, hombre de teatro y amigo comun, condujo á Robespierre á casa de Mad. de Sainte-Amaranthe, en donde le recibieron como á un dielador que consiente en dejar presentir sus designios. Se sentó á la mesa en medio de un círculo de convidados escogidos por sí mismo. Robespierre respiraba el entusiasmo, y se dejó reprender dulcemente por los excesos que sufría hacia tiempo. El habló como hombre que debía volver contra solo los culpables la guillotina que aun descargaba sobre tantos inocentes. Dejó entrever sus designios para dejar lucir alguna esperanza.

## IX.

Sea indiscrecion de sus huéspedes, sea infidelidad de los convidados, la comision de seguridad general tuvo aviso de estas entrevistas y de aquellas confidencias. Vadier habia hecho introducir uno de sus agentes Senart, en las reuniones de la *Madre de Dios* para observar los pensamientos y notar los nombres de los principales adeptos. Vadier sabia que Robespierre era su ídolo, y le suponían el instigador. Sospechaba desde el 20 pradiel que que-

ría unirse al pueblo por las supersticiones, y acariciar las clases superiores por los presagios de clemencia. Vadier quiso á la vez poner en ridículo á Robespierre y hacerle traicion. No se atrevió á atacar un nombre que rechazaba las sospechas y que desconcertaba la agresion, pero esperaba de este modo verter indirectamente sobre este mismo nombre una ridiculez que reflujia sobre su poder. Además era una de las empresas más atrevidas mostrar por primera vez en la Convencion, que los amigos de Robespierre no eran puros, y que sus amigos tampoco eran inviolables.

La comision de seguridad general, de acuerdo con la mayoría de la de salud pública y con los conspiradores de la reunion de Tallien, ordenó la prision de Catalina Theos y de sus principales adeptos. Las comisiones dispusieron al mismo tiempo la prision de la marquesa de Chastenay, de Mr. de Quesvremont, de Mr. de Sartines, y de toda la familia de Sainte-Amaranthe sin exceptuar el hijo, que llegaba apenas á los diez y seis años. También hicieron prender á la señorita Grandmaison y á su criado Biret. Se resolvió confundir á todas estas acusaciones, extrañas las unas á las otras en el gran acto de acusacion que Elias Lacoste estendia contra Admiral y Cecilia Renault, bajo el nombre genérico y vago de *conspiracion del extranjero*. Se había encargado á Vadier que redactase un informe previo contra la secta de Catalina Theos. Se informaron de la malignidad de aquel anciano para dar á las puerilidades de don Gerle los sombríos colores de una conjuracion, y un barniz de ridiculez que recaía sobre el nombre de Robespierre.

## X.

Este nombre que todo el mundo sabía que estaba oculto en el fondo de aquel asunto, sería tanto más visible cuanto sería menos pronunciado por Vadier. Robes-

pierre había conocido con anticipacion el golpe, pero el punal estaba envuelto con el respeto. No podía tomar abiertamente la defensa de aquellos sectarios en un momento en que se le acusaba de querer hacer revivir las supersticiones para santificar su dictadura, por lo que se vió obligado á aplazar bajo pretexto de desprecio la lectura del informe de Vadier á la Convencion. Vadier estuvo inflexible; fué necesario sufrir en silencio los sarcasmos del relator, las sonrisas del auditorio, y las insinuaciones malignas contra su papel de Mahomet. El ridículo había desflorado aquel terrible nombre, y la sospecha había arrojado su sombra sobre aquella incorruptibilidad. Los amigos de Robespierre lo habían conocido. Le habían advertido confidencialmente de que tuviese cuidado con Vadier, especie de *Bruto*, que fingía la rusticidad para ocultar el odio. «Esforzaos, escribió Payan á Robespierre, para disminuir á los ojos de la opinion, la importancia que se querrá dar al asunto de Catalina Theos y para convencer al pueblo que esto es una farsa pueril que no merece más que la risa y el desprecio de los hombres formales.» En fin, pocos dias despues, Elias Lacoste había hecho el informe del decreto que proponía la remision al tribunal revolucionario de todos los acusados. Se vió reunidos al asesino Admiral y á Cecilia Renault; el padre, la madre, y hasta los hermanos de aquella jóven; Mr. de Sartines, Mad. Sainte-Amaranthe, su hija Mad. de Sartines, su hijo, que no tenía aun la edad del crimen; los señores Laval-Montmorency, de Rohan-Rochefort, al principe de San Mauricio, los señores de Sombreuil, padre ó hijo, que habían escapado de los asesinos de setiembre; Mr. de Pons, Michonis, municipal del Temple, culpable por la compasion y por la decencia que había tenido con las princesas cautivas; Mad. de Lamartiniere, la viuda de Epremeuil, y en fin, la actriz Grandmaison, que castigaba el amor que tenía á Sartines, y hasta el criado de este, castigado por su fide-

lidad á su amo. Reunieron á estos sesenta el portero de la casa en donde Ladmiral habia intentado asesinar á Collot de Herbois, y á la muger de aquel conserge, *culpables los dos*, decia el acusador, *por no haber manifestado bastante alegría cuando fué preso el asesino.*

## XI.

Al escuchar Robespierre los nombres de Mad. de Sainte-Amaranthe y de su familia, permaneció silencioso. Temia aparecer como protector de los contrarrevolucionarios. Bien sabia que era su nombre el que herian, pero retiró tímidamente este nombre por no aparecer herido él mismo. ¡Deplorable situacion de los hombres que toman la popularidad en lugar de la conciencia por árbitro de su política! Se cubren con los cuerpos de victimas inocentes en lugar de cubrirse con su propia intrepidez.

Aquellos sesenta y dos acusados, cómplices pretendidos, se vieron por la primera vez delante del tribunal. Ladmiral manifestó firmeza, Cecilia Renault, sensible é interesante, pidió perdon á su padre, á su madre y á sus hermanos por haberlos precipitado por su lijereza en la apariencia de un crimen que ella no habia concebido: afirmó ante la muerte que su pretendido proyecto de asesinato no era mas que una curiosidad de ver un tirano.

Los Montmorency, los Rohau y los Sombreuil conservaron la dignidad de su inocencia y de sus nombres; no desmintieron delante de la muerte la nobleza de su sangre, y murieron como habian combatido sus abuelos.

Madama de Sainte-Amaranthese desmayó en los brazos de sus hijos. Sartines, al pasar por delante de la actriz Grandmaison, inundó las manos de esta con sus lágrimas, suplicándola que le perdonase la muerte á la

qual su cariño hacia él la conducia. Su muger fué superior á su edad por su resignacion, y superior á su belleza por su ternura. Se alegraba morir con su madre, su marido y su hermano, estrechándolos en sus brazos, sin rechazar ni aun á la actriz Grandmaison que una suerte cruel asociaba á su infortunio. Todos los celos y toda distancia desaparece ante la muerte. Los moribundos no formaron mas que una familia.

A fin de herir mas los ojos del pueblo con un aparato mas grande de culpabilidad, habian hecho vestir por primera vez desde Carlota Corday á todos los sentenciados con la túnica de lana roja, distintivo de los asesinos. Una escolta de caballeria y algunos cañones cargados de metralla precedian y seguian la comitiva; ocho carros la componian. En el primero habian hecho subir á madama de Sainte-Amaranthe y madama de Epremenil en el primer banco; madama de Sartines y la Grandmaison, aquellas dos victimas de un mismo amor, en el segundo. En la carreta siguiente á Mr. de Sartines y á su joven cuñado, Mr. de Sombreuil y su hijo. Las otras tres conducian al lado de los Montmorency y de los Rohau, al pobre y fiel criado de la Grandmaison, Biret, que lloraba no por él, sino por su querida. La marcha fué lenta, el cadalso estaba lejos, el cielo de primavera y la multitud inmensa. Todas las miradas se dirigian hacia aquel grupo de cabezas de muger que serian bien pronto separadas de sus cuerpos. Los reflejos ardientes de la túnica roja realzaba aun mas la blancura de sus gargantas y la brillantez de sus colores. La multitud se embriagaba por aquel derramamiento de hermosura que iba á extinguirse. Las victimas hablaron entre sí algunas palabras con triste sonrisa en voz baja, y se dirigieron miradas de conmiseracion. Ladmiral se indignaba y se compadecia por la suerte de sus pretendidos cómplices. «Ni uno solo, esclamaba, ha conocido mi designio, he querido yo solo vengar la humanidad.» Despues, volviéndose á Ce-

cilia Renault que rezaba con fervor: «Habeis querido ver á un tirano, le decia con irónica piedad, mirad y ved centenares bajo nuestros ojos.»

La marcha duró tres horas. Sacrificaron primero á los mas oscuros; despues á Cecilia Renault, Grandmaison, Ladmiral, madama de Eprennil, los nobles de la antigua monarquía y el jóven Sainte-Amaranthe. Su hermana y su madre vieron arrojar su cuerpo decapitado en el cesto. Su turno se aproximaba. La madre y la hija se abrazaron y se dieron el último y prolongado beso que interrumpió el verdugo. La cabeza de la hija se reunió á la de su jóven hermano. Madama de Sainte-Amaranthe miró la penúltima. Sartines el último; viendo caer durante un suplicio de tres cuartos de hora la cabeza de su querida, la de su cuñado que queria como si fuese su hijo, la de su madre política y la de su esposa. Habia muerto para todos los sentimientos de este mundo antes de sucumbir bajo la cuchilla.

Aquella carnicería irritó al pueblo contra Robespierre. El crimen de sus enemigos recaía sobre él. No le creían tan decaído en la influencia de las comisiones para permitirles suplicios que no deseaba. No le creían sobre todo tan cobarde para tolerar crímenes que reprobaba; los que esperaban en él se indignaron, sus amigos se aturdieron y sus enemigos se animaron. Les habia dado el secreto de su debilidad y redoblaron la ferocidad cubriéndole durante cuarenta dias de la sangre que vertían. El no se atrevia ni á aprobar ni á desaprobár este aerecentamiento de asesinatos, debatiéndose en vano bajo la responsabilidad del terror. La opinión lo rechazaba todo sobre su nombre. Situacion cruel, intolerable y merecida. Lección eterna para los hombres populares sobre los que la justa posteridad acumula todos los crímenes contra los cuales no se han atrevido á protestar.

## XII.

El lenguaje de Robespierre en los Jacobinos durante aquellos cuarenta dias se resentia de la opresion de su alma. Su estilo era vago, oscuro y ambiguo como su situacion; no comprendiéndose si acusaba á las comisiones por su rigor ó por su indulgencia. Tan pronto vituperaba la moderacion como tan pronto la crueldad. Sus palabras con dos cortes amenazaban siempre sin herir nunca, teniendo en suspenso su ira, y no se adivinaba si descargaría sobre los verdugos ó sobre las victimas. Un hombre político que no se atreve á esplicar sus miras se enagena á la vez los dos partidos.

«Es tiempo, ciudadanos, dijo en fin pocos dias antes de la crisis, que la verdad haga oír en este recinto acentos tan libres y tan varoniles como los que ha hecho resonar en las importantes circunstancias de la revolucion. ¡Tremos como los conspiradores á concertar en los escondrijos oscuros, (alusión á los conciliabulos de Clichy), los medios de defendernos contra los pérfidos esfuerzos de los malvados? Denuncio á los hombres de bien un sistema que tiende á sustraer á la aristocracia de la justicia nacional y á perder á la patria hiriendo á los patriotas. Cuando las circunstancias se desenvuelvan me esplicaré con mas claridad. Ahora digo lo suficiente para los que me entienden. Nadie tendrá poder bastante para impedirme que manifieste la verdad en el seno de la representacion nacional y de los republicanos. No está en el poder de los tiranos y de sus seides inutilizar mi valor. Que se esparzan libelos contra mí, yo siempre seré el mismo. Si se me obliga á renunciar parte de las funciones de que estoy encargado, (la oficina de policia), aun me queda la cualidad de representante del pueblo y ha-

ré una guerra á muerte á los tiranos y á los conspiradores.»

Aquellos tiranos y aquellos conspiradores vagamente designados en estas palabras eran Billaud Varennes, Collot de Herbois, Barrere, Carnot, Leonardo Bourdon, Vadier y todos los miembros de las comisiones.

Estos no se atrevían á aparecer en los Jacobinos desde que Robespierre reinaba allí solo, ó permanecían si iban silenciosos para espiar y denunciar sus palabras. Lo acusaban al salir de querer insinuar al pueblo la existencia de un foco de complots en la Convencion y de predicar la necesidad de una depuracion violenta ó insurreccional como la del 31 de mayo.

## XIII.

Algunos dias despues Robespierre se esplicó mas abiertamente; se dió como victima y llamó sobre si mismo el interés y casi la piedad de los patriotas: «Estos monstruos, dijo, denuncian al oprobio á todo hombre que teme la austeridad de costumbres y la inflexible probidad. Tanto valdria volver á los bosques, que disputarnos así los honores, la fama y las riquezas de la república. Nosotros no podemos fundarla sino por instituciones protectoras, y estas instituciones no pueden asentarse sino sobre las ruinas de los enemigos incorregibles de la libertad y de la virtud. Pero estos malvados no triunfarán, continuó, es necesario que estos cobardes conjurados renuncien á sus complots, ó que nos arranquen la vida. Sé que ellos lo intentarán, todos los dias lo intentan; pero el genio de la libertad protege á los patriotas!»

Aquellos acentos apasionaban vivamente el pequeño número de jacobinos que se estrechaban á su alrededor cada noche. Estos hombres resueltos estaban prontos á

marchar con Robespierre al objeto que les indicase y aun se adelantaban al impulso que les daba. Su impaciencia aspiraba abiertamente á una insurreccion; conjuraban á su dueño á que nombrase sus enemigos, jurando sacrificarlos por su causa. Buonarotti, Lebas, Payan, Couthon, Fleuriot-Lescot, Henriot y Saint-Just no cesaban de reprehenderle sus contemplaciones y sus escrúpulos. El pueblo está pronto á levantarse á su voz y depositar en sus manos el poder y la venganza. Robespierre continuaba en rehusar la dictadura con una inesplicable obstinacion. «El nombre de los facciosos le causaba horror, decia. La sombra de Catilina se levantaba siempre delante de él. En la Convencion respetaba la patria, la ley y el pueblo. La idea de atentar por la fuerza á la representacion y mostrarse de este modo el violador de aquella soberania nacional que toda su vida habia profesado le parecia una especie de sacrilegio. No queria contaminar con la usurpacion ni su virtud republicana ni su memoria. Mas queria ser, añadia, la victima que el tirano de su patria, deseaba sin duda el poder, pero lo queria dado no robado.» Fuertemente creia en si mismo, en el poder de su palabra y en su inviolabilidad popular: no dudaba arrancar á la Convencion por solo la fuerza de la verdad y de la persuasion aquella autoridad que no queria destrozarse disputándola por la mano tumultuosa de una sedicion: pensaba que la república reconoceria por si misma la supremacia del genio y de la integridad. Idolo de la opinion, elevado por la opinion, adulado, delicado hacia cinco años por ella queria que solo la opinion le proclamase la última palabra y el primer hombre de la república. «Desgraciados los hombres, repetia muchas veces á sus amigos, que reasumen en si mismos la patria y que se apoderan de la libertad como de sus bienes propios. Su patria muere con ellos y las revoluciones que se apropian no son mas que cambios de servitud. ¡No, nada de Cromwell, decia continuamente, aunque sea yo!»

En aquel pensamiento Robespierre preparaba lentamente por toda arma un discurso para la Convencion. Discurso en que batiria á sus enemigos dejando solamente descubrir á las miradas del pueblo sus tramas y su propia integridad. Retocaba á placer aquel discurso, tan teórica como una filosofia, tan apasionado como la revolucion. Reasumia en él con la pluma de Tácito el cuadro de todos los crímenes, de toda la corrupcion, de todos los peligros que degradaban, manchaban ó amenazaban á la república. Hacia resaltar con una ilusion continua la responsabilidad de nuestros desastres sobre el gobierno y la comision. Hacia los retratos tan semejantes y tan personales de los vicios de la Convencion, que no quedaba mas que darles el nombre de sus enemigos. En fin, concluia vagamente pidiendo la reforma de las instituciones revolucionarias sin especificar cuáles fuesen y provocaba á la Convencion á reflexionar.

Aquella conclusion mas imperativa que si la hubiera formulado el mismo en un decreto de muerte contra sus enemigos, debia arrancar resoluciones mas terribles contra sus envidiosos y poderes mas absolutos para él mismo que los que hubiese formulado. La tirania tiene su pudor, es necesario que se le haga violencia. Lo que se le da va siempre mas allá de lo que ella se atreveria á pedir.

Este discurso estaba dividido en dos partes y deberia ocupar dos sesiones. En la primera Robespierre, tronaba sin herir y designaba sin nombrar. En la segunda, que reservaba para replicar si alguno tuviese la audacia de responderle, salia de la nube y lucia como el relámpago y cenía hombre á hombre, y cuerpo á cuerpo, á los miembros hostiles de las comisiones; especificaba las acusa-

ciones y los crímenes; nombraba y sellaba, heria y arrastraba desde la tribuna al cadalso á los culpables que permanecian hasta entonces en la sombra. Para este uso habia bosquejado en las notas secretas de su policia los retratos destinados á aquella fiesta pública. Armado con sus dos discursos Robespierre, espera la lucha con confianza: sus contrarios empezaban á desconfiar. Ninguno tenia en su consideracion personal la fuerza para luchar cuerpo á cuerpo con el idolo de los Jacobinos; sabia que el pueblo lo permanecia fiel y su ascendiente intimidaba á la Convencion. La muerte podia caer á la menor señal suya sobre todas las cabezas. En aquella perpleguitud, Barrère insinuó la transaccion. Collot de Herbois hablaba de mala inteligencia y el mismo Villaud Barennes pronunciaba la palabra concordia; y las comisiones propendian á humillarse bajo el solo efecto de su ausencia. Algunos negociadores officiosos se interpusieron para evitar un destrozo, Legendre acariciaba, Barras, Bourdon, Freron y Tallien, fermentaban casi solos la aspereza de su odio y el fuego de la conjuracion.

Entre tanto, las negociaciones habian venido á parar en una entrevista entre Robespierre y los principales miembros de las dos comisiones. Consintiendo en encontrarse en la comision de salud pública, Couthon, Saint-Just, David y Lebas, se vieron con Robespierre. Las fisonomias estuvieron contraidas, los ojos bajos y las bocas mudas.

Se conocia que los dos partidos, aunque prestándose á una tentativa de reconciliacion temian al mismo tiempo dejar traspirar sus ideas. Elías Lacoste, articuló las quejas de las comisiones. «Formareis un *triumvirato*, dijo

á Saint-Just, á Couthon y á Robespierre.—Un triunvirato, respondió Couthon, no se forma de tres pensamientos que se encuentran en una misma opinion; los triunviro usurpan todos los poderes y nosotros os los dejamos todos.—Precisamente por eso os acusamos, dijo Collet de Herbois, retirar del gobierno en un tiempo tan difícil una fuerza como la vuestra es hacerle traicion y entregarlo á los enemigos de la libertad.» En seguida volviéndose hácia Robespierre y tomando delante de él el tono y la acción teatral de un suplicante, manifestó querer arrojarse á sus pies. «Yo te lo suplico en nombre de la patria y de tu propia gloria, le dijo, déjate vencer por nuestra franqueza y por nuestra abnegación; eres el primer ciudadano de la república y nosotros los segundos; tenemos por tí el respeto debido á tu pureza, á tu elocuencia y á tu genio; vuelve á nosotros, entendámonos, sacrifiquemos á los intrigantes que nos dividen y salvemos la libertad por nuestra unión.»

Robespierre pareció conmovirse por las protestas de Collet de Herbois. Se quejó de las acusaciones sordas que se esparcían sobre su pretendida dictadura, blasonó de un completo desinterés del poder, propuso renunciar á la dirección de la policía que le molestaban dominar y habló vagamente de los conspiradores que era necesario ante todo destruir en la Convención.

Carnot y Saint-Just tuvieron una esplicación muy rñida con motivo de los diez y ocho mil hombres que Carnot había destacado del ejército del Norte esponiéndolos á todas las fuerzas de Coburgo, para enviarlos á la invasión de la Flandes marítima. «Queréis usurparlo todo, dijo Carnot. Desconcertais mis planes, inutilizais á los generales y las campañas; os he dejado el interior, dejadme el campo de batalla; ó si queréis dirigirlo como todo lo demas, tomad también la responsabilidad de las fronteras. ¿Qué será de la libertad si perdéis á la patria?»

Saint-Just se justificó con modestia y se declaró lleno

de deferencia por el genio militar de Carnot. Barrere se manifestó complaciente. Solo Billaud estuvo silencioso. Su silencio inquietaba á Saint-Just. «Hay hombres, dijo el jóven fanático, que por el sombrío carácter de su fisonomía y por la palidez de su rostro, Licurgo hubiera desterrado de Lacedemonia.—Hombres lay, respondió Billaud, que ocultan su ambición bajo su juventud y juegan al Alcibiades para convertirse en Pisistratos!»

Al nombre de Pisistrato, Robespierre se creyó aludido y se quiso retirar. Roberto Lindet intervino con palabras sabias y dulces. Billaud desarrugó su frente y ofreció la mano á Robespierre: «En el fondo, dijo, yo no te he echado en cara mas que tus perpétuas sospechas; desisto voluntariamente de las que yo mismo he concebido de tí. ¿Qué tenemos que perdonarnos? ¿No hemos pensado y hablado siempre lo mismo de todas las grandes cuestiones que han agitado á la república y á los consejos?—Eso es verdad, dijo Robespierre, pero inmolais por casualidad los culpables y los inocentes, los aristócratas y los patriotas.—¿Por qué no estas tú con nosotros para elegirlos?—Aun es tiempo, respondió Robespierre, para establecer un tribunal de justicia que no elija pero que condene con la imparcialidad de la ley y no por casualidad ó por espíritu de facción.» La discusión se estableció sobre este principio. Las prendas eran las cabezas de los mejores ciudadanos. Robespierre queria regularizar y moderar el terror, los demas declararlo mas necesario que nunca para esterminar y estirpar á los conspiradores. «¿Por qué habeis forjado la ley del 22 pradial, dijo Billaud, ha sido para dejarla dormir en la carterá?—No, respondió Robespierre, sino para amenazar desde mas alto á los enemigos de la revolucion sin escepcion, y á mí mismo si levantase la cabeza por cima de las leyes.»

Se convino, dicen, en entenderse amigablemente sobre la suerte del pequeño número de hombres peligrosos que se agitaban en la Convención, y sacrificarlos si eran

culpables, á la seguridad de la república y por la concordia del gobierno. Se determinó que Saint-Just compusiese un informe sobre la situación de las cosas, propio á extinguir en apariencia los disencimientos y á demostrar á la república que la armonía mas completa se había restablecido entre sus hombres. Se separaron con las apariencias de una reconciliación.



## LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliación.—Deliberación de los conjurados.—Los Jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de mayo.—Primeros días de termidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinación á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 termidor.—El 8 termidor.—Discurso de Robespierre en la Convención.—La asamblea rehúsa que se imprima.—Robespierre en la comisión de salud pública.—Escena violenta.—Collet de Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crisis del día siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de este.—Los diputados del centro indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 termidor.—Los Jacobinos se preparan para los acontecimientos del día.—Coffinhal, Fleuriot, Pavan, Henriot.—Sesión de la Convención.—Collet de Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien lo interrumpe.—Billaud Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la asamblea.—Prolongada agitación.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prisión de Henriot y que la sesión sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamación.—Barrère sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barrère.—Robespierre no consigue hacerse oír.—Deja la tribuna.—Lo rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tu multo.—Decreto de acusación contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre y el joven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesión.—Se envían á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo día.—Ejecuciones del día anterior.—Roucher y André Chenier,

Los síntomas de reconciliación que acababan de aparecer en la última entrevista de Robespierre y de la co-

culpables, á la seguridad de la república y por la concordia del gobierno. Se determinó que Saint-Just compusiese un informe sobre la situación de las cosas, propio á extinguir en apariencia los disencimientos y á demostrar á la república que la armonía mas completa se había restablecido entre sus hombres. Se separaron con las apariencias de una reconciliación.



## LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliación.—Deliberación de los conjurados.—Los Jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de mayo.—Primeros días de termidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinación á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 termidor.—El 8 termidor.—Discurso de Robespierre en la Convención.—La asamblea rehusa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convención.—Su testamento de muerte.—Agitación.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir las comisiones.—Saint-Just en la comisión de salud pública.—Escena violenta.—Collot de Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crisis del día siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de este.—Los diputados del centro indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 termidor.—Los Jacobinos se preparan para los acontecimientos del día.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesión de la Convención.—Collot de Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien lo interrumpe.—Billaud Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la asamblea.—Prolongada agitación.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prisión de Henriot y que la sesión sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamación.—Barrère sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barrère.—Robespierre no consigue hacerse oír.—Deja la tribuna.—Lo rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusación contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre y el joven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesión.—Se envían á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo día.—Ejecuciones del día anterior.—Roucher y André Chenier,

Los síntomas de reconciliación que acababan de aparecer en la última entrevista de Robespierre y de la co-

mision de salud pública, eran engañosos. Apenas Fouché, Tallien, Barras, Freron, Bourdon, Legendre y sus amigos tuvieron conocimiento de aquellas tentativas de paz, conocieron que sus cabezas serian el precio de la concordia. «Entregadas nuestras cabezas, dijeron á Billaud Varennes, á Collot de Herbois y á Vadier, qué os quedará que defender? Las vuestras? La tiranía no se disfraza sino para acercaros sin ser aperebida. Cuando le hayais concedido las cabezas de vuestros únicos defensores en la Convencion, la ambicion de Robespierre se aumentará sobre nuestros cadáveres y os herirá con el arma que le hayais proporcionado.» Billaud Varennes, Collot de Herbois y Vadier eran demasiado ilustrados por su propio odio para no comprender estos peligros, y juraron que no se les concederia ninguna cabeza de la Convencion.

Las secretas entrevistas entre los representantes amenazados y los miembros de las dos comisiones fueron mas frecuentes y mas misteriosas. De dia se deliberaba y se conspiraba de noche. Se tramaba la perdida de Robespierre á pocos pasos de su casa en la de Courtois, que era bastante animoso para facilitar su habitacion á los conjurados que le lisonjaban en querer suprimir en fin el terror.

## II.

Por su parte los confidentes de Robespierre le insinuaron que todo paso para reconciliarse era un lazo que las comisiones le armaban. «Ellos se humillan porque tiemblan, le decian; si tu solo silencio los ha reducido este abstenimiento, ¿qué será cuando te levantes para acusarlos? Pero si aceptas hoy la apariencia de una fingida reconciliacion con ellos, ¿de qué los acusaras si-

aparecer tú cómplice tambien? Si te conceden los mas insignificantes y los mas despreciables de tus enemigos, será para conservar á los mas temibles y á los mas malvados. Ofréceles el combate todos los dias desde la cima de la tribuna de los Jacobinos; si lo rehusan, su cobardia los deshonra y los acusa, y si lo aceptan el pueblo está de tú parte.»

Impaciente Saint-Just por las contemplaciones de Robespierre, salió por quinta vez para el ejército del Sambre y Mosa. «Voy á hacerme matar, dijo á Couthon. Los republicanos no tienen otro lugar que el sepulcro, esclamaba con frecuencia en los Jacobinos. La Convencion está sojuzgada por cuatro ó cinco malvados. Por lo que á mi hace, declaro que no me dominarán. Cuando dicen que Robespierre se debilita, pretenden tambien que yo estoy paralizado. Ellos verán que mi corazon tiene todas sus fuerzas.»

Los Jacobinos, los seccionarios, Payan, Fleuriot, Dohsenn, Coffinhal, sobre todo, Henriot y su estado mayor, hablaban en público de un ataque á mano armada contra la Convencion. «Si Robespierre no quiere ser nuestro gefe, decian en alta voz los hombres de la municipalidad, su nombre será nuestra bandera. ¡Es necesario violentar su desinterés ó la república perece! ¿Dónde está Danton? ¡Si viviera salvaria al pueblo! ¿Por qué es preciso que la virtud tenga mas escrupulo que la ambicion? El desinterés que pierde á la libertad es mas culpable que la ambicion que la salva. ¡Ojalá, añadieron, que Robespierre tuviese la sed de poder de que le acusan! La república tiene necesidad de un ambicioso, y él no es mas que un sabio!»

## III.

Aquellas proposiciones que resonaban continuamente en los oídos de Robespierre; la fermentacion creciente

de que era testigo en los Jacobinos; los informes de sus espías que seguían á tientas un complot tenebroso de la Convención; los síntomas de otro 31 de mayo, que abiertamente se manifestaba en la municipalidad; el temor que la insurrección, sin moderador y sin límites, no estallase por sí misma arrastrando á la Convención que miraba como el único centro de la patria, determinaron en fin á Robespierre, no á obrar, sino á hablar. Quería más dar el combate solo en la tribuna á riesgo de ser precipitado, que combatir á la cabeza del pueblo amotinado, esponiéndose á mutilar la representación nacional. Solamente llamó en su auxilio á Saint-Just, su hermano y Lebas, para que lo asistiesen en la crisis ó para que muriesen con él.

Nada anunciaba alrededor de Robespierre un gran designio. A escepcion de cuatro ó cinco hombres del pueblo que llevaban armas ocultas bajo su ropa, que los Jacobinos habían encargado sin su noticia que le siguiesen y velasen por la seguridad de su vida, todo su aspecto era el del más humilde ciudadano. Nunca había afectado más simplicidad y más modestia en sus costumbres: de día en día se aislaba más, pareciendo recogerse en los goces contemplativos de la naturaleza: sea para consultar como Numa el oráculo de la soledad, sea para saborear los últimos días de vida que su incierto destino le acordaba. No iba ya á las comisiones; rara vez á la Convención y con inexactitud á los Jacobinos. Solo se abría su puerta á un reducido número de amigos. No escribía pero leía mucho. Parecía estar, no agobiado, sino cansado. Se hubiera dicho que se había situado en aquel estado de reposo filosófico en que los hombres en vísperas de las grandes catástrofes, se ponen algunas veces para dejar obrar solo á su destino y ver venir los acontecimientos. Una espresion de desaliento entorpecía sus miradas, ordinariamente muy perspicaces y escrutadoras. El metal de su voz se había endulzado tomando un

acento de tristeza. Evitaba encontrarse en su casa con las hijas de Duplay, y sobre todo, con la que debía unirse después de aquellas tempestades: no hablaba ya de las perspectivas de una vida oscura en una union feliz en el campo. Veía que su horizonte se oscurecía á medida que se acortaba; había demasiada sangre arrojada entre la dicha y él. Una dictadura terrible ó un impo- nente cadalso, eran las únicas imágenes en las que ya podía detener la consideracion. Trataba de distraerse de estas en los primeros días de termidor por las escursiones en las cercanías de París en compañía de algun confidente ó solo; estaba días enteros bajo las arboledas de Meudon, de Saint-Cloud ó de Viroflay. Se hubiera dicho que se alejaba de París, en donde rodaban las carretas de las víctimas, para poner distancia entre los remordimientos y él. Ordinariamente llevaba un libro, tal como Rousseau, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre, ó poetas sentimentales, como Gesner ó Young: extraño contraste entre la dulzura de las imágenes, la serenidad de la naturaleza y la aspereza del alma. Tenia los ensueños y las contemplaciones de la teosofía en medio de las escenas de muerte y de las procripciones de un Mario.

## IV.

Se dice que el 7 termidor, vispera del día en que Robespierre esperaba la llegada de Saint-Just, y en que había resuelto jugar su vida por la restauracion de la república, fué por última vez á pasar el día en la ermita de Juan Jacobo Rousseau, en las cercanías del bosque de Montmorency. ¿Iba á buscar inspiraciones políticas bajo la sombra de los árboles, en las que su maestro había escrito el *Contrato social*, este código de la democracia? ¿Iba á rendir homenaje al filósofo espiritua-

lista de una vida que iba á dar por su causa? Nadie lo sabe. Pasó, segun se dice, horas enteras apoyada la cabeza en sus manos y recostado en la tapia rústica que cierra aquel pequeño jardín. Su semblante tenia la contraccion del suplicio y la lividez de la muerte, y en él se leia la agonía del remordimiento, de la ambición ó del desaliento. Robespierre tuvo tiempo para reunir en una sola mirada su pasado, su presente, la suerte de la república, el porvenir del pueblo y el suyo. Si murió de angustia, de arrepentimiento y de ansiedad, fué en aquella muda meditacion.

## V.

Una intencion recta al principio; una adhesion voluntaria al pueblo, que representaba á sus ojos la porcion oprimida de la humanidad; un atractivo apasionado por una revolucion que daba la libertad á los oprimidos, la igualdad á los humillados, la fraternidad á la familia humana, la razon á los cultos; algunos asiduos trabajos consagrados para hacerse digno de ser uno de los primeros trabajadores de aquella regeneracion; las humillaciones crueles sufridas con paciencia en su nombre, en su talento, en sus ideas y en su fama, para salir de la oscuridad en que le confinaban los nombres, los talentos y la superioridad de Mirabeau, de Barnave y de La Fayette; su popularidad conquistada palmo á palmo, y siempre destrozada por la calumnia; su retirada voluntaria en las filas mas oscuras del pueblo; su vida presa de todas las privaciones; su indigencia, que no le dejaba participar con su familia, mas indigente que él, sino el pedazo de pan que la nacion daba á sus representantes; su misma virtud levantada en acusacion contra él; su desinterés, llamado hipocresia por los que eran incapaces

de comprenderlo; el triunfo, en fin; un trono destronado; libertado el pueblo; su nombre asociado á la victoria y á las bendiciones de la multitud; pero al mismo tiempo la anarquia destrozando en el momento el reinado del pueblo; indignos rivales, tales como Hebert y Marat, disputándole la direccion de la revolucion y precipitándola en su ruina; una lucha criminal de venganzas y crueldades, estableciéndose entre sus rivales y el para disputarse el imperio de la opinion; algunos sacrificios culpables, hechos con repugnancia, pero hechos durante tres años por aquella popularidad que habia querido ser alimentada con sangre; la cabeza del rey pedida y obtenida; la de la reina; la de millares de vencidos, sacrificados despues del combate; los girondinos sacrificados á pesar de que estimaba á sus principales oradores; el mismo Danton, su mas orgulloso émulo; Camilo Desmoulins, su jóven discipulo, arrojados al pueblo por una sospecha para que no hubiese mas nombre que el suyo en boca de los patriotas; y en fin, el poder obtenido en la opinion, pero á condicion de reconquistarle sin cesar por nuevos sacrificios; el pueblo no queriendo tener en su supremo legislador mas que un acausador; las aspiraciones á la clemencia, rechazadas por la necesidad de inmolar todavia; una cabeza pedida ó entregada por la precision de cada dia; la victoria tal vez para el siguiente dia, pero sin determinar nada en el espíritu para consolidar y utilizar aquella misma victoria; las ideas confusas y contradictorias; el horror de la tiranía y la necesidad de la dictadura; los planes imaginarios, llenos del espíritu de la revolucion, pero sin organizacion para contenerlos, sin fuerza para hacerlos durar; palabras por instituciones; la virtud en sus labios y la sentencia en la mano; un pueblo febril; una Convencion servil; unas comisiones corrompidas; la república descansando en una sola cabeza; una vida odiosa; una muerte infructuosa; un nombre nefasto; el clamor de la sangre que no se apaga y que

se elevaría en la posteridad contra él: todos estos pensamientos asaltaron sin duda á Robespierre durante aquel examen de su ambicion. No le quedaba ya mas que un recurso: este era ofrecerse como ejemplo á la república. Denunciar al mundo los hombres que corrompian la libertad; morir combatiéndolos y legar al pueblo, si no un gobierno, al menos una doctrina y un mártir. Evidentemente tuvo este último sueño; pero solo era un sueño. ¡La intencion era elevada, el valor grande; pero la víctima no era bastante pura para el sacrificio! Esta es la eterna desgracia de los hombres que han manchado su nombre en la sangre de sus semejantes, de no poder lavársela nunca sino con su propia sangre.

## VI.

Habiendo regresado del ejército Saint-Just, fué diferentes veces por la noche á conferenciar con Robespierre. Cansado de esperar, fué aun cubierto con el polvo del camino á la comision de salud pública. Un silencio taciturno y una curiosidad inquieta lo acogieron. Entró convencido que los ánimos eran irreconciliables y que los corazones abrigaban la muerte. Al siguiente día Saint-Just confirmó á Robespierre en la idea de dar el primer golpe. Por su parte las comisiones esperaban un ataque próximo: sus miembros se preparaban conociendo la importancia de la eleccion del presidente en una asamblea en que el que preside puede á su gusto sostener ó desarmar al orador. Hicieron subir á la presidencia de la Convencion á Collot de Herbois.

Robespierre volvió á leer y enmendó verosimilmente muchas veces su discurso. Al salir por la mañana se despidió de sus huéspedes con la cara mas conmovida que los otros días. Sus amigos Duplay, y las hijas de éste, se

agruparon á su alrededor vertiendo lágrimas. «Vais á correr grandes peligros hoy, le dijo Duplay, dejad que vuestros amigos os acompañen y llevar armas ocultas.— No, respondió Robespierre, estoy rodeado de un nombre y armado con los votos del pueblo. Por otra parte, la mayoría de la Convencion es para: nada tengo que temer en medio de la representacion á la que nada quiero imponer sino inspirar solamente su salvacion.»

Se habia vestido con el mismo traje que habia llevado en la proclamacion del Ser Supremo. Afectaba en su persona la decencia que deseaba establecer en las costumbres, queriendo sin duda que el pueblo lo reconociese en aquel traje como su bandera viviente. Lebas, Couthon, Saint-Just y David fueron á la sesion antes que él. La Convencion estaba numerosa y las tribunas ocupadas por los Jacobinos. Al entrar, Robespierre pidió la palabra. Su presencia en la tribuna en un momento en que llevaba el secreto y la suerte de la situacion en sus ideas, era un acontecimiento. Sorprendidos los conjerados por su aparicion, se apresuraron á bajar de sus sitios para ir á advertir á los miembros de las comisiones y á sus amigos que estaban en los jardines y en las salas, para que ocupasen precipitadamente sus bancos. Un profundo silencio precedia las palabras. Las masas tenían inmensos sentimientos.

## VII.

En aquel momento, Robespierre parecia envolver con atencion su fisonomia en una nube, y contener la explosion de su pensamiento mudo hacia mucho tiempo. Revolvía lentamente su manuscrito en su mano derecha como si fuese un arma con la que iba á destruir á sus ene-

migos. También mostraba á sus colegas que habia reflexionado su ira y que sus palabras eran un designio. He aquí su discurso con alguna estension. Se sentiria no conocer palabras que encierran toda una situacion y que atrajeron por su efecto tan inminente cambio.

«Ciudadanos, dijo, otros os trazarán cuadros lisongeros: vengo solo á deciros algunas verdades útiles. No vengo á realizar terrores ridículos esparcidos por la perfidia, pero quiero ahogar si es posible, la tea de la discordia por solo la fuerza de la verdad. Voy á defender ante vosotros vuestra autoridad ultrajada y la libertad violada. También me defenderé yo á mí mismo: de esto no os sorprendereis; vosotros no os pareceis á los tiranos que combatis. Los clamores de la inocencia ultrajada no importunan vuestro oído y no ignorais que esta causa no es enteramente estraña para vosotros.

«Las revoluciones que hasta aquí han cambiado la faz de los imperios, no han tenido por objeto sino el cambio de dinastía ó el paso del poder de uno al de muchos. La revolucion francesa es la primera que se ha fundado sobre la teoría de los derechos de la humanidad y sobre los principios de la justicia. Las otras revoluciones no exigen mas que ambición, la nuestra impone virtudes. La república se ha deslizado, por decirlo así, por medio de todas las facciones; pero ha encontrado su poder organizado alrededor de ella, y también no ha cesado de ser perseguida desde su nacimiento en la persona de todos los hombres de buena fé que combaten por ella.

«Los amigos de la libertad buscan destruir el poder de los tiranos por la fuerza de la verdad, los tiranos buscan destruir á los defensores de la libertad por la calumnia: dan el nombre de tiranía al ascendiente mismo de los principios de la verdad. Cuando este sistema ha podido prevalecer, la libertad se ha perdido; porque está en la naturaleza de las cosas que exista una influencia en todo en donde hay hombres reunidos; sea de la

tiranía ó de la razon. Cuando esta se proscribe como un crimen, la tiranía reina; cuando los buenos ciudadanos son condenados al silencio, es necesario que reinen los malvados.

«Aquí tengo necesidad de esplayar mi corazón y vosotros necesidad también de oír la verdad.

«¿Cuál es, pues, el fundamento de ese odioso sistema de terror y de calumnia contra mí? ¡Nosotros temibles á los patriotas! ¡Nosotros que los hemos arrancado de las manos de todas las facciones conjuradas contra ellos! ¡Nosotros que los disputamos todos los días, por así decirlo, á los hipócritas intrigantes que se atreven á oprimirlos aun! ¡Nosotros, temibles á la Convencion nacional! ¿Y qué somos sin ella? ¿Y quién ha defendido á la Convencion nacional con peligro de su vida? ¿Quién se ha sacrificado por su conservacion cuando execrables facciones conspiraban por su ruina á la faz de la Francia? ¿Quién se ha sacrificado por su gloria cuando los viles sostenedores de la tiranía predicaban en su nombre el ateísmo, cuando tantos otros guardaban un criminal silencio sobre las maldades de sus cómplices y parecían esperar la señal de la carnicería para bañarse en la sangre de los representantes del pueblo? ¿A quiénes estaban destinados los primeros golpes de los conjurados? ¿Cuáles eran las víctimas designadas por Chanette y por Ronsin? ¿A qué sitio debía marchar la banda de asesinos al abrir las cárceles? ¿Cuáles eran los objetos de las calumnias y de los atentados de los tiranos armados contra la república? ¿No hay mas que un puñal para nosotros, en el cargamento que la Inglaterra envia á Francia y á París? ¡Nosotros somos á quienes se asesina y somos nosotros á quienes se pinta como temibles! ¿Y cuáles son, pues, los grandes actos de severidad que se nos echa en cara? ¿Cuáles han sido las víctimas? Hebert, Ronsin, Chabot, Danton, Lacroix, Fabre de Eglantine y algunos otros cómplices. ¿Es su castigo el que se nos echa en cara? Nadie se atreve-

ria á intentarlo. ¡No, no hemos sido demasiado severos: yo atestiguo con la república que aun respira!

«Somos nosotros los que hemos sumido en los calabozos á los patriotas y sumido en el terror á todas las condiciones? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Somos nosotros los que olvidando los crímenes de la aristocracia y protegiendo á los traidores, hemos declarado la guerra á los ciudadanos pacíficos, erigiendo en crimen ó en preocupaciones incurables á cosas indiferentes para mostrar en todas partes culpables, y convertir á la revolución terrible al pueblo? Son los monstruos que hemos asesinado. ¿Somos nosotros los que buscando opiniones antiguas, hemos descargado la cuchilla sobre la Asamblea nacional? Son los monstruos que hemos asesinado. ¿Se habrá olvidado ya que somos nosotros los que nos hemos interpuesto entre ellos y sus verdugos?

«Tales, sin embargo, la base de esos proyectos de dictadura y de atentados contra la representación nacional. ¿Por qué fatalidad esta gran acusación ha sido llevada de golpe sobre uno de sus miembros? ¡Estrano proyecto de un hombre, empeñar á la Convención nacional á degollarse á sí misma en detalle por sus propias manos para abrirse el camino del poder absoluto! A otros queda percibir el lado ridículo de estas inculpaciones; á mí queda el ver su atrocidad. ¡Vosotros dareis al menos cuenta á la opinión pública de vuestra terrible perseverancia en perseguir el proyecto de degollar á todos los amigos de la patria, monstruos que buscáis arrebatarme el aprecio de la Convención nacional, el premio mas glorioso de los trabajos de un mortal, que he sido forzado á conquistar! Aparecer un objeto de terror á los ojos de lo que se venera y de lo que se ama, es para un hombre sensible y probo el mas terrible suplicio! ¡Hacérselo sufrir es la mas terrible de las crueldades!

«En el seno de la Convención pretenden que la Montaña está amenazada porque algunos miembros no se

sientan en esta parte de la sala creyéndose en peligro, y por interesarse en la misma causa de Convención nacional entera, han despertado súbitamente el negocio de los sesenta y dos diputados detenidos, y se me imputan todos estos acontecimientos que me son enteramente extraños. Se dice que yo quiero perder á la otra parte de la Convención nacional. Se me pinta aqui como el primer perseguidor de los sesenta y dos diputados detenidos, allí se me acusa por defenderlos.

«¡Ah! cuando á riesgo de herir la opinión pública yo arranqué solo á una decisión precipitada aquellos cuyas operaciones me hubieran conducido al cadalso si hubiesen triunfado; cuando en otras ocasiones yo me oponia á todo el furor de una facción hipócrita para reclamar los principios de la estricta equidad con respecto de los que solo habia juzgado con mas precipitación, estaba lejos sin duda de pensar que tuviese que dar cuenta de semejante conducta, pero aun estaba mas lejos de pensar aun que me acusasen de ser el verdugo de aquellos por quienes yo he llenado los deberes de la probidad y el enemigo de la representación nacional que he servido con adhesión.

«Sin embargo, la palabra *dictadura* tiene efectos mágicos. Marchita la libertad, envilece el gobierno, destruye la república, degrada todas las instituciones revolucionarias que se presentan como obra de un solo hombre; y dirige sobre un solo punto todos los odios y todos los puñales del fanatismo y de la aristocracia.

«¿Qué terrible uso no han hecho los enemigos de la república del solo nombre de una magistratura romana! Si su erudición nos ha sido tan fatal, ¿qué nos serian sus tesoros y sus intrigas? no hablo de sus ejércitos, pero séame permitido devolver al duque de York y á todos los escritores reales las patentes de esta dignidad ridicula que me han espedido los primeros. Hay demasiada insolencia en unos reyes que no están seguros de conservar sus coronas arrogarse el derecho de distribuir las á otros.

«Me llaman tirano!... Si yo lo fuese se arrastrarían a mis pies, yo los colmaría de oro y les aseguraría el derecho de cometer todos los crímenes y se mostrarían reconocidos. Si yo lo fuese, los reyes que hemos vencido, lejos de denunciar el tierno interés que toman por nuestra libertad, me prestarían su culpable apoyo; ¡yo transigir con ellos! ¿Se llega a la tiranía por el socorro de los malvados? ¿A dónde van los que la combaten? Al sepulcro y a la inmortalidad, ¿Cuál es el tirano que me protege? ¿Cuál es la facción a que pertenezco? A vosotros mismos. ¿Cuál es la facción que desde el principio de la revolución ha derribado y hecho desaparecer a tantos traidores acreditados? Vosotros, el pueblo, los principios. He ahí la facción a la que yo pertenezco, y contra la cual se han conjurado todos los crímenes.

«La verdad, sin duda, tiene su poder, su ira y su despotismo; tiene acentos patéticos, terribles, que resuenan con fuerza tanto en los corazones puros como en las conciencias culpables, y que no es dado a la mentira imitar, como a Salomón imitar los rayos del cielo.

«¿Qué soy yo al que acusan? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la república, la víctima y el enemigo del crimen; todos los picaros me ultrajan; las acciones más indiferentes, las más legítimas para otros, son crímenes para mí; un hombre es calumniado desde que me conoce. A otros se les perdona sus maldades, y a mí se me hace un crimen por mi celo. Quitadme la conciencia y soy el más desgraciado de los hombres.

«Cuando las víctimas de su perversidad se quejan, se escusan ellos diciendo: *Robespierre es quien lo quiere y nosotros no podemos remediarlo.* Los infames discípulos de Hebert tenían antes el mismo lenguaje en el tiempo que yo los denuncié; se llaman mis amigos y en seguida me han declarado convertido de moderantismo; todavía son la misma especie de contrarrevolucionarios que persiguen al patriotismo. ¿Hasta cuándo el honor de los ciu-

dadanos y la dignidad de la Convención nacional han de estar a la merced de estos hombres? Pero la acción que acabo de citar no es más que una parte del sistema de persecución de que soy objeto. Desarrollando la acusación de dictadura puesta al orden del día por los tiranos, se han unido para achacarme todas sus iniquidades, todas las injusticias de la fortuna, y todos los rigores mandados para la salvación de la patria. Han dicho a los nobles; *Solo él es quien os ha proscrito*; al mismo tiempo que dicen a los patriotas: *Quiere salvar a los nobles*; dicen a los sacerdotes; solo él es quien os persigue; sin él estaríais pacíficos y triunfantes; dicen a los fanáticos: él es quien destruye la religión; dicen a los patriotas; él es quien lo ha ordenado, ó que no quiere impedirlo; me envían todas las quejas en que yo no puedo evitar las causas diciendo: *Vuestra suerte depende de él solo.* Algunos hombres apostados en los sitios públicos propagan todos los días este sistema. Los hay en las sesiones del tribunal revolucionario, en los parages en que los enemigos de la patria espían sus maldades, y dicen: *¡Ved esos desgraciados sentenciados! ¿Y por qué causa? por Robespierre.* Se han unido particularmente para probar que el tribunal revolucionario era un *tribunal de sangre* creado por mí solo, y que yo dominaba absolutamente para dominar a todas las gentes honradas y a todos los picaros, porque quieren suscitarme enemigos de todas especies. Este clamor resuena en todas las cárceles.

«Han dicho a cada diputado que vuelve de una comisión en los departamentos que yo solo había provocado su llamada. Han informado fielmente a mis colegas de todo lo que he dicho y de todo lo que no he dicho. Cuando han formado toda esta tempestad de odios, de venganzas, de terror y de amor propio irritado, han creído que ya era tiempo de estallar. ¿Pero quiénes son estos calumniadores?

«Yo puedo responder que los autores de este plan de calumnia son desde luego el duque de York, Mr. Pitt y

todos los tiranos armados entre nosotros. ¿Y despues...? ¡Ah! Yo no me atrevo á nombrarlos en este instante y en este sitio, no puedo resolverme á descorrer el velo que cubre este profundo misterio de iniquidades: pero lo que puedo afirmar positivamente, es que entre los autores de esta trama están los agentes de este sistema de corrupcion y de estravagancia, el mas poderoso de todos los medios inventados por el estrangero para perder la república; están los apóstoles del ateismo y de la immoralidad cuya base es.

«La tiranía no habia pedido á los hombres sino sus bienes y sus vidas; estos nos piden hasta nuestras conciencias: con una mano nos presentan todos los males y con la otra nos arrancan las esperanzas. El ateismo seguido de todos los crímenes, vierte sobre el pueblo el luto y la desesperacion, el desprecio y el oprobio. Una indignacion justa, comprimida por el terror, fermentaba sordamente en los corazones, una erupcion terrible, inevitable, fermentada en las entrañas del volcan, mientras que los filosofillos jugaban estúpidamente sobre su crater con grandes malvades. Tal es la situacion de la república, que sea que el pueblo consintiese en sufrir la tiranía, sea que sacudiese violentamente el yugo, la libertad era igualmente perdida, porque por su reaccion, hubiese herido de muerte á la república y por su paciencia se hubiera hecho indigno. Así, de todos los prodigios de nuestra revolucion, el que la posteridad concevira mejor, será que hayamos podido librarnos de este peligro. ¡Eternas gracias os sean dadas, habeis salvado á la patria! Vuestro decreto de 48 floreal es por sí solo una revolucion: habeis herido con el mismo golpe al ateismo y el despotismo sacerdotal: habeis avanzado medio siglo la hora fatal de los tiranos: habeis unido á la causa de la revolucion á todos los corazones puros y generosos, la habeis mostrado al mundo en todo el brillo de celeste hermosura. ¡Oh dia para siempre afortunado en el que el pueblo

francés entero se levantó para rendir al Autor de la naturaleza el único homenaje digno de él! ¡Qué patética reunion de todos los objetos que puedan encantar las miradas y el corazon de los hombres! ¡Ser de los seres! ¡el dia en que el universo salido de tus poderosas manos, brilló con una luz mas agradable á tus ojos que el dia en que rompiendo el yugo del crimen y del error, compareció ante tí digno de tus miradas y de tus destinos!

«Este dia habia dejado en la Francia una impresion profunda de calma, de felicidad, de sabiduría y de bondad. Pero cuando el pueblo en presencia del cual todos los vicios particulares desaparecen, vuelve á sus hogares domésticos, los intrigantes reaparecen y vuelven á su papel de charlatanes. Desde aquella época se los ha visto agitarse con nueva audacia y buscar el castigo de los que habian desconcertado el mas peligroso de todos los complots. ¿Se creerá que en el seno de la alegría pública algunos hombres hayan respondido por acciones de furor á las tiernas aclamaciones del pueblo? ¿Se creerá que al presidente de la Convencion nacional, hablando al pueblo reunido se le insultase por ellos y que estos hombres fuesen representantes del pueblo?

«¿Qué se diria si los autores del complot de que acabo de hablar fuesen del número de los que han conducido á Danton, Fabre y Desmoulin al cadalso? ¡Cobardes! ¿Querian hacerme bajar al sepulcro con ignominia y que no dejase en la tierra sino la memoria de un tirano! ¿Con qué perfidia han abusado de mi buena fé! ¿Cómo fingien adoptar los principios de los buenos ciudadanos! ¿Cómo su lingida amistad parecia sincera y cariñosa! ¿De pronto sus facciones se han vuelto sombrías, y una feroz alegría brilló en sus ojos; este era el momento en que creian aseguradas sus medidas para confundirme! ¡En el dia de hoy me acarician de nuevo, su lenguaje es mas afectuoso que nunca: hace tres dias estaban dispuestos á denunciarme como un Catilina, en el dia me suponen las

virtudes de Catón. Aun les falta tiempo para combinar sus criminales tramas que no es otro su objeto! ¡Pero qué despreciables los medios que emplean! Juzgado por un solo rasgo: he sido momentáneamente encargado en ausencia de mis colegas de vigilar una secretaria de policía general reciente y débilmente organizada en la comisión de salud pública: mi corta gestión se ha limitado á provocar unas treinta disposiciones, sea para poner en libertad á patriotas perseguidos, sea para asegurar á algunos enemigos de la revolución. ¡Pues bien! ¿Se creará que la sola palabra de *policia general* ha bastado para arrojar sobre mi cabeza la responsabilidad de las operaciones de la comisión de seguridad general, de las equivocaciones de algunas autoridades constituidas, y los crímenes de todos mis enemigos? Puede que no haya sido preso un individuo, vejado un ciudadano para que se diga de mí: *¡He ahí el autor de tus males, tu vivirás dichoso y libre si él no existiese.*

«Como podría yo relatar o adivinar todas las imposturas que han sido clandestinamente insinuadas, sea en la Convención nacional, sea en otra parte, para hacerme odioso y temible? Me limitaba á decir que hace mas de seis semanas, la naturaleza y la fuerza de la calumnia, la impotencia de hacer el bien y detener el mal me ha obligado á abandonar absolutamente mis funciones de miembro de la comisión de salud pública y juro que para esto no he consultado mas que mi razón y la patria.

«Como quiera que sea, ved que hace seis semanas que mi dictadura ha espirado y que no he tenido ninguna influencia en el gobierno. ¿El patriotismo ha sido más protegido? ¿Las facciones más intimidadas? ¿La patria más dichosa? Yo lo deseo. Pero mi influencia se ha limitado en todo tiempo á defender la causa de la patria ante la representación nacional y ante el tribunal de la razón pública: me ha sido permitido con las facciones que os amenazaban: he querido desarraigar el sistema de corrup-

ción y de desorden que antes habian establecido y que miro como el único obstáculo para el afianzamiento de la república. He pensado esto, no podia conseguirse sino en las eternas bases de la moral. Todo se ha ligado contra mí y contra los que participan los mismos principios. ¡Oh, yo les abandono mi vida sin sentimiento! Tengo la experiencia de lo pasado y veo el porvenir. ¿Qué amigo de la patria puede querer sobrevivir en el momento en que no sea permitido servir y defender la inocencia oprimida? ¿Por qué se ha de permanecer en un orden de cosas en que la intriga triunfa eternamente de la verdad, en que la justicia sea su homenaje, en que las mas viles pasiones ó los temores mas ridiculos ocupan en los corazones la plaza de los sagrados intereses de la humanidad? ¿Cómo soportar el suplicio de ver la horrorosa sucesion de traidores mas ó menos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo el velo de la virtud y aun de la amistad, pero que todos dejarán á la posteridad el trabajo de decidir cuál de los enemigos de mi país fué el mas cobarde y el mas atroz? Viendo la multitud de vicios que el torrente de la revolución ha acarreado entremezclados con las virtudes cívicas, temo alguna vez, lo confieso, mancharme á los ojos de la posteridad por la inmediatecion impura de hombres perversos que se introducen entre los sinceros amigos de la humanidad, y me aplaudo en ver el furor de los Verres y los Catilinas de mi país trazar una linea profunda de demarcacion entre ellos y todas las gentes honradas. He visto en la historia á todos los defensores de la libertad agobiados por la calumnia, pero sus opresores tambien han muerto. Los buenos y los malvados desaparecerán de la tierra, pero en diferentes condiciones. ¡Franceses, no sufráis que vuestros enemigos se atrevan á abatir vuestras almas y enervar vuestras virtudes por su desoladora doctrina!

«¡No, Chaumette, no, la muerte no es un sueño eterno!... Ciudadanos, borrar de los sepulcros aquella máxi-

ma grabada por manos sacrilegas, que arroja un velo fúnebre sobre la naturaleza, que desanima á la inocencia oprimida y que insulta á la muerte. Grabad en su lugar esta otra: *La muerte es el principio de la inmortalidad.*

«He prometido hace algun tiempo, dejar un testamento temible á los opresores del pueblo, voy á publicarlo desde ahora con la independencia que conviene á la situacion en que me he colocado. Les lego la terrible verdad y la muerte.

«¿Por qué los que os decian no ha mucho: *os declaramos que marchamos sobre un volcan*, creen en el dia que marchan sobre rosas? Ayer creian en las conspiraciones, y yo declaro que las creo en estos momentos. Los que os dicen que la fundacion de la república es una empresa fácil, os engañan, ó por mejor decir, no pueden engañar á nadie. ¿A dónde están las instituciones sabias ó los planes de regeneracion que justifican este ambicioso lenguaje? Pero qué digo! ¿No quieren proibir á los que los han preparado? Hoy los alaban porque se creen débiles, mañana los proibirán si se creen fuertes. Dentro de cuatro dias, dicen, se repararán las injusticias; ¿por qué las han cometido hace cuatro meses? ¿Y cómo los autores de nuestros males se corregirán ó se marcharán en cuatro dias? Se os habla mucho de vuestras victorias con lijereza académica que hace creer que no han costado á nuestros héroes ni sangre ni trabajos. Si las relatasen con menos pompa parecerían mas grandes. No será con frases retóricas ni aun con hazañas de guerreros con lo que subyugaremos la Europa, sino por la sabiduria de nuestras leyes, por la magestad de nuestras deliberaciones y por la grandeza de nuestro carácter. ¿Qué han hecho para convertir nuestros triunfos militares en beneficio de nuestros principios, para evitar los peligros de la victoria ó por asegurar sus frutos?

«Ved una parte del plan de conspiracion. ¿Y á quién es preciso imputar estos males? A nosotros mismos, á

nuestra cobarde debilidad con el crimen, á nuestro culpable abandono de los principios proclamados por nosotros mismos. No nos engañemos, fundar una inmensa república sobre las bases de la razon y de la igualdad, estrechar por un vigoroso lazo todas las partes de este inmenso imperio, no es una empresa que se puede acometer lijeramente: es la obra maestra de la virtud y de la razon. Todas las facciones nacen en tropel del seno de una grande revolucion. ¿Cómo reprimirlas si no someteis sin cesar todas las pasiones á la justicia? No teneis otro garante de la libertad que la observacion rigurosa de los principios de moral universal que habeis proclamado. ¿Qué nos importa vencer á los reyes si somos vencidos por los vicios que atrae la tirania?

«Para mi, cuya existencia parece á los enemigos de mi pais un obstáculo á sus odiosos proyectos, consiento voluntariamente en sacrificársela si su funesto imperio debe durar aun. ¿Y quién podrá desear presenciarse por mas tiempo esta horrorosa sucesion de traidores mas ó menos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo la máscara de la virtud hasta que sus crímenes lleguen á sazón, ¿y que dejen á la posteridad el embarazo de decidir cual de los enemigos de mi patria fué el mas cobarde ó el mas atroz?

«¡Pueblo, ten presente que si en la república la justicia no reina con un imperio absoluto y que si esta palabra no significa el amor de la igualdad y de la patria, la libertad no es mas que una espresion vacia de sentido! ¡Pueblo, tú á quien temen, que adulan y que desprecian; tú, soberano reconocido, que tratan siempre como esclavo, acuérdate que en todas partes en que no impera la justicia, sino las pasiones de los magistrados que el pueblo ha cambiado de cadenas y no de destinos!

«Sabe que todo hombre que se levante para defender la causa de la moral pública será agobiado de insultos y proscripto por los picaros. Sabe que todo amigo de la li-

bertad será puesto entre el deber y la calumnia; que los que no puedan ser acusados de haber hecho traición, serán acusados de ser ambiciosos; que la influencia de la probidad y de los principios se comparará á la fuerza de la tiranía y á la violencia de las facciones; que tu confianza y estimación serán títulos de proscripción para todos tus amigos; que los clamores del patriotismo oprimido se les llamará gritos de sediciosos y que no atreviéndose á atacarte en masa te proscribirán en detalle en las personas de todos los buenos ciudadanos hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos á servirlos. Así, pues, los malvados nos imponen la ley de hacer traición al pueblo á riesgo de ser llamado dictador. ¿Suscribiremos á esta ley? ¡No! ¿Defendamos al pueblo á riesgo de captarnos su estimación, que vayan al cadalso por la senda del crimen, y nosotros por la de la virtud!

## VIII.

Este extenso discurso, del que solo hemos reproducido lo principal, dejando todo lo que no era sino el pretexto de la situación, fué escuchado con un respeto aparente que servía para ocultar los sentimientos y los semblantes. Nadie se atrevería á espresar un murmullo aislado contra la sabiduría y la autoridad de semejante hombre. Esperaban que un murmullo general resonase para unirse á él; principiarlo era perderse, cada uno temblaba en presencia de los demas. La hipocresía general de admiración tenía la apariencia de una aprobación unánime.

Robespierre fué á sentarse atravesando las filas de diputados que se inclinaban y que se esforzaban á sou-

reir. Una prolongada vacilación parecía que dominaba á la Convención, no sabiendo si aplaudir ó indignarse.

Una sublevación era empeñar el combate, un aplauso su servidumbre, el silencio sufría su irresolución; una voz lo rompió.

Esta voz fué la de Leconte, que pidió que el discurso de Robespierre fuese impreso. Esto equivalía á que lo aprobase la Convención.

Aquella proposición se iba á votar cuando Bourdon del Oise, que habia visto su nombre en todas las reticencias de Robespierre, y que conocia que ser audaz no le proibiría mas, resolvió interrogar el valor ó la cobardía de sus colegas. Esperimentado en los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convención le parecia un síntoma de libertad. Una palabra podia cambiarlo en sublevación. Arrojar esta palabra en la Asamblea, era jugar su cabeza, y Bourdon la jugó.

«Me opongo, exclamó, á que se imprima este discurso; contiene materias demasiado graves para ser examinado: puede encerrar errores como verdades. Está en la prudencia de la Convención remitirlo al examen de las comisiones de salud pública y de seguridad general.»

Ninguna explosión resonó contra una objeción que el día anterior habria parecido una blasfemia. El corazon de los conjurados se animó. Robespierre se admiró de su caída. Barrere lo miró y creyó que ninguna adulación era mas compasiva que la que eleva el orgullo humillado. Sostuvo la impresión del discurso en términos que los dos partidos podian adoptar igualmente.

Couthon, animado por la defección de Barrere, pidió no solamente la impresión sino la remisión á todos los ayuntamientos de la república, y aquella impresión triunfal, fué votada. La derrota de los enemigos de Robespierre se consumaba si no conseguían hacer retractar el voto. Vadier se levanta y se sacrifica. Robespierre intenta cortar la palabra de Vadier, éste insiste. «Hablaré,» dijo con la

bertad será puesto entre el deber y la calumnia; que los que no puedan ser acusados de haber hecho traición, serán acusados de ser ambiciosos; que la influencia de la probidad y de los principios se comparará á la fuerza de la tiranía y á la violencia de las facciones; que tu confianza y estimación serán títulos de proscripción para todos tus amigos; que los clamores del patriotismo oprimido se les llamará gritos de sediciosos y que no atreviéndose á atacarte en masa te proscribirán en detalle en las personas de todos los buenos ciudadanos hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos á servirlos. Así, pues, los malvados nos imponen la ley de hacer traición al pueblo á riesgo de ser llamado dictador. ¿Suscribiremos á esta ley? ¡No! ¿Defendamos al pueblo á riesgo de captarnos su estimación, que vayan al cadalso por la senda del crimen, y nosotros por la de la virtud!

## VIII.

Este extenso discurso, del que solo hemos reproducido lo principal, dejando todo lo que no era sino el pretexto de la situación, fué escuchado con un respeto aparente que servía para ocultar los sentimientos y los semblantes. Nadie se atrevería á espresar un murmullo aislado contra la sabiduría y la autoridad de semejante hombre. Esperaban que un murmullo general resonase para unirse á él; principiarlo era perderse, cada uno temblaba en presencia de los demas. La hipocresía general de admiración tenía la apariencia de una aprobación unánime.

Robespierre fué á sentarse atravesando las filas de diputados que se inclinaban y que se esforzaban á sou-

reir. Una prolongada vacilación parecía que dominaba á la Convención, no sabiendo si aplaudir ó indignarse.

Una sublevación era empeñar el combate, un aplauso su servidumbre, el silencio sufría su irresolución; una voz lo rompió.

Esta voz fué la de Leconte, que pidió que el discurso de Robespierre fuese impreso. Esto equivalía á que lo aprobase la Convención.

Aquella proposición se iba á votar cuando Bourdon del Oise, que habia visto su nombre en todas las reticencias de Robespierre, y que conocia que ser audaz no le proibiría mas, resolvió interrogar el valor ó la cobardía de sus colegas. Esperimentado en los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convención le parecia un síntoma de libertad. Una palabra podia cambiarlo en sublevación. Arrojar esta palabra en la Asamblea, era jugar su cabeza, y Bourdon la jugó.

«Me opongo, exclamó, á que se imprima este discurso; contiene materias demasiado graves para ser examinado: puede encerrar errores como verdades. Está en la prudencia de la Convención remitirlo al examen de las comisiones de salud pública y de seguridad general.»

Ninguna explosión resonó contra una objeción que el día anterior habria parecido una blasfemia. El corazon de los conjurados se animó. Robespierre se admiró de su caída. Barrere lo miró y creyó que ninguna adulación era mas compasiva que la que eleva el orgullo humillado. Sostuvo la impresión del discurso en términos que los dos partidos podian adoptar igualmente.

Couthon, animado por la defección de Barrere, pidió no solamente la impresión sino la remisión á todos los ayuntamientos de la república, y aquella impresión triunfal, fué votada. La derrota de los enemigos de Robespierre se consumaba si no conseguían hacer retractar el voto. Vadier se levanta y se sacrifica. Robespierre intenta cortar la palabra de Vadier, éste insiste. «Hablaré,» dijo con la

calma que conviene á la virtud, y justificó el informe que habia dado sobre Catalina Theos, que atacó Robespierre. En términos encubiertos hizo entender que poseía la clave de los misterios en que sus mismos acusadores serian envueltos, y defendió á la comision de seguridad general.

«Yo tambien entro en la liza, exclamó entonces el austero é integro Cambon, aunque no he buscado formar un partido á mi inmediacion. No vengo armado con escritos preparados con anticipacion. Todos los partidos me han hallado intrépido en su camino, oponiendo á su ambicion la barrera de mi patriotismo. Ya es tiempo de decir la verdad entera. Un hombre solo paraliza la Convencion nacional, y este hombre es Robespierre.» A estas palabras, que estallan como el pensamiento comprimido de un hombre honrado, Robespierre se levanta y se escusa de haber atacado la integridad de Cambon.

Billaud Vareannes pidió que las dos comisiones acusadas manifestasen su conducta. «No es á la comision á la que yo ataco, respondió Robespierre. Por lo demas, para evitar las altercaciones, pido que se me deje explicar con mas estension.—Nosotros lo pedimos tambien,» esclaman levantándose doscientos miembros de la Montaña.

Villaud Vareannes continuó: «Si, Robespierre tiene razon; es necesario arrancar la máscara de los rostros en que se encuentra; y si es verdad que no somos libres, quiero mas que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, que hacerme por mi silencio cómplice en sus maldades.»

París, por mucho tiempo amigo y despues proscrito por Robespierre de los Jacobinos, le echó en cara que reinaba en todo y que proscribia solo á los hombres que le eran sospechosos. «Tengo el corazón llagado, exclamó París; ya es tiempo que se desahogue. Se me pinta como un malvado ávido de sangre y colmado de rapiñas, y

no he adquirido en la revolucion para dar un sable á mi hijo con que marchar á las fronteras, y vestidos á mis hijas! Robespierre ha formado una lista en donde ha puesto mi nombre y destinado mi cabeza para la primera ejecucion en masa.»

Un clamor de indignacion siguió á estas palabras contra el tirano. Robespierre lo resistió con aspecto imperturbable. «Arrojando mi escudo, dijo, me he presentado al descubierto á mis enemigos. No me retracto de nada, no adulo á nadie, no temo á ninguno, y no quiero ni el apoyo ni la indulgencia de nadie. No trato de formar un partido, he hecho mi deber, y esto me basta; que los demas hagan el suyo... ¡Y qué! continuó, ¿habré tenido valor de venir á depositar en el seno de la comision verdades que creo necesarias para la salvacion de la patria, para que se remita mi acusacion al examen de los mismos á quienes acuso?»

«Cuando se pondera el valor de la virtud, le dijo Charlier, es necesario tener el de la verdad: nombrad á los que acusais!—Si, si; nombradlos, nombradlos,» repite levantándose en accion amenazadora un grupo de la Montaña. Robespierre se calló. «Este discurso inculpa á las dos comisiones, repuso Amar. Es preciso que el acusador diga los nombres de los que designa. No es preciso que un hombre se ponga en lugar de todos: no es necesario que se turbe por el interés de un orgullo humillado. Que articule sus quejas y que se juzguen.» Thirion dijo que la remision de semejante discurso á los departamentos, seria la sentencia anticipada de los que inculpaba Robespierre. Barrere, que veia vacilar á la asamblea, casi dispuesta á volver á su primera adulacion por palabras menos reverentes contra el hombre que titubea: «Responderemos á esta declamacion por victorias,» exclamó. Breard probó que la Convencion se daría á si misma la revocacion del decreto que disponia la impresion y envío á los departamentos de un discurso

peligroso á la república. Una numerosa mayoría votó con Bréard.

## IX.

Humillado Robespierre, pero no vencido, conoció que la Convención se le escapaba. Salíó y se precipitó en medio de un grupo fiel, en la tribuna de los Jacobinos, en donde lo acogieron sus amigos como el mártir de la verdad y el herido del pueblo. Transportado á la tribuna en brazos de los jacobinos, Robespierre leyó allí en medio del estremecimiento y de las lágrimas del entusiasmo el discurso rechazado por la Convención. Gritos de furor, acentos de rabia y demostraciones de adoración interrumpieron y coronaron aquel discurso. Cuando se calmaron aquellas demostraciones, Robespierre con la voz casi extinguida y tomando la actitud resignada de una víctima de la democracia, «Hermanos, dijo, el discurso que acabais de oír es mi testamento!—No, no; tú vivirás, ó todos moriremos» le responden las tribunas tendiendo los brazos hácia el orador. «¡Sí, es mi testamento! repuso con profética solemnidad; ¡es mi testamento! Lo he visto hoy; la liga de los malvados es de tal modo fuerte, que no puedo esperar salvarme de ella. ¡Sucumbo sin sentimiento! ¡Os dejo mi memoria, que os será querida, y vosotros la defendereis!»

Aquellas supremas palabras, aquella próxima muerte, aquella despedida que contenía á la vez una reprobación y una resignación, enternecieron hasta hacer llorar al pueblo y á los Jacobinos. Coffinhal, Duplay, Payan, Buonarotti, Lebas y David se levantaron, interpellaron á Robespierre y le suplicaron que defendiese á la patria defendiéndose á sí mismo. Henriot exclamó con la acción de un foragido, que tenía bastantes artilleros para hacer

votar á la Convención. Robespierre conmovido por aquel entusiasmo y arrastrado por la estremidad de las circunstancias mas allá de su resolución, hizo señal de que aun quería hablar.

«¡Pues bien! exclamó. Separad á los malvados de los débiles! ¡Libertad á la Convención de los picaros que la oprimen! ¡Devolvedla la libertad que espera de vosotros como en el 31 de mayo! Marchad si es preciso y salvad á la patria. Si á pesar de estos generosos esfuerzos sucumbimos, amigos míos, me vereis beber la cicuta con calma...» David interrumpiéndole á estas palabras con una actitud antigua y con un grito salido del alma: «¡Robespierre! le dijo, si tú bebes la cicuta, yo también la beberé!—Todos, todos pereceremos contigo, exclamaron millares de voces adictas; perecer contigo es perecer por el pueblo.»

Couthon, que observaba con sangre fría la efervescencia general, quiso aprovechar los momentos para hacer arrojar el guante á los Jacobinos y separarlos de la Convención por los primeros insultos. Pidió que los miembros indignos de la Convención que percibía en un rincón de la sala, fuesen espulsados. A estas palabras, Collot de Herbois, Legendre y Bourdon, que asistían á la sesión para espiar las disposiciones y el estado del espíritu público, fueron descubiertos, señalados con el dedo, insultados é intimados á que se retirasen de las filas de los patriotas. Algunos se retiraron; Collot se lanzó á la tribuna, pretendió defenderse, muestra su título de primer republicano de fecha, y muestra el sitio de las heridas con que Ladmiral atravesó su pecho. Los silbidos cubrieron la voz de Collot de Herbois, la ironía parodió sus acciones y los puñales amenazaron su cabeza. Con trabajo se libertó del furor de los Jacobinos. Payan, aproximándose al oído de Robespierre, le propone levantar al pueblo ó ir á prender á las dos comisiones que en aquel momento estaban reunidas en las Tullerías.

El impulso estaba dado; el espacio era corto, el éxito seguro y el golpe decisivo. Sin jefe, la Convención, se arrojaría al día siguiente á los pies de Robespierre dando gracias á su vengador. Pero el dominador de los Jacobinos volvió mientras duró la tempestad suscitada por la espulsion de Collot, á sus escrúpulos de legalidad. Creyó que el corazón del pueblo le dispensaría de emplear su mano, y que nunca la Convención se atrevería á atentar á una vida rodeada de semejante fanatismo. Rehusó á esta denegacion, honrada tal vez, pero impolítica. Coffinhal, cogiendo por el brazo á Payan y sacándolo fuera de la sala, «Ya ves, le dijo, que su virtud no puede consentir en la insurreccion; pues bien, ya que él no quiere que se le salve, preparémonos á defenderlo y á vengarlo.»

A estas palabras, Coffinhal y Payan se fueron al consejo de la municipalidad y pasaron la noche con Henriot en concertar para el día siguiente un levantamiento insurreccional del pueblo. Coffinhal, que era natural de las montañas de Auvernia, tenia la corpulencia, la estatura y el vigor muscular de las razas alpinas de su país. Era un coloro semejante á aquel labrador de la Tracia de que los soldados hicieron un emperador, admirados de la fuerza física de sus músculos.

Así como todos los hombres de este temple apelaba pronto á las acciones desde que su palabra no causaba efecto. Payan fué el pensamiento, y Coffinhal fué el brazo de aquella noche y del día siguiente.

Mientras que Robespierre levantaba y apagaba así sucesivamente á los Jacobinos, Saint-Just fué á la comision de salud pública. No habia comparecido en ella mas que un momento, como se ha visto, desde su regreso del ejército: La comision estaba reunida para deliberar sobre los acontecimientos del día. Los colegas de Saint-Just, le recibieron con semblante taciturno y con palabras embarazosas. «¿Qué te trae del ejército? le preguntó Billaud Varennes. —El informe que vosotros me habeis encargado hacer á la Convencion, respondió Saint-Just. —Bien; leenos ese informe, repuso Billaud. —Aun no está terminado, replicó el jóven representante, vengo para concertarlo con vosotros.» Su semblante no espresaba ninguna animadversion contra sus colegas. Barrerelle encargó con palabras insinuantes no dejarse arrastrar por su amistad á las prevenciones de Robespierre contra la comision y evitar aquel destrozo á la república. Saint-Just escuchó pensativo á Barrere, pareciendo que dolorosamente luchaba contra su adoracion por Robespierre, y las amistosas súplicas de sus colegas. Collot de Herbois, abriendo violentamente la puerta, con el semblante demadado, roto el vestido y el paso desigual, se precipitó en la sala. Venia de los Jacobinos, conservando aun la impresion que le habian causado los puñales con que vió amenazar su vida. Apercibió á Saint-Just. «¿Qué sucede en los Jacobinos? le dijo éste. —Y tú lo preguntas, exclamó Collot de Herbois dirigiéndose á Saint-Just, tú lo preguntas, tú cómplice de Robespierre, tú que con él y Couthon habeis formado un triunvirato cuyo primer acto es asesinaros!...»

Collot de Herbois contó entonces precipitadamente á sus colegas la escena de los Jacobinos, la lectura del dis-

curso, la incitación á la rebelion, la espulsion de los miembros de la Convencion, las imprecaciones, los puñales, y volviéndose á Saint-Just le asió por el cuello del frac y moviéndolo como un lidiador que trata de abatir á sus pies á su enemigo: «Tú estás aquí, le dijo, para espiar y denunciar á tus colegas, tienes en tus manos las notas que acabas de tomar contra nosotros. Ocultas bajo tu ropa el vil informe cuyas conclusiones son nuestra muerte. No saldrás de aquí hasta que hayas enseñado esos apuntes y manifestado toda tu infamia.» Hablando de esta suerte Collot de Herbois se esforzaba por arrebatar de las manos de Saint-Just y encontrar en sus bolsillos los papeles que creia que contenian las pruebas de su perfidia. Carnot, Barrere, Billaud Varennes y Roberto Lindet, se interpusieron entre los dos adversarios, protegiendo á Saint-Just y restituyendo á Collot de Herbois á la decencia y al arrepentimiento de su violencia: limitándose á declarar á Saint-Just que no saldria de la comision sin jurar antes que su informe nada contendria contra sus colegas y sin que se lo comunicase antes de leerlo á la Convencion.

Saint-Just lo juró, y les dijo con franqueza que pediria que Collot de Herbois y Billaud Varennes fuesen llamados á la Convencion para hacer cesar las divisiones que agitaban á la comision. Rehusó asistir por mas tiempo á la sesion en donde su presencia se hacia sospechosa á sus colegas. «Me habeis angustiado el corazon, les dijo al salir, voy á desahogarlo á la Convencion.» Después que salió Saint-Just, los miembros de la comision decidieron sobre la proposicion de Collot de Herbois, que Henriot fuese preso á la mañana siguiente por las palabras que dijo en los Jacobinos y que Fleuriot, agente nacional de Paris, se presentase en la barra de la Convencion; y se separaron al salir el sol yendo cada uno á buscar á sus amigos para informarlos de las resoluciones y de los peligros que amenazaban aquel día.

## XII.

Tallien, Freron, Barras, Fouché, Dubois-Crancé, Bourdon y sus amigos, cuyo número crecia, no habian dormido. Testigos el día anterior de las fluctuaciones de la Convencion, instruidos del tumulto de los Jacobinos y ciertos de una lucha á muerte para el siguiente, habian empleado en conferencias, en averiguaciones, las pocas horas que tenian para salvar sus cabezas. El ardor del odio y de la conjuracion se alimentaba en Tallien por el amor. Aquella noche un desconocido le deslizó en la mano, en la esquina de la calle de la Perla un billete de Teresa Cabarrus. Aquel billete, que uno de los carceleros seducidos habia consentido en dejar salir de la cárcel de los Carmelitas, estaba escrito con sangre, no conteniendo mas que estas palabras. «El director de policia acaba de salir de aquí, y ha venido para anunciarme que mañana subiré al tribunal; es decir, al cadalso. Esto no se parece al sueño que he tenido esta noche: Robespierre no existia y las cárceles estaban abiertas.... ¡Pero gracias á vuestra insigne cobardia no se encontrará en Francia dentro de poco nadie que pueda realizarlo!»

Cuando el heroismo se estingue todo se rehace en la llama del amor en un corazon de muger. Tallien respondió lacómicamente: «Sed tan prudente como yo valiente y calmad vuestra cabeza.»

Sin embargo, la suerte del combate dependia en lo exterior de la energia de los hombres enérgicos que tenian que defender con un puñado de bayonetas á la Convencion contra un bosque de picas y algunos cañones, y dentro de los resultados de la próxima sesion. Para el esterior convinieron en dar el mando á Barras, que era la espada del partido; para la sesion, resolvieron arreba-

lársela á Robespierre quitándole la tribuna. Combatir la palabra por la palabra era de un éxito incierto; abogarla por el silencio era mucho mas seguro. Para esto era necesario dos cosas; un presidente que fuese cómplice con sus cuemigos, cual lo tenían en Collot de Herbois; una mayoría resuelta con anticipacion á sacrificarlo, que podian obtener dividiendo á la Montaña; reanimar la venganza rencorosa aun que conservaban los amigos de Danton, separando al centro dócil hasta entonces á la voz de Robespierre, pero dócil mas por miedo que por cariño, y evocando en fin, á todas las victimas y todos los resentimientos, acumulándolos sobre un solo hombre. Algunos emisarios hábiles é influyentes se emplearon toda la noche en arrancar al centro las esperanzas que se obstinaba en mantener por los designios de Robespierre y en borrar del alma de aquellos restos de la Gironda el reconocimiento que le debian por haber defendido á los sesenta y dos contra las exigencias de las comisiones. Tres veces fracasaron las negociaciones y otras tantas fueron reanudadas. Sieyes, Durand-Maillane y algunos convencionales influyentes, vacilaron entre las comisiones que aborrecian y un hombre que habia salvado á sus sesenta y dos colegas, que los protegía á ellos mismos con su indulgencia, y cuya dictadura despues de todo, seria un abrigo mas seguro que la anarquía de la Convencion. Un poder que no halla oposicion se modera, pero una lucha encarnizada de ambicion no deja seguridad ni á los actores ni á los espectadores del combate.

Los restos de los girondinos se resignaron fácilmente á la servidumbre, con tal que fuese segura; estaban ya cansados de crisis y mucho mas de cadalsos, y no pedian mas que la vida. Los mas intrépidos, tales como Boissy de Anglas, esperaban la hora de la reaccion para destruir á la vez la anarquía y los tiranos de las comisiones. Los otros votaban por el partido que les ofrecía, no la mayor influencia, sino la vida mas larga. Cada uno de los

dos partidos les aseguraba que era el suyo. El centro temblaba de engañarse, y no se decidió hasta el amanecer. Bourdon del Oise convenció á los gefes mas antiguos girondinos que su salvacion pendia en la libertad y en el equilibrio de la Convencion; que entregarse á un dictador tal como Robespierre, era entregarse no á un dueño sino á un cobarde esclavo del pueblo; que aquel pueblo que le habia pedido ya las cabezas de tantos de sus colegas le pediría seguramente las de todos; que aquel hombre no tenia mas fuerza para reinar, que la de los Jacobinos; que la fuerza de los Jacobinos no era mas que una sed insaciable de sangre; que Robespierre no podría conservar á los Jacobinos sino dándosela todos los dias; que investirle con el poder supremo era darle el cuchillo con que degollaría á todos. Bourdon tranquilizó á aquellos hombres vacilantes sobre las intenciones de las comisiones, y les demostró que una vez estirpado Robespierre de aquel grupo de decenviros sin union, se rompería, y que las comisiones desarmadas, renovadas, ensanchadas y pobladas con sus propios miembros, no serian mas que la mano y no la cuchilla de la Convencion. Estos motivos decidieron, en fin, á Boissy de Anglas, Sieyes, Durand-Maillane y á sus amigos, que juraron alianza por una hora con la Montaña.

## XIII.

Robespierre ignoraba aquella defeccion del Centro. Contaba firmemente con aquellos hombres, hasta entonces dóciles á su palabra. «Nada espero de la Montaña, decía al amanecer á los amigos que le rodeaban enumerándoles sus probabilidades de triunfo. Ven en mí á un tirano de que se quieren librar porque quiero ser moderador, pero la mayoría de la Convencion está en mi favor.»

El día le sorprendió en estas ilusiones, y lo vió aparecer con confianza. Los Jacobinos le presagiaban y le preparaban la fortuna. Coffinhal recorrió los arrabales y Fleuriot arengó á la municipalidad. Payan convocó á los miembros de esta para una reunion permanente. Henriot, segundo de sus ayudantes de campo, y ya vacilante en su caballo de la embriaguez de la noche, recorrió las calles inmediatas á la casa de la ciudad, y situó algunas baterías sobre los puentes y en la plaza del Carrousel. Los diputados, fatigados por un largo insomnio, y mas aun por la incertidumbre de la jornada, acudían de todas partes á su puesto. El pueblo ocioso vagaba por las calles y las plazas como en expectativa de un grande acontecimiento. Robespierre se hacia esperar en la Convencion. En la sala corría el rumor que humillado en la sesion del día anterior, rehusaba el combate de tribuna y no volveria á la Convencion sino con las armas en la mano y á la cabeza de la insurreccion. Su presencia y la de Saint-Justy Combon disiparon aquellos rumores.

Robespierre, vestido con mas esmero que de ordinario, andaba con lentitud, con actitud segura y con la frente serena. Seleia la certeza del triunfo en su modo de mirar. Se sentó sin dirigir ni acción ni sonrisa al rededor de sí. Couthon, Lebas, Saint-Just y Robespierre el joven, espresaban con su actitud la misma resolución; tomaban ya la actitud de acusados ó dueños, pero mas como colegas ó como iguales. Los gefes del Centro llegaron los últimos y se pasearon antes de entrar en los corredores con los gefes de la Montaña. Los hombres de aquellos dos partidos separados hasta aquel día por un horror y por un desprecio mútuo, se dieron las manos y se hicieron señales de inteligencia. Bourdon del Oise encontrando á Durand-Maillane en la galeria que precedía al salon, «Oh que valientes son los hombres del costado derecho! esclamó.» Tallien se multiplicaba dirigiéndose á todos los representantes dudosos que estaban en la sala

de la Libertad, desde donde se veia la tribuna. Animaba á los unos, amedrentaba á los otros, y anunciaba que se habian combinado medidas para conseguir un proximo triunfo. Comunicaba su alma en el alma de todos, pero viendo de repente á Saint-Just pronto á tomar la palabra: «Entremos, dijo: ved á Saint-Justen la tribuna, y es necesario acabar.» y se apresuró á ocupar su asiento.

## XIV.

En efecto, Saint-Just empezaba á hablar en medio de los últimos murmullos de una asamblea que se apacigua; su discurso, que la muerte arrancó de sus manos, está lleno de enmiendas. Se veia en las numerosas correcciones y borraduras del manuscrito, que aquel discurso era producto de un pensamiento turbado y que la mano habia señalado veinte veces la traza y la reflexión de acaloramiento. La arenga de Saint-Just tenia la forma de un enigma, cuyo secreto era la muerte de los enemigos de Robespierre. El orador queria que este secreto lo adivinase la Convencion. Saint-Just señalaba los celos de algunos miembros de las comisiones contra los otros miembros como causa de la perturbacion sensible que se manifestaba en los órganos del gobierno. Hablaba de los abismos en que ciertos hombres precipitaban á la república; de los peligros que iba á suscitarle su misma franqueza; del valor, que le hacia despreciar aquellos mismos peligros; del poco sentimiento que tenia en perder una vida en la cual le era necesario ser el complice ó el testigo impasible del mal. Saint-Just se defendia de la sospecha de adular á un hombre en Robespierre, y juraba que no tomaba partido en su favor sino porque aquel era el partido de la virtud.

«Collot y Billaud, decia, hace algun tiempo toman poca parte en nuestras deliberaciones, pareciendo entre-

gados á miras particulares. Billaud se calla ó no habla sino bajo el imperio de sus pasiones contra los hombres cuya pérdida parece desear. Cierra los ojos y finge dormir. A esta taciturna actitud ha sucedido hace algunos días la agitación. Su última palabra parece que espira en sus lábios; duda, se irrita, y vuelve en seguida sobre lo que ha dicho. Llama á uno Pisstrato cuando está ausente y amigo suyo cuando se presenta. Se mantiene silencioso, pálido, con la vista fija, disimulando la alteración de sus facciones. La verdad no tiene este carácter ni esta política. El orgullo, añadió, es el que crea las facciones, y sólo por las facciones perecen los gobiernos. Si la virtud no se mostrara alguna vez con el rayo en la mano sucumbiría la razón bajo la fuerza. ¡Solo despues del suplicio se reconoce la virtud! Despues de un siglo es cuando la posteridad vierte lágrimas en el sepulcro de los Gracos y en la senda de Sidney! La fama es una palabra vacia de sentido, dijo en otra parte. Demos oídos á lo que nos dicen los siglos pasados, y no entenderemos casi nada. Los que en los siglos venideros paseen entre nuestros sepulcros, tampoco oíran mucho mas. Lo que es necesario hacer es el bien.

«Si no recobrais el imperio sobre las facciones, sino tomáis el poder supremo, es necesario dejar un mundo en donde la inocencia no tiene garantía en las poblaciones, será necesario huir á los desiertos para encontrar en ellos la independéncia y amigos entre los animales salvajes. Será necesario dejar un pais en donde no existe ni la energía del crimen ni la de la virtud.

«Cuando he vuelto del ejército no he conocido los semblantes! Las deliberaciones de la comision están entregadas á dos ó tres hombres. Durante esta soledad es cuando han concebido la idea de atraerse todo el imperio. No he podido aprovar el mal y me he explicado ante las comisiones: ciudadanos, les he dicho, veo siniestros presagios, todo se disfraza ante mis ojos, pero yo lo estu-

diaré todo, y todo lo que no me parezca el puro amor del pueblo y de la republica tendrá mi odio. Anuncié que si me encargaba del informe que se me queria coniar subiría al verdadero origen. Collot y Billaud, insinuaron que en este informe no era necesario hablar del Ser Supremo ni de la inmortalidad del alma. ¡Se volvía á estas ideas encontrándolas indiscretas, avergonzándose de la Divinidad!» Despues de diferentes insinuaciones encubiertas pero mortales para los enemigos de Robespierre, Saint-Just terminaba de este modo:

«El hombre que se ha alejado de las comisiones por los tratos mas amargos, se justifica ante vosotros. No se esplica en verdad muy claramente, pero su alejamiento y la amargura de su alma pueden excusar algo. Le constituyen en tirano de la opinion, y le hacen un crimen de su elocuencia. ¿Y qué esclusivo derecho tenéis sobre la opinion, vosotros que encontrais la tiranía en el arte de mover y convencer á los hombres? ¿Qué os impide disputar la estimacion de la patria vosotros que hallais malo que otro la adquiera? ¿Es un triunfo mas inocente y mas desinteresado? Caton habria despedido de Roma al mal ciudadano que hablase como vosotros. ¡De este modo la mediania celosa quiere conducir al genio al cadalso! ¿Habeis visto oradores bajo el cetro de los reyes? No, el silencio reyna alrededor de los tronos, solo la persuasion es el alma de las naciones libres. ¡Sacrificad á los mas elocuentes y bien pronto llegareis á coronar á los mas envidiosos!

«Robespierre no se ha explicado bien ayer. Ha existido un plan para usurpar el poder sacrificando algunos miembros de las comisiones. Billaud Varennes y Collot de Herbois son los culpables. No concluyo contra lo que acabo de nombrar, sino que los acuso. Deseo que se justifiquen y que seamos mas prudentes.»

Se ve que en este discurso se indicaba la muerte pero no se exigia.

Saint-Just imitando en esto á su dueño, no quería sino mostrar la cuehilla y designar las victimas. Se referia al espanto y á la servidumbre de la Convencion para herir con el hierro á los que heria con la sospecha.

Peró Saint-Just no debía ni aun acabar esta demostración. Apenas estaba en la tribuna y habia pronunciado algunas frases vagas, que Tallien no pudiendo moderar su impaciencia, se levantó, interrumpie al orador y pidió la palabra para una cuestion de orden.

Collot de Herbois que temia el ascendiente de Saint-Just sobre la asamblea, se apresuró á conceder la palabra á Tallien. «Ciudadanos, dijo este, Saint-Just acaba de deciros que no pertenece á ninguna faccion; digo lo mismo, y para esto quiero hacer oír la verdad. En todas partes se esparce la alarma. Ayer un miembro del gobierno se ha aislado y ha pronunciado un discurso en su nombre particular. Hoy otro hace lo mismo. ¿Se viene aun á agravar los males de la patria, á despedazarla y precipitarla en el abismo?» Un inmenso aplauso repetido por tres veces anunció á Tallien que el odio que alimentaba, rugía y estallaba en masa en el seno de la Convencion. Billaud-Varenes se levantó mas pálido y mas trágico que de costumbre: «Ayer, dijo en voz sorda é indignada, la sociedad de los Jacobinos estaba llena de hombres apostados. ¿Se ha descubierto la intencion de degollar á la Convencion?»

Un movimiento de horror interrumpió la denuncia de Billaud. Hizo una señal significativa con la mano hácia la Montaña: «Veo sobre la Montaña, exclamó, á uno de esos hombres que amenazan á los representantes del pueblo!....—¡Prenderlo! ¡Prenderlo!» gritaron de todos los

bancos. Los ugieres se precipitan, detienen á aquel hombre y lo sacaron fuera del salon.

«Ha llegado el momento de decir la verdad, continúa despues Billaud. Despues de lo que ha pasado, me admiró en ver á Saint-Just en la tribuna.

«Había prometido mostrar á las comisiones su informe. La asamblea no debe desconocer que está entre dos degüellos. ¡Si se muestra débil perece!—¡No, no!» exclamaron á la vez todos los miembros agitando los sombreros por cima de sus cabezas. Las tribunas arrastradas por aquel movimiento, responden con los gritos de ¡Viva la Convencion! ¡Viva la comision de salud pública!

«¡También pido, siguió Billaud, que todos los miembros se espliquen en esta sesion!

«Hay mas fuerza cuando se tiene la justicia, la probidad y los derechos del pueblo por su parte. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que os encontráis; cuando sepais que la fuerza armada está confiada á manos parricidas: que Henriot ha sido denunciado á la comision como cómplice de los conspiradores! Os horrorizareis cuando sepais que aqui hay un hombre, al decir esto lanzó una mirada oblicua á Robespierre, que cuando se iba á determinar el envio de los representantes del pueblo á los departamentos, no encontró en la lista que se le presentó, veinte miembros de la Convencion que le pareciesen dignos de esta mision.

Un movimiento de orgullo lastimado, se manifestó entonces en todos los bancos en donde se sentaban los representantes que fueron llamados.

«Cuando Robespierre os ha dicho que se habia alejado de la comision por que estaba oprimido, continuó Billaud, tuvo buen cuidado de ocultaros la verdad. ¡No os dijo que fué por que despues de haber dominado solo durante seis meses á la comision, habia encontrado resistencia en el momento en que quiso hacer adoptar el decreto de 22 pradiar, decreto que en las manos impuras

que le habian escogido podia ser funesto á los patriotas!...»

La indignacion y el terror comprimidos hasta entonces, estallaron ó interrumpieron á Billaud. «Si, sabedlo, prosiguió, que el presidente del tribunal revolucionario ha propuesto ayer en los Jacobinos espulsar de la Convencion á los miembros que se deben sacrificar. Pero el pueblo está hay.—Si, si, repitieron las tribunas preparadas por Tallien. ¡Los patriotas sabrán morir para salvar la representacion!» Nuevos aplausos interrumpieron la palabra en los labios del orador. «Lo repito, repuso Billaud Varennes, sabremos morir. No hay un solo representante que quiera vivir bajo la dominacion de un tirano!»

«¡No, no, mueran los tiranos!» respondió un clamor unánime. Billaud continuó: «Los hombres que sin cesar hablan de justicia y de virtud son los que la pisotean. He pedido la prision de un secretario de la comision de salud pública que habia robado á la nacion, y solo Robespierre le ha protegido.»

El pueblo de las tribunas pateaba de indignacion contra el pretendido protector del robo.

«¿Y somos nosotros á quienes se acusa?» exclamó Billaud con voz dolorida. «¡Qué! Los hombres que viven aislados, que no conocen á nadie, que pasan los dias y las noches en la comision, que organizan la victoria (todas las miradas se dirigieron al integro y laborioso Carnot) estos hombres ¿serán conspiradores? ¿Y los que no han abandonado á Hebert si no cuando ya no les fué posible favorecerlo, serán los hombres virtuosos?»

El centro se indignó á su vez.

«Cuando denuncié la primera vez á Danton en la comision, añadió el orador, Robespierre se levantó furioso diciendome que yo queria perder á los mejores patriotas.»

La Montaña y los antiguos amigos de Danton, se aturdieron de la revelacion que disculpaba á Robespierre por boca de su acusador.

«¡Pero teneis un abismo bajo vuestros pies, siguió Billaud. Es necesario ó llenarlo con vuestros cadáveres ó precipitar en él á los traidores!»

Los aplausos se repitieron con mas unanimidad, y acompañaron á Billaud Varennes hasta su asiento.

## XVI.

Robespierre se lanzó entonces pálido y convulsivo á la tribuna en donde su inviolabilidad acababa de hundirse. «¡Muera el tirano! ¡Muera el tirano!» vociferó la Montaña. Aquellos gritos que redoblaban á cada movimiento de los labios de Robespierre, ahogaron enteramente su voz. Tallien saltó á la tribuna, separó con los codos á Robespierre, y habló en medio de un silencio que favoreció la generalidad.

«He pedido que se descorriese el velo, dijo Tallien, y en fin se ha descornado, los conspiradores están descubiertos, y serán anonadados y la libertad triunfará!...—Si, si, ¡ya triunfa, acabad su triunfo!» le respondieron los montañeses. «Todo presagia, prosiguió Tallien, que el enemigo de la representacion nacional va á caer bajo sus golpes. Hasta ahora me he impuesto silencio, porque sabia por un hombre próximo al tirano, que habia hecho una lista de proscripcion. He asistido ayer á la sesion de los Jacobinos, y he visto y oido y temblado por la patria. ¡He visto formarse al ejército del nuevo Cromwell, y me he armado con un puñal para atravesarle el corazon, si la Convencion nacional no tenia valor para decretar su acusacion!...»

Al decir esto, Tallien sacó de debajo de su casaca un puñal desnudo, prenda de libertad ó de venganza dado por la muger á quien amaba. Blandió el puñal sobre el pecho de Robespierre, que se hizo atrás sin abandonar la

tribuna á su enemigo. Esta accion, y el movimiento desesperado de Tallien comunicó su intrepidez á los mas irresolutos. Todos conocieron que la cuchilla una vez sacada no podía volver á la vaina si no teñida en la sangre de Robespierre ó en la suya propia.

«Pero nosotros los republicanos, continuó Tallien con voz mas tranquila, acusamos al tirano con la lealtad del valor ante el pueblo francés. ¡No, no esperen los partidarios del hombre que acusó otro 31 de mayo ni otras proscripciones. La justicia nacional solo descargará sobre los malvados!...»

Todo el salon se asoció por sus aplausos al voto de venganza y clemencia de Tallien.

«Pido la prision de Henriot para que la fuerza armada no se estravie por sus gefes. En seguida pediremos el exámen del decreto de 22 pradial acordado por solo la proposicion del hombre que nos ocupa!»

Los labios de Tallien parecia que repugnaban pronunciar el nombre de Robespierre.

El centro aplaudió á la perspectiva de seguridad devuelta á la Convencion. «No somos moderados, prosiguió Tallien dirigiéndose á la Montaña... que aplaudió esta seguridad, pero queremos que la inocencia no sea oprimida...»

El centro se conmovió y palmoteó á esta promesa de humanidad. Todos los partidos se confundieron con la voz de Tallien en el odio y en una esperanza comun. «Ayer, prosiguió para concluir con su enemigo, ayer se han atrevido á ultrajar á un representante del pueblo que se mantuvo siempre en la brecha de la revolucion. ¡Que se despierten todos los patriotas. Llamo á todos los amigos de la libertad, á todos los Jacobinos, á todos los periodistas republicanos! ¡Que concurren con nosotros para salvar la libertad!... Han dirigido la vista sobre mí; yo habria llevado mi cabeza al cadalso con valor, porque me he dicho: ¡Día vendrá en que mis cenizas se recogeran con

los honores que se deben á un patriota sacrificado por un tirano! El hombre que está á mi lado en la tribuna, es un nuevo Catilina; los que le rodean son otros Verrés. No se dirá que me entiendo con los miembros de las comisiones porque no los conozco.

«Desde que concluí mi comision, he estado agobiado de disgustos. ¡Robespierre queria aislarnos y atacarnos sucesivamente á fin de quedar solo con sus hombres crapulosos y llenos de vicios! Pido que se decrete la permanencia de la sesion hasta que la cuchilla de la ley haya asegurado á la república y herido á sus creaturas.»

## XVII.

Las proposiciones de Tallien fueron votadas por aclamacion. Billaud Varennes añadió á la lista de las prisiones decretadas á Dumas, vice-presidente del tribunal revolucionario. Delmas añadió á todo el estado mayor de Henriot.

Robespierre, en fin, quiso hablar; nuevos gritos de *muera el tirano*, impidieron su palabra. Numerosas voces llamaron á Barrere á la tribuna. Este subió en nombre de la comision de salud pública. La noche y los sintomas de la victoria cambiaron sus convicciones: friamente aniquiló á Robespierre á quien sostenia el dia anterior.

«Quieren, dijo, producir movimientos en el pueblo, quieren apoderarse del poder nacional á favor de una crisis preparada. Solo las comisiones son la égida, el asilo del gobierno. Entre tanto que refutamos los hechos enunciados por Robespierre, hemos propuesto las medidas que reclaman la tranquilidad pública: estas medidas son la supresion del mando de la fuerza armada y de su estado mayor.» Barrere propuso que se anunciasen estas medidas al pueblo por medio de una proclama. «Ciuda-

aparecer sino tres días después de la revolución: este hombre que debía ser en las comisiones el defensor de los oprimidos, los ha abandonado hace seis semanas para venir á calumniarlos mientras que sufrían por la patria.»

«¡Eso es, eso es!» exclamaron en todas partes.

«¡Ah, si yo quisiera, siguió Tallien, retratar todos los actos de opresión que han tenido lugar, probaría que en el tiempo en que Robespierre ha estado encargado de la policía general, ha sido cuando se han cometido!»

Robespierre se lanzó indignado al lado de Tallien. «Es falso, exclamó estendiendo la mano; yo....» El tumulto cortó de nuevo la frase y desarmó á Robespierre aun de su valor. Mas irritado de la injusticia que desconcertado por el número de sus enemigos, bajó precipitadamente los escalones de la tribuna, subió las gradas de la Montaña y se lanzó en medio de sus antiguos amigos; los apostrofa echándoles en cara su defección, y les suplica que le concedan la palabra. Todos á los que se dirigió volvieron la cabeza.—«Retírate de estos bancos, de donde la sombra de Danton y de Camilo Desmoulins te rechazan, le dijeron los montañeses.—¿Es, pues, á Danton á quien queréis vengar?» respondió Robespierre como herido de admiración y de remordimientos. Los bancos que se le niegan fué la única respuesta de la Montaña. Bajó al centro, y dirigiéndose con aspecto suplicante á los restos de la Gironda, «¡Pues bien! les dijo, á vosotros, hombres puros, vengo á pedir os un asilo, y no á esos tanantes,» señalando con el gesto á los Fouché, Bourdon y Legendre.» Al decir estas palabras se sentó en un sitio vacío en un banco del centro. «Miserable! le dijeron los girondinos, ese era el sitio de Vergniaud.» Al nombre de Vergniaud, Robespierre se levantó de pronto y se separó con espanto.

Proscrito de todos los partidos se refugió de nuevo en la tribuna, se dirigió con ira al presidente enseñándole el puño. «¡Presidente de asesinos! le dijo con

una voz que se ahogó por la última vez, ¿quieres concederme la palabra? — A su tiempo la obtendrás» le respondió Thuriot, á quien Collot de Herbois acababa de ceder la presidencia.—«No, no, no,» respondieron á la voz los conjurados decididos á herir sin oírlo. Robespierre se obstinó en hablar; el estruendo lo sumerge y no deja oír más que amargos alaridos: no se ve más que gestos sucesivamente suplicantes ó amenazadores, no pudiéndose entender ninguna palabra. La voz de Robespierre se enronqueció y se estinguió á la vez. «La sangre de Danton te ahoga» le dijo Garnier del Aube, amigo y compañero de Danton. Esta palabra acabó con Robespierre. La voz desconocida de un representante oscuro, llamado Louchet, hizo estallar en fin el grito que contenían todas las bocas y que nadie se atrevía á pronunciar: «¡Pido,» exclamó Louchet, el decreto de prisión contra Robespierre!»

## XVIII.

Lo grande de la resolución, el peligro exterior y el largo respeto, paralizaron por un momento á la Convención. Parecía que atentando á la persona de Robespierre se atentaba á la magestad y á la divinidad del pueblo; el silencio precedió á la explosión; la asamblea dudaba; los conjurados conocían el peligro, cuando algunas palmadas salidas de los bancos de la Montaña dieron la señal de los aplausos á la proposición de Louchet. Aquellas palmadas se prolongaron, crecieron y estallaron al fin en un largo y unánime aplauso.

En aquel momento un joven se levantó á pesar de los esfuerzos de sus colegas que lo retuvieron por el frac. Era Robespierre el menor, inocente, estimado y puro de los erimenes de tiranta achacados á su sangre. «¡Soy

aparecer sino tres días después de la revolución: este hombre que debía ser en las comisiones el defensor de los oprimidos, los ha abandonado hace seis semanas para venir á calumniarlos mientras que sufrían por la patria.»

«¡Eso es, eso es!» exclamaron en todas partes.

«¡Ah, si yo quisiera, siguió Tallien, retratar todos los actos de opresión que han tenido lugar, probaría que en el tiempo en que Robespierre ha estado encargado de la policía general, ha sido cuando se han cometido!»

Robespierre se lanzó indignado al lado de Tallien. «Es falso, exclamó estendiendo la mano; yo....» El tumulto cortó de nuevo la frase y desarmó á Robespierre aun de su valor. Mas irritado de la injusticia que desconcertado por el número de sus enemigos, bajó precipitadamente los escalones de la tribuna, subió las gradas de la Montaña y se lanzó en medio de sus antiguos amigos; los apostrofa echándoles en cara su defección, y les suplica que le concedan la palabra. Todos á los que se dirigió volvieron la cabeza.—«Retírate de estos bancos, de donde la sombra de Danton y de Camilo Desmoulins te rechazan, le dijeron los montañeses.—¿Es, pues, á Danton á quien queréis vengar?» respondió Robespierre como herido de admiración y de remordimientos. Los bancos que se le niegan fué la única respuesta de la Montaña. Bajó al centro, y dirigiéndose con aspecto suplicante á los restos de la Gironda, «¡Pues bien! les dijo, á vosotros, hombres puros, vengo á pedir os un asilo, y no á esos tanantes,» señalando con el gesto á los Fouché, Bourdon y Legendre.» Al decir estas palabras se sentó en un sitio vacío en un banco del centro. «Miserable! le dijeron los girondinos, ese era el sitio de Vergniaud.» Al nombre de Vergniaud, Robespierre se levantó de pronto y se separó con espanto.

Proscrito de todos los partidos se refugió de nuevo en la tribuna, se dirigió con ira al presidente enseñándole el puño. «¡Presidente de asesinos! le dijo con

una voz que se ahogó por la última vez, ¿quieres concederme la palabra? — A su tiempo la obtendrás» le respondió Thuriot, á quien Collot de Herbois acababa de ceder la presidencia.—«No, no, no,» respondieron á la voz los conjurados decididos á herir sin oírlo. Robespierre se obstinó en hablar; el estruendo lo sumerge y no deja oír más que amargos alaridos: no se ve más que gestos sucesivamente suplicantes ó amenazadores, no pudiéndose entender ninguna palabra. La voz de Robespierre se enronqueció y se estinguió á la vez. «La sangre de Danton te ahoga» le dijo Garnier del Aube, amigo y compañero de Danton. Esta palabra acabó con Robespierre. La voz desconocida de un representante oscuro, llamado Louchet, hizo estallar en fin el grito que contenían todas las bocas y que nadie se atrevía á pronunciar: «¡Pido,» exclamó Louchet, el decreto de prisión contra Robespierre!»

## XVIII.

Lo grande de la resolución, el peligro exterior y el largo respeto, paralizaron por un momento á la Convención. Parecía que atentando á la persona de Robespierre se atentaba á la magestad y á la divinidad del pueblo; el silencio precedió á la explosión; la asamblea dudaba; los conjurados conocían el peligro, cuando algunas palmadas salidas de los bancos de la Montaña dieron la señal de los aplausos á la proposición de Louchet. Aquellas palmadas se prolongaron, crecieron y estallaron al fin en un largo y unánime aplauso.

En aquel momento un joven se levantó á pesar de los esfuerzos de sus colegas que lo retuvieron por el frac. Era Robespierre el menor, inocente, estimado y puro de los erimenes de tiranta achacados á su sangre. «¡Soy

tan culpable como mi hermano, dijo el jóven con un aspecto que desdenaba las súplicas y rehusaba la indulgencia. He participado de sus virtudes y quiero compartir su suerte! Algunas exclamaciones de admiración y de piedad respondieron á aquel sacrificio fraternal. La masa indiferente ó impacientada, aceptó el sacrificio sin honrarlo aun con su atención.

Robespierre se esforzó por hablar de nuevo, no por él, sino por su hermano. «Acepto mi sentencia; he merecido vuestro odio; pero sea por crimen ó por virtud, él no es culpable en lo que vosotros castigais en mí.» Un rencor obstinado de pisadas é invectivas sordas le respondieron. Se volvió en vano tan pronto hácia el presidente, tan pronto hácia la Montaña, como tan pronto hácia el centro para obtener el derecho de defender á su hermano. Temian su voz, desconfiaban de una emoción y temían la naturalidad.

«Presidente, exclamó Duval, ¿será posible que un hombre se haga dueño de la Convencion?—Ya lo ha sido demasiado tiempo», dijo una voz. «Que duro de dominar es tu tirano!» exclamó en fin Freron á la manera de un leñador que descarga el hacha en un árbol. Esta palabra y esta acción pareció arrancar á Robespierre de la tribuna y sublevar la Convencion. «A la votación, á la votación, á la cárcel.» Este deseo general hizo violencia á la fingida longanidad del presidente. La prisión se votó por unanimidad. Todos los diputados se levantaron gritando ¡Viva la república!—¿La república? exclamó con ironía Robespierre, es perdida, porque los picaros triunfan!» y bajó con los brazos cruzados al pie de la tribuna.

Lebas que estaba sentado al lado del jóven Robespierre, se levantó y se separó generosamente de los perseguidores de su amigo. «No he querido, dijo, participar del oprobio de este decreto, ¡pido la prisión para mí mismo!»

Se concedió á Lebas la muerte que pedía, comprendiéndolo en el decreto que ordenaba la prisión de los dos Robespierre, Couthon y Saint-Just. Barrere, instrumento impasible y mecánico de la Convencion, redactó de prisa los decretos contra sus colegas del día anterior.

Mientras que Barrere escribía, «¡Ciudadanos! dijo Freron para no dejar adormecer la ira de la Convencion, ¡ahora es cuando la patria y la libertad van á salir de su ruina! ¿Se queria formar un triunvirato que hubiese recordado las proscripciones de Sila! Los triunviros Robespierre, Couthon y Saint-Just, querian formar con nuestros cadáveres la escalera para subir al trono!....— ¡Yo aspirar al trono, respondió con melancólica ironía Couthon, levantando la capa que le cubría y señalando sus piernas paralíticas!»

Collot subió al sillón de la presidencia: «¡Ciudadanos, dijo, acabais de salvar á la patria! La patria cuyo seno estaba destrozado no os ha hablado en vano. Se decía que era necesario renovar contra vosotros otro 31 de mayo...»

«¡Mientes!» exclamó Robespierre desde el pie de la tribuna. A estas palabras que la Convencion aparentó tomar como un insulto, los gritos de la Montaña se redoblaron. Los ugieres titubearon en coger á Robespierre retenidos por la costumbre de respetarlo. El resistió á sus intimaciones y los gendarmes lo asieron por un brazo y lo sacaron con sus coacusados. Robespierre marchó como un combatiente animado aun por el calor del combate, Saint-Just como un discípulo orgulloso en participar de la suerte de su maestro; Couthon, como una víctima ya mutilada, y los otros dos como inocentes que aceptaban voluntariamente la pena del crimen por no faltar á sus doctrinas y á sus amigos. Silenciosos y degradados de su rango de representantes, los obligaron á la vista de las tribunas á oír las prolongadas declamaciones de Collot de Herbois y las felicitaciones que su caída arrancaba á las bocas de sus antiguos aduladores. A las tres se levantó

la sesión, los gendarmes condujeron á los acusados por medio de la plaza del Carrousel al palacio de Brionne, á donde se reunía la comisión de seguridad general. Multitud de espectadores y de diputados se precipitaron detrás de ellos para contemplar aquel juego de la fortuna. Los dos Robespierre iban cogidos del brazo en señal de una indivisible amistad aun en la muerte, delante de todos. Saint-Just y Lebas los seguían tranquilos y tristes, y dos gendarmes llevaban á Couthon en una silla. Los sarcasmos, las risotadas y las maldiciones los acompañaban.

## XIX.

Al mismo tiempo, un convoy de carretas que contenía cuarenta y cinco sentenciados salía del patio del palacio y se dirigía por el arrabal de San Antonio hacia el cadalso. Algunos amigos de aquellos sentenciados y algunos generosos ciudadanos, sabiendo que la Convención acababa de libertarse, y creyendo que la clemencia iba á salir por sí misma de la destrucción de la tiranía, seguían á las carretas y las hicieron volver á los gritos de *¡pardon!* que el pueblo repitió. Henriot, para quien la continuación del terror era la señal del poder, llegó á caballo con un grupo de sus satélites, dispersó á sablazos á los compasivos ciudadanos, é hizo consumar el suplicio.

El día anterior, sesenta y dos cabezas cayeron entre el primer discurso de Robespierre y su caída. En este número estaba la de Roucher, autor del *poema de los Meses*, aquellos *Fastos franceses*, y la del jóvenpoeta Andrés Chenier, la esperanza entonces y después el duelo eterno de la poesía francesa. Aquellos dos poetas iban sentados al lado uno de otro en una misma tabla, con las manos atadas á la espalda. Iban hablando con calma del otro mundo y con desden del que iban á dejar: separa-

ban la vista de aquel tropel de esclavos, recitaban inmortales versos y mostraron la firmeza de Sócrates. Solamente Andrés Chenier, ya sobre el cadalso, dándose un golpe en la frente contra un pilar de la guillotina. «Es lástima, dijo, yo tenía algo aquí» Unica y dolorosa queja del destino que sentía, no la vida, sino el genio segado antes de tiempo. La Francia, como Ofelia, la loca de Shakspeare arrancaba de su cabeza y arrojaba en la sangre los florones de su propia corona.

## LIBRO SESENTA Y UNO.

En las cárceles rehusan recibir á los reos acusados.—Los ponen en libertad y los conducen en triunfo á la municipalidad.—La casa del ayuntamiento loco de la insurreccion.—Campana de rebato.—Llamada.—Henriot en la puerta del Carrousel.—Lo detienen en nombre de la Convencion.—Robespierre en el depósito de la municipalidad.—Coffinhal lo arrastra á la casa del ayuntamiento.—Coffinhal liberta á Henriot.—Continúa la sesion de la Convencion.—Bourdon del Oise en la tribuna.—Merlin de Thionville.—Tumulto en el esterior.—Henriot quiere echar abajo las puertas.—Se le pone fuera de la ley.—Se retira á la casa del ayuntamiento.—La Convencion nombra á Barras comandante general.—Movimiento en sentido contrario de los agentes de la Convencion y de la municipalidad.—El pueblo se muestra indeciso.—Barras envuelve á la casa del ayuntamiento.—Persiste Robespierre en su inaccion.—Henriot es abandonado por sus tropas.—Gritos de viva la Convencion.—Dulae echa á abajo las puertas de la casa del ayuntamiento.—Lebas se tira un puñetazo.—Robespierre el jóven se precipita por una ventana.—Coffinhal arroja á Henriot desde un segundo piso al patio.—Invade Leonardo Bourdon la casa del ayuntamiento.—Es herido Robespierre de un balazo que le rompe la quijada.—Comitiva de los vencidos.—Se les condena á la Consergeria.—Saint-Just y el general Hoche en el pórtico de la cárcel.—Prision de la familia Duplay.—Fouquier-Tinville lee los decretos que ponen fuera de la ley delante de los presos y justifica su identidad.—Los sentenciados conducidos al cadalso.—Imprecaciones y aplausos de los espectadores.—La casa de Duplay.—Madama Duplay estrangulada en la cárcel.—Actitud de Robespierre.—Cae su cabeza.—Juicio sobre Robespierre y sobre la revolucion.

La hora era crítica. Las dos comisiones de gobierno permanecian en las Tullerías mientras estaba suspendida la sesion de la Convencion. Aquella suspension era peligrosa porque la Convencion no tenia en aquellos mo-

mentos mas fuerza que la suya propia. Dar lugar á reflexionar, era volver á la tiranía: el valor no es mas que un acceso en los cuerpos políticos. Asi era, que los conjurados contra Robespierre inquietos por los caprichos de las mayorias y por la falta de resolucion en las opiniones de una asamblea que no tenia fuerza, habian preferido el peligro de obrar solos con ruegos á tener que consultar á la Convencion á cada instante que lo reclamaba la necesidad.

Se ha pretendido que el terror que causaban aquellos grandes nombres escitaba respeto en los carceleros y que ningun calabozo se atrevió á abrirse para los dueños del dia anterior. Sin embargo, el calabozo que se habia abierto á Danton bien podia haberse abierto á Robespierre. Por otra parte, si el nombre de Robespierre podia hacer titubear al carcelero del Luxemburgo, los nombres de Lebas, de Saint-Just y de Couthon no tenian igual prestigio. ¿Cómo fué que los carceleros de tantas cárceles diversas situadas en las estremidades de Paris, que jugaban sus vidas por una desobediencia á las órdenes de las comisiones tuvieron el mismo respeto, á la misma hora, bajo la misma forma y ante tan diferentes acusados? El secreto de este misterio estará quizá en la política temeraria pero astuta de los directores del movimiento. Presentian, segun aseguran los hombres de aquel tiempo, con el instinto del odio y del temor, que el tribunal revolucionario adherido á Robespierre, daria por inocentes á los acusados: que cambiar el tribunal revolucionario era una medida que reclamaban las circunstancias: que el tribunal revolucionario reconstruido, la causa sería larga y terrible: que el pueblo amontonado durante muchos dias alrededor del tribunal no se dejaría arrancar al gran acusado; en fin, que faltarian motivos serios de acusacion contra Robespierre y que volviendo despues de absuelto á la Convencion como Marat; no volvería como perdonado sino como acusador, fueron los motivos que determinaron á los

termidorianos. Dos cosas necesitaban: una accion pronta y un delito aparente. Habian puesto á Robespierre al borde del crimen, y era necesario precipitarlo á los ojos de la representacion nacional y dar al sacrificio pronto é irremisible del tirano de la Convencion el pretexto de una insurreccion del pueblo intentada por él.

Mientras que las comisiones enviaban á los acusados así dispersos en medio del día y por los cuarteles populares á las cárceles, algunos emisarios confidentiales llevaban á los carceleros la insinuacion verbal y secreta para que no los recibiesen. Rechazados de las puertas de las cárceles, las reuniones de gente no podian faltar en formarse alrededor de ellos y acompañarlos en triunfo. De este modo tendrian un crimen que castigar en su aparente desobediencia, tendiendo la sedicion como un lazo. Por peligrosa que fuese la sedicion del pueblo era menos á los ojos de los enemigos de Robespierre que las fluctuaciones de la Convencion y el juicio del dictador. Tal es la version de los antiguos testigos ó autores de aquella oscura jornada; que es admisible á pesar de su inverosimilitud; pero es tambien probable que los adictos del partido de Robespierre se evadiesen de la Convencion en el momento en que se pronunciaba la prision y que se apresurasen á intimar á los carceleros la recomendacion de no admitir á los acusados. Tal vez hayan coincidido estos dos pensamientos.

Como quiera que sea, cada uno de ellos fué rechazado de la carcel á donde lo habian dirigido y en seguida arrojados á los gendarmes que los escoltaban, rodeado por un grupo de jacobinos y conducido en triunfo á la municipalidad. Por su parte Payán y Coffinhal, habian lanzado un genio en seguida de los acusados para libertarlos. La misma idea, pero con intencion contraria, salia al mismo tiempo de la casa del ayuntamiento y de la comision de seguridad general: estos querian darla un gefe, aquellos un pretexto para la insurreccion.

## II.

Sin embargo, la insurreccion estaba lejos de ser un juego sin peligro para los enemigos de Robespierre. Era inminente y organizada desde por la mañana en una parte del pueblo de Paris, y no esperaba mas que la señal. Su foco estaba en la casa del ayuntamiento. Fleuriot, Payán, Dobsent, Coffinhal y Henriot permanecian allí desde el dia anterior. Los Jacobinos tambien estaban en sesion permanente bajo la presidencia de Vivier. La municipalidad habia recibido de minuto en minuto por sus emisarios noticia de lo que pasaba en la Convencion. A la primera noticia de la derrota de Robespierre, habia nombrado una comision ejecutiva compuesta de doce miembros: cada uno de ellos se habia apresurado á arengar, insurreccionar y armar á las secciones. La plaza del ayuntamiento se erizaba de bayonetas: los artilleros de Henriot con sus piezas y la gendarmeria nacional, prestaban allí el juramento de librar á la Convencion de sus opresores; la campana tocaba á rebato en algunas torres de las estremidades de Paris. La llamada se tocaba en las calles mas concurridas de los arrabales de San Antonio y San Marcelo. La guardia nacional acostumbrada á los triunfos de la municipalidad, se renuncia en sus puestos. Los diques, los puentes y las plazas inmediatas á la casa de ayuntamiento hasta el Puente Nuevo no eran mas que un campamento.

Por el contrario, las cercanias de las Tullerías estaban desiertas y silenciosas como un suelo sospechoso. Los arrabales afluían en bandas amenazadoras á la llamada de los ayudantes de Campo de Henriot y de los emisarios de Coffinhal. Todo presagiaba la victoria á los vengadores de Robespierre, y obraban ya con insolencia. Un mensa-

gero de la Convencion se presentó á la municipalidad para intimarla el decreto de prision de Henriot, y para llamar á Payan y Fleuriot á la barra; fué silbado, insultado y maltratado en la escalera de la casa de ayuntamiento. Aquel pidió recibo del decreto. «Ves á decir á los que te envian, respondió el corregidor Fleuriot, que un día como el de hoy no se dan recibos: di á Robespierre que no tenga cuidado, porque el pueblo está detrás de él.—Di á los malvados que insultan á este gran ciudadano, añadió Henriot con un juramento de cuartel, que estamos deliberando para esterminarlos!...»

La prision de Robespierre, anunciada algunos momentos despues por algunos cómplices escapados de las tribunas, llevó hasta el frenesi la exaltacion de la municipalidad. Henriot tiró del sable y juró que llevaria atados á la cola de su caballo á los malvados que se atrevian á tocar al idolo del pueblo. De pie en medio de sus ayudantes, y junto á una mesa llena de botellas en la antecámara de la casa de ayuntamiento, Henriot daba sus consejos en la embriaguez y en el aturdimiento de las imprecaciones. Durante aquella orgía del comandante general, el corregidor arengó al consejo en términos que pintaban sin descubrir la enteramente la insurreccion. Payan redactó un manifiesto en el que denunciaba al pueblo á los opresores del mas virtuoso de los patriotas, Robespierre: de Saint-Just, apóstol de la virtud; y de Couthon que *no tiene mas que el corazon y la cabeza vivos, decia Payan, y cuya llama patriótica ha consumido ya el cuerpo.*

## III.

Tomadas aquellas deliberaciones, Henriot montó á caballo con las pistolas en la mano y fué á galope al Luxemburgo, llevando un peloton de gendarmeria detrás de

él; recorrió la calle de San Honorato y reconociendo á Merlin de Thionville entre la multitud, lo prendió, lo injurió y lo dejó preso en un cuerpo de guardia. Al llegar á la verja del Carrousel, Henriot quiso penetrar, pero los granaderos de la Convencion, aunque en pequeño número, calaron sus bayonetas contra el pecho de su caballo; un empleado de la Convencion salió al ruido y gritó á los gendarmes: «;Prended á ese rebelde! Un decreto os lo manda.» Los gendarmes obedecieron á la ley, detienen al general, le hacen apeaar, lo atan con su mismo cinturón y lo arrojaron medio muerto en una de las salas de la comision de seguridad general.

## IV.

Mientras que Henriot sucumbia de este modo á las puertas de la Convencion, á Saint-Just, Lebas y Couthon, sus libertadores los llevaban en triunfo hácia la plaza del ayuntamiento. El consejo municipal llamaba á grandes voces á Robespierre. Sabian por el rumor público que el conserge del Luxemburgo habia rehusado recibirle; se preguntaban si los malvados de la Convencion no habian asesinado al virtuoso ciudadano en el acto mismo de su obediencia á la ley; ignoraban los motivos de su ausencia. Fleuriot, Payan y Coffinhal, tranquilizaron bien pronto al consejo, y aumentaron el entusiasmo refiriendo la abnegacion de Robespierre.

He aqui lo que pasó.

Robespierre queria morir ó triunfar puro, al menos en la apariencia, de toda complicidad en la insurreccion. Rodeado en la puerta del Luxemburgo y suplicándole que se pusiese á la cabeza del pueblo para castigar á la Convencion, se obstinó en permanecer en poder de los gendarmes que lo custodiaban; se habia hecho conducir

bajo su escolta al depósito de la municipalidad, palacio que ocupó despues la prefectura de policía. Allí todas las instancias de los jacobinos y todos los mensajes de Fleuriot y de Payan no pudieron decidirle á violar la órden de su prision. Preso por consecuencia de una ley de sus enemigos, queria triunfar ó sucumbir vencido por la ley. Creia que el tribunal revolucionario lo absolveria, pero aun cuando lo condenase, la muerte de un justo, decía, seria menos funesta á la república que el ejemplo de una rebelion contra la representacion nacional. Robespierre confinado voluntariamente tres horas en la prefectura de policía, no cedió sino á una patriótica violencia de Coffinhal que fué á dispersar á los gendarmes, sacarlo de su prision y llevarlo á la sala del consejo general de la municipalidad. «Si hay crimen será mio, y si hay gloria será para tí y la libertad del pueblo, le dijo Coffinhal. Los escrúpulos son para el crimen, jamás para la virtud. Salvándote, salvas la libertad y la patria. Atrévete á ser criminal á este precio.»

V.

Pero en el mismo momento en que Robespierre, arrebatado, mas bien que llevado por Coffinhal, entraba en la sala del consejo ahogado por los abrazos de su hermano, de Saint-Just, de Lebas, y de Couthon, les anunciaron la prision de Henriot. Coffinhal sin perder un momento bajó á la plaza, arengó á algunos pelotones de seccionarios, hizo que lo siguiesen, se armó con un fusil y marchó á la cabeza de aquella columna á la comision de seguridad general. Se lanzó con su arma en la mano en los corredores y en las salas exteriores de la parte de las Tullerías en donde estaba establecida la comision; allí encontró á Henriot dormido por la embriaguez; lo puso en

libertad, le hizo subir á su caballo, que aun permanecia atado á la reja del Carrousel, y lo llevó á sus artilleros. Despertado Henriot, animado, libre y ardiendo por vengar su vergüenza, se precipitó hácia sus baterías, y volvió las piezas contra la Convencion.

VI.

Eran las siete de la tarde. Esta era la hora en que los diputados dispersos volvian á la sesion. La consternacion se mostraba en todos los semblantes. En voz baja se comunicaban los siniestros presagios que habian recogido durante las horas de inaccion; el juramento de los Jacobinos de morir ó triunfar con Robespierre, la evasion de los presos, los grupos sediciosos amontonándose en los arrabates, la campana que sonaba á lo lejos, las secciones que se reunian á la municipalidad, los cañones apuntados hácia las Tullerías, la soledad que reinaba al rededor de la Convencion, la temeridad de las comisiones en despreciar á un pueblo armado con la fuerza abstracta de ley, la proximidad de tres mil jóvenes alumnos de la nacion, los pretorianos de Robespierre acudiendo desde el Campo de Marte á la voz de Labretheche y de Souberbielle para inaugurar con sangre el reinado del nuevo Mario. Los tímidos exagerando el peligro, los indecisos aumentándolo, y los cobardes apareciendo á las puertas, sondeando el terreno y desapareciendo. Los miembros de las comisiones espulsados del sitio ordinario de sus sesiones por la invasion de Coffinhal, advertidos de la presencia de Henriot en el Carrousel, deliberaron en pie en un gabinete próximo á la sala de las sesiones públicas. Toda la fuerza legal descansaba en solo ellos. La salvacion de la Convencion estribaba en su actitud; una palabra podia perderla, una señal salvarla.

En aquel momento la Convencion se elevó á la altura

de su peligro, y no desesperó de la representación nacional, ante los cañones apuntados contra el recinto de las leyes.

Bourdon del Oise apareció en la tribuna. Todas las conversaciones particulares cesaron. Bourdon anunció que los Jacobinos acababan de recibir una diputación de la municipalidad y que habían fraternizado con los insurgentes. Aconsejó á la Convencion que fraternizase también con el pueblo de París y que calmase, mostrándose como en el 31 de mayo, la efervescencia de los ciudadanos. Merlin relirió su arresto por los satélites de Henriot y su libertad por los gendarmes. Legendre, que volvió á hallar en lo desesperado de las circunstancias y en la ausencia de Robespierre la energía de sus primeros días, enardeció los ánimos abatidos. Un tumulto exterior le interrumpió.

Era Henriot que acababa de mandar á sus artilleros que echasen abajo las puertas. Billaud Varennes denunció aquel atentado. Algunos diputados se precipitaron fuera del salón. Collot de Herbois ocupó su puesto de presidente. Aquel asiento situado en frente de la puerta, debía recibir los primeros disparos. «Ciudadanos, exclamó Collot cubriéndose y sentándose; ved aquí el momento de morir en nuestros puestos.—Moriremos» le respondió la Convencion entera sentándose como para esperar el golpe. Los ciudadanos de las tribunas, electrizados por aquella actitud, se levantaron jurando defender la Convencion, y salen en tumulto y se esparcieron en los jardines, en los patios y en los barrios inmediatos gritando: «¡A las armas!» La Convencion dió un decreto poniendo fuera de la ley á Henriot. Amar salió escoltado por sus más intrépidos colegas y arengó á las tropas. «Artilleros, les dijo, ¿deshonraris á vuestra patria despues de haber merecido por tantas veces su benevolencia? Ved ese hombre que está embriagado. ¿Quién sino un ébrio pudiera mandar hacer fuego contra la representación y contra la patria?»

## VII.

Conmovidos los artilleros por aquellas palabras, é intimidados por el decreto, rehusaron obedecer á su jefe. Henriot, casi abandonado, trasladó con trabajo sus piezas á la plaza del ayuntamiento. El audaz Barras fué nombrado en su lugar comandante general de la guardia nacional y de todas las fuerzas de la Convencion. Le dieron para que le auxiliasen á Freron, Leonardo Bourdon, Legendre, Goupilleau de Fontenay y á Bourdon del Oise, hombres todos de resolución. Se nombraron doce comisionados para que fuesen á fraternizar con las secciones, ilustrar el espíritu público y reunir la guardia nacional á la Convencion. Las columnas de los seccionarios que marchaban hácia la casa del ayuntamiento se desbandaron. Sus pelotones se dispersaron al impulso contrario de los agentes de la municipalidad ó de los comisionados de la Convencion. Unos prosiguieron su camino hácia la plaza de Greve, los otros fueron á formarse en batalla bajo el mando de Barras alrededor de las Tullerías. El pueblo, atraído en sentido opuesto y cansado ya de convulsiones, oyó alternativamente las proclamas de la municipalidad y los decretos de la Convencion que declaraban fuera de la ley. No sabia de que lado estaba la justicia, vaciló, y se detuvo indeciso.

## VIII.

La noche envolvía ya con sus sombras las reuniones, que se dispersaban alrededor de las Tullerías. Barras y los diputados militares que le acompañaban, recorrían á

la luz de hachas de viento los barrios del centro de París, llamando en alta voz á los ciudadanos para que auxiliasen á la representación contra una horda de facciosos. Un ejército, ó por mejor decir, un puñado de hombres decididos, compuesto de ciudadanos de todas las secciones, de gendarmes y algunos artilleros trásfugas de Henriot, formó en número de mil ochocientos hombres alrededor de la Convencion. Barras podía engrosar este número antes de que amaneciese; pero conocia el valor del tiempo y el poder de la audacia. Improvisó con sangre fría un plan de operaciones que puso en práctica con prontitud; hizo rodear con astucia la casa del ayuntamiento por algunos destacamentos que se deslizaron por medio de calles escusadas, cortando de esta suerte los refuerzos y la retirada á los insurgentes. El mismo marchó lentamente llevando los cañones á vanguardia por los diques sobre la casa del ayuntamiento. Leonardo Bourdon siguió con otra columna por las calles estrechas y paralelas á los diques, avanzando del mismo modo para desembocar por otro lado á la estremidad de la plaza de Greve. A medida que Barras y Bourdon avanzaban hacia el foco de la insurreccion, parecia que se disminuía el murmullo del pueblo alrededor de la casa del ayuntamiento.

El tumulto se calmó á medida que se acercaban. La noche combatía en su favor. Asegurado Barras por la solidez de los diques, mandó hacer alto á las cabezas de sus columnas y fué á galope á la Convencion: entró en el salón, subió á la tribuna, y su continente marcial, sus armas y sus palabras, restituyeron la confianza en los ánimos. Tranquila la Convencion, Barras volvió á montar á caballo á las voces de ¡Viva la república! ¡Viva el salvador de la Convencion! Freron y sus ayudantes de campo le siguieron en la tribuna y dieron cuenta del estado de París por el lado del Campo de Marte. «Hemos cortado la marcha á los alumnos de la patria, que el traí-

dor Lebas se habia encargado de sublevar en favor de Robespierre, dijo Freron; hemos enviado algunos artilleros patriotas para que recorran las filas de sus camaradas estraviados en la plaza del ayuntamiento, y traerlos á su deber. Ahora vamos á marchar á intimar á los revoltosos que si rehusan entregarnos á los traidores, los enterraremos en las ruinas de aquel edificio.»

Tallien ocupó la silla del presidente. «¡Partid! dijo con energética voz á Freron y á sus colegas; partid, y que el sol no salga antes que hayan caído las cabezas de los conspiradores.»

## IX.

Sin embargo, Robespierre persistía en el ayuntamiento en la impasibilidad que se habia impuesto: tenia mas bien trazas de estar en rehenes, que de ser jefe de la insurreccion. Coffinhal, Henriot y Payan, sostenian solos la energía del consejo y la adhesión del pueblo. Ninguno de ellos tenia la suficiente popularidad para dar su nombre á un movimiento tan grande. Robespierre les rehusaba el suyo; de suerte, que se vieron en la precisión de violentarlo para salvarlo y salvarse con él. «¡Oh si yo fuese Robespierre!» le dijo Coffinhal. Al salir de la prefectura de policia para ir á la casa de ayuntamiento, Robespierre no cesó de repetir á la diputacion que lo acompañaba: «¡Vosotros me perdéis, y os perdéis á vosotros mismos! ¡vosotros perdéis á la república!» Desde que llegó al consejo municipal afectó permanecer indiferente á los movimientos que se agitaban á su alrededor. Saint-Just y Couthon le suplicaron que cediese á la voz del pueblo que con sus gritos le confería la dictadura y que ejerciese el poder por una noche para abdicarlo al dia siguiente en la Convencion ya depurada. «El

pueblo, le decía Couthon, solo espera una palabra de ti para destruir á los tiranos y á tus enemigos. Dirígele al menos una proclama que le indique lo que ha de hacer. — ¿En nombre de quien? preguntó Robespierre. — En nombre de la Convencion oprimida, respondió Saint-Just. — Acuérdate del dicho de Sertorio, añadió Couthon.

*¡Roma no está ya en Roma; está en donde yo estoy!*

—No, no, replicó Robespierre, yo no quiero dar el ejemplo de la representacion nacional avasallada por un ciudadano; nada somos sino por el pueblo, y no debemos sustituir nuestra voluntad á sus derechos. — ¡Entonces, exclamó Couthon, solo nos resta morir! — Tu lo has dicho, replicó hemáticamente Robespierre, que parecía resuelto á sacrificarse como víctima antes que triunfar como faccioso; reclinándose en la mesa del consejo. — Pues bien; tu nos matas, le dijo Saint-Just. Robespierre tenía á la vista un pliego de papel con el sello de la municipalidad de Paris. Aquel papel contenía una llamada á la insurreccion, redactada apresuradamente por uno de los miembros del consejo. Robespierre instado por sus colegas habia escrito la mitad de su nombre al fin de la hoja; pero detenido por sus escrúpulos y por su indecision, y dejando sin concluir su firma, rechazó el papel, tirando la pluma. Aquella accion, que perdía á sus amigos, no le degradó en su concepto.

Couthon se reprendía á sí mismo el no elevarse hasta aquella abnegacion del patriotismo; Lebas, hombre de ánimo, se sentía encadenado por la admiracion; Robespierre el joven, buscaba el cumplimiento de su deber en los ojos de su hermano. Saint-Just, con respetuoso silencio, no se atrevía á combatir un pensamiento que creía superior al suyo, si no por el genio, al menos en virtud. Esperaba que el oráculo se pronunciase por la

voz del pueblo, dispuesto á seguir á su dueño á la dictadura ó á la muerte.

Solo Payan trataba de mantener en los noventa y dos miembros de la municipalidad, en el pueblo de las tribunas y en las masas que llenaban la casa del ayuntamiento, la constancia y el ardor de la insurreccion. Creía inflamar á los cómplices de la municipalidad por la indignacion, y quitarles todo refugio que no fuese la victoria, leyéndoles los decretos que ponian fuera de la ley y que acababa de dictar la Convencion, añadiendo artificiosamente á aquella lista los espectadores de las tribunas, esperando de este modo confundir al pueblo y la municipalidad en la misma suerte. Aquella astucia de Payan, que todo lo podía salvar, lo perdió todo. Apenas habia leído el falso decreto, cuando la multitud que ocupaba las tribunas se evadió, como si hubiera visto brillar la cuchilla de la Convencion en su decreto. Las tribunas arrastraron en su fuga á las masas de seccionarios, cansados ya de un movimiento que se volvía al cabo de siete horas contra sí mismo. La mayor parte de la noche se pasó en aquellas oscilaciones. Las dos sonaron en el reloj de la municipalidad.

## X.

Al mismo tiempo la tropa de Leonardo Bourdon, que se habia deslizada en silencio por las calles laterales al muelle, hacia alto antes de desembocar en la plaza de Greve al grito de *Viva la Convencion!* En vano Henriot con sable en mano, y galopando como un insensato en medio del gentío que atropellaba, respondió á aquel grito con el de *Viva la municipalidad!* El desprecio universal por aquel gefe, el desorden de sus movimientos, la descompostura de sus ademanes, su aspecto de embria-

guez, las calles cortadas y la aproximación de las columnas, esparcieron el desaliento en las filas de los seccionarios. Los artilleros cubrieron de silbidos á su estúpido general, volvieron las bocas de sus piezas contra la casa de ayuntamiento ó hicieron resonar en las plazas y en los malecones un inmenso grito de ¡Viva la Convencion! dispersándose en seguida.

La columna de Barras se detuvo á aquel grito para dejar evacuar la plaza. En pocos minutos todo se desvaneció ó se unió á los batallones de la Convencion.

Un profundo silencio reinaba en las puertas del ayuntamiento. Leonardo Bourdon temió un lazo en aquella inmovilidad, creyendo que los insurgentes fortificados en las salas, querian bñtir á las columnas y enterrarse en las ruinas de la casa. Un mútuo terror dejó por mucho tiempo desocupada la plaza de Greve, y separados los sitiados y los sitiadores. En fin, Dulac, agente resuelto de la comision de seguridad general, puesto á la cabeza de veinte y cinco zapadores y de algunos granaderos, atravesó la plaza, derribó las puertas á hachazos y subió la escalera calando bayoneta.

## XI.

Al estruendo de los pasos, Lebas armado con dos pistolas, ofreció una á Robespierre, pidiéndole que se diese la muerte. Robespierre, Saint-Just y Couthon rehusaron suicidarse, prefiriendo morir á manos de sus enemigos. Sentados impassiblemente alrededor de una mesa de la sala de la *Igualdad*, escucharon el ruido de los que subian, miraron á la puerta y esperaron su suerte.

Al primer culatazo que oyeron en las escaleras, Lebas se tiró un pistoletazo en el corazon cayendo muerto en brazos de Robespierre el jóven. Este, aunque seguro de

su inocencia y de su absolucion, no quiso sobrevivir á su hermano ni á su amigo. Abrió una ventana y se precipitó al patio, rompiéndose una pierna en la caída. Coffinhal, haciendo resonar con sus pasos y sus imprecaciones las salas y galerias encontró á Henriot aturdido por el ruido y por la embriaguez, le echó en cara su glotonería y su falta de valor y asiéndolo en sus brazos lo llevó hacia una ventana abierta, arrojándolo desde el segundo piso sobre un monton de inmundicias diciendo: «¡Ve, miserable borracho, le dijo al arrojarlo, no eres digno del cadalso!»

Entretanto Dulac, tranquilo por el estado de la casa de ayuntamiento, habia enviado á uno de sus granaderos para advertir á la columna de Bourdon del libre acceso del interior de la casa.

Leonardo Bourdon formó su tropa en batalla delante del peristilo y subió acompañado de cinco gendarmes y alguna tropa; se precipitó con Dulac y los que le seguian en la sala de la *Igualdad*. La puerta cedió á los culatazos de los granaderos. «¡Muera el tirano!—¿Quién es el tirano?» preguntaron los soldados, y Leonardo Bourdon no se atrevió á resistir las miradas de su desarmado enemigo. Situado detrás del peloton y cubierto por el cuerpo de un gendarme llamado Meda, tomó con la mano derecha el brazo del gendarme que tenia una pistola, y señalando con la izquierda al que debia apuntar, dirigió el arma contra Robespierre diciendo al gendarme: «¡Ese es!»; «sale el tiro y cae Robespierre hacia adelante manchando con su sangre la proclama que no habia acabado de firmar. La bala le habia atravesado el labio inferior y roto la encia. Couthon se quiso levantar, vaciló sobre sus piernas baldadas, y cayó debajo de la mesa. Saint-Just permaneció sentado é inmóvil, mirando tristemente á Robespierre, y con orgullo á sus enemigos.

Al estruendo de los tiros y de los gritos de viva la Convencion, las columnas de Barras desembocaron en la plaza, escalaron la casa del ayuntamiento cerrando todas las salidas; apoderáronse de Henriot, Payan, Duplay y de los ochenta miembros de la municipalidad, los ataron preparándose á llevarlos en triunfo á la Convencion. Coffinhal consiguió escaparse á favor de la confusion general; derribó la puerta de una sala baja refugiándose en el rio en un barco de lavanderas, de donde el hambre le hizo salir descubriéndole al dia siguiente.

Seguido Barras de la larga fila de presos, volvió á tomar con sus columnas el camino de la Convencion. Los primeros albores de la mañana empezaban á distinguirse. Robespierre llevado por cuatro gendarmes en una camilla y con la cara envuelta con un pañuelo lleno de sangre, abria la marcha. Los que llevaban á Couthon le habian dejado caer y rodar al suelo por descuido en la esquina de la plaza de Greve. Tenia sus vestidos manchados y rotos, dejando desnuda parte de su cuerpo. Robespierre el jóven se desmayó y lo llevaban dos hombres del pueblo. El cadáver de Lehas iba cubierto con el tapete de una mesa, manchado de sangre. Saint-Just con las manos atadas por delante, la cabeza descubierta, los ojos bajos y recogido en la resignacion y no en la venganza, seguia á pie.

A las cinco, la cabeza de la columna entró en las Tuillerías. La Convencion esperaba el desenlace sin temerle. Un estremecimiento tumultuoso anunció la proximidad de Barras y Freron. Charlier presidia: «El cobarde Robespierre está allí, dijo señalando á la puerta. ¿Queréis que entre?—No, no!» respondieron los representantes unos por horror y otros por compasion. «Presentar en la Con-

vencion el cuerpo de un hombre cubierto con todos los crímenes, exclamó Thuriot, seria quitar á esta hermosa jornada el brillo que le conviene. El cadáver de un tirano no puede traer mas que un contagio. El puesto que está señalado para Robespierre y sus cómplices, es la plaza de la Revolucion.»

Leonardo Bourdon, ebrio por el triunfo, contó su expedicion y presentó á la Convencion el gendarme que habia tirado á Robespierre. Legendre entro armado con dos pistolas, anunciando que habia dispersado á los Jacobinos y cerrado él mismo las puertas de su sala, arrojando las llaves sobre la tribuna.

Depositado Robespierre en una antesala, estaba tendido en una mesa, sirviéndole una silla vuelta de almohada. Un inmenso gentío entraba, salia, y se renovaba continuamente para mirar desde lo alto de las banquetas al dueño de la república abatido. Algunos diputados entre sus aduladores del dia anterior, venian á asegurarse de que el tirano no se levantaria mas. Nada le perdonaban en la agonía, ni las inyecciones, ni las miradas, ni los desprecios. Los ugieres de la Convencion lo señalaban con la mano á los espectadores como si fuese un animal feroz en su jaula, y él se fingió muerto para librarse de los insultos y de las inyecciones de que era objeto. Un empleado de la comision de salud pública, que se alegraba de la caída de la tiranía, pero que compadecia al hombre, se acercó á Robespierre, le quitó una liga, le bajó la media y poniendo la mano en la pierna, sintió las pulsaciones de la arteria que revelaban su plenitud de vida: «Es necesario registrarlo» dijo á la multitud. En los bolsillos de su casaca encontraron dos pistolas enfun-

dadas, en las que había grabadas las armas de Francia. «¡Ved al maldado, esclamaron los espectadores, la prueba de que aspiraba al trono, es que trae los símbolos proscritos de la soberanía!» Aquellas pistolas metidas en su funda y cargadas, prueban que Robespierre no se disparó el tiro que lo había herido.

En aquel momento, Legendre pasó á la sala y se aproximó al cuerpo de su enemigo, y apostrofándole en un tono teatral: «¡Y bien, tirano! le dijo con accion despreciativa. Tú para quien la república no era bastante grande ayer, hoy no ocupas mas que dos pies de ancho en esa pequeña mesa!» Robespierre debió oír con horror y con desprecio aquella voz, que con una sola mirada había abagado tantas veces en la Convención y cuyas adulaciones le repugnaban desde la muerte de Danton. Aunque inmóvil, lo veía y lo oía todo. La sangre que manaba de su herida se cuajaba en su boca, y reanimándose se la limpió con una funda de las pistolas. Su mirada apagada, empero escrutadora, se dirigía á la multitud como para buscar compasion ó justicia, pero no descubrió mas que aversion y cerró los ojos. El calor que había en la sala era sofocante; una calentura ardiente daba color á sus mejillas y el sudor inundaba su frente. Nadie le ofreció la mano. A su inmediacion habian puesto una copa con vinagre y una esponja. De cuando en cuando la empapaba y se humedecía los labios.

Después de aquella larga esposicion en la puerta de la sala, desde donde el vencido oía la esplosion de la tribuna contra él, le trasportaron á la comision de seguridad general. Billaud Varennes, Collot de Herbois y Vadier, los mas implacables de sus enemigos, le esperaban allí. Le interrogaron por fórmula; sus miradas respondieron únicamente, y los jueces abreviaron su suplicio y su alegría. Transportado al hospital, los cirujanos reconocieron y curaron su herida. Robespierre encontró en la sala de heridos á Couthon, llevado allí como enfermo; á Henriot,

con los miembros mutilados por la caída, y en fin, á su hermano, cuya fractura habían curado ya. Después de la cura todos los heridos fueron trasladados á un mismo calabozo de la Consergeria, en donde los esperaba Saint-Just, al lado del cadáver de Lebas.

Al entrar en la Consergeria, Saint-Just se encontró en el postigo interior al general Hoche, que él mismo había mandado encerrar pocas semanas antes. Hoche en vez de insultarlo por su caída, se apartó con los ojos bajos para dejar pasar al jóven procónsul. Los héroes respetan la desgracia hasta en los que los han proscrito.

El corregidor Fleuriot-Lescot, Payan, Dumas, Vivier, presidente de los Jacobinos, la vieja Lavalette, Duplay, su muger y sus hijas, huéspedes de Robespierre, desde el Luxemburgo á donde los habían llevado al principio, fueron trasladados también á la Consergeria.

A las tres, los condujeron al tribunal revolucionario. La Convencion estaba ya tan segura de la obediencia, que no había cambiado de instrumentos. Los jueces y los jurados eran los mismos que en el día anterior se disponian á enviar á la muerte á los enemigos de los que iban á sacrificar. Fouquier-Tinville leyó con el mismo acento de rigurosa conviccion los decretos que los ponian fuera de la ley, limitándose á hacer constar la identidad de las personas. Fouquier no se atrevió á dirigir la vista á Dumas, su colega en el tribunal revolucionario, ni á Robespierre su patrono.

A las cinco, las carretas esperaban á los sentenciados al pie de la escalera principal. Robespierre, su hermano, Couthon, Henriot y Lebas, eran ó unos restos humanos ó unos cadáveres. Los ataron por las piernas, por el cuerpo, y por los brazos á los maderos del primer carro. Los vaivenes que ocasionaba el empedrado, les arrancaban gritos y gemidos de dolor. Los dirigieron por las calles mas largas y mas concurridas de Paris. Las puertas, las ventanas, los balcones y aun los tejados, estaban encumbra-

dos de espectadores, y sobre todo de mugeres, con sus mejores adornos, que aplaudian el suplicio creyendo espiar el terror, execrando al hombre que le habia dado su nombre «¡A la muerte! ¡a la guillotina!» esclamaban junto á las ruedas, los hijos, los parientes y los amigos de las victimas. El pueblo, escaso en número y faciturno, miraba sin dar ninguna señal, ni de pena ni de satisfaccion. Algunos jóvenes á quienes habian guillotinado sus padres, y muchas mugeres privadas de sus maridos, atravesaban de cuando en cuando la fila de gendarmes para llenar de imprecaciones á Robespierre. Al parecer, temian que la muerte no les quitase el grito y la satisfaccion de su venganza. Robespierre llevaba la cara envuelta en un pañuelo manchado de sangre, que le sostenia la barba, y este pañuelo estaba anudado sobre la cabeza. No se le descubria mas que una mejilla, la frente y los ojos. Los gendarmes de la escolta lo mostraban al pueblo con la punta de los sables. El volvía la cabeza y encogia los hombros, como si tuviese compasion del error que imputaba á él solo tantas maldades como cubrian su nombre. Toda su inteligencia respiraba en sus ojos; su actitud indicaba la resignacion y no el temor: el misterio que habia cubierto su vida cubria su pensamiento. Murió sin revelar su última idea.

Delante de la casa del artesano donde habia vivido, cuyos miembros todos, padre, madre é hijos estaban ya presos, una banda de mugeres detuvo el conve y bailó en círculo alrededor de la carreta.

Un niño que llevaba en la mano un cubo de carnicero lleno de sangre de vaca, mojó en él una escoba y roció las paredes de la casa. Robespierre cerró los ojos du-

rante aquel alto, para no ver insultado el umbral de unos amigos á quienes habia sumido en la desgracia. Esta fué su única accion de sensibilidad, durante las treinta y seis horas de su suplicio.

En la noche de aquel mismo dia, aquellas furias de la venganza, invadieron la cárcel á donde se hallaba la muger de Duplay y la ahogaron, colgándola despues en la varilla de una cortina.

El convoy siguió su marcha; Couthon iba cavilando, Robespierre el joven enternecido. Las saeudidas de la carreta, que renovaban la fractura de su pierna, le hacían dar gritos involuntarios; Henriot tenía la cara embadurnada de sangre, como los beodos á quienes se recoge en medio de un arroyo; le habian quitado su uniforme, y no llevaba otro vestido que la camisa manchada de barro. Saint-Just, vestido decentemente, con el pelo cortado, pálido el semblante, pero sereno, no afectaba en su actitud ni humillacion ni orgullo. En la elevacion de su mirada, se veía que la dirigía mas allá del tiempo y del suplicio, y que su pensamiento le seguía al cadalso como le hubiera seguido al triunfo, sabiendo por qué iba á morir y no acusando al destino porque moría por su fidelidad á sus principios, á su maestro y á la mision que éste le habia dado. Ser incomprendible é incompleto, compuesto únicamente de inteligencia y sin mas pasiones que las del espíritu: faltábale enteramente el órgano del corazon á su naturaleza así como á su teoria. Hombre sin corazon no reconvenía en nada á su abstracta conciencia y murió odiado y maldecido sin reconocerse culpable. ¡Ceguedad moral que conduce al abismo cuando se cree marchar hacia la libertad del mundo y hacia la admiracion de la posteridad! Causa sorpresa ver tan tierna juventud en el dogmatismo de las ideas, tanta gracia en el fanatismo y tanta conciencia en la impassibilidad.

Llegados al pie de la estatua de la Libertad, los ejecutores llevaron á los heridos al tablado de la guillotina.

Ninguno de ellos dirigió la palabra ni acusó al pueblo; leyeron su juicio en la actitud sorprendente de la multitud. Robespierre subió con paso firme las gradas del cadalso. Antes de soltar la cuchilla, los verdugos le arrancaron el vendaje que envolvía su barba, para que el lienzo no mellase el filo del hacha, lo que le hizo dar un rugido de dolor físico, que se oyó en el otro extremo de la plaza de la Revolución. La multitud calló y un golpe sordo de la cuchilla, dividió del tronco la cabeza de Robespierre. Una larga respiración de la multitud, seguida de un inmenso aplauso sucedió al golpe fatal.

Saint-Just apareció entonces en pie encima del cadalso: alto, delgado, inclinada la cabeza, con los brazos atados y con los pies sobre la sangre de Robespierre, dibujábase como un fantasma á través de un cielo alumbrado con los últimos crepúsculos de la tarde. Murió sin desplegar los labios, llevándose su aceptación ó su protesta interior respecto á su muerte. Tenia veinte y seis años y dos días.

Pusieron los veinte y dos cuerpos mezclados en un mismo carro, y con ellos el cadáver de Lebas.

## XV.

Algunas semanas despues, una muger jóven, vestida como una lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos se presentó en la casa de huéspedes que habitó Saint-Just y pidió que la dejasen hablar en secreto con la hija del dueño de la casa. La forastera era la viuda de Lebas, hija de Duplay. Despues del suicidio de su marido, del suplicio de su padre, del asesinato de su madre y de la prision de sus hermanas, madama Lebas cambió de apellido, se vistió como muger del pueblo y ganaba su vida y la de su hijo, lavando ropa en los bar-

cos que sirven para este uso en el rio. Algunos republicanos perseguidos eran los únicos que sabian este cambio, y se admiraban de su valor. No le quedaba ni herencia ni vestigios, ni aun el retrato de su marido. Adoraba en silencio su recuerdo.

La jóven fugitiva, supo que la patrona de Saint-Just, pintora de profesion, poseia un retrato del discípulo de Robespierre, el cual habia pintado antes de que lo llevarsen al suplicio. Deseaba ardientemente poseer aquella pintura, que al menos la recordaria á su marido en la imagen del jóven republicano, colega y amigo el mas querido de Lebas. La jóven artista reducida á la indigencia por la prision de su propio padre, perseguido como patron de Saint-Just, pidió seis luises por su trabajo. Madama Lebas no poseia esta suma. No habia salvado del secuestro sino un cofre de vestidos, alguna ropa blanca y los trages de novia, que era su única fortuna. Le ofreció aquel cofre con todo lo que contenia por precio del retrato. El pacto quedó concluido, y la pobre viuda llevó por la noche sus ropas, y adquirió á tanta costa aquel tesoro. Asi se ha conservado por el amor conyugal para la posteridad, la única imagen de aquel jóven revolucionario, bello, fantástico, sombrío como una teoría, pensativo como un sistema y triste como un presentimiento. Aquella pintura es mas bien el retrato de una idea que el de un hombre, se parece á un sueño de la república de Dracon.

## XVI.

Tal fue el fin de Robespierre y de su partido, sorprendido y sacrificado en la obra que meditaba para hacer entrar al terror en la ley, á la revolución en el orden y á la república en la unidad. Destruído por hombres unos peores y otros mejores que él, tuvo la gran desgra-

Ninguno de ellos dirigió la palabra ni acusó al pueblo; leyeron su juicio en la actitud sorprendente de la multitud. Robespierre subió con paso firme las gradas del cadalso. Antes de soltar la cuchilla, los verdugos le arrancaron el vendaje que envolvía su barba, para que el lienzo no mellase el filo del hacha, lo que le hizo dar un rugido de dolor físico, que se oyó en el otro extremo de la plaza de la Revolución. La multitud calló y un golpe sordo de la cuchilla, dividió del tronco la cabeza de Robespierre. Una larga respiración de la multitud, seguida de un inmenso aplauso sucedió al golpe fatal.

Saint-Just apareció entonces en pie encima del cadalso: alto, delgado, inclinada la cabeza, con los brazos atados y con los pies sobre la sangre de Robespierre, dibujábase como un fantasma á través de un cielo alumbrado con los últimos crepúsculos de la tarde. Murió sin desplegar los labios, llevándose su aceptación ó su protesta interior respecto á su muerte. Tenia veinte y seis años y dos días.

Pusieron los veinte y dos cuerpos mezclados en un mismo carro, y con ellos el cadáver de Lebas.

## XV.

Algunas semanas despues, una muger jóven, vestida como una lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos se presentó en la casa de huéspedes que habitó Saint-Just y pidió que la dejasen hablar en secreto con la hija del dueño de la casa. La forastera era la viuda de Lebas, hija de Duplay. Despues del suicidio de su marido, del suplicio de su padre, del asesinato de su madre y de la prision de sus hermanas, madama Lebas cambió de apellido, se vistió como muger del pueblo y ganaba su vida y la de su hijo, lavando ropa en los bar-

cos que sirven para este uso en el rio. Algunos republicanos perseguidos eran los únicos que sabian este cambio, y se admiraban de su valor. No le quedaba ni herencia ni vestigios, ni aun el retrato de su marido. Adoraba en silencio su recuerdo.

La jóven fugitiva, supo que la patrona de Saint-Just, pintora de profesion, poseia un retrato del discípulo de Robespierre, el cual habia pintado antes de que lo llevarsen al suplicio. Deseaba ardientemente poseer aquella pintura, que al menos la recordaria á su marido en la imagen del jóven republicano, colega y amigo el mas querido de Lebas. La jóven artista reducida á la indigencia por la prision de su propio padre, perseguido como patron de Saint-Just, pidió seis luises por su trabajo. Madama Lebas no poseia esta suma. No habia salvado del secuestro sino un cofre de vestidos, alguna ropa blanca y los trages de novia, que era su única fortuna. Le ofreció aquel cofre con todo lo que contenia por precio del retrato. El pacto quedó concluido, y la pobre viuda llevó por la noche sus ropas, y adquirió á tanta costa aquel tesoro. Asi se ha conservado por el amor conyugal para la posteridad, la única imagen de aquel jóven revolucionario, bello, fantástico, sombrío como una teoría, pensativo como un sistema y triste como un presentimiento. Aquella pintura es mas bien el retrato de una idea que el de un hombre, se parece á un sueño de la república de Dracon.

## XVI.

Tal fue el fin de Robespierre y de su partido, sorprendido y sacrificado en la obra que meditaba para hacer entrar al terror en la ley, á la revolución en el orden y á la república en la unidad. Destruído por hombres unos peores y otros mejores que él, tuvo la gran desgra-

cia de morir el mismo día que finalizó el terror, acumulando sobre su nombre, hasta la sangre de los suplicios que quería evitar y las maldiciones de las víctimas que quiso salvar. Su muerte fué la fecha y no la causa de la terminación del terror: los suplicios hubieran cesado con su triunfo, así como cesaron con su suplicio. La justicia divina deshonra así su arrepentimiento y hacia inútiles sus buenas intenciones, ofreciendo en su tumba un abismo sin fondo, y en su memoria un enigma de cuya resolución se estremece la historia, temblando pronunciar sobre él, temiendo igualmente de hacerle una injusticia si le diese el nombre de crimen, ó de horrorizarse si le diese el de virtud. Para que el historiador sea justo é instructivo, es necesario que asocie atrevidamente estas dos palabras, que repugnan ir juntas, y que componga con ellas una expresión completa, ó mas bien es necesario que renuncie á la calificación de lo que no se puede definir. Aquel hombre fué y quedará sin definición.

Hubo un designio en su vida y aquel designio fué grande; el reinado de la razón por la democracia. Hubo en él un móvil y aquel móvil fué divino; la sed de la verdad y de la justicia en las leyes. Hubo una acción y aquella acción fué meritoria; el combate á muerte contra los vicios, la mentira y el despotismo. Hubo un sacrificio y aquel sacrificio fué constante, absoluto, como un sacrificio heroica; fué el sacrificio de sí mismo, de su juventud, de su descanso, de su dicha, de su ambición, de su vida y de la memoria de su obra. En fin, hubo un medio y aquel medio fué alternativamente ó legítimo ó execrable: la popularidad. Halaga al pueblo en su parte inexorable; exagera las sospechas, suscita la envidia, provoca la ira, envenena la venganza y abre las venas al cuerpo social para curar sus males, pero deja que salga de ellas la sangre pura ó impura siendo todo indiferente, y sin interponerse entre los verdugos y las víctimas. No quiso el mal sino que lo aceptó; hizo caer por creerlo

necesario en su posición, las cabezas del rey, de la reina y de su inocente hermana. Cedió á la misma pretendida necesidad la cabeza de Vergniaud y al miedo á la dominación la de Danton.

Permitió que su nombre sirviese durante diez y ocho meses de enseña al cadalso y de justificación á la muerte. Esperó rescatar despues lo que es imposible: el crimen actual por la santidad de las futuras instituciones. Se embriagó con la perspectiva de una felicidad pública, mientras que la Franca palpitaba en el patíbulo. Tuvo el vértigo de la humanidad: quiso estirpar con el hierro todas las malas raíces del suelo social, y se abrogó los derechos de la Providencia porque tuvo el sentimiento y la concepción de su imaginación. Se puso en el lugar de Dios, queriendo ser el genio creador ó exterminador de la revolución. Olvidó que si cada hombre se diviniza á sí mismo no quedaria al fin sino uno solo en el globo, y que el último de los hombres seria el asesino de todos los demas. Manchó con sangre las mas puras doctrinas de la filosofía, inspirando al porvenir el espanto del reinado del pueblo, la repugnancia á la institución de la república y la duda sobre la libertad. Cayó, en fin, en su primera lucha contra el terror, por que no conquistó resistiéndole desde un principio el derecho y la fuerza de dominarlo. Sus principios fueron estériles y condenados como sus proseripciones y murió esclamando con el desaliento de Bruto: «¡La república perece conmigo!» En aquel momento era en efecto el alma de la república que desaparecia con su último suspiro. Si Robespierre se hubiera conservado puro y sin conceder nada á los estraviados de los demagogos, hasta aquella crisis de cansancio y de remordimientos, la república hubiera permanecido, rejuvenecido y triunfado con él. Aquella buscó un regulador, y él no la presentó sino un cómplice, preparandola un Cromwell.

La extrema desgracia de Robespierre al morir no fué

la de perecer y arrastrar á la república consigo, sino la de no legar á la democracia en la memoria del hombre que habia querido personificarla con la mejor buena fé, una de aquellas figuras puras, radiantes é inmortales que vengan una causa del abandono de la suerte y que protestan contra aquella ruina, por la admiracion sin repugnancia y sin reserva, que inspiran á la posteridad. La república necesitaba de un *Caton de Utica* en el martirologio de sus fundadores: Robespierre no la dejó sino un *Mario*, á escepcion de la espada. La democracia tenia necesidad de una gloria que resplandeciese para siempre con un nombre desde su cuna y Robespierre no la recordaba sino su gran constancia, su gran incorruptibilidad y grandes remordimientos. Este fué el castigo del hombre, el del pueblo, el de la época y aun el del porvenir. Una causa no es frecuentemente sino el nombre de una persona. La causa de la democracia no debia ser condenada á encubrir ó á justificar el suyo. El tipo de la democracia debe ser magnánimo, generoso, clemente, é incontestable como la verdad.

## XVII.

Con Robespierre y Saint-Just concluyó el gran periodo de la república, y la segunda raza de los revolucionarios principió entonces. La república descendiendo desde la tragedia á la intriga, desde el espiritualismo á la ambicion, del fanatismo á la codicia. En el momento en que todo se achica, detengámonos á contemplar lo que fué tan grande.

La revolucion no habia durado más que cinco años. Aquellos cinco años fueron cinco siglos para la Francia. Tal vez no ha sucedido jamás en el mundo desde la encarnacion de la idea cristiana, que en tan corto espacio de tiempo haya habido semejante erupcion de ideas, de

hombres, de naturalezas, de caractéres, de génios, de talentos, de catástrofes, de crímenes y de virtudes como hubo durante aquella elaboracion convulsiva del porvenir social y político de lo que se llama la Francia. Ni el siglo de César y de Octavio en Roma, ni el de Carlo-Magno en las Galias y en la Germania, ni el de Pericles en Atenas, ni el de Leon X en Italia, ni el de Luis XIV en Francia, ni el de Cromwell en Inglaterra. Parecia que la tierra, trabajando para engendrar el orden progresivo de las sociedades, hacia un esfuerzo de fecundidad comparable á la enérgica obra de regeneracion, que la Providencia quiere cumplir. Los hombres nacieron como unas personificaciones instantáneas de las cosas que deben pensarse, decirse ó hacerse. Voltaire personifica el buen sentido; Juan Jacobo Rousseau lo ideal; Condorcet el cálculo; Mirabeau el rayo; Vergniaud la impetuosidad; Danton la audacia; Marat el furor; Mad. Roland el entusiasmo; Carlota Corday la venganza; Robespierre la utopia, y Saint-Just el fanatismo de la revolucion. Detrás de ellos los hombres secundarios de cada uno de estos grupos, forman un haz que la revolucion separa despues de haberlos reunido rompiendo uno á uno todos sus tallos como si fuesen unas herramientas inútiles. La luz brilla á la vez en todos los puntos del horizonte; las tinieblas se disipan, las preocupaciones huyen, las conciencias se emancipan, las tiranias tiemblan, los pueblos se levantan, y los tronos se desploman. La Europa intimidada trata de herir, y herida ella misma retrocede para mirar desde lejos aquel gran espectáculo. Aquel combate á muerte por la causa de la razon humana, es mil veces mas glorioso que las victorias de los ejércitos que le suceden. Conquistó para el mundo verdades impercederas en vez de conquistar á una nacion precarios aumentos de provincias. Ensancho el dominio del hombre en vez de ensanchar los limites del territorio. Tuvo el martirio á gloria, y la virtud fué su única ambicion. Es glorioso

pertenecer á una raza de hombres á quienes la Providencia ha permitido concebir semejantes ideas, y ser hijo de un siglo que ha dado impulso á tales movimientos del espíritu humano. ¡Glorificase con ellos Francia por su inteligencia, por su representación, por su alma y por su sangre! Las cabezas de aquellos hombres cayeron una á una, las unas justa, las otras injustamente, pero todas caen trabajando. Se acusa y se absuelve, se llora ó se maldice. Los individuos son inocentes ó culpables, interesantes ú odiosos, víctimas ó verdugos. La acción grande y la idea se eleva sobre sus instrumentos como la causa siempre pura sobre los horrores de un campo de batalla. Por espacio de cinco años, la revolución no fué mas que un vasto cementerio. Sobre la tumba de aquellas víctimas está escrita una palabra que las caracteriza. En una *filosofía*, en otra *elocuencia*, en esta *genio*, en aquella *valor*, aquí *crimen*, y allí *virtud*; pero en todas está escrito además; *Muerte para el porvenir y Trabajador de la humanidad.*

## XVIII.

Una nación debe llorar sus muertos sin duda, y no consolarse de una sola cabeza injustamente sacrificada, pero no debe sentir su sangre cuando ha corrido para hacer salir de ella verdades eternas. Dios ha puesto este precio á la germinación y al desarrollo de sus designios sobre el hombre. Las ideas vegetan con sangre humana. Las revelaciones descienden de los patibulos. Todas las religiones se divinizan por los mártires. Perdonémos, pues, hijos de los combatientes y de las víctimas. Reconociémos sobre sus sepuleros, para continuar su interrumpida obra. El crimen lo ha perdido todo mezclándose entre las filas de la república. Combatir no es sacri-

ficar. Separemos el crimen de la causa del pueblo, como un arma que le hiere la mano y que ha cambiado la libertad en despotismo; no tratemos de justificar al cadalso por la patria, y las proscripciones por la libertad; no endurezcamos el alma del siglo con los sofismas de la energía revolucionaria; dejemos su corazón á la humanidad, este es el mas seguro y el mas infalible de sus principios, y resignémos á la condición de las cosas humanas. La historia de la revolución es gloriosa y triste como el día que sigue á una victoria y como la víspera de un combate. Pero si esta historia está cubierta de luto, está llena sobre todo de buena fé. Se asemeja á un drama antiguo, en el cual, mientras el actor principal hace la relación, el coro del pueblo canta la gloria, llora las víctimas, y eleva un himno de consuelo y de esperanza hácia Dios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE.

### LIBRO CINCUENTA.

PAGS.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convencion decreta la destruccion de esta ciudad.—Couthon.—Collot de Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucciones.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Tolon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman á los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Tolon por el ejército republicano.—Napoleon Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses á Tolon despues de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones. . . . .

5

### LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris.—Madama Roland en la cárcel.—Escribe sus Memorias.—Su

carta á Robespierre.—Su causa.—Su sentencia.  
—Su muerte.—Suicidio de Roland. . . . . 49

## LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convencion Isabeau y Tallien en Burdeos.—Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec de Ambes.—Estos buscan un asilo en San Emilion.—Madama Bouquey los recibe.—Su separacion.—Valady tomó el camino de los Pirineos.—Louvet vuelve á Paris.—Grangenouve y Biroteau ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se tira un pistoletazo.—Lo llevan moribundo á Burdeos y lo esponen en el cadalso.—Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion.—Barnave, Duport y Bailly.—Su sentencia.—Su muerte.—Prolongado suplicio de Bailly.—Ejecuciones de madama Dubarry y de Biron.—Mr. y madama Angrand de Allary.—La municipalidad se adelanta á la Convencion.—Notas postumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Gobel.—Apostasias.—Hebert y Chaumette.—Profanacion del culto católico.—Inauguracion del culto de la Razon.—Destruccion de los sepulcros de San Dionisio.—Exhumacion de los restos mortales de los reyes. . . . . 67

## LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á Paris.—José Lehon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre (el jóven) en Vesoul. . . . . 117

## LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Saint-Just y Lebas comisionados de la Convencion en los ejércitos.—Saint-Just reprime el terror en Estrasburgo.—Carta íntima de Lebas.—El poder de Robespierre equilibrado por Danton.—Chaumette y Hebert.—*El Padre Duchesne*.—Club de mugeres.—Las calceteras de Robespierre.—La *sociedad fraternal*.—La *sociedad revolucionaria*.—Rosa Lacombe.—El club de las mugeres se cierra por orden de la Convencion.—Faccion de Hebert.—*El Padre Duchesne y El Viejo franciscano*.—Camilo Desmoullins.—Origen de El Viejo franciscano.—Robespierre defiende la libertad religiosa en los Jacobinos.—Depuracion de los Jacobinos.—Danton da cuenta de su proceder.—Robespierre le defiende protegiendolo.—Ataca á Anacharsis Klotz.—Escusa á Camilo Desmoullins.—Informe de Robespierre en la Convencion.—Danton adivinado por Robespierre.—

Fragmento de *El Viejo franciscano*.—Tentativa de union entre Hebert y Robespierre.—Proposicion rechazada de un triunvirato.—Politica de la comision de salud pública.—Danton se engaña.—Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convencion.—Tentativa de insurreccion de Hebert.—Aborto.—Informe de Saint-Just á la Convencion.—Prision de Hebert y sus cómplices.—Son sentenciados á muerte.—Prision de los amigos de Danton. . . . . 135

## LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Robespierre y Danton.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inaccion de Danton.—Sesion secreta de las tres comisiones.—Discurso de Saint-Just.—Pide la prision de Danton y de sus cómplices.—Prision de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Laeroix y Westermann.—Su llegada al Luxemburgo.—Sesion de la Convencion.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Danton y sus cómplices.—Voto unánime.—Danton en la cárcel.—Camilo Desmoulins.—Su esposa.—Proceso de los acusados.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Juicio sobre Danton. . . . . 188

## LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Des-

moulins.—Carta de madama Duplessis á Robespierre.—Dominacion de la comision de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coaligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observacion.—Se resuelve la invasion de Holanda.—Indecision de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austriacos el Rhin.—Los prusianos se retiran á Maguncia.—Prision de Hoche.—Se le traslada á Paris.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serrurier.—Bonaparte.—Augereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinacion.—El almirante Morad de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.º de junio de 1794.—El navio *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El canto de partida.—Redoblan el terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condenacion y ejecucion de los hijos de Costine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su muger.—Ejecucion de Lamourette obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prision.—Se envenena.—Louvet.—Lareveillere-Lepaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duval-Depremenil, y el mayor número de los grandes nombres de la monarquia, son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se trasporta la guillotina desde la plaza de Luis XV

á la barrera del Trono.—El abate de Fenelon ejecutado á los 89 años.—Palabras de Collot de Herbois y de Fouquier Tinville. . . . . 241

## LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones.—Roucher, Andrés Chénier.—Los Carmelitas.—Madamas de Aiguillon, de Beauharnais y de Cabarrús.—El Temple.—Madama Isabel.—Madama Real.—El Delfín.—Madama Isabel en el tribunal revolucionario.—Es sentenciada á muerte.—Su ejecución.—Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion.—Sus dudas.—Sus amigos Saint-Just, Couthon y Lebas.—Sus enemigos secretos.—Disension en las comisiones.—Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.—Decreto.—Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon . . . . . 285

## LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

Ladmiral.—Tentativa de asesinato en Collot de Herbois.—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Se la pone presa.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—Fiesta del Ser Supremo.—Triunfo de Robespierre.—Irritacion de las comisiones.—Proyectos de los filántropos de la Convencion.—Decreto del 22 pradiar.—Altercacion de la comision de salud pública.—Robespierre se separa de sus colegas.—Sus apuntes secretos sobre algunos miembros de la Convencion.—Sorda conjuracion . . . . . 322

## LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

Los termidorianos.—Se acrecienta el terror.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Theos.—Don Gerle.—Madama de Sainte-Amaranthe.—Mr. y madama de Sarlines.—La señorita Grandmaison.—Mr. de Quesvremont.—Trial.—Robespierre en casa de madama de Sainte Amaranthe.—Arresto de madama de Sainte Amaranthe y de su familia.—Se la complica en la conspiracion del estrangero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su sentencia.—Su ejecución.—Robespierre en los Jacobinos.—Tentativa de reconciliacion entre los miembros de las comisiones . . . . . 362

## LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliacion.—Deliberacion de los conjurados.—Los jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por gefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de mayo.—Primeros dias de termidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinacion á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 termidor.—El 8 termidor.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—La asamblea rehusa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convencion.—Su testamento de muerte.—Agitacion.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir las comisiones.—Saint-Just en la comision de salud pú-

blica.—Escena violenta.—Collot de Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crisis del día siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de éste.—Los diputados del centro indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 termidor.—Los Jacobinos se preparan para los acontecimientos del día.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesión de la Convencion.—Collot de Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien lo interrumpe.—Billaud Varennes denuncia el proyecto de los Jacobinos contra la asamblea.—Prolongada agitación.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre, y pide la prisión de Henriot y que la sesión sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamación.—Barrere sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vardier sigue á Barrere.—Robespierre no consigue hacerse oír.—Deja la tribuna.—Lo rechazan de todos los bancos.—Yociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusación contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre el joven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesión.—Se envían á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo día.—Ejecuciones del día anterior.—Roucher y Andrés Chenier. . . . . 387

## LIBRO SESENTA Y UNO.

En las cárceles rehusan recibir á los reos acusados.—Los ponen en libertad y los conducen en triunfo á la municipalidad.—La casa del ayun-

tamiento foco de la insurrección.—Campana de rebato.—Llamada.—Henriot en la puerta del Carrousel.—Lo detienen en nombre de la Convencion.—Robespierre en el depósito de la municipalidad.—Coffinhal lo arrastra á la casa del ayuntamiento.—Coffinhal liberta á Henriot.—Continúa la sesión de la Convencion.—Bourdon del Oise en la tribuna.—Merlin de Thionville.—Tumulto en el exterior.—Henriot quiere echar abajo las puertas. Se le pone fuera de la ley.—Se retira á la casa del ayuntamiento.—La Convencion nombra á Barras comandante general.—Movimiento en sentido contrario de los agentes de la Convencion y de la municipalidad.—El pueblo se muestra indeciso.—Barras envuelve á la casa del ayuntamiento.—Persiste Robespierre en su inacción.—Henriot es abandonado por sus tropas.—Gritos de viva la Convencion.—Dulac echa á abajo las puertas de la casa del ayuntamiento.—Lebas se tira un pistoletazo.—Robespierre el joven se precipita por una ventana.—Coffinhal arroja á Henriot desde un segundo piso al patio.—Invade Leonardo Bourdon la casa del ayuntamiento.—Es herido Robespierre de un balazo que le rompe la quijada.—Comitiva de los vencidos.—Se les condena á la Consergería.—Saint-Just y el general Hoche en el pórtico de la cárcel.—Prisión de la familia Duplay.—Fouquier-Tinville lee los decretos que ponen fuera de la ley delante de los presos y justifica su identidad.—Los sentenciados conducidos al cadalso.—Imprecaciones y aplausos de los espectadores.—La casa de Duplay.—Madama Duplay estrangulada en la cárcel.—Actitud de Robespierre.—Cae su cabeza.—Juicio sobre Robespierre y sobre la revolución. . . . 438

